



Ricardo Hussey

“HORA DE VOLVER
A DIOS”

(UNA VOZ DE RESTAURACIÓN)



Ricardo Hussey y su esposa Sylvia

El hilo conductor que da cohesión a la trama del libro, va dejando continuamente tras de sí un halo de esperanza para aquellos que sufrieron en sus carnes las consecuencias del pecado, o de decisiones erradas...

Los amantes de la literatura devocional van a encontrar en este libro una muy apreciable cantidad de material, altamente inspirador, salpicado profusamente de ideas, de chispas, de destellos, que se tornarán con frecuencia en aldabonazos en el alma, pues responden de forma directa a las experiencias del vivir de cada día...

En ocasiones el escrito adquiere un tono puramente familiar, muy personal, pastoral, con expresiones de un claro sentido coloquial. Es el predicador, en, quizá, inconsciente simbiosis, con el escritor.

El predicador, el pastor, el que enseña y, en general, todo fiel seguidor del Maestro, aseguro que va a encontrar en este libro algo así como un vaso de agua fresca cuando el calor más aprieta. No se aprecia el tono de la acritud, del varapalo, que en ocasiones atosiga al cansado peregrino, sino esa mano en el hombro que levanta al caído, y lo empuja, con amor, pero muy seriamente, a reencontrarse con las fuentes de la misericordia divina. Es la vara, pero la vara correctora que señala al reencuentro. Pluguiera a Dios que muchos caídos hallaran las fuerzas necesarias para desandar el camino mal andado, y restaurar sus cansadas y maltrechas fuerzas.

Antonio Gómez Carrasco

HORA DE VOLVER A DIOS

(Una voz de restauración)

“Tú haces volver a Ti el corazón de ellos”

Dedicado con sincero amor en Cristo Jesús a cada lector, y en particular a los muchos que, habiendo iniciado bien la carrera cristiana, golpeados, heridos o por cualquier otra causa, han perdido o visto oscurecerse la visión que un día llenaba sus vidas y corazones.

Ricardo Hussey – Diciembre de 2003.-

Distribuidor en España:
Pablo Medina
Librería Cristiana Logos,
C/ Lanuza 8, 29009 Málaga
Teléfono: 952 27 90 05
e-mail: librerialogos@terra.es

1ª edición - Enero 2004

D.L. MA-98-2004
I.S.B.N.: 84-607-9990-5

IMPRIME:  Telf.: 952 34 35 00

HORA DE VOLVER A DIOS - por Ricardo Hussey

(Una voz de restauración)

“Tú haces volver a ti el corazón de ellos”

(1ª. Reyes 18:37)

Primera Parte – Antiguo Testamento

ÍNDICE

- 1) Introducción - Por Antonio Gómez Carrasco.
- 2) Sobre el nombre Jehová – aclaración del autor.
- 3) Prefacio y testimonio personal.

- CAPITULO I – GENERALIDADES.**
- CAPÍTULO II – ABRAHAM, DAVID Y NOEMÍ – Dos señalizaciones y el siete de la divina potencia.**
- CAPITULO III – SAMUEL, EL GRAN RESTAURADOR (1)**
“...antes que la lámpara de Dios fuese apagada...”
- CAPITULO IV – SAMUEL, EL GRAN RESTAURADOR (2)**
Lo aparente y lo real – lo falso y lo genuino.
- CAPITULO V – SAMUEL, EL GRAN RESTAURADOR (3)**
Recuperando las ciudades perdidas.
- CAPITULO VI – SAMUEL, EL GRAN RESTAURADOR (4)**
Recuperando las ciudades perdidas (continuación).
- CAPITULO VII – SAMUEL, EL GRAN RESTAURADOR (5)**
La culminación de una vida intachable.
- CAPITULO VIII – SALMO 80 – El gran clamor: “Oh Dios, restáuranos.”**
- CAPITULO IX – EZEQUÍAS – Un retorno modelo y la masa de higos.**
- CAPITULO X – JOSÍAS – El joven tierno pero implacable.**
- CAPITULO XI – ZOROBABEL Y JOSUÉ (1) El maravilloso regreso después de 70 años.**
- CAPITULO XII – ZOROBABEL Y JOSUÉ (2) Dificultades, victoria y feliz culminación.**
- CAPITULO XIII – ESDRAS Y NEHEMÍAS (1) Dos varones de verdad unidos en la misma causa.**
- CAPÍTULO XIV – ESDRAS Y NEHEMÍAS (2) “De todo y para todos.”**
- CAPÍTULO XV – LOS CUATRO CAPÍTULOS DORADOS DE JEREMÍAS.**
Una gloriosa restauración futura, con aplicación para el presente.

Salvo que se indique lo contrario, todas las citas están tomadas de la traducción de Casiodoro de Reina, Revisión de 1960.

INTRODUCCIÓN

Conocí al autor del libro que tienes en tus manos en el año 1978, en un pueblo de la provincia de Huesca. Pasaba yo en aquel tiempo lo que podríamos llamar una crisis de tipo doctrinal, con inquietantes preguntas a que dar respuesta. De aquel lugar, y de las horas de comunión con Ricardo Hussey, volví con el alma bastante sosegada. Desde entonces se selló entre nosotros una relación sincera y limpia.

Hussey es fundamentalmente predicador. Si es necesaria una definición más certera, Ricardo Hussey es expositor de las Escrituras. De verbo rico y fluido, imprime a su predicación un sello particular. En su prédica entretiene armoniosamente la exposición, la información, la enseñanza, la exhortación y la aplicación de los textos que le sirven de soporte, más el aporte que va haciendo al caudal principal, de otros textos y pasajes que apuntan en la misma dirección.

El exordio que precede se ha de entender como nota que facilitará la lectura de este libro.

El hilo conductor que da cohesión a la trama del libro, va dejando continuamente tras de sí un halo de esperanza para aquéllos que sufrieron en sus carnes las consecuencias del pecado, o de decisiones erradas, y por ello perdieron la comunión con el Padre, y abandonaron su Casa. No es un comentario en el sentido exacto de la palabra, pero la exposición se ve iluminada continuamente de pertinentes explicaciones que enriquecen el texto sagrado.

Los amantes de la literatura devocional van a encontrar en este libro una muy apreciable cantidad de material, altamente inspirador, salpicado profusamente de ideas, de chispas, de destellos, que se tornarán con frecuencia en aldabonazos en el alma, pues responden de forma directa a las experiencias del vivir de cada día, en referencia al individuo como miembro de una comunidad cristiana.

En ocasiones el escrito adquiere un tono puramente familiar, muy personal, pastoral, con expresiones de un claro sentido coloquial. Es el predicador, en, quizá, inconsciente simbiosis, con el escritor.

Determinadas tendencias actuales, que más tienen que ver con la experiencia personal que con una exégesis certera del mensaje bíblico, hallan una vara correctora en la pluma de Hussey, quien se decanta y desenvuelve en su vida pública de predicador y expositor de la Sagrada Escritura, en el terreno de una comprometida apertura a la persona y obra del Espíritu Santo, al tiempo que expresa una severa amonestación a las extravagancias que hallan su caldo de cultivo en algunas zonas del variopinto mundo evangélico.

El predicador, el pastor, el que enseña y, en general, todo fiel seguidor del Maestro, aseguro que va a encontrar en este libro algo así como un vaso de agua fresca cuando el calor más aprieta. No se aprecia el tono de la acritud, el varapalo, que en ocasiones atosiga al cansado peregrino, sino esa mano en el hombro que levanta al caído, y lo empuja, con amor, pero muy seriamente, a reencontrarse con las fuentes de la misericordia divina. Es la vara, pero la vara correctora que señala el reencuentro.

Pluguiera a Dios que muchos caídos hallaran las fuerzas necesarias para desandar el mal camino andado, y restaurar sus cansadas y maltrechas fuerzas.

Antonio Gómez Carrasco
Córdoba, Mayo 2002

----- () -----

Antonio Gómez Carrasco es un veterano siervo de Dios, bien conocido y muy respetado dentro del ámbito del pueblo evangélico en España.

Nació en Sevilla en 1936 y se convirtió al Señor en Septiembre de 1952, cuando contaba escasamente 16 años de edad, siendo bautizado al año siguiente.

En la parte temprana de su trayectoria fue jugador del equipo infantil del Sevilla C.F., y trabajó en la Banca de 1951 a 1964. Su deseo de servir activamente al Señor se manifestó muy pronto, y tuvo su primera expresión práctica en una labor entusiasta con los jóvenes evangélicos de Sevilla y también, en un marco más amplio, a nivel nacional.

En 1963 contrajo matrimonio con Maruja Blázquez, que desde entonces ha sido su fiel compañera y ayuda idónea, y que también es bien conocida por la labor humilde y tesonera que desarrolla hasta el día de hoy en el mundo femenino de la ciudad de Córdoba.

A poco de contraer matrimonio, en el año 1964, marchó con ella y su primer hijo al Seminario Bautista en Barcelona donde permaneció hasta 1967. Durante esos años fue discípulo y de la misma promoción que otros que posteriormente llegaron a ser siervos reconocidos y con un ministerio eficaz.

A poco de salir del seminario comenzó a trabajar en la ciudad de Córdoba, sostenido económicamente por la Convención de la U.E.B.E. (Unión Evangélica Bautista de España). Con sacrificio y perseverancia pudo ver levantarse una iglesia floreciente que prospera hasta el día de hoy.

En la misma cuenta con dos co-pastores, un buen equipo de colaboradores y varios puntos de misión en la provincia de Córdoba. Hace algunos años el Ayuntamiento de Córdoba les concedió un solar en un lugar privilegiado de la ciudad, donde se ha erigido un hermoso edificio para sus reuniones, que cuenta además con amplias dependencias, que incluyen - actualmente en estado de construcción - un buen número de habitaciones para una residencia de ancianos.

En el ámbito nacional Antonio Gómez fue miembro de la Junta Directiva de la U.E.B.E. y también Promotor de Mayordomía. Fue además Director de la revista "El Eco", colabora con el diario "Córdoba" y ha escrito hasta el presente dos libros: "Dios me ha hecho reír", "y "Humor Religiosamente Sano". También ha colaborado en la Casa Bautista de Publicaciones de El Paso, Texas, en el Comentario Bíblico Mundo Hispano, con el libro de Hageo y notas homiléticas, históricas, etc. de 2ª. de Crónicas.

Los títulos de sus dos libros de por sí hablan a las claras de su carácter alegre y afable, que, unido a sus muchas otras virtudes, ha hecho que todos los que le conocemos le valoremos como un consiervo digno y entrañable.

Octubre de 2003.-

----- () -----

Identificándose con el tema y el espíritu de este libro, Antonio Gómez nos ha hecho llegar su poesía “Recuerda”, compuesta con motivo de haber podido facilitar el retorno al redil de una oveja descarriada hace unos pocos años. Con ella va su ardiente deseo que su mensaje, acompasado con el contenido de la obra, haga reverdecer la fe de los que actualmente no están en la comunión.

RECUERDA

¿Qué pasó de tus lágrimas vertidas?
¿Qué pasó de tu clamor al cielo?
¿Murió por cierto tu esperanza y regocijo,
o sólo fue contratiempo banal y pasajero?

¿Fue tu risa el eco de algo que no fue?
¿Por qué te dieron abrazos de amor, sinceros,
y también tú con amor los diste,
prodigando tú los besos por doquier?

¿No te acuerdas del reír de tu alegría?
Haz memoria de las horas infinitas,
que, abstraído, en un tiempo, detenido,
penetrabas las alturas de los cielos,
bebiendo con deleite en la Fuente de la Vida.

Recuerda aquellos días que tuvieron
un indefinible aroma de candor:
¡cuánto gozo, esperanza y alegría!
¡Era, sin engaño, la gloria del Señor!

Recuerda de los cultos su alegría,
de los himnos en la mesa del Señor,
de las horas de oración en agonía,
del abrazo que tú dabas en el adiós.

Subir al monte y allí quedarte,
y en Jesús su amor reverenciado,
en bendito trance de dulzura
encontrar el gozo deseado.

Por misterios del alma atormentada,
se trocó el oro en metal envilecido,
y el néctar de la flor de los amores,
por amargas aguas de furtivos ríos.

Noches sin frontera de amargura,
que no acaban cuando viene el alba.
Remembranza de las horas de ventura,
que produce mil nostalgias a tu alma.

Al mar proceloso de la feria de la vida
- las luces guiñando su letal mensaje -
saliste creyendo encontrar tu suerte,
y sólo tuviste miseria y forraje.

Sin saber, quizá, en tu alma anhelas,
volver a la Casa del Padre de Amor.
Vivir de nuevo las horas felices,
cantando las glorias del Dios Creador.

Clava tu mirada allá en lo Alto,
y llena tu copa del incienso del Altar.
Llama a la Puerta por donde saliste,
y sacia tu alma del Pan Celestial.

Te cubra de nuevo la sangre de Cristo,
y abre tus labios para proclamar
perdón infinito y la gracia abundante,
que el Dios de los cielos por amor te da.

Antonio Gómez, Julio 2000.-

SOBRE EL NOMBRE JEHOVÁ

(Aclaración del autor)

Como advertirá el lector, en esta primera parte de HORA DE VOLVER A DIOS el nombre Jehová aparece un buen número de veces.

No se nos pasa por alto que muchos cristianos tienen reparos en cuanto al uso del mismo, mayormente por dos razones.

La primera es la asociación del nombre con la secta de los ruselitas, comúnmente mal llamados testigos de Jehová.

La otra se basa en que el nombre no aparece en el Nuevo Testamento, y en cambio, se nos ha dado el nombre sobre todo nombre – JESÚS – no habiendo otro nombre bajo del cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos, según leemos en Los Hechos 4:12.

Aceptamos la validez de estas dos razones, pero no las creemos suficientes para prescindir del uso del nombre Jehová.

En nuestro caso particular, en esta primera parte de nuestra obra, enfocada mayormente, pero no en forma exclusiva, sobre el gran tema de la restauración, nos inspiramos en las fuentes del Antiguo Testamento.

En muchos casos, al citar versículos concretos, el nombre Jehová aparece en nuestra Biblia, la cual por supuesto que está fielmente traducida del original. No nos parece consecuente ni correcto violar la inspiración divina, evitando mencionar el nombre que el Espíritu Santo ha guiado a los distintos autores a emplear.

Asimismo, en algunos comentarios dentro del texto hemos usado libremente el nombre Jehová. En parte porque ése era el nombre que el pueblo de Dios usaba, pero además porque somos conscientes del rico contenido que ese nombre también tiene.

En el original, estrictamente se habría de escribir JHWH, es decir con cuatro consonantes y sin ninguna vocal. Esto nos comunica la idea del nombre *impronunciable*, debido a la grandeza sacrosanta y temible del Ser Supremo al cual pertenece.

Además, se trata de una contracción del verbo ser en los tres tiempos – pasado, presente y futuro – lo que señala concisa pero hermosamente Su gloriosa eternidad.

Y todavía hay más: en el original, el concepto que brota del nombre Jehová es el del *todo suficiente*, que se apoya en sí mismo y no necesita de nada ni nadie para sostenerle. Finalmente, también se asocia con el nombre la absoluta fidelidad de Su persona como el Dios que guarda celosamente Su palabra empeñada en el pacto.

Por todo esto, aun cuando tenemos muy claro que estamos en la dispensación superior del Nuevo Pacto, no tenemos ningún reparo en el contexto de esta primera parte de la obra, de usarlo con libertad y además con mucho gusto. El omitirlo cuando en muchos pasajes y relatos aparece repetidas veces en nuestra Biblia – tanto en la versión castellana como en el original hebreo - sería un abierto contrasentido y además perderíamos todo el rico caudal de inspiración que nos brinda.

----- () -----

PREFACIO Y TESTIMONIO PERSONAL

A todo lo largo de la historia, la decadencia espiritual del pueblo de Dios ha sido una constante que se ha repetido casi invariablemente en ciclos de variada duración.

En efecto, después de un tiempo de fulgor inicial, con esa frescura, vitalidad y fragancia propias de toda nueva visitación divina, con el correr de los años - más o menos según el caso - se ha ido perfilando siempre un decaimiento progresivo, que a la postre ha terminado en sequía y muerte espiritual.

Entre las causas más corrientes que han dado lugar a esto, podemos señalar desde luego la desobediencia y el pecado en primer lugar. Pero en muchos casos, antes de llegarse abiertamente a eso, a menudo ha habido el deseo de organizar, estructurar y aun reglamentar las cosas, siempre con la buena intención de proteger la sana doctrina, resguardar el orden o evitar desviaciones de una u otra índole; pero lo cierto es que el resultado ha sido un control humano que insensiblemente ha ido relegando al Espíritu Santo. Como saldo ha quedado un orden, una forma que se estima correcta de hacer las cosas, acompañada quizá de una doctrina sana y buena, pero desembocando en una rutina falta de vida y de ese "no sé qué" inconfundible de la verdadera presencia y señorío de Dios. Quienes hayan tenido la dichosa experiencia de vivir esto último, difícilmente puedan resignarse a otra cosa, y siempre habrán de preocuparse y afanarse por volver a su bendito estado anterior.

Aun en el Nuevo Testamento, después de la inauguración de la iglesia, con la gloriosa venida del Espíritu Santo en Pentecostés y los capítulos dorados que narran la primera etapa de la iglesia de Jerusalén, si miramos con cuidado notaremos que unos años más tarde esa gloria inicial ya no estaba. Lo mismo podemos decir de las iglesias del Asia, nacidas de un mover de Dios profundo y poderoso durante el tercer viaje misionero de Pablo, pero en su mayoría muy disminuidas y algunas maltrechas y con serios problemas, unos 35 ó 40 años más tarde, según consta en los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis.

En los Hechos 3:21 tenemos unas palabras, que con haber sido muy trilladas y repetidas en los últimos tiempos, no dejan de tener capital importancia: "*...a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas.*"

Los límites de nuestra comprensión están muy lejos de poder abarcar la amplitud global y total de "*todas las cosas*". Pero sí podemos estar seguros de que al final, todas las cuentas quedarán saldadas y cada cosa terminará encajada perfectamente en su lugar, sea grande o pequeña, natural o espiritual, temporal o eterna.

Para muchos, según la visión que han recibido, esta restauración profetizada en el versículo citado, se centra en un volver de parte de la iglesia al orden y el poder de la primitiva en sus albores, incluso con el reconocimiento formal de apóstoles y profetas. Otros, atraídos por el aspecto profético, sitúan su énfasis en la escatología, procurando discernir y compaginar el desenvolvimiento del programa de Dios con miras al cumplimiento de la profecía en cuanto a los últimos tiempos.

Desde luego que, debidamente enfocadas, éstas y otras facetas de restauración deben merecer nuestra consideración y debido aprecio.

Sin embargo, en nuestro caso particular, lo que nos mueve con un verdadero sentido de carga recibida del Señor, es escribir sobre la restauración y el reencuentro con la vida de verdadera comunión y vitalidad espiritual. Esta la relacionamos desde luego con focos de la iglesia que la necesitan en forma colectiva, pero, conscientes de que están compuestos de vidas individuales, no podemos menos que darle un enfoque personal. Resulta evidente que una restauración conjunta o corporal sólo puede lograrse a través de la restauración personal e individual de cada uno.

El mandato de predicar el evangelio a toda criatura debe seguir ocupando el lugar prioritario que las Escrituras le han dado - de eso creemos que nadie correctamente enfocado podrá tener la menor duda. Pero al mismo tiempo, quienes tengan una visión y comprensión objetiva y real del panorama general en muchas, muchísimas partes, no podrán menos que concordar con nosotros en la necesidad candente e imperiosa de restaurar a tantos y tantos que, habiendo conocido y experimentado el bien y la gracia anteriormente, actualmente se encuentran apartados y heridos, habiendo perdido el amor y la visión que un día llenaron sus vidas.

Es tan fácil juzgarlos y hasta condenarlos, si no abiertamente con nuestras palabras, sí con nuestra actitud hacia ellos. Pero necesitamos la disposición misericordiosa, tierna y comprensiva del verdadero pastor, no de profesión, sino de corazón y auténtica vocación.

En Ezequiel 34:4 el Señor reprocha a los malos pastores de Israel por no fortalecer a las ovejas débiles, curar las enfermas, vendar a las perniquebradas, volver al redil a la descarriada, ni buscar la perdida.

Aunque se trata de una cita del Antiguo Testamento, podemos extraer la conclusión de que en un rebaño espiritual, o sea dentro del marco de la iglesia, siempre habrá la débil, la enferma, la perniquebrada, la descarriada y la perdida. Lo natural y lo normal es ver sus fallos, advertir su desobediencia, debilidad, inconstancia, inconsecuencia y demás, y llegar a menospreciarlos y aun "darles de baja" y descartarlos por completo.

¡Cuánta falta hacen corazones como el del mismo Buen Pastor, que sabiendo lo peor de cada uno, igualmente nos sigue amando con paciencia y ternura infinitas, y se acerca al mismo pozo en que hemos caído para levantarnos, sanarnos y restaurarnos!

Quizá por haberlo vivido en carne propia es que me siento movido y dispuesto a escribir y compartir sobre el tema. Efectivamente, después de un tiempo inicial de bendición y sincero amor y servicio al Señor, hace muchos años que me tocó atravesar una etapa de oscuridad espiritual y pérdida de visión de tal magnitud, que me sentía fracasado y hasta totalmente desahuciado.

La misericordia de Dios impidió que cayera en esa clase de pecado que amancilla el cuerpo y el alma y deja las secuelas más dolorosas. No obstante, la angustia y el desconcierto, unidos a la incompreensión de los demás - no entendían cómo uno que había sido ejemplo e inspiración a otros podría encontrarse en semejante estado - convirtieron esa etapa en una noche muy oscura - en una verdadera pesadilla.

Para peor, intentos esporádicos de retomar el buen camino resultaban totalmente infructuosos, reduciéndome a un estado de absoluta impotencia y

bancarrota espiritual, y a veces pensaba que Dios me había desechado para siempre y ya no había para mí ninguna esperanza. Yendo en distintas oportunidades a escuchar a predicadores y siervos caracterizados en busca de algún rayo de luz, o alguna palabra inspirada que diera en la clave del problema, vez tras vez volvía decepcionado, pensando que ya no había remedio ni respuesta.

Por fin, después de ocho largos años, en una convención celebrada en el sudoeste de Inglaterra, la voz de Dios, soberana e inconfundible, llegó otra vez a mi vida. Había asistido a la convocatoria con una convicción de que en ella Dios en alguna manera me iba a hablar y tocar, basada en una promesa en tal sentido, recibida pocos días antes a través de un versículo del libro de Deuteronomio

Y efectivamente, así lo hizo con una palabra que dio en el blanco de tal manera que supe que venía del mismo corazón de Dios a mi propio corazón, que se encontraba tan maltrecho, confundido y lleno de penumbra. Esa noche y la mañana siguiente, algo en mi interior parecía que iba a explotar - era como si una compuerta que había estado cerrada por mucho tiempo, por fin se abría para dar salida a raudales de aguas limpias y salutíferas.

Después de tanto tiempo ¡otra vez escuchaba la voz de Dios! - ¡sentía de nuevo el calor del amor en mi pecho! ¡El dulce bálsamo de poder quebrantarme y llorar y llorar como un niño ante Él!

Sólo quien ha vivido y experimentado el suplicio de la noche horrible de la separación del Dios al cual antes había amado tanto, puede saber valorar lo que significa volver a encontrarlo, tenerlo de nuevo y saber que la horrenda pesadilla se ha terminado.

De ahí en más, la oración y la Palabra de Dios se volvieron en fuentes vivas y frescas en mi vida. Comencé a orar como nunca antes, y las Escrituras se empezaron a abrir a mi espíritu y comprensión en una dimensión mucho más rica y vasta.

Pero por otra parte hacía falta una obra de liberación, de sanidad y limpieza en mi interior, que se desarrolló en forma laboriosa y progresiva. Merced a ella aprendí muchas verdades y principios que antes me eran totalmente desconocidos. Buena parte de ellos están reflejados en la páginas que siguen.

Al igual que en mi libro anterior, me abstengo en éste de ribetes lingüísticos u otros “aderezos” especiales, con miras a engalanar la obra. En cambio, he procurado presentar las verdades y principios que contiene con la mayor sencillez y claridad posibles.

Al embarcarme en este trabajo, lo he hecho abrigando la esperanza y la fe, que he traducido en oración, de que no falten los necesitados – los débiles, enfermos, heridos, maltrechos y desilusionados, perniquebrados y aun descarriados y perdidos; o bien los que en verdad, a pesar de las apariencias externas, les está haciendo falta una profunda renovación en sus vidas – en cuyas manos caiga este libro por la providencia divina. Tengo la confianza de que al leerlo en lenguaje sencillo, llano y sin adornos, les llegue algo a su ser interior que puedan reconocer en alguna manera como la voz del Señor que les dice que “Tú – él Dios de la infinita misericordia – *vuelves a ti el corazón de ellos*”. (1^a. Reyes 18:37) Ese será el mejor premio a mi pequeña labor, aunque no me entere mayormente de ello hasta el más allá.

Y con esta inquietud y anhelo, lo encomiendo a la gracia de Dios, con la oración de que lo utilice según Su sabiduría y voluntad, como una pequeña pieza más que forme parte de su gran engranaje, destinado a la *restauración de todas las cosas*.

En un nivel práctico y comparativo, hace casi tres años salió a la luz mi primer libro. En la introducción expresé mi inclinación de ese entonces porque no fuese muy extenso. Actualmente han incidido circunstancias diversas, que se han conjugado para que este segundo sea considerablemente más largo. Afortunadamente, en la publicación y distribución del mismo se ha logrado una significativa economía, lo que permitirá que se pueda ofrecer a un precio muy módico, sobre todo teniendo en cuenta su volumen, que es mucho mayor.

No quiero cerrar esta parte sin dejar constancia de mi gratitud al amado consiervo Antonio Gómez, que amablemente se ha prestado para aportar en la parte introductoria. Si bien es muy bien conocido en España, no sucede lo mismo en América Latina, y de ahí la semblanza suya, que va incluida, junto con su poesía alusiva que nos ha hecho llegar.

CAPÍTULO I - GENERALIDADES

Restaurar significa reparar, renovar o volver a poner algo en el buen estado en que se encontraba anteriormente. Para ello será siempre necesario remediar el deterioro sufrido con un tratamiento que, según el caso, podrá ser parcial o total, fácil o laborioso, breve o prolongado.

Podemos pensar en un edificio, para tomar un ejemplo sencillo, cuya estructura acusa daños por el desgaste natural del correr de los años, con el impacto de lluvias, vientos y fuertes oscilaciones en la temperatura. A esto incluso se le podrían agregar roturas y averías ocasionadas intencionalmente por vándalos empeñados en su destrucción.

La naturaleza, intensidad y duración del trabajo de restauración dependerán del grado y de la índole del daño sufrido. En algunos casos bastará quitar la pequeña parte afectada, reponiendo en su lugar con material sólido y de calidad, sin que el resto de la estructura, por estar en buen estado de conservación, quede afectada ni necesite tratamiento.

En otros casos, por haberse extendido considerablemente la parte dañada, no será viable una pequeña reparación parcial, y habrá que demoler una zona grande y efectuar una restauración mayor y más costosa.

Adicionalmente, podrán darse situaciones en que se descubra que el material con que se construyó no reunía las condiciones necesarias, y, en casos extremos, que los cimientos no fueron bien puestos, o que se edificó en un lugar inadecuado, que no brindaba la base firme que cabía esperar.

Todo esto traducido a la analogía espiritual, sirve para señalar, por lo menos en parte, la gran variedad que se ha de encontrar en el vasto campo de la restauración, ya sea que discurra por la vía personal de vidas que han de ser tratadas individualmente, o de iglesias o congregaciones que lo necesiten en forma conjunta.

A medida que avancemos en los capítulos siguientes, trataremos de abarcar en forma concreta casos como los esbozados más arriba, puntualizando hasta donde nos sea posible, síntomas, causas, efectos y el remedio a aplicar.

Para ello hemos de valernos como fuente principal, de la inigualable Palabra de Dios - la Santa Biblia - procurando extraer de su contenido inagotable, vertientes de inspiración y virtud celestial, aquilatadas en la medida en que la providencia divina nos ha permitido apropiarnos y experimentarlas a través de los años.

Buena parte consistirá en lo que se podría llamar un comentario bíblico de los perfiles más destacados de los personajes o pasajes escogidos, todos ellos teniendo como tema central el de la restauración, aunque no en forma exclusiva ni mucho menos.

Efectivamente, no todo lo que va en los capítulos que siguen está relacionado en forma expresa con la restauración. Un siervo de Dios dijo una vez que "los métodos de Dios son los hombres." Con eso quiso decir que la forma predilecta de obrar el Señor, es tomar la vida de un hombre - y por supuesto la de una mujer también - y fluir y bendecir a otros a través de ella.

Conscientes de este principio importante, iremos tomando las vidas de ilustres personajes bíblicos, que en diferentes etapas y maneras fueron canales de

restauración. Al hacerlo trataremos de entresacar los puntos más destacados de este ministerio con su aplicación espiritual en la práctica. Pero antes, después y en medio, a menudo entrelazadas con esos puntos, también hemos de incluir otras verdades y virtudes contenidas en las vidas y trayectorias de esos personajes, no precisamente encajadas en forma directa dentro del marco de la restauración.

Son dos las razones que nos mueven a esto. La primera es que ceñirnos exclusivamente al tema, daría lugar a algo monocorde y, en cierta manera, estrecho y limitado.

En cuanto a la segunda, proviene de la certeza de que cuando Dios restaura de verdad, hace mucho más que volvernos al estado en que estábamos antes. Su gracia infinita es tal que no sólo nos devuelve lo perdido, sino que muchas veces, al corazón sinceramente arrepentido y humillado, lo enciende de hambre y anhelo santo por más de Él, pasando de ahí en más, en forma sabia y progresiva, a otorgarle valores y riquezas celestiales que antes nunca había conocido.

Y el párrafo precedente resume así nuestra aspiración: que esto redunde en **MÁS QUE RESTAURACIÓN**, o bien, dicho en otras palabras, no restauración en sentido normal y corriente, sino **SEGÚN DIOS**.

Se podrá objetar que ese contenido, que en muchos casos va mucho más allá de una mera restauración, es demasiado avanzado para un creyente apartado o enfriado y que está en vías de recuperarse. Asimismo, que es muy poco probable que creyentes en ese estado se interesen en leer un libro más bien extenso como éste.

Sin embargo, tal como lo expresamos en el tercer capítulo de la segunda parte, muchos de ellos entran en la categoría de los que podríamos llamar los Juan Marcos de la actualidad. Como tales, indudablemente han tenido una cierta dosis de experiencia en el servicio del Maestro, y por lo tanto ese contenido no habrá de resultarles demasiado extenso ni avanzado; – antes bien, podrá motivarlos y aun inspirarlos a superar cuanto han conocido en su pasado más feliz, mientras que otros aspectos de lo que vayan leyendo, les podrán servir para identificar posibles causas por las cuales en el pasado las cosas no les salieron bien.

Además de todo ello, siendo como es la restauración una parte integral del ministerio de la iglesia, y del pastorado en particular, esta obra aspira a ser una contribución útil para siervos y siervas del Señor abocados a esa tarea, que a todas luces resulta muy laboriosa y a veces ímproba también.

En el orden natural, en la primera parte de la obra, comenzaremos en el Antiguo Testamento, en el cual la historia del pueblo de Israel nos brinda abundantes ejemplos. Sus muchos períodos de decadencia moral y abandono de la fidelidad al Señor traían aparejada la necesidad de un retorno al buen camino. En un buen número de ocasiones esto se logró merced a la ministración del Espíritu de Dios a través de siervos ejemplares levantados por Él, y en el caso de Judá, después de la división del reino, por la vida y actuación de reyes muy dignos que supieron hacer volver al pueblo al Dios del cual se habían apartado.

Casi todas las veces se trataba de retornos masivos de Israel o de Judá como nación, mientras que en el nivel individual no lo hallamos sino en pocas oportunidades.

Como se podrá comprender, en el Antiguo Testamento nos encontramos con un plano inferior y más elemental que el del Nuevo. La decadencia consistía a menudo en

la idolatría, es decir una abierta traición a Jehová su Dios, al cual le debían todo, y al cual, sin embargo, eran tan dados a darle la espalda para adorar a otros dioses.

Pero debemos tener en cuenta que el estudio y análisis integral de las Escrituras en el orden en que su Autor las ha dispuesto, es la forma más indicada y correcta para comprenderlas con claridad. Es decir que, si Dios empezó por el Antiguo para luego llevarnos a lo más alto y superior del Nuevo, resulta apropiado y correcto que nosotros sigamos el mismo orden.

Por otra parte, también es cierto que en el Antiguo abunda la tipología o simbolismo del Nuevo, dándonos hermosas y aleccionadoras figuras de los principios y valores de la vida espiritual en nuestra dispensación presente. A esto también hemos de recurrir en cierta medida, pero teniendo en cuenta siempre un requisito básico: estos símbolos nunca se han de tomar en forma arbitraria o aislada, sino que la verdad o verdades que presenten, siempre deberán tener clara y expresa confirmación en otras partes de las Escrituras.

Como irá viendo el lector, empezaremos por tres figuras de antaño: Abraham, David y Noemí, de cuyas vidas podemos cosechar cosas de valor sobre el tema principal que nos ocupa. En el caso de los dos primeros, será sólo tocando una muy pequeña parte de sus vidas, tan llenas de enseñanza en todos los niveles.

En el aspecto masivo o conjunto, será primero el ministerio de Samuel y posteriormente el de reyes insignes como Ezequías y Josías, y varones como Zorobabel, Esdras y Nehemías, para culminar con los cuatro capítulos dorados de Jeremías, en que se predice la gran restauración futura de Israel.

No piense el lector en ninguna manera que la primera parte, por tomar su inspiración del Antiguo Testamento, habrá de ser algo de calidad o nivel inferior. Aparte de la inspiración divina de *todas las Escrituras*, que las hace a *todas* de provecho, está el genio del Espíritu Santo como inspirador de ellas, que le ha sabido dar a muchísimos pasajes, narraciones y vidas del Antiguo, facetas, sombras o analogías hermosamente aplicables a nuestra vida cristiana.

Una recomendación importante: para sacar verdadero provecho del libro, será bueno leerlo sin prisa, buscando asimilar y apropiarse el contenido de cada capítulo - uno a la vez - en lo que sea aplicable a la vida personal del lector.

Al encontrar que distintas partes, o bien le han impactado, o resulten de especial contenido, será igualmente provechoso tomar nota de cada una, y una vez concluido el libro, volver sobre ellas para recapacitar, orar y consolidar la apropiación de todo ello. Así se evitará desperdicio y pérdida del beneficio latente en esos pasajes.

Esto a modo de orientación y consejo para el lector, antes de entrar concretamente en materia, a fin de que tenga una idea general del recorrido a emprender a partir del capítulo siguiente, y pueda disponerse en la mejor forma posible para obtener un provecho real para su vida.

CAPÍTULO II

ABRAHAM, DAVID Y NOEMÍ – Dos señalizaciones y el siete de la divina potencia

ABRAHAM.-

A primera vista puede parecer extraño tomar a este patriarca tan sobresaliente, para el tema de la decadencia y restauración. Pero hubo una etapa en su vida, breve afortunadamente, en que se desvió del camino más alto y es la que tenemos consignada en Génesis 12:10 a 13:3-4.

Presionado por el hambre que había en la tierra, se nos dice significativamente que *descendió* a Egipto. El tiempo que estuvo allí fue breve y la forma en que fue despedido por Faraón - "*Ahora, pues, he aquí tu mujer, tómala y vete*" (12:19) - nos presenta un tiempo nada brillante dentro de su trayectoria, que en el resto fue tan ejemplar y admirable desde todo punto de vista. Aparte de tener que marcharse sin ninguna honra por cierto, no hay la menor constancia de que Dios le haya hablado en ese tiempo.

Pero veamos ahora su viaje de retorno:

"Subió, pues, Abraham de Egipto hacia el Neguev (13:1)".

Alejarse y desviarse es siempre una cuesta abajo, fácil pero peligrosa y engañosa. El volver, por el contrario, es una cuesta arriba, laboriosa y costosa.

"Y volvió por sus jornadas desde el Neguev hacia Betel... al lugar del altar que había hecho allí antes; e invocó allí Abraham el nombre de Jehová (13:3-4)".

Ese altar lo había edificado al Señor, quien se le había aparecido, diciéndole: "*A tu descendencia daré esta tierra (12:7)".* Y evidentemente ésa era la tierra en que debía morar, no en Egipto. Un sencillo comentario, punto por punto, sería el siguiente:

- 1) Abandonar el lugar de la voluntad de Dios supone también dejar el altar de la obediencia absoluta y la entrega total de nuestra vida.
- 2) A menudo supone irnos al mundo, representado en este caso por Egipto, o bien comprometernos en alguna manera con él.
- 3) Cuando hacemos esto no nos va bien y eso es parte del trato de Dios, llamándonos a la reflexión y al retorno al buen camino del cual nos hemos desviado.
- 4) Este retorno a veces no es fácil: "*subió*", es decir, una cuesta arriba. Y a veces no es rápido tampoco: "*por sus jornadas*", o sea en escalas progresivas. Si el regreso se nos hiciese fácil y rápido, podríamos volver a desviarnos, pensando que siempre es sencillo y fácil volver. Al hacérsenos difícil y laborioso, aprendemos de veras a no querer desviarnos más, y de paso nos ejercitamos saludablemente en el desarrollo de la fuerza de voluntad, paciencia y perseverancia, lo cual habrá de forjar en nosotros un carácter estable y constante.
- 5) El retorno siempre culmina con la vuelta al altar, que como ya hemos visto, significa la obediencia absoluta y la entrega total de nuestras vidas a Aquél que las ha comprado al precio de Su sangre derramada.

Por último debemos comentar sobre la causa: había hambre en la tierra, algo que a primera vista parece atendible y razonable, pero en realidad nos habla de una desviación del camino de la fe en la provisión de Dios en el lugar en que nos ha ubicado. Pero por extensión, de un buscar lo material por encima de lo espiritual, que tantas veces termina en la ruina de muchos.

Por supuesto que estas consideraciones no caben para casos de extrema escasez o estrechez, cuando para subsistir se hace necesario, y muy bien puede ser la voluntad de Dios, un cambio de residencia a un lugar con mejores oportunidades para ganarse la vida. Sin embargo, no creemos que ése haya sido el caso de Abraham.

Pero extendiéndonos un poco sobre el tema, no deja de ser significativo que en el relato de Los Hechos, el primer pecado que se manifiesta en la iglesia primitiva está relacionado con el dinero. Las Escrituras nos dan muchas advertencias en cuanto al peligro de la avaricia, y ésta se puede infiltrar en nuestros corazones y actitudes de muchas maneras distintas. A veces por el deseo de tener objetos, aparatos o mobiliarios en el orden doméstico que van más allá de nuestras posibilidades. Para responder posteriormente a los compromisos contraídos, se recurre a trabajar horas extras o bien al pluri-empleo, con el resultado de que apenas si quedan tiempo o fuerzas para las cosas de Dios, quedando la vida así tristemente hipotecada.

En otros casos, las ansias de ganar más llevan a entrar, ya sea en el trabajo empresarial o en negocios particulares, en situaciones turbias en que no hay la debida rectitud. O bien trampas grandes o pequeñas para la evasión de impuestos, defraudando al fisco; o no honrar al Señor con nuestros diezmos y ofrendas. En fin, la lista podría seguir y seguir. Lo ideal es depender del Señor de tal manera que no nos falte nada, y al mismo tiempo guardarnos de cualquier afán de lucro desmedido o fuera de lugar, a la vez que conducirnos con honestidad irreprochable en todo lo que atañe al dinero y la economía.

El no hacerlo ha sido para muchos lo que ha permitido al enemigo de sus almas el introducir, a menudo casi insensiblemente, una cuña que poco a poco ha ido socavando los cimientos de su relación con Dios.

Quién esté consciente de haberse desviado en este terreno, hará bien en hacerse un replanteo delante del Señor y con oración y firmeza cortar por lo sano y volver a una cristalina transparencia, poniendo otra vez a Dios y el verdadero camino de la fe por encima de lo material y financiero. Esta es la señalización clara que emana de este periodo de la vida de Abraham, que como ya se ha dicho, en todas las demás etapas resulta tan ejemplar y encomiable.

DAVID.-

En nuestra obra anterior – “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto”, nos hemos referido a la caída de David por el adulterio cometido con Betsabé, principalmente en el capítulo II sobre el arrepentimiento.

Aquí empezamos por tomar la señalización que ella nos da. *Es un clarísimo letrero, agregaríamos luminoso y encendido al rojo vivo*, con una solemne advertencia en cuanto al sexo, y para los siervos de Dios, en cuanto a mujeres - *en plural*.

Nuestra sociedad se desenvuelve hoy en día en la monogamia, y lo normal y más aconsejable es que cada varón que sirve al Señor tenga su esposa y ayuda idónea - mujer *en singular*.

Un aspecto en que con frecuencia se ve obrar sutilmente y con mucha malicia al diablo y sus malos espíritus, es el de roer y vulnerar los corazones en que pueda haber grietas o propensiones. La meta que persiguen es la de sembrar y hacer germinar la semilla de la infidelidad matrimonial, y por supuesto que esto lo intentan no sólo con el varón y marido, sino también con la mujer y esposa.

Por ello no podemos menos que reiterar el consejo de que quienes se sienten en peligro de caer apresados en esa red, enfoquen el problema frontalmente y con la mayor urgencia, pues tienen mucho, mucho que perder. Si no alcanzan a superarlo por sí mismos, buscar la consejería y apoyo de quienes de veras los pueden ayudar, y no darse descanso hasta haberlo logrado.

La restauración de quienes hayan caído en este lazo es desde luego muy laboriosa, pero gracias a Dios, no imposible. En el caso de David - gravísimo por cierto - una de las cosas que lo facilitó en cierto grado fue el hecho de que no podía culpar para nada a ningún otro, siendo la culpa clara y totalmente suya.

En los casos que se dan en estos tiempos, casi siempre hay causas que directa o indirectamente inciden, y esto da lugar a que el o la responsable no se sienta del todo culpable - la otra o el otro también tuvo algo de culpa, por alguna razón. Esto les dificulta llegar a un arrepentimiento sincero y total, sin el cual nunca habrá una restauración sólida y real.

Nuestro consejo a los tales es que con Dios, en el aspecto de tener o no razón y ser más o menos culpable, *es siempre mejor perder. En otras palabras, dejar totalmente de lado lo mal que puedan haber procedido otros y desnudar el corazón completamente ante el Señor, reconociendo con verdadera contrición y sin ninguna cortapisa la culpa propia, abandonándose uno a la misericordia de Dios. Está es la única forma de poner una base sólida para edificar sobre ella una restauración real.*

El hecho de que muchas veces la restauración alcanzada es sólo parcial e insuficiente, estriba en que en el fondo, no ha habido un arrepentimiento genuino y en profundidad. En cambio, ha estado acompañado de excusas o atenuantes, o bien de la motivación de recuperar la buena imagen ante los demás, o de volver en el ministerio público al lugar que se tenía anteriormente.

Sobre el particular, remitimos al lector interesado a la consideración detenida y muy consciente del mencionado capítulo II de nuestro libro anteriormente citado.

El arrepentimiento auténtico pone una buena base para la restauración, pero debe edificarse sobre ella en forma consecuente, con paciencia y sin prisa, sobretudo por volver a un lugar público en el ministerio, si es que se lo ha tenido anteriormente. Antes de eso, como primera medida, casi siempre es aconsejable ponerse bajo la tutela de un ministerio fiable, que sepa guiar con comprensión y bondad, a la vez que con firmeza cuando sea necesaria.

La primera y mayor meta debe ser sanear la relación matrimonial, que obviamente resulta muy dañada en situaciones de esta índole. Para ello recordar tres cosas primordiales: el perdón, la recuperación de la transparencia, y también de la confianza mutua.

Como la consejería en este sentido debe darse a las dos partes del matrimonio, lo ideal es que la administre una pareja matrimonial avezada, aunque esto no debe ser necesariamente así; siempre dependerá de las circunstancias, tales como la mayor o menor afinidad, compatibilidad y capacidad comunicativa y receptiva de las distintas partes.

También en muchos casos resulta indicado, y a veces hasta indispensable, un cambio de residencia, dejando atrás el lugar y los recuerdos, pero sin por eso prescindir de la tutela o asesoramiento arriba esbozados. A medida que la restauración vaya progresando satisfactoriamente será bueno alentar a la pareja, brindándoles alguna posibilidad de trabajar dentro del ámbito de la iglesia o comunidad a que pertenecen. Pero esto en forma gradual y sin que las tareas que se les encomienden supongan exponerlos a un lugar muy público o notorio, por un tiempo bastante prudencial. Y siempre debe estar en el ánimo de quien o quienes estén tutelando, el ser misericordiosos, pacientes y comprensivos, recordando que aunque uno no haya caído en desvíos de esa clase, igualmente ha recibido mucha misericordia, amor y comprensión de parte del Señor.

NOEMÍ.-

La historia de Noemí, entrelazada con la de Rut, se encuentra en el libro que lleva el nombre de esta última.

¡Cuánto tiene para enseñarnos!. Elimelec como marido de Noemí y padre de los dos hijos, Mahlón y Quelión, tomó la determinación de dejar la tierra natal para ir a morar a los campos de Moab, en vista del hambre que había en Israel.

Fue una decisión equivocada de su parte, pero no podemos pasar por alto la moraleja de que cuando falta pan fresco y nutritivo y buen alimento en la casa de Dios, la iglesia, el resultado será que por lo menos algunos se marcharán. En algunos casos se irán a otras partes de la iglesia, donde puedan recibir lo que necesitan; tristemente, en otros, al mundo, representado en este caso por Moab. Debemos recordar que el padre de esta nación fue uno de los dos hijos de Lot, el sobrino de Abraham, que hizo la mala elección de disponer sus tiendas hacia Sodoma (Génesis 13:12 y 19:36-37)

El resultado fue muerte, tanto para Elimelec como para sus hijos, así como el dejar nuestro hogar - a Dios y la familia de nuestros hermanos en la fe - siempre trae aparejada una muerte espiritual, a veces lenta e imperceptible, pero que resulta segura e inevitable.

"Entonces (Noemí) se levantó con sus nueras y regresó de los campos de Moab; porque oyó en el campo de Moab que Jehová había visitado a su pueblo para darles pan." (Rut 1:6)

Esto nos presenta el principio inverso de que cuando en la casa de Dios hay pan - y siempre debería de haberlo, fresco, alimenticio y abundante - los que se han marchado se sienten motivados a volver. Además está decir que una de las grandes responsabilidades de los siervos de Dios y del ministerio en general, es la de encargarse de que siempre haya esa palabra suculenta y nutritiva que satisfaga la necesidad y el anhelo del pueblo de Dios.

Aun cuando otras facetas como la de la alabanza, el testimonio personal y el ejercicio de los dones del Espíritu tienen su lugar de importancia indudable, la ministración sólida e inspirada de la palabra de verdad resulta insustituible. Cuando ella queda de lado o se la relega a un plano secundario, el resultado es siempre perjudicial, aunque a veces eso no se discierna de inmediato.

La despedida de las dos nueras de Noemí marca un contraste importante. Las dos alzaron su voz y lloraron, pero en el caso de Orfa esa emoción sólo se tradujo en un beso de despedida, para marcharse a su tierra y a su vieja vida.

En Rut vemos que las emociones se concretaron en una firme y decidida elección: la de volver con Noemí, dejando atrás todo lo demás, para abrazar con todas sus fuerzas y hasta el final de su vida, al Dios de Noemí y a su pueblo.

Mencionamos esto aquí como algo a tenerse muy en cuenta. En el ministerio de la restauración, con frecuencia es necesario y bueno que nos quebrantemos delante de Dios. Ello tiene la virtud de sensibilizar nuestros corazones, que a menudo están fríos o endurecidos.

No obstante, para alcanzar progresos sólidos, resulta fundamental que ese quebrantamiento sea seguido de elecciones y decisiones definidas, ya sea en el terreno de abandonar radicalmente el mal del que podemos haber sido redargüidos, o en el de darle definitivamente al Señor algo que nos ha estado pidiendo, etc. Y estas elecciones y decisiones deben llevarse adelante con firmeza y perseverancia, aun "en frío", cuando las emociones se han disipado.

La vida y trayectoria de Noemí nos señalan otro aspecto que con alguna frecuencia encontramos: el de la persona en parte apartada y desviada del camino más alto en las cosas de Dios, pero sin que la responsabilidad sea suya en el grado primordial.

Nos explicamos diciendo que la decisión de marcharse al territorio de una nación pagana fue de parte de Elimelec su marido. Ella fue con él y sus dos hijos como parte de su obediencia y fidelidad matrimonial. Aunque no hay ninguna constancia expresa en ese sentido, pensamos que el deseo de su corazón hubiera sido permanecer en la tierra de Israel a pesar del hambre imperante, pero su lealtad a su marido le impulsó a acompañarlo, sabedora de que el anteponer su voluntad personal y quedarse separada de él, hubiera sido una alternativa indigna y ruinosa para ella y su hogar.

El primer afectado y perjudicado por este paso en falso fue Elimelec mismo, llegándole a él la muerte en primer lugar. Pero la misma también alcanzó a Mahlón y Quelión, sus dos hijos, tocándole a su esposa Noemí quedar viuda y sin hijos, con todo lo que ello suponía.

Aquí un breve paréntesis para recalcar el cuidado que debemos poner al tomar nuestras decisiones y elegir el camino en las distintas coyunturas y vicisitudes de la vida. Las correctas y encajadas dentro de la voluntad de Dios serán para nuestro provecho y bendición, así como el de nuestros seres queridos a quienes Dios nos ha encargado cuidar y tutelar. Inversamente, las equivocadas, que anteponen lo nuestro a lo que viene de lo alto y la estricta fidelidad a Dios, no sólo redundarán en nuestro propio perjuicio, sino en el de los allegados a nosotros, ya sea como familiares o como personas en Cristo a quienes nos toca encaminar en el orden de Dios.

Esto último, como se ha dicho, le tocó a Mahlón y Quelión, quienes corrieron la misma suerte de una muerte prematura. A Noemí le tocó la angustia y tristeza de quedar viuda, sin hijos y desamparada.

¡Qué solemne resulta pensar que no sólo a nosotros mismos, sino también a los que más amamos, podemos hacerles tanto daño al tomar un mal rumbo en la vida!

A su regreso a Belén, su ciudad de origen, toda la población se conmovió al verla. El rostro radiante que habían conocido ahora estaba pálido y envejecido por las profundas huellas del dolor que la había afligido.

"No me llaméis Noemí (placentera o agradable), sino llamadme Mara (amarga); porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso.

Yo me fui llena, pero Jehová me ha vuelto con las manos vacías. ¿Por qué me llamaréis Noemí, ya que Jehová ha dado testimonio contra mí, y el Todopoderoso me ha afligido?" (1:20-21)

En su congoja se siente condenada, como si toda la desgracia que le ha sobrevenido fuera señal de la desaprobación de Dios. A veces podemos estar en ese estado de autocondenación por la adversidad que nos ha tocado sufrir, pensando que es muestra del desagrado de Dios, sin saber que la verdad es todo lo contrario. Ese corazón de Dios que nos conoce tan bien, late del más tierno amor por nosotros, y sin que lo sepamos nos tiene preparados consuelos y bendiciones cual nunca hemos imaginado.

Se había ido llena ¡y creía que volvía vacía! Pero ¡qué distinta era la realidad de los hechos!. Sin que ella lo pudiese comprender todavía, volvía con un inmenso tesoro: la perla inestimable de su preciosa nuera Rut.

Por otra parte tenemos la paradoja de que su vida, tan atribulada por la muerte que había golpeado su hogar en tres ocasiones consecutivas, había hablado y testimoniado a Rut tan elocuentemente del Dios de Israel y de Noemí.

"...a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios."(1:16).

Rut había visto algo especial en la vida de Noemí que le hacía saber que ella tenía un Dios muy por encima de todos los dioses de los moabitas. El atractivo de Noemí y de su Dios era un imán irresistible que le movía resueltamente a dejar atrás todo lo demás, para ir en pos de ella y de su Dios.

¡Qué bálsamo y consuelo podemos extraer de esto! A menudo cuando nos toca pasar por la fragua de la prueba y el dolor, tendemos a sentirnos tan pequeños, impotentes y aun indignos. Y puede ser que precisamente en ese entonces, sin que lo sepamos ni nos demos cuenta, Él esté forjando a través de nuestras vidas quebrantadas, valores eternos y bendiciones inesperadas.

¡Y qué dulce el despertar de un alba nueva, la noche oscura dejada atrás, y saber que en ella después de todo, Él estaba presente en forma muy real, y nada de lo padecido ha sido desperdicio ni haber sufrido en vano! ¡Por el contrario, todo ha tenido su sentido y razón de ser, en la mano sabia y diestra del insondable Dios de nuestra vida!

La trayectoria de Rut trazada en los capítulos 2, 3 y 4 del libro, resulta singular, ejemplar y maravillosa, pero debemos ceñirnos a Noemí y su restauración, que de eso estamos tratando.

El estado de viudez requería la redención para que el nombre del difunto se restaurase y no fuese borrado. La unión matrimonial entre Booz y Rut, tan milagrosa como providencial, vino a posibilitar eso y mucho más también. Al nacerles ese preciado primer hijo llamado Obed (adorador o siervo)

"...las mujeres decían a Noemí: Loado sea Jehová, que hizo que no te faltase hoy pariente, cuyo nombre será celebrado en Israel; el cual será restaurador de tu alma, y sustentará tu vejez; pues tu nuera, que te ama, lo ha dado a luz; y ella es de más valor para ti que siete hijos."(capítulo 4:14-15).

¡Qué panal de miel dulcísimo es este desenlace tan tierno y feliz! *A veces es necesario perder aquello a que teníamos tanto apego y en que teníamos fincadas nuestras mayores esperanzas, para poder más tarde, en nuestro vacío y dolor, recibir a cambio esos bienes más altos y sublimes que el Padre de Gloria nos tenía reservados.*

En la escala divina de valores siempre figura el siete, no necesariamente como cifra en sí, sino como símbolo de lo que en verdad El nos da: algo completo y perfecto a carta cabal. En lugar de los dos hijos perdidos, Rut que valía por siete – no un mero dicho, sino una realidad absoluta. Ella podía pensar en Mahlón y en Quelión, y ver que ahora en Rut tenía alguien que valía por ellos dos; pero no solamente eso, sino también por ¡nada menos que otros cinco! Esto, según va en el título, lo llamamos con toda propiedad el siete de la divina potencia.

Pero además:

"...para que el nombre del muerto no se borre de entre sus hermanos..."(4:10).

Esa era la aspiración, natural y normal, de Noemí, como también de Rut y por cierto de toda viuda. *Pero la proyección divina iba mucho más alto y más lejos:*

"Obed engendró a Isaí, e Isaí engendró a David." (4:22).

Así termina el libro y la hermosa historia. Lo que quiere decir que el nieto que Dios le dio a Noemí entra a través de David, en el río del linaje sagrado que irá a confluir en el Mesías - ese varón inigualable que tras su triunfo en la arena del Calvario, es resucitado, ascendido y glorificado hasta dársele el NOMBRE SOBRE TODO NOMBRE.

¡Esto ni Noemí ni Rut lo habían soñado ni remotamente!

¡Así restaura nuestro Dios: trabajando a la divina potencia!

¡Como para unirnos en rueda de amigos y hermanos, levantando en alto nuestras copas, rebosantes de admiración, gratitud y alabanza, para rendir el más alto tributo a nuestro Dios maravilloso, el gran restaurador de todas las cosas!

CAPÍTULO III

SAMUEL, EL GRAN RESTAURADOR (1)

"...antes que la lámpara de Dios fuese apagada."(1ª. Samuel 3:3)

Algún lector podrá estar preguntándose:

"¿Y la causa de mi decadencia espiritual?. Ya me he leído dos capítulos y todavía no he encontrado nada que me la explique; tampoco el menor indicio de los primeros pasos que debo dar para restaurarme..."

A veces podemos querer tratar las cosas de Dios con el enfoque del libro de texto o del manual, buscando en el índice el tema que nos interesa y pasando de inmediato al capítulo correspondiente, para encontrar la información o respuesta que necesitamos.

Dicho con toda reverencia, pero también con el mayor énfasis,

¡Dios no funciona así!

Como bien sabemos, El nos ha dado Su palabra, contenida en las Sagradas Escrituras, en una forma que no se asemeja ni remotamente ni a un libro de texto ni a un manual.

En una combinación singular de historia, biografías de grandes siervos de Dios, genealogías, poesía de los más variados tonos (Job, Salmos, Cantares, Lamentaciones, etc) y enseñanzas y exhortaciones, a veces acompañadas o seguidas de predicciones proféticas, la Biblia es el libro más difundido en todo el mundo.

Para muchos es contradictoria, enigmática o inaceptable y la desprecian, la descartan o aun la detestan. Para los que hemos encontrado la vida eterna en la persona de Cristo Jesús, por el contrario nos resulta una fuente de inspiración y luz, un alimento rico y sólido para nuestra vida interior, el medio a través del cual a menudo nos habla nuestro Padre celestial, y en fin, mucho, mucho más, que la hace preciosa e imprescindible.

¿Cómo se explica este contraste tan fuerte?. El mismo libro es para unos absurdo, contradictorio y nada fiable. Para otros luz divina clarísima, fuente de toda verdad y razón y ancla firme para la fe en esta vida y en el más allá.

Las respuestas no se encuentran a través del razonamiento mental, ni en virtud de nuestra inteligencia o capacidad de comprensión y deducción. Esto no significa que hemos de descartar nuestra mente y buscar por la vía de las emociones o de la intuición.

La única forma en que las verdaderas respuestas nos pueden llegar es por la revelación y el obrar del Espíritu, según se nos dice en la misma Biblia, y tal cual se comprueba a menudo en nuestra vivencia cristiana.

Y esta revelación y este obrar no son para el más inteligente ni el más capaz, sino con frecuencia para el pequeño, el niño o el de pocas luces, pero que en su interior tiene un corazón necesitado, sencillo y llano, que mansamente quiere aprender de Dios.

A menudo – pero no siempre - tras el cerebro muy capaz, puede haber un

corazón envanecido e incluso lleno de arrogancia y escepticismo. Eso para Dios es abominable y El no se ha de revelar a quienes lo tengan, en tanto no se arrepientan y humillen cambiando totalmente su actitud.

Lo que nos lleva a la sencilla y bien conocida conclusión de que a Dios no se le encuentra por la vía del cálculo o del trabajo mental, sino con el corazón. Cuando éste se encuentra receptivo, deseoso, franco y sumiso, se le crea al Espíritu Santo el terreno ideal para que pueda obrar. Y muchas veces sus respuestas vienen por donde menos las esperamos.

Todo esto para recomendar al lector propenso al proceso mental, que deje de lado sus muchas preguntas. En vez, le animamos a que cultive el jardín de su corazón con la oración y búsqueda de Dios, quitando piedras, abrojos, espinos y gusanillos, para estar con sencillez, integridad y mansedumbre ante Él. Así se colocará en situación óptima para recibir de lo alto, y al perseverar en la lectura, acompañada de oración sincera, no faltará lo que su espíritu necesita, y con su mente también lo podrá comprender después.

Hecha esta introducción y recomendación, ahora sí pasamos al tema señalado, título de este capítulo.

La figura de Samuel ocupa uno de los lugares más encumbrados entre los siervos de Dios de todos los tiempos. En la historia de Israel ningún otro desempeñó como lo hizo él, el triple rol de juez que regía al pueblo, sacerdote que ofrecía los sacrificios y profeta que traía la palabra del Señor para su pueblo. Junto con Moisés (Jeremías 15:1) y Noé, Daniel y Job (Ezequiel 14:14 y 20), es nombrado por el mismo Señor como uno de los más grandes intercesores. Y como si fuera poco, junto con Abraham en Génesis 22:11, Jacob en Génesis 46:2, Moisés en Éxodo 3:4 y Saulo de Tarso en Los Hechos 9:4, es uno de los únicos cinco a los cuales al hablarles Dios, los nombra dos veces. (1^º Samuel 3:10) (*)

Samuel significa nombre de Dios u oído por Dios. El relato de 1^º de Samuel 1, que nos da el trasfondo de su concepción y nacimiento, encierra muchas cosas de riquísimo valor y que tienen a la vez esa preciosa virtud de la auténtica creatividad celestial.

Nació de la oración de su madre Ana. Pero no fue el mero ruego o petición de una madre que todavía no había tenido un hijo y anhelaba tenerlo. Las palabras *“Porque Jehová no le había concedido tener hijos”*, del versículo 6 de la versión Casiodoro de Reina /Cipriano de Valera, revisión de 1960, en el texto original hebreo literalmente significan *“Porque Jehová le había cerrado la matriz”*.

Es decir que no se trataba de que su matriz fuese accidentalmente estéril, como se da en un reducido porcentaje de mujeres. Era algo que el Señor, en uno de sus insondables designios, había hecho en forma deliberada y con un propósito concreto. Iba desde luego en contra de su anhelo natural de tener hijos, algo que por creación se encuentra innato en toda mujer normal.

Para colmo, su rival Penina la irritaba, enojándola y entristeciéndola con sus desprecios y burlas. Esto fue un proceso doloroso de varios años y que al final hizo crisis, llevándola a derramar su alma delante del Señor en el templo.

(*) (El caso de Marta en Lucas 10:41 lo desconsideramos por estar en un nivel distinto.)

Antes de eso, Elcana su marido trataba de consolarla:

"...Ana ¿por qué lloras? ¿Por qué no comes? ¿Y por qué está afligido tu corazón? ¿No te soy yo mejor que diez hijos?" (1 Samuel 1:8).

Pero cuando Dios ha puesto un clamor, una carga en el corazón, ningún sustituto humano, por bueno y bien intencionado que sea, puede satisfacerlo de lleno. Y Dios de veras había puesto una carga y un clamor en su corazón, que en realidad le llevaba a identificarse con el sentir del mismo corazón divino.

Seguramente que no sólo veía a Penina que tenía hijos, sino que sus vecinas y familiares que le rodeaban también los tenían y algunas en abundancia, y sin que ella lo pudiese comprender, su dolor era como un reflejo del gran dolor de Dios. En efecto, la decadencia espiritual era tal que casi podríamos decir que el Señor sentía que la hipocresía, el engaño, la maldad, el soborno, la inmoralidad, la mentira y la idolatría, todos tenían muchos, muchísimos hijos. Él en cambio no tenía ni uno solo de verdad en esa época de tanta apostasía.

Y así Ana, con esta carga tremenda, que sólo la pueden entender bien quienes en alguna manera han transitado esta senda, dejó atrás a su marido y cuanto le rodeaba, para ir a estar a solas con su Dios y descargarse ante Él.

Con toda la fuerza de su ser, en la profunda amargura de su alma, lloró y lloró a raudales derramando su dolor, para pasar en seguida a pedir un hijo varón, no para sí misma, sino para Jehová todos los días de su vida.

Y de esa oración, singularísima y bendita en todo sentido, nació Samuel, un varón de verdad, que iba a valer más que todos los hijos de todas las demás madres de ese entonces.

"...Y se fue la mujer por su camino y comió y no estuvo más triste" (1:18).

En este nivel de oración, a un plano muy elevado por cierto, una vez que la carga ha hecho crisis y se ha derramado ante Dios por el Espíritu, uno se queda en profunda paz y con el alma plenamente relajada y sedada.

Como ya se ha dicho, en esos tiempos el camino de la obediencia y fidelidad al Señor se había abandonado casi totalmente, y aparecían síntomas graves y alarmantes de una profunda decadencia.

El anciano sacerdote Elí que juzgaba a Israel y posiblemente en tiempos anteriores hubiese sido fiel y consecuente, ahora había perdido la visión y el discernimiento, confundiendo a Ana con una mujer ebria, precisamente cuando estaba siendo llevada por el Espíritu a elevar esa oración tan maravillosa a que nos acabamos de referir.

Sus dos hijos, Ofni y Finees, cometían fechorías vergonzosas que le deberían haber impulsado a quitarlos totalmente del sacerdocio. En cambio, apenas si les dio una blanda reprensión, dejándoles seguir en sus cargos, y engordándose él al igual que ellos de lo principal de todas las ofrendas del pueblo. Como resultado, la gente despreciaba ese ritual de sacrificios y ofrendas, que había venido a ser una mofa y afrenta al nombre del Santo Dios de Israel.

Así las cosas, "antes que la lámpara de Dios fuese apagada" por tanta iniquidad y falsía, el Señor hizo que Ana concibiera y diese a luz ese hijo tan precioso. De él se iba a valer para iniciar una nueva etapa de arrepentimiento y recuperación que iremos analizando más adelante.

Notemos como, al igual que otras veces, en los momentos más oscuros, cuando parece que el testimonio del Señor se ha tirado por la borda y todo parece perdido, otra vez la providencia divina emerge justo a tiempo, trayendo renovada misericordia y favor para con Su pueblo amado. Y amado a pesar de su consumada infidelidad e inconstancia, por ese bendito amor de Dios que nunca muere y nunca se apaga.

Consecuente con su voto, no bien lo hubo destetado, Ana lo llevó al templo, desprendiéndose de él y dedicándolo a Jehová para todo el resto de su vida. ¡Cuánto le habrá costado separarse de ese hijito tan querido, que todavía era pequeño, un niño de tal vez 3 ó 4 años de edad!.

Antes de seguir la trayectoria del niño, a quien aguardaba un destino tan alto, notemos los síntomas y la evolución del decaimiento de Elí, el juez que había gobernado por unos buenos años:

1) Pérdida de discernimiento, como ya hemos visto, al no reconocer la oración de Ana como algo precioso que venía del corazón de Dios, y en vez tomarla por una mujer ebria (1ª Samuel 1:13-14)

2) El honrar a sus hijos por encima del Señor (cap 2:29), una falta grave en que es muy posible caer, si uno se deja llevar por el amor natural a los hijos, sin supeditarlos al más alto que se debe guardar para Dios siempre.

... "porque sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado" (3:13)

Como ya hemos visto, en vez de limitarse a darles una blanda reprensión por sus pecados gravísimos, debió haberlos destituido del sacerdocio. Al ser débil y no hacerlo, de hecho traicionó a su Dios, permitiendo que las ofrendas y los sacrificios del santuario fueran administrados por las manos sucias de sus hijos corrompidos. Esto por supuesto creaba un estado de cosas realmente vergonzoso, que muy pronto iba a desembocar en una apostasía gravísima de todo el pueblo.

3) *"...Engordándoos de los principal de todas las ofrendas..." (2:29)*. Esto implica, además del pecado del trato profano dado a las ofrendas, el abandono de la disciplina y austeridad, comiendo en demasía, que siempre supone alimentar a la naturaleza carnal, en detrimento de la espiritual.

4) *"...estando Elí acostado en su aposento, cuando sus ojos comenzaban a oscurecerse de modo que no podía ver," (3:2)*. La pérdida de visión va en aumento, hasta alcanzar un estado de virtual ceguera.

En este capítulo 3, en el que miraremos en breve con el enfoque puesto sobre Samuel, vemos el triste estado al que ha llegado Elí. Recién la tercera vez que el Señor lo llama a Samuel, se entera de lo que verdaderamente está pasando.

Ahí sí le da el consejo oportuno:

"...si te llamare dirás: Habla Jehová, porque tu siervo oye." (3:9), pero es el consejo de uno que sólo sabe la fórmula, probablemente por un pasado mejor en su vida, en la cual esa voz divina tal vez le hablaba a él. *Trágicamente ya no le hablaba más.*

Algo para hacernos temblar, a la par que suplicar en la forma más tierna: ¡Nunca permitas Dios nuestro que semejante cosa nos acontezca!

5) *"Era ya Elí de edad de noventa y ocho años, y sus ojos se habían oscurecido, de modo que no podía ver".*

"Y aconteció que cuando él hizo mención del arca de Dios, Elí cayó hacia atrás de la silla al lado de la puerta, y se desnucó y murió; porque era hombre viejo y pesado. Y había juzgado a Israel cuarenta años" (1ª Samuel 4: 15 y 18).

La ceguera física ya había llegado a ser total e iba paralela a su ceguera espiritual. Muy distinto era el caso del profeta Ahías, silonita, que en su vejez tampoco podía ver con sus ojos naturales. Sin embargo, espiritualmente seguía viendo con toda claridad, y al venir a verlo la mujer del rey Jeroboam I, disfrazada para que no la conociera, la recibió con estas palabras: *"...Entra, mujer de Jeroboam. ¿Por qué te finges otra?"* (Ver 1ª Reyes 14: 1-6).

¡Qué hermoso resulta ver una vida que llega a su fin con la visión límpida! Y por contraste ¡cuán triste cuando sucede lo contrario!

El otro síntoma negativo que vemos culminar es el del sobrepeso. Entendemos que hay personas cuyo metabolismo las hace propensas a la obesidad, aun cuando sean sobrias en el comer. Pero éste no era el caso de Elí, que junto con sus hijos se había engordado de lo principal de todas las ofrendas del pueblo de Dios, como ya hemos visto.

Y así murió cayendo pesadamente hacia atrás y desnucándose. Fue el triste fin de una vida que perdió el buen rumbo, y que la Biblia nos presenta como una solemne advertencia.

El nombre que se le dio al nietito que le nació a Elí casi simultáneamente con su muerte - Ichabod, es decir Sin gloria o Traspasada es la gloria - define con toda precisión ese desdichado desenlace.

Que brote en tu corazón, querido lector, así como en el de todos los hijos de Dios, un clamor real y profundo por llegar a un fin noble y feliz, en el pleno cumplimiento de la voluntad y el propósito de Dios para nuestras vidas. ¡Amén!

Por desagradable y triste que haya sido la trayectoria de Elí, consideramos necesario haber matizado algunos puntos en cuanto a ella. *Señalar los peligros que nos acechan en nuestra marcha y ver con claridad el terrible fin de los que se desvían del santo camino, es una de las formas de incentivarnos a buscar lo alto y bueno, y a confirmarnos en nuestra determinación de no desviarnos, cayendo en los errores de otros que nos han precedido en el tiempo.*

Retomemos ahora el hilo de Samuel. En el capítulo 2, a continuación de la inspirada alabanza de Ana, su madre agradecida por habersele concedido el pedido, encontramos estas palabras:

"...y el niño ministraba a Jehová delante del sacerdote Elí." (1ª Samuel 2:11)

Y más adelante en el mismo capítulo, intercaladas entre el relato de las maldades de Ofni y Finees, los dos hijos de Elí y la blanda corrección de su padre, aparecen las siguientes afirmaciones:

"Y el joven Samuel ministraba en la presencia de Jehová, vestido de un efod de lino.

Y le hacía su madre una túnica pequeña y se la traía cada año..."(2:18-19).

"...Y el joven Samuel crecía delante de Jehová." (2:21)

"Y el joven Samuel iba creciendo, y era acepto delante de Dios y delante de los hombres." (2:26)

Resulta fácil visualizarlo: pequeño, tierno, con el candor de su inocencia de niño, mientras afuera reinaban el mal y la hipocresía. Sin conocer nada de eso, ni saber

nada de engaño, mentira o maldad, su figura hermosa aparece cada día delante del Señor para servirle, vestido del lino de la santidad. Al mismo tiempo, va creciendo en forma lenta, gradual, pero segura, para ir forjándose allí - delante de Dios - en el gran hombre del mañana para Israel.

Debemos recordar acá las palabras de Jesús:

"...De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos." (Mateo 18:3).

En ésta y en tantas otras ocasiones el Maestro señaló la necesidad de tener la actitud del niño en cuanto a humildad, inocencia y confianza en el Padre Celestial.

Nacer de nuevo, es decir el primer paso que lleva a la salvación, supone en sí hacerse niño otra vez, sabiendo poco o nada y teniéndolo todo, o casi todo, por aprender.

Por supuesto que en la vida cristiana debemos crecer y desarrollarnos adecuadamente, para alcanzar la mayoría de edad, espiritualmente hablando, pero sin perder esas cualidades tan preciosas, propias de la niñez.

Precisamente por ese lado, el de llegar a ser tan adultos y saber tanto que se dejan de lado esas hermosas virtudes del niño, a menudo se perfila una declinación en nuestra vida espiritual. Lo peor del caso es que muchas veces se puede estar inconsciente de ello, al estar envueltos en un activismo que bien puede estar acompañado de una frialdad profesional y aun de un sutil escepticismo - "Yo estoy tan curtido que ya no creo en esas cosas", etc

En el avanzar hacia la madurez, con los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal (Hebreos 5:14), debemos cuidar de retener un espíritu tierno, sensible al verdadero camino del Espíritu y con la humildad y confianza implícita en el Padre, propias de los niños bien nacidos en el evangelio.

El capítulo 3 de 1^a de Samuel tiene aspectos muy entrañables y preciosos. En aquellos tiempos de tanta oscuridad era muy raro que hubiese palabra genuina de Dios.

Las palabras "*antes que la lámpara de Dios fuese apagada*", que hemos puesto como subtítulo de este capítulo, nos hacen entender en sentido figurado la situación a que se había llegado a esa altura. La apostasía era tal que se estaba a punto de apagar la luz de Dios para Su pueblo, para dejar una oscuridad total. Y justo a tiempo, como tantas otras veces, la providencia divina interviene para traer el mensaje celestial en medio de tan densas tinieblas.

El joven Samuel continuaba ministrando a Jehová (cap.3:1). Llega la noche y se acuesta y empieza a dormir plácidamente, cuando una voz lo llama. Piensa que es Elí y se levanta y va corriendo y le dice "*Heme aquí; ¿para qué me llamaste?*"

Elí, sumido en el letargo y oscuridad de su alma, sólo atina a decirle que no lo ha llamado y que se vuelva a acostar; casi diríamos que se duerma otra vez y lo deje a él seguir durmiendo.

Esto se repitió dos veces, hasta que por fin Elí cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo, y como ya hemos visto, le dio el consejo correcto:

"...sí te llamare dirás: Habla, Jehová, porque tu siervo oye"(3:9).

Notemos también la presteza con que Samuel se levanta una, dos y tres veces, venciendo el natural cansancio y deseo de quedarse calentito en la cama y no enfriarse los pies y el resto de su cuerpecito.

Lo que sigue es muy precioso y entrañable:

" Y vino Jehová y se paró , y llamó como las otras veces: ¡Samuel, Samuel!
Entonces Samuel dijo: Habla, porque tu siervo oye." (3:10).

¡El mismísimo Eterno Dios desciende de Su trono y se sitúa junto al lecho de Samuel, y como si fuera poco, lo llama por su nombre dos veces! ¡Qué altísimo honor, que como ya señalamos, lo ubica entre los verdaderamente grandes!

El mensaje que Jehová tenía, no era el de un avivamiento maravilloso, sino el de un juicio severísimo para con Elí y su descendencia, ratificando lo ya pronunciado anteriormente a Elí por un varón de Dios anónimo, según leemos en el capítulo 2:27-36.

Naturalmente que a todos nos agrada leer, recibir y apropiarse las palabras que encierran bendición y prometen ensanchamiento, fruto y resultados halagüeños. Sin embargo, debemos también prestar suma atención a las que van en el sentido contrario de juicio y castigo severísimo, y que por cierto no sólo en estas dos ocasiones, sino en muchísimas más abundan, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Es la sabiduría y bondad de Dios que ha querido consignarlas tantas veces y con tanta claridad, a fin de amonestarnos y advertirnos para que no nos desviemos en lo más mínimo de la senda del bien que nos ha trazado.

Seamos sabios y observémoslas con temor y temblor. Muchos sobretodo en la hora de la tentación, y también en la de la bendición, se han comportado con autosuficiencia y excesiva confianza en sí mismos, tal vez por sus éxitos anteriores, desatendiéndolas o no dándoles la debida importancia. Y esto les ha sido de gran perjuicio, y a veces hasta para su ruina y destrucción. Muy elemental por cierto, pero sin lugar a dudas, importantísimo.

Después de recibir esta palabra, leemos que Samuel estuvo acostado hasta la mañana, seguramente despierto parte del tiempo, pensando en la gravedad de la misma. Cabe suponer que, como niño tierno y sensible, habrá quedado impresionadísimo y le habrá dejado huellas profundas, que a lo largo de su vida, le habrán servido de mucho para mantenerlo fiel y perseverante en toda su conducta.

Aun cuando temía descubrir la visión a Elí, tuvo que hacerlo. El anciano sacerdote, con resignación sólo pudo decir: "*Jehová es; haga lo que bien le pareciere.*" (3:18).

Y aquí se separan dos personas y dos caminos diametralmente opuestos. Elí ha de tener muy pronto el trágico fin a que ya nos hemos referido, mientras que Samuel empieza a proyectarse por la senda que lo ha de constituir en uno de los varones más dignos y eminentes de toda la historia de Israel.

Esa misma mañana abrió las puertas de la casa de Jehová, como señal y preanuncio de que en su derrotero noble y ejemplar, por la gracia divina iba a abrir a su pueblo la puerta del retorno al Dios del cual se habían apartado.

"Y Samuel creció, y Jehová estaba con él, y no dejó caer en tierra ninguna de sus palabras. Y todo Israel, desde Dan a Beersheba, conoció que Samuel era fiel profeta de Jehová. Y Jehová volvió a aparecer en Silo; porque Jehová se manifestó a Samuel en Silo por la palabra de Jehová." (3:19-21).

Entre otras cosas, vemos que cuando Dios levanta a alguien o algo, no hace falta darle publicidad e irlo anunciando por todas partes, pues Él mismo se encarga de

respaldarlo y promocionarlo. Y lo hace sin alardes innecesarios, y donde y como a El le interesa hacerlo.

También resalta en todo esto la providencia divina. El Señor sabía el lamentable estado de decadencia de Su pueblo, y en forma sabia y bondadosa estaba haciendo por anticipado preparativos para remediarla.

Ánimo querido lector o lectora que te encuentras en decaimiento y sequedad espiritual, e incluso como si hubieras perdido el rumbo en la vida.

¡Arriba ese corazón! El mismo Dios de la infinita misericordia, también para ti está preparando medios para traerte otra vez a su regazo, plenamente reconciliado y restaurado. ¡Gloria a su nombre!

CAPÍTULO IV

SAMUEL, EL GRAN RESTAURADOR (2)

Lo aparente y lo real, lo falso y lo genuino.

¡Cuán maravillosa es la Biblia! Una de las muchas cosas que nos encantan de ella, es la forma en que ilustra y puntualiza el contraste entre lo aparente pero irreal, y lo auténtico, sólido y duradero.

Los capítulos 4 y 7 de 1^ª de Samuel constituyen un buen ejemplo de esto. Veamos primeramente el capítulo 4, en que se da lo aparente pero irreal.

Israel se posiciona en Eben-ezer, mientras lo filisteos acampan en Afec, y al darse la batalla, el pueblo de Dios es vencido y sufre considerables bajas. (4:2)

Los ancianos de Israel se preguntan "*¿Por qué nos ha herido hoy Jehová delante de los filisteos?*"(4:3). Y en su total falta de percepción, conceptúan que deben traer el arca del pacto, la cual viniendo a estar entre ellos, les ha de salvar de la mano de sus enemigos.

Proceden pues a hacerlo, y al llegar el arca al campamento, todos gritan con tan gran júbilo que hacen que la tierra tiemble. Los filisteos oyen el grito de júbilo y al saber que era por la llegada del arca del pacto del Dios de Israel, hasta ellos mismos tienen miedo.

Todo apunta a una victoria aplastante. Como si dijeran los israelitas: "Ahora, con el arca de Jehová en nuestro medio, somos invencibles. Esta vez sí que venceremos por completo a nuestros malvados enemigos".

¡Qué falta absoluta de verdadera orientación! Estaban totalmente desubicados, apoyándose en algo ilusorio y carente de toda base sólida.

Ya en la batalla anterior, podemos intuir algo de eso. Vemos en el versículo 1 que se habían situado en Eben-ezer, posiblemente pensando en el nombre del lugar, Piedra de ayuda, como algo que les iba a valer para obtener el socorro de Dios.

Habiendo fallado eso, para la segunda, como ya hemos visto, mandan traer el arca del pacto. Esa sí que sería la solución y así, esta vez tendrían éxito.

Pero había dos razones de fondo, fundamentales y clarísimas, por las cuales iban a ser derrotados otra vez.

La primera era que, si bien traían *el arca del pacto*, con su infidelidad y abierta desobediencia, *ellos habían quebrantado el pacto*, descalificándose así de hecho de los beneficios del mismo, uno de los cuales claro está era el de ser apoyados por Jehová en la guerra contra sus enemigos.

Por si eso fuera poco, tenemos una segunda razón muy contundente: "...y los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, estaban allí con el arca del pacto de Dios." (4:4)

¡El arca sagrada, conteniendo las tablas de la santa ley como emblema de la presencia del mismo Dios, llevada y sostenida por esos dos canallas desvergonzados!

¿Cómo podrían pensar por un momento que Dios había de aprobar eso y darles el triunfo, como si todo estuviera bien y fuera de su agrado? Antes de hacer

semejante cosa, el Eterno Dios tendría que dejar de ser lo que era y es - ese Dios de majestad, justicia y gloria incorruptibles - y abandonar Su trono para siempre.

En la total insensibilidad y ceguera en que se encontraban, nada de esto parecían entender. Muy por el contrario, con el gran grito de júbilo con que recibieron la llegada del arca, presentían un éxito resonante, y sin embargo, les esperaba el gran desengaño de otra terrible derrota.

Sin querer entrar en un plano indebidamente crítico o polémico, debemos acotar que hoy día en muchos círculos cristianos se insinúan señales de esta índole, que al parecer la mayoría acepta como acertadas y de parte de Dios. Entre otras, grandes concentraciones, o reprensiones al enemigo o a los malos espíritus en lugares geográficos que se consideran estratégicos, aplicando métodos y tácticas que a la verdad no encontramos para nada en el modelo bíblico del Nuevo Testamento.

En todo esto vemos algo de superficialidad que en algunos casos se acerca bastante a la superstición, desestimando los valores cardinales de la verdadera oración, la santidad, la humildad y mansedumbre del Cordero, el amor y la fe, sólidamente apoyada en lo que Dios ha dicho *y no en lo que no ha dicho*. Estas son las cosas que la palabra de Dios recalca una y mil veces, pero parece que no bastan, y para muchos hay que descubrir nuevas recetas y fórmulas para tener éxito.

Sobretudo en las dos últimas décadas, han abundado convocatorias de actividades de esta índole en determinadas ciudades o lugares. A veces han ido acompañadas de predicciones de mucha importancia, como ser vaticinando en un caso que iba a ser el comienzo del gran avivamiento en Europa; en otros, éxitos tales como la ruptura de la fuerza diabólica de la periferia que impide la salvación de almas, o bien destronar potestades del enemigo de alto rango para así poder entrar en la gran cosecha evangelística mundial del final de los tiempos, etc. Al no cumplirse estos vaticinios, muchos cristianos quedan desorientados y aun desengañados, y se comprueba, vez tras vez, que ha habido un gran derroche de dinero, tiempo, esperanzas y esfuerzos en cosas que han resultado totalmente estériles.

¡Que el Señor nos ayude a agudizar nuestra percepción espiritual, para poder discernir claramente entre lo aparente y artificial, y lo que genuinamente viene de lo alto!

No seamos de los muchos que Daniel predijo que correrían de aquí para allá al aumentar la ciencia (Daniel 12:4) y seamos en vez de los que saben quedarse donde Dios los ha ubicado, para hacer Su voluntad humilde y fielmente cada día.

Para terminar con esta parte del capítulo 4, es preciso tener en cuenta que dentro de la sabia economía de Dios era necesaria esta segunda y fuerte derrota de Israel ante los filisteos. Por una parte, sirvió para el propósito de eliminar a los dos hijos de Elí y al anciano sacerdote, cuya conducta era un tropiezo y estorbo muy grande y algo abominable delante de Dios. Por la otra, introdujo un tiempo de escarmiento para Israel que lo iba a predisponer mejor para buscar y alcanzar la recuperación espiritual que tanto necesitaba.

Pasamos ahora a la otra cara de la moneda: lo real y genuino.

1 Samuel 7 es un capítulo verdaderamente dorado, riquísimo en verdades claras y de mucho valor, no sólo en lo que concierne a la restauración, sino también en otros aspectos de nuestra vida ante Dios.

Aquí la figura de Samuel, respaldada por el favor divino, alcanza su plena dimensión en el triple rol de profeta, juez y sacerdote que ya hemos señalado.

El arca del pacto, capturada por los filisteos, había sido devuelta a Israel después de los severísimos castigos que les había acarreado en sus ciudades de Asdod, Gat y Ecrón.

En Israel pasó algo semejante a los hombres de Bet-semes por haber mirado profanamente dentro del arca sagrada. Así la enviaron a Quiriat-jearim, situada aproximadamente a unos 14 km. al Noroeste de Jerusalén. Allí recibió el trato correcto y reverente que correspondía y estuvo por mucho tiempo.

No obstante, la presencia de Dios, Su palabra y Su bendición, no estaban con el pueblo de Dios, y con el correr del tiempo comenzaron a añorarlo, lamentando en pos de Jehová. Eso es con frecuencia parte del trato de Dios con el alma alejada de El. Se echa de menos, se siente nostalgia, al recordar tiempos mejores de bendición y dicha. El mismo Espíritu Santo lo refuerza con el triste silencio que guarda.

"*La paloma silenciosa en paraje muy distante*" de la revisión 1960 de la Versión de Casiodoro de Reina, en otra versión se traduce "*La paloma muda de los que están lejos*" (Salmo 56, título). Esto sugiere algo de lo que venimos diciendo: el silencio y la tristeza de Dios, en alguna manera reflejados en el corazón alejado de Él, lo cual lo mueve a lamentar en pos del Señor y a clamar ante Él, como primer paso del camino del retorno que se ha de emprender.

Fue entonces que Samuel se dirigió a todo el pueblo trayendo el consejo divino. Este no consistía en realizar una marcha a cierto lugar estratégico, ni a reprender al "hombre fuerte" de la región, que los había apartado y les estaba impidiendo volver a Dios, ni nada de eso.

"...Si de todo vuestro corazón os volvéis a Jehová, quitad los dioses ajenos...de entre vosotros, y preparad vuestro corazón a Jehová, y sólo a El servid, y os libraré de la mano de los filisteos." (7:3)

Son las verdades fundamentales, antiguas e incambiables y que son también insustituibles. Desgranemos el versículo en forma sencilla:

1) Un volverse al Señor de todo corazón, en forma íntegra y, por así decirlo, poniendo todas las cartas sobre la mesa.

2) Quitar los dioses ajenos.

Alejarse del Señor o enfriarse en la fe y el amor, siempre supone, aunque a veces no nos demos cuenta, dar a otros dioses, amores o intereses, un lugar indebido. Eso implica desplazarlo a Él del lugar céntrico en nuestras vidas, y para volver a tenerlo en el trono del corazón como Monarca Supremo, se hace imprescindible ser implacables, destronando a esos dioses ajenos en forma resuelta e irrevocable.

3) *"...preparad vuestro corazón a Jehová."* Eso significa que con una búsqueda esmerada y consecuente nos acercamos a El, procurando con el quebrantamiento del Espíritu, romper la dureza y sequedad de nuestros corazones, regándolos con las lágrimas del más profundo arrepentimiento. A esto se ha de añadir el abonar la tierra con la lectura, asidua y consciente de la palabra, con verdadera hambre y sed de Dios. Todo esto puede ser muy bien conocido, *pero se trata no de saberlo sino de hacerlo de verdad.*

4) “Y sólo a Él *servid*”. El resultado normal y lógico de lo anterior, es que pasemos a servirle con amor y humildad. Inicialmente sobretodo, será quizá en cosas pequeñas, que no nos hagan figurar en primera plana, pero que igualmente deberán hacerse con fidelidad, como muestra de verdadero amor y devoción a Él.

5) “...Y os *librará de la mano de los filisteos*.” En el Antiguo Testamento, los países vecinos eran todos, o casi todos, enemigos declarados de Israel. Mientras había obediencia y fidelidad al Señor, nada podían contra Su pueblo, que merced a la protección y bendición divina se mantenía firme ante ellos, e incluso los vencía siempre en la batalla.

Por el contrario, cuando se apartaban del camino para darse a la idolatría y el mal, Dios les retiraba Su apoyo y favor y caían derrotados, para ser oprimidos, a veces fuertemente, por esos mismos enemigos.

Así, en la economía del Señor, estos pueblos eran instrumentos que Él usaba en tiempos de rebeldía para un castigo punitivo, pero sobretodo correctivo, de Israel. Al ser vencidos y subyugados por ellos, recibían un fuerte llamado de atención, que era a la vez un escarmiento, destinado a llevarlos al arrepentimiento y al regreso a la buena senda que habían abandonado.

En el orden del Nuevo Testamento sucede algo parecido. En su trato con Sus hijos, cuando éstos se descarrían para darse al pecado y a lo mundano, el Señor también les administra un castigo que busca ser más que punitivo, correctivo. Para ello se vale principalmente de dos cosas:

a) Circunstancias adversas, como estrechez económica, problemas y contrariedades, etc. que se repiten continuamente. Éstas tienen el fin de hacerlos entrar en razón, para que comprendan que han perdido el buen rumbo y se dispongan a recobrarlo. A menudo, pero no siempre, hay una estrecha relación entre la clase de adversidad por la que se le hace pasar a uno, y la naturaleza de la desobediencia en que se ha incurrido.

Un ejemplo sencillo que lo ilustra con claridad, es el tener dificultades anormales y crónicas en la economía. Esto será casi seguro, debido a ser mezquino con el Señor en cuanto a diezmos y ofrendas, o bien incorrecto y falto de rectitud en las finanzas.

b) La operación de malos espíritus, que oprimen causando depresiones, angustia, pesadillas, temores infundados o anormales, e incluso ligaduras espirituales de diversos tipos, y de mayor o menor gravedad e intensidad según el caso.

También en esto suele haber una clara afinidad entre causa y efecto, y así el que se abra a la pornografía se encontrará, aun sin saberlo, en las garras de un espíritu inmundo que le provocará serios problemas en cuanto al sexo, y así sucesivamente. Esto lo trataremos con más detalle hacia el final de la segunda parte del libro, en el penúltimo capítulo.

Recalamos que esta operación de malos espíritus, salvo en casos de desobediencia grave y extrema, *no consiste en posesión, sino en atacar desde afuera del individuo*, vulnerando sus defensas a través de las grietas ocasionadas por el pecado y la reiterada desobediencia.

La promesa que viene bajo este punto, es la de ser liberados de estos “filisteos” de una u otra índole, como consecuencia lógica del arrepentimiento y haberse puesto a cuentas con Dios en forma cabal.

Los nombres de la mayoría de los pueblos enemigos de Israel, empezaban en forma distinta, pero terminaban igual: filisteos, amorreos, cananeos, heteos, heveos, jebuseos, gergeseos, ferezeos, etc.

Esto nos sugiere dos cosas:

Los enemigos de nuestra alma, es decir las obras y los deseos de la carne, tienen una multiplicidad de matices y variantes, que hacen que a unos y a otros se les presenten y les tienten en las formas más diversas. No obstante, el fin en todos los casos es el mismo: ruina y muerte espiritual. Más escuetamente, empiezan en forma distinta, pero al igual que los nombres, todos terminan igual.

Asimismo, sin querer ser frívolos en ninguna manera, señalamos que esa terminación *eos* que llevan todos, apunta a *¡que son unos feos, muy feos!* Y como feos que son, hemos de cuidarnos mucho de ellos.

Continuando con el contenido de 1^a Samuel 7, notamos que la exhortación del versículo 3 que acabamos de considerar fue obedecida, y los hijos de Israel quitaron los dioses falsos y sirvieron sólo a Jehová (v. 4).

A renglón seguido, vemos que Samuel dispuso reunir a todo Israel en Mizpa, para orar por ellos al Señor (v. 5). Vemos en esto y en todo el resto del capítulo, su serena pero firme autoridad, acompañada de una plena confianza en que, poniéndose las cosas en su debido lugar, su oración había de ser oída y contestada. Esto no proviene por cierto de un espíritu autoritario ni autosuficiente, sino de una vida sólidamente fundamentada en Dios, a través de la cual fluyen estas virtudes, y muchas más, sin ninguna necesidad de imposiciones ni esfuerzos carnales por lograrlas.

Mizpa significa atalaya, con el claro contenido de la actitud vigilante del centinela alerta y responsable. Pero si miramos más detenidamente, vemos que en la historia de Israel, en no pocas oportunidades, al presentarse una crisis o llegarse a una coyuntura importante, se convocaba a toda la congregación a reunirse como un solo hombre a Jehová en Mizpa. Ver Jueces 20:1; 1^a Samuel 10:17; Jeremías 40:7-12. Esto y todo el contexto, nos hablan con toda claridad de otro aspecto importantísimo en toda auténtica vuelta a Dios: la unidad.

La unidad es en sí un tema muy amplio y no debemos extendernos demasiado sobre él, pues sería salir del tema en que estamos. Pero sí haremos algunas consideraciones generales.

En primer lugar, en cuanto dependa de nosotros, debemos estar en paz con todos (Romanos 12:18) lo que supone, por supuesto, no estar peleados ni enemistados con nadie, sea hermano en Cristo o inconverso.

Tampoco debemos estar en un aislamiento que nos aleja o separa de los demás, ya sea a nivel individual o congregacional. Al cultivar lazos fraternales con otros en ambos sentidos - personal y de iglesia - nos fortalecemos y enriquecemos en muchas maneras.

Esto implica claramente que debemos estar despojados de todo espíritu exclusivista - ¡nosotros somos los únicos! - o de superioridad - ¡nosotros somos los mejores! Ambos desde luego son síntomas de estrechez de visión y sobre todo de orgullo espiritual, el cual es muy desagradable a los ojos del Señor.

Paralelamente, debemos ser fieles a la identidad y visión que el Espíritu Santo nos ha dado, y no permitir que el cultivo excesivo de estos lazos nos distraiga de la labor que, en forma personal y también conjunta, Él nos ha encomendado.

Al ser consecuentes en ese sentido, debemos sin embargo respetar y valorar la visión y el trabajo de otros hermanos y consiervos, aun cuando haya diferencias con respecto a lo que estamos haciendo nosotros. Estas diferencias podrán incluso ser grandes, pero la madurez nos enseñará a identificar tanto lo de ellos como lo nuestro, como correctamente ubicado dentro de los lineamientos básicos de las Escrituras.

En cuanto a tener comunión con nuestros hermanos, el Nuevo Testamento sólo nos señala tres excepciones:

1) Aquéllos que andan abiertamente en pecado (1^a Corintios 5:11)

2) Los que se extravían de la doctrina de Cristo (2^a Juan 9-11). Se entiende que este extravío debe ser en puntos fundamentales.

3) El que cause divisiones, después de una y otra amonestación (Tito 3:10-11)

El grado de profundidad en la comunión con otros hermanos e iglesias, dependerá de la mayor o menor afinidad que tengamos en cuanto a la experiencia personal con el Señor y la visión espiritual. Pero en todos los casos habremos de ser respetuosos y de valorar lo bueno y positivo que veamos en los demás, según la sabia exhortación de Filipenses 2:4 :

"...no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros."

Aunque el tema de la unidad queda muy incompleto, nos limitamos a lo anterior y a volver en particular a lo señalado en primer término en cuanto a estar en paz con todos. *Esto con frecuencia se vincula de cerca con la restauración, debido a que en el decaimiento espiritual, y sobretodo si ha habido un alejamiento de la iglesia, ello habrá producido un deterioro en las relaciones con hermanos, por lo menos en una buena parte de los casos.*

"...Y juzgó Samuel a los hijos de Israel en Mizpa." (1^a Samuel 7:6)

Seguramente habría distanciamientos, pleitos y enemistades entre un buen número de ellos, y al acercarse al Señor en el sincero arrepentimiento de la parte anterior del versículo, que a continuación pasaremos a analizar, sentían la necesidad urgente de ponerse a cuentas con todos sus hermanos. En toda verdadera restauración, sea individual o colectiva, éste es a menudo el sello que la autentifica.

Recordamos como, hace muchos años, entre un grupo de estudiantes bíblicos que se preparaban para servir al Señor, durante el curso lectivo surgieron malentendidos y disputas entre varios, en las que, tristemente, abundaron las habladurías y los chismes.

Hacia el final del curso, uno de ellos, verdaderamente llamado por el Señor para el ministerio, sintió la angustia de estar implicado en tal situación. Hondamente compungido por el Espíritu Santo, se humilló ante el Señor, y en una reunión de testimonios al final del curso, quebrantado su espíritu, pidió perdón a todos los que había ofendido en una forma u otra. Los demás implicados al parecer asumieron la actitud de haber tenido la razón, y si bien en todo el doloroso proceso evidentemente también habían hecho de las suyas, ni en la mencionada reunión, ni después de ella, reconocieron su culpa, ni se disculparon en lo más mínimo.

Como resultado de todo esto, el joven que se había humillado se marchó a servir al Señor descargado, plenamente reconciliado y en la paz de Dios, llevando a

continuación buen fruto en sus labores. En cuanto a los demás, por lo que podemos saber, siguieron un camino bastante mediocre en su vida cristiana.

"El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado", nos enseñó Jesús. En situaciones como éstas, es mejor perder (según la carne), para así ganar a la postre, según Dios.

"Y se reunieron en Mizpa, y sacaron agua, y la derramaron delante de Jehová, y ayunaron aquel día, y dijeron allí: Contra Jehová hemos pecado..." (7:6)

Aquí tenemos en primer lugar la obediencia consecuente y pronta. *"Reunid a todo Israel en Mizpa"* les había dicho Samuel, y en su estado de contrición y sincera búsqueda de Dios, no tienen ningún problema en hacerlo sin la menor pregunta ni demora. Cuando estamos realmente quebrantados ante Dios, alcanzamos esa bendita condición de ser tierna y prontamente obedientes a lo que nos dice, venga directamente de Él o a través de algún siervo Suyo.

A continuación y en segundo término, vemos la profunda sed de Dios - el tener hambre y sed de justicia. Cabe suponer que al estar congregados en tan gran número, muy probablemente al calor del sol, tenían naturalmente mucha sed. Y al sacar agua y derramarla delante de Jehová, estaban elevando una oración al cielo, sin palabras, pero de una elocuencia tremenda.

Era como decir: "Tú ves y sabes, Eterno Jehová, que nuestras gargantas están muy secas y tenemos mucha sed. Pero al derramar esta agua delante de Ti, te estamos diciendo, Oh Dios, que en nuestro interior tenemos una sed aun mayor - sed de Ti, nuestro gran Dios, sed de Tu presencia, de tenerte otra vez en nuestras vidas, llenándolo todo con Tu gracia bendita..."

Dichoso el varón, feliz la mujer, que tiene esta sed inmensa del Dios vivo. Tanto para él, como para ella, el Altísimo habrá de derramar raudales de aguas vivas, que traerán plena restauración, y consuelos y dichas celestiales, que habrán de saciarles por completo.

Claro está que no se debe confundir esta sed con un deseo fuerte que El nos llene, pero con la motivación, quizá sutilmente escondida, de llegar a ser un "gigante" o un "superman" en la fe, que habrá de alcanzar grandezas y éxitos resonantes.

En este sentido, recordemos las muy sabias palabras del Salmo 131:1 y 2:

"Jehová, no se ha envanecido mi corazón, ni mis ojos se enaltecieron;

Ni anduve en grandezas, ni en cosas demasiado sublimes para mí."

En verdad que me he comportado y he acallado mi alma

Como un niño destetado de su madre;

Como un niño destetado está mi alma".

El equilibrio correcto concilia los dos extremos: por una parte, estar despojados de toda vanidad y con la actitud de un niño, que se siente y se sabe muy pequeño; por la otra, una sed muy grande, un deseo vivo que a veces estalla en un clamor y un ruego que brota de lo más íntimo del ser, por ser llenado y saturado por las fuentes eternas.

Tener esa sed, como dijo Jesús y como se ha expresado más arriba, es una rica bienaventuranza; en cambio, el no tenerla, es todo lo contrario.

Amado lector, si tienes esta sed, guárdala celosamente y cuídate bien de no apagarla ni disiparla, bebiendo de fuentes indignas e impuras. Antes bien, ven a Él, la

fuentes eternas y cristalinas, derrama ante Su trono tu clamor a diario, y abre de par en par tus entrañas para recibir copiosos torrentes de estas aguas benditas.

Y tú lector, también amado, que no la tienes, deja que lo que estás leyendo sea como una sal que va penetrando insensiblemente en tu organismo espiritual y anímico, y poco a poco te va dando una gran sed del Dios vivo. Persevera, busca, clama, pide, golpea a las puertas del cielo; que así serás oído, y tú también pasarás a ser uno de los dichosos sedientos, que habrás de ser abrevado del torrente de Sus delicias, para quedar plenamente saciado (Salmo 36:8)

En tercer lugar, notemos que ayunaron aquel día. Otra forma muy eficaz de hacerle ver al Señor, y hacerse ver a uno mismo también, de que uno se está tomando las cosas muy en serio. El tener buen apetito y querer disfrutar de rica comida, es un instinto natural y además, por lo general, señal de buena salud. El practicar el ayuno sabiamente resulta beneficioso para nuestro organismo, y además fortalece nuestra voluntad y dominio propio, a la vez que espiritualmente nos ayuda casi siempre a estar más diáfanos y despejados que de costumbre.

Todo esto conduce a una mayor eficacia en la búsqueda de Dios, y concuerda con la exhortación del Maestro a que nos neguemos a nosotros mismos, en el sentido de anteponer los valores celestiales a nuestro natural deseo de comer.

Hemos de cuidarnos de no adoptar, inadvertidamente o a sabiendas, la actitud de más justos o mejores que otros que no ayunan, o bien de pensar que con el mérito del ayuno podemos, casi diríamos, obligar a Dios a que nos bendiga. Como en todas las demás cosas, en el ayuno es muy importante una disposición mansa y humilde del corazón, sabiéndonos indignos e inútiles en nosotros mismos, y acogiéndonos al infinito y gratuito amor del Señor.

Por último, al salir del ayuno se habrá de comer con mesura, y en ninguna manera sobrepasarse para compensar por lo no comido, pues esto traería perjuicios a nuestro estómago, como así también a nuestro espíritu. En este último sentido, el resultado casi seguramente sería el de pasar de unas horas de feliz comunión, a un bajón espiritual desagradable y perjudicial, incluso perdiendo el terreno ganado anteriormente.

"...y dijeron allí: "Contra Jehová hemos pecado." (7:6)

En la verdadera búsqueda de la recuperación, siempre se debe llegar al reconocimiento abierto y sincero de la culpa propia, sin argumentos ni excusas, y sin señalar tampoco la culpa que pudieran tener los demás.

Así las cosas, los filisteos, enterados de que todo Israel estaba reunido en Mizpa, se levantan otra vez contra el pueblo de Dios. Pero esta vez las cosas están sobre una base totalmente distinta, y en vez de la nueva victoria que seguramente anticipaban, se han de encontrar con una derrota terminante.

"...No ceses de clamar a Jehová nuestro Dios por nosotros, para que nos libre de la mano de los filisteos." (vers. 8) Aquí vemos una actitud completamente despojada de confianza en sí mismos, que se apoya totalmente en Dios y la oración de Su siervo. Esto no es sino el saludable efecto surtido por el escarmiento de las derrotas

anteriores, motivadas por su idolatría e infidelidad. El castigo correctivo de Dios, si se lo enfrenta con una disposición correcta, siempre produce el fruto apetecible de una tierna mansedumbre, que va acompañada de una dependencia real del Señor en todas las cosas.

"Y Samuel tomó un cordero de leche y lo sacrificó entero en holocausto ante Jehová; y Samuel clamó a Jehová por Israel y Jehová le oyó". (vers. 9)

Indudablemente inspirado desde lo alto, Samuel aquí hace algo muy hermoso, y de cuyo profundo significado posiblemente no estaba plenamente consciente al hacerlo. Ese cordero de leche en realidad representaba su vida y persona. Efectivamente, no bien destetado del pecho de su madre, como un verdadero corderito de leche había sido depositado en el templo del Señor en Silo, y de ahí en más su vida toda comenzó a arder en el altar de la consagración absoluta, como una ofrenda encendida, de olor grato a Jehová. No se trataba en ninguna manera de presentar sus méritos para reclamar una respuesta en base a ellos, sino antes bien de una expresión vívida, concisa y clara, de lo que Dios mismo había hecho en forma soberana con él, y que lo comprometía al Señor a reconocerla, y contestar la oración que la acompañaba en forma total y sin demora.

También debemos añadir que en nuestras oraciones, el Señor debe ver sobre el altar de nuestro corazón la disposición de un cordero, absorbida del Cordero de Dios. Tristemente, a menudo y sin que nos demos cuenta, diríamos que lo que Él ve es más bien una "cabra montés" o algo semejante a aun peor. Esa actitud o disposición que denota la mansedumbre del Cordero, es parte importante de lo que verdaderamente significa el orar en el nombre de Cristo.

Mientras Samuel ofrecía el holocausto y los filisteos se acercaban para entrar en batalla contra Israel, el mismo Señor se encargó de tomar cartas en el asunto, haciendo tronar con gran estruendo sobre los filisteos, de manera que la lucha muy pronto tomó un curso totalmente desfavorable para ellos. ¡Qué diferencia grande hace el saber que Dios está de veras de nuestra parte, y nos está dando evidencias claras de ello, desbaratando Él mismo al enemigo y poniéndolo en retirada!

Este es un punto muy importante en el proceso de la restauración: el ver que ahora las cosas siguen una línea distinta. La falta de la aprobación y el apoyo de Dios, que antes parecían condenar nuestras empresas e intentos al fracaso, ya no son más la triste constante. Por el contrario, empiezan a surgir alentadoras señales en sentido opuesto, y esto constituye un fuerte estímulo para proseguir en la marcha ascendente.

"Y saliendo los hijos de Israel de Mizpa, siguieron a los filisteos, hiriéndolos hasta abajo de Bet-car". (v. 11)

No solo se habían puesto a cuentas con Dios, sino también los unos con los otros, y desde este Mizpa de la unidad recobrada en las dos proyecciones - vertical y horizontal - ahora pueden retomar el camino de la victoria sobre sus enemigos.

Todo esto, traducido a la esfera espiritual de la experiencia cristiana, normalmente, cuando ha habido un decaimiento profundo y crónico, no se cristaliza ni en un día ni en una semana. Por lo general, involucra un proceso más prolongado, pero si se persevera fielmente en él, con toda seguridad se alcanzarán metas felices como

la recién consignada, y otras más que todavía nos quedan por examinar. Y en el curso de ese proceso se habrán de aprender valiosas y enriquecedoras lecciones prácticas.

"Así fueron sometidos los filisteos, y no volvieron más a entrar en el territorio de Israel..." (versículo 13)

La opresión de los filisteos se termina y ya no vuelven al territorio de Israel para subyugar, atemorizar ni tiranizar más al pueblo de Dios. La trompeta del jubileo, que proclama el fin de la esclavitud y el retorno a la plena posesión de la herencia que nos pertenece, (Levítico 25:10) ha sonado con toda claridad y estridencia.

¡Gloria sea al Señor!

Sobre esto último - la recuperación de la herencia que nos pertenece – nos ocuparemos en el capítulo siguiente. Pero veamos, para concluir éste, algo más sobre la figura de Samuel.

"...y la mano de Jehová estuvo contra los filisteos todos los días de Samuel." (versículo 13 b).

Es como decir que con sólo ver el Señor esa estampa noble y fiel de Su siervo amado, le bastaba para mantener en jaque y en retirada a esos enemigos acérrimos de su pueblo. Mientras él estuviese ahí, nada podrían hacer contra Israel.

Aunque en el plano normal es algo muy relativo, se suele decir que "todos los caminos llevan a Roma". En el terreno de las Escrituras hay una verdad no igual, pero sí parecida: que todos los grandes y buenos personajes, y todas las verdades y principios importantes, en una forma u otra señalan o simbolizan a Cristo y a los lineamientos básicos de la vida espiritual en Él.

"...Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí." (Salmo 40:7)

Su obra expiatoria perfecta consumada en el Calvario, Su victoria total y final sobre el imperio del pecado y todas las huestes satánicas, como así también Su presencia a la diestra de la Majestad en las alturas como Sumo Sacerdote eterno, garantizan y nos aseguran todo el bien que nos pertenece, como hijos de Dios. *Y así, al volver a nuestro hogar y patrimonio, puestos cabalmente a cuentas y plenamente restaurados al Padre, Su persona y Su autoridad indiscutible garantizan y sustentan nuestra libertad, victoria y bienestar para siempre.*

Querido lector: que esto no quede en meras palabras o en un idealismo ilusorio que pronto se habrá de disipar. Asimila cuidadosamente cada paso de lo que has leído. Es más: reléelo con la mayor atención, y con oración y tierna dependencia del Espíritu Santo, ponte en resuelta marcha para alcanzar una completa restauración en tu vida. Como ya dijimos, al ver el Señor que de tu parte las cosas van bien en serio, comenzará El también a obrar en serio en tu vida, y lo que has estado leyendo empezará a plasmarse en dichosa realidad para ti también. ¡Amén!

----- () -----

CAPÍTULO V - SAMUEL, EL GRAN RESTAURADOR(3)

Recuperando las ciudades perdidas

"Y fueron restituidas a los hijos de Israel las ciudades que los filisteos habían tomado a los israelitas..." (1ª Samuel 7:14)

En todos los órdenes de la vida encontramos que hay puntos cruciales, en los que en muy breve espacio de tiempo, tal vez en un solo instante, se cristalizan cosas de suma importancia. Por otra parte, antes y después de estos puntos cruciales, siempre vemos que hay etapas de gestación, crecimiento y desarrollo, carentes de grandes crisis, pero en las cuales hay un decidido progreso, aunque el mismo a veces sea lento e imperceptible. En la esfera espiritual podemos decir que en general, tendemos a desear que todos los problemas se resuelvan y todas las metas se alcancen lo antes posible, y para ello se anhelan y se buscan nuevos encuentros o experiencias con el Señor que respondan a esos fines. Si la búsqueda es sincera y correcta, El dará esas ocasiones especiales en que uno es tocado por Su mano poderosa en una forma u otra, pero sólo en la medida y la frecuencia que en Su sabiduría lo vea oportuno y conveniente. Una razón para esto es que naturalmente no podemos vivir puramente a base de nuevas crisis y experiencias.

Pero hay más: hay cosas que aprender, obstáculos que superar y metas que alcanzar, para los cuales resulta más indicado y aconsejable el camino gradual, lento pero seguro, del progreso paulatino. Entre otras razones, está la virtud que esto tiene de ir forjando un carácter perseverante y estable, al perseguir el logro de nuestros anhelos en las buenas y en las malas, días tras día, semana tras semana.

Esto nos ayudará a comprender, por lo menos en parte, por qué en las grandes experiencias que tenemos, o podamos tener con Dios en el futuro, mientras por un lado se solucionen problemas y se logren nuevas dimensiones de gracia, por el otro sigan quedando cosas por resolverse, y nuevas alturas o medidas que se han anhelado todavía no se alcancen. Para una formación y maduración sana, necesitamos los dos aspectos en su debida proporción; proporción ésta que en cada caso sólo la sabe determinar el Señor mismo en Su trato personal con cada uno de nosotros.

Aplicando esto al capítulo anterior, podemos vislumbrar el proceso de restauración, en primer lugar, viendo ese vestigio inicial de Israel "lamentando en pos de Jehová". Seguidamente, y trasladándolo al ámbito espiritual del cristiano que emprende el camino de la recuperación, tendríamos el quitar los dioses ajenos para servir al Señor solamente, la preparación del corazón para tal fin, la sed y el hambre llevando a la búsqueda intensa - quizá con ayuno - el ponerse a cuentas o reconciliarse con los hermanos donde sea necesario, etc. Todo esto como algo que va evolucionando a través de los días, las semanas y aun los meses posiblemente.

Seguidamente, podría venir a esta altura un toque claro y profundo del Espíritu Santo, poniendo fin al equivalente de la opresión de los filisteos, con el entrar en una experiencia nueva de libertad y paz interior que marcaría un logro muy importante. Esto constituiría algo crucial, con un suspiro de victoria y todo el aliento y consuelo que conllevaría.

(Antes de seguir adelante, por si hubiera alguna duda, se aclara que ni el orden ni el proceso tienen necesariamente que ser así, y sobretodo, en casos en que la desviación del camino y la decadencia no han sido ni muy pronunciadas ni prolongadas, las cosas pueden resultar mucho más sencillas y rápidas).

No obstante, el ejemplo que estamos tomando de Israel en 1ª Samuel 1 al 7 responde a casos de retroceso espiritual grave y crónico.

Así que, volviendo a ese punto crucial de liberación o victoria alcanzada, aun con lo mucho que signifique, uno se encontraría con que todavía habría mucho que andar: por un lado, heridas internas que deben sanarse en forma integral; por el otro, valores espirituales y aun morales que se habían perdido y que es necesario recobrar.

A esto último corresponde la analogía de la cita y el subtítulo con que se encabeza el presente capítulo. Y usando el paralelo de las ciudades perdidas y que recuperó Israel, pasamos ahora a hablar de las cosas que siempre se pierden en mayor o menor medida en tiempos de decadencia, y que resulta imprescindible que se las recupere. Todas las que iremos tratando son muy bien conocidas, pero no deje el lector por ello de darles la debida importancia, pues son esas cosas fundamentales e insustituibles, sin las cuales la vida cristiana y el servicio al Señor nunca pueden tener verdadera solidez.

La ciudad de la oración.-

Siempre que uno se desvía del camino en las cosas del Señor, lo primero que se resiente, y hasta se abandona por completo, es la oración. En realidad, nacemos a la vida cristiana con la oración. Esa entrega inicial de nuestra vida al Señor como Salvador, recibiéndolo de verdad en nuestro interior, se concreta con una oración, que en algunos casos incluso puede venir a ser la primera vez que uno ora de verdad. Y de ahí en más, en todo desarrollo normal de esa vida recién comenzada, la oración pasa a ser una fuerza vital que la sustenta. Con ella nos comunicamos con Dios, lo tocamos a Él y Él nos toca a nosotros, lo cual nos nutre, alienta y consuela, y nos mantiene frescos y renovados cada día.

Hay quienes indirectamente niegan la importancia de estar a solas con el Señor, afirmando que ellos están constantemente en Su presencia, con lo cual casi dan a entender que apartarse expresamente para orar corresponde a un nivel espiritual inferior. Desde luego que debemos procurar estar siempre conscientes de Su presencia y ordenar nuestra vida toda a la luz de la misma, pero resulta innegable que además de eso, para una vida correctamente relacionada con Dios, es imprescindible pasar un tiempo dedicado *exclusivamente* a la oración, sin que haya otras actividades u obligaciones que nos distraigan.

Como en todo lo demás, Jesús es nuestro modelo y ejemplo perfecto en esto también. El guardaba permanente comunión con el Padre aun en los momentos de mayor actividad, estando rodeado de la multitud y sus múltiples necesidades y clamores. Sin embargo, no por eso dejaba de apartarse para orar a solas, muchas veces por lapsos prolongados de tiempo, y de esto los cuatro evangelios nos dan abundante testimonio.

El autor no puede menos que atestiguar que, a muy poco de recibir esa liberación consignada en la introducción, su vida de oración tuvo un vuelco fundamental y drástico. Anteriormente era más bien seca y rutinaria, e incluso a veces mínima o casi inexistente, excepto en los momentos de crisis o adversidad. Por el contrario, de ahí en adelante se volvió en una fuerza propulsora interna, que le movía a diario a buscar el rostro del Señor, derramando su alma ante Él como necesidad prioritaria y principalísima.

Aquello fue como recuperar en primer lugar, lo que primero se había perdido en la marcha descendente: *la ciudad capital de la oración*.- Y por la gracia del Señor, se la recobró con creces, pasándose a orar desde entonces como nunca antes en la vida.

En esa forma, esa ciudad recuperada se convirtió en la base sobre la cual se edificó en gran parte el recobro de las demás, y al mismo tiempo, el logro de una restauración integral y completa. Sobre este último aspecto en particular trataremos con más detalle más adelante.

Por ahora volvemos a subrayar la tremenda importancia de la oración, recalcada y repetida en las Escrituras vez tras vez, en forma tan clara y categórica.

Hace ya varios siglos, un siervo muy distinguido del Señor, cuya vida de oración era rica y profunda, en una oportunidad pidió a un colaborador suyo que lo llamase dentro de media hora para atender a un compromiso, pasando dentro de ese lapso a aprovechar para orar. Pasada la media hora, el colaborador entró muy cuidadosamente y en el mayor silencio a la habitación donde estaba este siervo, consciente de que había en ella una hermosa presencia divina. Al ver su rostro, advirtió en él una expresión de deleite tan exquisito, que no pudo menos que marcharse sin llamarlo, para no interrumpir la preciosa comunión que veía que estaba disfrutando. Pasada otra media hora volvió, y esta vez por la premura del tiempo lo llamó, aun cuando seguía en el mismo dulce y gozoso estado. Fue entonces que el siervo exclamó:

"¡Qué pronto se pasa la media hora cuando estoy en comunión con el Señor!".

La oración no siempre nos lleva a estas alturas maravillosas. Por supuesto que a veces nos puede resultar seca y árida, y las palabras de Jesús en el sentido de que los hombres deben orar siempre y no desmayar (Lucas 18:1) parecen reconocerlo en alguna manera. Sin embargo, el perseverar aun en esas condiciones, evidentemente tiene sus virtudes, y una de ellas es la de cultivar la constancia, aun "contra corriente", y eso es algo que indudablemente el Señor valora. Y una de las formas en que lo hace, es brindarnos en la medida y la frecuencia en que Su sabiduría lo considera oportuno, tiempos de verdadero refrigerio para nuestro hombre interior, derramando raudales de amor y gracia que nos inspiran y estimulan para que le sigamos buscando asiduamente.

Pero alguno se podrá preguntar: ¿Cómo se recupera esta ciudad capital de la oración? O bien: ¿Cómo puedo aprender de veras a orar?

Desde luego que hay un gran número de buenos libros y manuales sobre el tema, que sin lugar a dudas pueden aportar mucho y estimularnos e inspirarnos en nuestra vida devocional. Sin embargo, a la hora de la verdad, hay una sola manera en la que habremos de aprender, crecer y desarrollarnos en este terreno, y ella es *¡orando!*

Querido lector: toma conciencia de que tanto de nuestra actividad, tiempo y energía se invierte en lo terrenal y pasajero, que pronto quedará atrás como algo

olvidado y sin ningún valor, en contraste con lo celestial que perdurará por la eternidad. Deja atrás cuanto sea innecesario, y aprovecha la primera oportunidad para encerrarte en tu despacho o habitación, para entendértelas a solas con tu Padre Celestial. Allí, sin demora, comienza a derramar tu corazón ante Él; a decirle que quieres amarlo de verdad, por encima de todo lo demás en la vida; que quieres hacer Su voluntad en todas las esferas de tu vida; que quieres ser puro y noble como es Él; que no quieres vagar más en el desierto de una vida estéril y mediocre; en fin, que tome de verdad tu vida en Sus manos, para hacer de ella lo que tenía en su corazón para ti al crearte.

Esto no es más ni menos que tomar en serio la exhortación de Santiago 4:8 *"Acercaos a Dios y Él se acercará a vosotros"* y ponerla por obra. Es claro que, librados a nuestros propios recursos, no podremos orar auténticamente en la forma esbozada en el párrafo anterior. Pero al ver Él que hay sinceridad en nosotros, no tardará en enviar Su Espíritu en nuestra ayuda - el Espíritu de gracia y de oración - (Zacarías 12:10), y así nos encontraremos rogando y suplicando, con esos clamores profundos que brotan de la misma fuente de nuestro ser, y que son tan propios del genuino orar en el Espíritu (ver Romanos 8:26).

La ciudad de la palabra de Dios.-

Éste es otro de los valores fundamentales que se resienten o se pierden al entrar en decadencia espiritual, y que resulta imperativo recobrar. La oración y la Palabra de Dios deben ir de la mano, entrañablemente acompañadas.

En los primeros capítulos de Los Hechos, si miramos bien veremos algunas de las tentaciones y estrategias que el enemigo trató de utilizar contra la iglesia primitiva. Así, en el capítulo 5, en el caso de Ananías y Safira, se perfilan con toda claridad la mentira - siendo Satanás el mismo padre de mentira - y el amor al dinero. Esta última ya se había manifestado antes en Judas Iscariote al traicionar a Jesús por treinta piezas de plata, después de haber entrado Satanás en él.

En el capítulo 6 vemos por un lado la murmuración, es decir la lengua descontrolada y quejosa, que desde entonces hasta el día de hoy ha causado tantos estragos en la iglesia del Señor. Acompañándola iba un sentimiento de nacionalismos enfrentados - griegos y hebreos - que bien puede manifestarse si no somos sabios para vivir y proceder como verdaderos hijos de Dios, con ciudadanía celestial y despojados de nacionalismos, regionalismos o banderías políticas.

Pero detrás de ello también iba una intención diabólica muy sutilmente enmascarada, maliciosa y perversa: la de distraer y apartar a los apóstoles de su tarea fundamental: la de la oración y el ministerio de la palabra.

Llenos del Espíritu Santo y plenamente conscientes de la situación, los doce apóstoles bien pronto convocaron a la multitud de discípulos, para dejar bien en claro que en ninguna manera estarían dispuestos a dejar la oración y la palabra de Dios, permitiendo que otras actividades les desviasen de ellas. Así, después de proponer el nombramiento de siete varones idóneos para que se encargasen de solucionar el problema práctico que se había suscitado, afirmaron en la forma más rotunda:

"Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra" (6:4)

Lo tenían muy claro. Ésas eran dos columnas básicas sobre las que se apoyaba y descansaba todo lo demás, y en ninguna forma iban a permitir que otras cosas, por importantes que pudieran parecer, les hiciesen dejarlas o descuidarlas.

¡Qué advertencia y a la vez qué ejemplo para todos nosotros! Aun cuando muchos no seamos llamados al ministerio a tiempo pleno, como se lo suele llamar, resulta igualmente de la mayor importancia que ni lo uno ni lo otro se descuide. Es tan fácil, aun para siervos y siervas dedicados a la obra, caer atrapados en una maraña de activismo de todos los matices: programas, debates o controversias, visitas sociales, elaboración de metas y del organigrama, y a veces "hobbis" o pasatiempos, etc. Pueden incluso resultar muy atractivas y justificadas todas estas cosas, pero, ¡cuántas veces nos encontramos con que nos absorben tanto, que al final del día no nos ha quedado ni tiempo ni fuerza para lo más importante en la vida cristiana: la oración y la Palabra!

Al ser el libro de Dios para el hombre, la Biblia debe ocupar con toda razón el primer lugar en nuestra vida. Su lectura y estudio cuidadoso debe tener prioridad sobre todo lo demás. Para que ello sea posible, es necesario que tengamos un buen apetito espiritual para dedicarle el tiempo y el esfuerzo que se merece.

"Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón..."(Jeremías 15:16)

"Y me dijo: Hijo de hombre, alimenta tu vientre, y llena tus entrañas de este rollo que yo te doy. Y lo comí, y fue en mi boca dulce como miel."(Ezequiel 3:3)

Estos dos pasajes nos hacen resaltar algo que a veces pasa desapercibido. En efecto: se piensa en estudiar, analizar o memorizar la palabra, todo lo cual desde luego que tiene su debido lugar e importancia. Pero aquí tenemos algo que va más allá: *comer la Palabra*, de tal manera que alimente y llene nuestro hombre interior y la absorbamos de tal forma, que llegue a formar parte de nuestra misma persona y carácter. Esto lo conocían bien no sólo Jeremías y Ezequiel, sino también sin duda todos los verdaderos siervos de otrora, aun cuando no lo expresasen con los mismos términos que empleamos aquí.

En Lucas 11:11-12 encontramos estas palabras de Jesús:

"¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?"

Debemos notar que el Señor no tomó como ejemplo la prosperidad, ni posesiones, ni siquiera ropa o vestido, sino que escogió cosas muy pequeñas y sencillas - pan, pescado y huevo - y las tres coinciden en señalar algo también muy sencillo, pero absolutamente fundamental: *¡hambre!*

El contexto de esta cita es la oración en general, y el Espíritu Santo en particular, según vemos esto último en el versículo 13. Pero sin la menor duda, es aplicable también a la palabra y ¿por qué no decirlo? a todas las demás facetas que forman parte de nuestra vida cristiana.

A menudo hemos tomado el ejemplo supuesto de un niño, que a la hora de la comida no tiene apetito, y por más que intenta llevarse la cuchara o el tenedor a la boca, no alcanza a tragar ni la sopa ni el bocado de comida. Extrañada la madre pregunta qué le pasa, pues eso no es habitual en él.

"¿Estás enfermo, que hoy no quieres comer?"

Después de un silencio total de su parte, una hermana mayor que está bien enterada de lo sucedido, al poco rompe la pausa diciendo:

"Ha estado comiendo chocolates y caramelos con el niño del vecino."

Muy infantil por cierto, pero que fácil resulta en la vida cotidiana caer en esa trampa: librillos baratos, películas entretenidas, el papeleo burocrático, horas divertidas jugando con el ordenador y en el internet, conversaciones huecas...en fin la lista es muy larga.

Esos "bocaditos" pueden ser tan atractivos, pero a la postre nos quitan el apetito y las ganas de darnos a lo que verdaderamente alimenta y nutre nuestra vida interior: la palabra del Señor, que vive y permanece para siempre.

La ciudad del amor.-

"Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios." ... "Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él." (1ª de Juan 4:7 y 16)

Estas dos citas nos puntualizan tres virtudes fundamentales del verdadero amor: nuestra procedencia de Dios (por el renacimiento), nuestro conocerlo a Él, y nuestro permanecer en Él. Es decir que es la fuerza vital que nos engendra y alumbramos, y al mismo tiempo nos sostiene y sustenta en nuestro conocimiento de Él, y en nuestro perseverar y continuar en unidad con Su bendita persona.

Cuando salimos de la órbita del amor para entrar en la suspicacia, la desconfianza, el rencor o lo que fuere, insensiblemente nos deslizamos de ese lugar tan bendito de unión y comunión con el Dios de amor, para caer bien pronto en una esfera totalmente diferente. En ella, a menos que lo advirtamos prestamente y retornemos en verdad al lugar que nos corresponde, sólo nos esperan fracasos, desengaños y quebrantos de corazón.

¡Es tan hermoso amar de verdad y morar cada día en el reino del amor! Allí no hay sombras, dudas ni temores; la dulzura y la dicha de sabernos amados y cobijados por semejante Dios y Padre, y corresponder a ese amor prodigándole a diario nuestra tierna gratitud y devoción - eso en sí representa un pequeño pero fiel anticipo de lo que será la eternidad gloriosa que nos espera con Él en el más allá.

Cómo recuperar esta ciudad tan preciosa cuando se la ha perdido, es lo que verdaderamente nos interesa aquí. En un terreno práctico y real, no podemos señalar una fórmula o receta fija porque desde luego que no la hay, dependiendo en mucho de las circunstancias o causas que produjeron su pérdida, y de la mayor o menor gravedad de cada caso.

Sin embargo, para el lector verdaderamente ansioso por ponerse a cuentas en esto tan fundamental, consignamos a continuación algunos principios y consejos que bien entendidos y aplicados, seguramente traerán buenos resultados.

En primer lugar, se necesitará sabiduría y discernimiento de lo alto, para tomar conciencia del primer o los primeros pasos en falso, que comenzaron a hacer mella en nuestra relación de amor con el Señor y nuestros hermanos.

"Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras..." (Apoc.2:5).

Este recordar a menudo va más allá de un mero ejercicio de memoria a nivel mental, por tratarse muchas veces de situaciones en que ha habido una tentación o un lazo sutilmente tendido por el enemigo declarado de nuestra alma. Siendo su esfera la del odio y la amargura a ultranza, no nos debe extrañar que dirija parte importantísima de sus esfuerzos a infiltrarse en nuestras vidas con su ponzoña tan malvada y engañosa. Y uno de sus ardides consiste en tratar de borrar todo rastro del punto en el cual uno cayó o dio el primer paso en falso. De esta manera, queda borrado de la mente de uno, o bien, si se lo recuerda, no se le atribuye ninguna importancia. Sin embargo, allí puede estar la clave de la recuperación, y con frecuencia nos encontramos con que hace falta el rayo de luz del Espíritu Santo - El de los siete ojos, que todo lo escudriña - para hacerle recordar a uno de dónde ha caído.

A continuación, y en segundo lugar, claro está que debe venir un real arrepentimiento, con el retorno a la senda anterior de la obediencia plena y la consagración sin retaceos. En este trayecto, seguramente se encontrará que al punto de dejarse el primer amor, el vacío bien pronto se llenó con otros amores e intereses, que casi insensiblemente pasaron a invadir el alma, usurpando el lugar principalísimo de ese amor supremo, que nunca se resigna a quedarse desplazado y en un rincón, por así decirlo. Así la lucha consistirá en reconocer claramente esos amores e intereses ajenos, y con el arma de la oración y buscando la virtud del Espíritu, proceder a una "poda" total e implacable, hasta saber con toda certeza que en el centro de nuestro corazón y voluntad reina otra vez ese amor celestial, ordenándolo y bendiciéndolo todo, como lo hacía antes.

Y de ahí en más, cada día ponerse al pie de esa fuente eterna del amor - el GRAN DIOS DE AMOR - y beber abundantemente de ella.

"...el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado"(Romanos 5:5).

El tiempo del verbo en el griego es el perfecto continuo, que nos habla de algo hecho en un punto de tiempo en el pasado con un efecto constante hasta el presente.

Quitemos pues todo estorbo, cualquiera que sea su índole, y puestos al pie de la fuente, dejemos que esos benditos raudales se continúen derramando a diario en todo nuestro ser. Así nos encontraremos con la gran dicha de haber recuperado la maravillosa ciudad del Amor.

-----(-)-----

CAPITULO VI - SAMUEL, EL GRAN RESTAURADOR (4)

Recuperando las ciudades perdidas (continuación)

Al seguir trazando la analogía espiritual de las ciudades que fueron restituidas a Israel, como representando los valores que el cristiano individualmente y la iglesia en forma colectiva deben recuperar, se nos presenta en la mente una reflexión. Quizá la misma se ha estado cruzando ya en los pensamientos del lector...

A esta altura de la civilización y el progreso, con toda su tecnología moderna: el ordenador, el teléfono móvil, el correo electrónico, la economía global y tantas cosas más que hasta hace no mucho eran prácticamente desconocidas...; sí, en estos días en que con tanto cambio, la perspectiva y el enfoque de la vida y el mundo entero se han hecho tan distintos - en estos días decimos, hablar de unas ciudades que recuperó Israel hace ya muchos siglos, y delinear un simbolismo que tenga aplicación y vigencia práctica en la vida cristiana de hoy en día, en los albores nada menos que del siglo XXI... Pensándolo fríamente, parece tan desubicado, tan fuera del compás y la tónica de lo que es la vida actual, como algo de otra época y de un mundo muy diferente que nada tiene que ver con el actual.

No cabe duda de que tanto adelanto tecnológico ha traído grandes beneficios, que incluso se están aprovechando para la propagación del Evangelio y buena parte de la labor de la iglesia para el reino de Dios. Pero no es menos cierto que todo esto también ha traído aparejada una óptica y una forma de vida altamente estructuradas sobre criterios mecanizados, y a menudo muy comercializados, que han invadido muchas esferas aun de la misma iglesia de Cristo, sobretodo en la parte más próspera de Occidente.

Nos tememos que esta invasión ha resultado muy perjudicial y que esto casi seguramente seguirá en aumento, en desmedro de esa sencillez y claridad en la visión que son tan propias del auténtico Espíritu de Cristo.

En lugar de esto último, vemos que se han ido perfilando sistemas, estrategias y formas de hacer las cosas que resultan muy "avanzadas", y para las cuales han surgido paralelamente términos y vocablos muy propios de la época actual, con su tecnología en avance continuo.

Sin entrar en controversias y ni siquiera en puntualizar más concretamente estas formas, sí hemos de recalcar algo que para el que ha alcanzado verdadera madurez espiritual y claro discernimiento, resulta clarísimo e indiscutible: que esa frescura y fragancia de lo que viene genuinamente de lo alto, de ese soplo vivificante del Espíritu Santo, inconfundible para el que lo ha vivido y lo conoce, tristemente ya no está en ese mundo nuevo que se ha ido creando dentro de muchas partes de la iglesia moderna. Y paralelamente con esta ausencia, se nota la pérdida de valores sustanciales, como el genuino gozo del Señor, la comunión fraternal entrañable, el esperar quedamente en Dios en vez de presentarle nuestra planificación para que la bendiga, y muchos otros valores que son ajenos totalmente a lo que se mueve actualmente: estadísticas, valores numéricos y materiales, y esquemas, proyectos y metas concebidos por la mente humana.

En los tiempos de Samuel, al devolver los filisteos el arca de Israel, la cargaron sobre un carro nuevo (1ª Samuel 6:7) construido especialmente para ese fin. Resulta altamente significativo que posteriormente, aun en tiempos de David, al intentar traer el arca a la ciudad de David, los israelitas copiaron a los filisteos poniéndola sobre un carro nuevo (2ª Samuel 6:3). Esto era totalmente contrario a lo dispuesto claramente por el Señor. En efecto: en Deuteronomio 10:8 y Números capítulo 4, vemos que los levitas de las familias de Coat debían llevarla junto con todos los utensilios del santuario. Más tarde, advertidos del error cometido, lo corrigieron haciéndola traer sobre los hombros de los levitas (ver 1ª Crónicas 15:2 y 12-15). Pero esa primera vez, el resultado fue fracaso, muerte, tristeza y temor. (2ª Samuel 6:7-10).

Aunque todo esto sucedió hace muchos siglos y las circunstancias parecen ser muy diferentes, hay unas claras coincidencias *de fondo* que no se nos deben pasar desapercibidas. En efecto: algo nuevo, moderno y que ahorra esfuerzo y trabajo, y si el mundo lo hace así ¿por qué no hemos nosotros de aprovecharlo también? Muy plausible y razonable, en apariencia, pero la verdad es que en el corazón de Dios no está ni ha estado nunca el hacer funcionar Sus designios espirituales y eternos a través de objetos inanimados, por más ingeniosos y avanzados que sean. Ya en el Antiguo Testamento en Su trato con Israel, El siempre quiso estar en medio de Su pueblo, y que el arca del pacto, que representaba entre otras cosas Su presencia en medio de ellos, fuese llevada sobre los hombros de Sus siervos, aunque esto les costase un esfuerzo – que el altísimo honor hacía que bien valiera la pena.

En el Nuevo Testamento esto es todavía más marcado: estamos en la dispensación del Espíritu y de la gracia, en el tiempo en que a Dios se le adora y se le sirve en espíritu y en verdad (Juan 4:24 y Romanos 1:9).

Desde luego que no debemos caer en la estrechez de resistir o rechazar el uso de los medios que el avance tecnológico nos brinda. Por supuesto que pueden y deben aprovecharse en todo lo que puedan aportar para la difusión del Evangelio y la labor del Reino de Dios en general.

No obstante, al hacerlo debemos cuidarnos mucho de que no se nos infiltre, insensiblemente casi, un espíritu mecánico gobernado por los dictados del ordenador, de los organigramas y metas que nos hemos trazado, u otras facetas de la metodología moderna, tan en boga en la actualidad en casi todas las esferas de la vida.

El hálito original, fresco y vivificante del Espíritu, es incomparablemente superior a todo eso, y es, al final de cuentas, lo único que produce fruto verdadero y eterno. Así entonces debemos velar celosamente por conservarlo, cuidándonos bien de todo lo que lo pudiera estorbar o apagar en una forma u otra.

No hacemos estas reflexiones con ligereza ni mucho menos; muy por el contrario, estamos tocando algo importante, pues es fácil extraviarse del rumbo de la verdadera espontaneidad y fragancia de la vida en el Espíritu, perdiéndose uno en el laberinto de la estructuración, la planificación humana y la metodología de la hora actual. Algo que puede irle pasando a uno poco a poco y casi sin que se dé cuenta, pero ¡qué pérdida terrible y trágica! Esa unción de lo alto, sagrada y santa, que es la gloria y la corona de un hijo y siervo de Dios, la debemos atesorar con temor y temblor, y no perderla ni renunciar a ella por nada del mundo.

Resumiendo lo dicho hasta ahora y relacionándolo con la reflexión planteada al principiar este capítulo, hemos de decir con todo énfasis que a pesar de las apariencias en sentido contrario, el paralelismo que estamos trazando entre las decadencias de Israel hace muchos siglos y las crisis de decaimiento espiritual de muchos cristianos e iglesias en la actualidad, tiene un fondo común muy práctico y real. Y esto es por la sencilla pero poderosa razón - antigua y bien conocida - de que la Biblia es la palabra inspirada y eterna de Dios, cuyas verdades, ya sea que estén en forma explícita o alegórica, siempre han sido y son de relevante actualidad para el ser humano, no importa la época en que se haya vivido o se viva. Las circunstancias externas y la forma de hacerse las cosas cambian y evolucionan constantemente, pero los causales de fondo siguen siendo los mismos a través de los siglos.

Y en el terreno de lo que estamos tratando, es decir la pérdida de los verdaderos valores que le dan vida y sólida consistencia a nuestra vivencia cristiana, puntualizamos dos claramente señalados en la historia de Israel por las Escrituras, y que siguen apareciendo, aunque con matices exteriores distintos, hasta el día de hoy.

El primero - la idolatría - es tan elemental y sin embargo ¡qué fácil resulta que nos suceda! Consiste en permitir que el desgano, el cansancio, el desánimo, nuestro ego o ambición carnal o lo que fuere, poco a poco nos hagan perder el filo y la visión límpida, y nuestro amor y esperanza empiecen a declinar. Luego en su lugar entran otros amores o intereses que se vuelven en ídolos y que hacen que la fidelidad y obediencia al Señor queden de lado con la consiguiente pérdida de las ciudades que los "filisteos" espirituales nos arrebatan, así como le pasó a Israel tantas veces en su historia.

El segundo se relaciona con copiar el uso del carro nuevo de los filisteos, a lo cual ya nos hemos referido en parte, o bien pedir un rey *"como tienen todas las naciones."* (1^a.Samuel 8:5b)

En esencia, como ya hemos visto, lo del carro nuevo consiste en absorber métodos y procedimientos que en el mundo seglar se utilizan con éxito, pensando que en la labor ministerial sucederá lo mismo. De hecho supone, aunque a menudo inadvertidamente, dejar de lado el auténtico camino del Espíritu y de la dependencia absoluta del Señor y su palabra, con los mismos tristes resultados, aunque en un principio pueda haber una apariencia de éxito.

Retomando el hilo central, pasamos ahora a la siguiente ciudad a recuperarse:

La ciudad de la gracia de Dios.-

En el Antiguo Testamento la palabra gracia aparece mayormente en la expresión "hallar gracia en los ojos de "...ya sea el Señor, o de alguna persona tal como el rey o algún superior. El sentido es el de encontrar favor o bondad de su parte.

En el Nuevo tiene un significado más rico y variado. En primer lugar, entre varios otros, está el del favor inmerecido y gratuito, como en la cita tan bien conocida de Efesios 2:8 y 9: *"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe."*

No obstante, la acepción con la que más veces aparece no es ésta, sino otra, denotando la virtud o capacitación divina que posibilita que hagamos o sobrellevemos algo que, librados a nuestros propios recursos, nos resultaría imposible. Entre otros muchos ejemplos tenemos lo que Pablo escribe en 1^a. Corintios 15:10:

"Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo."

Se trata, como decimos, de una suficiencia que no es nuestra, sino de Dios, y que fluye y se manifiesta en una gran variedad de formas, de tal manera que Pedro la llama *"la multiforme gracia de Dios"* (1ª. Pedro 4:10).

Como esto es algo que abarca en realidad todas las esferas de la vida cristiana y el ministerio, nos hemos de detener bastante sobre ello. Pero primeramente un recuerdo de algo hermoso acaecido hace ya unos buenos años, pero que resulta bastante ilustrativo.

En los comienzos de la década de los 70 del siglo pasado, cuando nos encontrábamos haciendo vida comunitaria en las afueras de Madrid, mi esposa y yo tuvimos un caso risueño y candoroso del fluir de esa gracia a través de nuestro cuarto hijo, que en ese entonces no llegaba a tener cuatro años de edad. Resulta que las hermanas le habían estado testificando a una vecina llamada Esperanza, diciéndole que no bastaba tener una creencia o religión tradicional, sino que era imprescindible llegar a una experiencia personal y viva con Jesucristo, para poder tener el perdón, la salvación y la vida eterna. Esto le resultaba completamente nuevo y casi incomprensible e inaceptable, pues siempre había pensado que estaba bien con Dios y bastaba con seguir siendo y viviendo como siempre lo había hecho.

Así las cosas, evidentemente intrigada por lo que le decían las hermanas, decidió secretamente ponerlo a prueba. Y lo hizo en una forma muy curiosa: nuestro hijo de tres años y medio de edad, que era el niño mimado de la comunidad y el vecindario, iba a ser el que diera la respuesta a su interrogante.

"Si logro que diga que me quiere", se dijo para sí, "será señal segura que Dios está conforme conmigo y no haré más caso de esto que me están diciendo".

Así que lo invitó a comer, poniendo delante de él un verdadero banquete, que el niño aprovechó con todo gusto y ganas, incluso el exquisito postre acompañado de un rico helado. Al terminar de comer, con una sonrisa en sus labios y llena de confianza, Esperanza le preguntó:

"¿Me quieres?" – segurísima de que la respuesta sería afirmativa.

Sin embargo, ¡cuán grande fue su asombro cuando el niño, con parte del helado todavía chorreando por sus mejillas, le contestó con un rotundo **NO!**

No lo podía comprender ni mucho menos aceptar - ¡después de agasajarlo con tanta bondad y cariño, que le dijese que no la quería! Increíble casi; pero allí lo había tenido delante de sus ojos y le había oído con toda claridad darle ese NO que hasta le parecía tan cruel. Y ¿sería posible que esta fuese la respuesta que Dios le daba a ella? ¿Que Él, contra todo lo que ella suponía, después de todo no estaba conforme con ella?

Evidentemente, el Señor le estaba hablando a través de todo esto, que le parecía tan extraño. No mucho tiempo después, un Viernes por la noche, asistió a una reunión de la comunidad, invitada por las hermanas. Después de la alabanza, la palabra fluyó con sencillez y claridad, encauzada a través de la experiencia de Zaqueo, según Lucas 19. Posiblemente lo que le tocó más fue oír como Zaqueo, invitado y llamado por Jesús para que bajase de esa posición tan alta en el árbol sicómoro y lo recibiese a Él en su hogar, descendió gozoso y con prisa, abriéndole de par en par la

puerta de su casa y de su vida. Profundamente conmovida, Esperanza se puso espontáneamente de rodillas, y llorando a raudales se entregó allí mismo al Señor con toda sinceridad, concluyendo la reunión en un marco de gozo y satisfacción.

A la mañana siguiente, sin saber nada de lo que había pasado, el niño se levantó temprano, como a eso de las 7. Era más o menos a primeros de Junio, con clima bastante templado, así que sólo con el pijama en que había dormido y sin ni siquiera ponerse unas zapatillas, salió de su habitación, que compartía con sus dos hermanos y una hermana, todos mayores que él. Cruzando el jardín y el alambrado que lindaba con el de la vecina Esperanza, se llegó a la puerta de la cocina, golpeando con energía para llamarla.

“¿Quién será que viene a golpear a la puerta en esta forma y a esta hora?”, se preguntó sorprendida.

¡Cuál sería su asombro al abrir y encontrarse con que era el mismísimo pequeñito, en su pijama y descalzo, con una amplia sonrisa en su rostro, y sus brazos abiertos de par en par para darle un fuerte abrazo y un beso!

Ahí estaba, rotunda y clarísima, la respuesta a su pregunta secreta: ahora que había recibido de verdad a Jesús en su corazón, Dios estaba satisfecho con ella. Y para que no le cupiese ninguna duda, le enviaba al mismo niño que antes le había dado el “no” tan desconcertante, después de ofrecerle el banquete tan opíparo, que venía a representar sus obras y méritos. A través de él y de su tierno abrazo, ahora que ella había recibido el regalo de la vida eterna en Cristo Jesús, le aseguraba Su absoluta satisfacción.

En este caso, esa gracia fluyó a través de la inocencia de un niño, sobre el cual estaba la mano de Dios. Y no debemos olvidar que en más de una ocasión, Jesucristo les enseñó a los discípulos que *la disposición de un niño, manso, inocente, sin la vanidad y las complicaciones del adulto, es tan importante* para los que desean contar con la verdadera aprobación de Dios.

Tenemos la impresión de que este aspecto de la verdad, en general no se tiene muy en cuenta ni se enseña con frecuencia hoy día. No obstante, para ser canales idóneos para recibir y transmitir la gracia de Dios, debemos cultivar esa actitud de humildad no fingida, que nos hace sentirnos y sabernos muy pequeños, muy poca cosa, necesitados totalmente de esa gracia que viene de lo alto, y sin la cual nuestros mejores esfuerzos, nuestra experiencia y acopio de conocimientos a través de los años, y en fin, todo lo que brota de nosotros mismos, de poco o nada sirve a los efectos de producir fruto real y perdurable.

El arte de despojarnos de todo lo nuestro – vanidad, protagonismo, autosuficiencia y tanto más – sólo viene cuando nos sometemos como niños dóciles y necesitados a la sabia tutela del Espíritu. Para esto a menudo Él tiene que llevarnos a un estado de impotencia y vacío, a veces físicamente, otras en el orden espiritual o en el no saber lo que debemos hacer, decir o predicar, según el caso. *Esa impotencia y ese vacío, ese lugar donde nos presentamos ante el Señor como no teniendo, ni sabiendo, ni pudiendo, ni siendo nada, es lo que le permite a Él fluir sin estorbos para satisfacer Sus designios de bendición, salvación y vida eterna.*

La mente natural y la perspectiva de todo el entorno que nos rodea, van en sentido diametralmente opuesto a lo que acabamos de puntualizar, y en muchas

oportunidades vemos que invaden la vida y visión de cristianos e iglesias, que así llegan a desconsiderar, y aun a veces a despreciar, ese camino sencillo y limpio de la verdadera fe, que solo se apoya en Dios para todo. En realidad, para nuestra disposición terrenal y humana no es un camino fácil, pues como hemos dicho, exige que nos despojemos y vaciemos de todo lo nuestro a todos los niveles y que lo hagamos siempre. Y somos tan proclives a buscar apoyarnos en lo que tenemos y conocemos, o bien en lo que vemos que hacen otros, ya sea dentro de la misma iglesia o fuera de ella.

Así vemos que resulta tan fácil perder esta preciosa ciudad de vivir y funcionar en el fluir de la genuina gracia de Dios. La gran variedad de formas en que esto puede suceder, como hemos expresado anteriormente, se encuentra reflejada en forma alegórica en el Antiguo Testamento dentro del marco de la historia de Israel. También la hallamos en el Nuevo, aunque en forma más directa y expresa. Como estamos dentro del terreno del Antiguo, nos ceñimos mayormente a él por ahora, aunque no en forma exclusiva.

Ya hemos comentado el parangón del carro nuevo de los filisteos para trasladar el arca. También hemos citado el pecado de Israel en pedir un rey que los juzgase, al igual que todas las naciones, a lo cual ahora pasamos a referirnos más concretamente.

En más de una ocasión hemos visto situaciones de iglesias bien dotadas de hombres y mujeres aptos para llevarlas adelante, donde sólo hacía falta que tomasen la responsabilidad y se pusiesen de acuerdo sobre quién hacía cada cosa, pues había entre ellos quienes estaban capacitados para liderar, predicar, enseñar, evangelizar, realizar visitas pastorales, ejercer diaconados, y en fin, llevar a cabo toda la gama del ministerio local.

Sin embargo, por el móvil secreto de no querer afrontar la responsabilidad – en otras palabras, *llevar el arca sobre sus propios hombros* – optaron por buscar y traer un pastor diplomado en un seminario. Al resultar éste una persona *importada* y con una formación totalmente distinta del mover en que habían nacido y se habían criado estas iglesias, por más buena intención y esfuerzo laborioso que puso, después de la “luna de miel” inicial, de duración de unos seis a doce meses generalmente, comenzaron a surgir fricciones y desavenencias que desembocaron en una dimisión forzada, quedando ambas partes – el pastor contratado y la iglesia – dolidas y muy frustradas.

Lo contrario de esto – es decir la cara o el anverso de la moneda – es lo que pasó en los albores del movimiento de Dios en España dentro del pueblo gitano, hacia fines de la década del 60 del siglo pasado. De ese mover nacieron las iglesias que hoy día se conocen con el nombre de Filadelfia, esparcidas por toda la Península Ibérica y en las Islas Canarias y Baleares.

En un principio, al convertirse tanta gente entre ellos, bien pronto surgió la pregunta “Y ahora ¿quiénes van a pastorear estas iglesias que han nacido? ¿Y quiénes llevan la responsabilidad de dirigir y encauzar esta obra?”

Como entre ellos no había hombres de experiencia ni ministerios formados, el razonamiento de la lógica humana habría señalado el camino de traer de otra parte pastores y líderes avezados y con años y décadas de ministerio. Pero en su sencillez de niños casi recién nacidos, sólo atinaron a ponerse de rodillas y clamar a Dios que

les mostrase lo que debían hacer. La respuesta fue rápida y clara: no traer y nombrar a nadie de afuera, ni siquiera a los ministerios del movimiento gitano francés, en el cual habían tenido su origen, si bien en los primeros años algunos de ellos colaboraron en alguna medida. En vez, espontáneamente brotó un reconocimiento mutuo de varios de los hermanos presentes como llamados por Dios, y aceptando el desafío en seguida pusieron manos a la obra.

Fue como abrazar el reto – reto sagrado y bendito a la vez –*de llevar el arca sobre los hombros*, y estos preciosos hermanos no lo rehuyeron, sino que lo enfrentaron como se lo debe enfrentar: *contándolo como un altísimo honor*. Bien es cierto que también recibieron la aportación valiosa en un principio de varios siervos no gitanos, que en forma desinteresada y fiel enseñaron y apoyaron en forma que resultó provechosa y oportuna. Pero lo cierto es que con el correr del tiempo, ellos mismos se fueron formando como siervos aprobados y experimentados, y actualmente cuentan en sus filas con una legión de buenos siervos, con una variedad de dones y talentos, y lo que es más importante aun, con un liderazgo colectivo de unos quince o más varones, padres de la obra, que velan celosamente por ella.

Llama la atención que la estatura y calibre de todos ellos es muy semejante, sino igual, lo que les ha guardado de caer en el peligro de tener a un individuo que sobresalga como cabeza sobre los demás, con las dificultades y problemas que esto generalmente acarrea. Además, por el trasfondo histórico y cultural del pueblo gitano, tienen muy claro el concepto de la unidad, y siempre ha sido una norma entre ellos anteponerlo a las diferencias de criterios que en algunos puntos pudiesen tener. En esta forma - y lo decimos con temor y temblor, y además, amándolos de verdad y deseando que sigan así siempre - hasta el día de hoy, el número de divisiones que han tenido en sus iglesias, sobretodo comparado con lo que sucede entre muchas de las no gitanas, ha resultado mínimo, lo cual no nos cabe duda que glorifica a Dios

No se nos debe quedar en el tintero señalar que en esto de levantar obreros y obreras de entre las mismas filas de una obra del Señor, en vez de buscar traerlos de otra parte, hay de por medio un principio que podríamos llamar orgánico o de vida, a través del cual se desenvuelve el genuino mover del Espíritu Santo. Reconocemos que hay casos en que el Señor soberanamente trae siervos de otra parte, pero en ese caso Él los injerta en una forma integral, mientras que cuando las cosas son movidas por la iniciativa humana, a la postre resulta como un remiendo temporario que no aporta ningún beneficio realmente duradero.

A esta categoría de injerto responde el caso del apóstol Pablo – entonces todavía llamado Saulo – cuando en los principios de la iglesia de Antioquía de Siria, Bernabé, evidentemente guiado por el Señor, fue a buscarlo a Tarso para traerlo a colaborar. Pablo fue perfectamente encajado por el Señor en la iglesia de Antioquía, que desde entonces pasó a ser su hogar espiritual y base de operaciones, siendo encomendado por ella a la gracia de Dios cada vez que salía en un viaje misionero.

Por otra parte, al levantar nuevas iglesias en estos viajes, nunca encontramos que ni él, ni Bernabé ni Silas, mandaron a pedir a Antioquía o a Jerusalén que enviasen siervos avezados para pastorearlas. En cambio, de entre las filas de esas nuevas iglesias buscaron personas con condiciones, las potenciaron y las reconocieron ante la congregación, constituyéndolas como ancianos.

Y es que en todo esto hay un principio creativo de Dios clarísimo, que opera tanto en lo natural como en lo espiritual. En efecto, así como cuando nace una criatura, con tal que sea sana y normal, ella ya tiene en sí todo lo que necesita en la vida para crecer, desarrollarse y alcanzar el fin para el cual ha sido creada, siendo necesaria por supuesto la tutela de los padres hasta que llegue a la mayoría de edad; así, decimos, cuando se engendra una iglesia de verdad, sana y normal, debe esperarse que dentro de ella misma surjan los dones, capacidades y ministerios necesarios para llevarla adelante, reconocidos y potenciados desde luego por el o los fundadores de la misma, y también por la aportación de otros ministerios – translocales - de que pudiera disfrutar o beneficiarse.

Con ser tan evidente y lógico todo esto, nos sorprende a veces ver que en la práctica con frecuencia no se lo aplica y se busca en cambio traer a alguien de otro lugar, a quien se considera mejor dotado. Esto último podrá ser así y el nuevo pastor o encargado podrá tener la mejor buena voluntad e intención, pero en un buen número de casos, si no en la mayoría de ellos, al poco tiempo se empieza a tener dificultades que van en aumento, hasta desencadenar en una crisis de división o de dimisión forzada.

¿ Por qué? Porque no se ha comprendido, o no se le ha prestado la debida atención al principio de fondo que venimos señalando. Al proceder en la forma indicada en el párrafo anterior, al siervo traído de otra parte se le ha puesto en el lugar nada envidiable de convertirse en *padre adoptivo de un buen número de hijos ajenos*. Si la adopción es algo bastante azaroso en lo natural, por cierto que no lo es menos en lo espiritual, como lo atestiguan los tristes resultados que tantas veces se dan.

Y lo que es quizá más importante, con este procedimiento se frustra el propósito divino de que los miembros alcancen madurez y mayoría de edad, de tal forma que algunos pasen a liderar la iglesia o desempeñar ministerios claves en la misma. Alcanzado el debido desarrollo y maduración, estarán ellos mejor capacitados que uno de afuera, por haber nacido y haberse criado dentro de la iglesia, cuya tónica y líneas directrices comprenderán perfectamente

Hay más formas en que se suele pedir o buscar un rey, a menudo uno que reside a gran distancia, ya sea dentro del mismo país o en el extranjero y aun en otro continente. Generalmente tiene su origen en la falta de confianza, inmadurez o inseguridad de quienes lo hacen; o bien, abrumados por las dificultades que experimentan, esperan que así se solucionen los problemas y les lleguen las bendiciones que tanto anhelan.

En algunas ocasiones este camino puede estar justificado y resultar provechoso, pero diremos, como excepción. En general, sin embargo, lo conceptuamos desaconsejable, y además antieconómico por razones obvias. También a veces se da la gran contradicción de una relación muy estrecha con quien está a gran distancia, pero que a la vez produce un distanciamiento, y a veces hasta un corte total, con consiervos de la misma ciudad o comarca.

El orden divino en este aspecto es muy claro. Dios da padres espirituales que engendran hijos e iglesias. En el plano normal, ellos son los que tutelan, aconsejan, corrigen, etc., aunque no en forma exclusiva, pues puede y debe haber también la ministración de otros, por supuesto dentro de las normas correctas. *Pero, lo que es muy importante, es que esos padres deben tener muy clara como su meta primordial,*

que sus hijos alcancen la mayoría de edad, y aquéllos con llamado para ello, lleven sobre sus hombros la responsabilidad de la obra. Esta responsabilidad podrá ser en la misma iglesia, en el caso de que el o los fundadores se trasladen a otra zona de trabajo, o bien en otro lugar, adonde puedan ir para levantar un testimonio nuevo.

Aquí se vuelve a dar la analogía de lo natural. *Un padre sabio y consciente, siempre se cuidará de no frustrar a un hijo con mayoría de edad, privándolo de su derecho y deber de enfrentar la vida y abrirse paso en ella por sí mismo. En tiempos difíciles siempre estará allí para ayudar, aconsejar o apoyar, pero su satisfacción más grande será verlo como persona adulta, responsable y plenamente capaz de tomar las grandes decisiones por su cuenta. Y esto, dentro del marco de un espíritu manso y correcto, no es ser uno que va “a su aire” haciendo las cosas con independencia y hasta rebeldía, como suponen y afirman algunos. Muy por el contrario, es haber alcanzado ese grado de madurez, responsabilidad y verdadera hombría, que es después de todo la voluntad de Dios para cada uno de nosotros. Y claro está, que esto no descarta en absoluto el tener sanas y entrañables relaciones con otros consiervos, locales o de otros puntos, para consulta, consejería y apoyo mutuo.*

No tomamos más comparaciones de como Israel perdió el rumbo, pero en cambio pasamos al ejemplo sabio y aleccionador de David, al ir a enfrentar al gigante Goliat. Luego que Saúl lo hubo vestido con sus ropas, puesto sobre su cabeza un casco de bronce y armado de coraza, se dio cuenta en seguida de que eso no era para él y le dijo a Saúl:

“Yo no puedo andar con esto, porque nunca lo practiqué.” - (“no las he probado” según otras versiones). Y David echó de sí aquellas cosas” (1^a. Samuel 17:39).

¡Qué varón ejemplar y valeroso! Él nunca había practicado lo que todos los demás hacían. Siendo un pastorcito humilde y fiel, Dios lo llamó del redil, la unción santa fue derramada sobre su cabeza escogida, y de ahí en más no supo sino del camino de la fe y dependencia absoluta del Dios a quien amaba tanto. Sabía que manteniéndose en Él, la virtud divina operando a su favor era más que suficiente, y en ninguna forma se podía rebajar a transitar en la senda inferior y equivocada que se le proponía. Así que se despojó de esa armadura tan pesada, que sabía que de poco o nada le iba a servir; en cambio, ágil y espontáneo, tomó las armas tan rudimentarias, tan antiguas, de su cayado, el saco pastoril, cinco piedras lisas escogidas del arroyo y su honda, y avanzó hacia el filisteo.

“¡Qué ridículo! ¡Qué atrasado! Si nadie usa ya esas armas de antaño; hoy en día tenemos la espada, el casco de bronce, la coraza... ¿qué se piensa que va a hacer ese jovencito tan iluso?”

Muchas veces es así: el auténtico camino del Espíritu transita por lo incambiable y eterno de Dios, sencillo y muchas veces débil y hasta impotente, y parece una locura atrasada y simplota a la mente carnal. Pero Dios confunde con él a los sabios y eruditos, y con una sola piedra lanzada por un varón de verdad, que de veras confía y se apoya en Él, logra lo que un ejército entero, plenamente pertrechado con lo moderno y de actualidad, en ninguna manera llega a conseguir.

Creemos que esta conocidísima historia de David y Goliat tiene muchas verdades de candente actualidad para todos nosotros. ¿No le parece que es así, amado lector?

Pues bien, esta ciudad de la gracia de Dios, en la acepción ya explicada del fluir de la virtud divina, nos ha llevado varias páginas, resultando más extensa de lo que esperábamos.

Por otra parte, tampoco se nos pasa por alto que, trabajando básicamente sobre el Viejo Testamento, nos hemos deslizado en algo también por el Nuevo, lo que para algunos puede dar una sensación de falta de orden o hilación.

En cuanto a esto último, reiteramos por un lado lo expresado anteriormente, en el sentido de que las verdades y principios divinos no pueden ni deben encorsetarse en la semejanza de un manual o libro de texto. Naturalmente que debe haber claridad y continuidad, pero creemos que quien lea en forma detenida y con atención las encontrará. Por otro lado, las dos partes de la Biblia, el Antiguo y el Nuevo Testamento, se entrelazan de tal manera, que inevitablemente el uno nos lleva al otro y vice-versa.

En lo que se refiere al largo de esta sección, debemos tener muy presente que *la operación de esa gracia de Dios que hemos estado tratando, es realmente imprescindible para todos los aspectos de la vida y el ministerio, sea a nivel individual o colectivo*. Esto explica por qué nos hemos extendido tanto, aunque por supuesto sin agotar el tema ni mucho menos.

Y como consideración final, reiteramos que hay muchas formas en que se puede perder una ciudad tan importante y vital: desde luego, por el pecado en sus múltiples manifestaciones: infidelidad, idolatría, pereza y apatía, desobediencia, orgullo espiritual, etc. etc. Pero también, como hemos visto, por el seguir intentando hacer la obra de Dios, pero pasando, quizá insensiblemente, al uso de métodos, técnicas y procedimientos ajenos al camino sencillo pero vivo, dinámico y eficaz que nos marca el Espíritu Santo, a través del patrón que encontramos en la palabra de Dios.

Ese patrón puntualiza con mucho énfasis y en reiteradas ocasiones, que es sólo lo que se hace por la gracia de Dios funcionando por la virtud del Espíritu, que produce el oro, la plata y las piedras preciosas que han de perdurar por toda la eternidad. Lo demás, cosecha de nuestros cultivos humanos, por más apariencia de eficacia y éxito que pueda tener transitoriamente, a la larga será quemado por el fuego, quedando nada más que cenizas y una triste e irrevocable pérdida, según nos señala Pablo en 1^a. Corintios 3:12-15.

Que el Señor nos ayude a todos los Suyos a tener una aguda sensibilidad espiritual, que nos guarde bien de no edificar con madera, heno u hojarasca; y a retener, o recobrar, según el caso, la importantísima ciudad de vivir y funcionar en y por la gracia de Dios.

Pasamos a la siguiente:

La ciudad de la hermosura de la santidad.-

Otra ciudad capital, cuya fundamental importancia nunca debemos perder de vista. Se puede trabajar con tesón en otras áreas, tales como el evangelismo, el discipulado, la alabanza, el pastoreo en general y todo lo demás, y por supuesto que todo tiene su debido lugar y resulta muy necesario; pero si esto no va acompañado de una clara y reiterada enseñanza, avalada por una conducta acorde, sobre la necesidad

de vivir con integridad y limpieza delante de Dios y de los hombres, se corre un riesgo muy grande.

Este riesgo consiste en que se infiltre el pecado en una forma u otra, y se manche el testimonio, malográndose y echándose por tierra el trabajo y sacrificio de muchos años y hasta de una vida entera.

La verdadera santidad es algo muy de desearse, pues aparte de su hermosura en sí, señalada por el subtítulo, nos brinda valores incalculables. Digamos en primer lugar que no es algo meramente teológico o doctrinal, aunque evidentemente hay una teología y una doctrina de la santidad que debemos tener muy claras. Pero va más allá de eso, al terreno de la vida cotidiana, donde nos exige total transparencia y rectitud en todo lo que hacemos, decimos y aun pensamos y sentimos. Y debemos añadir que cuando es auténtica – porque tristemente hay también una santidad fingida y falsa – lleva el sello de una humildad y mansedumbre que se disciernen fácilmente, a diferencia del espíritu jactancioso que a menudo se advierte en otros.

¡Es tan hermoso sentirse y saberse limpio! (naturalmente, por la infinita bondad y misericordia del Señor y no como un logro o mérito propio). Es algo que nos restaura la dignidad que el pecado nos había quitado, y que nos da una íntima satisfacción, a la par que nos llena de confianza para servir a Dios y al prójimo.

Por el contrario, cuando uno se mancha andando en cosas turbias, dudosas o abiertamente sucias, todo eso se pierde. En situaciones como ésta, lo único que cabe aconsejar es que se busque con urgencia y sinceridad al Señor para obtener la gracia y el don del genuino arrepentimiento. Esto, aparte de una profunda contrición en el fuero interno, traerá aparejado el inmediato abandono del pecado en todas las formas en que se lo había consentido y la consiguiente restauración. Será necesario también renovarse en un espíritu firme y constante, dispuesto a no volver a tomarse ninguna libertad indebida, ni a reincidir en lo más mínimo.

Hay quienes después de haberse amancillado en su alma por alguna causa, en vez de reaccionar en la forma recién esbozada, continúan por su mal camino, intentando ocultar su pecado y acallar su conciencia con justificativos y argumentos falsos, tales como :”hay muchos que hacen lo mismo y cosas aun peores”, o bien “no creo que Dios se ande fijando demasiado en lo que hacemos o dejamos de hacer”, o tal vez “algún día más adelante me arrepentiré y todo se arreglará.”

Esa manera de enfocar las cosas resulta muy peligrosa, y entre otros riesgos muy graves, se corre el de llegar a un estado de conciencia cauterizada, que con frecuencia va acompañado de una paz totalmente falsa, pensándose que “todo está bien y no pasa nada”, cuando la verdad es todo lo contrario.

El pecado, entre otros muchos males, tiene el de ser muy engañoso, empañando nuestra visión y correcta apreciación de las cosas. Nos puede servir de freno y protección a la vez, el tener presente y muy claro que cada vez que lo consentimos y nos damos a él, en mayor o menor medida según el caso, le damos lugar al diablo en nuestra vida.

Éste, ni lerdo ni perezoso, sacará provecho de ello, introduciendo cuñas invasoras en determinadas áreas de nuestro ser, según la naturaleza del pecado al cual uno se haya abierto. Y para colmo de males, lo hará en muchas ocasiones con tal

astucia que uno no se dará cuenta, por lo menos por un tiempo, y seguirá pensando que todo está bien e incluso que podrá seguir haciéndolo impúnemente. Pero a su tiempo, podrá ser tarde o temprano, se le habrá de “pasar la factura”, que sin duda habrá de resultar muy cara - carísima.

Para evitar todo esto, lo más aconsejable es cultivar una tierna relación diaria con el Dios de amor y verdad, empapándonos en la comunión con Él en su blancura inmaculada. Haciéndolo con propósito y perseverancia, esto irá creando en nosotros un amor instintivo hacia todo lo noble, puro y verdadero, a la vez que un rechazo y repudio por cuanto sea contrario a ello. Si añadimos a esto una actitud humilde, una sana y constante vigilancia para no tomarnos ninguna libertad que no corresponda, acompañadas de una dependencia diaria del Espíritu Santo, no será nada probable que caigamos o nos manchemos, viviendo así en la preciosa hermosura de la santidad, con todos los benditos beneficios que conlleva.

Hace algo más de quince años, un siervo de Dios fue invitado a ministrar por unos días en una iglesia de una ciudad de relativa importancia. Se le alojó en un hotel de la misma, y al ir a buscarlo el pastor local para llevarlo a una de las reuniones programadas, se encontró con que no estaba en su habitación. Fue entonces al conserje, dándole su nombre y preguntando si lo había visto. Al recibir una respuesta negativa, el pastor, dándose cuenta que el conserje no sabía de quién se trataba, empezó a describirle los rasgos físicos del siervo en cuestión. Tampoco esto dio resultado, y sintiéndose algo frustrado, impaciente le dijo:

“Es un hombre que tiene cara de ángel y de santo”

“Ah, sí” - fue la pronta respuesta - “está en esa sala.”

Ni el nombre, ni la descripción de sus facciones habían servido para identificarlo, pero al usar el pastor esas dos palabras, el conserje se dio cuenta en seguida de quién era.

Cuando se vive cerca de Dios y en asidua comunión con Él, algo de esa santa pureza divina se absorbe y queda inevitablemente reflejada en el rostro, aunque uno no sea consciente de ello. Eso fue en realidad lo que le sucedió al mismo siervo a que nos referimos, que no se enteró de lo sucedido hasta que unos buenos años después, al encontrarse con el mismo pastor, éste se lo contó.

El poder vivir de blanco cada día, aparte de ser una honra y una dicha, constituye una parte importantísima de nuestra herencia en Cristo Jesús. Si por cualquier causa tú la has perdido, querido lector, o bien nunca la has apropiado en tu experiencia práctica, te animo con amor a que te pongas en campaña para reconquistarla o bien lograrla por primera vez. El Espíritu Santo está de tu parte, y si ve en ti sinceridad, diligencia y fe, vendrá en tu ayuda para que lo alcances - de eso puedes estar bien seguro.

La ciudad de la fe, por supuesto que resulta de gran importancia, pues “*sin fe es imposible agradar a Dios...*”(Hebreos 11:6)

En 1^a. Corintios 12:9 se menciona la fe como uno de los dones del Espíritu, y en ese contexto se relaciona con la función, el ministerio o llamado de cada uno en el Cuerpo de Cristo, para el cual recibe la correspondiente fe para desarrollarlo eficazmente (ver también Romanos 12:6).

Pero también tenemos la fe que nos ha sido dada para nuestra vida cotidiana en todo lo que nos toque afrontar y alcanzar, tanto en nuestra relación vertical con el Señor, como en las áreas económica, física, material y espiritual. Algunos suelen llamarla la gracia de la fe, a diferencia del don, pero sobre el nombre o la denominación de la misma no hace falta dogmatizar, basta con que entendamos la diferencia.

Ahora bien, esto que vamos a decir difícilmente lo encontrará el lector en una teología o comentario bíblico, pero se percatará sin embargo, cuando lo terminemos de expresar, que es algo cierto y acorde con las Escrituras.

En este segundo sentido, el de la fe para la vivencia diaria de cada uno, la medida que se nos ha dado a cada uno es bien concreta: *41 (cuarenta y uno) ¡*

¿De dónde sacamos semejante cosa? Pues bien, prescindiendo del original griego, en la versión Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera, Revisión de 1960, nos encontramos con que el libro en que más aparece la palabra fe usada como sustantivo en toda la Biblia es Romanos. Si contamos con cuidado, la hallaremos 41 veces.

Por otra parte:

¿Cuántos días y cuántas noches llovió en tiempos de Noé al venir el diluvio?

¿Cuántos años estuvo Moisés en tierra de Madián antes de ser llamado por Dios para la gran misión de su vida?

¿Cuántos años estuvieron los hijos de Israel rondando por el desierto?

¿Cuántos días y noches estuvo Moisés en el Monte Sinaí ayunando y esperando en Dios la primera vez? ¿Y la segunda?

¿Cuántos días tardaron los espías enviados por Moisés en recorrer la tierra prometida y traer el informe?

¿Cuántos días y noches de marcha tuvo Elías desde debajo del enebro en el desierto hasta llegar a Horeb, el Monte de Dios?

¿Cuántos días estuvo el Señor en el desierto, cuando fue llevado por el Espíritu para ser tentado por el diablo?

Es claro que en todos los casos la respuesta es la misma: 40 (cuarenta). Generalizando, y con la sola excepción de los 40 días que fueron desde la resurrección hasta la ascensión de Jesucristo, podemos concluir que el número 40 en las Escrituras se vincula con la prueba, la espera paciente, la tentación, el desierto y la lucha.

Esto no es ninguna novedad desde luego, y es, o debiera ser por lo menos, bien conocido por todo hijo de Dios que lee y estudia la Biblia. Pero lo bueno es lo de las 41 veces que tenemos la palabrita fe en el libro de Romanos. Para buen entendedor, ese número tan poco habitual nos dice que, a pesar de las CUARENTA porque tendremos que pasar todos en una forma u otra, en materia de pruebas, luchas y dificultades, *el buen Señor nos ha dado una fe que mide 41!* ¡Es decir que será suficiente para afrontar y superarlas todas, y aún nos sobrará una para ayudar al que flaquea!

Al estudiante de griego que intente rebatirnos, diciendo que en el original en ese idioma no aparecen las 41, risueña y cortésmente le contestamos que se trata de una gracia especial para los creyentes de habla hispana (!) pero seguramente extensiva a cuantos la deseen recibir, aun cuando desconozcan el castellano.

Después de ofrecer las correspondientes disculpas por el párrafo anterior, redondeamos puntualizando que, aun prescindiendo de nuestra conclusión numérica,

quizá muy poco ortodoxa para el gusto de algunos, tenemos aquí una verdad incontrovertible: nuestro Dios a nosotros Sus hijos nos ha dado una fe que, correctamente empleada, es suficiente para que podamos salir airosos en todo lo que Él permite que nos toque enfrentar.

Con que, a ponerla en funcionamiento, y dejando de lado toda duda, incredulidad o escepticismo, firmemente asidos de Su palabra y Sus promesas ¡a vencer, que a eso somos todos llamados!

Hay bastantes más ciudades que se pueden haber perdido y se hace necesario recuperar. No obstante, como sería demasiado largo extendernos sobre todas ellas en particular, nos limitaremos en forma escueta a dos más de ellas.

La ciudad de la palabra de nuestro testimonio.-

Cuando la vida espiritual de uno sufre un deterioro, generalmente su boca pasa a enmudecerse en cuanto a las cosas de Dios, aunque se pueda ser muy locuaz en otros temas. Es triste cuando ello acontece, y cuando la restauración interior tiene efecto, siempre ha de esperarse que los labios silenciosos en cuanto al precioso Cordero de Dios, vuelvan a la grata y privilegiada tarea de proclamar Su amor y grandeza.

La ciudad del gozo y la satisfacción íntima de saber que se está en una sana y correcta relación con Dios.

No la alegría que se expresa en risas y continuas muestras de buen humor y comicidad, como lo entienden equivocadamente algunos, sino algo más profundo que brota de un corazón agradecido y muy satisfecho de tener un Dios y Señor tan maravilloso, y de estar reconciliados y otra vez en plena comunión con Él.

- - - - - () - - - - -

Antes de salir al combate contra sirios y amonitas, Joab, general del ejército de Israel en tiempos del reinado de David, dio la siguiente consigna a su hermano Abisai, que estaba a cargo de una parte del ejército:

“Esfuézate, y esforcémonos por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios, y haga Jehová lo que bien le pareciere.” (2ª. Samuel 10:12)

En esa ocasión, al Eterno Dios le pareció muy bien ayudar a Israel, visto su debido empeño en no perder en manos de sus enemigos la herencia que les pertenecía, y la batalla terminó con una rotunda victoria de Israel.

Que tu Dios te vea, caro lector, noble y totalmente entregado a esforzarte y luchar por todas las ciudades de tu herencia en Cristo Jesús. Así seguramente vendrá en tu ayuda por el Espíritu Santo, y tú también, por Su gracia, podrás ser un vencedor. Amén.-

- - - - - () - - - - -

CAPÍTULO VII

SAMUEL – La culminación de una vida intachable.-

Dijimos en la introducción que no nos íbamos a limitar al tema de la restauración, aunque éste iba a ocupar el lugar principal. La vida de Samuel, tan ejemplar y hermosa en todo sentido, merece que le dediquemos un capítulo más, aunque no ha de ser tan extenso como el anterior. Hay mucho en su carrera tan singular que nos puede servir de inspiración y enriquecimiento en muchas maneras.

1) El circuito armonioso.-

”Y juzgó Samuel a Israel todo el tiempo que vivió.

Y todos los años iba y daba vuelta a Betel, a Gilgal y a Mizpa, y juzgaba a Israel en todos estos lugares.

Después volvía a Ramá, porque allí estaba su casa, y allí juzgaba a Israel; y edificó allí un altar a Jehová. “ (1ª. Samuel 7:15-17)

En una vida que está realmente arraigada en Dios, siempre se disciernen, entre muchas otras cosas, el orden y la armonía propias de la voluntad de Dios y de andar en ella fiel y continuamente. Este circuito anual de Samuel resalta en ese sentido, no tanto en el aspecto geográfico y en cuanto a distancias, como en la constancia de hacerlo todos los años, todo el tiempo que vivió. Así se daba a cada israelita la oportunidad de que su causa fuera oída y juzgada por el varón de Dios ungido e íntegro, a través del cual el Monarca Celestial gobernaba a su pueblo.

En la alegoría de lo espiritual vemos aun con más claridad esa armonía, acompañada de un perfecto equilibrio que abarca lo celestial y lo terrenal, lo individual y lo colectivo, en esos cuatro puntos cardinales del orden de Dios para Israel en ese entonces. Así empezaba por Betel, Casa de Dios, con todo lo que ello supone, incluso la asociación de ideas que brotan de ser ése el lugar donde primero se le apareció el Eterno Jehová a Jacob, que más tarde iba a ser el padre de las doce tribus de la nación.

Seguidamente venía Gilgal, que quiere decir rodar, porque allí Dios había hecho rodar el oprobio de Egipto, al ser circuncidados los varones del pueblo que habían cruzado el Jordán para entrar en la tierra prometida, como señal del pacto entre el Señor y ellos.

De allí pasaba a Mizpa, la torre del vigía y también el lugar de la unidad, como ya hemos visto anteriormente. Finalmente retornaba a Ramá, el lugar de su residencia, donde también juzgaba a Israel, y debemos notar como algo de mucho valor e importancia, que a pesar de las demandas sobre su tiempo y sus fuerzas que le significaba el atender a los demás lugares, no descuidó el edificar un altar a Jehová allí, donde había nacido y donde luego tuvo su hogar y su familia.

Quien vive bajo los dictados de la carne en cualquiera de sus formas, aparte de muchos otros males que se acarrea, a menudo se encuentra en un marco de

desorden, que a veces puede llegar a ser caótico. Por el contrario, la vida anclada en el Señor siempre ostenta un precioso orden que la hermosea. Este orden no es rígido, reglamentado ni legalista, sino libre y espontáneo, a la vez que dinámico, armonioso y fructífero.

1) El siervo identificado con el corazón de Dios.-

Jesús dijo en una oportunidad:

“Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor.”(Juan 12:26)

Al verdadero siervo le toca, en mayor o en menor medida, seguir el camino ya andado por su Señor. Éste le ha de llevar, a través de la resurrección, a compartir a su debido tiempo el trono en las alturas, según vemos en Apocalipsis 3:21, entre otros pasajes. Pero ese camino glorioso tiene anteriormente dos lugares muy importantes: Getsemaní y el Gólgota. *Por ellos, de una manera u otra, el siervo tiene inevitablemente que pasar, y ello es lo que a la larga le ha de otorgar sus verdaderas credenciales.*

Aparte del efecto purificador y santificador que esto produce, está la razón importantísima de que lo lleva a ese lugar de participar en los quebrantos y padecimientos de su Señor, por lo menos en cierta medida. Esto a su vez lo une más estrecha y entrañablemente con Él, para poder así sentir y comprender, por así decirlo, el mismo latir de Su corazón. Y de esta relación, unión y comunión con su Dios y Señor, brota *el siervo que de verdad lo conoce y está habilitado para hablar la palabra de Dios con la voz y el acento de Dios.*

Esto lo vemos claramente ejemplificado en la coyuntura en que los ancianos de Israel le pidieron a Samuel que les constituyese un rey que los juzgase *“como tienen todas las naciones”*. Esta petición le cayó muy mal y oró al Señor, quien en seguida le contestó:

“...no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (1ª. Samuel 8:7)

Evidentemente, lo que le dolía hondamente a Samuel era que, después de haberlos servido toda una vida con nobleza, desinterés e integridad, librándolos del dominio y la opresión de los filisteos, y restaurando la bendición y prosperidad que habían perdido, pensasen en cambiar fundamentalmente el patrón de gobierno que había existido hasta entonces. Como ya esbozamos anteriormente, *éste consistía en el reinado de Dios sobre ellos, canalizado en la práctica a través del siervo elegido y levantado por Él para ese fin*, y que era Samuel en ese tiempo, así como lo habían sido Moisés, Josué y otros con anterioridad.

En realidad, el pedido de los ancianos se justificaba en parte, por la conducta de sus hijos Joel y Abías, a quienes había puesto como jueces en Beerseba y no andaban en sus caminos, de lo cual nos ocuparemos más adelante. Pero había una razón de fondo más fuerte que ésa y era, ni más ni menos que desechar el reinado del Señor mismo, al cual le debían todo lo que eran y tenían. Esto era algo lamentable y muy doloroso para Jehová por cierto, y también para Samuel, que en todo esto estaba muy estrechamente compenetrado.

“Y habiendo visto que Nahas rey de los hijos de Amón venía contra vosotros, me dijisteis: No, sino que ha de reinar sobre nosotros un rey; siendo así que Jehová vuestro Dios era vuestro rey.”(1ª. Samuel 12:12)

¿Cuál habría sido el camino correcto en esa situación, habiendo envejecido Samuel y no siguiendo sus hijos por la senda de la rectitud?

Creemos que Israel debería haber pedido a Dios que levantase otro varón digno, como sucesor de Samuel, para poder continuar así en el orden divino del reinado de Dios sobre Su pueblo en la forma ya señalada. Este orden, siempre que ellos habían guardado fidelidad y obediencia, había funcionado idealmente, con la consiguiente bendición y prosperidad, además de procurarles la victoria toda vez que los enemigos que les rodeaban se habían levantado contra ellos. Si en etapas prolongadas de su pasado habían pasado hambre, miseria y el oprobio de ser vencidos y atribulados por sus enemigos, ello se debía exclusivamente a su infidelidad y desobediencia, crónicas y obstinadas por cierto, y ellos lo sabían muy bien.

Pero ahora, a la luz del versículo que citamos más arriba, podemos deducir lo que posiblemente haya influido para llevarlos a pedir rey. Al ver que sus atacantes los amonitaban venían bajo la dirección de un rey quisieron ser como ellos y tener su propio rey. Seguramente, además de la voz de mando fuerte e imponente, habrían visto en él la pompa de su vestimenta llamativa y la escolta que lo protegía, a la par que probablemente una personalidad poderosa que impresionaba e imponía respeto y hasta temor.

Y claro está, todo esto en contraste con el siervo manso y humilde que los presidía a ellos, incapaz de levantar la voz para injuriar a nadie, y que para recibir instrucciones y fuerzas del Rey Invisible, con frecuencia se pasaba largas horas de rodillas delante de Él, a solas en su aposento o en algún lugar solitario que pudiese encontrar.

Es otra versión de lo que llamaríamos el tema de los dos senderos, sobre el cual la Biblia nos traza un hilo histórico continuo, que va del Génesis al Apocalipsis en múltiples manifestaciones, exteriormente muy variadas, pero interiormente con los mismos principios que los sostienen e impulsan.

Se trata de la senda de apoyarse en lo que se palpa y se ve, por un lado, y en el Invisible e Intangible y Sus recursos por el otro; o bien la carne y el espíritu; lo terrenal y humano – lo celestial y divino; las cosas que se ven y son temporales, las que no se ven y son eternas; lo que ensalza al hombre y lo que glorifica a Dios, y así sucesivamente.

Los ancianos de Israel, en representación de todo el pueblo, plantearon la demanda de un rey y lo hicieron en términos muy categóricos.

Algo que es muy bien sabido en cuanto al trato de Dios con el ser humano, es su gran respeto al libre ejercicio de la voluntad. Cuando alguien en forma consciente y deliberada hace una mala elección, a pesar de las advertencias previas de los males que acarreará, Él se siente comprometido a dejarle que siga por el rumbo que ha escogido, con todas sus consecuencias. Esto es lo que se suele llamar la voluntad permisiva de Dios, y lo maravilloso es que con Su infinita misericordia no abandona a los Suyos en tales circunstancias. Generalmente cosechan mucho dolor y tristeza, pero en Su sabia economía Él lo utiliza para el escarmiento que ha de llevar al arrepentimiento y a la restauración.

También se debe tener presente que lo que Dios mira y considera, por lo menos en ciertos casos cruciales, es la decisión original o primera, y no otra posterior en sentido inverso, cuando uno se da cuenta del perjuicio o las desventajas que podrá traer el seguir la línea que primero se había elegido.

Sería demasiado extenso y complejo desmenuzar esto que, por otra parte, es un principio relativo y no absoluto. Pero tenemos ejemplos muy concretos que lo avalan y de los cuales citamos tres:

a) *El caso de Esau*, que despreció su primogenitura vendiéndola por una sola comida, y al querer heredar la bendición, fue desechado y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas. (Hebreos 12:16-17).

b) *Israel al regreso de los doce espías con el mal informe*. Allí tomaron la decisión de designar un capitán para volver a Egipto, despreciando así la herencia que Jehová les tenía preparada. Al advertirles Moisés de las horribles consecuencias que esto les iba a deparar, el pueblo se enlutó y decidió dar marcha atrás e ir de inmediato para subir al lugar del cual el Señor les había hablado. Pero la verdadera decisión ya la habían tomado antes, y esto, que no era un verdadero arrepentimiento, sino un cambio de frente para evitar el mal que ahora les esperaba, no les valió de nada. En efecto, la presencia de Dios no los acompañó, y aun cuando se empeñaron en ir adelante y subir a luchar a la cima del monte, los amalecitas y cananeos les infligieron una derrota total. (Ver Números 14: 1-4 y 39-45).

c) *El caso que nos ocupa de Israel al pedir rey*.- Al tiempo de la siega del trigo, Samuel clamó al Señor que diese truenos y lluvia, como prueba clarísima de la gran maldad que habían cometido ante los ojos de Jehová pidiendo rey. Al contestar el Señor esa oración en el mismo día, tuvieron gran temor de Jehová y de Samuel y le dijeron a éste:

“Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios, para que no muramos; porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros.” (ver 1^a. Samuel 12:16-19).

Sin lugar a dudas, si en ese momento Samuel les hubiese exhortado a desistir de su petición de un rey, intimidados por el temor y los truenos, lo habrían hecho. Pero Samuel, movido por la sabiduría de Dios, no lo hizo.

¿Por qué? Porque esa no era la decisión original, sino la de pedir rey, que habían tomado, como ya vimos, en forma deliberada y categórica.

Y lo que es muy importante que se comprenda, es que una contramarcha y vuelta atrás, por el temor al castigo o la conveniencia, habría implicado que quedase en el corazón de ellos intacta esa raíz que los había impulsado a escoger el mal camino. Era necesario que Israel siguiese la senda que había elegido y por medio del escarmiento aprendiese la lección. Históricamente esto todavía está en proceso, pero llegará el tiempo, según lo señala la profecía, que como nación plenamente escarmentada, y la mala

raíz bien tratada y quitada, volverá a su Dios y lo reconocerá y servirá plenamente como su único Rey para siempre.

Este mismo principio también se aplica al trato actual de Dios con sus hijos, aun cuando no necesariamente siempre, pues como ya indicamos, es relativo y no absoluto, dependiendo de la naturaleza de cada caso.

Como se comprenderá, esta última parte no tenía aplicación en cuanto a Esaú, por no estar él dentro del pacto de Israel y estar en vez en una ubicación o lugar distinto, dentro de la dispensación de ese entonces. Pero lo que sí se comprobó de todas maneras *fue que prevaleció su primera elección*, que fue la de despreciar la primogenitura.

La identificación de Samuel con el sentir de su Dios, prosiguió y se perfeccionó en la secuela del milagro de los truenos y la lluvia, que se nos narra en la parte final del capítulo. Después de reconocer todo el pueblo el pecado de pedir rey, les exhortó a no apartarse de Jehová y luego los alentó con estas palabras:

“Pues Jehová no desampará a su pueblo, por su grande nombre; porque Jehová ha querido haceros pueblo suyo.” (1^a. Samuel 12:22)

Fueron palabras que brotaron del siervo que vivía en la intimidad con su Dios y conocía bien la infinita misericordia y gran constancia de Su amor incomparable. Y a renglón seguido, pasó a decirles:

“Así que, lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros; antes os instruiré en el camino bueno y recto.”(versículo 23)

Esa intimidad con su Dios le había llevado, no solamente a conocer cabalmente su sentir, sino a ese grado de compenetración con Él, por el cual, en una gran medida, el corazón suyo llegó a latir al unísono con el de su Dios y Señor. Así, rechazado Samuel así como también lo había sido el Señor, los sigue amando, preocupándose profundamente por su bien, y con noble y perseverante bondad, sigue inculcándoles el buen camino. *Es decir, su vida, su actitud y su conducta, fueron un calco terrenal – vivo por cierto – de lo que era su maravilloso Dios, al cual, con el correr de los años, había llegado a asemejarse tanto.* Y ésta es una de las muchas virtudes de este varón ejemplar, digna de emularse por la gracia del Espíritu Santo.

Jesús dijo:

“El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro.” (Lucas 6:40).-

3)El varón íntegro a carta cabal y el quebranto de que sus hijos no anduviesen en sus caminos.-

A lo ya expresado, debemos ahora agregar dos cosas más:

La primera, su absoluta honradez, transparencia y bondad. Recogido por Dios en su tierna infancia dentro del templo en Silo, nunca supo nada de avaricia, maldad o engaño, siendo totalmente incapaz de calumniar o agraviar a nadie.

La segunda, su trayectoria ejemplar que no tuvo claudicaciones ni desviaciones, ni siquiera mínimas. Como ya dijimos, apenas destetado del pecho de su madre, fue depositado en el templo como un precioso cordero de leche, y el resto de su vida toda no fue sino un arder constante sobre el altar de la consagración más absoluta.

Pero aunque el relato bíblico no se extiende mayormente sobre el tema, debemos dedicar unos párrafos a lo que debe haber sido un gran quebranto para él: el hecho de que sus dos hijos, Joel y Abías, como ya se ha dicho antes, se desviaron del buen camino.

El Señor reprendió y juzgó severísimamente al juez anterior, Elí, por la conducta horrible de sus dos hijos, Ofni y Finees y por haberlos honrado a ellos más que a Él, e incluso “barrió” su nombre y descendencia del sacerdocio. Sin embargo, la Escritura no consigna ningún reproche de Dios a Samuel.

En algunas ocasiones se oye decir de siervos del Señor, que se preocupan tanto de la obra de Dios que descuidan a sus hijos. A veces esto podrá ser cierto, otras no. En el caso de Samuel no nos parece que haya sido así. Aparte del hecho ya puntualizado de que no figura en el relato ninguna amonestación de parte de Dios al respecto, como ya hemos visto bajo “el circuito armonioso”, edificó un altar a Jehová en Ramá, donde estaba su casa y donde también juzgaba a Israel. Por lo tanto, resulta razonable afirmar que también cuidó de su hogar y familia e inculcó el temor del Señor a sus hijos.

¿Cómo entonces se volvieron los dos mayores tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho?

Las únicas respuestas que se nos ocurren son:

a) Evidentemente no tenían el calibre espiritual de su padre, y al asumir un cargo de tanta responsabilidad y en que abundaban las tentaciones, cayeron en ese lazo en que caen tantos – el amor al dinero – y se corrompieron, triste y lamentablemente.

b) Debemos tener presente que el bien y la rectitud no necesariamente se heredan por la vía de la descendencia carnal, si bien indudablemente la influencia de los padres en general, por cierto que pesa mucho. No obstante, se dan casos de hijos que han tenido padres ejemplares, pero al enfrentar la vida y el mundo no han sabido o querido elegir el bien y desechar el mal.

El caso de Samuel no es el único en la historia de Israel. Tenemos por lo menos a cuatro muy buenos reyes de Judá: Josafat, Jotam, Ezequías y Josías, cuyos hijos que les sucedieron en el trono fueron malísimos. En efecto, Joram, Acáz, sobretodo Manasés, y también Joacaz y Joacim, hijos estos dos últimos del mismo padre Josías, figuran en 2ª. Reyes y 2ª. Crónicas como reyes que hicieron mucho mal ante los ojos de Jehová, trayendo como consecuencia un grave perjuicio al pueblo de Dios.

La paradoja se acentúa más todavía si tenemos en cuenta que estos cuatro muy buenos reyes, fueron hijos de muy malos padres. Asa, que engendró a Josafat, tuvo un buen comienzo, pero posteriormente se rebeló contra el Señor y tuvo un mal fin, al igual que Uzías padre de Jotam. En cuanto a Ezequías y Josías, que fueron realmente sobresalientes en su fidelidad al Señor, tuvieron por padres a Acáz y Amón, que fueron pésimos en sus reinados de principio a fin.

No sería sabio tratar de ahondar más en este terreno de lo que parece contradictorio y escapa a toda lógica. Solamente podemos reafirmar el principio de la responsabilidad personal de cada uno, no importa lo bueno o malo que hayan sido sus padres.

4) La abnegación de los grandes de verdad.-

Entre sus muchas virtudes, quizá la que más resalte sea la de haber sido un gran intercesor. Como ya vimos en el tercer capítulo, el mismo Señor lo cuenta como tal, haciéndolo figurar junto a Moisés en Jeremías 15: 1, completándose el quinteto selecto con los nombres de Noé, Daniel y Job en Ezequiel 14: 14 y 20.

Con Moisés encontramos otro paralelo inspirador. En efecto, después de haber golpeado la peña en vez de hablarle, como el Señor se lo había mandado, a Moisés se le privó del privilegio de introducir a Israel en la tierra prometida (Números 20:12), recayendo ese honor sobre Josué. Cualquier otro en lugar de Moisés, en esa situación bien pronto habría intentado disponer un traspaso de la pesada carga a su sucesor, desentendiéndose de la misma para disfrutar de un buen y bien merecido descanso. Pero a pesar de la gran desilusión de quedar relegado y no poder entrar en la buena tierra, Moisés siguió con absoluta firmeza y constancia, preocupándose por el bien de Israel y exhortándoles con el mayor esmero hasta el final de su vida.

Lo de Samuel no fue idéntico, pero sí parecido. Al ser Saúl ungido como rey sobre Israel, de hecho Samuel quedó desplazado a segundo plano, si bien el peso de su persona siguió haciéndose sentir. Pero el gobierno ya no estaba en sus manos sino en las del nuevo monarca. Desechado, como con razón se sentía por un pueblo que había pedido rey, lo normal hubiera sido perder interés y no preocuparse como lo había hecho antes.

¡Pero nada de eso en un hombre de sus quilates!

“Así que, lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros; antes os instruiré en el camino bueno y recto.”(1^a. Samuel 12:23)

Y al igual que Moisés, siguió dado a la causa de Dios y de su pueblo hasta el fin de su carrera, aun cuando el primer lugar – ante los ojos de los demás- iba a ser para otro. Y esto es más difícil aun, cuando uno ha ocupado ese lugar anteriormente; pero en estos siervos insignes, vivir realmente delante de Dios y no de los hombres – eso era lo que realmente contaba.

A eso lo llamamos verdadera abnegación; a no buscar lo suyo propio ni interesarle el figurar ante los demás; a ser fieles en todo, se nos vea o no; a importarnos de veras lo que piensa Dios más de lo que piensan los hombres; en suma, a llevar la semejanza y el espíritu del Cordero de Dios en buena parte de su perfección admirable.

5) El imán de la fuerza vital.-

El relato bíblico nos narra mucho más de la vida de Samel, incluyendo detalles y aspectos muy aleccionadores de la forma en que constituyó como rey a Saúl, y más tarde, al ser desechado éste, de cómo ungió por mandato divino a David, varón conforme al corazón de Dios.

No obstante, para concluir el capítulo, nos limitamos a una consideración final, basada en las siguientes palabras de 1^a. Samuel 12:23 que ya hemos citado:

“Así que, lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros...”

Como vimos antes, sustentada por la gracia divina, la oración fue la fuerza vital que lo concibió y dio a luz, brotando del corazón quebrantado de su preciosa madre

Ana. *Durante toda su vida y servicio a Dios y a su pueblo Israel, esa misma fuerza vital de la oración se encarnó en él y lo nutrió y sostuvo. Y ahora, envejecido y con las canas dignísimas de su personalidad venerable, esa misma fuerza, latente y viva, como un imán poderoso lo reclama para sí, a fin de que siga derramando en ella toda la fuente de su ser hasta el fin de su vida tan ejemplar y maravillosa.*

Ese reclamo, que él sabe bien que viene bajo el designio divino, lo tiene tan claro y prioritario, que le hace afirmar que el no prestarse de lleno a él o desatenderlo, sería pecar abiertamente contra el Eterno Dios. Y esto está tan lejos y remoto de su voluntad y hombría fiel y santa, que asume la responsabilidad de hacer que se oigan en el cielo cada día de los que le restan vivir en la tierra, sus ruegos santos por el pueblo de Dios.

Sólo en el más allá podrán apreciarse con certeza y precisión, todo el peso y el impacto de sus rogativas diarias a favor del rebelde e idolátrico pueblo de Israel, objeto amado y privilegiado, no obstante, de la eterna compasión y misericordia del gran Yo Soy.

Concluimos el capítulo expresando un anhelo y oración, a los que bien podría unirse el corazón de cada lector: *que estas verdades y virtudes de la vida de este gran profeta, sacerdote y juez, sean utilizadas por el Espíritu Santo, dentro del marco de la voluntad de Dios, para en alguna medida alumbrar y forjar varones y mujeres de la profundidad, nobleza y quilates del querido Samuel.*

En estos tiempos de tanta superficialidad, la iglesia y el mundo entero los necesitan de verdad.

-----()-----

CAPITULO VIII – SALMO 80

El gran clamor: “Oh Dios, restáuranos.”

Antes de continuar con el hilo histórico del tema en que estamos, hacemos una breve pausa al llegar aproximadamente a la mitad de esta primera parte del libro, para ocuparnos del Salmo 80.

El autor es Asaf, pero por lo que vemos en algunos versículos de varios de los salmos que escribió, no parece ser el mismo a que se hace referencia en 1^a. Crónicas 25: 2 y otros pasajes y que vivió en tiempos de David. En cambio, hay indicios de que debe haber sido otro que puede haber sido de épocas aún posteriores al cautiverio de Israel, bajo Salmanasar rey de los asirios.

De todas formas, el contenido de sus salmos lo evidencia como un hombre de gran anchura de espíritu y de mucha profundidad en su relación con Dios.

Este salmo que pasamos a considerar, muy bien lo podríamos calificar como un verdadero clásico sobre nuestro tema de la restauración.

Como vemos por los versos 1 y 2, está enfocado en forma particular a las tribus de José, es decir Efraín y Manasés, con el agregado de la de Benjamín, el hermano menor de José, que fue el único otro hijo nacido de la misma madre de José, Raquel. (Como sabemos, todos los demás hermanos de José lo eran sólo de parte de Jacob el padre, siendo sus madres o bien Lea, o las siervas Bilha y Zilpa).

Al marchar Israel en su peregrinación desde el Sinaí en adelante, estas tres tribus – Efraín, Manasés y Benjamín – iban agrupadas bajo la bandera común de Efraín (ver Números 10:22-24).

Dentro del orden establecido por Dios para Su pueblo Israel, podemos identificar distintas vertientes, marcadas por las promesas y bendiciones pronunciadas por Jacob y Moisés antes de morir – Génesis 49 y Deuteronomio 33 – y también por el curso de la historia del Antiguo Testamento.

La principal, sin lugar a dudas, es la de Judá, que además de muchos otros privilegios, tuvo el de ser la tribu de la cual procedió el Mesías prometido, que iba a ser el Salvador de la humanidad perdida.

También tuvo un lugar muy favorecido la tribu de Leví, apartada para entregarse de lleno al sacerdocio y al cuidado primeramente del tabernáculo, y más tarde del templo erigido por Salomón en Jerusalén.

La de José también era muy privilegiada. Rubén, el hijo mayor de Jacob, al violar el lecho de su padre, perdió la primogenitura, la cual pasó a corresponderle a José, según vemos en 1^a. Crónicas 5:1-2. Entre otras ventajas, la misma confería la de recibir una doble porción de la herencia, la cual Jacob le otorgó en efecto poco antes de su muerte, como se consigna en Génesis 48:22.

Esta doble porción del primogénito, no debe confundirse con la doble porción de su espíritu que Eliseo le pidió a Elías antes que fuese llevado al cielo en un torbellino. En el orden doméstico dentro del pueblo de Israel, se entiende que acarrea para el que la recibía la responsabilidad de proveer para la madre viuda y las hermanas solteras.

Por otra parte, en la congregación de redimidos de la Nueva Jerusalén que se nos describe en Hebreos 12:22-24, vemos que no habrá hijos menores con menos privilegios, sino que *todos serán primogénitos*. En esto vemos también una restauración en el grado final y más alto, con todos, absolutamente todos, contando con los más altos privilegios.

Ahora bien, los tres nombres de estas tribus que marchaban agrupadas bajo la misma bandera tienen un importante y significativo sentido.

Efraín quiere decir *fructífero*. Manasés *el que hace olvidar*, dado a él por su padre José como testimonio de que, con los consuelos y bendiciones de su exaltación en Egipto, Dios le había hecho olvidar todos sus quebrantos y penas anteriores. Por último, Benjamín significa *hijo de la diestra o mano derecha*. En las promesas dadas por Moisés antes de su muerte, había para Benjamín un precioso contenido de seguridad y confianza basado en la protección de Dios, como así también de estrecha e íntima relación con el Ser Divino. (Deuteronomio 33:12).

Así, el salmo se abre con una exclamación y súplica dirigida al Pastor de Israel:

“Oh Pastor de Israel, escucha;

Tú que pastoreas como a ovejas a José,

Que estás entre querubines, resplandece.”

¡Cuán hondo sentir hay en esto! Al Pastor Supremo de Su pueblo, que está tan pendiente de Su grey, con esa solicitud tan propia de Su persona y carácter; al gran Dios que en el orden aarónico y levítico del sacerdocio se encontraba con Su presencia invisible sentado sobre el propiciatorio, con un querubín de gloria a cada lado; a ese Ser Eterno, del cual emana toda la luz y el poder - se le ruega que oiga, y resplandezca.

Sin esa luz, admirable y eternal, nos envuelve la niebla, y aun el día del sol más radiante se hace noche oscura y triste para nuestra alma.

Israel se encontraba en ese estado de tinieblas, envuelto por la bruma que traen la idolatría y la desobediencia. Esto le había hecho perder el rumbo y convertirse en el escarnio de sus vecinos y la burla de sus enemigos, que además los destrozaban y devoraban con crueldad (versículos 6 y 13).

Como un hombre muy consciente de esa gran necesidad de que esa luz de valor inestimable volviese a brillar, perforando y disipando toda la oscuridad que les rodeaba, Asaf empieza por elevar este clamor.

Es como si recordase lo que el mismo gran Dios había hecho en un principio, cuando las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y con serena calma y confianza absoluta había pronunciado esas tres palabras, brevísimas pero saturadas de virtud divina:

“Sea la luz”.

Al momento, todo el escenario quedó inundado de luz radiante. Y de ahí en más, comenzó con Su palabra creativa y Su ciencia sapientísima a quitar el desorden y vacío y crear un universo maravilloso, con cada cosa en su lugar y totalmente perfecta, al punto que al terminar y contemplarlo todo pudo comprobar que *era bueno en gran manera*.

Aunque la situación en que se encontraba Israel ahora no era idéntica, había por lo menos un cierto paralelo, y en su ruego latía el deseo muy grande de que el Dios

“Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17), volviere a irrumpir en forma semejante.

¡Cuántas veces lo ha hecho a lo largo de la historia, cuando las más densas tinieblas envolvían una región, la sociedad de un país en general, o a un alma necesitada y entenebrecida en particular!

Sí, de eso se trata la restauración – de que el fulgor celestial invada y destierre la oscura noche del que se ha descarriado y perdido el rumbo, y lo inunde y sature de esa luz bendita que otrora había conocido, pero de la cual, torpe, o loco, o rebelde o lo que fuere, más tarde se alejó. Por todo eso clama y gime quien de veras lo añora y lo busca, así como lo hace Asaf en el principio de este precioso salmo.

Luego continúa así:

*“Despierta tu poder delante de Efraín, de Benjamín y de Manasés,
Y ven a salvarnos.” (versículo 2)*

Sabedor de que sólo el poder del Omnipotente podrá valer, pide que ese poder se despierte y ponga en evidencia a favor de esas tres tribus, tan privilegiadas antes, pero tan necesitadas ahora. Que venga a salvarlos, que están hundidos en un pozo profundo y ningún otro puede ayudarles.

Querido lector: ¿encuentra todo esto un eco en tu interior? Sí, tú, el que hace un tiempo vivías y andabas en esa luz sin igual, pero que ahora te encuentras sumido en oscuras nubes y tinieblas. Para ti van estas líneas – a ti te alcanza y abarca este salmo que hace muchos años el Espíritu Eterno le inspiró a Su siervo para que lo escribiese. Y aquí está, íntegramente inscrito en la Biblia, para que tú te introduzcas en él, penetres en su espíritu y su clamor, y pases a ser un beneficiario más de su rico contenido, logrando así que se restaure plenamente tu vida.

El clamor que crece, y se ensancha en la visión de Dios.-

El verdadero clamor del corazón necesitado y angustiado, acicateado por el Espíritu de gracia y oración, hace precisamente eso: crece y se ensancha, perforando la densa bruma, abriéndose paso con súplicas, rogativas y aun con lágrimas que brotan de lo más hondo del ser. Y persiste y no cesa hasta alcanzar otra vez esa luz que tanto anhela.

No nos proponemos desgranar cada versículo de este salmo, pero en cambio, ilustrando y desarrollando lo dicho en el párrafo anterior, miraremos la hermosa y rica progresión que nos presentan los versículos 3, 7 y 19.

Veamos en primer lugar el primero de ellos:

*“Oh Dios, restáuranos;
Haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos”.*

Otra vez un sentido y profundo clamor; pero el ruego de que la luz resplandezca se hace ahora más concreto y específico: ahora se pide que esa luz venga a través del rostro bendito del Ser Supremo, plenamente iluminado e impregnado de misericordia, favor y clemencia restauradora.

Seguidamente el versículo 7:

*“Oh Dios de los ejércitos, restáuranos;
Haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos”.*

Se repite el clamor, casi al pie de la letra, excepto en una cosa: se dirige a un Dios al cual ahora se lo ve más grande. No se lo llama Dios solamente, como en la ocasión anterior, sino *“Dios de los ejércitos”*. Se lo ve como el Ser Divino que cuenta con huestes celestiales numerosísimas y muy poderosas – es decir, con recursos gigantescos más que suficientes para poner en retirada a cuanto enemigo se haya levantado contra Su pueblo.

Por lo demás, se repite textualmente el ruego anterior, pero seguramente con más profundidad y ¿por qué no decirlo?, con más confianza, como quien se ve saliendo, muy pronto y por fin, del oscuro túnel en que ha estado.

Y por último el versículo19:

*“¡Oh Jehová, Dios de los ejércitos, restáuranos!
Haz resplandecer tu rostro y seremos salvos!”*

Otra vez el clamor expresado con idénticas palabras, denotando una tenaz persistencia, como dando a entender que no se dejará de clamar hasta que venga la respuesta celestial.

Pero donde vuelve a haber una diferencia es en la visión y comprensión del Dios al cual se lo dirige. A lo que hemos visto antes, ahora se antepone el nombre Jehová, cargado del más rico sentido.

Como ya indicamos en la nota aclaratoria al principio del libro, este nombre tiene una riqueza maravillosa: JHWH (sin vocales en el original hebreo – solamente consonantes), es decir el nombre impronunciable del sacrosanto Dios de los cielos; el nombre que es una contracción del verbo ser en los tres tiempos de Su eternidad pasada, presente y futura; el nombre del todo suficiente Ser Supremo, que se apoya y sustenta por sí mismo, sin necesitar para ello de nada ni de nadie. Y por último, el nombre del Dios guardador del pacto, fiel como ninguno y totalmente incapaz de volverse atrás en cuanto a la palabra que ha empeñado. Esa palabra – dígase de paso – prometía oír y contestar el clamor de Su pueblo siempre que se volviese a Él humillado y en sincero arrepentimiento.

Así el clamor por ser restaurados, expande y ensancha nuestros horizontes celestiales, de tal manera que vamos visualizando y comprendiendo más y más la grandeza infinita de Dios.

Restáuranos – haz resplandecer tu rostro – y seremos salvos.-

Ante la gran necesidad que se siente, el clamor se repite varias veces. Esto no es una repetición hueca, meramente de labios o por escrito. Muy por el contrario, brota de lo más íntimo, y si cabe, cada vez con mayor fuerza y sentido. También va acompañada de otras frases, como *“Y ven a salvarnos”* (vers. 2b) y *“vuelve ahora”* (vers. 14).

Esta última refleja el fuerte deseo de que sea pronto – de inmediato – ahora. En cuanto a la anterior – *“y ven a salvarnos”* del segundo versículo, en los otros tres que hemos considerado brevemente, cada vez se la reemplaza por *“...y seremos salvos”*. Esto denota la certeza de que la intervención divina, el venir de Dios a restaurarlos, al hacer resplandecer Su rostro lleno de luz benigna y misericordiosa, con toda seguridad habrá de salvarlos.

Pero alguien, con una forma algo estrecha y limitada de ver las cosas, podría preguntarse:

“¿Y esto, qué aplicación podrá tener para nosotros ahora? Habiéndonos convertido hace un buen tiempo, pasado por las aguas del bautismo y demás - ¿a cuenta de qué viene lo de ‘seremos salvos’? ¿Acaso no lo somos ya?”

Y la respuesta, claro está, es que cada día y cada hora necesitamos ser salvados de tantos peligros, males y tentaciones que nos rodean y que nos pueden alcanzar cuando menos lo imaginemos.

Para Israel era ser salvados primordialmente de todos los enemigos que los acechaban y oprimían continuamente. Para nosotros, en primer lugar, para quienes necesitan ser restaurados, ser salvados de continuar en ese pozo, de seguir sin salir del oscuro túnel.

Pero aún después de eso, ser salvados de tener otra recaída; de desanimarnos y dejar de buscar al Señor con todo el corazón; de peligros mil como enfermedades, accidentes, atracos o asaltos; de caer en la apatía o la mediocridad, o en un cristianismo profesional o “mecanizado”; de descuidar la oración, la palabra o la comunión personal con el Señor; de volvernos unos escépticos, llevando una máscara por encima para ocultarlo; de traicionar nuestra vocación dando lugar indebido a otros intereses; de comprometernos con deudas económicas que nos aten e hipotequen nuestra vidas en cuanto a Dios...

En fin, la lista podría seguir y seguir por largo rato. La verdad es que necesitamos que la gracia divina nos guarde y nos salve continuamente, y en toda la variedad de niveles en los que podemos correr el riesgo de quedar hundidos o atrapados.

Por eso, muy bien nos enseñó el Maestro a orar en el Padre Nuestro:

“...líbranos del mal...”

Ahora, estas tres palabras tal vez las comprendamos mejor en algo de su vastísima dimensión.

Oh! – La palabrita tan corta, que contiene tanto.-

Nos toca por último pasar a la palabra inicial de nuestro salmo: Oh!

Aparece cinco veces, al comienzo de los versos 1, 3, 7, 14 y 19. En realidad, también la encontramos muchas veces más en distintas partes de la Biblia, lo que nos hace pensar que debemos detenernos un poco para considerarla.

Si consultásemos una gramática o diccionario para definir su significado, nos encontraríamos con algo así:

“Interjección exclamativa que denota admiración o sorpresa”.

Lo cual nos sirve en parte, pero a la verdad, para lo que estamos tratando, necesitamos algo de mucho mayor alcance.

Hace unos buenos años, un siervo de Dios estaba predicando una tarde en una iglesia de hermanos gitanos en la ciudad de Zaragoza, basándose en el segundo capítulo del libro de Hageo. Al llegar a las palabras “Oh, Zorobabel...siervo mío” del último versículo, no atinaba cómo explicar en una forma bien comprensible el sentido de esta palabra.

Justo entonces le vino la inspiración de abrir su boca, y a toda garganta, pulmón y corazón, exclamar: OOOOOOOOOH Zorobabel!

Al hacerlo, felizmente sintió el soplo vivificante del Espíritu que cargó esas dos palabras – y sobretudo la primera – de una buena dosis de ese bendito hálito de lo alto. No hizo falta agregar más - ¡comprendieron muy bien!

Desde luego que se puede pronunciar esa palabrita “oh” así nomás, a secas, y nos dirá poco o nada. Pero cuando viene por el Espíritu, eso ya es otra cosa...

En realidad, estrictamente hablando, primero tiene que venirnos desde el cielo, de nuestro Padre Celestial y de nuestro Señor Jesús, traída desde luego por el Espíritu Santo. Con ella, nos vendrá el derramarse del corazón de Dios en nuestro interior: su anhelo profundo de que seamos para Él; de que de una buena vez nos pueda tener totalmente para sí, libres de toda atadura y cortapisa, y así abrazarnos y saturarnos de Su gracia y poder usarnos según Sus propósitos eternos... en fin, todo esto y mucho más, que sólo se comprende cabalmente cuando se lo vive y experimenta.

Una vez que este “oh” proveniente del corazón divino se haya derramado y asentado en nuestra vida, tenderá a fluir en dos nuevas direcciones.

Primeramente será en la vertical ascendente, es decir hacia el Trono y el Dios de nuestra vida, del cual provino. En nuestra oración y comunión, movidos por el Espíritu divino, nos empezará a brotar copiosamente de lo más profundo del ser este “oh” de intensos clamores, súplicas y rogativas; y también de efusiones de la más sentida gratitud, de fervorosa alabanza o del más tierno amor filial – en fin, *nuestra relación con Él se empezará a llenar de ese bendito “oh”*.

Pero si seguimos progresando, llegaremos también a la horizontal de nuestros semejantes que Dios ponga en nuestros corazones, y rogaremos por ellos y nos dirigiremos a ellos con el mismo bendito “oh” – si no textualmente, sí en espíritu – así como Pablo lo hacía a Timoteo (1^a. Timoteo 6:11).

No nos extendemos más sobre esta segunda dirección; baste decir que este “oh” en su verdadera acepción espiritual y en su triple proyección, siempre se encuentra presente y latente en la vida y ministerio de quienes están de veras encendidos del fuego del Espíritu Santo.

Y cuando, como en el salmo que hemos estado tratando, se está clamando de veras por reencontrar el rumbo y ser restaurado, se encontrará uno con que este “oh” inconfundible comenzará a brotarle de veras por el Espíritu. Y en él, se tendrá una prenda segura de que lo que se está anhelando y buscando, ha de venir muy pronto y en medida abundante y plena.

Querido lector que nos sigues acompañando en la lectura de estas páginas: tal vez tu situación no se asemeje para nada a la de Israel de aquel entonces, de los tiempos del distinguido salmista Asaf. Tal vez en tu propia vida cristiana tú sigas con lo de siempre: asistiendo a las reuniones, participando en la comunión del pan y la copa, e incluso involucrado en alguna actividad de iglesia. Pero en tu fuero interno bien sabes cuánta falta te hace que se reencienda en tu pecho la llama del amor y vuelvas a ser lo que eras antes; y anhelas eso, y todavía más:- remontarte más alto aun.

Sumérgete en el espíritu y el gran clamor de este salmo. Léelo y reléelo con oración y avidez, hasta que sientas nacer y brotar de tus entrañas este “oh” profundo, que te hará saber que estás orando y buscando con todo tu corazón, y con el Espíritu de gracia y de súplica derramado en tu ser. ¡De ahí en más, de seguro que empezarán a venir las respuestas que tanto anhelas! Amén.-

CAPITULO IX – EZEQUIAS

Un retorno modelo y la masa de higos.-

Históricamente estamos ahora a varios siglos de la implantación de la monarquía en Israel. La triste apostasía de Salomón en su vejez ha traído la división en dos reinos: el del Norte, comúnmente conocido como Israel, y el del Sur, llamado Judá, con Jerusalén como capital, e integrado por dos de las doce tribus, Judá y Benjamín, a las que hay que agregar a los sacerdotes y levitas, de la tribu de Leví, que servían en el templo edificado por Salomón.

La decadencia y corrupción fueron más pronunciadas en el reino del Norte. De los muchos reyes que tuvo, las crónicas bíblicas solo consignan elogios y la aprobación del Señor para Jehú, hijo de Nimsi, por su valentía y fidelidad al mandato que recibió de exterminar totalmente el culto a Baal. Todos los demás son objeto de abierta censura, algunos en los términos más recriminatorios que se puedan concebir.

A estas alturas, si bien en Judá ya había habido malos reyes, no es menos cierto que también había habido muy buenos, entre ellos Josafat y Jotam.

Ezequías tuvo como padre y antecesor en el trono de Judá a Acáz, que fue un pésimo rey, y del cual, para valorar y comprender mejor la naturaleza y el alcance de la recuperación bajo Ezequías, se darán referencias más explícitas más adelante.

Un punto muy significativo es que en varios versículos (2^a. Reyes 18 :3; 2^a. Crónicas 29:2 e Isaías 38:5) a pesar de haber sido hijo carnal de Acáz, se alude a David como su padre. Esto puntualiza en forma inequívoca que en el orden de Dios, ya en el Antiguo Testamento hay no sólo una estirpe natural y de sangre, sino también otra de espíritu, la simiente real y santa.

En el régimen del nuevo pacto esto es más marcado aun y está expresado con plena propiedad, como es sabido, por el nuevo nacimiento, del cual Jesús le testimonió a Nicodemo, a diferencia del primer nacimiento. Resulta de mucha edificación y muy alentador, el comprobar que el vínculo de nuestro renacimiento por el Espíritu es mucho mayor y más fuerte que el del nacimiento natural o de carne y sangre.

En efecto: vez tras vez lo vemos cuando una persona inconversa cuyos familiares también lo son, conoce el Evangelio y entra en una nueva vida en Cristo. Su relación con sus familiares y aun amigos, también inconversos, generalmente queda profundamente afectada. Los padres, demás familiares y también los amigos, perciben que algo que tal vez consideran extraño le ha pasado; que ya no es la misma persona y que en un sentido la han perdido, pues ya no comparte con ellos como antes, e incluso ahora tiene unos nuevos amigos con quienes intima mucho más que con ellos. Lo que ha pasado es que por su renacimiento por el Espíritu, un nuevo vínculo se ha creado con los hermanos en Cristo que ahora se relacionan con él o ella. Este vínculo es más fuerte y profundo que el anterior de sangre con sus familiares, y aunque lo sigue respetando, apreciando y aun amando, sus verdaderos hermanos, de la familia real a la que ahora pertenece, son los hijos de Dios con quienes ha comenzado a tener una nueva y entrañable relación. Dios mismo es ahora el Padre Celestial tanto de él o de ella – la persona recién convertida – como de ellos, sus nuevos hermanos en Cristo.

Retomando el hilo, Ezequías, de la estirpe de David como ya se dijo, sucedió a su padre Acaz en el trono de Judá, el reino del Sur, estando éste totalmente en ruinas. La desobediencia, idolatría y rebeldía de su predecesor fueron tales, que provocaron un fuerte castigo por parte de Jehová. Esto se tradujo en invasiones de los sirios, del propio Israel, de los edomitas y los filisteos, todos los cuales se llevaron muchos cautivos y algunos los desposeyeron de importantes ciudades, quedando el reino totalmente empobrecido y maltrecho.

Además de muchas otras maldades, Acaz quitó los utensilios del templo de Jehová, hizo apagar las lámparas y cesar los sacrificios, cerrando sus puertas para dejarlo así clausurado, a oscuras y para colmo lleno de inmundicias – un panorama absolutamente desolador.

Tener que enfrentar una situación como ésta sería suficiente para desanimar y hacer desfallecer al más fuerte y valiente. Sin embargo, Ezequías, que al comenzar a reinar solo tenía veinticinco años de edad, asumió la tremenda responsabilidad con temple y tesón y además, sin perder tiempo, poniendo manos a la obra *el día primero del primer mes del año primero de su reinado*. Eso sin duda es darle a Dios lo que debe ser de Dios: el primer lugar en forma absoluta.

El templo con las puertas cerradas y las lámparas apagadas.-

El estado lamentable en que se encontraba el templo y la ímproba labor efectuada para ponerlo en condiciones y habilitarlo otra vez, nos brindan una rica y acertada comparación con la vida de un cristiano en profunda decadencia espiritual, y la obra de restauración y rehabilitación que será necesario acometer.

Las puertas cerradas denotan la puerta de la comunicación con Dios, y las de la fe, la esperanza y el amor, todas herméticamente cerradas. Al apagarse las lámparas, todo en el interior quedaba a oscuras y ya no había sacrificios ni holocaustos sobre el altar, ni cánticos, trompetas ni adoración. Para completar el cuadro sombrío y tristísimo, los utensilios quitados y algunos quebrados, estando el lugar lleno en cambio de inmundicias. *Así de horroroso es el estado a que se puede llegar cuando uno se aparta en forma franca y crónica del Señor.*

Veamos las principales medidas tomadas para remediar la situación:

En primer lugar, Ezequías hizo abrir las puertas y repararlas (2ª. Crónicas 29: 3). *Sobretudo la puerta ya citada de la comunicación con Dios, absolutamente prioritaria*, junto con las demás, que también deben volver a abrirse y repararse en todo lo que hayan sido dañadas. Una ardua tarea sin duda, que exige arrepentimiento, búsqueda del Señor y ponerse a cuentas con Él en muchas cosas en que se ha sido infiel y se le ha ofendido. A veces resultará sabio y provechoso buscar la ayuda y consejería de alguien capacitado para ello.

A renglón seguido, hizo llamar a los sacerdotes y levitas, dándoles la consigna de que se santificaran a sí mismos y a la casa de Jehová, y sacaran toda la inmundicia del santuario. (2ª. Crónicas 29: 4 y 5). Además les instó a tomar conciencia de que Dios los había elegido para conferirles el alto honor de estar delante de Él y servirle y ser sus ministros (capítulo 29: 11).

Esto es algo que puede y debe ser muy determinante: *conocer nuestro alto*

llamado. Antes de continuar, exhortamos a cualquier lector que haya estado dando su vida, tiempo y fuerzas a usos indignos, viles o meramente materialistas, a que reflexione sobre la gran verdad de que Dios no lo ha creado ni redimido para algo tan bajo y carente de sentido, sino para darle un destino mucho más alto y honroso. Tome plena conciencia de ello y que sea un fuerte estímulo para ponerse en marcha en sentido contrario del que ha estado llevando.

La exhortación del rey surtió efecto en forma inmediata y un buen número de varones levitas se levantaron y reunieron a sus hermanos y se santificaron y entraron para limpiar la casa del Señor.

Si bien hemos estado dirigiendo lo anterior en cierto modo a nivel individual, debemos tener en cuenta por supuesto que muchas veces toda esta labor de restauración debe hacerse también en forma colectiva, dentro del marco de una congregación. Pero es muy importante tener claro que la labor conjunta sólo tendrá solidez si la parte individual es también debidamente acometida por cada uno en forma personal.

¡Limpiar la casa! ¡quitar toda la inmundicia! (capítulo 29: 16). ¡Cuánta verdad práctica y de la máxima importancia hay en esto!

Lo que había hecho el anterior monarca Acaz, resulta típico de lo que procura hacer el enemigo de nuestras almas, juntamente con sus huestes de maldad, en su odio dirigido contra todos nosotros como pueblo de Dios.

Por un lado, incitando a prácticas mundanas y a la idolatría. Esta última, Acaz la llevó a extremos abominables, propios de un corazón lleno de odio a Dios y dispuesto a hacerle ver que a cualquier imagen de un dios falso se inclinaría debajo de todo árbol frondoso, pero a Él, el único Dios verdadero, no se lo haría en ninguna manera.

En una forma mucho más sofisticada, según la sabiduría pervertida de estos tiempos, así trabajan Satanás y sus secuaces. Rara vez con imágenes e ídolos como los de antaño, por lo menos en sus ataques contra cristianos en nuestro mundo occidental. En cambio, royendo por donde puedan encontrar huecos, grietas o puntos débiles, para invadir con costumbres mundanas, formas de vida que atentan contra el espíritu y la vida interior, al par que atraer hacia dioses ajenos y pasiones desordenadas, en toda la variada y sutil gama en que se presentan en los tiempos actuales.

Paralelamente a todo esto, y como resultado directo de ello, la casa de Dios, que en esta época está constituida por la iglesia, local o universal, en forma corporativa, y por cada verdadero creyente a nivel individual, cerrada y clausurada, y como ya dijimos, a oscuras y llena de suciedad y basura.

Cuando un creyente se abre al mal, la estrategia del enemigo se centra en llenar su alma y su vida toda, que debería estar llena del Espíritu de Dios y de todas las virtudes de Cristo, de cosas que son todo lo contrario. Así, atacando con saña y astucia muy malvada, busca llenar el corazón, la mente y cuanto pueda del ser entero, de toda clase de inmundicia, maldad y perversión.

La lista completa sería interminable, así que solamente se mencionan algunas: pornografía, videos o películas por televisión que resultan sucias, o bien de crimen y terror o de prácticas ocultistas, estas últimas generalmente disfrazadas con mucha

habilidad; el amor al dinero y a las cosas materiales; el cultivo de amistades íntimas con quienes no aman a Dios; la lectura de libros, revistas y periódicos que en muchos casos están cargados de veneno para el alma; escepticismo, amargura, odio y rencor; compromisos de negocios que hipotecan la vida y la anulan en cuanto a Dios; música de rock y otras afines en sus más crudas expresiones; habladurías y críticas agrias, especialmente de hermanos en Cristo y aun de siervos del Señor; asistencia a discotecas y otros lugares peores todavía, y en fin, todo ese sinnúmero de obras de la carne que manchan y corrompen a las personas y las inutilizan para el Reino de Dios

En cuanto a la música mundana pervertida, se debe tener bien presente que puede ser muy usada por malos espíritus para causar incalculable daño. Hace unos años, un joven que se estaba recuperando de un período de apartamiento del Señor, fue invitado a un fin de semana con un conjunto “cristiano” de música de rock. Una persona que lo aconsejaba espiritualmente, sin discernir el peligro, cándidamente expresó su agrado por la invitación, pensando que sería beneficioso relacionarse con jóvenes cristianos que - ella suponía - por su deseo de cantar himnos y canciones de alabanza, debían ser fieles al Señor.

Pero el resultado de ese fin de semana y su “comunión” con esos jóvenes fue realmente funesto: el joven en cuestión de ahí en más se alejó por completo, dejando totalmente de lado las cosas de Dios. Por cierto, como se nos advierte en 2^a.Corintios 11: 14 “Satanás se disfraza como ángel de luz”, y a menudo música realmente diabólica, revestida de letra cristiana, puede causar muchísimo daño al que se abre a ella y la absorbe.

Por esto, en estos tiempos tan difíciles, es muy necesario tener los sentidos espirituales bien agudizados y ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.

La tarea de sacar toda la inmundicia del templo fue muy ardua. Uno podría pensar que trabajando en ella un buen número de sacerdotes y levitas, se podría haber acabado en un solo día o tal vez en unas pocas horas. Nada de eso, pues les llevó ocho días (2^a. Crónicas 29: 17)

En este sentido, es preciso comprender que en situaciones de esta índole en el orden espiritual, una mera confesión de pecado y expresión de arrepentimiento, acompañada de un cambio de actitud procurando “mejorar la conducta”, de muy poco podrá valer. Todo ese basural de pecado y mundanalidad, inevitablemente deja fuertes secuelas que se traducen generalmente en ligaduras espirituales y también dejan en lo hondo de la personalidad lo que podríamos llamar células de maldad, odio y rencor. Por ello, se hace imprescindible un tratamiento a fondo, basado en un profundo arrepentimiento con ese quebrantamiento del Espíritu Santo que libera y limpia con sucesivos lavajes internos. Esto se tratará más adelante en detalle en el penúltimo capítulo de la segunda parte de esta obra, pero resulta muy importante que se entienda desde ya con toda claridad lo que acabamos de anticipar – que un trabajo ligero y superficial no vale, sino que debe hacerse muy a conciencia y a fondo.

Completada la limpieza del templo, lo siguiente fue ofrecer sacrificios sobre el altar, tanto para expiación como holocausto.

Como bien sabemos, en el orden del Nuevo Testamento, la parte expiatoria, representada por poner los sacerdotes sus manos sobre las víctimas inocentes,

consiste en el sincero reconocimiento de que la culpa y el pecado que han sido nuestros, han sido cargados sobre *el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*.

En cuanto al holocausto, es decir la ofrenda encendida del animal entero, "de olor grato a Jehová", como tantas veces se nos dice en Levítico y otras partes del pentateuco, nos habla de la consagración total al Señor, de tal manera que ardamos sobre el altar, despidiendo ese perfume que a Él tanto le agrada, de una vida entregada por completo a Él, sin retaceos y de puro amor.

Durante el tiempo de desobediencia y apartamiento de Dios, nada de esto se da. Por ser en todo sentido lo que en verdad le corresponde al Señor, resulta imperativo que se restablezca con toda urgencia y en forma cabal.

El siguiente paso fue poner los levitas con címbalos, salterios y arpas, según lo dispuesto en sus tiempos por el rey David, junto con los sacerdotes con trompetas, esto último conforme a lo prescrito por la ley de Moisés. Así, mientras se ofrecía el holocausto, después de tanto tiempo que no se oía, *comenzó otra vez el cántico de Jehová*, con las trompetas y los instrumentos musicales dispuestos por David.

"Y toda la multitud adoraba, y los cantores cantaban, y los trompeteros sonaban las trompetas; todo esto duró hasta consumirse el holocausto..."

"...y ellos alabaron con gran alegría, y se inclinaron y adoraron." (capítulo 29:28 y 30)

Un cuadro realmente hermoso e inspirador: al volver a ponerse cada cosa en su lugar, retornan a la casa de Dios la melodía musical, la canción que alaba y ensalza con alegría al que es verdaderamente digno, y la adoración que se inclina ante Él, dándole otra vez ese lugar del único Dios verdadero que se le había negado por tanto tiempo.

Debemos notar el orden correcto, que como ya hemos visto es, primero abrir las puertas cerradas, limpiar la casa y volver al altar con la expiación y el holocausto, y después la música, la canción, la alegría y la adoración.

A veces hemos visto situaciones en que se ha ido a esto último primero, sin pasar antes por lo primero, y se ha podido percibir que sonaba hueco y carente de vida y aprobación de lo alto.

Aunque la restauración todavía iba a cobrar una proyección mucho mayor, aquí ya se ha alcanzado un resultado muy importante y feliz con el restablecimiento del servicio dentro del templo en una forma consciente y correcta: el pueblo, mayormente de Jerusalén y alrededores, vuelto a su Dios, ahora le honra y le sirve con gran alegría.

Muchas veces nos podemos desanimar al ver la manera tan fácil y rápida en que el mal, en sus múltiples ramificaciones, se contagia y se propaga, no sólo en el mundo sino también dentro de la iglesia. Que nos sea de estímulo saber que lo mismo sucede con el bien, como lo demuestra esta hermosa historia del rey Ezequías. En efecto, aun cuando todavía nos queda bastante más por considerar, notemos bien por ahora que lo que empezó con una sola persona, clave desde luego como lo fue él como rey, se transmitió primero a los sacerdotes y levitas, y luego a todo el pueblo de la periferia inmediata. Y que esto nos sirva de aliciente para seguir trabajando y sembrando el bien, que a su tiempo segaremos si no desmayamos. (Gálatas 6:9)

El retorno al Señor se propaga y afianza.-

Ezequías, como se sabe, sólo reinaba sobre Judá, el reino del Sur. En el del Norte, compuesto por diez de las doce tribus, las cosas habían ido de mal en peor. Con una sucesión continua de muy malos reyes, y un buen número de sublevaciones, a menudo militares, para derrocar al monarca reinante, la situación desembocó en un caos casi absoluto. La idolatría y desobediencia a Jehová imperaban por doquier, y ni las autoridades ni el pueblo prestaban atención a las amonestaciones que de parte del Señor les traían Sus siervos y profetas.

Así las cosas, a una temprana altura del reinado de Ezequías, Salmanasar, rey de Asiria, conquistó Samaria, que era por ese entonces capital del Reino del Norte y asiento del rey, llevando en cautiverio a buena parte del pueblo de Israel.

Ezequías, demostrando una loable preocupación por Israel también, en consulta con sus príncipes y toda la congregación reunida en Jerusalén, decidió convocar la celebración de la pascua a Jehová, Dios de Israel, según lo establecido por la ley de Moisés. Esto era un evento de suma importancia, por cierto una festiva solemnidad, en la cual el pueblo entero debía reunirse en Jerusalén para rememorar con gratitud y alegría la maravillosa liberación de la esclavitud del yugo de Faraón, rey de Egipto. Como se sabe, esa liberación representa en figura la redención del cristiano, con muchos ricos matices que no viene al caso comentar ahora.

Lo cierto es que el pueblo de Dios, como consecuencia de su apartamiento del Señor, había abandonado la observancia de la pascua, con el consiguiente perjuicio que esto suponía en todos los órdenes. Movido por su celo por Dios, Ezequías, apoyado por los príncipes, sacerdotes y levitas y el pueblo de Judá, dispuso que la invitación se hiciese extensiva a todo Israel, desde Beerseba en el extremo Sur, a Dan en el confín situado al Norte.

Como las cosas no se podían tener bien preparadas para el día catorce del mes primero, que era la fecha en que se debía celebrar, se decidió hacerlo el mismo día, pero en el mes segundo. Mostrando inquietud y amor hacia todos sus hermanos de Israel, el rey y sus príncipes enviaron correos por toda la extensión de los dos reinos, exhortando a que viniesen a la pascua.

Los términos de las cartas eran en verdad muy conmovedores. Citamos algunas partes:

“Hijos de Israel, volved a Jehová, el Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, y él se volverá al remanente que ha quedado de la mano de los reyes de Asiria... someteos a Jehová y venid a su santuario... Porque si os volviereis a Jehová, vuestros hermanos y vuestros hijos hallarán misericordia delante de los que los tienen cautivos, y volverán a esta tierra; porque Jehová vuestro Dios es clemente y misericordioso, y no apartará de vosotros su rostro, si vosotros os volviereis a él.” (2ª Crónicas 30:6-9)

Como ocurre muchas veces hoy día cuando se presenta a las personas el mensaje de salvación, también en ese entonces muchos despreciaban la invitación del rey, riéndose y burlándose de los mensajeros. Con todo, algunos de varias tribus del Norte fueron lo suficientemente humildes y receptivos como para aceptarla y venir a Jerusalén.

Además leemos en capítulo 30:12 :-

“En Judá también estuvo la mano de Dios para darles un solo corazón para cumplir el mensaje del rey y los príncipes, conforme a la palabra de Jehová.”

Como se dijo anteriormente, en Judá hasta estas alturas la apostasía había sido en general mucho menos acentuada que en Israel. Si bien había tenido épocas oscuras como las ya comentadas durante el reino de Acaz y otras, también había tenido tiempos de fidelidad y bendición, merced a los reinados de buenos monarcas que honraron al Señor con una conducta digna.

La expresión “para darles *un solo corazón*” merece un párrafo aparte. Muchas veces la raíz de una desviación de los caminos del Señor está en que se tiene un corazón dividido. Por un lado se ama al Señor, por lo menos hasta cierto punto; pero por el otro, se anidan en el mismo corazón inclinaciones y deseos, muy fuertes a veces, por cosas que son contrarias a Dios y a la verdad, sean placeres sensuales, amigos cercanos que no aman a Dios, los negocios y el afán de ganar mucho dinero, y muchas cosas más de esa índole. En el momento de la tentación se da lugar a estas cosas y de ahí en más comienza la ruta descendente.

La misma promesa de dar a Su pueblo *un corazón y un camino* a la hora del retorno y la restauración, la encontramos en Jeremías 32: 39 y Ezequiel 11: 19, y es de la mayor importancia para evitar que el volverse atrás se repita. Sobre esto veremos más en detalle más adelante, en la parte sobre los capítulos dorados de Jeremías, donde figuran las más preciosas promesas en cuanto a la restauración futura de Israel.

En otro orden, las mismas palabras “*para darles un solo corazón*” también deben interpretarse en un sentido masivo, que abarcaba a todo Judá.

“...un solo corazón para cumplir el mensaje del rey y de los príncipes, conforme a la palabra de Jehová”.

En esta segunda mitad del versículo, que hemos vuelto a citar, vemos también en forma muy condensada, pero también con toda claridad, un precioso principio divino en cuanto al gobierno de Su pueblo. En efecto, una palabra clara de retorno a la buena senda, que viene de lo alto, es recibida, obedecida y transmitida por las autoridades puestas por Dios sobre Israel. Y todo el resto del pueblo, movido por la mano del mismo Dios que la dio, la recibe y obedece de buen grado.

Esto refleja el ideal del orden de Dios, que se traduce en armonía y unanimidad. Fue eso lo que pasó también, en esencia, el día de Pentecostés al nacer la iglesia, y lo que debiéramos buscar como meta en toda expresión conjunta de la obra del Señor.

Tanto en los anales bíblicos como a través de la historia posterior, encontramos que antes y durante un derramamiento auténtico de lo alto, se han dado, aunque rodeados de matices externos diferentes, estos mismos factores, a saber: un pueblo bien dispuesto para con Dios y respetuoso y sumiso en cuanto a los siervos que lo lideran, y éstos, bien conectados con el cielo, recibiendo palabra viva y sólida, a la par que visión certera que señala el rumbo.

La asistencia obediente del pueblo de tantas tribus a Jerusalén, generó una vasta reunión que culminó con una maravillosa celebración de la fiesta solemne de los panes sin levadura. No vamos a entrar en el rico significado simbólico de la misma, seguramente bien conocido por muchos. En cambio, miraremos algunas facetas

prácticas de la misma que la hicieron muy especial, y con toda seguridad, inolvidable para todos los que participaron en ella.

Como ya vimos, se celebró a partir del día catorce del segundo mes, en lugar del primero, como estaba escrito. Esto se debió en parte a que el pueblo no se había reunido en Jerusalén, pero también había otra razón que había pesado: algunos sacerdotes no se habían santificado para una ocasión tan solemne (capítulo 30:3). Sintiendo redargüidos indudablemente por el mal ejemplo que habían dado, leemos que llegado el segundo mes,

“los sacerdotes y levitas, llenos de vergüenza, se santificaron” (capítulo 30:15)

A veces la negligencia o despreocupación de los que deberían ser un ejemplo para los demás, puede estorbar o demorar la bendición que Dios quiere derramar. Es posible que la exhortación del propio Ezequías les haya dado un fuerte toque de atención, que como se ve, derivó en el arrepentimiento tan aptamente expresado en las palabras *“Llenos de vergüenza.”* Y gracias al Señor, la dificultad fue superada y las cosas pudieron seguir adelante.

Como moraleja, cualquiera sea nuestro lugar o cargo, nunca olvidemos el muy buen consejo que se nos da en Eclesiastés 9:8 :

“En todo tiempo sean blancos tus vestidos, y nunca falte unguento sobre tu cabeza”.

Un paso importante que tampoco se nos debe pasar por alto, fue el que tomaron con anterioridad al comienzo de la celebración, consistente en quitar todos los altares que había en Jerusalén, levantados a dioses falsos por el anterior monarca Acáz. Desde luego que habría sido una gran contradicción celebrar la pascua sin antes haberlo hecho.

“Así los hijos de Israel que estaban en Jerusalén celebraron la fiesta de los panes sin levadura por siete días con grande gozo; y glorificaban a Jehová todos los días los levitas y los sacerdotes, cantando con instrumentos resonantes a Jehová.”(capítulo 30:21)

El retorno al Señor, hecho con todo el corazón y en el orden y la armonía que siempre imperan cuando su Espíritu está verdaderamente obrando y dirigiendo, no termina en ninguna manera en algo pesado y árido. Por el contrario, trae el gozo que supone el reencuentro con Dios, con la luz , la verdad y la libertad. Asimismo se hace acompañar por el retorno a la alabanza, no como una obligación, sino como el brotar espontáneo del corazón bendecido y agradecido.

“Y toda aquella asamblea determinó que celebrasen la fiesta por otros siete días; y la celebraron otros siete días con alegría.”(capítulo 30:23)

¡Esto es lo que produce la bendición de lo alto! Era una verdadera fiesta que estaban celebrando, y era tan hermoso y agradable estar juntos, *que siete días les pareció poco y decidieron que siguiera la fiesta por una semana más.* Y la iniciativa vino de toda la asamblea, no del rey y los príncipes solamente.

“Hubo entonces gran regocijo en Jerusalén; porque desde los días de Salomón hijo de David rey de Israel, no había habido cosa semejante en Jerusalén.”

“Después los sacerdotes y levitas, puestos en pie, bendijeron al pueblo; y la voz

de ellos fue oída, y su oración llegó a la habitación de su santuario, el cielo.” (30:26 y 27).

Un digno y precioso broche de oro que habrá traído tanta alegría y satisfacción al rey Ezequías, que había heredado una situación tan ruinosa al empezar a reinar. En contraste, ahora estaba viendo algo tan maravilloso, que por varios siglos no se había visto ni experimentado en la ciudad santa de Jerusalén.

Pero todavía era necesario llevar la restauración más adelante. Como triste resultado de la extrema idolatría imperante en reinados anteriores, tanto en Judá como en Israel quedaban reductos de imágenes, estatuas, lugares altos y altares que eran una afrenta al Dios de Israel. Llenos de celo por el nombre y la causa de Jehová su Dios, salieron para derribar y destruirlos, tal como les estaba ordenado en la ley . (ver Deuteronomio 7:5). Esto lo hicieron por todo Judá y Benjamín, y también en Efraín y Manasés, hasta no dejar ni uno en pie, y recién entonces cada uno regresó a su lugar de procedencia.(Capítulo 31:1)

En tiempos de un genuino volverse al Señor, a través de la historia de la iglesia se han dado muchos casos y manifestaciones de este tipo. Sin que se tratara necesariamente de imágenes o ídolos propiamente dichos, redargüidos profundamente por el Espíritu, creyentes que habían estado buscando ponerse a cuentas con Dios en forma cabal, han tenido que ir a sus hogares, bibliotecas y aun a su andar cotidiano en diversas formas, para quitar, y a veces quemar o destruir, cosas que eran impropias, y hasta una vergüenza que ocuparan lugar en sus vidas. Además, también al hacerlo, llegaron a ver que esas cosas no sólo eran un insulto al Señor, sino que también estaban dando cabida al enemigo para dañar sus vidas, familias y hogares.

Otra secuela de la apostasía de los tiempos inmediatamente anteriores al reinado de Ezequías, fue el abandono total en cuanto a honrar al Señor con las primicias, las ofrendas y los diezmos. Esto hizo que los sacerdotes y levitas quedasen desamparados y sin sostén, un cuadro también desolador, que deshonoraba grandemente al Señor.

Plenamente consciente de la gran necesidad y urgencia de remediar tal situación, Ezequías no tardó en actuar. *Y lo hizo como se debe hacer: primero con su propio ejemplo, y después por la exhortación a los demás, que en esta manera tenía real solvencia.*

Empezó por contribuir generosamente de su propia hacienda y a continuación mandó al pueblo que diese las porciones correspondientes para los sacerdotes y levitas, para que ellos así pudiesen desempeñar su cometido según lo prescrito por la ley de Jehová.

Con el respaldo de su ejemplo, esto surtió tal efecto, que tanto en Jerusalén como en las ciudades de Judá, adonde había venido un buen número de hijos de Israel, el pueblo dio en forma generosa y abundante las primicias y los diezmos. Así el sumo sacerdote Azarías, del linaje de Sadoc, dio este testimonio:

“Desde que comenzaron a traer las ofrendas a la casa de Jehová, hemos comido y nos hemos saciado, y nos ha sobrado mucho, porque Jehová ha bendecido

a su pueblo; y ha quedado esta abundancia de provisiones.” (2ª.Crónicas 31:10) Al decir “esta abundancia de provisiones”, se estaba refiriendo a los montones que se habían acumulado y acerca de los cuales Ezequías les había preguntado a los sacerdotes.

Como muestra de una mayordomía sabia, Ezequías dispuso que se preparasen cámaras dentro del templo, y en las mismas depositaron todo ese excedente de primicias, diezmos y cosas consagradas. Además, se dio el cargo de toda esta abundancia a levitas fieles y responsables, para que velasen porque se diese a cada uno puntualmente su porción, tanto al mayor como al menor.

Y con esta nota de fidelidad, honradez y generosidad en las cosas materiales, la restauración alcanzó la hermosa meta de un cumplimiento total, que comenzó en los corazones y se propagó por todas las esferas de la vivencia, individual y comunitaria, del pueblo de Dios.

Como comentario final de esta sección, el relato inspirado de 2ª. Crónicas consigna lo siguiente:

“De esta manera hizo Ezequías en todo Judá; y ejecutó lo bueno, recto y verdadero delante de Jehová su Dios.”

“En todo cuanto emprendió en el servicio de la casa de Dios, de acuerdo con la ley y los mandamientos, buscó a su Dios, lo hizo de todo corazón, y fue prosperado.” (31:20-21)

Aunque volveremos más adelante sobre el aspecto personal de la trayectoria de Ezequías, aquí no podemos menos que rendir tributo a un ejemplo tan inspirador y edificante. Recibiendo el reino virtualmente en ruinas, como ya hemos visto, con su denuedo, rectitud e integridad de propósito, bajo la gracia de Dios supo transformar la situación en la forma más absoluta. Así las tinieblas dieron paso a la luz y el pueblo sobre el cual le tocó reinar pasó a vivir en fidelidad al Señor, con paz, armonía, abundancia y gozo.

Bien podríamos orar:

“Señor, danos gobernantes y reyes de esta estirpe, en estos tiempos de tanta decadencia en todos los órdenes. Amén.”

La invasión de Senaquerib y los embajadores babilónicos.-

“Después de estas cosas y de esta fidelidad, vino Senaquerib rey de los asirios e invadió a Judá...”(2ª. Crónicas 32:1)

Sucede a veces que precisamente después de mostrarse obediencia y fidelidad al Señor, Él permite fuertes pruebas, como ésta que le tocó enfrentar a Ezequías ante la invasión del formidable ejército del emperador asirio. Si las afrontamos con fe y entereza, Dios siempre dará la salida, y el saldo final será de un positivo enriquecimiento en todos los niveles.

En esta crisis, Ezequías obró con mucho temple y sabiduría. En la parte práctica, hizo cortar los suministros de agua que estaban fuera de Jerusalén y que habrían sido tan útiles y bien aprovechados por el enemigo. Además edificó los muros caídos y fortificó la ciudad, haciendo alzar las torres y levantando otro muro por fuera, aparte de pertrechar también a su ejército con mucho armamento.

También se cuidó de no dar ninguna muestra de temor o desaliento que pudiera desmoralizar al pueblo, sino que por el contrario les habló palabras de ánimo y de fe en el poder de Dios, quien estaba a favor de Israel. Así el pueblo tuvo confianza en su rey, que en la emergencia demostró ser un líder valiente y aguerrido.

Pero, más importante que todo, puso su confianza en el Dios de Israel y no en los recursos materiales a su disposición, que en realidad eran casi insignificantes ante el poderoso potencial bélico de los asirios. Y en esa confianza, oró clamando junto con el profeta Isaías con todo fervor, para que el Dios de su pueblo los librara y les diese la victoria

Su oración fue oída y como respuesta el Señor dio una liberación asombrosa. El enorme ejército asirio fue destruido por el Ángel del Señor sin que Judá tuviese que pelear para nada, y el rey Senaquerib, que había declarado con toda arrogancia que Dios en ninguna manera los podría librar, se retiró a su tierra avergonzado, y en el mismo templo de su dios tuvo un fin trágico al ser asesinado por sus propios hijos.

En suma: un milagro grandísimo del Señor, digno de figurar entre los mayores de la historia de su pueblo. Y entrelazado con la narración, el contraste absoluto entre quien teme y honra a Dios, y quien se rebela con altivez contra Él. (ver Salmo 1:6)

Los mensajeros de Babilonia.-

Otro acontecimiento de importancia en su reino fue la visita de los mensajeros de Babilonia, en parte con cartas y presentes con motivo de haber sanado de su enfermedad, (Isaías 39:1) pero también para ver y enterarse bien de la gran prosperidad y riqueza imperantes en Judá.(2ª.Crónicas 32: 27-31)

Regocijándose con ellos, cometió la indiscreción de mostrarles todos los tesoros de su casa y de sus dominios, no contando con que en una fecha futura las huestes del mismo imperio babilónico vendrían a destruir, saquear y llevarse cuanto objeto valioso encontrasen.

Cuando se nos honra con bendiciones, ya sea materiales o espirituales, como norma general no es sabio desplegarlas ni darles publicidad. Hacerlo muy bien puede ser un indicio de vanidad y puede traer malas consecuencias.

Evaluación de la vida de Ezequías.-

La narración de 2ª. Reyes contiene estas palabras en cuanto a él:

“En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá.

Porque siguió a Jehová y no se apartó de él...” (18:5-6)

Esto lo coloca entre los verdaderamente grandes, y sin embargo en 2ª. Crónicas 32:25, hallamos algo extraño e inesperado, que no aparece ni 2ª. Reyes ni en Isaías, y que sucedió después de haber sido sanado de su enfermedad.

“Más Ezequías no correspondió al bien que le había sido hecho, sino que se enaltecó su corazón, y vino la ira contra él, y contra Judá y Jerusalén”.

Aunque no se conocen más detalles, cabe suponer que ocurrió como consecuencia de las riquezas y glorias que tuvo, *“muchas en gran manera”* (2ª.

Crónicas 32:27) y de haber sido engrandecido delante de todas las naciones (32:23). Afortunadamente, se humilló en arrepentimiento y la ira de Dios fue postergada.

Conviene aquí señalar dos sencillas, conocidas, pero importantes conclusiones: la una, es saberse cuidar y andar en humildad más que nunca en la hora del éxito y la bendición, sin permitir para nada que se nos infiltre un espíritu triunfalista y vanidoso.

La otra es saber cultivar un correcto sentido de autocrítica, que nos permita advertir y admitir nuestros errores y desviaciones con prontitud y volvernos arrepentidos al Señor. Ezequías, al igual que David, tuvo esta virtud, que le valió de mucho; por el contrario, Salomón, Uzías, Asa, Saúl y otros, no la tuvieron, lo que les costó caro y los llevó a un mal fin.

La masa de higos.-

Para finalizar, pasamos a la enfermedad de Ezequías, su sanidad milagrosa, y las enseñanzas y verdades que surgen de ellas.

A poco de la liberación milagrosa de Jerusalén de la invasión y el asedio del ejército de Senaquerib, cayó enfermo cuando contaba solo treinta y nueve años de edad. La gravedad de su estado era tal, que el profeta Isaías vino a verle con un solemne mensaje:

“Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás.” (2ª.Reyes 20:1)

A pesar de ser tan categórico, Ezequías no lo aceptó como algo inevitable, sino que volvió su rostro a la pared y derramó su alma ante el Señor, suplicándole que recordara que había andado delante de El en verdad e integridad de corazón.

No debemos suponer que al orar en esta forma lo hacía por temor a la muerte, sino más bien por la angustia que seguramente le traería el ver su vida cortada, cuando todavía era comparativamente joven, y podía servir y dar mucho más, tanto al Señor como a su pueblo. Un sentir del cual cada uno de nosotros se debería hacer eco, por una parte viviendo ante Dios de tal manera que no temamos la muerte, y por la otra anhelando y procurando, no grandezas demasiado elevadas para nuestra pequeña persona, pero sí que el Señor pueda ver plenamente cumplido el propósito para el cual nos trajo a este mundo, antes de que nos toque dejar nuestro cuerpo y marchar al más allá

Su oración no fue hueca ni seca, sino llena de ese clamor que brota de lo hondo del ser, bañada con las muchas lágrimas de su corazón acongojado. La respuesta divina no se hizo esperar, y antes que el profeta saliese hasta la mitad del patio, de lo alto le vino la orden de volver al rey enfermo, con las siguientes palabras:

“Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano; al tercer día subirás a la casa de Jehová.” (2ª.Reyes 20:5)

Ya en oportunidades anteriores, una vez en una coyuntura importante como la celebración de la pascua (2ª.Crónicas 30:18-20), y otra en la gran crisis con motivo del asedio de las tropas asirias (2ª. Crónicas 32:20-21), había elevado su plegaria con la sinceridad que le era característica, siendo oído y favorecido con claras respuestas. *Esto lo señala como un varón que sabía hacerse oír en el cielo y obtener contestaciones a sus ruegos, una gracia y virtud que sin duda todos debiéramos anhelar y buscar.*

Al mismo tiempo, el Señor le prometió por boca de Isaías, que le añadiría quince años de vida, y como señal de que sanaría y subiría a la casa de Jehová al tercer día, le hizo un milagro simbólico, pero muy real a la vez. En efecto, por mediación del profeta que oró para que así fuese, Dios hizo volver atrás diez grados *“la sombra por los grados que había descendido en el reloj de Acaz...”* (2ª.Reyes 20:11)

Era, naturalmente, un reloj que funcionaba en base a la sombra que proyectaba el dial, según la posición del sol. Al hacer volver atrás la sombra y atrasar la hora, el Señor le daba una señal que concordaba con el milagro de sanarlo de su enfermedad de muerte y prolongarle la vida. Por así decirlo, le hacía volver atrás el reloj de su vida, regalándole más tiempo, según el ruego tan ferviente que había hecho al saber que la sombra de la muerte se cernía sobre él.

Cualquier necio adelanta el reloj de su única vida – hablando figurativamente – malgastando el tiempo y las oportunidades para el bien que se le brindan. Sólo Dios puede atrasarlo, de tal manera que el desperdicio y la pérdida, por nuestra negligencia o lo que fuere, se recuperen plenamente.

Es el Dios que ha prometido a su pueblo y a los suyos que retornan arrepentidos a Él:

“ Y os restituiré los años que comió la oruga, el saltón, el revoltón y la langosta...”(Joel 2:25)

Si bien se podrían hacer conjeturas, no podemos aseverar con precisión cuál era la enfermedad de Ezequías. Se trataba eso sí de una llaga tan avanzada y maligna, que hacía presagiar su pronto deceso

El medio que el Señor empleó para sanarlo, resulta a la vez original y enormemente significativo. Original desde luego porque en toda la Biblia es la única ocasión en que lo encontramos; significativo, porque en el plano alegórico nos señala algo muy tocante y precioso.

Ahora bien, cuando uno se ha apartado del Señor, para su retorno se hace necesario como bien sabemos no sólo un arrepentimiento genuino, sino también un ponerse a cuentas con Dios, dando pasos concretos para ir en sentido inverso al que se ha estado llevando. En eso es indispensable obrar con humildad, y asumiendo la responsabilidad de haberle sido infiel al Señor, con el reconocimiento de que los quebrantos cosechados uno se los tenía bien merecidos.

Pero hay también la otra cara de la moneda, que podríamos explicar así: como resultado de ese desviarse de la fidelidad al Señor, generalmente quien lo ha hecho queda herido y maltrecho en su ser interior. Aparte, digamos, de la cosecha normal por su desobediencia, le tocan en una forma u otra una serie de sinsabores y quebrantos, a menudo acompañados de un sentir de derrota y fracaso, o aun un complejo de que ya nunca podrá ponerse de pie con firmeza y ser lo que debiera ser. La herida es así muy profunda y dolorosa, y para sanarla se requiere un tratamiento tierno, sabio y muy delicado.

Aquí es donde comprendemos, figurativamente, lo de la masa de higos. La llaga de Ezequías, tan grave y avanzada, no se podía tratar con el bisturí – solo valía, bajo la gracia divina, *la masa de higos*.

Ese fruto de la higuera, el árbol emblema del pueblo escogido de Dios, formaba una masa suave que destilaba gota tras gota de su especial dulzura. Así, aplicada sobre la llaga, hacía las veces de una compresa muy suave que la abrazaba y cubría en forma muy delicada, pero a la vez constante. No había en ella nada que cortase, irritase o causase dolor en lo más mínimo; sólo uno destilar continuo de su dulzura sobre toda la extensión de la llaga, para así ir absorbiendo poco a poco, bajo la bendición de Dios, toda la infección y el pus hasta lograr una cura total y dejarle la piel como la de un niño.

¡Qué descripción gráfica y acertadísima del dulcísimo, incomparable amor de Cristo, tierno como ningún otro, para sanar a los quebrantados de corazón!

Cuando uno ha llegado a sentirse desahuciado y sin esperanza, y consciente de su fracaso, a menudo se ha reprochado a sí mismo por todo o parte del pasado. Asimismo, tal vez otros, queriendo aportar algo, torpemente han tratado de emplear con su consejo, o bien la espada, el martillo o aun el látigo, y ¡cuánto dolor han traído! En fin, todo para agravar la herida y no querer ser "tratado" ni aconsejado por nadie más, porque con su insensibilidad no hacen más que aumentar el dolor y la angustia.

Y entonces, como último recurso, ir a ese punto de encuentro en el Lugar Santísimo con el Cristo bendito, temiendo que quizá Él también le eche en cara a uno sus muchas torpezas, desobediencias y maldades. Pero ¡qué sorpresa bendita, casi increíble! Ningún reproche, nada que ni remotamente se parezca al dedo acusador o la mirada inquisitoria o condenatoria. Muy por el contrario, mientras con palabras entrecortadas por el llanto y las lágrimas chorreando por las mejillas, uno derrama la congoja y el dolor de su alma ante Él, empieza, para su sorpresa y deleite, a sentir la bendita masa de higos de su amor sin igual, destilando esa dulzura sin par, que bien podríamos llamar *el néctar celestial de Su bendita gracia y ternura*.

Nada hay en ella que rasguñe o lastime en lo más mínimo - sólo el abrazo constante y muy tierno de Quien nos ama como nadie ha sabido ni podido amarnos, acompañado del susurro de su palabra de consuelo y aliento. Sí, nos sigue amando como siempre, como si nunca hubiera pasado eso que aterraba la conciencia; nos asegura que, *sabiendo de nuestro arrepentimiento franco y total*, en cuanto a Él está todo sepultado en lo más profundo del mar, donde nadie podrá jamás bucear para desenterrarlo; que de su parte está todo olvidado para siempre; que todavía tiene fe y plena convicción de que por su gracia nos habremos de poner de pie otra vez, para andar con la frente en alto, plenamente sanados y llenos de una nueva esperanza y amor; que además tiene cosas muy buenas preparadas para nuestro futuro, que nos irá mostrando con el correr del tiempo.

En fin, ese hablar tan exquisito de su amor inefable, que quita todo el dolor, sana totalmente nuestro quebrantado corazón, y hace renacer la ilusión y las ganas de vivir; ¡y así pasamos a amarle y servirle como nunca antes en la vida!

Muy amado lector – sí, tú, el del corazón angustiado, el de la herida que parece incurable, que has ido a tantos en busca de luz, consuelo, alivio o ayuda, sin lograrlos. Vé ahora mismo a tu alcoba, para estar a solas con Jesús. Nadie como Él para amarte y comprenderte. Derrama tu alma, tu dolor ante Él; ábrele de par en par tu corazón quebrantado. ¡Verás que es tan distinto de los demás! Y deja que ponga Su bendita masa de higos sobre tu herida, y absorbe tú su dulzura por largo rato hoy, y

aún mañana y pasado. Y tú también sanarás y vivirás, e irás como Ezequías a la casa del Señor como un adorador más, eternamente agradecido a Aquél que te ha sabido comprender y amar como ningún otro.

¡AMÉN!

----- () -----

CAPÍTULO X – JOSÍAS

El joven rey, tierno pero implacable.-

¿Se ha fijado, querido lector, en el hecho curioso de que en la Biblia, tantos nombres de personajes importantes, así buenos como malos, empiezan con jota?

En el Antiguo Testamento, entre muchos otros, tenemos a Jacob, José, Josué, Jefté, Jonatán, Job, Jeremías, Jonás, aquella horrible mujer llamada Jezabel y muchos más, incluyendo desde luego el que aparece en mayor número de veces, JEHOVÁ, el gran YO SOY.

En el Nuevo Testamento, aunque no tantos, igualmente tenemos un buen número: Juan el Bautista, el Apóstol Juan, Juan Marcos, Jacobo el hijo de Zebedeo y su homónimo hijo de Alfeo, como así también José, marido de María, José de Arimatea, Judas, hermano del Señor, Judas, hermano de Jacobo, Judas Iscariote, y por supuesto, la jota del nombre que es sobre todo nombre, JESÚS, nuestro Salvador y Señor.

El principal protagonista de este capítulo es Josías, que fue rey de Judá unos 57 años después de la muerte de Ezequías, de cuyo reinado nos ocupamos en el capítulo anterior.

Josías es una de las muy buenas jotas de la Biblia. Comenzó a reinar a la muy temprana edad de ocho años y estuvo sobre el trono de Judá durante 31 años, muriendo prematuramente cuando sólo contaba 39 años de edad.

El corazón tierno y el corazón endurecido.-

Quizá la mejor manera de empezar a hablar de su vida sea la de establecer un contraste, muy grande por cierto, entre él y uno de sus hijos que le sucedió en el trono, Joacim, una de las muy malas jotas de la Biblia.

El rumbo seguido por estos dos y el final a que llegaron fueron diametralmente opuestos: el uno fue muy fiel al Señor, sin apartarse ni a diestra ni a siniestra, mientras el otro siguió un derrotero de avaricia extrema, hizo derramar sangre inocente y oprimió y agravió a muchos injustamente, (Jeremías 22:17), lo que lo llevó a un fin trágico y vergonzoso.

Podríamos preguntarnos cuál fue el factor determinante de un contraste tan absoluto. Por cierto que no lo fue el tener Josías un mejor ejemplo paterno que Joacim; muy por el contrario, Amón el padre de Josías fue un pésimo rey que nunca se humilló ante el Señor, mientras que Joacim tuvo en Josías un padre ejemplar desde todo punto de vista.

Tampoco hay indicios de que la mujer de cada uno haya jugado un rol importante, para bien en un caso y para mal en el otro. Y no podemos encontrar constancia de que Josías haya tenido una formación teológica, religiosa o moral más favorable que Joacim, y ni siquiera que haya sido mejor tutelado en su tierna infancia y niñez, si bien esto último no escapa del terreno de las posibilidades.

La única conclusión razonable y lógica, con los pocos elementos de juicio que tenemos, es que ya sea por inclinación o elección personal, el uno tomó la senda del

bien y el otro la del mal. Así las cosas, al enfrentarse en un punto importante de sus respectivos reinados con la advertencia y exhortación de la palabra de Dios, tuvieron actitudes y respuestas totalmente diferentes. Resultará muy instructivo y provechoso que las analicemos brevemente.

La reacción de Joacim está claramente descrita en el capítulo 36 del libro del profeta Jeremías, cuyo ministerio comenzó en el año décimotercero del reinado de Josías y se prolongó hasta después de ser llevado Judá al cautiverio babilónico.

En efecto: bajo el mandato del Señor, Jeremías dictó a Baruc su escribiente palabras de exhortación al arrepentimiento, dirigidas al pueblo de Judá y con la solemne advertencia de que si no se volvían de sus malos caminos, les sobrevendrían horribles juicios y castigos.

Como a Jeremías se le había prohibido entrar en el templo, envió en su lugar a Baruc para que leyese todas las palabras contenidas en el rollo que había escrito, lo cual hizo a oídos de todo el pueblo que había venido de las ciudades de Judá a Jerusalén, en ocasión de un ayuno que se había promulgado. Esto trajo la consiguiente alarma y consternación a algunos, y eventualmente el libro fue traído al rey Joacim para que le fuese leído en presencia de todos los príncipes que en esa ocasión estaban reunidos con él. Se encontraban en la casa de invierno, con un brasero ardiendo delante del rey, quien después de oír el contenido de tres o cuatro planas, rasgó el rollo con un cortaplumas de escriba y lo echó en el fuego, no haciendo caso para nada de los ruegos que le hicieron tres de esos príncipes para que no quemase el rollo. Como si fuera poco, también dio orden de apresar a Baruc y Jeremías, pero el Señor no permitió que lo hicieran.

Como no podía ser de otra forma, después de semejante endurecimiento de su corazón, Joacim siguió un camino nefasto y el mismo Jeremías profetizó que tendría un fin cruel y vergonzoso:

“...su cuerpo será echado al calor del día y al hielo de la noche.”(Jeremías 36:30) y *“En sepultura de asno será enterrado, arrastrándole y echándole fuera de las puertas de Jerusalén.”* (22:19)

En cambio Josías fue muy distinto. Estando en marcha el proceso de reparación del templo, el sacerdote Hilcías halló el libro de la ley en la casa del Señor. Por supuesto que tendría que haber estado en su debido lugar y a la vista de todos, pero parece que estaba escondido o tal vez sepultado en medio del desorden que había quedado, después de los horribles reinados de Manasés y Amón.

Digamos de paso que eso es sintomático de lo que pasa en épocas de decadencia espiritual: la Biblia queda abandonada y cubierta de polvo. Por el contrario, al producirse un despertamiento, se la encuentra o recupera, y pasa a ser el libro sagrado que rige nuestras vidas.

Al serle traído a Josías y ser leído delante de él, su reacción fue completamente opuesta a la de Joacim. Lejos de endurecerse y rechazar su contenido, su corazón se conmovió profundamente, se humilló delante de Dios llorando en Su presencia, y mandó con toda urgencia a consultar al Señor acerca de él y el remanente del pueblo.

La respuesta vino a través de la profetisa Hulda y el tiempo en que sucedió esto fue en el año décimo octavo de su reinado, es decir a los cinco años de haber comenzado Jeremías su ministerio profético.

Por una parte, el Señor le confirmó que iba a derramar su ira y sus juicios sobre Jerusalén, Judá y todos sus moradores, por haberlo abandonado a Él y por darse de continuo a la idolatría y al mal; pero por la otra, le prometió que, por haberse enternecido su corazón y haber reaccionado con tanto temor de Dios, esos juicios horribles los iba a postergar hasta después de su muerte, de tal manera que no los verían sus ojos y sería sepultado en paz.

Así tenemos pues el contraste extremo de su fin con el de su hijo Joacim, como resultado natural de las dos actitudes y respuestas tan contrarias la una de la otra – como polos totalmente opuestos – que tuvieron al llegarles la palabra de Dios, con sus graves advertencias y el llamado a tomar la senda del bien.

Estas actitudes y respuestas tan diferentes, no fueron producto de la casualidad ni mucho menos. Al darse Josías desde su niñez al temor de Dios y a buscar el bien, su corazón se mantuvo tierno y sensible, y al llegarle la palabra de Dios en la hora crucial, le brotó de por sí una reacción humilde, sabia y correcta

Tristemente, por haberse dado Joacim a la avaricia, idolatría y maldad a ultranza, se encontró con un corazón endurecido que en la misma encrucijada de llegarle la solemne palabra de Dios, respondió para su ruina con un desprecio y rechazo total.

No en vano nos exhorta la escritura a guardarnos bien de endurecernos por el engaño del pecado (Hebreos 3:13). En todas sus formas, aparte de sus muchos otros males, el pecado nos endurece y nos engaña, insensibilizándonos para con la palabra de Dios y haciéndonos perder conciencia del daño que nos está haciendo en todos los niveles.

“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.”
(Proverbios 4:23)

Por encima de la salud, el dinero y todo otro bien, hemos de guardar nuestro corazón, por ser la fuente de cuanto hacemos, decimos, pensamos y sentimos.

Busquemos siempre pues, por la gracia de Dios, mantenernos tiernos y sensibles para con el Señor y Su palabra, velando en todo momento para que nada nos insensibilice o endurezca.

Habrà no obstante quienes sepan y reconozcan que su corazón ya es frío y duro y, sin embargo, anhelan que sea ardiente y tierno, sobretodo en cuanto a las cosas de Dios. Para ellos hay una promesa muy concreta en Ezequiel 36:26 :

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.”

Desde luego que este nuevo corazón de carne, no tiene nada que ver con la naturaleza carnal. Se lo llama de carne porque así como, por ejemplo, la carne de nuestra mejilla no es fría sino que está al agradable calorcito de la temperatura de nuestro cuerpo, y tampoco es dura, sino tierna, así también lo es este bendito nuevo corazón que se nos promete.

Entre los lectores no faltarán quienes adviertan la gran sencillez y el carácter elemental de lo que acaban de leer, y también de buena parte de las muchas otras cosas que van en este libro. Tal vez las comparen y contrasten con otras, menos conocidas y quizá por eso más novedosas y de apariencia más avanzada.

Aun cuando la totalidad del consejo de Dios es muy grande, y por supuesto que tiene en algunas partes profundidades insensables y alturas majestuosas, también es

cierto que las cosas más importantes, generalmente el Señor nos las ha puesto muy sencillas y claras, para que estén al alcance de todos, incluso de los niños y de quienes tienen poca formación cultural o intelectual.

Y aun en las cosas del reino de Dios es posible, por el mucho estudio y esfuerzo mental, pero sin la verdadera tutela e inspiración del Espíritu Santo, volvernos en sabios y entendidos, conocedores de las posturas teológicas más variadas, o bien de las “técnicas” o “estrategias” más modernas que se propugnan para el cristianismo hoy día. Así correremos el grave riesgo de que las cosas de más peso y valor nos estén escondidas, según las palabras de Jesús en Mateo 11:25.

En este sentido, la experiencia básica, sencilla pero muy real, de recibir del mismo Dios un nuevo corazón, que es un bendito calco vivo del de Jesús, constituye un bien inestimable, que está muy, pero muy por encima del pobre valor de tantas cosas que están en boga en la actualidad. Nos tememos que a muchas de ellas, sobre todo por ser carentes de verdadero asidero bíblico, bien les caben los calificativos de “filosofías y huecas sutilezas, según...los hombres, conforme...al mundo, y no según Cristo”, que nos da Pablo en Colosenses 2:8.

Aunque a menudo estas cosas se presentan en una manera muy seductora y atractiva, cuidémonos de que no nos distraigan y aparten de las cosas más importantes y que realmente interesan. El estado de tu corazón, querido lector, es algo tan fundamental que a la postre será el factor determinante de tu rumbo y tu destino, en esta vida y en el más allá.

Jesús dijo: *“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.”* (Mateo 5: 8)

Si tú no tienes ese corazón, nuevo, tierno y limpio que el Señor ha prometido, búscalo con todo ahinco y urgencia, no dándote reposo hasta que lo hayas recibido de verdad.

El joven implacable.-

Si bien Josías fue muy tierno en cuanto a Dios y Su palabra, fue en cambio verdaderamente inflexible e implacable con los ídolos, lugares altos, imágenes y esculturas que se habían levantado por doquier en tiempos de los malos reyes que lo precedieron.

Su vida y su trayectoria no fueron por cierto producto de la casualidad. Más de 300 años antes de su nacimiento, un varón de Dios que por mandato divino había venido de Judá a Betel, pronunció una sorprendente profecía, en la cual hasta se daba su nombre por anticipado. En efecto, estando el rey Jeroboam I junto al altar falso con el becerro de oro que él había hecho erigir en Betel, el varón de Dios clamó a viva voz:

“...Altar, altar, así ha dicho Jehová: He aquí que a la casa de David nacerá un hijo llamado Josías, el cual sacrificará sobre ti a los sacerdotes de los lugares altos que queman sobre ti incienso, y sobre ti quemarán huesos de hombres.” (1^a. Reyes 13:2)

A esto agregó aquel mismo día que el Señor daría como señal que el altar se quebrase y la ceniza que estaba sobre él se derramase, lo cual sucedió cumplidamente ante los ojos del rey y cuantos le acompañaban.

Sin ninguna duda, esta profecía, singular y auténtica, marcó el rumbo de la vida de Josías. Si hubo algo en que fue sobresaliente, eso fue en el derribar, destruir y hasta desmenuzar las numerosas prostituciones idolátricas que se encontraban en pie en muchísimas partes.

A la temprana edad de 16 años comenzó a buscar al *“Dios de David su padre”*, (2ª. Crónicas 34: 3), y cuatro años más tarde, recién cumplidos los 20 años, comenzó a limpiar la tierra de todas esas abominaciones. Cabe suponer que al hacerlo se encontró con una fuerte resistencia de parte de muchos. Tengamos en cuenta que algunos de esos ídolos y lugares altos databan de tiempos de su abuelo Manasés, y de reyes muy anteriores a éste como Acáz y del mismísimo Salomón. Por lo tanto, se encontraban profundamente arraigados por el tiempo que llevaban y la tradición que sin duda les acompañaba. A esto debemos agregar los intereses creados de aquéllos que obtenían pingües ganancias en los negocios derivados de toda esta idolatría imperante.

Por todo ello, hemos de admirar la valentía del joven Josías, que movido por el temor del Señor muy por encima del de los hombres, en nada se dejó intimidar, sino que con encomiable autoridad y valor, limpió totalmente la tierra de lo que por cierto representaba una afrenta al Dios único y verdadero. Y no sólo lo hizo en su reino, Judá, sino también en las ciudades de Manasés, Efraín, Simeón y Neftalí y lugares asolados alrededor, no dándose por satisfecho hasta haber quebrado y desmenuzado las esculturas y destruido todos los ídolos por toda la tierra de Israel. (2ª. Crónicas 34:6-7)

Por supuesto que al hacer todo esto, que habrá demandado mucho tiempo y esfuerzo, llevándolo a viajar por todo lo ancho y lo largo de la tierra, no omitió el altar y el lugar alto con el becerro de oro que estaba en Betel, desde el tiempo en que lo hizo levantar el primer monarca del reino del Norte, Jeroboam I, el hijo de Nabat. En efecto, a éstos también los destruyó y quemó, y haciendo sacar los huesos de los sepulcros que estaban allí en el monte, los quemó sobre el altar para contaminarlo, dándose así cabal cumplimiento a la profecía del varón de Dios que más de tres siglos antes había venido de Judá a ese lugar para pronunciarla.

Ahora bien, debemos ser muy cuidadosos al trazar la analogía espiritual de todo esto, en su aplicación a la dispensación en que nos encontramos, para no caer en errores y conceptos incorrectos.

La actuación de Josías en esta línea de derribar y destruir altares y lugares de prostitución idolátrica, tuvo lugar dentro de los límites territoriales de Israel, la nación escogida por Dios y el vehículo para la manifestación divina en aquel entonces. Como sabemos, esto estaba en un todo de acuerdo con los mandamientos y la ley de Moisés, que prohibían terminantemente toda forma de idolatría. Huelga decir que Josías no fue más allá de las fronteras de Israel, primero porque no le correspondía por estar fuera de la órbita de su autoridad, y segundo por estar esos países limítrofes bajo otro régimen en cuanto al trato de Dios con ellos.

En la actualidad, como bien se sabe, la expresión y manifestación de Dios es a través de la iglesia universal de Cristo, compuesta por los redimidos de todas las naciones, sin acepción de raza ni lengua, bajo el común denominador de ser renacidos por el Espíritu e hijos del mismo Dios Padre.

Dentro del ámbito de la iglesia en sí y también en el área de la evangelización, desde luego que hay ocasiones en que se experimentan manifestaciones antagónicas

de malos espíritus o demonios. En tales casos, claro está que hay que actuar contra ellos una vez discernidos, tomando autoridad en el nombre de Jesucristo para atarlos, reprenderlos y/o echarlos fuera, según el caso.

Sin embargo, no vemos ninguna base bíblica sólida para cosas tan de moda en muchas partes, tales como reprender continuamente autoridades malignas en determinados territorios o regiones. Comprendemos que en algún caso concreto, el Espíritu Santo puede dar luz expresa sobre la actuación de poderes diabólicos en una zona o lugar concreto, e incluso instrucciones para operar contra ellos, reprendiéndolos y expulsándolos con la autoridad que nos ha sido dada. En esos casos, seguramente que se habrán de advertir beneficios o resultados concretos.

Sin embargo, no cabe duda de que esto es muy distinto de la reprensión indiscriminada del “hombre fuerte de la ciudad”, o de la diosa pagana o el poder pagano o diabólico de la zona, que se está aplicando en muchos casos como una receta fija y casi universal. Esta forma de proceder, por lo que hemos visto, no da ningún resultado positivo que se pueda valorar, y además puede acarrear serios riesgos y peligros para quienes lo practican.

Volvemos a señalar, no obstante, que siervos de Dios pueden ser guiados en determinados casos a actuar específicamente contra poderes espirituales hostiles, y en ellos, claro está, se verán claramente los buenos resultados.

Si se ha de trazar un paralelo espiritual aplicable en la actualidad sobre lo que nos ocupa – la forma en que Josías limpió la tierra de todo rastro de idolatría – no cabe duda que lo correcto y coherente es establecer su correspondencia con los ídolos, que con diferentes formas y matices, se levantan en las vidas de cristianos en épocas de decadencia espiritual.

Entre otros podemos citar el amor al dinero, una pasión excesiva por los bienes materiales o por el deporte, idolatrar al equipo o los jugadores favoritos, la coquetería en las mujeres, el dar terreno a la lujuria y aun al ocultismo, entrar en terreno inmoral o de impureza a través del internet, etc. etc. Esto sucede en forma individual y a menudo también colectiva, al propagarse el mal dentro de un buen número de miembros de una iglesia determinada. Los resultados siempre se traducirán en perjuicio evidente en la vida de los afectados, e incluso en algunas oportunidades quienes tengan discernimiento, podrán advertir claras evidencias de actividades o interferencias diabólicas o de malos espíritus en tales situaciones. Ello será por haberse desatendido la clarísima exhortación de no dar lugar al diablo contenida en Efesios 4:27.

El remedio no estará en reprender o aun tratar de echar a los malos espíritus actuantes, sino en quitarles el terreno y lugar que se les ha dado por medio de un arrepentimiento real y profundo, que supondrá desde luego el abandono total de la idolatría – o carnalidad o abierto pecado – en que se haya incurrido, cualquiera sea su forma o matiz particular.

Aunque como ya dijimos, nos habremos de ocupar más expresamente de esto en la segunda parte de esta obra, anticipamos aquí que éste era el tratamiento prescrito por Pablo en sus epístolas, al dirigirse a iglesias con problemas de pecado en cualquiera de sus múltiples manifestaciones.

La lectura del libro de la ley y el pacto solemne con Jehová.-

Resulta de mucha inspiración, y al mismo tiempo muy conmovedor, ver la forma en que un rey tan joven pudo ejercer su autoridad con tanta valentía y decisión, para hacer volver al pueblo de Dios a la senda del bien y la fidelidad.

“Entonces el rey mandó reunir con él a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén. Y subió el rey a la casa de Jehová con todos los varones de Judá y con todos los moradores de Jerusalén, con los sacerdotes y profetas y con todo el pueblo, desde el más chico hasta el más grande; y leyó, oyéndolo ellos, todas las palabras del libro del pacto que había sido hallado en la casa de Jehová”.

“Y poniéndose el rey en pie junto a la columna, hizo pacto delante de Jehová, de que irían en pos de Jehová, y guardarían sus mandamientos, sus testimonios y sus estatutos, con todo el corazón y con toda el alma, y que cumplirían las palabras del pacto que estaban escritas en aquel libro. Y todo el pueblo confirmó el pacto.” (2ª.Reyes 23:1-3)

¡Qué cuadro solemne, hermoso y al mismo tiempo, hondamente aleccionador!

¡Pensar que a veces los cristianos podemos encontrar la Biblia árida y aburrida!

En busca de algo atractivo y ameno, con frecuencia se recurre a videos, cassetes y librillos divertidos con anécdotas y cuentos entretenidos, muchos de ellos cristianos por supuesto. Sin embargo, para quien busca verdadera sustancia y alimento, resultarán faltos de ese sabor, solidez y riqueza que encontramos en el maravilloso libro divino y en las obras serias y profundas de quienes de veras han conocido a Dios y andado con Él.

En la escena narrada en los versículos citados hay un sencillo pero riquísimo contenido, que debiera servir para motivarnos en la búsqueda de más verdades, enseñanzas y principios enterrados en la mina inagotable de las Sagradas Escrituras – oro y plata, joyas y alhajas celestiales - que habrán de edificarnos y hermosear nuestra vida interior más que ninguna otra cosa.

Para empezar, hemos hecho resaltar en el texto la palabra todo y sus derivados, que aparecen ocho veces en tan breve espacio. No es por cierto la única vez que se da esto en la Biblia; por el contrario, si lo buscamos lo encontraremos en bastantes más lugares, como en Efesios 6:18; Los Hechos 10: 33, 35, 36, 37, 38, 39, 43 y 44 y seguramente en muchos más. Y no hace más que poner de relieve la verdad simple, pero tan básica e importante, de que con el Señor no se puede tratar ni andar a medias. La grandeza y gloria de Su persona, el sacrificio total y absoluto del Cordero de Dios a favor nuestro, como así también nuestro propio bien en todo sentido, nos imponen que en nuestra relación con Él seamos íntegros a carta cabal, no retaceándole absolutamente nada de cuanto somos y tenemos..

Esta totalidad se refleja en el pasaje bajo revista en tres claras proyecciones. En primer lugar, todos, absolutamente todos – tanto los ancianos, cuanto los sacerdotes y profetas, como así también cada morador del reino, desde el mayor hasta el menor y sin excepción alguna, congregados como un solo hombre en maravillosa unanimidad. Sin duda, un sello distintivo de lo que hace el Trino Dios, que en esencia es uno en propósito y en todo Su pensar, sentir y hacer. Al derramar Su gracia redentora y restauradora sobre nuestras vidas, siempre busca unificarnos consigo mismo y con nuestros hermanos.

A renglón seguido, vemos al joven monarca Josías desplegar su espíritu de absoluta y total firmeza en cuanto a las cosas de Dios, *al leer él personalmente y a oídos de todos* la totalidad del libro del pacto que había sido hallado en la casa de Jehová. En esto demostró ser de la misma estirpe de Josué, ese gran guerrero que muchos años antes, durante el tiempo de la conquista de Canaán, hizo exactamente lo mismo, sin quedar palabra alguna de todo cuanto mandó Moisés, que no fuese leída delante de toda la congregación de Israel reunida para tal fin. (Josué 8:34 y 35)

A lo largo de toda la historia, nos encontramos con que los grandes siervos de Dios han sido hombres de la palabra de Dios, que la han amado y abrazado en su totalidad, para que ella fuese su fuente de inspiración y la fuerza rectora de sus vidas en todos sus aspectos.

Y en tercer lugar, vemos el corolario natural y lógico: el de tomar un compromiso absoluto, formalizado en la forma de un solemne pacto, de que irían en pos del Señor y guardarían sus mandamientos *“con todo el corazón y toda el alma”*.

El corazón dividido, que en parte responde a Dios, pero que en parte le traiciona y se presta a otros amores y a compromisos ajenos, es una verdadera maldición.

“El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos” nos dice con mucha razón Santiago en el versículo 8 de su primer capítulo y más tarde en el cap. 4: 8 pone la clara exhortación: *“...vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones”*.

Por otra parte, en Ezequiel 16: 30 Jehová el Señor se lamenta de lo inconstante que era el corazón de Su pueblo. Sin embargo, en Jeremías 32 :39 encontramos una maravillosa promesa para Israel para el tiempo de su restauración futura:

“Y les daré un corazón y un camino para que me teman perpetuamente, para que tengan bien ellos y sus hijos después de ellos”.

El corazón unificado, necesariamente nos lleva a tener un solo camino en la vida, y éste no es ningún otro, sino Cristo, el verdadero y único camino digno de seguirse.

Como advertirá el lector, una y otra vez volvemos a desembocar en el tema del corazón de una manera u otra. *Esto es casi inevitable, pues el estado y la condición del mismo resulta siempre - nos demos cuenta de ello o no - el factor principalísimo y determinante del rumbo que seguimos, y del fin que a que llegamos en ésta, nuestra única vida.*

De ahí que insistamos en el consejo de Proverbios 4: 23:

“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida”.

Celebración de la Pascua.-

Al igual que en los tiempos de su bisabuelo Ezequías, Josías hizo celebrar la fiesta de la Pascua. 2ª. Crónicas 35 nos da detalles de la forma meticulosa en que cuidó que se hiciese.

Igualmente nos consigna la forma generosa en que dio de la hacienda del rey ovejas, corderos y cabritos en número de treinta mil y tres mil bueyes, cundiendo su ejemplo de tal manera que los príncipes y jefes de los levitas hicieron lo propio, dando también con liberalidad.

Si bien en nuestra actual dispensación la celebración de la Pascua tal como lo hacía Israel no tiene ninguna cabida, pues sería un ritual carente de sentido, debemos comprender que en el régimen del Antiguo Testamento para el pueblo de Dios no era así. En efecto, se trataba de una celebración llena de significado, por el recordatorio de esa noche histórica de la muerte de los primogénitos de Egipto y la salida milagrosa de esa tierra de dura servidumbre. Claro está que simbólicamente representaba el sacrificio de Cristo, nuestra Pascua (1ª. Corintios 5: 7) y mucho más que aquí no viene al caso detallar. Pero aun dejando esto de lado, para Israel su celebración o la falta de ella era un barómetro importante. Siempre que caía en decadencia e infidelidad, dejaba de celebrarse, mientras que al producirse un retorno a la obediencia y fidelidad, se la volvía a guardar.

En esto hay un paralelo sencillo y lógico a tenerse en cuenta: cuando no se anda cerca del Señor, cosas prácticas como el diezmar y ofrendar, congregarse con los hermanos, participar de la mesa del Señor, etc., quedan de lado. Por el contrario, al producirse una recuperación en la relación con Él, todo esto vuelve a ocupar su debido lugar.

Un error que costó muy caro.-

A los treinta y nueve años de edad, Josías incurrió en una falta que fue tan lamentable como inexplicable, y que le acarreó una muerte prematura cuando podría haber seguido reinando por unos cuantos años más.

Faraón Neco, rey de Egipto, salió a luchar contra el rey de Asiria junto al río Éufrates. Sin mediar ninguna provocación a Judá y sin contar por cierto con mandato alguno de parte del Señor, Josías salió a enfrentarse con él. A pesar de la clara advertencia de Faraón Neco de que no se inmiscuyese donde no le correspondía - que la escritura dice enfáticamente que *“era de boca de Dios”* - (2ª. Crónicas 35: 22) - Josías se obstinó en darle batalla. Esto le costó la vida al ser gravemente herido por los flecheros de Faraón.

Un triste fin, totalmente innecesario, pero que por lo menos deja un mensaje muy concreto e importante, que habremos todos de tener muy en cuenta: *el de no entremeternos con poderes y situaciones que están fuera de los parámetros que nos ha trazado la palabra de Dios.*

Muchos incautos o inmaduros, haciendo una incorrecta interpretación de las Escrituras, como hemos señalado anteriormente, insisten en trabar combate en forma indiscriminada con poderes diabólicos, pretendiendo agredirlos, a veces hasta maldiciéndolos o intentando expulsarlos de la comarca o del país entero.

Si bien es verdad que estamos en batalla contra huestes espirituales de maldad, hemos de prestar mucha atención a los términos y límites que la Biblia nos fija en ese terreno. Y baste agregar que los procedimientos a que nos estamos refiriendo, nunca fueron empleados por Jesús ni por sus apóstoles.

A pesar de este error tan deplorable de Josías, que empañó en algo lo que en todos los demás sentidos constituyó una trayectoria ejemplar y brillante, su vida y su carrera no dejan de ser un modelo y un desafío para todos nosotros.

En estos días en que se busca inspirar a los cristianos y sobretodo a la juventud, con metas y modelos muy atractivos y apetecibles, creemos muy apropiado

estimular a que se busquen las vertientes cristalinas que la Biblia nos da, a través de los grandes héroes de Dios, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Uno de ellos, sin duda, es Josías, el joven rey, muy tierno en cuanto a Dios y Su palabra, y a la vez inflexible e implacable con todo lo que significaba el mal para su vida y la del pueblo sobre el que le tocó reinar.

----- () -----

CAPÍTULO XI

ZOROBABEL Y JOSUÉ (1)

El regreso después de 70 años

Damos ahora un salto hacia delante en la historia de Israel, para situarnos a casi un siglo de la muerte de Josías. Después de él, tanto sus hijos Joacaz, Joacim y Sedequías, como su nieto Joaquín, fueron pésimos reyes cuya obstinada desobediencia e infidelidad precipitaron una debacle total del reino de Judá.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, envió sus huestes contra Jerusalén, y hubo tres sucesivas deportaciones, en las cuales buena parte de la población fue llevada en cautiverio. La primera fue en el reinado de Joacim, la segunda en el de Joaquín su hijo, y la tercera, que culminó con la destrucción casi total de Jerusalén y la quema del templo, al final del reinado de Sedequías, que marcó el fin de la monarquía.

En efecto: desde entonces no ha habido más rey en Israel ni en Judá, ni lo habrá *“hasta que venga aquél cuyo es el derecho”*, según la precisa y preciosa predicción contenida en Ezequiel 21: 25-27.

El panorama es totalmente sombrío y desolador, al punto que Jeremías derrama en el libro de las Lamentaciones toda la angustia y congoja de su alma al ser testigo de la destrucción despiadada de lo que había sido la gloriosa Jerusalén, centro del testimonio de Dios sobre la tierra hasta ese entonces.

Pero el incansable, eterno YO SOY no desmaya ni claudica. Aún en el tiempo del terrible juicio del cautiverio de Su pueblo, Su misericordia levanta en el exilio vasos para honra que han de ser, aun en tierras extrañas saturadas de idolatría e impiedad, testimonio vivo y elocuente de Su grandeza y señorío sobre todas las naciones. Entre ellos, los más distinguidos fueron los profetas Daniel y Ezequiel, la reina Ester y su tío Mardoqueo.

No obstante, dejamos eso de lado y nos ubicamos, según queda dicho más arriba, a casi un siglo del final de lo que tratamos en el capítulo anterior. El pueblo de Dios – concretamente Judá – ha estado en cautiverio por setenta años, y ahora se produce el milagro, maravilloso en todo sentido, de su retorno a la tierra natal.

La forma en que fue predicho de antemano, como así también el desenvolvimiento del mismo, con sus grandes luchas y dificultades y su éxito final, compagina, por así decirlo, un glorioso bordado confeccionado por la providencia y destreza divinas. En él se encuentran preciosas hebras de los más variados matices, que aportaron a través de sus ministerios, y desde distintos lugares y puntos de tiempo, figuras insignes como Isaías, Jeremías, Daniel, Hageo, Zacarías, y los protagonistas principales del regreso en sí, que fueron Zorobabel en su cargo de gobernador, y Josué, hijo de Josadac, en el rol de sumo sacerdote.

Para un estudio adecuado de todo esto, aparte de los seis primeros capítulos de Esdras, es necesario tener en cuenta los libros de los profetas menores Hageo y Zacarías, el capítulo nueve de Daniel y las predicciones contenidas en Isaías y Jeremías.

La aportación de Isaías.-

Por orden cronológico corresponde que empecemos por Isaías. En el pasaje que va del cap. 44: 26 al 45:1-5 y 13, encontramos una extraordinaria profecía, de la cual citamos las partes sobresalientes:

“Yo, el que despierta la palabra de su siervo, y cumple el consejo de sus mensajeros; que dice a Jerusalén: Serás habitada; y a las ciudades de Judá: Reconstruidas serán, y sus ruinas reedificaré” (44: 26)

“...que dice de Ciro: Es mi pastor y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado”.

“Así dice Jehová a su ungido, a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha...” (44: 28 a 45: 1)

“Por amor de mi siervo Jacob y de Israel mi escogido, te llamé por tu nombre: te puse sobrenombre aunque no me conociste” (45: 4)

“Yo lo desperté en justicia, y enderezaré todos sus caminos; él edificará mi ciudad y soltará mis cautivos, no por precio ni por dones, dice Jehová de los ejércitos”(45: 13)

Si consideramos que esta profecía fue formulada unos doscientos años antes de su cumplimiento, dando su nombre a Ciro, el gran emperador persa, muchísimo antes de haber nacido, debemos reconocer que es realmente asombrosa y una demostración más, y muy palpable por cierto, de la veracidad de la Biblia como la palabra inspirada de Dios.

. Inmediatamente antes del pasaje citado, en 44:24-25, leemos:

“Yo Jehová...que deshago las señales de los adivinos, y enloquezco a los agoreros; que hago volver atrás a los sabios, y desvanezco su sabiduría.”

¡Qué contraste entre lo uno y lo otro! Aquello que de verdad viene de arriba y es totalmente fiable por una parte, y las vanidades ilusorias del pensamiento terrenal y carnal por la otra.

La maravillosa predicción de Isaías forma sin duda una parte muy importante de lo que Pedro define como *“la palabra profética más segura” (2ª. Pedro 1: 19)*

Unos dos siglos más tarde, los jefes de las casas paternas de Judá y Benjamín y los sacerdotes y levitas, se encontraron con el increíble milagro del decreto de Ciro, disponiendo el regreso de los cautivos para reedificar el templo y brindándoles total apoyo y toda clase de facilidades. Muy bien podremos comprender su regocijo y aun asombro. Seguramente muchos de ellos conocerían la profecía de Isaías, y al verla cumplirse con tan pasmosa precisión, no podrían menos que alabar al Señor y sentirse enormemente alentados a acometer la tremenda empresa que se les presentaba por delante.

La aportación de Jeremías fue igualmente importante y significativa. Antes de producirse el cautiverio, mientras los falsos profetas pronosticaban paz, y alentaban en el pueblo y los reyes infieles vanas esperanzas de victoria contra los invasores babilónicos, él traía el mensaje inequívoco de la derrota y el juicio severísimo que les aguardaban a manos de las huestes de Nabucodonosor.

Después de las deportaciones de los reyes Joacim y Joaquín, igualmente se levantaron profetas falsos en el lugar del exilio y también en Jerusalén, augurando un

pronto regreso de los cautivos. Otra vez el siervo de Dios levantó su voz para hacer oír la auténtica palabra profética que predecía, no una pronta y fácil vuelta a la tierra natal, sino un largo destierro de setenta años, después del cual, profundamente escarmentados, volverían por fin a sus ciudades y aldeas.

Como siempre sucede a la larga, las pseudo profecías quedaron como hojas secas caídas del árbol, juguetes del viento, que se las llevó haciéndolas desaparecer y quedar en la nada. Muy por el contrario, la genuina palabra de Dios pronunciada en dos oportunidades por Jeremías (25: 11-12 y 29: 10) quedó indeleblemente inscrita en los libros sagrados, de tal manera que aún después de su muerte, permanecía como un testimonio elocuente de que no la había hablado por su cuenta, sino por verdadera inspiración divina.

Y llegado el tiempo que había preanunciado, sirvió de apoyo firme para que otro distinguidísimo siervo de Dios, el profeta Daniel, desempeñase una parte muy importante en el papel de intercesor.

Ya hemos visto anteriormente que, junto con Moisés, Samuel, Noé y Job, las Escrituras le asignan a Daniel un lugar sobresaliente en esta esfera tan fundamental. El capítulo 9 del libro que lleva su nombre, nos da algunos aspectos valiosos acerca de cómo se desenvuelve un verdadero intercesor

En primer lugar, notamos que miró *“...atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años.”* (Daniel 9: 2)

Aun cuando no necesariamente en la línea de determinar, como en este caso, un tiempo en que corresponde que Dios actúe, la intercesión verdadera siempre va de la mano con las sagradas Escrituras y las promesas de Dios que contienen.

Volver el rostro a Dios el Señor, con todo lo que conlleva; buscarlo con oración y ruegos – esas súplicas profundas que por el Espíritu brotan de lo hondo del ser – ayuno, cilicio y ceniza (9: 3) forman también parte de la senda que transita un intercesor.

Toda la oración de Daniel, que va del versículo 4 al 19, es un valioso modelo, en el que se destaca su verdadera y cabal comprensión de las cosas: la justicia y misericordia de Dios; la grandeza de Su nombre invocado sobre Su pueblo y Su ciudad; la culpabilidad sin atenuantes de Israel por su gran desobediencia e idolatría, y con la cual Daniel, a pesar de su rectitud y fidelidad, se identifica plenamente, como lo hace todo auténtico intercesor.

Por último, algo que puede pasar desapercibido y que merece que se tenga muy en cuenta: esta oración de Daniel, que se consigna en el capítulo 9, no es por cierto la única que elevó en ese sentido. Si miramos en el capítulo 6, que cronológicamente debe ubicarse al mismo tiempo o muy poco después del capítulo 9, veremos en el vers. 10 lo siguiente:

“...abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes”-

Esto no podemos menos que hilarlo con 1^ª. Reyes 8: 48 y 49:

“...y si se convirtieren a ti de todo su corazón y de toda su alma, en la tierra de sus enemigos que los hubieren llevados cautivos, y oren a ti con su rostro hacia su

tierra que tú diste a sus padres, y hacia la ciudad que tú elegiste y la casa que yo he edificado a tu nombre, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, su oración y su súplica, y les harás justicia.”

Vemos en esto una sincronización precisa y hermosa de los lineamientos que Dios había trazado para el pueblo de Israel. Y esto a través de ese tesoro de varón que fue Daniel. Cuando muy joven, quizá contando 18 ó 20 años de edad o aun menos, había visto el templo de Jerusalén antes de su destrucción. Ahora, con 80 ó más años de edad, probado, forjado y madurado por la diestra mano divina, aun jugándose la vida, desde tierra lejana derrama de la fuente de su ser esas rogativas y súplicas que habrán de encontrar respuesta segura en el regreso de muchos a Jerusalén y la reedificación del templo destruido. De veras, una hebra dorada y preciosísima en este bordado tan hermoso que la destreza del gran Dios, restaurador de todas las cosas, está confeccionando en todo esto.

Los otros dos profetas, *Hageo y Zacarías*, aparecen en escena unos años después de la llegada a Jerusalén y Judá del contingente que regresó bajo Zorobabel y Josué. Por esta razón dejamos para más adelante sus aportaciones, valiosísimas también, para pasar a tratar el retorno en sí.

Así pasamos al libro de Esdras. El primer versículo es una confirmación y cumplimiento de la palabra de Jehová por boca de Jeremías en cuanto a la duración de setenta años que iba a tener el cautiverio.

Como ya dijimos, hubo tres deportaciones de Judá bajo Nabucodonosor. La primera fue en el tercer año de Joacim, hijo de Josías, y en la misma estaban entre los deportados Daniel y sus tres compañeros, Ananías, Misael y Azarías. La segunda fue unos ocho años más tarde y puso fin al breve reinado de Joaquín, también llamado Jeconías, figurando entre los deportados Ezequiel (Ezequiel 1: 2), Ester y Mardoqueo (Ester 2: 5-6). Y por último la tercera, once años más tarde, al ser llevado cautivo Sedequías, el último rey, y ser quemado el templo por Nabuzaradán, capitán de la guardia y siervo del rey de Babilonia.

Aunque no es posible precisar con absoluta certeza a partir de cuál de las tres deportaciones comenzaron a contarse los setenta años, nos inclinamos a pensar que fue desde la segunda, la del rey Joaquín. Basamos esto en que la predicción de Jeremías 29: 10 fue dada después de esta segunda deportación y dirigida a los cautivos de la misma, según consta en 29:1-3.

Pero ese primer versículo, volviendo al texto de Esdras, junto con el segundo, constituye también un cumplimiento de dos cosas predichas por Isaías: el nombre de Ciro y el mandato recibido de Dios por él de hacer reedificar el templo, en un todo de acuerdo con Isaías 44:28.

Una transformación extraordinaria en los corazones.-

“ Entonces se levantaron los jefes de las casas paternas de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes y levitas, todos aquéllos cuyo espíritu despertó Dios para subir a edificar la casa de Jehová...” (Esdras 1:5)

No deja de maravillarnos y casi asombrarnos, el ver la transformación extraordinaria que el escarmiento de los setenta años en el exilio operó en el pueblo

de Dios. Bien es cierto que no fue un retorno total de todos los desterrados, sino de un remanente de muchos de dos de sus tribus, además de sacerdotes y levitas. Pero ¡qué contraste entre su condición anterior de pueblo rebelde e idólatra a ultranza, y lo que acabamos de leer más arriba!

La añoranza de la tierra natal y el rudo trato recibido en el cautiverio, seguramente incidieron para ablandar sus corazones endurecidos. *Es la eficaz terapia del escarmiento, dolorosa por cierto, y que el Señor sólo emplea con los Suyos cuando los demás recursos no han surtido efecto.*

Y así, vista la nostalgia y el deseo de volver que había en muchos (ver Salmo 137:1-6) Dios renueva su misericordia y hace volver otra vez a Él el corazón de su pueblo.

¡Cuán incansable y persistente es el amor de Dios!

“Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder...” nos dice David en el versículo 3 del precioso Salmo 110.

En esta coyuntura se compaginan el día y la hora de Dios, con el estado de humillación y de buena disposición de su pueblo, y la necesidad de que el nombre del Eterno Jehová sea otra vez levantado en alto. Y el Dios que nunca se cansa, cuya misericordia es para siempre, otra vez abre los cielos para descender sobre los Suyos con ese toque bendito que despierta sus espíritus adormecidos, llenándolos del santo anhelo de dejar atrás ese mundo extraño en que se encuentran, y retornar a su tierra natal para reedificar la casa de Jehová.

¡Cuánto y qué profundamente debe hablar todo esto a los que un día en su pasado amaron al Señor y trabajaron con tesón! Quién sabe por qué variedad de razones, perdieron la visión, se apagaron en sus ansias y hoy día se encuentran envueltos en otros quehaceres, lejos de ese Dios que antes era la gran esperanza e inspiración de sus vidas.

Caro lector que tal vez te sientes, en una manera u otra, atrapado en una situación semejante: hoy el tierno y constante amor divino te habla y te llama, deseando despertarte otra vez a las realidades eternas; te exhorta con bondad y para tu bien a que dejes atrás esa “babilonia” tan ajena a Él en que te encuentras sumido, y que emprendas el regreso a lo que es tu tierra natal y tu verdadero hogar. Allí te espera con los brazos abiertos para restaurarte plenamente y dar a tu vida otra vez real sentido y razón de ser.

En este retorno histórico y memorable de Judá y Benjamín, la mano buena y pródiga del Señor estaba operando en forma maravillosa, casi increíble. No se trataba solamente del favor del Emperador Ciro, expresado en la proclama de que subiesen a Jerusalén a edificar el templo. Junto con ello iba también el mandato de que sus propios súbditos, que moraban en los alrededores de donde ellos estaban, les ayudasen con plata, oro, bienes y ganado, además de ofrendas voluntarias para la casa de Dios. Y esto encontró un eco total en esa gente pagana, que nada había tenido que ver antes con el Dios del pueblo de Israel.

Y así, a esos judíos y benjamitas que al final de cuentas eran sus cautivos, les dieron en abundancia no sólo lo que Ciro les había pedido, sino también el agregado de “cosas preciosas” consignado en capítulo 1:6 (comparar con 1:4).

Nos hace recordar en cierta forma la salida de Israel de Egipto muchos años antes. En esa ocasión Jehová dio gracia a Su pueblo delante de los egipcios, quienes les dieron cuánto pedían de ellos. Fue la prodigiosa justicia divina que en una sola noche ajustó y saldó una vieja cuenta pendiente: ¡el rudo trabajo impago de muchos años, que ahora se cobraba todo de una sola vez y con los intereses acumulados!

Aun cuando el retorno que estamos considerando no era una situación estrictamente análoga, demuestra igualmente la manera en que Dios puede dar un vuelco fundamental y a la vez sorprendente a las cosas, para llevar adelante Sus propósitos. En aquella oportunidad anterior, buena parte de lo que se llevó Israel de Egipto, representó una provisión expresa para la obra del tabernáculo y todos sus utensilios y mobiliario. En ésta, para el templo, sabiendo bien la providencia divina que ni en el desierto en el primer caso, ni en la empobrecida y arruinada Jerusalén en el segundo, se encontraban los medios y recursos necesarios para esas dos grandes empresas.

Otro punto importante fue la devolución de los utensilios del templo de Jerusalén, que Nabucodonosor se había llevado y puesto en la casa de sus dioses. En esta hora de restauración, por supuesto que era importante que esto no se pasase por alto, y Ciro, movido por Dios, los restituyó por mano de Mitridates, su tesorero, entregándolos a Sesbasar, príncipe de Judá, por cuenta y en número total de cinco mil cuatrocientos (Esdras 1:7-11)

Sólo podemos acotar que al Señor nada se le olvida y a Su tiempo Él pone cada cosa en su lugar. Lo cual nos debe llenar de serena confianza en Él para todo.

Un regreso ordenado y bien organizado.

El regreso a Jerusalén y Judá no fue por cierto algo desorganizado y sin orden. Vemos por el contrario que hubo un registro meticuloso de las personas que regresaron, con el número correspondiente a cada lugar de procedencia, además de los siervos y siervas, cantores y cantoras, caballos, mulas, camellos y asnos.

Cuidando de no entorpecer en ninguna manera la espontaneidad y libertad del Espíritu Santo, hemos de velar para que en las cosas prácticas del dinero y demás, siempre haya transparencia absoluta y buen orden. No obstante, este último mejor que sea sencillo y claro, evitándose caer en lo que podría ser algo demasiado detallista o complicado, que resultaría contraproducente.

Más manifestaciones de la gracia divina.-

A su llegada a Jerusalén, la gracia de Dios se siguió reflejando en muchas otras maneras. Una de ellas fue la forma en que algunos jefes de las casas paternas, al venir al lugar donde estaba la casa de Jehová, fueron movidos a ofrendar voluntariamente según sus fuerzas, oro, plata y túnicas sacerdotales. *En tiempos de bendición de lo alto y refrigerio espiritual, la generosidad, tan ausente en otras ocasiones, vuelve a aflorar con todos sus beneficios.*

Otra manifestación de esa gracia fue la estrecha unidad imperante.

“Toda la congregación, unida como un solo hombre...”(2:64)

“...se juntó el pueblo como un solo hombre en Jerusalén.”(3:1)

“...como un solo hombre asistían para activar a los que hacían la obra en la casa de Dios...”(3:9)

El separatismo y las divisiones, dos de los enemigos declarados de la obra de Dios, también desaparecen en “el día de Tu poder”, ¡y qué bueno resulta ver a todo este remanente que ha regresado, entrañablemente hermanado para la labor de levantar otra vez la casa de Dios!

La mezquindad y escasez ceden paso a la liberalidad y abundancia; el desgano y la desunión, al trabajar con ahinco y como un solo hombre.

El altar.-

Al igual que en tiempos de Ezequías, la primer prioridad fue el altar, aunque en este caso hubo que edificarlo, pues el anterior ya no existía.

Los pueblos de las tierras vecinas los miraban con malos ojos desde un principio. Esto les infundió un temor, muy comprensible desde luego, el cual les impulsó a colocar el altar sobre su base sin demora y a ofrecer los holocaustos y sacrificios espontáneos, como así también a celebrar las fiestas solemnes, las lunas nuevas y todo el resto del ritual de la ley de Moisés.

Cuando nos sabemos amenazados o acosados por el enemigo, algo nos hace saber instintivamente que para estar a buen resguardo, la primer medida debe ser la de cerciorarnos de que estamos en el lugar de la más estricta obediencia a la palabra y los mandamientos del Señor.

Los cimientos del templo.-

Aun cuando el altar y los sacrificios y ofrendas ya estaban funcionando, encontramos esta significativa observación:

“...pero los cimientos del templo de Jehová no se habían echado todavía.”(3:6)

La colocación de los cimientos es algo de capital importancia, tanto en el plano material como en el intangible, pero muy real, de lo relacionado con nuestra vida interior y los valores eternos de Dios. La Biblia, como sabemos, les asigna un lugar principalísimo, y si bien no hemos de tratar el tema a fondo aquí, sí señalaremos un par de verdades sobre él.

Jesús puntualizó que poner los fundamentos sobre la roca es lo que se hace cuando *Sus palabras son tomadas en serio y obedecidas cabalmente*. Por el contrario, cuando se las oye pero se las desatiende y no se las pone por obra, equivale a levantar la vida sobre la arena, de modo que al venir los vientos y las tempestades, todo se derrumba y acaba en la ruina. (Mateo 7:24-27 y Lucas 6:47-49)

Esta enseñanza tan sencilla y básica, y además muy conocida, nos lleva naturalmente a la segunda verdad:- la piedra fundamental, o bien la primera piedra (Zacarías 4:7) o la principal piedra del ángulo (Efesios 2:20), todas representan a Jesucristo mismo. Esto lo tenemos claramente profetizado en Isaías 28:16 y plenamente corroborado por Pablo en 1^a. Corintios 3:11 y por Pedro en su primera epístola, capítulo 2:4-7.- Sólo Él puede dar base sólida a nuestra vida, y cuanto edificuemos prescindiendo de Él, a la larga solo nos traerá desengaños y fracasos.

Ahora bien, en esto de fundamentar nuestras vidas sobre Él y su palabra, no hemos de ser superficiales, ni de dar por sentado que con sólo haber experimentado la conversión ya todo está hecho. En Lucas 6:48 Jesús señaló que oír sus palabras y

hacerlas es semejante a cavar y ahondar al edificar la casa, a fin de poner el fundamento sobre la roca.

El símil que Él ha empleado se presta idealmente para ejemplificar gráficamente un aspecto importantísimo y sobre el cual nunca podremos poner demasiado énfasis. Es corriente ver manifestaciones de fe en personas e indicios de conversión como ser gozo o paz y algún cambio en sus vidas y conductas, pero sin que esto sea seguido por un proceso de cavar y ahondar.

En términos prácticos, esto último significa tomar el pico y la pala de la oración, la palabra y la búsqueda de Dios, para quitar la tierra que está encima, la arenilla y podríamos agregar la basura y los desperdicios que pudiera haber, hasta llegar a esa capa rocosa y firme que habrá de dar apoyo sólido a la edificación. Y eso representa - ¿cómo no? - el despojarnos de la pasada manera de vivir, con todas sus ramificaciones mundanas, carnales, pecaminosas, de ocultismo, etc., en un todo de acuerdo con las enseñanzas y exhortaciones contenidas en las epístolas y los evangelios.

Esta labor por supuesto que no se ha de hacer en forma mecánica o rutinaria, sino bajo la tutela del Espíritu Santo, que habrá de llevar a cada uno con Su trato personal a limpiarse “*de toda contaminación de carne y de espíritu*”, con la meta de perfeccionar la santidad en el temor de Dios. (2ª. Corintios 7:1)

En muchísimos casos esta faceta tan primordial de cavar y ahondar se descuida y se le da muy poca importancia. Resultan así una experiencia incompleta y una fe superficial, mientras que por debajo quedan en la personalidad esas raíces y restos de cosas malignas y tendencias pecaminosas. A la larga las mismas afloran y producen estragos de las más diversas clases, como ser el volver al mundo y sus atracciones engañosas, caer en pecados de inmoralidad, crear situaciones de rebeldía y división, enredarse en negocios turbios por amor al dinero, y muchas cosas más que sería muy largo enumerar.

En el trabajo de cavar y ahondar, *uno ha de ser, para su propio bien, muy estricto y exigente consigo mismo, no pasando por alto ni “haciendo la vista gorda” con nada que tenga el menor vestigio de mentira, engaño, impureza o falta de total rectitud.*

Así, sin haber llegado aún a la perfección total y final ni mucho menos, se habrá creado sin embargo un vacío y “tocado fondo”, para que Jesucristo, la piedra fundamental, pueda ocupar el lugar más profundo en nuestra vida, que es el que en realidad le corresponde. Y en esa forma, Él será la base sólida y firme de nuestra vida, y sin la obstrucción o interferencia de esas viejas tendencias malsanas, podrán brotar cosas puras, nobles y fructíferas en nuestro servicio para Él.

Sin adelantarnos demasiado a la aportación del profeta menor Hageo, que vendrá en el próximo capítulo, en su libro encontramos algo estrechamente vinculado con este tema y de mucho peso.

En el capítulo 2 versículos 17 a 19, señala que después de un tiempo de esterilidad y falta de fruto y resultados, había llegado ahora un día concreto, el veinticuatro del noveno mes, a partir del cual el Señor los bendeciría. Esa fecha puntual no respondía a ninguna cábala ni casualidad, sino a una poderosa razón de fondo: *se trata de la día en que se echó el cimiento del templo del Señor.*

¡Cuánta verdad hay en esto! Al igual que muchos otros, quien esto escribe tuvo una etapa en sus labores para el reino de Dios, en que aun con sus mejores esfuer-

zos y buena voluntad, le tocó cosechar fruto muy magro y a veces malo y enfermizo. No obstante, gracias al Señor, llevado por el Espíritu a una laboriosa y perseverante tarea de cavar y ahondar, pudo llegar a un punto en que cambiaron las cosas y comenzó a ver ese fruto sano, apetecible y duradero que tanto anhelaba.

Es posible que muchos que después de un buen comienzo perdieron el rumbo, identifiquen en todo esto una de las causas principales de su decadencia espiritual. Todavía no es tarde – aún están a tiempo de poner manos a la obra y llevarlo a cabo.

Volviendo al texto de Esdras 3, vemos que el comienzo efectivo de la construcción del templo fue en el segundo mes del segundo año del regreso a Jerusalén. Antes de eso, además de la erección del altar, había la necesidad comprensible de que se radicasen en sus viviendas, por lo menos en las condiciones mínimas, y de que se dispusiese la obtención y el traslado de los materiales necesarios para la obra.

Evidentemente se sentía una sana inquietud porque la obra empezase sin más demora.

“...y pusieron a los levitas de veinte años arriba para que activasen la obra de la casa de Jehová.” (3:8b)

“...como un solo hombre asistían para activar a los que hacían la obra en la casa de Dios...” (3:9)

Por una parte, vemos que estaban involucrados *“todos los que habían venido de la cautividad a Jerusalén”* (3:8), pero al mismo tiempo se consignan los nombres de quienes tenían un rol principal o directivo y que contaban con el apoyo pleno de sus hijos y hermanos. (3:8 y 9).

Esto, junto con la frase *“como un solo hombre”*, configura un hermoso cuadro de un pueblo entero trabajando unido y con tesón, y dentro del cual estaba la célula familiar, prodigándose codo a codo padres con hijos y hermanos con hermanos en la más estrecha colaboración. Otra vez vemos en esto los milagros deleitosos que se dan *“en el día de Tu poder”* (Salmo 110:3)

Al llegarse al punto de echar los cimientos, subrayando la gran importancia del acontecimiento, fueron puestos los sacerdotes con sus vestiduras y con trompetas, y los levitas con címbalos, para que cantasen, alabasen y diesen gracias al Señor por Su eterna misericordia.

Y a continuación tenemos algo muy conmovedor. Un buen número de los sacerdotes, levitas y jefes de las casas paternas, hombres ancianos que habían visto la casa anterior, al ver que se echaban los cimientos de la nueva casa, lloraban en alta voz, profundamente emocionados. Como niños quizá de ocho, diez o más años de edad, habían sido llevados en cautiverio a tierra extraña y lejana con sus padres y demás familiares. Ahora, después de setenta largos años – toda una vida – vuelven a la tierra querida de su infancia y niñez, y ven que se edifica otra vez la casa de Dios, que había sido saqueada, derrumbada y quemada por los caldeos.

Bien podemos situarnos en su lugar, y comprender y apreciar plenamente esas lágrimas de la más tierna emoción y gratitud al Señor, que después de tantos años, al acercarse al fin de sus vidas, les permitía presenciar y vivir esta increíble escena, milagro maravilloso del gran Dios al cual no nos cansamos de llamarlo el restaurador de todas las cosas.

Y apenas si hace falta que comentemos la analogía espiritual del regreso al hogar, después de estar en el destierro por muchos años.

Simultáneamente con esto, muchos otros, más jóvenes por supuesto, daban grandes gritos de alegría. Ellos no habían visto el templo anterior, pero lo hacían igualmente para exteriorizar su gran regocijo por lo que estaba pasando. Y así se mezclan el clamor de los gritos de júbilo con la voz del lloro y el llanto emocionado, y esto, de miles y miles.

El ruido se oía de lejos, rompiendo el triste silencio de las siete décadas de desolación – en verdad una escena y acontecimiento inolvidable, que ha de arrancar de nuestros corazones notas de admiración y alabanza, a la par que encender en muchos que se encuentran en un exilio espiritual, esperanzas vivas y bien fundadas de un retorno feliz a su tierra y a su verdadero hogar.

¡Para todos ellos, los brazos del Amantísimo Padre siguen abiertos de par en par!

----- () -----

CAPÍTULO XII.-ZOROBABEL Y JOSUÉ (2) Dificultades, victoria y feliz culminación.-

Estratagemas y ataques de los pueblos vecinos.-

Como sucede casi siempre, la reacción de los enemigos del pueblo de Dios no se hizo esperar:

Primeramente tomó la forma muy astuta de un ofrecimiento de colaboración:

“...Edificaremos con vosotros, porque como vosotros buscamos a vuestro Dios...” (Esdras 4:2)

Felizmente, Zorobabel, Josué (también llamado Jesúa) y los demás jefes de casas paternas, advertidos de que no sería sino para gran perjuicio, rechazaron la oferta con toda firmeza.

En el terreno espiritual, así como también en el material, muchas veces el enemigo ha empleado esta táctica, y hasta el día de hoy trata de seguir haciéndolo.

Cuando Israel salió de Egipto, también subió con ellos una gran multitud de toda clase de gentes, y ovejas y muchísimo ganado (Éxodo 12:38). Más tarde, en Números 11:4 se nos dice:

“Y la gente extranjera que se mezcló con ellos tuvo un vivo deseo...”, lo cual incitó más a los hijos de Israel a llorar y codiciar carne.

En el ámbito de la iglesia, muchísimos son los casos en la historia en que un aumento numérico, con toda la apariencia de brindar grandes beneficios económicos y de otra índole, ha resultado en realidad una infiltración diabólica que ha acarreado consecuencias desastrosas.

Fracasada esta estratagema, los pueblos de la tierra pasaron al ataque frontal, intimidando a Judá y buscando atemorizarlo para que no edificara la casa de Dios. Como si esto fuera poco, sobornaron a los consejeros de la región en forma persistente, para obstruir y obstaculizar la obra. .

Aquí se advierte cual era la verdadera intención que traían, por debajo y por detrás de la apariencia mostrada al principio de querer colaborar. Lo que en realidad buscaban no era otra cosa que impedir que el templo se levantase, denotando un espíritu absolutamente contrario a Dios. Para ello no vacilaban en emplear los recursos más viles, como la intimidación, el soborno y la mentira, lo cual ponía de manifiesto su odio al pueblo de Dios y a la causa Suya.

Como a pesar de toda la oposición y contrariedades la obra seguía, apelaron a la calumnia y a la mentira, logrando que el canciller y el secretario, como así también los jueces y demás oficiales de la región, enviasen al rey de Persia, que entonces era Artajerjes, una carta en que se acusaba a Judá y Jerusalén, falseando la verdad de los hechos y de la historia en una forma por demás engañosa.

Entre paréntesis, este rey Artajerjes, es reconocido por algunos historiadores como Artajerjes I Longímano, y debemos acotar que hubo varios Artajerjes en la historia de aquellos tiempos; asimismo hubo más de un Darío y de un Asuero, lo que ayudará a disipar algunos interrogantes que de otro modo se presentan en cuanto a la fechas, al compararse alusiones a reyes con estos nombres que apare-

cen en distintas partes de los libros de Esdras, Nehemías, Ester, Daniel, Hageo y Zacarías.

Continuando con lo que decíamos, la carta fue leída delante del rey, quien después de hacer realizar una investigación que dio lugar a un informe parcial y tendencioso, dispuso que cesase la obra y no continuase hasta que él diese nueva orden. Demás está decir que no bien recibida esta respuesta del rey, el canciller, el secretario y todos sus colaboradores fueron con ella en mano a Jerusalén, y con poder y violencia hicieron que la labor de edificar se dejase por completo.

Así, algo que había empezado tan bien – en el tiempo y la voluntad plena del Señor y además con Su respaldo y bendición en todos los niveles – parecía que iba a terminar en el más rotundo fracaso. Pero la pericia y la providencia divinas se iban a manifestar una vez más con sus recursos inagotables, para sacar a flote la situación y llevar la importante empresa a feliz término.

Aun cuando no es posible afirmar con absoluta certeza por cuánto tiempo estuvo interrumpida la obra, se estima que fue por unos dieciseis años, muy largo espacio por cierto.

Durante ese lapso de tiempo, la mano invisible del artífice eterno estaba obrando en secreto para forjar a dos siervos de la estirpe de los auténticos, que habrían de aparecer en escena y traer la palabra de lo alto, contundente y eficaz.

La aportación de Hageo.-

Su nombre significa “festival a Jehová” o bien “nacido en un festival.”

A esta altura, Isaías, Jeremías y posiblemente Daniel también, ya han entrado en su reposo, pero el linaje profético no ha quedado extinto, y en esta hora oscura y de gran crisis, junto con Zacarías, le toca a Hageo levantar y mantener en alto la antorcha del mensaje celestial.

Los dos capítulos del breve libro que lleva su nombre, nos dan mucho material de interés que amplía nuestra comprensión de lo que estaba aconteciendo en Jerusalén y sus alrededores en esos años.

Mientras que el relato de Esdras se centra en las dificultades causadas por la oposición de los enemigos, en Hageo aparece otro factor, a saber la apatía del pueblo de Dios en cuanto al templo y su preocupación afanosa por sus propias viviendas.

A primera vista, esto podría parecer una contradicción entre lo que dice un libro y lo que dice el otro. En realidad no lo es, sino que podríamos decir que el escriba autor de Esdras ha consignado los hechos en la forma objetiva en que él los veía, mientras Hageo está hablando desde la perspectiva divina, que más allá de lo tangible y visible, está viendo el estado y las intenciones del corazón.

La oposición de los enemigos y la orden de que cesase la obra eran muy reales, pero el Señor veía que, refugiados en eso, se esmeraban en cuidar muy bien de sus propias casas, mientras que el templo quedaba desierto. (Hageo 1:4 y 9)

Había tratado de llamarles la atención y que se diesen cuenta de que las cosas no estaban bien, retaceando la bendición sobre sus cosechas y labores, pero el mensaje enviado en esa forma no había sido comprendido. (1:6 y 9 -11) A través de Hageo ahora les hace llegar esto en forma verbal y con toda claridad. Junto con ello va una exhortación que resulta clave, y que al obedecerla los iba a sacar del atolladero en que se encontraban:

“Subid al monte”

“Subid al monte, y traed madera, y reedificad la casa; y pondré en ella mi voluntad, y seré glorificado, ha dicho Jehová.” (1:8)

Espiritualmente, la analogía de “subir al monte” es muy clara: representa escalar desde el llano de la mediocridad a esas alturas de comunión con el Señor, orando con tesón y llenándonos de Dios y de Su gracia. Esto último será lo que dará verdadero sentido y sustancia a todo lo que hagamos en la obra y en el ministerio.

Es muy fácil caer atrapado en una red de activismo que absorbe lo mejor de nuestro tiempo y de nuestras fuerzas, con muy poco o nada de empaparnos de la presencia de Dios, para renovarnos y recibir nuevas fuerzas de lo alto.

Aun cuando se encuentra en el terreno de lo alegórico, vale la pena notar que muchos siervos de Dios como Moisés sobretodo, pero también Abraham, Josué, Caleb, Elías y otros, en una forma u otra tuvieron su trayectoria jalonada con los montes y las alturas, tales como el Monte Moria, Horeb, el Sinaí, el Carmelo, etc.

Tampoco se nos debe pasar por alto que durante los tres años de su ministerio, Jesús, aparte de ser maestro, médico que sanaba a los enfermos de cuerpo y alma, liberador de los encadenados por malos espíritus y tantas cosas más, fue *¡un buen alpinista!* Su famoso sermón que aparece en los capítulos 5, 6 y 7 de Mateo, fue dado sobre el monte; al elegir a sus doce apóstoles, según se nos cuenta en Marcos 3:13, *“...subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él.”*

Para la trascendente ocasión de la transfiguración, subió con Pedro, Jacobo y Juan a un monte alto (Marcos 9:2); y muchas son las oportunidades en que los evangelios nos cuentan que subió al monte de los Olivos, de tal manera que Lucas 22:39 nos dice que *sólo hacerlo.*

Claro está que esto no va para estimularnos a escalar la Sierra Nevada, el Aconcagua o el Everest, si bien a veces es bueno, si se puede hacer, subir a alguna altura para buscar a Dios y comunicarnos con Él en una manera especial. A lo que vamos, en cambio, es a lo que significa subir de las bajezas y el llano de la apatía y superficialidad, a esas alturas hermosas y sublimes de la verdadera oración en el Espíritu que nos llevan a una entrañable unión y comunión con el Padre y su Hijo Jesucristo. *Así como el remanente en los tiempos que estamos considerando había de emprender la cuesta arriba con las manos vacías, para volver cargados de madera sana y sólida para la edificación del templo; así hemos de hacerlo nosotros, descendiendo con la “madera” de abundantes renuevos de amor, fe, palabras de bondad y aliento, apoyo desinteresado a nuestros líderes, gozo que proviene de la esperanza que ha renacido y tantas cosas más, que sólo el cielo nos puede dar.*

La exhortación iba con el verbo en plural – “subid” – dirigida a todos, pues era el privilegio y la responsabilidad de todos sin excepción el hacerlo en ese entonces, como lo es igualmente de todos nosotros hoy en día.

¡Qué revolución potente y transformadora veríamos en las iglesias de la actualidad, si se diese que todos sus miembros se tomaran bien en serio esta exhortación! *Todo el malestar y la frialdad imperantes en muchas de ellas desaparecerían, para dar paso a un soberano bautismo de amor y unidad entrañable, con las derivaciones más benditas y fructíferas que nos podamos imaginar.*

El mensaje que trajo Hageo encontró un eco profundo no solo en los dos dirigentes, Zorobabel y Josué el sumo sacerdote, sino también en todo el resto del pueblo. Aquí resalta lo que puede parecer solo un detalle, pero que en realidad es algo que reviste singular importancia:

“...vino palabra de Jehová por medio del profeta Hageo...” (1:1) y

“...oyó Zorobabel...y Josué...y todo el resto del pueblo, la voz de Jehová su Dios...” (1:12)

Una de las cosas que sin duda distingue al verdadero siervo de Dios, es la de poder y saber traer la palabra de Dios con la voz de Dios. Cuando lo que oímos no viene así, podrá ser correcto, sano y aun muy bíblico, pero sonará como mera letra y en otros casos, como algo seco, hueco y a veces aun traerá la semejanza del látigo que fustiga, o del palo de la reprensión dura y áspera.

La voz es algo tan distintivo: alguien nos puede llamar por teléfono, por ejemplo, y sin darnos su nombre, con sólo pronunciar una o dos palabras, generalmente nos hará saber quién es, por el solo hecho de que conocemos su voz, única e inconfundible.

Así es la voz del Señor para quienes le conocen. Hay un algo indefinible, pero muy especial en la entonación y en el acento, que hace que así sea. El siervo que trae así la palabra divina, aun conservando su forma de ser y su estilo peculiar y propio, según lo mueva el Espíritu que mora en él, podrá estar afectado en distintas maneras: sintiendo el fuego del altar que arde en su pecho, o la más tierna y entrañable compasión y misericordia; o bien la ira santa por el pecado y la hipocresía, o una potente fuerza interior que le hace proclamar con energía algo de especial importancia.

También podrá estar inmerso en la más profunda paz y confianza, lo que le hará hablar con absoluta calma y seguridad; o estar lleno del gozo del Señor, gozo que contagiará a los que le escuchen; o podrá tener hondos anhelos de comunicar a quienes le escuchan las gracias celestiales de que está hablando, lo que le hará intercalar aquí y allá el suspirar o el gemir del Espíritu; o bien al tocar cosas deleitosas y sublimes podrá derramar lágrimas de emoción santa, o fluctuar del silbo apacible y delicado al transmitir el secreto del consejo de lo alto, a la voz de trompeta o de trueno al querer despertar espíritus adormecidos o alertar de peligros que se ciernen sobre el pueblo de Dios.

La gama de matices es muy amplia y variada, pero quien oiga, a menos que tenga gran insensibilidad o esté muy endurecido o rebelde, podrá saber sin temor a equivocarse que lo que está escuchando viene de veras con la voz de Dios.

El verdadero siervo generalmente también sabe cuándo está dando la palabra que le ha sido encomendada, con la voz que corresponde. Si en alguna ocasión no le saliere así, padecerá una frustración interna que le hará redoblar sus esfuerzos en la búsqueda del rostro del Señor inquiriendo por qué.

“¿No he sido lo suficientemente diligente?”, o bien:

“¿Ha habido en mí un sutil y secreto deseo de lucimiento personal o protagonismo?”, o “¿será que no he sabido entresacar lo precioso de algo vil y escondido, para así poder ser como Tu boca?” (Jeremías 15:19).

A veces, para su alivio recibirá la respuesta de que no ha sido nada de eso lo que ha causado la falta de la unción a que está acostumbrado, sino el haber estado en

un lugar de apatía y desorden, donde el Señor necesariamente se ve obligado a retacear esa gracia tan preciada y valiosa.

Para algunos que miran y tratan estas cosas con fría objetividad y sin ir más allá de los estrechos confines del razonamiento natural, lo que acabamos de tratar de describir tal vez les pueda parecer como excesiva subjetividad, o bien emocionalismo o tal vez una forma de misticismo no del todo aconsejable. Reconocemos desde luego que en ocasiones la palabra habrá de darse tal cual y aun desprovista de esos matices, porque la situación quizá así lo requiera. No obstante, quien ha aprendido a los pies del Maestro *a sacar Su palabra con Su voz*, no podrá menos que estar de acuerdo, si no con la totalidad del detalle, sí con la esencia de lo que venimos diciendo.

Como se ha dicho anteriormente, la exhortación fue bien recibida por los dos dirigentes, Zorobabel el gobernador y Josué el sumo sacerdote, como así también por todo el resto del pueblo. Esa voz de Jehová su Dios con que Hageo la dio, les hizo saber sin lugar a dudas Quién le había enviado, y como corolario o resultado natural *“temió el pueblo delante de Jehová.”*(1:12b).

“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová;” se nos dice en Proverbios 1:7. Cuando nos insensibilizamos por la desobediencia o el pecado, ese temor tan sano y bueno en todo sentido para nuestra alma, se disipa para dar paso al factor contrario, esa falta de reverencia y aun de respeto, que es a su vez tan perjudicial y peligrosa. Pero la palabra viva de Dios tiene la bendita virtud de restaurar ese temor con sus consiguientes beneficios, y al mismo tiempo, otra virtud más reflejada al final de Hageo 1:12: *nos hace sentir que estamos delante mismo del Señor.*

Es fácil repetir en forma superficial y rutinaria la frase “delante de Dios”. Se la oye con mucha frecuencia y a veces ¡qué hueca que suena! Empero, vivir en verdad en esa bendita presencia, y más aun poder transmitirla a otros, es algo fundamentalmente diferente y que solo lo conocen quienes viven de veras cerca de Dios, como este varón Hageo.

El pasaje nos estimula a las dos cosas: temer de veras al Señor y vivir delante de Él. Lo primero es un temor reverencial y hondamente respetuoso, que brota de tener plena conciencia de Su maravillosa grandeza y gloria. Lo segundo es una consecuencia directa de lo anterior, que nos mueve a tener muy presente Su omnipresencia y saber que está muy al tanto de cada detalle de lo que hacemos, decimos, pensamos y sentimos. Cultivar tanto lo uno como lo otro con la ayuda del Espíritu Santo, seguramente que redundará en considerable beneficio y progreso para nuestra vida espiritual.

Vista la buena acogida que tuvo el mensaje traído por Hageo, el Señor le movió a pronunciar una nueva palabra, que esta vez era de aliento, no de reprensión:

“Yo estoy con vosotros, dice Jehová” (Hageo 1:13b).

Otra vez nos encontramos con algo que tan a menudo se repite superficialmente, y a veces sin que sea estricta verdad. Cuando el Señor de veras está con nosotros en cualquier empresa, los resultados se hacen ver y sentir con toda claridad. No falta la provisión material o económica, la paz y la armonía imperan como una bendita constante, y el fruto sano y apetecible se evidencia a su tiempo. Puede haber dificultades o contrariedades, pero si se mantienen la mirada y la confianza en Él y se sigue con fidelidad y fe la labor que a uno le ha sido encomendada, Su gracia siempre dará la salida o la respuesta necesaria.

Espíritus despertados.-

“Y despertó Jehová el espíritu de Zorobabel...de Josué...y de todo el resto del pueblo; y vinieron y trabajaron en la casa de...su Dios”(1:14).

De nuevo nos encontramos con algo que merece una consideración detenida, aunque no sea demasiado extensa. Para ello, en primer lugar, debemos hilarlo con Esdras 1:5:

“Entonces se levantaron los jefes de las casas paternas de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes y levitas, todos aquellos cuyo espíritu despertó Dios para subir a edificar la casa de Jehová, la cual está en Jerusalén.”

Se estima que esto había sucedido algo así como unos veinte años antes. En su destierro en Babilonia se encontraban sumidos en un profundo letargo en cuanto a las cosas de Dios, pero llegada la hora, en Su gran misericordia el Señor despertó sus espíritus para encenderlos de un vivo deseo de volver a la ciudad santa a reedificar el templo, según ya vimos en el capítulo anterior.

No obstante, el desgaste del tiempo transcurrido, las dificultades causadas por la fuerte oposición de los enemigos y la inquietud personal por la vivienda propia, otra vez los han adormecido en su fuero interno, y la visión y el deseo ya no están latentes como antes. Pero el incansable Dios, fiel, perseverante y misericordioso como ninguno, no desmaya ni se inmuta, sino que con inmensa bondad *vuelve a tocar sus espíritus*, otra vez dormidos e insensibles, *para que despierten de nuevo* y pongan manos a la obra, que la batalla, lejos de estar perdida, habrá de tener un vuelco total para terminar en resonante victoria.

¡Cuántas veces en las vicisitudes del ministerio, en las pruebas y las luchas que se presentan, nos encontramos en situaciones como ésta! Las dificultades y los errores propios, junto con los de los que nos acompañan y la malicia del enemigo que a veces nos acosa, nos llevan a estar a punto de claudicar y “tirar la toalla”. La visión, si no se pierde, queda por lo menos seriamente empañada y parece que todo terminará en decepción y fracaso.

Pero otra vez el Eterno Dios – lo repetimos, el incansable – despliega Su inagotable gracia y poder, viniendo a nuestras vidas con benditos renuevos de amor, fe y esperanza. De pronto nos sentimos rejuvenecidos, tremendamente oxigenados por el soplo celestial, y otra vez nos ponemos de pie y marchamos a la primera línea de combate, convencidísimos ahora de que por Su gracia la victoria es segura.

¡Aleluya! Sí, hermano lector querido, ¡arriba ese corazón! Nuestro formidable Dios, que ha fijado su mirada en nuestras pequeñísimas personas llamándonos a Su servicio santo y glorioso, no se ha equivocado al hacerlo. Podremos haber cometido muchas torpezas y errores; podrá el enemigo rugir con odio y saña, pero si el amor de nuestro corazón sigue centrado en Él, de seguro que se cumplirá la bendita promesa:

“La caña cascada no quebrará,

Y el pábilo que humea no apagará,

Hasta que saque a victoria el juicio.” (Mateo 12:20)

El resultado de ese despertar de sus espíritus fue que vinieron y trabajaron en la casa de su Dios. Antes estaban esparcidos, cada uno en lo suyo y la casa desierta; ahora todos están unidos y en el mismo lugar – el templo del Señor - para trabajar con ahinco, codo a codo, corazón a corazón. Ese es el efecto de la genuina palabra de lo

alto; a diferencia de palabras traídas por quienes no son enviados de veras por el Señor, que a menudo separan y confunden, *ella siempre promueve la unidad de los hermanos y pone el deseo de trabajar con nobleza juntos para Dios.*

Sería demasiado extenso comentar el resto del libro de Hageo. La primera parte del segundo capítulo contiene una exhortación a esforzarse y trabajar, en la seguridad de que el Señor está con ellos, después de lo cual pasa a dar promesas de bendición, que van más allá incluso del futuro inmediato de aquel entonces, adquiriendo en algunas partes caracteres mesiánicos.

Redondeamos esta parte con una referencia y breve consideración sobre las muy conocidas palabras del versículo 9:

“La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera...y daré paz en este lugar...”

Si intentar explicar cómo puede haber sido el cumplimiento de esto en aquella coyuntura concreta, nos limitamos a aplicar la promesa al terreno específico de la restauración, que al fin y al cabo es nuestro tema central.

Después de haberse apartado uno del camino y haber sufrido el escarmiento, representado aquí por el cautiverio, si se responde al llamado divino y se emprende con propósito el retorno y el volver a amar, seguir y servir a Jesús, en Su inmensa bondad no solo nos restaurará por completo, sino que, en la medida en que lo busquemos con hambre y con sed, nos dará mucho más de lo que tuvimos en un principio. Esto lo adelantamos en la introducción, ya lo vimos en casos anteriores y lo seguiremos viendo más adelante.

Desde luego que esto no ha de tomarse como pretexto para dejar al Señor, pensando que a su tiempo nos traerá de vuelta al redil, e incluso terminaremos mejor que antes. Eso podría ser suicida y además, debemos tener muy presente que de los que marcharon en cautiverio, solamente regresó un remanente relativamente pequeño de dos de las doce tribus. Los demás, tristemente no volvieron. Que no seas tú, querido lector, uno de ellos - de los que no volvieron.

La aportación de Zacarías.-

Aunque con un estilo y unos matices muy distintos, el papel de Zacarías fue igualmente valioso y eficaz. Su nombre significa “Jehová, o el Señor, recuerda”, lo que de por sí ya nos dice mucho. Dios se había puesto bajo juramento con Abraham muchos siglos antes de todo esto, de bendecir su simiente o descendencia, tanto la natural como la de la fe, y de hacer que poseyeran las puertas de sus enemigos. (Génesis 22:17)

En esa situación en que se encontraban, rodeados de dificultades y acosados por la persistente y malvada oposición de sus enemigos, venía como un estímulo especial que Dios les enviase un siervo llamado Zacarías: cada vez que se lo veía o nombraba, quedaba repetida la fiel promesa – Jehová recuerda.

El libro de Zacarías es bastante más extenso que el de Hageo. Buena parte de él consta de visiones que tuvo, a no todas las cuales les podemos precisar su exacta aplicación. Generalizando, podemos decir que los primeros ocho capítulos en su mayor parte están dirigidos a la situación que nos ocupa, es decir la reedificación del templo. El resto del libro se proyecta más al futuro, conteniendo profecías mesiánicas y otras correspondientes al final de los tiempos.

La tónica general de la primera parte era la de alentar al remanente en la tarea de la reconstrucción, recordándoles en más de una oportunidad que el cautiverio se había debido a la obstinada y persistente rebeldía de sus padres. Junto con esto iba la promesa de que ahora las cosas cambiarían y habría paz, bendición y prosperidad y aun los que estaban lejos vendrían a ayudar a edificar el templo.

Para que esto se concretase, se les exhortaba a la obediencia, a la plena rectitud en su andar con el hermano y el prójimo, y a que se esforzasen sus manos en la obra.

En el capítulo 8:9-15 vemos una importante coincidencia con lo ya visto en la ministración de Hageo en cuanto al vuelco que habría en la situación una vez echados los cimientos. En efecto, antes de eso no había habido prosperidad ni paz, pero a partir de ese evento tan fundamental que ya hemos comentado, todo se iba a ir trocando en bendición. Lo cual subraya claramente la importancia y el lugar insustituible de los cimientos y el fundamento, tanto en el templo de aquella época, como en el actual de la iglesia y en la vida cristiana a nivel individual.

Comparando las fechas que nos dan los dos libros, encontramos que Hageo profetizó entre el primer día del sexto mes del segundo año de Darío – identificado generalmente como Darío Hystapsis - hasta el veinticuatro del noveno mes. Por su parte Zacarías comenzó un poco más tarde, en el octavo mes del mismo año, y la última fecha que se nos consigna es el cuarto día del mes noveno, pero del cuarto año de Darío (7:1), aunque posteriormente siguió profetizando, sin que haya constancia de las fechas.

Quizá lo que más resalta en Zacarías es su ministerio específico para los dos líderes, Josué el sumo sacerdote, contenida en el capítulo 3 y en el 6, versículos 9 al 15, y para Zorobabel, el gobernador, que se encuentra en el cuarto capítulo. Lo que nos lleva a una verdad a veces ignorada u olvidada: los siervos de Dios que van en vanguardia animando y llevando al pueblo adelante, también necesitan ser estimulados, fortalecidos y aun a veces sanados de heridas a que están tan expuestos, por encontrarse en la primera línea de combate.

Ministración a Josué el sumo sacerdote.-

Como ya se ha dicho, la encontramos en el tercer capítulo y también en el texto del 9 al 15 del sexto capítulo, y como se podrá comprobar mirándolos detenidamente, ambos pasajes, si bien dirigidos primariamente a Josué, tienen partes que toman una proyección decididamente mesiánica.

Josué, el sumo sacerdote, estaba delante del ángel de Jehová y Satanás a su derecha para acusarle. Notamos el recato con el cual es reprendido: *“Jehová te reprendida, oh Satanás...”*, (3:2) que hilamos con Judas 9:

“...el arcángel Miguel...no se atrevió a proferir juicio de maldición...sino que dijo: el Señor te reprenda.”

Haremos bien en tener muy en cuenta estos dos pasajes, para cuidarnos mucho, como ya hemos dicho, de no ir más allá de los límites que nos ha fijado la palabra de Dios en este terreno.

En el versículo 3 del referido capítulo tercero, se nos dice que Josué estaba vestido con vestimentas viles y estaba así delante del ángel. El sumo sacerdote, que debía

llevar las prendas sacerdotales para honra y hermosura (Éxodo 28:2) ¡y aquí está delante del mismo ángel de Jehová con vestiduras viles! ¡Con razón que Satanás estaba a su derecha para acusarle!

A renglón seguido se manifiesta la gracia del Señor, con la orden de que se las quiten y en vez se le vista de ropas de gala y se le ponga una mitra limpia sobre su cabeza.

“Mira que he quitado de ti tu pecado y te he hecho vestir de ropas de gala.” (3:4)

Hasta donde podemos entender, el sumo sacerdote, el personaje principal en importancia junto con Zorobabel el gobernador, estaba contaminado, y para que la obra de reconstrucción pudiese continuar debidamente, se hacía imprescindible remediar la situación.

No podemos sino hilvanar esto con la exhortación de Pablo en Efesios 4:22 y 24:

“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos...”

“y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.”

Con lo mucho que es conocida esta verdad, y el pronto asentimiento y aprobación con que generalmente se la recibe - exteriormente por lo menos - a menudo nos preguntamos hasta qué punto realmente se la comprende y se la toma de veras en serio. Para poder glorificar genuinamente a Dios en nuestra vida y llevar fruto duradero y real, un requisito primordial es que la operación de la gracia en nosotros quite el pecado como una constante en nuestra vida, tal como lo expresó Jesús en Juan 8:36, refiriéndose al contexto de la esclavitud del pecado:

“Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.”

Desde luego que esto es parte integral de toda auténtica restauración espiritual.

Inmediatamente después del cambio de vestiduras, Josué es amonestado a obedecer y ser escrupulosamente fiel, con la promesa de que así tendría un lugar de responsabilidad y de honra junto con sus compañeros, pero no por encima de ellos. Esto último lo señalamos como un sano y correcto freno o limitación para nuestras ambiciones espirituales: ser todo lo que Dios quiere que seamos, nada menos, pero tampoco nada más. Así nos libramos del sutil lazo de querer estar por encima de nuestros consiervos, que ha atrapado y arruinado a muchos.

En la segunda parte del capítulo 6, del 9 al 15, encontramos otra sección dirigida a estimular a Josué, y que evidentemente tiene matices proféticos relacionados con Cristo, el Mesías, el cual brotaría de sus raíces y edificaría el templo de Jehová.

Nos eximimos de comentar el aspecto mesiánico. En cambio puntualizamos escuetamente que se trata de otra palabra de ánimo y promesa, confirmando y ampliando el papel que ha de desempeñar Josué, secundado y apoyado por compañeros dignos que estarán a su lado – “de los del cautiverio que regresaron.”

Asimismo se añade que los que están lejos vendrán y ayudarán a edificar el templo. Refuerzos importantes y necesarios serían éstos – un aliciente grande para los que ya estaban acometiendo la empresa. Al mismo tiempo, una nueva expresión de la gracia restauradora, que por así decirlo, se ensancha más aun: *de los que todavía están lejos, también vendrán y ellos también tendrán su parte en esta gloriosa tarea de reedificar la casa de Dios.*

Las promesas siempre acarrearán la responsabilidad de nuestra parte de prestarnos a la gracia que nos traen, correspondiendo a ella con nuestra máxima obediencia y fidelidad. Por otra parte, esto no significa que hemos de tratar de “ayudar” a Dios para que cumpla predicciones de bendición que podamos haber recibido. Solamente se trata de andar en forma consecuente con Él, para que pueda sin impedimentos ni estorbos llevar adelante Sus propósitos

“...Y esto sucederá si oyereis obedientes la voz de Jehová vuestro Dios.”
(6:15b)

Antes de continuar, otra exhortación amorosa al lector que todavía se encuentra lejos y en el cautiverio: el llamado del Señor es claro y sigue en pie. *Muchos ya han vuelto; comienza tú también a emprender el retorno, que hay un lugar para ti entre todos los hermanos que ya están edificando. En vez de seguir malgastando tu vida en lo efímero y pasajero de lo terrenal, inviértela en el templo que ha de perdurar por toda la eternidad.*

Ministración a Zorobabel, el gobernador.-

Está contenida en el capítulo 4. Después de ser despertado por el ángel, Zacarías ve un candelabro todo de oro, con un depósito encima y sus siete lámparas.

En el orden neotestamentario, el candelabro significa la iglesia según vemos en Apocalipsis 1:20. Este aspecto esperamos tratarlo detenidamente cuando lleguemos a los tres primeros capítulos de ese libro, en la segunda parte de esta obra, mirándolos desde nuestro enfoque de la restauración.

Lo único que ponemos de relieve aquí es que era todo de oro, que representa lo divino, es decir lo que viene de Dios y es verdaderamente Su obra y no la humana, y además que, con un depósito encima se denota que su fuente de suministro estaba en lo alto.

Es muy importante entender, al pasar a la tan bien conocida promesa del versículo 6: “*No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos*”, dirigida a Zorobabel, que la misma se encuentra directamente relacionada con el antecedente del candelabro:

“¿ *No sabes qué es esto?*” (refiriéndose al candelabro que acababa de ver).

“...Y dijo: *No, Señor mío. Entonces respondió y me habló diciendo: Ésta es palabra de Jehová a Zorobabel*” (4:5 y 6)

De esto se desprende con toda claridad que esta promesa no puede aplicarse en forma arbitraria y para cualquier situación. Para tener sustancia y solvencia, tendrá que apoyarse en un orden de Dios, en el cual se le busca y se le permite establecer el oro de lo divino y ser Él y no ninguna otra cosa, la fuente que suple lo necesario.

Planteándolo en una forma más general, Dios necesita para la operación sin estorbos de Su Espíritu, una tierra bien preparada, aun cuando no podemos precisar los requisitos específicos, que podrán variar de un caso a otro.

De todas maneras, para lo que nos ocupa debemos entender que Dios mismo había preparado el terreno y establecido Su orden, representado en figura por el candelabro, el número siete de las lámparas hablándonos, claro está, de algo perfecto y completo puesto por Él y no por los hombres.

“¿ Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura;” (4:7a)

Ese monte de la imposibilidad, que se erguía orgulloso y soberbio delante del pueblo de Dios, era muy probablemente la prohibición de edificar de parte de Artajerjes, consignada en Esdras 4:17-24 y que ya hemos comentado antes en este mismo capítulo. Al ponerse Zorobabel frente a él y enfrentarlo, el Espíritu Santo lo iba a reducir a llanura, del mismo modo que al acercarse al Jordán los sacerdotes que llevaban el arca, al punto de mojarse los pies, el río que se desbordaba por sus orillas tuvo que abrirse para ceder paso a toda una nación. (Josué 3:15-17)

Nuestro Dios, a través de la historia, tanto antigua como moderna y contemporánea, vez tras vez se ha demostrado como el Gigante Todopoderoso, para el cual no hay imposibles. ¡Loado sea Su Nombre!

Aun hay más promesas de estímulo para Zorobabel:

“...él sacará la primera piedra con aclamaciones (gritos, o clamores según otras versiones) de Gracia, gracia...” (4:7b)

¡Qué bendita palabra! La primera piedra, la piedra fundamental, él la iba a hacer colocar mientras el pueblo entero prorrumpía en aclamaciones jubilosas de gracia, gracia.

Desde luego que el paralelo espiritual no es menos hermoso. *La principal piedra del ángulo, como la llama Pablo en Efesios 2:20, y también la cabeza del ángulo, como se la distingue en el Salmo 118:22 y en Lucas 20:17 – Jesucristo mismo, que es eso y mucho más para su iglesia universal – prolijamente colocada por el Espíritu Santo en la base y corazón de la iglesia local y de la vida del cristiano, dando apoyo y sostén sólido y seguro a todo lo que se sobreedifica.*

Bien podemos visualizar las expresiones de regocijo por este bien sin par. ¡Que en nuestra iglesia y vida personal esto sea verdaderamente así!

Y a esas aclamaciones de gracia, gracia a ella, bien podemos agregar las respuestas de gracia de Su parte: gracia para vencer en la lid; gracia para que el pecado no se enseñoree más sobre nosotros (Romanos 6:14), gracia para servirle con total fidelidad en las buenas y en las malas; gracia para ser todo lo que Dios ha querido que seamos – en fin, gracia que sobreabunda en todo y para todo.

¡Gloria a Él, el Dios de toda gracia (I Pedro 5:10); al Espíritu de Gracia (Hebreos 10:29b) y a Jesucristo, de cuya plenitud tomamos todos y gracia sobre gracia (Juan 1:16)!

Todavía continúa Zacarías, movido por la inspiración divina, añadiendo a lo ya dicho para confirmar y fortalecer más aun a su siervo. Sus manos echarían (o habían echado, según otras versiones) el cimiento de la casa y sus mismas manos la acabarían. (4:9)

Él es el Dios cuyos dones y llamamiento son irrevocables. Sin duda, al poner Su mano sobre el arado de nuestras vidas, Él nunca mira hacia atrás.

Había entre el pueblo los que menospreciaban “el día de las pequeñeces” y no se les recrimina por ello. Posiblemente eran algunos de los ancianos a que ya nos hemos referido en el capítulo anterior, que habían visto el templo anterior y encontra-

ban que lo que tenían delante de sus ojos era tanto más pequeño. Pero ellos también se alegrarían, viendo a ese varón Zorobabel tender la plomada con pericia para comprobar la alineación correcta de cada parte de la estructura y llevar la edificación a buen fin. (4:10)

En la obra de Dios no ha de ser necesariamente, ni la grandeza externa o visible, ni el factor numérico, lo más importante, sino que lo que está en Sus propósitos se logre cumplidamente y con el sello de calidad digno de Su maravillosa persona.

La plomada.-

La plomada se menciona sólo unas pocas veces en la Biblia. Su aplicación aquí es muy clara. En efecto: del símil del sencillo pero importante uso que le da el albañil – verificar que la pared esté derecha y sin desviaciones – podemos pasar sin temor a equivocarnos, al lugar y a la capacidad que el Señor da en el mismo sentido a siervos que Él levanta para la edificación de la iglesia. Con su palabra limpia y clara establecen una correcta verticalidad en la iglesia, tanto en la canalización debida de lo que viene de lo alto, como en lo que sube desde abajo hacia los cielos. Para ello, así como la cuerda está tirante y en recta vertical por el peso del plomo en su extremo inferior, así la línea directriz para la iglesia lo estará por la buena palabra, consejo y testimonio de vida de quien o quienes estén al frente de la obra.

A veces, al oír el hablar de quienes, en vez de esas cualidades, por más buenas intenciones que tengan, ostentan falta de madurez y de peso y autoridad espiritual, se le ha deslizado a uno por la mente otra comparación. Ésta es la de ponerle a la cuerda, en vez del cono de plomo típico que corresponde, o bien un rastrojo de paja, o las plumas de un loro...La cuerda así queda floja y suelta, y uno suspira por oír en lugar de lo descrito, la voz de un varón que sabe lo que dice, porque vive cerca de Dios y ha sido levantado, enseñado y equipado por Él.

En muchas partes de la iglesia de hoy día vemos una creciente necesidad, crítica diríamos, de que surjan hombres de esos quilates.-

La obra se reanuda y llega a feliz término.-

No hemos agotado la ministración de Hageo y Zacarías, pero sí abordado las partes que consideramos más importantes. Corresponde ahora volver al texto de Esdras:

“Profetizaron Hageo y Zacarías...ambos profetas...”

“Entonces se levantaron Zorobabel...y Josué...y comenzaron a reedificar la casa de Dios...; y con ellos los profetas de Dios que les ayudaban.” (5:1 y 2)

En esta forma brevísima se resume la aportación de estos dos siervos, ¡algo que para comentarlo en parte nos ha llevado varias páginas! Pero lo que resalta aquí es el resultado contundente de sus palabras y exhortaciones: de inmediato – esa es la impresión que da – el trabajo se reanuda.

Es muy digno de mencionarse que en la lista de los que volvieron del cautiverio que figura en el capítulo 2 de Esdras, aun cuando se mencionan los nombres de varios varones y luego se da el número de los hijos de cada lugar, como así también de los sacerdotes, levitas, sirvientes del templo, cantores, siervos y siervas, en cambio no se menciona para nada el hecho importantísimo de que entre ellos también había dos profetas.

Probablemente, al confeccionarse esa lista ellos todavía eran desconocidos como tales, siendo nada más que otras dos personas de entre las 42.360 que regresaron de Babilonia. Durante el tiempo transcurrido desde el regreso a Jerusalén hasta el punto en que emergen en la situación – que se estima en aproximadamente dieciocho años – no cabe duda que estuvo la mano de Dios sobre ellos, preparando y adiestrándolos para recibir Su palabra y transmitirla con solvencia espiritual, y esa autoridad inconfundible que viene de lo alto.

Un lector cándido, al recorrer la lista de Esdras 2 podría comentar:

“¡Caramba! Parece que les falta un profeta.”

Pero el Dios meticoloso y fiel, que no se olvida de nada, se había encargado, sin que nadie lo supiese *y menos todavía que lo profetizase por anticipado, de que en ese contingente hubiera dos varones anónimos, que en el momento crucial iban a irrumpir en Jerusalén como profetas de verdadera talla y agallas.*

Así son los caminos del Señor, desechando la publicidad y el pantallazo y a menudo trabajando en la quietud y el secreto del anonimato, para forjar vasos preciosos y llevar adelante Sus propósitos eternos.

En la situación en que intervinieron, estaba de por medio la orden de Artajerjes, rey de Persia, prohibiendo que se continuase la edificación. Pero Hageo y Zacarías, en representación de una autoridad mucho más alta – la del Soberano Eterno y Supremo – vienen con una contraorden: *¡la edificación debía proseguir!*

Sin pérdida de tiempo, Zorobabel, Josué y todo el resto del pueblo, según ya hemos visto en Hageo 1:13, vinieron y volvieron a trabajar en la casa.

Esdras 5:2 nos da el siguiente agregado:

“...y con ellos los profetas de Dios que les ayudaban.”

Tal vez la ayuda pudo llegar hasta el punto de trabajar con la cuchara de albañil y el nivel, o bien de acarrear material o quitar escombros, o bien pudo ser con su sola presencia, que denotaba su total identificación con la obra, a lo cual agregarían sin duda sus palabras de apoyo y de ánimo. En suma, que no eran “profetas a distancia” que sólo aparecían a la hora de profetizar, sino varones que estaban profundamente involucrados con las responsabilidades y demandas de la hora.

Desde luego que los enemigos, representados por Tatnai, el gobernador del otro lado del río como se lo llamaba, Setar-Boznai y sus compañeros, no tardaron en venir para cuestionar y hostigarlos.

“Mas los ojos de Jehová estaban sobre los ancianos de los judíos y no les hicieron cesar...” (5:5)

Otra vez recurrieron entonces los enemigos al arbitrio del rey, pensando seguramente que al igual que en la ocasión anterior, vendría como respuesta una orden de paralizar el trabajo. No obstante, esta vez las cosas siguieron un curso muy distinto, pues Darío, el rey de Persia de ese entonces – reconocido generalmente como ya hemos dicho como Hystapsis, y por cierto no el Darío de Media de Daniel 5:31 – dispuso una investigación imparcial y consciente del caso.

El resultado de la misma fue que se halló en la casa de los archivos una memoria, en la que constaba la orden dada por Ciro en el primer año de su reinado de que se reedificase el templo de Jerusalén, dando su apoyo total y toda clase de facilidades. Por consiguiente Darío envió una respuesta que echó completamente por tierra las

intenciones de los enemigos de Judá, y la situación tuvo así un vuelco absoluto a favor del pueblo de Dios.

Por una parte venía la orden para Tatnai, Setar-Boznai y sus compañeros, de alejarse del lugar y dejar que la reedificación continuase. Al mismo tiempo, establecía que de la hacienda del rey emanada de los tributos de la región, se diese puntualmente lo necesario para sufragar los gastos para que la obra pudiese continuar. Además, debían darse carneros y corderos para holocaustos al Dios del cielo, y toda la provisión de trigo, sal, vino y aceite según dijeren los sacerdotes judíos, a diario y sin ningún obstáculo. Y como si esto no bastase, se añadió finalmente la advertencia de que nadie se atreviera a alterar el decreto - so pena de muerte y destrucción de su casa - sino que fuese cumplido con toda prontitud.

Después de tanta oposición y contrariedades, bien podemos imaginar el tremendo incentivo que habrá traído esto a los judíos. Digamos de paso que es casi típico y una norma, que en nuestra vida y en el servicio al Señor seamos primeramente probados por una gran variedad de dificultades y problemas, algunos de ellos tal vez derivados de nuestros propios fallos y debilidades, otros no. Si afrontamos esas pruebas con entereza y un espíritu sano de querer ser corregidos por Dios, el resultado será una purificación y maduración progresiva, que a su tiempo traerá una etapa de sosiego y paz, junto con el fruto agradable de algo que irá siendo cada vez más dulce y apetitoso.

La orden de Darío fue tan terminante, que muy a su pesar y contra su voluntad desde luego, los enemigos la cumplieron al pie de la letra. Así el pueblo de Dios pudo continuar la obra sin ser hostigado más por nadie, y con la plena provisión para todas las necesidades derivadas de la edificación.

Desde que Hageo y Zacarías comenzaron a profetizar, les llevó unos cuatro años para terminar, teniendo en cuenta la fecha de la terminación del trabajo, que se nos da en Esdras 6:15.

La culminación feliz de todo esto fue la dedicación de la casa, hecha con mucho gozo, y con las ofrendas prescritas por la ley de Moisés, y que incluían doce machos cabríos en expiación por todo Israel, conforme al número de las tribus. Debemos recordar que los que volvieron eran, por lo menos en su gran mayoría, de Judá y Benjamín solamente, lo que hace pensar en su identificación y solidaridad con los de las otras diez tribus que seguían en el cautiverio.

Quando uno ha vuelto del exilio espiritual a su verdadero hogar en Dios y en la iglesia, siempre resulta lógico y natural que se preocupe por los que todavía no han regresado, y ore por ellos y anhele ardientemente que ellos también retornen.

La dedicación fue seguida por la celebración de la pascua y la fiesta solemne de los panes sin levadura. Para ello los sacerdotes y levitas se habían purificado a una. Se nos recalca que *todos estaban limpios* y se sacrificó la pascua y la comieron los que habían vuelto, con todos aquéllos que se habían apartado de las inmundicias de las gentes de la tierra para buscar a Jehová Dios de Israel. Esto nos da a entender que, entre los que no habían marchado al cautiverio sino que habían quedado en la tierra, hubo un buen número que se sumó al contingente que retornó, para retomar también ellos la senda de la fidelidad y obediencia al Señor.

Como correspondía, la pascua fue seguida según ya dijimos por los siete días de los panes sin levadura. Disipadas ya la tristeza y nostalgia del pasado, la guardaron con regocijo porque el Señor mismo había alegrado sus corazones con Su intervención tan maravillosa, que había quitado de en medio todos los obstáculos, y fortalecido sus manos para llevar a feliz término la gran empresa de reedificar la casa de Dios.

Recogiendo esta última parte del relato para reflejar lo que en figura representa en cuanto a la restauración espiritual, diremos escuetamente lo siguiente:

Con la gracia y el apoyo de lo alto, victoria sobre los muchos problemas y obstáculos surgidos.

Trabajo fiel y perseverante para lograr aquello que supone la meta y propósito divinos para nuestra vida y no detenernos hasta haberlo alcanzado.

Purificación de nuestras vidas, apartándonos de toda inmundicia y pecado a fin de evitar cualquier posibilidad de volver a descarriarnos.

Una sana y loable inquietud y carga por quienes aún continúan en el cautiverio.

El regocijo y la alegría de que la noche oscura de nuestro alejamiento de Aquél que es la Luz Eterna se ha terminado, para convertirse en un nuevo día de sol radiante y sin nubes.

Alabanza, adoración y reconsagración absoluta al Dios que con tanta bondad y paciencia nos ha hecho volver a Su regazo de amor, del cual ya nunca más nos hemos de alejar.

Al leer, oír, o cantar himnos con cosas semejantes a éstas, cuando todavía era joven y sin estar todavía bien formado en Cristo, algo en mi interior se enternecía y sentía anhelos de que mi vida estuviese totalmente sumergida en Dios, junto con un gran deseo de ir a mi habitación para descargar mi alma y entendérmelas a solas con Él.

¿ Cuál es tu reacción, querido lector, al llegar al final de este capítulo? ¿ No querrás tú también hacer lo mismo?

----- () -----

CAPITULO XIII– ESDRAS Y NEHEMIAS (1)

Dos varones de verdad, unidos en la misma causa .-

El reloj de la historia ha avanzado, según se estima, unos 80 años, aunque de esto no podemos estar del todo seguros - tal vez sean menos. Estos dos varones, cuyos nombres dan el título de este capítulo, constituyen el siguiente eslabón bíblico en el gran tema de la restauración que estamos tratando.

El material que se nos brinda para ello se encuentra en los cuatro últimos capítulos de Esdras, y en la totalidad del libro de Nehemías.

Para tener por adelantado un enfoque general de lo que ha de seguir, debemos tener en cuenta que bajo el liderazgo de Esdras se produjo el regreso del cautiverio a Jerusalén de un segundo contingente, bastante considerable, pero cuyo número exacto no se nos da. Esto fue en el año séptimo de Artajerjes rey de Persia, y trece años más tarde, en el vigésimo año del mismo monarca, regresó Nehemías, escoltado por capitanes y gente de a caballo, y seguramente acompañado por un grupo de colaboradores.

La misión encomendada a Esdras se relacionaba con restablecer el orden de la casa de Dios en cuanto al altar, las ofrendas y demás, poner jueces y gobernadores idóneos en la región y enseñar las leyes de su Dios. En cuanto a Nehemías, su viaje se vinculaba con la reedificación del muro que rodeaba a Jerusalén, que se encontraba derribado y con sus puertas quemadas a fuego.

Esdras, el sacerdote y escriba docto – su preparación.-

Empezando pues por Esdras, en el capítulo 7 hallamos que primeramente se nos da su linaje sacerdotal, trazando su descendencia del primer sumo sacerdote Aarón. Además de sacerdote era escriba, y de los buenos.

La mano de Jehová su Dios estaba con él, según se nos dice en varias oportunidades, y en el versículo 10 se nos señalan tres cosas de su persona, sencillas pero imprescindibles para poder ser un verdadero siervo de Dios:

- 1) Había preparado su corazón para inquirir la ley del Señor;
- 2) Para cumplirla;
- 3) Para enseñarla.-

Dando por sentado antes que nada nuestro renacimiento y procedencia espiritual de Jesucristo, nuestro primer y eterno Sumo Sacerdote, debemos cerciorarnos de que la mano de Dios esté sobre nosotros en una manera clara, en cuanto a la empresa o el trabajo que pensamos acometer.

Esto último debe recalcarse, pues tristemente se han dado y se dan muchos casos de quienes, quizá con buena intención hasta donde se pueda ver, han querido emprender labores, ocupar cargos u ostentar títulos, sin que se vea o palpe el respaldo de Dios en lo que están intentando hacer. El resultado ha de ser así, tarde o temprano, un doloroso fracaso.

En cuanto a este respaldo a que nos referimos, en el orden actual del Nuevo Testamento en que nos encontramos, normalmente se ha de verificar en el seno de la

iglesia a que se pertenece. Una iglesia básicamente sana no tiene ninguna dificultad en reconocer quiénes tienen una aportación provechosa y edificante, y quiénes, aun tratando mucho de lograrlo, no llegan a convencer y ganarse la aprobación de la congregación.

Sobre la base de estas dos cosas precedentes, bien identificadas y reconocidas, debe edificarse en los tres puntos listados más arriba. Los mismos se escalonan con la lógica más clara y sencilla.

Preparar el corazón, la fuente de la cual mana todo cuanto somos y hacemos en la vida, debe ser la primer prioridad de quien quiera servir a Dios. En forma muy condensada, se trata de abrimos de par en par a Él, sin guardar nada oculto, para que Su luz penetre totalmente en nuestro ser y estemos así llenos de luz, “...no teniendo parte alguna de tinieblas.” (Lucas II:36)

Esto nos llevará de por sí al segundo punto de vivir la palabra en toda nuestra vida, así en el hablar como en el pensar, en el mirar de nuestros ojos, en el comer como en el vestir, en lo público como en lo privado o secreto, en la mayordomía del tiempo, de las oportunidades para servir y hacer el bien, y en la del dinero - en fin - en todo y por todo, andando a la luz de Su presencia y de Sus ojos que nos contemplan continuamente.

Y como resultado de esa vivencia – “*santos en toda vuestra manera de vivir*” (1ª. Pedro I:15b) – se estará capacitado y calificado para inculcarlo a otros en forma eficaz.

La mano de Dios sobre su vida y tres muestras de su carácter.-

La carta del rey Artajerjes a Esdras, que figura en el pasaje del capítulo 7:12-26, fue sin la menor duda algo maravilloso que Dios puso en su corazón, moviéndolo al igual que a Ciro en tiempos de Zorobabel y Josué, a brindarle el apoyo más generoso y absoluto para la tarea que se le había encomendado. Sin considerarla en detalle, pues su sola lectura basta para corroborarlo y habla de por sí, acotamos que fue una prueba manifiesta de la mano buena de Dios sobre la vida de Esdras.

Muchas veces en el orden práctico, sin que sea algo tan extraordinario como lo de Esdras ni mucho menos, Dios certifica Su aprobación y llamado con sencillas indicaciones, como con el abrir de una puerta en forma clara, o con el hacer fructificar una labor inicial como señal de una vocación en esa línea o área de servicio. Estos son los indicios que han de buscar quienes aspiran a una labor misionera o a un lugar en el ministerio, cualquiera sea su índole.

Alentado por la intervención tan especial de Dios al inclinar de tal manera el corazón del rey, sus consejeros y todos sus príncipes poderosos, y fortalecido también por la mano de su Dios sobre él, Esdras reunió a los jefes de las casas paternas para disponer la partida a Jerusalén de lo que habría de ser – según las constancias que tenemos – el segundo contingente que regresó del cautiverio.

Antes de partir y a su llegada tuvieron lugar tres cosas de interés y dignas de breve comentario.

La primera surgió al estar acampados tres días, preparándose para la marcha y pasar revista a todo el personal. Esdras advirtió que entre el pueblo y los sacerdotes no había ninguno de los hijos de Leví, y decidió comisionar a varios hombres princi-

pales y doctos para que fuesen a un lugar indicado, llamado Casifia, para gestionar “...que nos trajesen ministros para la casa de nuestro Dios.” (Esdras 8:17b)

Consciente de las muchas exigencias y necesidades en términos de potencial humano para la vasta obra que tenía por delante, tuvo este gesto importante de hacer traer más personal, con la loable intención de dar cabida a personas idóneas y con deseo de trabajar.

Cuando el Señor verdaderamente está al frente de una empresa y hace falta contar con muchas manos para colaborar, no cabe el temor de que se pueda perder el control de la situación ni nada parecido. En tales situaciones, los que Él mande vendrán con buen espíritu y actitud correcta, sin que quepan el protagonismo, la ambición de usurpar el liderazgo de quien ya lo ha recibido de Dios, ni ninguna otra forma de egoísmo ni de envidia.

En segundo término, vemos como Esdras enfrentó la posibilidad de que pudiesen ser atacados por el enemigo o asechadores en el camino. Podría haber pedido escolta de soldados y tropa de a caballo, pero habiendo testificado al rey que la mano de Dios protege a cuantos le buscan, le pareció incoherente recurrir a él en busca de protección. En vez, estando acampados junto al río Ahava, proclamó ayuno para solicitar el cuidado especial del Señor a lo largo del viaje.

Conviene tener presente factores que se nos pueden pasar desapercibidos si no prestamos la debida atención al leer la narración bíblica: lo largo y agotador de la expedición; los rigores del clima; el cuidado especial de no forzar el tren de marcha para no extenuarse, sobretudo las mujeres y niños; la necesidad de encontrar lugares apropiados para acampar y reposar durante la noche; la alimentación tanto de hombres, mujeres y niños, como de sus caballos, mulas, camellos y asnos, a los cuales también había que abrevar, esto último no siempre fácil seguramente; el transporte y cuidado de los muchos bienes que llevaban, etc.

Todo esto lo exponía al peligro de ser atacados por asaltantes en el largo trayecto a recorrer, y como vimos, Esdras, como cabeza y responsable de la expedición lo tenía muy presente. Sin embargo, prefirió apoyarse en su Dios por lo ya explicado, y su fe y el ayuno y la oración de todos tuvieron una respuesta fiel y puntual. Así se dio el milagro de que pudieran completar semejante viaje, arriesgado y peligroso desde todo punto de vista, sin ser atacados por nadie y llegando sanos y salvos con todo lo que llevaban, aunque naturalmente muy cansados.

El descanso por tres días para reponerse del viaje nos lleva al tercer punto. Antes de iniciar la marcha Esdras había apartado a una docena de los principales sacerdotes para pesarles y entregarles la plata, el oro y los utensilios que el rey, sus consejeros y príncipes y todos los de Israel que estaban presentes, habían ofrendado para la casa de Dios. Lo hizo con el solemne mandato de que los vigilasen y guardasen como algo santo, consagrado a Dios.

Al cuarto día, lo primero que se consigna fue la entrega de toda la plata, el oro y los utensilios por cuenta y peso cabal, levantándose una constancia fiel de que nada faltaba.

Este proceder absolutamente responsable y transparente, con testigos y el debido registro para evitar toda posibilidad de suspicacia, error o aun la falta de parte de lo ofrendado, constituye un ejemplo muy valioso a tenerse en cuenta. Muchos son

los que lo practican en sus iglesias en cuanto a todo lo que tenga que ver con las finanzas, lo cual es muy encomiable y correcto. Por otra parte, hay quienes no prestan la debida importancia a estas cosas, argumentando entre otras cosas que la confianza mutua lo hace innecesario. Consideramos que esto es un error, y en más de una oportunidad la experiencia lo ha confirmado, sucediendo cosas turbias en cuanto a los fondos o bienes materiales, que han significado una fea mancha en el testimonio.

Como se ve, estos tres últimos puntos y buena parte de lo demás que venimos comentando, no se vinculan en forma expresa y directa con nuestro tema central de restauración. No obstante, cuando uno se ha desviado del camino, aspectos tales como el contar con nuestros hermanos en la obra común que se nos ha encomendado, la aplicación práctica de la fe en el andar cotidiano, y la absoluta responsabilidad y transparencia en cuanto al dinero y todo lo material, sufren un deterioro, a veces muy marcado. El volver de lleno a Dios por supuesto que implica la recuperación plena de un andar satisfactorio, no sólo en estas tres sencillas áreas que acabamos de señalar, sino también en las muchas otras intercaladas a lo largo del hilo bíblico que estamos trazando.

Comienzo satisfactorio y ¡sin problemas!

Como muestra de gratitud por haber llegado con bien, y también en señal de reconsagración, presentaron ofrendas al Señor. Al referirse al pueblo en general, se los llama “hijos de la cautividad”, porque este contingente estaba compuesto en su totalidad de hombres, mujeres y niños nacidos en el exilio, si bien desde luego conservaban su raza e identidad judía los de Judá e israelita los levitas y de las demás tribus.

La expedición anterior al mando de Zorobabel, aparte de los sacerdotes y levitas, estaba integrada por gente de Judá y Benjamín solamente, mientras que esta segunda bajo Esdras parecía contar con hijos de una variedad de tribus de todo Israel (7:28).

Esta vez no hubo oposición desde afuera. En efecto, al entregar los despachos del rey a las autoridades de la región, en los cuales se expresaba el pleno apoyo real a la expedición en todos los niveles, recibieron toda la ayuda necesaria y no se les puso ningún obstáculo.

La mezcla del linaje santo con los pueblos de la tierra.-

Todo parecía discurrir a las mil maravillas... pero una sorpresa muy desagradable le esperaba a Esdras y a sus colaboradores más cercanos. Esta vez el problema no venía de afuera, sino de adentro, de entre las mismas filas del pueblo de Dios que ya se encontraba establecido en Jerusalén y en las ciudades y poblaciones circunvecinas, antes de la llegada de Esdras y el contingente que lideraba.

Lejos de guardar fidelidad con los mandamientos de Dios, habían vuelto a desobedecer y esto en un punto muy importante: muchos de ellos habían tomado para sí y para sus hijos, mujeres de los pueblos paganos que les rodeaban – cananeos, heteos, ferezeos, jebuseos, amonitas, moabitas, egipcios y amorreos, mezclando el linaje santo con los pueblos de la tierra y haciendo conforme a sus abominaciones. Para colmo de males, los príncipes y gobernadores habían sido los primeros en hacerlo. (9:1 y 2)

El varón que sabe enfrentar la crisis.-

La reacción de Esdras lo muestra como el gran sacerdote, intercesor y escriba que era. Se quebrantó grandemente delante de Dios y se sentó angustiado en extremo.

“Y se me juntaron todos los que temían las palabras del Dios de Israel...” (9:4)

Cuando uno tiene algo genuinamente de Dios y ha recibido una verdadera visión o carga del Espíritu, esto pronto se vuelve en un poderoso imán que atrae hacia sí a otros que también tienen un corazón para Dios y Su palabra. Sucedió entonces, como ha sucedido en muchas otras ocasiones a lo largo de la historia.

Parece que su carga y congoja eran tales que no atinó a hacer nada, y quizá ni siquiera a hablar, por varias horas, hasta llegar el tiempo del sacrificio de la tarde. Fue entonces que, tras rasgar sus vestidos y su manto, se postró de rodillas, extendió sus manos a Su Dios y elevó la confesión que va del versículo 6 al 15 del capítulo 9.

Al igual que Daniel en su oración que ya hemos comentado anteriormente, a pesar de no haber tenido él ninguna participación, se identifica con el pecado de los demás, usando la primera persona del plural: *“nuestras iniquidades...nuestros delitos...”* (9:6); *“...hemos vivido en gran pecado...”* (9:7); *“...hemos dejado tus mandamientos.”* (9:10), etc.

Si leemos con atención lo que va en el pasaje señalado – 9:6-15 –veremos que en él Esdras no formula ninguna petición, sino que solamente reconoce con vergüenza y contrición la infidelidad y desobediencia extremas de Israel, en contraste con la inmensa misericordia y bondad del Señor para con ellos. Por eso más arriba la hemos denominado confesión, si bien entendemos por 10:1 que Esdras también oraba y peticionaba.

Se trata de una de esas coyunturas en que uno se encuentra tan hondamente redargüido por el Espíritu, con un sentido tan grande de culpabilidad y sin que haya ninguna excusa ni justificante, que no se atreve a pedir nada y sólo confiesa con dolor y congoja su tremenda maldad. Es una forma real de abandonarse a la misericordia de Dios, sintiéndose uno totalmente indigno de pedir nada. Cuando se llega en verdad a ese estado – y esto sólo se puede lograr por la virtud del Espíritu – es como llegar realmente a “tocar fondo.” Así se alcanza por la gracia divina el punto del espíritu quebrantado y del corazón contrito y humillado – algo que el Señor no desprecia ni mucho menos, sino que lo prefiere a los muchos sacrificios y ofrendas.(Salmo 51:16-17)

“Mientras oraba Esdras y hacía confesión, llorando y postrándose delante de la casa de Dios, se juntó a él una muy grande multitud de Israel, hombres, mujeres y niños; y lloraba el pueblo amargamente.” (10:1)

Como hemos visto en un capítulo anterior, no sólo el mal se contagia y propaga, sino también el bien. Aquí tenemos la escena de un pueblo entero genuinamente compungido y quebrantado por su pecado, algo que tuvo su origen en la carga y confesión de Esdras primero, y que luego encontró eco en *“los que temían las palabras del Dios de Israel”*, como ya hemos comentado. Ahora, en su tercera fase, es todo el pueblo el que se siente afectado por la misma carga.

Aun con el riesgo de sonar repetitivos, volvemos a recalcar que sólo por el auténtico obrar del Espíritu se puede conseguir esto. El hombre, con el uso de recursos de los más diversos, puede intentar producirlo, pero nunca lo logrará. La progra-

mación previa, por cuidadosa y esmerada que sea, tratando de “organizar” una manifestación de este tipo o semejante, sólo podrá conseguir una imitación externa de la genuina realidad. Cualquiera que tenga un mínimo de discernimiento, pronto advertirá que se trata de algo hueco y carente de la vitalidad y verdad propias de lo que viene de lo alto. La razón es muy sencilla: el hombre está montando y desarrollando sus planes, esperando que Dios se adhiera a ellos y les dé su respaldo y bendición. En cambio, *cuando el que lo hace es el Señor, eso le imprime a las cosas una tónica completamente distinta.*

“...Nosotros hemos pecado contra nuestro Dios, pues tomamos mujeres extranjeras de los pueblos de la tierra; mas a pesar de esto, aún hay esperanza para Israel.” (10: 2)

Notemos bien que la convicción de pecado que en verdad viene del Espíritu Santo, nunca nos deja sin esperanza. Por el contrario, el mero remordimiento o la introspección sin que se cuente con luz divina, el juicio pronunciado por los demás o la acusación del maligno, todos nos dejan o bien desesperanzados o sintiéndonos totalmente condenados.

Sin embargo, debe comprenderse con toda claridad que para que la esperanza se concrete, deberá ser seguida de un arrepentimiento bien definido, traducido en las medidas que correspondan para ponernos bien a cuentas con Dios – *“frutos dignos de arrepentimiento”*, como se suele decir, citando Lucas 3: 8.

En esta ocasión que nos ocupa, la proyección práctica para alcanzar esa esperanza está dada en 10: 3, el versículo siguiente:

“Ahora, pues, hagamos pacto con nuestro Dios, que despediremos a todas las mujeres y los nacidos de ellas, según el consejo de mi señor y de los que temen el mandamiento de nuestro Dios; y hágase conforme a la ley.”

Antes de seguir adelante, para evitar interpretaciones o conclusiones erróneas, debemos tenerlo muy claro que éste no era ni el caso de cometer adulterio, ni el de casarse un creyente con una persona inconversa, aunque tiene algo en común con esto último. En cambio se trataba, como consta más arriba, de que los hijos de Israel se habían unido a mujeres extranjeras, lo cual estaba estrictamente prohibido por la ley mosaica.

El despedir a esas mujeres y a los hijos nacidos de ellas podrá parecer muy drástico y doloroso. En realidad sí que lo era, pero el darse abiertamente a la desobediencia y al pecado siempre lleva a esa clase de situaciones, y para salir de ellas no hay remedio que no sea radical y casi siempre penoso. El dolor y la pena vienen por el daño hecho a uno mismo y a otros – las mujeres extranjeras y sus hijos en este caso – como resultado de haberse dejado llevar por una atracción o sentimiento equivocado que traicionaba la lealtad al Señor.

Por otra parte, la alternativa de no ser tan drásticos y seguir conviviendo con ellas, los hubiera llevado inevitablemente a caer otra vez en la idolatría, para quedar así separados del Señor y bajo las maldiciones previstas en Deuteronomio 28:15-68. El daño de esto también habría repercutido sobre las mujeres extranjeras y sus hijos.

“Levántate, porque ésta es tu obligación, y nosotros estaremos contigo; esfuérzate y pon mano a la obra.”(10:4)

Esdras no tuvo que autoproclamarse como “el hombre de la hora”, ni presentar su candidatura para ser elegido como el dirigente máximo, ni de buscarlo solapadamente, ni nada de eso. La autoridad y el valor de su vida íntegra y totalmente intachable y avalada por Dios, hacían las veces de una ley de gravedad que provocaba un reconocimiento espontáneo de los demás, sin que él tuviera que hacer ninguna gestión o esfuerzo por lograrlo.

¡Así son los siervos que de veras han sido levantados por Dios!

Al mismo tiempo, ¡qué bueno que en una crisis tan delicada hubiera, por la providencia celestial, un hombre de semejante valía, capaz de enfrentar y solucionar la situación con toda altura, firmeza y rectitud!

Como primer medida hizo juramentar a todos – tanto a los príncipes de los sacerdotes y de los levitas como a todo Israel – que procederían a cumplir lo que se había propuesto anteriormente (ver capítulo 10:3) de despedir a las mujeres extranjeras y los nacidos de ellas.

Seguidamente se aisló para continuar en ayuno total – sin comer pan ni beber agua – todavía profundamente embargado de tristeza por el pecado del pueblo de Dios

Tras esto se dispuso una proclama convocando a todos sin excepción a acudir en el plazo de tres días a Jerusalén para dar solución al asunto, so pena de perder toda la hacienda y ser expulsados de la congregación de Israel.

Todos los hombres de Judá y de Benjamín respondieron a la convocatoria y se reunieron en Jerusalén, y así se dio un cuadro dramático y conmovedor a la vez:

“...y se sentó todo el pueblo en la plaza de la casa de Dios, temblando con motivo de aquel asunto, y a causa de la lluvia.” (10:9b)

Esta fue la tremenda repercusión del quebrantamiento y la intercesión de Esdras, apoyado por *“todos los que temían las palabras del Dios de Israel”*. Y esto es lo que generalmente pasa, aunque con matices externos que pueden ser muy variados, cuando una persona y una iglesia están verdaderamente compungidas por el Espíritu: el arreglar el estado del alma y de la vida ante Dios se vuelve prioritario y urgentísimo, y todo lo demás pasa a segundo plano.

El arma antigua de la oración y súplica en el Espíritu, empleada por Esdras y sus compañeros más allegados, sigue siendo hasta el día de hoy tan eficaz como ninguna otra, y además, insustituible - ¡no intentemos cambiarla por ninguna otra!

Ante una congregación semejante, compuesta de todo un pueblo que temblaba por la gravedad de su pecado y la delicada y difícil situación a que se había arribado, Esdras se levantó y tomó la palabra. Ninguno más indicado que él para hacerlo.

Después de señalarles la gran maldad de lo que habían hecho, añadiendo aun más a su pecado, como si todavía hubiera sido poco, les exhortó a dar gloria al Señor Dios y a hacer Su voluntad, apartándose de los pueblos de las tierras vecinas y de las mujeres extranjeras. La respuesta de la asamblea, dada en alta voz, fue unánime y rotunda:

“...Así se haga conforme a tu palabra.” (cap.10:12b)

Taña autoridad y efectividad no se derivaban ni de la retórica pulida, ni de ostentar algún título especial. Tampoco venían por reprender, atar o echar fuera al “hombre fuerte de la región”, que supuestamente los tenía bajo su poder y no les permitía volver a Dios.

Nada de eso se da aquí, sino el uso limpio y claro de los medios que Dios desde antaño ha prescrito para su pueblo: la oración con quebrantamiento y rogativas que con toda sinceridad brotan de lo más hondo del ser; el ayuno; el verdadero arrepentimiento que se traduce en hacer todo lo que corresponda para ponerse de veras a cuentas con Dios, por drástico y difícil que sea; y el temor del Señor, que es el principio de la sabiduría y que nos lleva a temblar delante de Él y Su palabra, no en forma fingida o ficticia, sino absolutamente real.

Todo esto, bajo el señorío del Espíritu Santo que lo vivifica y le da sustancia y contenido, es el único camino para alcanzar misericordia y una restauración sólida y duradera.

La solución drástica llevada a cabo – reflexiones sobre el tema.-

Como cada caso debía tratarse en particular, con la participación de los ancianos y jueces de cada ciudad como testigos autorizados para convalidar cada despido, no resultaba viable hacerlo todo ese mismo día – habría sido materialmente imposible. En cambio, se hizo la acertada propuesta de que quedasen los príncipes en lugar de toda la congregación, y que los que habían tomado mujeres extranjeras viniesen en días determinados, acompañados por los ancianos y jueces de cada ciudad, para así formalizar las cosas y concretar la promesa efectuada de hacer conforme a las palabras de Esdras.

Esto fue aceptado por inmensa mayoría, pues de toda esa multitud sólo se opusieron cuatro personas. Se sentaron pues el sacerdote Esdras y ciertos varones, jefes de casas paternas, para acometer esa ardua y larga tarea que les llevó dos meses enteros. El libro de Esdras termina haciendo figurar los nombres de quienes habían tomado mujeres extranjeras y ahora se apartaban de ellas - ciento trece en total – con el agregado de que algunas de las mujeres habían tenido hijos de ellos.

Desde luego que este fin puede parecer demasiado duro y hasta cruel para muchos. Pero como ya se ha dicho, el dejar que las cosas siguieran tal cual, hubiera acarreado a la larga consecuencias mucho peores.

Además, debemos recordar que para coyunturas en las cuales corremos el riesgo de apartarnos ruinosamente de la buena senda, Jesús nos ha dado en los términos más categóricos el consejo radical de cortar por lo sano:

“Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar cojo o manco en la vida, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el infierno eterno.” (Mateo 18:8) Y la palabra en el original griego, está traducida correctamente aquí “el infierno de fuego” según consta en el versículo siguiente, pues no es hades, el lugar de los muertos, sino *gehenna*, el lugar del tormento, que va muchas veces acompañado de la frase “por las edades de los siglos”.

Muy solemne y más aun, horrendo y horroroso, pero son las palabras de Jesús y no podemos en ninguna manera intentar alterarlas ni cambiarles el clarísimo sentido que tienen.

Sin embargo, para evitar toda posibilidad de malentendido en cuanto a lo anterior, no creemos que en ninguna manera este caso del despido de las mujeres, pueda tomarse como precedente para aplicarlo a la unión matrimonial de un creyente con una persona inconversa.

----- () -----

Concluido el libro de Esdras, comienza el de Nehemías, con una escena en la muy lejana ciudad de Susa, capital de Persia, más de una década más tarde. A pesar de la distancia y del tiempo transcurrido, hay una estrecha continuidad en el relato.

El muro demarcatorio derrumbado.-

Mirémoslo desde este enfoque: el problema moral de Israel tratado por Esdras y sus colaboradores, sin lugar a dudas había tenido malas derivaciones en más de un sentido. Por cierto que la mezcla con los pueblos paganos de la región los había debilitado sensiblemente, y como resultado natural de ello, aquéllos habían aprovechado para derrumbar el muro que rodeaba a Jerusalén y quemar sus puertas a fuego.

El muro formaba una clara demarcatoria entre la ciudad santa y lo profano e inmundo que se encontraba afuera, en la comarca, en medio de esos pueblos que habían venido de lejos, transportados por órdenes de emperadores asirios, caldeos, medos y persas con posterioridad al cautiverio de Israel – el reino del Norte – primeiramente, y de Judá – el del Sud – más de un siglo más tarde.

Al mezclarse el linaje santo con esos pueblos, la separación que Dios había dispuesto se había roto, y como síntoma externo pero muy elocuente y real, el muro separatorio también se rompió y derrumbó.

Así como en lo moral hubo que reparar y restaurar con la disolución de esa mezcla y el retorno a la separación que los hacía el pueblo escogido de Dios, apartado para Él, también en lo material era imprescindible reedificar el muro y levantar sus puertas. Mientras esto no se hiciese, Jerusalén quedaba prácticamente desguarnecida y era fácil presa de infiltraciones de esos pueblos extraños, que en realidad eran en gran parte sus enemigos declarados.

El copero del rey.-

Para acometer esa labor, material pero de fundamental importancia, Dios tenía señalado a un varón desconocido por muchos hasta entonces, pero que iba a resultar un dirigente valeroso como muy pocos y lleno de virtudes, como la absoluta integridad, una gran perseverancia y el temor del Señor. Su nombre era Nehemías, que significa Jah consuela y ¡cuán grande consolación iba a traer al maltrecho remanente con su venida a Jerusalén! Luchando en forma valiente y aguerrida, iba a enfrentar la situación con valor y persistencia singulares, y no cejar hasta que el muro fuese totalmente reedificado.

En la sabia economía divina, su trayectoria se iba a entrelazar más tarde con la de Esdras, siendo el uno el complemento ideal del otro.

Mas vayamos por partes: Nehemías era copero de Artajerjes, rey de Persia. Al inquirir de Hanani, uno de sus hermanos, y de algunos varones de Judá que habían estado en Jerusalén sobre la situación en la ciudad, le hicieron saber que el remanente se encontraba en gran mal y afrenta, estando el muro derribado y sus puertas quemadas a fuego.

Su reacción fue la misma que la de Esdras cuando se le informó de la mezcla de los hombres de Judá con los pueblos de la tierra.

“Cuando oí estas palabras me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos.” (Nehemías 1:4)

Digamos que muchas veces una obra auténtica de restauración comienza en esa forma: uno o varios corazones acongojados que lloran y se derraman a raudales ante el trono celestial. Esta congoja y este llorar y derramarse no son el producto de una sensiblería superficial y pasajera, ni tampoco un sentimiento normal y natural, como podría ser de patriotismo en este caso, motivado por la desolación y ruina de la ciudad de los antepasados. En cambio, ha de entenderse como una profunda tristeza y dolor que tienen su origen en el mismo corazón de Dios, con motivo del pecado de Su pueblo y el consiguiente trágico estado de derrota y oprobio en que se encuentra.

En tal situación, el Señor busca y encuentra ese hombre o esa mujer, como Jeremías, como Ana o Esdras, o como Nehemías en este caso, en quien ha de depositar – valga la palabra – un reflejo pequeño pero fiel del hondo pesar que a Él le aqueja. Aun cuando esto le ha de involucrar en muchas lágrimas, luchas y quebrantos, podemos decir, con todo énfasis, que grandemente agraciado es el varón o la mujer al que le toca esta porción – la de recibir este preciado depósito de lo alto.

El mismo será semilla fecunda y prenda segura de bendita restauración, con los bálsamos de consuelo y dicha que supone siempre la recuperación sólida y genuina de todo el bien perdido, y a menudo el logro de alturas mayores y nunca antes conocidas. Por todo esto, el dolor y el quebranto que se experimenten a lo largo del trayecto del conflicto, por cierto que bien valdrán la pena.

Pero Nehemías no solo sentía esta carga agobiante y la derramaba en oración. Por supuesto que lo hacía día y noche, incluso identificándose él con el pecado de Israel al igual que Daniel y Esdras, como ya hemos visto:

“...esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo que hago ahora delante de ti día y noche, por los hijos de Israel tus siervos; y confieso los pecados... que hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado.” (1:6)

Sin embargo, como decimos, había más que eso: tenía el gran deseo y lo presentaba delante del Señor continuamente, de obtener el permiso del rey para ir él personalmente a Jerusalén y reedificar el muro. Esto implicaba mucho sacrificio, pues suponía dejar la prosperidad, comodidad y favor del palacio real, para ir a lo que sabía bien que iba a ser la primera línea de combate, con sus múltiples problemas, responsabilidades y peligros. Pero su inquietud y su carga eran tan reales que estaba bien dispuesto a pagar tan alto precio.

Esto nos puntualiza al mismo tiempo otra cosa importante: cuando el Señor pone en el corazón de una persona una carga real por alguna situación especial de necesidad, crisis o peligro, con frecuencia lo acompaña con la firme intención de involucrarla directa y vitalmente en dicha situación. En esos casos, quien reciba la carga no ha de ser una persona que ora y se preocupa mucho, pero digamos “a distancia”, sino un participante activo y a veces principal, profundamente ocupado y envuelto en el asunto.

Nehemías, con “*la benéfica mano*” del Señor sobre él, no solo consiguió el permiso del rey que tanto ansiaba, sino muchas otras facilidades necesarias para el viaje y para el inicio de las tareas a su llegada.

Así emprendió la marcha a Jerusalén, la ciudad de sus antepasados, escoltado por capitanes del ejército y gente de a caballo, en el año vigésimo del reinado de

Artajerjes. Es decir trece años después de la partida de la expedición bajo el mando de Esdras, el hombre con el cual su vida iba a hermanarse y complementarse estrechamente en la causa del testimonio del pueblo de Dios.

A su llegada procedió con cautela y mucha discreción. Aun cuando contaba con las cartas del rey y su pleno apoyo, inicialmente prefirió no contar a nadie lo que Dios había puesto en su corazón en cuanto a la reedificación del muro.

En cambio, pasados tres días, salió de noche para ver su estado y el de las puertas de la ciudad. Al hacerlo, pudo comprobar que efectivamente se encontraban tal cual se lo habían informado en Susa los que habían venido de Judá, es decir que el muro estaba derribado y sus puertas consumidas por el fuego. Todavía, para peor, había el agregado de que Jerusalén estaba desierta.

Sin demorarse más, tomó contacto con los judíos, sacerdotes, nobles y oficiales que pudo reunir, y les contó cómo la mano del Señor lo había prosperado y favorecido, de tal manera que venía con cartas del rey prestándole su pleno apoyo para la reedificación.

Esto fue muy bien recibido y juntos tomaron la decisión de levantarse y edificar:
“...Así, esforzaron su mano para bien.” (2:18b)

Y así dio comienzo una labor épica que duró cincuenta y dos días. Tan saturada estuvo de lucha sin cuartel contra los enemigos que los rodeaban, que casi diríamos que cada día era como una semana, lo que, figurativamente y por la intensidad del conflicto, ¡compaginaba el tiempo de un año entero!

En esos cincuenta y dos días, enfrentando con sabiduría y valor situaciones de emergencia y peligro de toda clase, Nehemías demostró ser un varón valiente de verdad.

¡Dios no se había equivocado al elegirlo y llamarlo!

Pero reservamos el comentario de sus muchas peripecias y luchas para el capítulo siguiente. Por el momento, con lo dicho hasta ahora, tenemos bastante para digerir y asimilar.

----- () -----

CAPÍTULO XIV – ESDRAS Y NEHEMÍAS (2)

“De todo y para todos”.-

El contenido del libro de Nehemías que vamos a considerar ahora es tan rico y variado, que nos ha movido a darle a este capítulo el subtítulo que lo encabeza. Hay tanta abundancia y variedad, que todos podemos beneficiarnos de un estudio cuidadoso de lo mucho, muchísimo que nos presenta.

Antes de que comenzase la reedificación, no bien llegado Nehemías, se nos señalan dos cosas que ocurrieron y que iban a marcar el rumbo de lo que había de suceder:

1) *“Vine luego a los gobernadores del otro lado del río, y les di las cartas del rey.”* (2:9)

2) *“Pero oyéndolo Sanbalat horonita y Tobías el siervo amonita, les disgustó en extremo que viniese alguno para procurar el bien de los hijos de Israel.”* (2:10)

La primera nos habla de la autoridad y respaldo del rey Artajerjes, derivada por cierto de otro rey mucho mayor – el Eterno Jehová – por el cual Nehemías venía comisionado para esta obra.

La segunda puntualiza la oposición malvada y persistente de dos hombres que, acompañados por un tercero, Gesem el árabe, iban a poner de manifiesto su odio al pueblo de Dios, haciendo uso de toda clase de estratagemas y engaños para atemorizarlo e impedir la reedificación.

Por supuesto que esto nos habla con mucha claridad de la endiablada oposición del enemigo de nuestras almas, toda vez que por designio divino se emprende una labor para salvación o restauración, la cual tendrá como fin recuperar de él terreno y bienes espirituales, morales y aun materiales que nos había robado.

Aunque no hay confirmación expresa en ese sentido, es muy posible que estos tres hombres, Sanbalat, Tobías y Gesem, hayan sido los que incitaron a algunos de los pueblos extraños de la tierra a tirar abajo el muro y quemar las puertas.

Ahora que esta importante ventaja se había logrado contra Israel, veían con muy malos ojos que empezase la obra de reconstrucción. Por eso se levantan como cabecillas de una empecinada y maliciosa resistencia, que iba a procurar frustrarla por todos los medios a su alcance.

Esto desencadenó una lucha sin cuartel, que iba a arrancar de Nehemías, el copero del rey, todo un caudal de valentía, lucidez mental, autoridad y claridad de visión, para probarse como un líder estupendo. Como tal, fue capaz de capear todos los temporales y llevar al pueblo de Dios a terminar con éxito la restauración del muro.

Al ponerse en marcha la obra, el primer ataque vino con tonos de burla y desprecio:

“¿Qué es esto que hacéis vosotros? ¿Os rebeláis contra el rey?” (2:19) – cuando sabían muy bien que lo hacían con la autorización y pleno apoyo del rey.

La respuesta de Nehemías los dejó sin ninguna duda de la talla del hombre que era. Sin vacilación y con tono firme y categórico les respondió:

“...El Dios de los cielos, él nos prosperará, y nosotros sus siervos nos levantaremos y edificaremos, porque vosotros no tenéis parte ni derecho ni memoria en Jerusalén.” (2:20)

Fe, claridad y firmeza, que le permiten, con el apoyo de lo alto, dominar la situación y no ceder ni un ápice ante sus enemigos.

El capítulo tercero nos da un cuadro de la distribución de las tareas de reconstrucción. Vemos el orden con que la obra fue acometida, con un reparto de los diversos tramos, empezando desde la puerta de las Ovejas y siguiendo todo el recorrido alrededor de la ciudad, hasta llegar a la puerta del Juicio y la sala de la esquina, y desde allí hasta la puerta de las Ovejas para completar el circuito.

¿Cómo se dispuso este reparto? ¿Por directivas de Nehemías y sus colaboradores inmediatos, o por elección espontánea de cada uno según sus posibilidades, lugar de residencia y función de trabajo?

La verdad es que no lo podemos determinar a ciencia cierta. Es muy posible que en algunos casos haya sido lo primero y en otros lo segundo. Lo cierto es que, con la sola excepción de los grandes – o nobles según otras versiones – de Tecoa (capítulo 3:5), todos trabajaron arduamente y una vez más se verificó la promesa del Salmo 110 :3

“Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder.”

El día y la hora de Dios para reconstruir el muro sin duda habían llegado, y aparte de todas las otras muestras visibles de ello, nos encontramos con la muy grata de un pueblo que trabaja con unidad y propósito, cada uno en el lugar que le corresponde. Este pueblo incluía sacerdotes, levitas, gobernadores de distintas regiones circunvecinas, plateros, comerciantes, los nethinim – es decir sirvientes del templo – y en un caso digno de mención especial, las mismas hijas del gobernador de la mitad de la región de Jerusalén (3:12).

Tenemos así un hermoso cuadro de hombres y mujeres de diferentes ocupaciones y aun de rangos sociales distintos, prodigándose con ahinco en la importante tarea de la hora.

Algunos puntos adicionales de interés son:

1) El caso muy digno de Baruc, hijo de Zabai, que restauró con todo fervor, volcando la máxima energía y diligencia en su labor, y dando así un honroso ejemplo a los demás. (3:20)

2) La repetición reiterada de *las cerraduras y cerrojos* al consignarse el levantamiento de las puertas. (3: 3,6,13,14 y 15) Llegado el momento, ¡es necesario cerrar y asegurar bien las puertas para evitar toda infiltración del enemigo!

3) La reparación personal que tuvieron que hacer algunos: *“cerca de su casa”, “enfrente de su casa” y “enfrente de su cámara”*. (3: 23, 28, 29 y 30). Es otra señal de que la parte conjunta o colectiva debe ir acompañada de la individual, si se ha de lograr un resultado firme y sólido.

Al ver que la reedificación iba en serio y cobraba cuerpo, Sanbalat, el cabecilla de la oposición, se enfureció y pasó a oponerse en forma franca y continua, recurriendo a la burla, el menosprecio y toda clase de ardides para intimidar al pueblo judío y tratar de frustrar y detener la obra. Su secuaz Tobías el amonita, apoyándolo a su lado, dijo con toda malicia:

“...Lo que ellos edifican del muro de piedra, si subiere una zorra lo derribará.”(4:3)

Además de la burla en sí, estaba el veneno que llevaban, con el malvado desprecio del arduo trabajo que estaban haciendo, buscando así desmoralizarlos. Como

veremos más adelante, este escarnio tuvo posteriormente una respuesta y una refutación categóricas, propias del Dios que siempre toma la parte de Su pueblo que le sirve fielmente.

“Edificamos, pues, el muro y toda la muralla fue terminada hasta la mitad de su altura, porque el pueblo tuvo ánimo para trabajar.”

“Pero aconteció que oyendo Sanbalat y Tobías, y los árabes, los amonitas y los de Asdod, que los muros de Jerusalén eran reparados, porque ya los portillos comenzaban a ser cerrados, se encolerizaron mucho; y conspiraron todos a una para venir a atacar a Jerusalén y hacerle daño.” (4:6-8)

La burla y el escarnio no hicieron mella en el pueblo, que supo sobreponerse a todo ello y seguir animoso en la obra hasta levantar los muros hasta la mitad de su altura.

Esto sí que llegó a enfurecer a los enemigos, y ahora comienza la parte más dura de todas, con la amenaza de un ataque de todos ellos para descender sobre el pueblo que estaba trabajando, con el fin de subyugarlo y hacer cesar la obra.

Las medidas tomadas en medio de la crisis, la malicia y persistencia de los enemigos con sus continuas maquinaciones, y las dificultades y el cansancio en el fragor de la lucha, constituyen toda una lección digna del más detenido estudio.

Veámoslo en forma breve:

a) Por parte de los enemigos:

1) Conspiración para invadir la ciudad. (4:8)

2) Estratagemas para tomarlos desprevenidos, entrar en medio de ellos, matarlos y hacer cesar la obra. (4:11) Nos da una idea de cuánto odia el enemigo la restauración de ese muro demarcatorio que separa lo que es de Dios y lo protege, y con qué saña se opone por todos los medios posibles.

3) Rumores reiterados – *“hasta diez veces”* – de que por todas partes y en cualquier momento caerían sobre ellos. (4:12)

b) Medidas tomadas por Nehemías y sus colaboradores.-

1) Oración a nuestro Dios. (4:9a) Nuestra oración, con la mirada y confianza puestas en el Señor, siempre debe venir en primer lugar.

2) Vigilancia total – estado de alerta continuo.- *“...pusimos guarda contra ellos de día y de noche.”* (4:9b) En situaciones como ésta, nunca se debe estar distraído o descuidado.

3) Refuerzos especiales en los lugares débiles.-

“Entonces por las partes bajas del lugar, detrás del muro, y en los sitios abiertos, puse al pueblo por familias, con sus espadas, con sus lanzas y con sus arcos.” (4:13)

Debemos reconocer las cosas o puntos en que somos más débiles o vulnerables, y allí fortalecer con vigilancia y refuerzos especiales.

4) Directivas claras y firmes, infundiendo ánimo y confianza.

“Después miré, y me levanté y dije a los nobles y a los oficiales, y al resto del pueblo: No temáis delante de ellos; acordaos del Señor, grande y temible, y pelead por vuestros hermanos, por vuestros hijos y por vuestras hijas, por vuestras mujeres y por vuestras casas.” (4:14)

Claridad de visión por parte de quien, bajo el impulso de lo alto, está demostrando ser el hombre valiente y responsable que el pueblo necesitaba para esa coyuntura.

tura. Nada de dejarse intimidar por los enemigos; tener bien presente la grandeza y poder del Dios al que servían, y luchar con valor para defender su precioso patrimonio, que estaba en juego en esa hora crucial.

Esta última parte merece ponerse de relieve. *En la batalla por levantar y mantener el muro en nuestra vida, nos jugamos todo. Si fallamos y claudicamos, será para gran pérdida y perjuicio, no sólo de nosotros mismos, sino de nuestros matrimonios, hogares, hijos e hijas, que quedarán profundamente afectados.*

El resultado de todo lo anterior fue que el maligno consejo de Sanbalat y sus secuaces quedó desbaratado, y el pueblo volvió al muro para continuar cada uno en su tarea. Pero todavía seguía la batalla, siendo como eran los enemigos muy tenaces y persistentes. Por ello vemos más medidas de emergencia:

5) La mitad trabajaba en el muro y la otra mitad, plenamente armada, estaba de guardia contra cualquier ataque, y todo esto con el pleno apoyo de los jefes de toda la casa de Judá, totalmente volcados en la contienda.(4:16)

Sintéticamente, *trabajo, vigilancia, unidad y apoyo mutuo.*

6) Aun los que trabajaban, ya sea levantando el muro, acarreando escombros o cargando materiales, estaban en constante estado de alerta para enfrentar cualquier intento de ataque. (4:17)

Nunca bajar la guardia, sino estar totalmente pendientes y listos para cualquier emergencia.

7) Por la distancia que separaba a unos de otros por ser la obra tan grande, se dispuso que todos estuviesen listos para acudir al toque de trompeta, en la seguridad de que *“nuestro Dios peleará por nosotros.”* ((4:20)

Cada uno haciendo su parte, pero preparados para actuar en forma conjunta en cuanto las circunstancias lo exigiesen.

8) Algunos vivían fuera de Jerusalén, pero para esa hora tan crítica Nehemías decidió que todos debían quedar dentro de la ciudad, que era el escenario del conflicto, para participar en los relevos de guardia de noche y trabajar en el muro de día. (4:22)

En “el día malo” de Efesios 6:13, cuando arrecia el combate, la disciplina y aun el sacrificio propios de la guerra, se deben afrontar con toda entereza si se ha de salir airoso y triunfante.

Uno podría pensar que con todo esto que hemos visto, ya la victoria estaba asegurada y Nehemías y los suyos se podrían tomar un merecido descanso. Nada de eso – todavía le esperaban a él sobretodo, pero también a todos los demás, una buena dosis de más contrariedades, presiones y ataques.

Dificultades internas – el cambio de frente.-

En la estrategia militar, uno de los factores bien conocidos es el cambio repentino del frente de ataque. Con esto se busca maniobrar en un flanco por ejemplo, para distraer a las fuerzas defensoras y luego irrumpir por sorpresa, ya sea en el centro, el otro flanco o aun por la retaguardia. Algo de esto se da en la experiencia práctica de la guerra espiritual y de hecho lo vemos con claridad en la iglesia primitiva de Jerusalén, en los primeros capítulos de Los Hechos.

En efecto: en el capítulo cuatro el ataque viene por fuera a través de los sacerdotes, gobernantes y ancianos; en el siguiente, el quinto, en su primera parte viene por

dentro por el engaño de Ananías y Safira; en la segunda mitad del mismo capítulo, otra vez desde afuera por los religiosos de entonces. En el sexto, primero por la murmuración interna en cuanto a las viudas de los griegos que estaban desatendidas, y después, otra vez desde afuera, desembocando en la gran persecución que vino tras el martirio de Esteban.

Continuando con el texto de Nehemías, a él le tocó aprender esto en medio de la lucha, según vemos en el capítulo cinco. Como si los intentos e insidias desde afuera no hubiesen sido suficientes, se encuentra con un grave problema interno.

Muchos de los que estaban en Jerusalén y alrededores se encontraban sin alimentos para subsistir. Mostrando gran falta de sensibilidad y un buen grado de avaricia, algunos nobles y oficiales que contaban con abundantes medios, al facilitar alimentos a aquéllos, lo habían hecho a condición de que se les empeñasen sus posesiones o bien con préstamos a interés.

Como bien podemos imaginar, esto provocó un gran clamor y otra vez el valiente Nehemías tuvo que afrontar la situación, reprendiendo severamente a los culpables y exhortándoles a que devolviesen las tierras, viñas, olivares y casas y el interés cobrado.

Afortunadamente, su reprensión y exhortación fueron bien recibidas, y hubo una respuesta favorable que sirvió para remediar la situación, con el regocijo del pueblo que alabó al Señor.

Otra vez debemos decir: ¡qué bendición para Israel que Dios les haya levantado y enviado semejante varón!

La parte final del capítulo (5:14-19), nos hace ver la estricta honradez, desinterés e integridad de Nehemías. Esto fue sin duda un sello distintivo de toda su trayectoria, comparable en ese sentido con las de Samuel, Eliseo, Pablo y muchos otros grandes siervos de Dios.

Trampas y celadas.-

En el capítulo sexto continúan los ataques desde afuera, pero con un cariz diferente. Al ver Sanbalat, Tobías, Gesem y los demás enemigos que la conspiración para invadir Jerusalén había quedado frustrada y que el muro ya estaba levantado y los portillos reparados, pasaron a un sutil cambio de táctica. Obstinados, persistentes y nunca queriendo darse por vencidos – *¡así son nuestros enemigos!*

El cambio consistía en una serie sistemática de trampas y celadas, dirigidas en forma particular contra Nehemías, que era sin lugar a dudas la pieza clave de toda la obra de reconstrucción. *Quien quiera ocupar un puesto destacado en la obra de Dios, que sepa que ello le convertirá en blanco especial del enemigo, y que necesitará mucha gracia de Dios, y mucho temple, humildad y sabiduría, para no ser dañado o derribado por el enemigo.*

Veamos las dos celadas principales:

1) Invitación a deliberar – “la trampa de Ono”.-

“...Ven y reunámonos en alguna de las aldeas en el campo de Ono. Mas ellos habían pensado hacerme mal”.

“Y les envié mensajeros, diciendo: Yo hago una gran obra, y no puedo ir; porque cesaría la obra, dejándola yo para ir a vosotros”. (6:2 y 3)

Esta treta ha sido usada muchas veces para desviar a siervos de Dios de la tarea que les ha sido encomendada. Insinuaciones, habladurías o acusaciones falsas para llevarlos al terreno de la polémica o la contienda, ya sea para justificarse o mantener en alto su buen nombre. Todo con la astucia de apartarlos del trabajo que están haciendo.

Nuestra misión es proclamar la palabra de Dios y hacer Su voluntad, y no debemos nunca enredarnos en esas cosas. Aunque tengamos razón, por el solo hecho de interrumpir la labor que se nos ha dado, terminaremos sensiblemente perjudicados.

Notemos la insistencia tenaz de los enemigos y la firmeza de acero de Nehemías. Cuatro veces lo intentaron, pero en las cuatro les dio la misma respuesta. Debemos aprender de esto y ser personas que no cambian su palabra ni transigen con el adversario en lo más mínimo.

Uno pensaría que con cuatro negativas de Nehemías, Sanbalat y los suyos habrían desistido, pero eran tan persistentes que hasta intentaron una quinta vez. Esta iba acompañada de la falsa acusación de que él se estaba haciendo proclamar rey, y que al ser notorio y conocido por todos, llegaría a oídos del rey Artajerjes con las conabidas consecuencias. Así que ¡a ir a reunirse con ellos y consultar juntos!

Mentira, astucia e hipocresía a ultranza – nada más ni nada menos. Habría sido tan fácil caer en la celada e ir a discutir y demostrar que era una calumnia, pero con serena calma Nehemías responde:

“...No hay tal cosa como dices, sino que de tu corazón tú la inventas.” (6:8) – y sigue con toda fe y tranquilidad haciendo la obra a la que Dios lo había llamado.

A esta jugarreta de hacernos enredar en polémicas o controversias, para que dejemos de hacer nuestra labor y nos salgamos de la voluntad de Dios, nos gusta llamarla *la trampa de Ono*.

Nuestra respuesta siempre debe ser: **¡OH NO - ESO SÍ QUE NO!**

2) “Salva tu vida – te quieren matar”-

Un tal Semaías, sobornado por Tobías y Sanbalat, lo invita a Nehemías a reunirse con él en la casa de Dios y cerrar las puertas para protegerse, porque había quienes esa misma noche venían a matarlo.

Sin duda esto era perverso y malvado a más no poder, para infundirle temor y desacreditarlo ante el pueblo, al aparecer como un cobarde que abandona el deber y se esconde para escapar del peligro.

Algo parecido le pasó al Señor Jesús unos siglos más tarde cuando los fariseos le dijeron:

“Sal, y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar.” (Lucas 13:31)

Nehemías contestó con toda claridad y valentía:

“¿Un hombre como yo ha de huir? ¿Y quién, que fuera como yo, entraría al templo para salvarse la vida. No entraré.” (6:11)

Y luego agrega:

“Porque fue sobornado para hacerme temer así, y que pecase, y les sirviera de mal nombre con que fuera yo infamado.” (6:13)

Aparte del valor de Nehemías, resalta su agudo y pronto discernimiento, que le permite detectar de inmediato cada lazo que se le tiende. Y también su rápida reac-

ción que en todos los casos dejó frustrados los intentos contra su persona y testimonio.

¡El humilde copero del rey, en el frente de batalla ha resultado ser un verdadero titán!

Al leer esta parte, a algún lector le surgirá tal vez la pregunta:

“Esto es para líderes. ¿No estábamos en el tema de la restauración?”

Y la respuesta es:

Primeramente, al alejarse o enfriarse uno espiritualmente, pierde la valentía, el discernimiento y la capacidad de reaccionar en forma acertada. Recuperar esas cosas, por cierto que es parte de la restauración.

En segundo lugar, dijimos y reiteramos que aspiramos a que esto *sea más que restauración*. ¿Por qué no hemos de esperar que de entre los que el Señor restaure, también levante a algunos para ser líderes y columnas?

Después de cincuenta y dos días de lucha sin cuartel, por fin se termina la obra y la batalla culmina con una gran victoria y con este sello glorioso:

“Fue terminado pues el muro...en cincuenta y dos días.”

“Y cuando lo oyeron todos nuestros enemigos, temieron todas las naciones que estaban alrededor de nosotros, y se sintieron humillados, y conocieron que por nuestro Dios había sido hecha esta obra.” (6:15-16)

Toda la esforzada labor, coronada con un éxito absoluto y el nombre y testimonio del Señor levantado bien en alto ante todas las naciones vecinas. Bien valieron la pena el arduo trabajo y los muchos sacrificios realizados, para alcanzar este fin tan satisfactorio.

A pesar de esto, a Nehemías le tocó seguir enfrentando situaciones de intrigas y presiones desde afuera y por dentro, como así también la desobediencia y mala conducta de algunos, aun dentro de su pueblo y del mismo sacerdocio.

La firmeza y fidelidad con que lo afrontó y sobrellevó todo hasta el final son realmente ejemplares. Pero dejamos eso, dándonos por satisfechos con todo lo ya visto hasta ahora sobre ese aspecto, y pasamos a otras partes del relato, igualmente llenas de rico contenido.

Esdras reaparece en escena.-

En el capítulo anterior vimos la participación de Esdras hacia el final del libro que lleva su nombre, para solucionar el grave problema que se había presentado al mezclarse muchos en matrimonio con mujeres paganas.

De ahí en adelante, siguiendo con la crónica bíblica, hemos estado considerando la actuación de Nehemías, sobretodo en la reedificación del muro.

Ahora emerge Esdras otra vez en el relato, estrechamente unido con Nehemías y los demás varones principales, en una etapa nueva después de concluirse la muralla.

Seguramente por una providencial intervención divina, según nos narra el capítulo octavo, el pueblo entero se reúne en la más estrecha unidad, y formula al escriba Esdras el pedido de que traiga el libro de la ley de Moisés, dada por Dios para Su pueblo.

Una petición singular y desde luego maravillosa. Indudablemente se han dado cuenta de que buena parte de la causa de la desobediencia y el apartamiento anterior de los caminos del Señor, ha sido por el descuido y abandono de ese libro sagrado y principalísimo, cuyas palabras y preceptos deberían haber tenido muy presentes en todo tiempo.

Ahora, congregados como un solo hombre, quieren que se les traiga, lea y explique. El lugar en que están – la plaza que está frente a la puerta de *las Aguas* – refuerza en nuestra mente el hecho de que tenían *sed de esa palabra santa*, que debía ser luz y guía para sus vidas.

Recordamos como, unos buenos años antes, Esdras había preparado su corazón con diligencia para inquirir esa ley de Dios, cumplirla y enseñarla. (Esdras 7:10)

Los molinos de Dios suelen moler con lentitud, pero en forma segura e inexorable, para el logro de Sus propósitos. Años atrás como decimos, siendo aún bastante joven, mientras otros hacían mil cosas distintas, Esdras dedicaba horas y horas cada día a considerar, leer, releer y examinar ese libro sin igual. Para muchos podría haber parecido un exceso.

“Sí, leerlo un poco cada día está bien. Pero en esa forma obsesiva y exclusiva, cuando hay tantas otras cosas tan interesantes y atractivas que también podría hacer y disfrutar en la vida...”

Así piensa la mente natural, juzgando y midiendo las cosas según los estrechos y cortos parámetros de la comprensión normal y corriente. *En cambio, el varón que como Esdras ha recibido de lo alto el llamado a darse por entero y por encima de todo al libro que es sobre todo libro, no puede en ninguna forma ver las cosas con ese enfoque. Para él ese libro ha de ser su deleite y su fuente de vida e inspiración diaria, y dejarlo de lado sería apagar una luz que ilumina su alma, y secar una vertiente cristalina que refresca y renueva su ser.*

Esos años de la siembra generosa que hizo Esdras al darse de lleno a su vocación, ahora encuentran una cristalización que les da verdadero sentido y razón de ser: un pueblo necesitado y deseoso de que se le lea y explique la ley, y para hacerlo, nadie más indicado que él.

La forma en que discurrieron las cosas es por demás significativa. Leyó en el libro delante de la plaza frente a la puerta de las Aguas *desde el alba hasta el mediodía*.- Lo hizo en presencia de hombres y mujeres y de todos los que podían entender, y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al libro de la ley. (8:3)

Cuando Dios obra en los Suyos para restaurarlos, madrugan para buscarle, y el libro que se había abandonado vuelve a ocupar su debido lugar y se lo lee y escucha con atención y avidez.

“Abrió, pues, Esdras el libro a ojos de todo el pueblo, porque estaba más alto que todo el pueblo; y cuando lo abrió, todo el pueblo estuvo atento.”

“Bendijo entonces Esdras a Jehová, Dios grande. Y todo el pueblo respondió: ¡Amén! ¡Amén! alzando sus manos; y se humillaron y adoraron a Jehová inclinados a tierra.”(8:5 y 6)

¡Abrir ante el pueblo el libro que estaba cerrado y presentar sus verdades y sus tesoros! ¡Qué privilegio y qué honor!

Para ello el siervo de Dios indudablemente tiene que estar más alto que todo el pueblo, como estaba situado Esdras físicamente. Esto es una representación vívida de lo que debe ser su vida interior: ubicada en un nivel más alto que la de los demás – aunque desde luego sin ninguna altivez – para así poder inspirarlos a seguir su ejemplo y escalar posiciones.

Sin embargo, no era Esdras el único que hacía esta labor. Un buen número de levitas también lo hacían, seguramente por tratarse de un concurrencia tan numerosa y también por ser algo que duraba del alba hasta el mediodía.

“...hacían entender al pueblo la ley; y el pueblo estaba atento en su lugar.”

“Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura.”(8:7 y 8)

Esto nos da conceptos sencillos y básicos de lo que es la sana y sabia exposición de las Escrituras. Se las debe leer con toda claridad, sin prisa y con el acento grave y reverente que se merecen, y en voz alta, con pronunciación correcta de cada palabra, para que todos puedan oirla sin dificultad. Luego se debe poner el sentido, explicándolo en forma comprensible para todos, a fin de que nadie quede en dudas en cuanto a su significado.

La lectura y exposición de la palabra en esta forma hizo que el pueblo llorase al escucharla, contristado seguramente al tomar conciencia de cuán desobedientes habían sido, y cómo la habían desatendido y puesto a sus espaldas por años y años, muchos tal vez durante toda su vida.

Fue entonces que los levitas, Esdras y el mismo gobernador Nehemías – muy presente en todo esto – pasaron a alentar al pueblo, exhortándolos con las muy bien conocidas palabras del versículo 10 en su parte final:

“...porque el gozo de Jehová es vuestra fuerza.”

Así la tristeza se trocó en regocijo y el pueblo fue a comer y a obsequiar porciones a los que no tenían y *“a gozar de grande alegría, porque habían entendido las palabras que les habían enseñado.”* (8:12)

Cuando la palabra es bien trazada y ministrada, habiendo corazones correctamente dispuestos, es de esperar que se den, entre otros, estos cuatro resultados:

- 1) Redargüirnos de nuestras faltas y pecados;
- 1) Esclarecer las cosas y señalar el camino a seguir;
- 1) Traernos grande alegría;
- 1) Darnos un saludable apetito por continuar escuchándola.

Esto último lo vemos en el versículo siguiente (8:13) en el que se nos dice que al día siguiente los cabezas de familia de todo el pueblo, sacerdotes y levitas, se volvieron a reunir con Esdras, para entender las palabras de la ley. Las largas horas del día anterior escuchando la lectura y explicación no les habían bastado - ¡todavía querían más!

Considerando que todo esto sucedió en el contexto del Antiguo Testamento, en una dispensación inferior a la actual en que nos encontramos, creemos que debería hacernos sentir avergonzados. Tenemos un pacto muy superior, basado en un mejor ministerio y en mejores promesas (Hebreos 8:6) y sin embargo ¡cuántas veces, por nuestra mediocridad y apatía, distamos mucho, muchísimo, de alcanzar estos niveles que a veces se daban en el pueblo del viejo pacto!

La fiesta de los tabernáculos.-

En esa loable actitud de inquirir en la palabra y ponerse a tono con ella, se encontraron ahora con el mandamiento de guardar la fiesta de los tabernáculos, también llamada a veces la fiesta de las cabañas o de las enramadas. La misma debía celebrarse por siete días contados a partir del quince del mes séptimo y no se la había guardado por mucho tiempo.

Debían tomar ramas con fruto de árboles hermosos, de sauces de los arroyos, olivos, arrayanes, palmeras y todo árbol frondoso, para hacer tabernáculos, lo cual hicieron levantándolos en sus propios terrados y patios, como así también en plazas y en los mismos patios de la casa de Dios.

La palabra tabernáculo en el original hebreo significa tienda. El propósito de esta festividad tan especial y particular era rememorar el hecho de que sus antepasados, después de salir de Egipto, habían morado en tiendas en su larga peregrinación por el desierto, que después de cuarenta años los llevó a la tierra de Canaán.(Lev. 23:42-43)

Ese peregrinaje había sido todo un milagro de la protección y provisión divinas. Sus vestidos no se habían envejecido, ni sus pies se habían hinchado; la columna de nube de día y la de fuego de noche, en representación visible de la presencia de Dios, nunca se habían apartado de ellos; el maná les caía del cielo y de la roca manaban copiosamente aguas frescas y cristalinas para ellos y su ganado; cada noche dormían en tiendas acampando en lugares de los más variados de lo que en gran parte era un horrible desierto, lleno de serpientes y escorpiones y otros peligros que los acechaban, incluso el de contraer enfermedades propias de semejantes condiciones. Pero de todo y en todo esa mano diestra, poderosa y amante del maravilloso Jehová los había guardado, para llevarlos finalmente a cruzar el Jordán y entrar en la tierra prometida.

¡Vaya si tenían razón para recordar y celebrar con gratitud tierna y temblorosa toda esa maravilla!

Y esta fiesta tenía también el propósito de hacerles regocijar delante de su Dios por siete días. (Lev. 23:40) Al celebrarla otra vez después de mucho tiempo “hubo alegría muy grande”.

¿Por qué? Por las dos simples razones de que recordar los infinitos cuidados y mercedes del Señor en forma tan vívida y expresiva, y hacerlo en la bendita sencillez de la obediencia – “porque nuestro Dios nos ha dicho que lo hagamos” – nada más ni nada menos – sólo podía traerles un resultado: gozarse con la más íntima satisfacción.

¿Cuál era esa íntima satisfacción? La de saber que tenían un Dios tan incomparable y que con candor y amor estaban haciendo lo que a Él le agradaba. Eso también era, y es, restauración, en un plano básico pero igualmente precioso y entrañable.

Pensar que por años y años se habían privado, por su propia desobediencia, de esta fiesta tan espléndida – siete días de inmensa alegría, gozándose a más no poder. ¡Lo que se habían perdido y lo que muchas veces también nos perdemos nosotros!

De manera que ¡a meternos en espíritu debajo de las ramas frondosas, en tabernáculos de festiva recordación de las inmensas bondades del Señor! Y así, deserrados y dejados atrás los malos recuerdos, dudas, temores o rencores, ¡a amar y gozarnos! Como Sus hijos restaurados y altamente agraciados, a pesar de nuestras

luchas y problemas, no podemos sino saber con legítimo orgullo que somos la gente más feliz y dichosa de toda la tierra. Amén.

Durante cada uno de esos siete días, uno de los eventos más importantes fue la lectura de la palabra a oídos de todos, y que estaba a cargo del sacerdote Esdras, que sin duda merecía cumplidamente el calificativo elogioso de escriba docto usado varios siglos después por Jesucristo. (Mateo 13:52)

La lectura anterior a que ya nos referimos en la sección previa a ésta, les había prendado el corazón, llegando a gozar de grande alegría porque habían entendido las palabras que les habían enseñado. (8:12) Comprobaron así cuán cierta era la afirmación de David en el Salmo 19: 8:

“Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón.”

Podemos pues fundadamente concluir que, asistir a la lectura de las palabras de la ley esos siete días no les resultaba pesado ni aburrido; antes bien, con toda seguridad que lo hacían de muy buen grado y con toda reverencia y suma atención.

Si ellos podían – naturalmente con la gracia y la ayuda de lo alto – vivir y experimentar esto en cuanto al libro de la ley con el régimen del Antiguo Testamento, seguramente cabe que nos hagamos esta pregunta:

¿Cuánto mayor debería ser nuestro alborozo y deleite, atención y tierna reverencia, al ser nosotros los beneficiarios de las glorias mucho mayores, heredadas en el Nuevo Pacto en que estamos, sellado con la sangre del Santo Cordero de Dios?

Como quien toma la lupa para ver con toda claridad y que no se le escape el más mínimo detalle, así debiéramos escudriñar con avidez este tesoro de libro que es la Santa Biblia. Y así se nos llenaría el corazón de bendita alegría, al redescubrir con frescura y fragancia cosas viejas que hemos conocido por años, pero que ahora vendrían a nuestros espíritus más grandes y hermosas que nunca. No sólo eso, sino que también descubriríamos cosas nuevas que nunca habíamos visto antes – vivas y deleitosas. Y el cofre de nuestro corazón y nuestra vida sería el feliz depositario de riquezas celestiales y eternas.- ésas que sí vale la pena buscar, guardar y atesorar, y a su tiempo transmitir a otros.

Querido hermano o hermana que estás leyendo estas páginas: que esto sea para ti un desafío a tomar la Biblia como nunca antes. Rúegale al Señor que por Su Espíritu Él te dirija concretamente en su lectura. Con hambre y sencillez de niño, léela, estúdiala, cómela, bébela y llénate de ella. Te colmará de alegría, transformando y enriqueciendo tu vida. Así serás de veras un hombre – una mujer – de la santa palabra de Dios.

Esto también es restauración. Pero como dijimos en el primer capítulo, no de la normal y corriente, sino SEGÚN DIOS – es decir, no solamente devolviéndote lo perdido, sino dándote mucho, muchísimo más.

Oración de arrepentimiento y firma del pacto.-

La fiesta de los tabernáculos, de duración de siete días, como ya hemos dicho, finalizó como debía el día veintidós del mes séptimo, y fue seguida al día siguiente por la solemne asamblea prescrita en Números 29:35.

En ese día no debía efectuarse ningún trabajo servil, que en términos prácticos significaba que no debía hacerse nada más que lo absolutamente imprescindible.

Al día siguiente, el vigésimocuarto, sin ninguna demora ni pérdida de tiempo se volvió a reunir todo el pueblo con ayuno, habiéndose echado cilicio y tierra sobre sí mismos en señal de contrición y arrepentimiento. Una cuarta parte del día fue dedicada a oír de pie la lectura del libro de la ley, y otra cuarta parte a confesar sus pecados y adorar a Jehová su Dios. (9:3)

Debemos detenernos acá para sopesar bien lo que estamos leyendo, pues de otra manera se nos pasarían por alto la magnitud y envergadura de este retorno al Señor que estaba viviendo el remanente de Su pueblo.

No se trataba solamente de un grupo de los más destacados y consagrados. Por cierto que incluía a los hombres de vanguardia, como así también a los sacerdotes, levitas, porteros, cantores y sirvientes del templo; pero junto con ellos estaban todos los que se habían apartado de la mezcla con los paganos, acompañados por sus mujeres, hijos e hijas - todos los que tenían uso de razón.

Tampoco era algo de una o dos horas dos o tres veces por semana. Llevaban días y más días congregándose en estrecha unidad por horas y horas, reduciéndose la actividad cotidiana normal al mínimo estrictamente indispensable. *Había que arreglar las cuentas pendientes con Dios y retomar la senda de la plena obediencia y fidelidad, y a esto se estaban dando de lleno como un solo hombre y dejando de lado todo lo demás.*

¡Cuánto necesita la iglesia en general y cada uno de nosotros en particular, experimentar algo real y profundo de este calibre! Gracias a Dios por las manifestaciones de Su gracia, salvación y bendición que se están dando en muchas partes del mundo en estos días. Sin embargo, creemos que en el terreno de un volver a buscarlo con integridad y anhelo santo, y hambre y sed insaciables, dejando atrás todo lo demás, todavía tenemos mucho, muchísimo que andar y aprender.

Antes de proseguir, hacemos un paréntesis para elevar una oración que nos brota al escribir estas cosas.

“Señor, ayúdanos a sentir vergüenza y verdadera tristeza por el desgano y el materialismo que tantas veces hemos permitido que se infiltre en nuestras vidas. Nos han hecho malgastar el tiempo y las fuerzas en lo que no ha sido de provecho, y nos han impedido ser el ejemplo y el testimonio que debiéramos haber sido para otros.”

“Danos sabiduría de lo alto y enciéñenos de tal propósito de corazón, que nuestra meta constante sea en cada día que nos resta de vida, el vivir en Tu plena voluntad y a la luz de los valores eternos. Amén.

Y continuamos ahora con el progreso y la culminación de lo que venimos viendo. Ese día vigésimocuarto, después de todo lo ya señalado, un grupo de levitas principales se levantó sobre la grada, y en voz alta clamaron exteriorizando bendición y honor al Señor y Su glorioso nombre.

A partir de allí, en representación de toda la asamblea, elevaron una larga y sentida plegaria, que encontramos consignada desde el versículo 5 al 38 del capítulo 9 en que nos encontramos. Se recomienda su lectura y estudio cuidadoso.

Resumidamente, consiste en una recapitulación breve y condensada de la historia del pueblo de Israel a partir del llamado del Señor a Abraham. En la misma se contrasta la grandeza, sabiduría, poder y misericordia de Jehová el Dios de ellos, con

la desobediencia, infidelidad y rebeldía crónicas de sus padres, a pesar de las muchas amonestaciones y llamados al arrepentimiento que Él les había hecho a través de Sus siervos y profetas.

Finalmente desemboca en los muchos sufrimientos que esto les había traído como nación, al punto que en ese entonces, debiendo ser libres y disfrutar del fruto de la tierra fértil y espaciosa que se les había dado por herencia, eran en cambio siervos y estaban subyugados por reyes que habían sido puestos sobre ellos debido a sus pecados. Por todo esto se encontraban en grande angustia, y culminaron su oración con una fiel promesa, a ratificarse por escrito y firmarse por los príncipes, levitas y sacerdotes, de que de ese día en adelante andarían en la más cumplida obediencia y fidelidad al Señor.

En total se nos dan los nombres de ochenta y cuatro varones que firmaron, a lo cual se agregó el asentimiento con juramento de todo el resto del pueblo, que como ya vimos estaba reunido en absoluta identificación todo ese día, tal vez el más solemne de todos.

Todo esto nos da bastante en qué pensar.

El valor del escarmiento.-

La primera reflexión que expresamos – y nos limitaremos a tres – es el lugar que casi siempre parecen ocupar como preludio de retornos reales y en profundidad al Señor, el sufrimiento y la angustia. Bajo el toque del Espíritu Santo producen ese escarmiento tan saludable, que arranca de lo más hondo de las entrañas anhelos intensos y de la máxima sinceridad por encontrar otra vez a Dios y Su camino en la forma más absoluta. La solicitud, oración y búsqueda a que nos mueven se hacen tales, que en la mayoría de los casos diríamos que nunca las alcanzaríamos a ese nivel en condiciones normales, libres de agobios y dolores.

Así el castigo correctivo que recibimos por nuestras faltas y desviaciones, sobretudo las gruesas, se vuelve en una llave maestra para quebrantarnos y lograr el alto fin de que *la obediencia y la buena senda se nos queden grabadas a fuego e indeleblemente en nuestro fuero interno*. Queda entendido, como ya hemos puntualizado en alguna oportunidad anterior, que el Señor siempre prefiere el trato por persuasión, “a las buenas”, como se suele decir, y sólo recurre al castigo severo para escarmiento cuando no queda otro remedio.

De todo corazón y con tenaz perseverancia.-

Otra consideración que surge con mucha claridad y fuerza, es la intensidad y persistencia con que este remanente se dio a la labor de poner las cosas en orden en cuanto a Dios, y a hacerlo en forma cabal e irrevocable.

No sólo cuando se trata de restaurarse, sino también en la búsqueda de Dios para tener más de Él y de Su gracia en la vida, muchas veces no se lo logra por una de las dos siguientes razones: o se lo hace a medias y no de todo corazón, o bien no se persevera debidamente. En cuanto a lo primero, a menudo con un cierto deseo, pero atraídos también por otras cosas o no estando dispuestos a pagar el precio. Lo segundo se refleja en desanimarse al no alcanzar con prontitud lo que se desea, concluyéndose que no es la voluntad de Dios, o bien que no ha llegado Su tiempo para lo que se busca, y así se lo posterga o abandona.

Lo que acabamos de examinar en cuanto al remanente del pueblo de Dios, nos da un ejemplo vivo de lo que es buscar a Dios de todo corazón, con sacrificio y con tenaz perseverancia. Claro está que ni esa búsqueda solícita, ni el sacrificio ni la perseverancia, podrán *de por sí solas* procurar la bendición o el éxito que se busca. Será sólo por la gracia y virtud del Espíritu Santo; pero para poder fluir adecuadamente, esa gracia y esa virtud necesitan la total confluencia de nuestra voluntad y nuestra más esmerada colaboración. Sin ella, muy poco se conseguirá.

Las dos columnas fuertes.-

Y la tercera observación es la del rol primordial de la palabra de Dios acompañada de la oración, en este caso con los matices principales de reconocer y confesar sus pecados e infidelidad, y dar gloria al Señor por Su grandeza, poder, fidelidad y enorme clemencia. Debemos cuidarnos siempre de que estas dos columnas insustituibles no queden relegadas a segundo plano por ninguna otra faceta de toda la gama del ministerio, por más importante o atractiva que pueda parecer.

La dedicación del muro.-

Esto fue un digno y feliz broche de oro, toda una fiesta de música y canción en alabanza y gratitud, con gran regocijo por parte de todos.

Para la misma los sacerdotes y levitas se purificaron a sí mismos con los sacrificios establecidos por la ley, e hicieron lo propio con el pueblo, el muro y sus puertas.

Nehemías dispuso que se dividiesen en dos grandes coros integrados por los príncipes, sacerdotes, levitas y el resto del pueblo, que marcharon en procesión sobre el muro. Uno de ellos marchaba hacia la derecha, con Esdras yendo delante de ellos. En cuanto al otro, iban del lado opuesto *“y yo en pos de él”* (12:38), como consigna Nehemías en una hermosa muestra de caballerosidad y humildad.

Hemos puesto en cursiva y subrayado sobre el muro como algo que merece destacarse. Como vimos a poco de iniciado el capítulo, los enemigos se habían burlado con toda malicia y desprecio al empezar la edificación, diciendo que con sólo subir una zorra derribaría lo que estaban levantando.(4:3)

Fue entonces que Nehemías elevó esta oración:

“Oye, oh Dios nuestro, que somos objeto de su menosprecio, y vuelve el baldón de ellos sobre su cabeza...”(4:4)

Como a veces sucede, la respuesta divina tardó en llegar, pero a su tiempo llegó y ¡qué respuesta ¡

Sobre ese muro del cual se habían burlado con tanto descaro, marchaban ahora, no una triste zorra, sino veintenas y centenares de personas: príncipes, oficiales, sacerdotes, levitas y todo el resto del pueblo; ¡y el muro seguía sólida y firmemente en pie!

La magnífica culminación.-

“...se regocijaron, porque Dios los había recreado con grande contentamiento; se alegraron también las mujeres y los niños; y el alborozo de Jerusalén fue oído desde lejos.” (12:43)

¡Qué magnífica culminación! Las trompetas, címbalos, salterios y cítaras haciendo oír sus melodiosas notas por doquier; los cantores llenando el lugar con ala-

banzas y cánticos en alta voz, y los dos coros convergiendo sobre el muro desde sentidos opuestos hasta llegar a la casa de Dios.

Toda una fiesta inolvidable: la ciudad y los lugares que habían estado desolados y en ruinas, ahora plenamente reedificados y restaurados, con música, canción y dichosa algarabía que surcan el espacio por muchos kilómetros a la redonda.

¡Así termina y culmina las cosas nuestro bendito Dios !

De todo y para todos.-

Recapitulando, un capítulo que, según el subtítulo que lleva, casi podríamos decir que nos ha dado *de todo y para todos*. Veamos:

Trabajo intenso que ha exigido el máximo de cada uno.

Lucha continua y sin cuartel contra enemigos declarados, hasta desbaratarlos y dejarlos frustrados y vencidos.

Dos varones ejemplares en Esdras y Nehemías, los cuales – cada uno en lo suyo – se complementan maravillosamente, comportándose con integridad y valentía propias de los verdaderamente grandes.

Un pueblo escarmentado, sediento y profundamente arrepentido, dispuesto a dejar todo lo demás de lado, para buscar en la más estrecha unidad ponerse totalmente a cuentas con su Dios.

La fiesta de los tabernáculos o de las cabañas, como un peldaño más de obediencia en su marcha ascendente.

Persistente y perseverante búsqueda por días y días, y en ayuno y con cilicio el día vigésimocuarto.

La palabra de Dios y la oración y adoración, colocadas otra vez en el lugar que les corresponde de columnas centrales para el pueblo del Señor.

Solemne pacto de fidelidad total, confirmado por escrito y firmado, y además ratificado con juramento.

Celebración histórica y gloriosa con música, alabanza, cánticos y alborozo general en toda Jerusalén, y que se hacen oír por muchos aun desde lejos.

Ánimo querido hermano, si en tu marcha hacia la restauración de tu vida, o bien en tu búsqueda y lucha por subir más alto y tener más de Dios, todavía te encuentras en cualquiera de las etapas intermedias previas. Tal vez te sientas débil y exhausto mientras el combate arrecia.

¡Arriba ese corazón! Persevera y en tu flaqueza apóyate en el Omnipotente, que Él está de tu parte y a tu lado. Su mano diestra y sabia te sacará a flote, y más que eso, te traerá a una culminación digna de todo el esfuerzo, sudor, sacrificio y lágrimas que han ido jalonando tu camino.

¡Y *tú también* terminarás con gozo inefable y la más profunda gratitud y alabanza al Señor! ¡Amén !

----- () -----

CAPITULO XV – LOS CUATRO CAPÍTULOS DORADOS DE JEREMÍAS

Una gloriosa restauración futura, con aplicación para el presente.

Como culminación de esta primera parte de la obra, nos quedan por considerar los capítulos 30 al 33 inclusive de Jeremías. En nuestro libro anterior “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto”, extraímos de esta preciosa sección del libro el pasaje del capítulo 31 que va del versículo 31 al 34, para proyectarnos al vasto y riquísimo tema del nuevo pacto, al cual le dedicamos varios capítulos que pasaron así a formar la parte central del libro.

Nuestro enfoque de estos capítulos 30 al 33 será ahora desde el punto de vista de nuestro tema central de la restauración.

No piense el lector que por tratarse de algo profetizado para el futuro de Israel este capítulo no tiene mayor relevancia. Por el contrario, debido a que, como veremos, esta restauración futura del pueblo de Dios estará basada en la obra redentora del Mesías prometido, y en los principios del Nuevo Pacto de la dispensación en que nos encontramos actualmente, el examen de la misma que haremos a continuación resulta de singular importancia y valor.

Algunas de las cosas prometidas en estos capítulos de Jeremías, sin duda se refieren a los tiempos de Zorobabel y Josué y también a los de Esdras y Nehemías, y éstas ya se han cumplido.

Pero examinando el texto con cuidado, veremos que hay partes que evidentemente van mucho más lejos. Sin lugar a dudas, apuntan a una gran restauración futura del amado pueblo de Dios, en su mayoría esparcido todavía en la actualidad por muchas partes del mundo, y sin reconocer en Jesucristo al Mesías prometido en las profecías del Antiguo Testamento.

Para empezar, en 30:7 Jeremías habla de un día de gran angustia para Jacob, tanto que no hay otro semejante a él. Esto debemos hilarlo con Daniel 12:1, donde también hay una predicción de un *“tiempo de angustia cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces.”* Los dos versículos coinciden asimismo en que el pueblo de Dios será librado en ese tiempo, y concuerdan con las palabras de Jesús con respecto a *“días de tribulación cual nunca ha habido desde el principio...hasta este tiempo, ni la habrá.”* (Marcos 13:19) Como es sabido, estos pasajes y varios más contenidos en las Escrituras, nos hablan proféticamente de lo que comúnmente se suele llamar la gran tribulación.

Al mismo tiempo, debemos tener presente que en el gran sermón profético, después de predecir gran persecución y calamidad, Jesús agregó en Lucas 21:24b *“hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.”* Pablo a su vez en Romanos 11:25 escribe *“hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles.”*

Muy significativamente, con posterioridad inmediata a esto último tenemos estas palabras:

*“...y luego todo Isrel será salvo, como está escrito:
Vendrá de Sión el Libertador,
Que apartará de Jacob la impiedad*

*Y éste será mi pacto con ellos,
Cuando yo quite sus pecados.” (Romanos 11:26-27)*

De estas dos citas, la segunda se deriva del pasaje de Jeremías 31:33-34, que se encuentra dentro del contexto de los cuatro capítulos con promesa de restauración para Israel que estamos por considerar. Esto no puede sino confirmar que la época de su cumplimiento total será hacia el final de los tiempos, y una vez cumplido y alcanzado su plenitud el tiempo de los gentiles.

Lo anterior va solamente a los efectos de ubicar correctamente en su tiempo las promesas que se encuentran en Jeremías en los capítulos 30 al 33 que estamos considerando. Como ya dijimos anteriormente, no es nuestra intención abarcar el aspecto escatológico, y sólo estamos corroborando en forma sencilla y elemental que esto que vamos a tratar, en su mayor parte, es algo futuro que el Señor ha prometido para el pueblo de Israel en el final de los tiempos.

La fuente de la cual todo mana.-

“Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia.”
(Jeremías 31:3)

Aquí tenemos la fuente de la cual todo mana, la base que le da sólido apoyo, y la fuerza que lo habrá de sustentar y llevar todo a un completo y cabal cumplimiento.

¡El amor insondable, infinito, que nunca se acaba ni morirá jamás, del Eterno Dios de amor!

Capítulos y más capítulos de Jeremías se han desbordado en reprender y reprochar al pueblo de Dios por su rebeldía, infidelidad y maldad increíbles. Por más advertencias y amonestaciones que le envió el Señor, Israel y Judá insistieron en seguir ese nefasto camino, al punto que tuvo que declararlos incorregibles e incurables, y en su santa ira disponer el único recurso posible: el del destierro, esparciéndolos por todo el mundo como un pueblo desobediente y desechado.

Pero ese amor de Dios ha sido y seguirá siendo para siempre como un fuego inextinguible, que nada ni nadie podrá apagar. El destierro resultó inevitable y llevaba el fin, como ya sabemos, de servir de escarmiento para traerlos a su debido tiempo a un retorno a Dios de todo corazón. Esto incluso estaba profetizado desde mucho antes por el mismo Moisés en Deuteronomio 30:1-10.

Jeremías nos da una nota muy tierna del amor divino en el capítulo 31, versículo 20:

“¿No es Efraín hijo precioso para mí? ¿no es niño en quien me deleito? pues desde que hablé de él, me he acordado de él constantemente. Por eso mis entrañas se conmovieron por él; ciertamente de él tendré misericordia...”

Efraín es un nombre genérico usado también a veces para el pueblo de Dios o parte de él. En los dos versículos anteriores a los citados hay por parte de él una confesión franca y sincera de haber sido como un novillo indómito que había sido azotado y castigado con toda razón, pero que ahora decía en la forma más cándida posible:

“Conviérteme, y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios.” (31:18)

Esto tiene tal efecto en el corazón del Señor, que no puede dejar de pensar en él – verlo como un hijo precioso, un hijo en quien se deleita y Sus entrañas se conmueven por él.

¡Las entrañas de Dios! ¡Qué frase particular y especial! También la encontramos en Isaías 63:15, y en Oseas 11:8 tenemos algo muy parecido:

“¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín... Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión.”

Son las preciosas paradojas de este amor. Encendido con ira santa por tanta maldad, castiga con la máxima severidad. Pero luego, viendo a los Suyos escarmentados, desconsolados y clamando a Él con angustia, se conmueve y enternece de tal manera que no puede menos que ir a recogerlos en Sus brazos, para levantarlos, consolarlos y bendecirlos como sólo Él sabe hacerlo.

¡La conmoción de tus entrañas! Así lo definen Jeremías e Isaías, y Oseas, por su parte, como ya hemos visto, se expresa en términos muy semejantes. En su experiencia viva del Dios al que pertenecían y servían, habían sin duda probado y gustado esos derramamientos de Su corazón, esos raudales de Su cariño celestial – paternal y maternal a la vez – que seguramente habían inundado sus almas muchas veces al estar muy cerca de Él. Así estos varones nos pueden hablar del amor divino en esta forma tan expresiva y tocante.

La compasión, la ternura, la conmoción de Sus entrañas, no son conceptos abstractos ni figurativos. Todo lo contrario, constituyen una fuerza real y viva, que lo motiva a traducirlas en preciosas promesas de cosas concretas y maravillosas que ese amor aún habrá de hacer a favor de Su pueblo amado.

El Mesías presentado como Rey, Señor y justicia de Su pueblo.-

Entrelazadas con las múltiples promesas de estos capítulos van varias profecías del Mesías llamándolo *“David su rey”* (30:9), *“Jehová, justicia nuestra”* como un renuevo de justicia que se le hará brotar a David (33:15-16) e hijo de David, para reinar (33:21) y ser Señor sobre ellos(33:26).

Esto confirma lo ya dicho al principio del capítulo en cuanto a la ubicación futura de esta restauración prometida. Además, se compenetra y complementa prolijamente con otro pasaje similar que se encuentra en Ezequiel 34:23-24:

“Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor.”

“Yo Jehová les seré por Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos. Yo Jehová he hablado.”

Así tenemos entonces al Mesías prometido, en su rol de rey y príncipe, señor y pastor, y a la vez como justicia de Su pueblo, en lugar de la justicia que es por la ley.

Sin lugar a dudas, Él ha de ser la pieza clave y la gran columna central sobre la cual se ha de apoyar toda esta estupenda restauración, cuyas proyecciones por supuesto que serán mucho mayores que las que hemos visto en tiempos de Zorobabel y Josué, y de Esdras y Nehemías.

Pasemos a examinarla:

El yugo quebrado y las coyundas rotas – no más servidumbre.-

Siempre que se produce un alejamiento de Dios se desemboca en una esclavitud. Oscuras y crueles cadenas, invisibles a los ojos naturales, pero por cierto muy reales, pasan a oprimir y a veces a torturar a quienes, abandonando el hogar de la

obediencia y de la comunión con el Señor, pasan a la jurisdicción y el terreno del enemigo.

Allí comprueban lo malo y engañoso que es él y ¡cómo los esclaviza como verdugo cruel y malvado! Y la promesa primera que sigue en forma inmediata a la profecía del tiempo de gran angustia para Jacob, es que:

“...yo quebraré su yugo de tu cuello, y romperé tus coyundas, y... no lo volverán más a poner en servidumbre.” (30:8).

Bien podemos imaginar el grito de alivio, gratitud y alabanza de los esclavos hechos libres. Y el alborozo de saber que nunca más van a estar atrapados y esclavizados. Sólo los que han experimentado esto en carne propia pueden comprender y valorar debidamente todo lo que encierra este primer gran salto. Únicamente el omnipotente y misericordioso Dios nos puede liberar así del que es más fuerte que nosotros, y asegurarnos que esa pesadilla infernal nunca se habrá de repetir.

“Mas yo haré venir sanidad para ti, y sanaré tus heridas”(30:17)

Unos versículos antes leemos que el quebrantamiento de Israel era incurable, *dolorosa su llaga y que no tenía remedio su dolor* – *“...no hay para ti medicamentos eficaces.”*(30:12, 13 y 15). Junto con esto va la verdad de que ha sido el Señor mismo el que ha hecho esto, hiriendo y azotando fuertemente a Su pueblo – *“...como hiere un enemigo te herí, con azote de adversario cruel...”*(30:14) – utilizando para ello a sus opresores, los asirios, los caldeos y más tarde los medos y persas.

Naturalmente que se había debido a la magnitud de su maldad tan obstinada y crónica. No obstante, no nos cabe duda de que esto, que figura con toda claridad en este pasaje, y en muchos más, les presenta interrogantes y reservas a muchos, sobre todo si se han nutrido en su fe mayormente en los aspectos de la gracia, la misericordia y el perdón gratuito. Les cuesta concebir que un “Dios de amor haga semejantes cosas” como se suele decir.

Sin embargo, tenemos muchas Escrituras muy concretas que lo ratifican. De entre ellas tomamos solamente tres:

“Yo hiero, y yo sano...” (Deuteronomio 32:39)

“... el día que vendare Jehová la herida de Su pueblo, y curare la llaga que él causó” (Isaías 30:26)

“Porque el Señor al que ama, disciplina,

Y azota a todo el que recibe por hijo.” (Hebreos 12:6).

Esta última la hemos escogido de entre muchas más del Nuevo Testamento, adelantándonos al razonamiento que presentan algunos de que este trato de Dios es propio del Antiguo Testamento. Según afirman, no tiene aplicación ni vigencia en el régimen de la gracia y perdón inmerecido y gratuito del Nuevo.

Tratando de no extendernos demasiado sobre el tema, aclaramos brevemente en primer lugar que este tratamiento de la desobediencia y el pecado de Su pueblo, no lo administra el Señor como castigo para infligirle un sufrimiento en base al cual los pueda perdonar después. El perdón es algo que sólo lo puede otorgar Él por su gran misericordia, y dentro del orden actual del nuevo pacto, exclusivamente merced al sacrificio expiatorio, único y totalmente suficiente, de Jesucristo en el Calvario.

En cambio, el propósito que Él persigue, como ya se ha dicho con anterioridad, es correctivo. El pecado y el mal en que incurren en forma deliberada o reiterada ya

sea el pueblo de Dios en nuestro contexto, o bien un cristiano en general, no son sino síntomas externos de un mal interior muy grave que se hace necesario tratar.

La primera opción es la que el Señor aplica, valiéndose de la persuasión. La misma discurre mayormente a través de las exhortaciones y advertencias de la palabra, junto con los llamados *medios de gracia* que pone a nuestro alcance.

Con la debida salvedad de que Israel no contaba con muchos de estos medios de gracia, agregamos que cuando esta primera opción no surte los efectos deseados, el Señor como padre fiel recurre, muy a su pesar, a la segunda, que es la de la disciplina y el castigo. Recalquemos que esto es con el fin de lograr una cumplida terapia de ese grave mal interior a que nos referimos.

Cuando ese fin se ha alcanzado, la manifestación más corriente y casi típica es la de un sincero arrepentimiento, con un tierno volverse al Señor junto con el abandono del pecado, la idolatría y la rebeldía que antes imperaban. Esto constituye de seguro una muestra fehaciente de que ese mal interior ha sido debidamente tratado y quitado.

No obstante, siempre quedan secuelas porque al darse uno al mal, es imposible que no sea así. Las mismas varían de persona a persona, pero las más habituales son heridas de diverso tipo, tristeza, complejo de inferioridad, derrotismo, temores, falta de confianza, debilidad espiritual, propensión a deprimirse, falta de claridad para ver las cosas debidamente y muchas más.

Y aquí nos encontramos con otra paradoja. Por un lado, como vimos, el Señor lo ha pronunciado a Su pueblo como incurable, no habiendo para él medicamentos eficaces. Empero, unos pocos versículos más adelante prorrumpe en la maravillosa promesa de que les hará venir sanidad y Él mismo sanará sus heridas.

Como tantas veces decimos, Él es el Dios de los imposibles. Sobre las heridas más dolorosas, al punto de llegar uno a sentirse desahuciado totalmente, Él comienza a echar el bálsamo de Galaad, con Sus dulces y entrañables consolaciones, y se produce la milagrosa sanidad y recuperación.

“Como aquél a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros...”. Tomamos como complemento Isaías 66:13, con esta comparación con el amor maternal, que resulta muy tocante y nos hace entender mucho del verdadero corazón de Dios. Veamos:

El niño ha sido obstinado y desobediente y ha recibido un fuerte y bien merecido castigo. Esto le ha traído mucho dolor y lágrimas, pero después de un buen rato empieza a sentir alivio e interiormente pasa a estar relajado. Poco a poco se empiezan a insinuar sentimientos de ternura hacia la madre, buscando hacer las paces con ella y recobrar su aprobación y cariño.

Es en ese punto que la madre, movida por ese amor tan maravilloso que abriga en su corazón por la criatura nacida de sus entrañas, la toma en sus brazos y la acurruca contra su pecho. De ahí en más la acaricia y le susurra suavemente palabras de bondad y ternura, como sólo una madre sabe hacerlo.

Al poco, el niño se pone en pie otra vez, y con una alegre sonrisa se dispone a volver a sus juguetes, completamente recuperado en su estado de ánimo, como si nada hubiera pasado...aunque adentro sabe que no debe atreverse a volver a desobedecer.

Sin embargo, estos consuelos divinos, aparte de la proyección emotiva que acabamos de describir, tienen otra muy práctica y concreta, al traducirse en hechos tangibles y preciosos. Veamos algunos de ellos:

“...porque he aquí que yo soy el que te salvo de lejos a ti y a tu descendencia de la tierra de cautividad; y Jacob volverá, descansará y vivirá tranquilo, y no habrá quien le espante.” (30:10).

En forma muy condensada: un retorno de la lejanía del destierro, que habrá de abarcar a su querida y preciosa descendencia, por la cual ha sufrido y gemido durante los largos años de su alejamiento.

Después de tanta opresión y turbación, un regreso a la tierra natal, a su hogar, para disfrutar de reposo y tranquilidad, y nunca más ser objeto del agobio y espanto de sus opresores.

¡Como para saltar de alegría! ¿Será posible que les toque tanto bien?

Por cierto que sí - ¡Y mucho más también!

“He aquí yo los hago volver de la tierra del norte, y los reuniré de los fines de la tierra, y entre ellos ciegos y rengos...en gran compañía volverán acá.”

“Irán con lloro, mas con misericordia los haré volver, y los haré andar junto a arroyos de aguas, por camino derecho en el cual no tropezarán; porque yo soy a Israel por padre, y Efraín es mi primogénito.” (31:8-9).

Aun de los lugares más recónditos de la tierra han de venir y hasta los rengos podrán andar y los ciegos ver en este bendito camino de retorno. Serán muchos, muchísimos – una gran compañía, traída por la misericordia divina, andando junto a aguas abundantes que habrán de abrevarlos, y por senda derecha donde no habrá tropiezo ni estorbo.

Y todo esto, debido al insondable *amor paternal* de su Dios, que con tanta bondad habrá de preparar y disponer todo esto.

Pero las promesas continúan y se multiplican.

“Y vendrán con gritos de gozo en lo alto de Sión, y correrán al bien de Jehová, al pan, al vino, al aceite...y su alma será como huerto de riego, y nunca más tendrán dolor.” (31:12).

Gritos de júbilo indescriptible de un pueblo altamente agraciado y bendecido.

Irán corriendo a echar mano de la porción gloriosa que su Dios les habrá preparado: el Pan del cielo, que al comer de Él les hara vivir eternamente; el vino de sus mejores amores y deleites, preparado y añejado para el final de los tiempos; el aceite reservado para el que ha de ser un pueblo ricamente ungido, con los rostros brillantes y toda la gracia y regocijo que ese óleo de gozo es capaz de impartir.

Como si eso no bastase, no más sequía para sus almas; muy por el contrario, serán una espléndida tierra de regadío, con frescura, verdor y todo buen fruto. Y además, *¡dijos para siempre al dolor!*

Al escribir esto, nos brotan notas y sonrisas de gozo. Casi podemos imaginar a algunos exclamar: ¡basta, no puedo concebir tanta maravilla!

Pero resulta que todavía viene más, ¡mucho más!

“Y saldrá de ellos acción de gracias, y voz de nación que está en regocijo, y los multiplicaré y no serán disminuidos...”

“Y serán sus hijos como antes, y su congregación delante de mí será confirmada...” (30:19-20).

Un pueblo lleno de gratitud, con “voz de nación que está en regocijo”. ¡Qué expresión singular, casi única!. La voz como sabemos es un reflejo de nuestro carácter y también de nuestro estado de ánimo. Por los acentos y el sonido particular, se sabrá que es la voz de una nación colmada de alegría y, casi diríamos, ¡que está de fiesta continua!

“Entonces la virgen se alegrará en la danza, los jóvenes y los viejos juntamente; y cambiaré su lloro en gozo, y los consolaré y los alegraré de su dolor.” (31:13).

Alegría y regocijo para todos, no importa el sexo ni la edad. El lloro y el dolor desterrados, y en su lugar, a gozarse, a ser consolados y a alegrarse de que todo el sufrimiento pasado ha desembocado por fin en este alborozo de tanta dicha y bien.

“Y el alma del sacerdote satisfará con abundancia, y mi pueblo será saciado de mi bien...” (31:14).

“...Y temerán y temblarán de todo el bien y de toda la paz que yo les haré.” (33:9)

Las almas que antes vivían desnutridas e insatisfechas, ahora estarán colmadas de la más rica abundancia. La sed crónica y profunda, propia de la larga sequía y el gran desierto en que han vivido por tanto tiempo, plenamente saciada por el “...torrente de tus delicias” – usando la feliz frase de David en el Salmo 36:8, que ya citamos en otro contexto en un capítulo anterior.

Y toda esa paz y todo ese bien que Jehová su Dios les procurará, serán tan abundantes y tan inefables, que al sentirlos y disfrutarlos no podrán menos que llenarse del más profundo temor hacia Él. Es más: su asombro y deleite serán tales, que habrán de temblar ante Él, en la más tierna y sentida gratitud y alabanza.

Desde hace ya unos buenos años, el autor viene visitando con cierta regularidad muchas de las iglesias gitanas denominadas “Filadelfia” dentro de España. En una de ellas, en el Barrio Orcasitas de Madrid, hace ya un buen tiempo que quedó muy agradablemente impresionado por una de las muchas hermosas canciones que allí se entonaban y todavía se entonan.

El pastor de esa iglesia ha sido hasta no hace mucho el hermano Enrique Blanco, conocido por el cariñoso apodo de “Llen”, un siervo muy digno que por veinte años ha sido usado para levantarla primero, y fortalecer y llevarla adelante después. Sabedor de que a quien esto escribe le gusta una determinada canción en forma especial, en más de una visita, como una amable atención, la ha hecho cantar.

Aunque referida al más allá, por cierto que también vale para lo que estamos tratando. Aquí va parte de la letra:

*“Allí no habrá llanto, allí no habrá dolor,
Todo es alegría, todo es amor.”*

Y luego el estribillo, repetido tres o cuatro veces, por unas cien o más voces de gitanos y gitanas, muchas de ellas ultra potentes, al extremo de hacerse oír a mucha distancia:

**“ALLÍ TÚ VERÁS, LO QUE NUNCA VISTE,
¡TANTA MARAVILLA, QUE NO LA RESISTES!”**

La última vez que lo cantaron, en una visita en Setiembre 2000, nos brotaban suaves y preciosas notas de gozo, como bendito anticipo de lo que será el disfrutar de esas glorias maravillosas que nos aguardan en el futuro eterno.

Bases firmes y sólidas.-

Habiendo escrito bastante sobre los consuelos, bendiciones y deleites de esta restauración, corresponde ahora que nos ocupemos de las bases firmes y sólidas sobre las que estará apoyada. *Debemos tenerlo muy claro que sólo puede haber bendiciones reales y duraderas cuando están sostenidas y sustentadas por eso – bases firmes y sólidas.*

De una de ellas, la primera, ya hemos hablado: el lugar del Mesías prometido como la pieza clave y la piedra fundamental. Si bien estos capítulos de Jeremías no lo predicen en forma expresa, hay otras profecías en la Biblia que señalan con mucha claridad un reconocimiento pleno por parte de Israel de ser Él – Jesucristo – el enviado del cielo prometido en tantas citas del Antiguo Testamento. Junto con esto habrá un gran arrepentimiento masivo por haberlo rechazado, lo cual está predicho para el final de los tiempos, una vez alcanzada la plenitud de los gentiles.

Su victoria total en la cruz del Calvario, Su gloriosa resurrección y ascensión, y el derramamiento del Espíritu Santo en virtud de todo ello, serán también el firme apoyo y baluarte de esta gran restauración futura de Israel que estamos tratando.

La otra base será lo que Dios habrá de hacer en Su pueblo.

Cuando se alcanza cierta madurez y comprensión, se pasa a entender que para que podamos ser bendecidos y prosperados por el Señor en una forma sólida y estable o continuada, es necesario que Él haga primero una obra real y firme *dentro de* nuestras vidas. Sólo esto, acompañado desde luego por el obrar de Su gracia, le puede conferir a las bendiciones la continuidad y durabilidad que son de desear.

De esa obra real y firme ya hemos visto algunos hermosos e importantes aspectos, como el romper el yugo y quitar las coyundas, sanar las heridas y consolar a Su pueblo enlutado y entristecido, y también llenarlo de alegría y de abundantes bendiciones. Pero ahora pasamos a dos cosas más que son en realidad más profundas – verdaderamente *de fondo*.

El Nuevo Pacto.-

Esto está claramente expresado en el pasaje del capítulo 31, versículos 31 al 34. Seremos breves sobre el particular puesto que en nuestro libro anterior “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto” lo hemos tratado, si no exhaustivamente, por lo menos en forma bastante extensa.

La esencia de esto es que la ley de Dios, como principio vivo que expresa Su carácter – amor, verdad y justicia por decirlo en tres palabras – va a estar dada en sus mentes y escrita en sus corazones.

Aquí tenemos una diferencia fundamental en cuanto al Antiguo Pacto, toda vez que en este último la ley estaba escrita en las dos tablas de piedra que recibió Moisés en el Sinaí, y posteriormente en las Escrituras del Antiguo Testamento, concretamente en Éxodo 20 y Deuteronomio capítulo 5 – *pero no en el corazón del pueblo de Dios.*

Esto explica en gran parte el por qué del fracaso de Israel en cuanto a observar y guardar los mandamientos: – no los llevaban escritos en el corazón, del cual, como ya se ha dicho varias veces, mana la vida y proviene todo cuanto somos, hacemos, decimos y aun pensamos.

En este nuevo régimen que aquí se les promete, al igual que a los que han sido renacidos de verdad en la dispensación actual, Dios les ha de dar Su ley en la mente

y escribirla en el corazón. Esto ha de cambiar las cosas sustancialmente: esa senda marcada por la ley moral – la expresión del carácter de Dios - les ha de brotar de adentro, casi diríamos espontáneamente. La han de comprender con claridad con sus mentes y desear con naturalidad con el corazón, lo cual les pondrá en una correcta relación con el Señor, al cual le conocerán personalmente todos, del menor al mayor.

Aparte de esto, le serán perdonados todos sus pecados, los cuales, más aun, serán completamente olvidados de parte de Dios. Y todo esto les permitirá ser el pueblo fiel que Él siempre ha anhelado que sean.

Un corazón y un camino.-

“Y les daré un corazón, y un camino, para que me teman perpetuamente...”(32:39)

Esto se superpone y se complementa estrechamente con lo anterior. En realidad es la misma verdad expresada en distintos términos, y en cierta manera, ampliada también.

Representa el remedio divino y ciertamente el único contra un mal tan generalizado en el pueblo de Israel, y también en no pocos cristianos: *el corazón dividido*.

Santiago lo llama el doble ánimo y exhorta a quienes lo tengan a purificar sus corazones. (Santiago 4:8) Asimismo afirma en su primer capítulo, versículo 8, que *“el hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos.”*

Esto constituye una sentencia muy acertada. Efectivamente, al tener en el corazón más de un amor y de una inclinación o tendencia, inevitablemente no podrá haber una constante en la vida, sino que por el contrario habrá siempre una clara falta de ella.

Esto se reflejará en una variedad de formas: a veces perseverando en el bien, para más tarde ceder ante la tentación y caer en el mal; a veces en obediencia y fidelidad, para luego, atraído por otros intereses o amores, ir en sentido contrario; a menudo declarándose en victoria, pero posteriormente al venir la prueba o la tormenta, claudicar y “tirar la toalla”; seguir por un tiempo con aparente firmeza, para después volverse atrás; amar y honrar a Dios, y más tarde honrar a otros dioses o ídolos.

Esto es lo que le pasaba a Israel a lo largo de su historia y el Señor les reprochaba la inconstancia de su corazón.

Al darle a Israel *un corazón y un camino*, esta doblez y contradicción se terminará para siempre: *“para que me teman perpetuamente”,* y además:

“Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí.” (32:39-40).

En las anteriores restauraciones que hemos visto, por más arrepentimiento, recuperación y bendiciones que hubo, siempre con el correr del tiempo volvió a repetirse el ciclo y otra vez vino el alejamiento de Dios y de Sus caminos.

En esta restauración final de Israel no será así – *nunca más volverán a apartarse y caer en la apostasía.*

¿Por qué?

Por las dos razones de fondo que ya hemos dado:

1) La obra consumada y perfecta del Mesías, al cual habrán de reconocer, recibir y honrar;

2) La obra hecha en ellos, dándoles la ley en la mente y escribiéndola en sus corazones, con la expresión adicional de darles un corazón y un camino para que le teman perpetuamente.

Esto le dará a la restauración final que nos ocupa la consistencia, solidez y sobretodo durabilidad, que ninguna de las anteriores pudo alcanzar. Todas ellas estuvieron bajo el régimen del antiguo pacto, abrogado a causa de su debilidad e ineficacia. (Hebreos 7:18)

Esta última en cambio estará apoyada en el nuevo pacto, basado en el mejor ministerio de Cristo, sobre mejores promesas y que es superior al antiguo, y además, absolutamente eficaz.(Hebreos 8:6)

Aunque lo que acabamos de decir es sencillo y claro, recomendamos al lector con verdadero deseo de progresar y ahondar, que lo vuelva a leer detenidamente y con mucha atención a partir de “Bases firmes y sólidas”. *Estamos aquí en algo importantísimo y es muy fácil darle un asentimiento mental, pero sin asimilarlo debidamente ni comprender bien el mensaje fundamental que nos trae.*

Este mensaje es por cierto totalmente aplicable a la vida cristiana en la actualidad. Lo definiremos así:

Se puede trabajar trayendo almas a la salvación, o bien restaurando descarriados o rehabilitando vidas maltrechas en dos formas:

La primera, rompiendo sus yugos y coyundas, sanando sus heridas y llevándolos a disfrutar de los consuelos y las bendiciones del Señor – de ahí en más dejando que se integren en las iglesias y sirvan al Señor.

La segunda, haciendo todo lo antedicho, pero llevándolos más allá, a ese lugar en que la ley está escrita en sus corazones y la doblez se termina, para tener ahora un corazón y *un camino*.

La primera opción seguramente que en algunas ocasiones ha de traer desengaños y fracasos, así como sucedía con Israel tantas veces. La segunda, necesariamente habrá de traer resultados más satisfactorios y duraderos, si bien con la salvedad de que siempre estará presente el factor de la falibilidad propia de nuestra condición de seres humanos.

La diferencia básica estriba en que en un caso se está trabajando dentro del orden o los límites del viejo testamento. En el otro – el de la segunda opción – se está operando en el orden del nuevo, que como ya dijimos, genera un ministerio mejor y más eficaz.

Tributo a Jeremías y rúbrica final.-

Aun cuando en estos capítulos queda todavía material para bastante más, nos limitamos a concluir con los dos puntos señalados en el subtítulo.

El ministerio del profeta Jeremías fue por una parte muy ingrato, pues al estar orientado a un pueblo muy rebelde y contumaz, el fruto que pudo cosechar fue muy magro por cierto. Además de ello, tuvo que pagar un alto precio por el honor de llevar la auténtica palabra profética en medio de tantos falsos que pretendían tenerla.

Además de ser incomprendido, rechazado, calumniado y aun amenazado de muerte por los sacerdotes y “profetas”, en una ocasión fue echado en una cisterna, de la que fue rescatado providencialmente cuando sus pies se hundían en el cieno. Los

capítulos 32 y 33 los escribió estando preso en el patio de la cárcel, mientras el ejército de Babilonia sitiaba a Jerusalén y el hambre y temor cundían por todas partes.

Resulta casi típico de parte de Dios aprovechar circunstancias extremas y oscuras como ésas para forjar las joyas y alhajas más preciosas y brillantes. Este caso de Jeremías no ha sido ninguna excepción a lo que decimos, pues de su vida, ejemplo y escritos ha quedado para los fieles de todos los tiempos un legado fecundo y altamente aleccionador.

Si semejantes cosas se permiten en el más allá, sin dejar de dar toda la gloria al gran Dios de Jeremías, a quien esto escribe le agradecería poder darle a este gran siervo de tantas lágrimas, un largo y emocionado abrazo de gratitud por tanta luz, verdad y gloria, recibidas a través de su noble y sacrificado ministerio.

Ahora sí a la *rúbrica final*:

Resulta de mucho interés y a la vez muy edificante, comprobar que en no pocas ocasiones importantes o pasajes sobresalientes de la Biblia, el Espíritu que la ha inspirado los ha hecho resaltar o culminar, ya sea con hechos solemnes o sorprendentes, o bien con expresiones de la más enfática ratificación.

Así, después de ofrecer Abraham a Isaac su hijo amado y único en aquella memorable oportunidad en el Monte Moriah, el Señor formuló un grandioso y solemne juramento de bendecirlo a él y a su simiente en manera superlativa, multiplicándola grandemente y dándole la victoria sobre sus enemigos.

Inmediatamente después de consumir nuestro Señor Jesucristo Su sacrificio expiatorio en el Calvario, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo, la tierra tembló, las rocas se partieron y se abrieron los sepulcros.

Asimismo, el día de la resurrección hubo un gran terremoto y un ángel del Señor, descendiendo del cielo, removió la gran piedra que estaba a la entrada del sepulcro y se sentó sobre ella. Tenía el aspecto de un relámpago y su vestido era blanco como la nieve, de tal manera que los que guardaban la tumba temblaron de miedo y quedaron como muertos.

Al llegar a su fin el libro del Apocalipsis, después de la sublime visión de las bodas del Cordero y de la Nueva Jerusalén, viene el sello final de la solemne advertencia de no añadir ni quitar de las palabras del libro. Es como si el Señor dijera:

“He concluido mi libro sagrado. Que nadie se atreva a cambiarlo en lo más mínimo. Quien quite de él, se le quitará su parte del libro de la vida; a quien le agregue, le vendrán las plagas que están escritas en este libro.”

En la sección de los cuatro capítulos de Jeremías que hemos estado examinando, como hemos visto, el Señor se ha desbordado en formular las más magníficas promesas en cuanto a la grandiosa restauración de Su amado pueblo en el final de los tiempos. Y para certificar y corroborar la seguridad de su cumplimiento, cerca del final del capítulo 31 y también del 33, encontramos *la rúbrica final y el sello de oro* dignos de un pasaje que señala un acontecimiento tan estupendo.

“Así ha dicho Jehová, que da el sol para luz del día, las leyes de la luna y de las estrellas...si faltaren estas leyes delante de mí...” (31:35-36).

“Así ha dicho Jehová: Si pudiereis invalidar mi pacto con el día y mi pacto con la noche, de tal manera que no haya día ni noche a su tiempo, podrá también invalidarse mi pacto con mi siervo David...” (33:20-21).

El Eterno Dios está tan empeñado y comprometido a que todo esto se cumpla en forma cabal y absoluta, que lo refirma en esta manera tan enfática, para disipar cualquier duda que pudiera haber. Podríamos parafrasearlo así:

“Antes que esto que he prometido no se cumpla, el sol, la luna y las estrellas tendrían que abandonar las órbitas que les he trazado desde su creación y precipitarse en un gigantesco cataclismo. Los horarios del día y de la noche que he establecido desde un principio se tendrían que truncar y desaparecer. Si estos dos imposibles se dieran, entonces y sólo entonces mi promesa para mi amado pueblo de Israel podría invalidarse”.

Lo cual nos hace inclinar, por su peso aplastante, en la más reverente y profunda admiración y adoración al majestuoso, insondable y eterno Jehová, Dios de Israel.

----- () -----

Reflexiones finales.-

Hemos llegado así al final de este hilo sobre el tema de la restauración, que hemos estado trazando dentro del marco del Antiguo Testamento. Comenzamos, como se sabe, con algunos matices sobre la vida de Abraham en ese sentido, para concluir en este capítulo con la restauración futura preanunciada para Israel.

El lector se podrá percatar de que en el trayecto hemos omitido muchas partes que también se relacionan con el tema. La principal de ellas es la que corresponde al libro de los Jueces, en el cual se nos dan ciclos de decadencia y marcada idolatría, que conducían a etapas de fuerte opresión por parte de los enemigos que rodeaban a Israel. Como resultado de ello clamaban fuertemente al Señor y Él, en Su misericordia les levantaba varones como Otoniel, Gedeón, Jefté y otros.

Sin duda, de esta etapa de la historia de Israel y de varias más que no hemos tratado, se podrían extraer más puntos de interés y aplicación sobre nuestro tema. No obstante, no los hemos tomado, en primer lugar para no ser demasiado extensos, y en segundo, porque estimamos que los pasajes y eventos que hemos seleccionado, son los más destacados y los que aportan en mayor medida y con más sustancia sobre nuestro tema.

En los tres casos de restauración personal que hemos tratado – Abraham, David y Noemí – debemos agregar que los beneficios perduraron hasta el final de sus vidas, sin que se volvieresen a descarrilar más.

En cuanto a las restauraciones masivas en Israel y en Judá, en general todas tuvieron la duración del tiempo en que vivieron el o los siervos que las encabezaron. Pronto después de su muerte – salvo en los casos en que fueron sucedidos por siervos o reyes también temerosos de Dios - se volvió a presentar una nueva declinación, que desembocó en todavía otro apartamiento más del camino de la fidelidad.

Finalmente, la restauración futura prometida hacia el final de los tiempos, *no será así, sino que como hemos visto, tras ella Israel no se apartará más de su Dios. Esto, como ya hemos recalcado, se deberá principalmente a que tendrá las bases más firmes y sólidas del Nuevo Pacto que ya hemos comentado.*

Esto último lo hemos vuelto a señalar, *por ser algo de fundamental importancia - muy aplicable también en la actualidad - y a lo cual se puede muy fácilmente dejar de prestarle la debida atención.-*

----- () -----

Así hemos llegado, caro lector, al fin de esta primera parte. Aún queda mucho que es muy succulento y provechoso, contenido en la segunda parte que sigue a continuación, basada en el Nuevo Testamento.

Pero antes de iniciar la lectura de ella, tal vez podrías hacer una pausa, dejando pasar unos días. Recuerda el consejo de volver sobre lo que más te ha hablado, y reflexiona, ora y echa mano firme de todo ello por la fe.

Confiamos en que ya estarás sintiendo un beneficio bien concreto. Absóbelo profundamente – deja que se asiente y arraigue hondo en tus entrañas – abrázalo cada día y cada hora.

Así, de seguro que te sentirás y sabrás muy restaurado y aun madurado en tu vida espiritual.

Y mientras el reloj del programa divino avanza vertiginosamente;

Mientras la noche cuando nadie puede trabajar se avecina a pasos agigantados;

Y mientras el Padre todavía aguarda con los brazos abiertos el retorno del descarriado;

sí, mientras todo eso todavía late y vibra,

ponte en las manos del Maestro. Deja que te guíe y te envíe a otros con este mensaje urgente y bendito – y diles, con acentos entrañables de amor y misericordia, que para ellos también es...

HORA DE VOLVER A DIOS

----- () -----

S E G U N D A P A R T E

NUEVO TESTAMENTO

ÍNDICE

Introducción del autor.-

- Capítulo I .-** Consideraciones generales y el caso de Simón Pedro.-
“brasas de amor... encendidas al rojo vivo”
- Capítulo II .-** Cleofas y su compañero.- ¿No ardía nuestro corazón...?
- Capítulo III.-** Juan Marcos y Demas.- Un contraste a tenerse muy en cuenta.-
- Capítulo IV.-** La iglesia de Corinto.- Prevenir para no tener que curar.-
- Capítulo V.-** Las Iglesias de Galacia (1).- Falacias y novedades ficticias y las cosas que realmente interesan y valen.-
- Capítulo VI.-** Las Iglesias de Galacia (2).- Las tres “es”, números, preguntas y sentencias.-
- Capítulo VII.-** Las Iglesias de Galacia (3).- “Que Cristo sea formado en vosotros”.-
- Capítulo VIII.-** La Plenitud Infinita de Cristo y de Su Obra Redentora (1).-
- Capítulo IX.-** La Plenitud Infinita de Cristo y de Su Obra Redentora (2).-
- Capítulo X.-** Las Iglesias del Asia.- De su fundación hasta Patmos.-
- Capítulo XI .-** Las Cartas a las Siete Iglesias.- (1) Éfeso – “Has dejado tu primer amor”
- Capítulo XII.-** Las Cartas a las Siete Iglesias.- (2) Esmirna y Pérgamo.-
- Capítulo XIII.-** Las Cartas a las Siete Iglesias.- (3) Tiatira y Sardis.-
- Capítulo XIV.-** Las Cartas a las Siete Iglesias.- (4) Filadelfia y Laodicea.-
- Capítulo XV.-** Reflexiones derivadas de la experiencia práctica.-
- Capítulo XVI.-** El Maná Escondido, la Piedrecita Blanca y las Vestiduras Blancas.-

INTRODUCCIÓN

Esta es la segunda parte de nuestra obra “HORA DE VOLVER A DIOS”, en la cual continuamos desarrollando el mismo tema central de la restauración, comenzado en la primera parte.

No obstante, a poco de empezar la lectura se advertirá una marcada diferencia. En efecto: en los dos primeros capítulos ya aparece en escena Jesucristo, el Mesías prometido que nos ha traído los bienes mejores del Nuevo Testamento. Y a partir del capítulo IV, todo discurre dentro del ámbito de las iglesias del primer siglo, en lugar de los retornos masivos de Israel examinados en la primera parte.

Como se irá viendo, el contenido es plenamente aplicable a muchas y variadas situaciones de iglesias en la actualidad, y confiamos que los numerosos consejos y reflexiones presentados, resulten de provecho general.

No es nuestra norma usar muchas anécdotas y relatos para amenizar la lectura. Sin embargo, donde ha cuadrado hemos intercalado algunos, pero al solo fin de ilustrar mejor o realzar las verdades bíblicas que se han ido exponiendo, y cuidando bien de que estas últimas y no aquéllas ocupen el lugar principal.

Para un mejor aprovechamiento del contenido, recomendamos la lectura lenta y detenida, que incluso deja momentos de pausa para absorber mejor las cosas. Para algunos quizá sea aconsejable leer un capítulo a la vez, y hasta subrayando y rele-yendo las partes que encuentren más importantes o aplicables a su condición espiritual, o dentro de la esfera del ministerio en que se desenvuelven.

No está demás que reiteremos un par de cosas que ya han ido en la introducción del primer tomo. Una de ellas es que, con ser la restauración espiritual, tanto a nivel individual como colectivo, nuestro tópic central, no nos ceñimos exclusivamente a él.

En cambio, con frecuencia hemos intercalado consejos y principios importantes para la vida personal del cristiano, y también para quienes están dedicados al ministerio en sí, sobretodo en la tutela y dirección de la iglesia local.

Conceptuamos que el contenido se habría empobrecido de no haberse incluido estas intercalaciones, brotadas de cada contexto que se ha ido tratando. También consideramos que quien ponga cuidado y atención en la lectura, no tendrá ningún inconveniente en retomar el hilo principal, pero con la ventaja – confiamos – de haber sacado buen provecho de esos agregados que se han ido entrelazando.

La otra cosa que reiteramos está muy vinculada con la anterior, y es nuestro anhelo ya expresado en la primera parte, de que nuestra obra vaya más allá de la restauración. Como señalamos en más de un lugar, en el concepto divino restaurar no es meramente llevar a una iglesia o a un cristiano venidos a menos, al buen estado en que se encontraban anteriormente. Por el contrario, despertando y estimulando en ellos una sana ansia de superación, el Señor siempre ha de buscar llevarlos a horizontes más amplios y alturas mayores.

Un punto adicional de importancia es que aproximadamente en la mitad de esta segunda parte hemos incluido dos capítulos – el VIII y el IX – bajo el título “La Plenitud Infinita de Cristo y de Su Obra Redentora”.

Lo hemos hecho en parte, porque según decimos al principio de esa sección, toda bendición espiritual – ya sea de salvación, restauración, plenitud o cualquier otro aspecto de toda la rica gama de la verdad divina – proviene de Él, el Eterno Verbo de Dios, de cuya plenitud tomamos todos, gracia sobre gracia.

Pero además, y sin el menor menoscabo de la máxima devoción filial al Padre de gloria, ni de la más tierna dependencia del bendito Consolador, creemos que en todo verdadero ministerio la figura del Hijo Amado, redentor del género humano, debe necesariamente ocupar el lugar céntrico y preeminente, como sello distintivo que lo autentifica.

Determinadas partes de estos dos capítulos podrán para algunos resultar o demasiado densas, o quizá no fáciles de asimilar. Dejamos librado al criterio del lector la mayor o menor atención que ha de prestar a cada apartado, si bien consideramos que todos, en mayor o menor medida, pueden ser de edificación y provecho.

En el capítulo final nos sentimos movidos a abarcar metas y alturas que corresponden al más allá, una vez concluida nuestra trayectoria terrenal. Esto no entraba dentro de nuestras previsiones, pero nos alegramos, pues evidentemente representa una nota que se encuentra con mucha profusión en la Biblia, sobretudo en el Nuevo Testamento.

Por nuestra parte reconocemos que en nuestra prédica, tanto oral como escrita, es algo que no ha estado debidamente atendido hasta el presente. Creemos que en muchas partes del Cuerpo de Cristo ha sucedido lo mismo, por lo menos en las últimas décadas; es decir, que la mayor parte de la enseñanza y el énfasis han sido en relación con la vida presente, dándose poco lugar a las glorias futuras que nos aguardan.

Personalmente nos complace aceptar esto como un sano correctivo de parte del Señor. La iglesia primitiva sin duda mantenía muy viva la enseñanza y la maravillosa expectativa del mundo venidero, y creemos que ésta es también una faceta muy importante que muchos necesitamos recuperar.

Y huelga decir que, sin esta nota final, nuestra obra habría quedado incompleta, pues toda verdadera restauración sólo puede alcanzar el punto final de culminación plena, cuando, tras pasadas las fronteras de nuestras limitaciones presentes, le veamos a Él cara a cara y seamos totalmente semejantes a Él

Que esto sea un estímulo más, agregado a los anteriores, para animarnos a todos a seguir nuestra marcha ascendente con renovado ímpetu, en la causa más noble que pueda haber, y por la Persona más digna de nuestro mejor amor, devoción y servicio.

----- () -----

CAPÍTULO I

Consideraciones preliminares de orden general

El caso de Simón Pedro

Del salón en el ángulo oscuro,
De su dueña tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo,
Véase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!

¡Ay!, pensé; ¡cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: “levántate y anda”!

Gustavo Adolfo Bécquer

Quien esto escribe no es poeta por cierto, pero le gusta de tanto en tanto recrearse con una buena poesía.

Ésta de Bécquer, muy bien conocida, la aprendió cuando tenía unos once años de edad, al oírse la leer al joven y talentoso maestro que le tocó tener en sus dos últimos años lectivos del ciclo primario.

La comparación que aquí tomamos, para nuestros fines, no es con el genio o talento que puede yacer inerte en una persona. En cambio, lo aplicamos a lo mucho para Dios y el prójimo que puede haber en el alma, ya sea de quien todavía está necesitado de salvación y vida eterna, o de quien se ha descarriado de la fe y el amor a Cristo que un día tuvo.

Es claro que esta comparación es muy relativa e incompleta. Por empezar, ninguna de estas dos últimas a que nos referimos está olvidada de su Dueño en lo más mínimo. Tampoco está inerte y en silencio; tristemente, funciona y habla, pero con acentos y para fines impropios. Ni se encuentra intacta en sus fibras íntimas, sino muy necesitada de que se las repare y afine. Y además, en vez del mero polvo asentado en la superficie del arpa, a menudo tiene mucha suciedad en su interior que se hace indispensable quitar, para así limpiarla a fondo y dejarla como una nueva criatura.

Pero dicho todo esto, al igual que el arpa, tiene bien dentro ricas cuerdas dadas por su Creador, con toda una preciosa capacidad de emitir hermosas notas y melodías – no musicales, sino espirituales – notas de amor y gratitud, melodías de alabanza, de tierna devoción y entrañable servicio al Ser Supremo que le ha dado la vida.

Y también – lo que no sucede con el arpa – yace latente en su interior un hermoso potencial para desprender fragancia, color, sabor y, a su tiempo, dar fruto dulce y añejo que podría ser todo un deleite.

Así es el alma de cada uno de nosotros. Pero para que todo esto se cristalice, hace falta la mano de nieve del Maestro, diestra, tierna y a la vez poderosa como ninguna otra. Y hace falta también Su voz, única e incomparable, que le hable para decirle que se ponga en pie e inicie, o reanude, el andar y vivir por la senda del amor, la fe, la luz y la verdad.

Antes pues, querido lector, de darte a la lectura que tienes por delante, inclínate humilde y reverente ante Él – el que resucitó a Lázaro, y que le ha dado sentido y razón de ser a las vidas de tantos y tantos de nosotros. Pídele con sencilla fe que en el curso de las horas y los días que te llevará la lectura de este libro, Su mano y Su voz te lleguen también a ti, en forma viva, eficaz y transformadora. Amén.

----- () -----

Nos apasiona seguir escribiendo sobre este tema de la restauración. Aparte de su aplicación práctica para tantas situaciones, tanto de orden individual como colectivo, como tantos otros grandes temas del multiforme consejo de Dios, se nos va abriendo y ensanchando progresivamente, a medida que nuestro espíritu y nuestra visión se van consolidando y ampliando también.

Además, al tener que investigar en las Escrituras, y meditar y sopesar las cosas detenidamente para formularlas por escrito en una forma coherente y correcta, hallamos que las ideas se nos van ordenando con mayor cohesión. Algunas cosas que quizá antes no habían estado debidamente encajadas, ahora encuentran su debido lugar, y asimismo se nos van presentando ideas nuevas y perspectivas mayores y más claras, todo lo cual nos resulta alentador y provechoso.

Hemos de empezar diciendo que el material que nos brinda el Nuevo Testamento sobre nuestro tema, en el aspecto práctico de casos concretos de retornos al camino después de un alejamiento o decadencia, es mucho menor que el que nos da el Antiguo. Esto se debe, aunque sólo en una pequeña parte, a la mayor extensión del Viejo Testamento. Sin embargo, no creemos en ninguna manera que esto implique que el ministerio de restauración no tenga vigencia en el orden actual del Nuevo Testamento, o sea de poca aplicación, como suponen algunos equivocadamente.

En el orden individual, sí tenemos varios ejemplos. Podemos pensar en los discípulos al dejar al Señor cuando vinieron a apresarlo, y particularmente en Simón Pedro después de negarlo tres veces.

A esto debemos agregar a Cleofas y su compañero en el camino a Emaús (Lucas 24:13-36). La muerte del Señor en la cruz, inesperada e incomprensible todavía por ellos, les había echado por tierra toda la ilusión y esperanza que tenían fincadas en Él. Sin embargo, ese primer domingo de pascua, Jesús mismo se encargó de venir a su lado y levantarlos y ponerlos otra vez en marcha.

Todo esto fue antes de Pentecostés. Con posterioridad aparece el caso de Juan Marcos, que se supone con fundamento que al ser rechazado por Pablo para el segun-

do viaje misionero, sufrió una declinación espiritual, la que más tarde claramente consiguió superar.

En el ámbito corporativo, si bien tenemos considerables constancias de iglesias venidas a menos y del consejo proporcionado para remediar la situación, no se nos dan relatos ni mayores detalles concretos de que llegaran a superar sus problemas y crisis, para volver al fulgor y la vitalidad con que contaban anteriormente. Eso no significa que no lo hayan logrado, pero la verdad es, como decimos, que en el Nuevo Testamento se nos da muy poca información específica de ello.

De todas formas, esta falta de datos concretos en ese sentido, indudablemente da lugar a que nos hagamos algunas preguntas prácticas; al mismo tiempo nos induce a formular conjeturas o a buscar llegar por la vía de la deducción a conclusiones que confiamos que estén bien fundadas. Tanto las preguntas como las conclusiones las iremos planteando, contestando y desarrollando llegado el momento.

Sin más, entramos en materia, tomando el caso muy especial de Simón Pedro.

En su primer encuentro con él, Jesús le hizo saber que su nombre – Simón, hijo de Jonás – habría de cambiarse por Cefas o su equivalente en griego, Pedro. Esto lo tenemos en Juan 1:42 y se nos confirma en Lucas 6:14.

Ciertamente no era un mero cambio de nombre. Respondía a una necesidad grande de este querido primer apóstol de Jesucristo, de la cual él mismo no era consciente. En efecto: a pesar de ser tan impetuoso e impulsivo y de ser un líder nato con toda la apariencia de ser fuerte como un roble, había en su personalidad y carácter algo muy débil y frágil que se hacía necesario remediar.

El nuevo nombre que iba a tener – Petros – significa una piedra, no en la acepción de algo frío y duro, sino vivo y firme.

La triple negación de Pedro, consignada en cada uno de los cuatro evangelios, aunque con matices diferentes en cada uno de ellos, constituye una radiografía muy dolorosa de esa profunda necesidad interior que él tenía. Antes de seguir adelante, debemos señalar que, librados a nuestras propias fuerzas y sin la intervención de la gracia divina, todos sin excepción presentaríamos el mismo cuadro deplorable, u otro aun peor, aunque el detalle y los síntomas pudieran ser muy distintos y variados.

Según la versión de Mateo (26:69-75), la primera vez fue una abierta negación; en la segunda la ratificó con juramento, y en la tercera antepuso una maldición antes de reiterar la negación con juramento. Esto nos hace comprender como el pecado, y particularmente en un caso así en que viene, no en la forma habitual digamos, sino inyectado con toda la malicia y el veneno de Satanás, es como la bola de nieve que se va agrandando más y más al deslizarse en la cuesta abajo. Primero negación, después negación con juramento y finalmente maldición y negación con juramento.

Al cantar el gallo y volverse Jesús para mirarlo a Pedro (Lucas 22:61-62), éste salió afuera, a la oscuridad, y se puso a llorar amargamente. En la amargura de su llanto iría algo así como la siguiente reflexión, cargada de angustia:

“Y pensar que yo me creía un hombre fiel y valiente, incapaz de negar al Señor, y dispuesto a ir preso y aun morir por Él. Y resulta que salgo siendo un soberano mentiroso, un cobarde y un traidor”.

Doloroso, desgarrante, pero si hemos de “tocar fondo” en el trato de Dios con nuestras vidas, en una forma u otra todos tenemos que llegar a un punto semejante,

de bancarrota absoluta, de ese quebrantamiento total que nos hace humillarnos hasta el polvo, y nos lleva al punto de odiar nuestra propia vida carnal, egoísta e indigna. Esto le pasó a Jacob, a Job, a Isaías y a tantos otros al llevarlos el Señor a crisis profundas y cruciales en sus vidas.

No debemos perder de vista que en todo esto Satanás estaba muy metido por cierto. Él había pedido (*ardientemente*, según la versión literal de Young) que se le dejase zarandear como a trigo a los discípulos, particularmente a Pedro, por ser el que había sido escogido como el primer discípulo y apóstol, aunque ciertamente no el único, y sin que esto tampoco menoscabe en lo más mínimo a los demás. Lo cierto es que esta negación de Pedro dejó huellas profundas en su alma.

Después de la resurrección, el Señor se había manifestado a los discípulos en dos oportunidades, incluso en la primera de ellas soplando para que recibiesen el Espíritu Santo (Juan 20:19-29). A pesar de ello, en el capítulo siguiente encontramos clara evidencia del estado en que todavía se encontraban Pedro y algunos de los otros discípulos.

Estando junto al mar con otros seis, como el hombre de iniciativa y acción que era, decidió ir a pescar. Era volverse atrás, a su viejo mundo de peces y redes, del cual el Señor lo había llamado y sacado. El peso de su personalidad como líder se hizo sentir, pero esta vez para mal, y los otros seis le siguieron, sin que tuviera ni siquiera que sugerírselo. Y así le acompañaron en lo que iba a ser una desdichada aventura, aun cuando al final el Señor la transformó en un nuevo amanecer de recuperación y bendición.

“...y aquella noche no pescaron nada.” (Juan 21:3b)

Fue sin duda una noche larga y amarga, que marcó una de las páginas más tristes de su vida. Con esas tres profundas heridas en su alma, provenientes de las tres veces en que negó a su Señor, ahí estaba echando vez tras vez su red en búsqueda afanosa de algún éxito en esa esfera de su vieja vida. Allí se había desenvuelto por años, antes de ese primer encuentro con el Maestro, que lo había dejado prendado y lo había sacado de todo eso, para abrirle un mundo nuevo y glorioso. Pero ahora una nube muy oscura lo rodeaba; parecía como si todo hubiese sido un hermoso sueño hecho añicos por la cruda realidad de su lamentable fracaso, al negar en forma tan vergonzosa al que tanto había admirado y amado.

Veza tras veza él y sus compañeros volvían a recoger la red totalmente vacía. ¡Ni siquiera una triste sardina!

Bien podemos imaginar la profunda tristeza, el hondo desencanto de esa noche tan oscura, que se hacía muy larga – tanto, que parecía interminable.

Quizá echaría maldiciones de rabia al ver su red vacía, como lo hacía antes de encontrarse por primera vez con el Maestro. Quizá, de no haber estado junto a él sus seis compañeros esa noche, hasta habría contemplado el suicidio; o tal vez nada de eso se le estaría cruzando por la mente, sino una apatía y desilusión que le harían pensar que, a pesar de seguir sacando la red vacía esa noche, seguramente al día siguiente le iría mejor. Y después de todo, lo mejor para él sería volver a lo que había sido siempre – un pescador vulgar y corriente – que para lo otro en que había estado ocupado los últimos tres años, él en realidad no servía.

No podemos sino hacer conjeturas – tratar de imaginar su conversación con sus compañeros y sus pensamientos íntimos y secretos. Pero de lo que sí podemos

estar seguros, es que había Uno que sí que lo sabía y entendía todo perfectamente.

Ése que lo sabía todo muy bien, era un personaje que antes de que despuntara el alba se encontraba en la playa, ocupado con toda calma en juntar unos leños, encender fuego y colocar sobre él pan y un pez. Llegado el momento oportuno, cuando la barca se encontraba a solo unos cien metros de distancia, levantando la voz y dirigiéndose a ellos, exclamó:

“Hijitos, ¿tenéis algo de comer?” (21:5).

¡Hijitos! – o bien niños, según otras versiones. ¡Qué manera extraña de dirigirse a esos siete pescadores, fornidos y toscos! Pero su comprensión, tierna y sabia a la vez, así los veía, como niñitos e hijitos que habían perdido el rumbo en la noche y se habían extraviado, ¡y era muy importante y urgente traerlos de vuelta a su hogar!

Pero también la pregunta que les hizo nos da que pensar. Habría sido más normal decir ¿habéis pescado algo? O simplemente ¿cómo ha ido la pesca? En cambio *¿tenéis algo de comer?*

La pluma inspirada de Juan, que escribió esto muchos años después, cuando había madurado mucho en las cosas eternas, nos ayuda a captar algo más.

Como seres humanos venimos a este mundo, y desde el comienzo tenemos hambre, y como criaturas lloramos por un vacío interior que deseamos llenar. Primero viene lo natural, después lo espiritual, como bien nos señala Pablo en 1^a. Corintios 15:46.

Más tarde, toda nuestra trayectoria, de una manera u otra, se resume en eso: desear y clamar desde lo hondo del alma, anhelando algo que llene ese vacío interior, que nos nutra de veras adentro, que nos satisfaga de verdad...aunque muchas veces esa búsqueda va muy mal orientada.

Esa noche, en su desconcierto y desánimo, inconscientemente habían salido para eso – para buscar algo de comer para sus almas insatisfechas y tristes.

La pregunta de Jesús pues la vemos así con toda su relevancia: ¿Habéis hallado de comer para llenar ese anhelo interno tan grande que tenéis?

¡Cuántas veces al ir a fuentes o a lugares de este mundo, de los más variados pero al final de cuentas, terrenales y vanos, tenemos que caer en la cuenta! *No nos han dado nada real y de verdadero provecho para llenarnos y satisfacer ese hondo anhelo – solamente el Eterno Dios y Su Hijo enviado del cielo lo pueden hacer.* Y esto nos prepara y predispone para recibir lo que realmente merece la pena en la vida, y que sólo puede venir de lo alto.

La respuesta a esa pregunta no podía ser otra que un franco y rotundo “NO”. Como lo será también la tuya, querido lector, si estás tratando de alimentarte de lo que este pobre mundo te puede dar.

Otra vez la voz de aquel personaje, extraño y desconocido todavía para ellos, se hizo oír en el espacio:

“Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis”.(21:6a)

¡A la derecha! A menudo se usa la expresión “me levanté con el pie izquierdo”. Con ello se ha de entender que ese día todo ha salido mal desde un principio. Estos siete discípulos han estado descarriados, habiéndose “levantado con la izquierda” por varios días ya. Como señal y figura de ello habían echado la red a la izquierda, y en la

pesca todo les salía mal, así como aquél que se descarría y aleja del Señor, es como si anduviese por la izquierda y nada le sale bien.

Empero esa palabra sana, limpia y clara, los ubica del otro lado, *a la derecha* y allí todo empieza a cambiar. Bien pronto la red se llena de grandes peces, de modo que ¡ya no la pueden sacar!

Es entonces que uno de los siete, Juan, el discípulo amado, se da cuenta de quién es ese personaje que les ha estado hablando desde la playa, cosa que los demás todavía no habían percibido.

En voz baja le dice a Simón Pedro:

"¡Es el Señor!"(21:7)

A veces se dice: "donde fuego hubo, cenizas quedan". En el pecho de Pedro, donde había habido tanto fuego, por cierto que quedaban cenizas. Y le bastó saber que era el bendito Señor que otra vez se les aparecía en una forma inesperada y maravillosa, para ceñirse la ropa de que se había despojado y zambullirse de cabeza para nadar prestamente hacia Él.

A pesar de todo lo que le había acontecido, en el fondo seguía siendo el mismo – el que en otra oportunidad anterior, viéndolo a Jesús andar sobre el mar, mientras los demás discípulos permanecían quietos en la barca, ¡le pidió al Señor que mandase que fuese a Él sobre las aguas!

Ahora sucedía algo parecido: mientras los demás se quedaban en la barca conduciéndola lentamente hacia la playa, algo instintivo, muy de él, lo movía a apresurarse a nadar y estar otra vez junto a Jesús lo antes posible.

Una disposición como ésta, que no ha de entenderse en ninguna manera como descabellada ni descontrolada, es digna de encomio, y no cabe duda de que el Señor la valoraba en Pedro, como la valora siempre que la encuentra en los Suyos. Aun cuando había mucho que pulir y perfeccionar en Pedro, eso era oro de verdad.

Nos trae a la mente el caso de un siervo del Señor que años atrás lideraba una comunidad de vida en el Norte de Gales. Como era persona de buen apetito, cada vez que se preguntaba:

¿Alguno quiere repetir?, o bien ¿Alguno quiere más postre?, a diferencia de los demás, que por timidez callaban, este siervo levantaba la mano en señal afirmativa. Al hacerlo en repetidas oportunidades, se llegó a la conclusión de que había que preguntarle:

"Dime, tú ¿cómo te llamas? ¿alguno? ¡que siempre que se pregunta si alguno quiere más, levantas la mano!"

El Señor dijo:

"Si alguno tiene sed, venga a mí y beba..." (Juan 7:37) y debemos ser esos *algunos*, que cuando se trata del Señor y de Sus cosas gloriosas, siempre somos unos hambrientos y sedientos, que venimos buscando más.

Volviendo al relato, los demás llegaron también, seguramente que no mucho después. Pero igualmente fue Pedro el que subió y sacó la red a tierra, llena de grandes peces - ¡el hombre de acción que no puede esperar y quedarse quieto!

Al llegar a tierra vieron las brasas y pan y un pez sobre ellas. Las brasas y el fuego, por supuesto que respondían al fin de ayudarlos a secarse, a calentar sus cuerpos enfriados, y también a cocinar los peces que habían traído, pues sin duda tendrían mucha hambre.

Sin embargo, hemos de ver en ello algo mucho más importante y significativo: sus corazones, su fe, su visión, se habían apagado. Y el incomparable Jesús venía con las brasas de Su amor bendito y constante, al rojo vivo, para encenderlos otra vez de esperanza, fe y amor.

¡Cuánto ama a los Suyos y cómo vela por ellos! Y además, ¡qué señal y qué mensaje, necesitado por tantos hoy día!

Sin salirnos del tema, pensemos en Bernabé, cuando, encomendado por la iglesia de Jerusalén, fue a Antioquía a ver lo que estaba pasando con motivo de la hermosa visitación del Señor, que acababa de dar su nacimiento a la nueva iglesia de ese lugar. Después de narrarnos en forma muy escueta su llegada, impresiones y el consejo que trajo, Lucas nos da esta brevísima semblanza de su persona:

“Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe...” (Los Hechos 11:24).

Bien podemos hacernos la pregunta:

¿Cuándo había sido lleno del Espíritu por primera vez?

Y la respuesta, con un cálculo a grosso modo, debe ser *unos cinco años antes*.

Así podemos imaginar a un hermano que no había visto a Bernabé por esos cinco años, preguntar a otro acerca de él y cómo marchaba en las cosas de Dios. La contestación certera habría sido:

“Pues sigue muy bien, lleno de Dios y ardiendo con la llama celestial más que nunca.”

Eso sin duda constituye un ejemplo de verdad, y debe servirnos de estímulo para saber que la llenura del Espíritu es algo absolutamente *retenible*.

Pero por otra parte debemos ver la otra cara de la moneda – los que un tiempo atrás andaban así, en gozo y plenitud, y en la actualidad se han opacado y no son sino un pálido reflejo de lo que eran antes .

Para ellos, sí, para todos ellos, sin excepción, tienen validez y plena aplicación esta señal y este mensaje – **EL JESÚS RESUCITADO LES ESPERA EN UN NUEVO AMANECER, CON BRASAS ARDIENTES EN SU FOGÓN DE AMOR, PARA ENCENDER OTRA VEZ LA LLAMA CELESTIAL EN SUS CORAZONES.**

Ven a él – a Su fogón - querido lector, que Él hará para ti este gran milagro

Así fue que comieron juntos en la playa, tan temprano por la mañana, los siete discípulos y Él, ese personaje que inesperadamente les había aparecido al rayar el alba. Ninguno se atrevió a preguntarle quién era – ahora todos sabían muy bien que era el Señor.

Terminada la comida, surgía la oportunidad ideal de hablar con Simón Pedro, para lo que sin duda era lo de mayor importancia para aquella ocasión: sanar su corazón herido y maltrecho.

Porque sí, a pesar de su iniciativa e ímpetu, en lo hondo todavía estaba muy herido. En realidad eran tres profundas heridas, que procedían de sus tres categóricas negaciones, y en las cuales estaba el veneno de Satanás, que como ya dijimos estaba muy metido en todo ello.

La conversación que mantuvo Jesús con él nos ha quedado inscrita en la Biblia para recalcar una verdad cardinal que lamentablemente, a menudo no se la com-

prende debidamente ni se la aplica. Antes de encomendarle a Pedro la tarea de apacentar Sus corderos y ovejas, le pregunta en tres oportunidades si le ama a Él.

Esto no hace sino poner de relieve en la forma más absoluta, la necesidad imprescindible de que nuestro servicio al Señor tenga como motivación principal que lo impulsa *el amor a Él*. No ha de ser el avivamiento, las sanidades, los milagros, nuestro deseo de realización en la vida, ni tener poder de lo alto, etc. etc. *y es aquí donde muchos, con móviles como éstos u otros parecidos que los motivan, a la larga terminan mal.*

Si uno elige de todo corazón al Señor mismo como la porción de su vida y le sirve por amor a Él como la motivación principal - no el éxito, la buena imagen ante los demás, ni ninguna otra de las que hemos enumerado - con toda seguridad que en la vida le tocará esa buena parte que ha escogido, y que por otro lado ninguno le podrá quitar.

Por el contrario, si la fuerza o el imán que nos atrae para servirlo es otra cosa que no sea ésta, no hay ninguna garantía de dónde uno podrá acabar. Y todo esto nos ayuda a comprender con más claridad el sentido fundamental que tiene el primer y más grande mandamiento – el de amar al Señor nuestro Dios por encima de todas las demás cosas.

No es éste el momento de tratar esto en más detalle, pero por su importancia capital nos hemos hecho un deber enfatizarlo, aunque signifique salirnos brevemente del tema central. Repetimos: *la razón principal que nos mueva a servir al Señor deberá ser el amor hacia Él.*

Retomando el hilo: Pedro tenía tres profundas heridas, que se las había ocasionado *el odio de Satanás*, claramente dirigido hacia él por la sola razón de haber sido elegido en forma especial por Jesús. No creemos propio llamarlas heridas emocionales, expresión ésta que está muy de moda últimamente, porque eran algo muy distinto.

El temor a los hombres era sin duda su punto débil, y sabiéndolo muy bien Satanás, le atacó precisamente sobre ese punto, impulsándolo a negar tres veces a Su Señor, como se ha dicho. Su debilidad particular presentó una brecha por la que penetraron el odio y veneno satánicos, quedando así vulnerada su alma y triplemente herida por semejante aberración: negar en público, con numerosos testigos y bajo juramento y con maldiciones, al Autor de la vida – al que él anteriormente, por revelación divina, había declarado ser el Cristo, el Hijo del Dios Viviente.

Digamos de paso, pero como algo muy importante, que judicialmente esto lo ponía en el lugar de quien ha renegado de su fe, y se ha salido del terreno del perdón y la gracia que esa fe otorga.

La intención horrenda del enemigo de su alma era triple:

1) Frustrar y truncar el propósito del Señor, que era el de usarlo como una pieza clave para la iglesia primitiva que estaba por fundar.

2) Lograr que en vez de fortalecer a los demás discípulos y apacentar los corderos y ovejas del Señor, con su alejamiento los arrastrase también a ellos a volver a su vieja vida.

3) Que terminase su vida como un renegado de la fe, después de haberse desligado públicamente y bajo juramento y maldición, del único ser que podía salvar su alma y otorgarle el perdón y la vida eterna.

La enormidad de todo esto es algo como para hacernos estremecer de pavor y terror. Antes que Dios nos abra los ojos, *créeme, querido lector*, bien poco sabemos de la malicia infernal y horrorosa de ese ser tan terriblemente malvado.

Que esto sirva para que todos nos tomemos muy en serio la advertencia de Pablo en Efesios 4:27, ya repetida varias veces: *“ni deis lugar al diablo.”*

Ahora pasamos a ver cómo Jesús sanó esas tres heridas de Pedro. Aunque para algunos parezca como algo demasiado cándido y simplista, no vacilamos en afirmar que para heridas como éstas, causadas en forma deliberada por el *odio satánico*, el único remedio eficaz e integral es la fuerza diametralmente opuesta del *amor de Cristo*.

Resulta muy sugestivo el hecho de que las veces que Jesús se dirigió a Pedro fueron tres, y que en cada una de ellas la palabra clave correspondía al verbo amar. Nuestras palabras son en realidad recipientes o contenedores que expresan nuestra disposición y estado de ánimo, y a menudo los transmiten a otros. Las palabras de Jesús, según Él mismo lo dijo, son espíritu y vida – es decir, portadoras de Su espíritu y de Su vida, la cual por supuesto que incluye Su amor, y en esta situación en que le hablaba a Pedro, en una manera muy especial y particular.

“...Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?” (21:15).

El hecho de que, después de lo que había pasado, Jesús todavía lo mirase...le dirigiese la palabra... y hasta le hiciese esta pregunta, por la cual esperaba de él nada menos de que lo amara más que todos los otros discípulos... - (aquél a quien se le perdona mucho, mucho ama - ver Lucas 7:47) – todo eso era una muestra bien elocuente de cuánto lo amaba.

En esas palabras, el manantial del amor del Maestro estaba fluyendo a raudales y derramándose en el corazón y las heridas de Pedro. Era como un agua cristalina, pura y saturada de gracia, que estaba lavándolo interiormente, llevándose todo el veneno y odio de Satanás.

Al hablarle en esta forma tres veces, nos resulta claro que ello respondía a las tres grandes heridas de sus tres negaciones. Aun cuando Pedro en ese entonces no lo entendía con su mente, no nos cabe duda que en su corazón quedaba completamente sanado – el daño y las horribles heridas, infectadas con la ponzoña y malicia diabólicas, curadas por el único remedio eficaz y verdadero: *el amor incomparable de Cristo que excede a todo conocimiento*.

Todavía tenía que venir Pentecostés con la investidura del poder de lo alto. Pero a partir de esta ocasión, ya nunca más se lo vuelve a ver retornar a sus redes o volverse atrás, y mucho menos negar a su Señor. Después de la ascensión, en Hechos capítulo 1, lo vemos plenamente recobrado y con confianza, tomando la iniciativa en medio de sus condiscípulos y esperando junto a ellos con fe, perseverancia y oración la venida del Espíritu Santo prometido.

De ahí en más podemos seguir brevísimamente su trayectoria posterior. Lo hacemos con tres puntos claves que son la contundente réplica divina a la horrorosa triple intención del diablo:

Primeramente, abrió con las llaves que le prometió Jesús que le iba a dar (Mateo 16:19a), las puertas del reino de los cielos para los judíos en primer lugar el día

de Pentecostés (Los Hechos 2) y para los gentiles posteriormente en la casa de Cornelio en Cesarea. (Los Hechos 10)

En segundo término, fortaleció a sus hermanos y apacentó los corderos y las ovejas del Señor hasta el final de su vida, dejando adicionalmente sus dos ricas epístolas para alimentar, alentar y fortalecer a los creyentes de todos los tiempos. (Los Hechos 9:32a y 2ª. Pedro 1:12, 13 y 15)

Finalmente, lejos de terminar como un desdichado que reniega de su fe, culminó su vida ofrendándola sobre el altar del sacrificio, glorificando a Dios al morir como un mártir y un héroe de verdad. (Juan 21:19 y 2ª. Pedro 1:14)

El malvado designio de Satanás se vio así totalmente truncado, y al final le resultó un furibundo “boomerang” que lo dejó completamente frustrado y derrotado.

¡ESTO SÍ QUE ES RESTAURACIÓN ABSOLUTA! ¡Y MÁS, MUCHO MÁS TAMBIÉN!

----- () -----

CAPITULO II – Cleofas y su compañero.- “¿No ardía nuestro corazón?”

Volviendo ligeramente hacia atrás en el reloj del tiempo, nos trasladamos ahora al Domingo de resurrección en horas de la tarde. Nos valemos para ello de la hermosa y emotiva narración que Lucas nos brinda en su último capítulo, desde el versículo 13 hasta el 36. La misma está saturada de ricas y sustanciosas verdades, muchas de las cuales se prestan admirablemente para el tema en que estamos.

“Al que madruga Dios lo ayuda”, nos dice un adagio muy popular. No obstante, aquí tenemos un ejemplo de dos hombres que no madrugaron, por lo menos para ir temprano a la tumba en que había sido sepultado Jesús, y sin embargo, Dios los ayudó ¡y muy mucho por cierto!

Uno de ellos se llamaba Cleofas, mientras que no se nos da el nombre del otro. Eran discípulos de Jesús, aunque no formaban parte del grupo de los doce.

Al acercarse Jesús y caminar con ellos, no le reconocieron, pues sus ojos estaban velados. Igualmente en la ocasión tratada en el capítulo anterior, cuando Jesús se presentó en la playa al amanecer, los discípulos no sabían que era Él. Lo que nos lleva a la simple reflexión que muchas veces, al encontrarnos en medio de pruebas o quebrantos, Él en verdad está a nuestro lado o muy cerca para socorrernos, pero nuestros ojos del espíritu y de la fe están velados y no lo vemos.

Aproximadamente al promediar la tarde de ese Domingo, iniciaron su marcha de regreso de Jerusalén a la aldea de Emaús donde vivían.

La distancia a recorrer era de algo menos que once kilómetros, y como en un principio hablaban y discutían entre sí, y posteriormente, durante la mayor parte del trayecto Jesús les iba exponiendo lo que las Escrituras decían de Él, creemos razonable suponer que andaban a marcha más bien lenta, pues no cabe pensar que caminaran con prisa en una situación como esa.

Por todo esto estimamos que el tiempo de marcha habrá sido de unas tres horas aproximadamente, o tal vez un poco más. De esas tres horas calculamos que Jesús les habrá estado hablando por lo menos dos, en lo que seguramente debe haber sido una admirable exposición, comenzando desde Moisés y siguiendo por *todos* los profetas, para explicarles lo que en *todas* las Escrituras se decía de Él.

¡Qué lástima que en aquel entonces no existían las grabadoras! Habría sido magnífico tener una cinta con la grabación fiel de la voz y de cada palabra pronunciada por Jesús. Pero no importa, pues en lugar de ello tenemos al Espíritu Santo como intérprete fidedigno y veraz de este pasaje, y claro está, de todo lo demás que necesita saber y conocer un hijo de Dios.

Esperanzas mal fundadas.-

Pero comencemos desde el principio. Cleofas y su compañero volvían sumamente tristes, sintiéndose muy decepcionados por el curso que habían seguido los acontecimientos en los últimos días, al ser Jesús arrestado, sentenciado a muerte, crucificado y sepultado.

Ellos esperaban que Él iba a redimir a Israel del yugo de los romanos, pero con Su muerte veían esta esperanza totalmente frustrada. Esto nos da un punto muy importante sobre el cual nos debemos detener un poco, pues nos señala algo que tiene evidente aplicación práctica, y que en un buen número de situaciones resulta de relevante actualidad.

En efecto, en nuestro seguir al Señor podemos estar motivados y hasta ilusionados por expectativas mal fundadas. Éstas pueden variar grandemente entre el logro de metas que nosotros mismos nos hayamos propuesto u otros nos hayan presentado, como ser: ver sanidades, milagros y mucha bendición sobre nuestras labores, según predicciones que se nos hayan dado; sentirnos muy realizados y felices al acometer el pastoreo o algún otro aspecto del ministerio, para encontrar que en vez hemos tenido que afrontar una fuerte dosis de pruebas y tormentas que nos han acongojado y desanimado totalmente.

Muchas de estas expectativas y otras semejantes están muy en boga hoy en día, así como en los días del ministerio terrenal del Señor estaba la de esperar, como Cleofas y su compañero, que Él redimiese a Israel del yugo romano.

En Juan 6:14-15, después de la multiplicación de los panes y peces previa a la fiesta de la pascua, había el propósito por parte de algunos de venir para apoderarse de Él y hacerle rey. Aún después de su resurrección y a muy poco de su ascensión, algunos de sus discípulos le preguntaron si en ese tiempo habría de restituir el reino a Israel. (Hechos 1:6)

Evidentemente, como resultado de los muchos milagros y sanidades que hizo, se fue creando una gran efervescencia, y esto se tradujo en un sentir popular que incluso alcanzó a Sus discípulos, de que Él habría de reinar sobre Israel y liberarlo del dominio de los romanos.

Como sabemos, la voluntad de Dios y el curso que siguieron los acontecimientos fueron por un rumbo totalmente distinto. Su muerte y sepultura para muchos significaban un fracaso y una derrota, echando por tierra sus mal fundadas esperanzas de Su inminente reinado terrenal sobre Israel. Sin embargo, habían sido, junto con Su resurrección, un triunfo maravilloso y de proyecciones infinitas y eternas, sobre el cual se había de fundar Su reino, que no es de este mundo y que permanecerá para siempre jamás.

Por una parte, es verdad que el Señor restauró a Sus discípulos que lo habían abandonado en la hora y la potestad de las tinieblas (Lucas 22:53b) y también a Cleofas y su compañero, en la forma en que iremos viendo más adelante.

Sin embargo, muchos más que abrigaban la misma esperanza y se vieron defraudados al no verla cristalizada, quedaron apartados y alejados, y es posible que un buen porcentaje de ellos nunca volvió a Él para seguirle y servirle. Decimos esto sin olvidar que, por otra parte, en los albores de la iglesia primitiva en Jerusalén, Judea, Samaria y Galilea, muchísimos se convirtieron al Señor, entre los cuales, sin duda, habría un buen número de los que anteriormente habían visto la expectativa de Su reinado terrenal sobre Israel completamente truncada.

De todas maneras, lo que surge con claridad de lo que venimos comentando, es la necesidad de que nuestros anhelos y expectativas descansen sobre las bases sólidas de la voluntad de Dios para nuestras vidas, y de lo que es bíblico y razonable

esperar, según la medida de la fe (Romanos 12:6) y la gracia que nos ha sido dada a cada uno *“conforme a la medida del don de Cristo.”* (Efesios 4:7) Muchas veces esos anhelos y expectativas van mucho más allá, o bien por rumbos distintos, y más tarde, al no concretarse, queda un sentir de desengaño y desconcierto, del cual cuesta muchísimo recuperarse e incluso algunos nunca lo logran.

A pesar del gran número de profecías predictivas de bendición pronunciadas en algunos círculos y que no se han cumplido, debemos tener en cuenta la exhortación de Pablo en 1ª. Tesalonicenses 5: 20-21:

*“No menospreciéis las profecías.
Examinadlo todo; retened lo bueno.”*

El hecho de que Pablo escribiese en esos términos, da pie a que pensemos que ya en ese entonces debe haber habido un abuso o mal uso del don de profecía, que predisponía a despreciarlas. Por eso aquí corrige esa actitud incorrecta, pero al mismo tiempo nos anima a ser muy cautos, examinándolo todo y reteniendo lo bueno.

Por supuesto que lo bueno en este contexto no es lo que nos halaga prediciendo grandezas para nuestro futuro, sino lo que realmente nos edifica o bien nos exhorta en forma correcta o nos consuela. (1ª. Corintios 14:3)

A continuación consignamos más consejos de Pablo que pueden servir de freno saludable a la tendencia o tentación de esperar cosas que nos quedan demasiado grandes:

“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.” (Romanos 12:3)

“Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña. Así que, cada uno someta a prueba su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse sólo respecto de sí mismo, y no en otro.” (Gálatas 6:3-4)

Se entiende que citamos estas palabras con el ánimo de evitar a algunos el abrigar expectativas mal fundadas, con las consabidas secuelas dolorosas más tarde, al no verlas cumplidas. Es mucho más sensato y correcto edificar sobre la base de ser fieles en lo que tenemos, por pequeño y modesto que sea, en la seguridad de que Él, a Su tiempo, nos hará ensanchar y ampliar nuestros horizontes, a medida que en Su sabiduría y voluntad perfectas para nuestras vidas lo estime oportuno.

Como advertirá el lector, nos hemos detenido bastante sobre este particular, pues lo conceptuamos importante. Abrigamos el deseo de que estas consideraciones sirvan para impedir que queridos hermanos se embarquen en planes, expectativas o esperanzas mal basadas, y que a la postre sólo les habrán de traer desencanto y perjuicio para sus almas. Y es por eso que lo hemos incluido, entrelazado con nuestro comentario.

Estábamos con nuestros dos amigos en su caminar de Jerusalén a Emaús...Según ya vimos, Jesús no se quedó corto con ellos. Arrancando desde Moisés y siguiendo por *todos* los profetas, les explicaba en *todas* las Escrituras lo que de Él decían.

Esto también corrobora lo que vemos en tantas otras partes de los evangelios: el lugar preponderante que Jesús siempre daba a las Escrituras, honrándolas como la

palabra divinamente inspirada que no puede ser quebrantada (Juan 10:35b) y dándole una interpretación y un uso vivo y certero.

“Llegaron a la aldea adonde iban, y Él hizo como que iba más lejos” (24:28).

Si bien no le habían reconocido, en sus corazones evidentemente se sentían atraídos por ese forastero que les había estado hablando largo y tendido, y en un forma tan especial. Jesús sabía esto, y al hacer como que iba más lejos, Su verdadera intención era encender aun más ese sentir en ellos, de tal forma que al ver que se marchaba, les brotase esa súplica: *que no se fuera – que no les dejase.*

Guarda cierta semejanza con la ocasión en que Jacob luchó toda la noche con un varón celestial. Al insinuarse el amanecer, este varón también desconocido todavía por el gran patriarca, le dijo:

“Déjame, porque raya el alba.” – a lo cual Jacob, encendido de anhelo santo de Dios,

respondió:

“No te dejaré, si no me bendices.” (Génesis 32:26).

Ese decirle que se marchaba y lo dejaba así, con la cosa todavía a medias por así decir, fue lo que arrancó de lo más profundo de Jacob esa exclamación tan terminante que “obligó” al ángel a quedarse y bendecirlo.

Muchos son los santos y los verdaderos enamorados del Señor que pueden atestiguar de situaciones semejantes en los anecdotarios de sus experiencias con Él. Tantas veces, necesitando y anhelándolo tanto, se han encontrado con que parece que Él se retira – que se va... Y es eso lo que toca la fibra más íntima, de tal forma que uno se toma de Él con un clamor tan fuerte y ardiente, que hace que Él, lejos de marcharse, se quede y se confunda con uno en el abrazo de Su amor más tierno y sublime.

“Mas ellos le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. (24:29).

Lo que hizo Jesús surtió efecto inmediato. Los dos, tocados en las cuerdas más sensibles, en seguida le rogaron a una que no se fuese – que se quedase con ellos. Pero antes del ruego en sí – *“quédate con nosotros”* – la pluma inspirada de Lucas nos da una perla preciosa y bendita.

¡“Le obligaron a quedarse”!

Ese pedido tan tierno de ellos se hizo tan irresistible para el Señor, que se sintió obligado a no seguir Su marcha, sino a detenerse y quedarse con ellos. Nos maravilla pensar que, movidos por Su mismo Espíritu, podemos presentarle nuestras peticiones y súplicas de tal forma que a Él le resulten irresistibles, y no pueda menos que concederlas, a menudo en forma inmediata, y a veces aun darnos mucho más de lo que le hemos pedido. Gloria sea a Su nombre.

Que haya siempre en cada uno de nosotros esa disposición tan entrañable, que nos haga anhelar que Él esté muy cerca de nosotros y a nuestro lado, en preciosa y dulce comunión.

Al predicar y enseñar sobre este pasaje, en un buen número de ocasiones lo hemos usado para diferenciar entre dos clases de creyentes.

Una es la del que en determinada hora del día, presenta al Señor, juntamente

con su gratitud, la serie de peticiones que surgen de su andar cotidiano: que Él le guarde al viajar en carretera o lo que fuere a su trabajo, que proteja a su mujer e hijos, que provea todo lo necesario en la economía, que lo guarde de todo peligro y bendiga su salud y la de los suyos, etc. etc.

El Señor, bueno y misericordioso, le concede esas peticiones y, hablando figurativamente, continúa Su marcha, pues Su intención es ir más lejos...

La otra clase es la del que igualmente le presenta sus peticiones, y tal vez muy parecidas también, pues él tiene necesidades semejantes en su vida diaria. Pero hay una diferencia: una vez que las ha presentado, no se da por satisfecho, sino que añade una más, que para él es más importante que todas las anteriores:

“Señor, quédate un buen rato conmigo, en ésta, mi pequeña alcoba. Quiero empaparme de Tu presencia pura y santa; quiero Tu abrazo bendito – las caricias de tu amor sin igual. Y quiero decirte también, estando Tú muy cerca y a mi lado, que te amo más que a ninguna otra cosa en la vida...”

¿A cuál de estas dos categorías de cristianos perteneces tú, amado lector?

Antes de pasar más adelante, debemos volver a las palabras ya citadas:

“...Él hizo como que iba más lejos.” (24:28b).

Aparte de lo que ya hemos comentado, hay otra cosa que no se nos debe pasar por alto: *ese día Él sí que iba a ir más lejos*. La vivienda de esos dos discípulos en Emaús no era Su meta final, sino que Su intención era ir más lejos, mucho más lejos. Y no sólo eso – además *planeaba llevarlos a ellos dos más lejos*, como veremos dentro de poco.

Esto nos presenta la hermosa perspectiva de un Cristo dinámico y de avance continuo – y que a los Suyos siempre quiere llevarlos más adelante y más lejos. Ni tú ni yo, querido lector, hemos llegado todavía; sigamos amando, siguiendo y sirviéndole en forma fiel y consecuente, que Él tiene más para cada uno de nosotros. Y a medida que vayan pasando las semanas, los meses y los años, se irán desarrollando los buenos designios que Él tiene preparados para cada uno de Sus amados discípulos y siervos.

¡Cuántos más tiernos pensamientos se nos cruzan por la mente al meditar sobre esta parte del relato!

Cuando Jesús entró a quedarse con ellos, el día ya había declinado. El anochecer, con la luz del día que se nos va yendo, a menudo tiene un singular efecto sobre nuestras almas. Un día más se nos ha ido, con sus oportunidades para hacer o lograr algo de alcance eterno, que vaya más allá de lo que es temporal y perecedero. La oscuridad que se cierne sobre nosotros, nos hace más conscientes de que tal vez el día de nuestra peregrinación en este mundo se esté acercando vertiginosamente a su fin.

Cuando ese fin llegue, la suerte ya estará echada irremisiblemente en cuanto a lo que hemos hecho en nuestra pequeña y única vida aquí en la tierra, y con los muchos días de vida y salud y fuerzas que se nos han dado.

Al recordar con pena que muchos de ellos los desperdiciamos, no sacando el debido provecho, y que quizá no nos queden muchos más, nos debemos sentir profundamente motivados.

¿A qué?

Pues primeramente a esa súplica, la misma que hicieron nuestros dos amigos, Cleofas y su compañero: *Quédate con nosotros – quédate conmigo – el día se termina, la oscuridad se avecina – te necesitamos – te necesito – más que nunca, Jesús bendito. ¡Oh quédate a mi lado! Cerca, muy cerca, amado Señor.*

Y a continuación, otros ruegos y hondos anhelos:

“No quiero malgastar más el tiempo – ni vivir insensible a que un día tendré que comparecer ante Tu tribunal y rendir cuentas de lo que he hecho con mi vida aquí en la tierra.”

“Oh Jesús, lléname de un solemne sentido de urgencia en todo mi vivir que me mueva a buscar y hacer Tu voluntad por encima de todas las cosas. Y a ordenar mis pasos y mi actividad, sirviéndote con todo tesón y esmero, de tal manera que al terminar mi carrera y encontrarme contigo, lejos de alejarme avergonzado, pueda mirarte en el rostro con confianza y oír de tus labios las palabras *“Bien hecho, buen y fiel siervo: entra en el gozo de tu Señor.”*

“Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió y les dio.”

“Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas él se desapareció de su vista.” (24:30-31)

“...contaban...cómo le habían reconocido al partir el pan.” (24:35)

Al sentarse el Señor a la mesa y tomar y bendecir el pan, para partirlo y dársele a ellos – allí sí le reconocieron – se dieron cuenta por fin de que era Él.

Ninguno como Él puede tomar el pan – ese Pan de Vida que es Él mismo – bendecirlo, partirlo y dárselo a comer, en esa manera tan especial, tan única. Cada vez que lo hace, ¡sabemos sin lugar a dudas que es Él y ningún otro!

No bien le reconocieron, Jesús, que ya estaba en Su cuerpo de resurrección, libre de las limitaciones de lugar y espacio, desapareció. No obstante, Su labor, hermosa y perfecta, ya estaba cumplida.

Las palabras que se decían el uno al otro al desaparecer Jesús, nos dicen mucho, muchísimo:-

“¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (24:32)

El estado de tristeza y pérdida de visión en que estaban al iniciar el regreso de Jerusalén, había producido un efecto de endurecimiento y frialdad en sus corazones, propio de lo que había supuesto un fuerte desengaño para ellos, con las consiguientes dudas y un desconcierto total.

Al hablarles Jesús en el camino, por medio de las Escrituras les explicaba que lo sucedido no había sido un fracaso, ni un desenlace inesperado y desafortunado como ellos pensaban, sino el fiel y exacto cumplimiento de los designios divinos. Estos designios no concluían con Su muerte y sepultura, sino que se proyectaban a través de Su resurrección hacia glorias mucho mayores de lo que ellos se podían imaginar, aun cuando no por la vía de la restitución del reino terrenal y la liberación del dominio romano que ellos habían esperado.

Su exposición meticulosa y exhaustiva de las Escrituras, iba pues dirigida a corregir el error de ellos, haciéndoles entender que en vez de un gran fracaso, lo acae-

cido había sido un éxito absoluto, merced a Su resurrección gloriosa que abría al futuro las perspectivas más maravillosas – todo esto según las promesas contenidas en las muchas predicciones de los profetas del Antiguo Testamento.

Esto era para llegar a la mente y comprensión de ellos. Pero Jesús sabía muy bien *que eso no bastaba – que había que llegar también a sus corazones*, donde la desilusión que habían experimentado había dejado huellas muy hondas.

En casos semejantes, mientras uno puede dar un completo asentimiento mental a lo que está oyendo, por dentro, en el corazón, hay un *bloqueo paralizante* que se hace imprescindible eliminar.

Las palabras “*¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablabamos...?*” nos dan la clave.

Jesús, que antes había afirmado: “*Fuego vine a echar en la tierra...*” (Lucas 12:49), al hablarles, no sólo esclarecía la verdad de los hechos en consonancia con las Escrituras, sino que por el Espíritu Santo que moraba en Él, ponía el fuego celestial en Sus palabras. No las hablaba en frío ni en seco, sino en la misma forma en que Moisés define el hablar de Dios en Deuteronomio 4:12 y en varias citas más: “*...de en medio del fuego.*”

Es posible pronunciar palabras de la más sana y acabada ortodoxia bíblica, pero con absoluta frialdad – de en medio del congelador casi podríamos decir. Las mismas podrán informar y también esclarecer nuestras mentes, pero cuando por dentro, en el corazón, existe el bloqueo paralizante que hemos puntualizado, no han de servir por sí solas para remediar la situación.

Así pues las palabras de Jesús llevaban una doble dirección: por una parte, estaban encaminadas a su comprensión mental, para esclarecerla según lo ya señalado, con la verdad de las Escrituras. Desde luego que no subestimamos la importancia de esto, pero necesitaban ir acompañadas del otro factor.

Éste consistía en dirigir Sus palabras a sus corazones, con el contenido de la llama celestial que llevaban – llama de amor, de santidad, de fe y de verdad. Al ir penetrando, poco a poco esa masa dura – intangible pero muy real – que les había producido ese bloqueo interior, se fue desintegrando. Así sus corazones comenzaron a arder según su propia confesión, renaciendo en ellos el calor del amor, la fe y la esperanza.

¡Cuánto necesitamos en el ministerio esta doble proyección de la palabra bien trazada, acompañada del auténtico fuego divino!

Ese fuego descendió sobre los discípulos el día de Pentecostés, y desde entonces Dios lo ha seguido dando a muchísimos de Sus siervos y siervas a través de los siglos. Ciertamente Él es el Dios que “*hace a Sus ángeles espíritus, y a Sus ministros llama de fuego.*” (Hebreos 1:7)

Si nuestra predicación y testimonio han de penetrar en corazones sumidos en el materialismo y el pecado; si han de quebrantar a otros, enfriados y endurecidos por haberse apartado de Dios y Sus caminos; si han de encender a los apocados y cabizbajos de nueva esperanza y ganas de vivir, amar y servir – si han de hacer eso, decimos - necesitarán imprescindiblemente que la verdad bíblica que expresan vaya acompañada del genuino fuego de Dios.

Claro está que ese fuego no consiste en gritos desaforados, expresiones de euforia, triunfalismo o demás manifestaciones o alardes de esa índole, que solemos

calificar como meros “petardos” o “fuegos artificiales.” Tristemente algunos lo confunden con esa clase de cosas, atraídos por la apariencia externa que seduce los sentidos naturales, dando una falsa sensación de poder, mucha “autoridad” y demás.

Quien tenga los sentidos espirituales debidamente desarrollados podrá detectar la diferencia, y además el correr del tiempo dará su veredicto acerca de lo que ha dado resultados buenos y duraderos, y lo que no los ha dado.

En el caso de nuestros dos amigos, ese fuego que había hecho arder sus corazones al hablarles el Maestro, de inmediato produjo un vuelco fundamental. Lejos de ir a acostarse para descansar y dormir después de una caminata de más de diez kilómetros, se levantaron en la misma hora y volvieron a Jerusalén.

Sabedores ahora de que Cristo había resucitado sin lugar a ninguna duda, e impulsados por ese fuego bendito que les había impartido Jesús, ¡adiós a la tristeza, el aburrimiento y aun al cansancio! ¡A emprender sin demora el retorno! ¡A Jerusalén, a compartir el gozo inmenso de la esperanza totalmente recobrada! ¡Y eso, a pesar de la hora avanzada! Iban a llegar a Jerusalén como a la medianoche ¡pero eso no importaba!

Dijimos antes que Jesús en realidad ese primer Domingo de Pascua no tenía como meta final la vivienda de ellos dos en Emaús – pensaba ir mucho más lejos, e incluso también llevarlos a ellos mucho más lejos.

Aquí vemos esa meta mayor y más alta, plenamente alcanzada. A poco de llegar ellos y reunirse con los once y otros que estaban con ellos, para compartir con inmensa alegría lo que les había acontecido, el mismo Jesús se apareció en medio de ellos, disipando toda duda y llevándolos a un punto en el camino muy superior a cuanto habían conocido antes.

Lo que pasó en esa reunión con el Maestro, que comenzó después de la medianoche, se nos cuenta en la sección del capítulo 24 en que estamos, versículos 36 al 49 inclusive. Hermoso, lleno del más hondo contenido y con el clímax de Su gloriosa ascensión.

Magnífica culminación, con gozo indescriptible: la fe y la esperanza plenamente recuperadas, nuestros dos queridos personajes ya no están más tristes y decepcionados. Todo eso, como una pesadilla horrible, ha quedado atrás para siempre. Totalmente restaurados, están otra vez de pie junto a sus hermanos para reanudar la marcha tras el Maestro resucitado, con horizontes de gloria por delante y una canción de amor y gratitud que les brota desde lo más hondo del ser.

¡Así restaura Jesús!

Querido lector – tú, el del nombre desconocido para nosotros, al igual que el del compañero de Cleofas - tal vez al igual que él al iniciar el regreso de Jerusalén a Emaús, te encuentres acongojado, con pérdida de visión y decepcionado, quizá por tus propios fallos y fracasos o quién sabe por qué causa.

A través de estas páginas que has estado leyendo, el Salvador resucitado te está hablando la verdad bíblica de Su triunfo absoluto a través de Su muerte y resurrección. Triunfo que por el poder del Espíritu Santo Él quiere hacer extensivo a todos los Suyos, incluyéndote a ti. En Su hablar seguramente que detectarás esa llama de amor hacia tu persona, que busca que tu corazón arda en ti – para consumir escoria, para enternecerte otra vez para con Él y con el Padre; para quitar la amargura y desa-

zón que te embargan; en fin, para hacerte todo el inmenso bien que le hizo a Cleofas y al compañero del nombre desconocido.

¿No te pondrás de rodillas para derramar tu alma ante Él?

Arrepentido y humillado, acércate a Él – que te aguarda y más que eso, te llama tiernamente. Él hará para ti el milagro imposible de ayudarte a ponerte en pie y afirmarte en la vida de una vez para siempre. Y así empezarás a emprender el retorno feliz a tu hogar y tu verdadero norte y destino eterno en Cristo Jesús.

A Él y a tus seres queridos se lo debes - como también a ti mismo – hacer esto para que ni Él ni ellos se vean defraudados, ni tú tampoco. Así habrá regocijo general por tu regreso al redil, y la hermosa realidad de que *ahora sí tu vida tiene rumbo y sentido verdaderos. Amén.*

----- () -----

CAPÍTULO III– JUAN MARCOS Y DEMAS

Un contraste a tenerse muy en cuenta

Por primera vez en lo que va del libro nos encontramos de este lado de Pentecostés. Con la venida del Espíritu Santo se inaugura una nueva dispensación, que nos otorga mejores beneficios, bajo un régimen distinto y muy superior al que regía al pueblo de Israel en el Antiguo Testamento.

Entre estos mejores beneficios tenemos el de la sangre rociada del Nuevo Pacto, que habla mejor que la de Abel; la morada del Espíritu Santo en forma permanente en los corazones de los que han sido verdaderamente renacidos, y el ser hechos participantes de la naturaleza divina.

Tomando una postura que consideramos extrema y equivocada, algunos han sostenido que quienes disfrutaban de estas bendiciones superiores, no han de caer nunca en un decaimiento espiritual que los aleje del Señor, y por lo tanto conceptúan que el ministerio de restauración no tiene vigencia práctica en el presente.

Si bien es cierto que con semejantes medios de gracia a nuestra disposición, tenemos todas las de ganar para no apartarnos nunca, la gran falibilidad del ser humano y su propensión a errar y desviarse siempre están presentes. Además tenemos casos concretos en el Nuevo Testamento de iglesias que empezaron muy bien, pero que posteriormente experimentaron una marcada decadencia.

Asimismo, la historia posterior nos da muchísimos casos – tanto en el orden individual como colectivo – de alejamientos del Señor después de etapas iniciales con plenitud de bendición.

Todo esto no hace sino confirmarnos totalmente en la convicción de que el ministerio de restauración es algo que sigue en pie hasta el día de hoy, y que habrá de continuar hasta el final de esta época de la gracia en que nos encontramos.

Hemos tomado como título y tema de este capítulo los nombres de dos personajes y sus trayectorias, dentro de la muy escueta información que se nos brinda en las Escrituras, sobretodo en cuanto al segundo.

El primero de ellos es Juan Marcos, a quien, después de una declinación que encontramos *implícita* en el relato de Los Hechos, años más tarde lo hallamos plenamente recuperado y aprobado.

El otro, Demas, lo hemos tomado para usar la vía del contraste, tratándose de uno que se alejó del camino, sin que encontremos ningún indicio fehaciente de que haya retornado a él, aunque por otra parte esto último tampoco lo podemos descartar totalmente.

Marcos era en realidad el sobrenombre (Hechos 12:12 y 25) y en el mismo libro se lo llama también Juan (13:5 y 13), mientras que en otras citas también se lo llama Marcos (Hechos 15:39, Colosenses 4:10 y 2ª. Timoteo 4:11), tratándose en todos los casos de la misma persona.

Era sobrino de Bernabé, según consta en Colosenses 4:10, y su madre – una de las muchas Marías del Nuevo Testamento – recibía a los cristianos en su hogar en Jerusalén. El hecho de que se consigna que al estar Pedro preso *muchos estaban allí*

orando, da pie a pensar que sería un lugar amplio y espacioso y un centro de comunión y testimonio. Todo esto en los principios de la iglesia primitiva y en una época de intensa persecución, debe haber incidido mucho en su formación.

El hecho de que Pedro al salir de la cárcel haya ido directamente a ese lugar, nos permite suponer con buen fundamento que el apóstol ya tenía una relación más o menos cercana con Juan Marcos en ese entonces. La referencia que hace a él como su hijo en 1ª. Pedro 5:13 no debe tomarse en sentido literal como su hijo carnal, sino como hijo en la fe.

Esta relación quedó interrumpida – geográficamente, se entiende – al marchar Marcos con Bernabé y Saulo a Antioquía, y por el tiempo en que los acompañó en el primer viaje misionero, y posteriormente cuando estuvo con Bernabé en Chipre, al separarse este último de Pablo.

La relación se reanudó más tarde, y en el tiempo en que Pedro escribió su primera epístola, por el versículo citado anteriormente sabemos que los dos estaban juntos otra vez.

Juan Marcos es reconocido casi sin excepción como el autor del segundo evangelio, que lleva su nombre. Se supone, creemos que con buen fundamento, que la totalidad o mayor parte de la información que utilizó para escribirlo, la recibió directamente de Pedro.

Después de estar en Jerusalén, como hemos dicho, en esos años del fulgor inicial y también de la persecución que sufrió la iglesia primitiva, Juan Marcos acompañó a Bernabé y Saulo (como entonces todavía se lo llamaba al apóstol Pablo) al regresar ellos a Antioquía. Anteriormente, el viaje a Jerusalén lo habían efectuado estos dos últimos para llevar a los santos de Judea la ayuda material enviada por la iglesia de Antioquía con motivo de la profecía de Agabo, prediciendo grande hambre. (Hechos 11:28-30)

Posiblemente haya sido Bernabé, como tío de Juan Marcos, quien propusiese que los acompañase, teniendo en cuenta que era un joven que prometía mucho, y que el viaje le podría reportar buena experiencia práctica.

Así estuvo Juan Marcos en Antioquía en una época de gran bendición, en una iglesia muy bien dotada de ministerios de mucho calibre. Esto sin duda le debe haber resultado muy provechoso, y como cristiano joven que tuvo la oportunidad de congregarse en esas dos iglesias madres y modelos del libro de Los Hechos - Jerusalén y Antioquía de Siria - debemos considerarlo muy privilegiado por cierto.

Estando los profetas y maestros de la iglesia de Antioquía ministrando al Señor y ayunando, el Espíritu Santo les dirigió a que apartasen a Bernabé y a Saulo para la obra a la cual los había llamado. Debemos pues notar que en esa directiva no estaba incluido Juan Marcos, sino solamente los dos nombrados (Hechos 13:1-2).

Tres versículos más abajo (13:5b), tenemos la información de que tenían también a Juan de ayudante. Opinamos que probablemente haya sido también iniciativa de Bernabé, pensando que les sería útil en ese rol de ayudante, y al mismo tiempo le brindaría a él una buena oportunidad para que se empezase a foguear en el ministerio.

Lo cierto es que después de viajar con ellos hasta Perge, sobre la costa meridional de lo que hoy en día es Turquía, Juan Marcos los dejó y volvió a Jerusalén.

El relato de Lucas, que como sabemos es el autor de Los Hechos, en esta parte es muy lacónico, no dando ningún indicio expreso de la razón por la cual se marchó. Sin embargo, creemos muy razonable deducir que los rigores que ya habían afrontado, hayan incidido para que Juan Marcos considerase muy dura y difícil la empresa y optase por marcharse.

También resulta significativo y como algo que aporta sobre el particular, que haya ido a Jerusalén y no a Antioquía, que era el punto de origen y se encontraba más cerca. De haber vuelto allí, de donde había partido con Bernabé y Saulo, tendría que haber enfrentado las incómodas preguntas acerca de cómo les había ido, y sobretodo por qué había regresado solo.

Asimismo está el hecho de que al planearse la iniciación del segundo viaje y querer Bernabé que Juan Marcos los volviese a acompañar, Pablo se opusiese abiertamente:

“...pero a Pablo no le parecía bien llevar consigo al que se había apartado de ellos desde Panfilia, y no había ido con ellos a la obra.” (15:38).

Esto nos muestra que Pablo había visto con evidente desaprobación que Juan Marcos los dejase, entendiendo que al no querer acompañarlos el resto del viaje, había dado claras señales de no estar preparado para una empresa de esa envergadura. De haberlo estado, Pablo conceptuaba - creemos que con acierto - que habría tenido suficiente temple como para enfrentar los rigores y las dificultades que suponía.

Debemos detenernos un poco aquí para hablar sobre el daño y perjuicio que casi siempre resulta cuando se promociona y coloca en un lugar de responsabilidad a un joven, en el cual se puede ver muy buena promesa para el futuro, pero que todavía está en una etapa temprana de formación.

Claro está que se debe estimular y potenciar a jóvenes que tengan buenas aptitudes, pues relegarlos o cerrarles el paso podría frustrar y aun malograrlos, y además no sería correcto desde ningún punto de vista.

Sin embargo, hay una línea divisoria muy fina entre esto y darles prematuramente un lugar o cargo de alta responsabilidad, o ubicarlos en primera línea de combate, como sucedió con Juan Marcos. Al hacer esto, se corre el riesgo de que, o bien se envanezcan, o resulte que no tengan la suficiente solidez y entereza para sobrellevar sobre sus hombros jóvenes el peso y las presiones que siempre van de la mano con la responsabilidad del ministerio.

En cuanto a lo primero, se ha de recordar lo que Pablo escribe en 1^a. Timoteo 3:6: *“...no un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo.”*

Aunque referida expresamente a los obispos y ancianos, esta advertencia se hace claramente extensiva a todo cargo de responsabilidad, sobretodo si el mismo es de índole pública.

Con respecto a lo segundo - la suficiente solidez y entereza - no hay regla fija, sino que habrá de emplearse la observación y el discernimiento para cerciorarse de que las dos virtudes estén bien presentes. En el caso de Juan Marcos nos inclinamos a pensar que el vínculo de sangre que tenía con él Bernabé lo predisponía a éste a favorecerlo, impidiéndole ver con claridad las debilidades que todavía había en él. Por el contrario, parece que Pablo las veía con mucha claridad.

También debemos referirnos aquí al desacuerdo entre Bernabé y Pablo y la separación a que los llevó.

¿Tenía razón Pablo, o la tenía Bernabé?

Hay quienes sostienen lo primero y quienes, en cambio, opinan lo segundo. A favor de la postura de Bernabé se afirma que, a pesar de que Juan Marcos había dado muestras de debilidad o inmadurez, correspondía ser bondadoso y comprensivo, dándole una nueva oportunidad. También se puede agregar a esto que al aceptarlo para el segundo viaje, se le habría evitado el daño y dolor que evidentemente le debe haber producido el rechazo de Pablo.

Asimismo hemos oído cuestionar la actitud tan radical de Pablo, aduciéndose que debió haber sido más flexible y tolerante para con Bernabé y su sobrino, sobre todo teniendo en cuenta la bondad del primero para con él en dos oportunidades anteriores muy importantes.

La primera de éstas fue en Jerusalén cuando los discípulos le temían, no creyendo en la autenticidad de su conversión, y Bernabé le tomó y lo trajo a los apóstoles, haciendo de puente de unión. (Los Hechos 9:26-28)

La segunda es la que se consigna en Los Hechos 11:25 y es también muy digna de comentarse, pues nos revela la nobleza de Bernabé. Efectivamente, después de estar en Antioquía y presenciar la gran obra que la gracia de Dios estaba levantando ahí, fiel a la descripción de *varón bueno* que Lucas hace de él en el versículo anterior, decide emprender el largo viaje a Tarso para buscar a Pablo – todavía llamado Saulo en ese entonces – y traerlo a Antioquía. Ciertamente en esto vemos una muestra de amor fraternal que no sabe de egoísmo, buscando darle cabida en aquello tan hermoso que estaba aconteciendo, y considerando sabiamente que Saulo podía tener allí una aportación de mucho valor.

A favor de la posición de Pablo, debemos repetir lo ya puntualizado en el sentido de que una empresa de ese calibre requería un temple y una firmeza que obviamente él no veía en Juan Marcos. En la parte del primer viaje en que los acompañó, Lucas no nos da en su relato ningún indicio de persecución abierta, ni nada que se asemejase a la padecida por Pablo y Bernabé a posteriori en Antioquía de Pisidia, Iconio y Listra.

Sobre esta última corresponde citar la alusión que se le hace en la carta dirigida a las iglesias de los gentiles por los apóstoles, los ancianos y la iglesia de Jerusalén en Los Hechos 15:25-26:

“...nuestros amados Bernabé y Pablo, hombres que han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo.”

Seguramente que pesaba en el ánimo de Pablo el pensar que en el segundo viaje también habría fuerte persecución, como de hecho la hubo. Aunque comprendemos que puede haber quienes no compartan nuestro punto de vista, entendemos no sólo que Juan Marcos no estaba capacitado para enfrentar semejantes situaciones, y que la actitud de Pablo en negarse a que viajase con ellos era la correcta, sino que también la misma le evitó a Juan Marcos atravesar por persecuciones como las de Filipos, Tesalónica y Berea. Al no estar debidamente preparado para ello, estimamos que seguramente le habrían hecho un daño incalculable, por cierto mucho mayor que el que le puede haber ocasionado el ser rechazado por Pablo para el viaje.

La separación de estos dos grandes apóstoles, Pablo y Bernabé, sin duda nos da una nota triste en la narración de libro de Los Hechos. Marca en sí una grieta importante en cuanto a hombres de primera línea dentro de la iglesia primitiva.

Incuestionablemente habían sido unidos por el Señor para la obra a la cual Él los había llamado, y de los dos se nos dice expresamente que habían sido llenos del Espíritu Santo. (9:17b, 11:24 y 13:9)

Sin duda, trabajar juntos, muy de cerca como lo habían hecho, no resulta del todo fácil, dado que inevitablemente surgen diferencias de opinión y de carácter que no son siempre fáciles de superar.

El texto de la versión Casiodoro de Reina, revisión 1960 – *“hubo tal desacuerdo entre ellos...”* (15:39a), en otras versiones muy fiables se traduce dando el sentido de una contención o desavenencia aguda o afilada.

Sea como fuere, la consecuencia directa fue la separación dolorosa de estos dos bizarros camaradas de las jornadas épicas del primer viaje, en el cual ambos se habían jugado la vida por amor al Señor. No podemos aceptar ni por un momento, que esta bifurcación de sus caminos en el ministerio haya sido la voluntad primaria de Dios y lo más alto para ellos. Sin embargo, la misma se nos consigna en las Escrituras con toda transparencia, así como los fallos y desviaciones de otros grandes siervos aparecen con claridad en otras partes de la Biblia, sobretodo en el Antiguo Testamento.

Naturalmente que aquí no se trata de pecado grosero ni nada de eso, sino de una fuerte discrepancia en cuanto a un tema puntual. También se debe agregar que ambos siguieron sirviendo al Señor, si bien no sabemos mucho de la trayectoria posterior de Bernabé. Además, todo indica que siguieron guardándose el respeto mutuo de siervos del mismo Señor (ver 1^a. Corintios 9:6, escrito con posterioridad a la separación).

No obstante, creemos que habría sido posible alcanzar una solución más satisfactoria. Al darse cuenta que la diferencia era muy profunda, y que la forma en que la estaban enfocando no encajaba dentro del marco de la unidad del Espíritu y de la debida mansedumbre, opinamos que deberían haber hecho un alto en el camino. Así podríamos haber postergado la decisión, con el compromiso de buscar quietamente y por separado la voluntad del Señor sobre el asunto, incluso con ayuno.

De esta manera habría sido viable continuar juntos, una vez obtenido un acuerdo al recibir la respuesta de lo alto. Pero evidentemente tenían criterios diametralmente opuestos, y ni el uno ni el otro estaba dispuesto a ceder, y así se separaron, y por lo que sabemos, nunca más volvieron a trabajar juntos.

Si el punto en cuestión era lo único en que discrepaban, o si era algo que se sumaba a otras diferencias que habían ido apareciendo con el correr del tiempo, es algo que sólo podemos ubicar en el terreno de las conjeturas. Si bien podríamos extendernos sobre ello, conceptuamos que no sería sabio ni oportuno hacerlo.

Eso sí, debemos señalar en forma objetiva y sin comentarios, la forma en que cada uno emprendió el nuevo viaje:

Bernabé marchó a Chipre, su tierra natal, en compañía de su joven sobrino Marcos.

Pablo por su parte, escogió como compañero a Silas, considerado junto con Judas Barsabás como varón principal entre los hermanos de la iglesia de Jerusalén.

(15:22b) Además salió encomendado a la gracia del Señor por los hermanos de la iglesia de Antioquía, lo que marca un principio a todas luces saludable y normativo.

De aquí en adelante Lucas sigue en su relato la trayectoria de Pablo y sus acompañantes y nada se nos cuenta acerca de Bernabé y cómo le fue en Chipre.

Las únicas Escrituras que aportan posteriormente sobre el tema en que estamos, son cuatro citas en las cuales se menciona a Marcos y que analizaremos más adelante. Se encuentran en Colosenses 4:10, 2ª. Timoteo 4:11, Filemón 24 y 1ª. Pedro 5:13. Todas ellas corresponden a fechas que debemos ubicar a unos diez o más años después de la separación de Pablo y Bernabé.

Sobre lo que sucedió con Marcos durante ese largo período de tiempo no tenemos ninguna información concreta. Por lo tanto, lo que va en los párrafos siguientes se basa en deducciones nuestras. Aunque las consideramos lógicas y razonables, no por eso dejamos de apreciar que algunos podrían estar en desacuerdo y no aceptarlas como correctas. De todos modos, las presentamos bajo ese calificativo de conclusiones personales, no pudiendo confirmarlas con un expreso asidero bíblico.

Al marchar acompañado solamente por Marcos, Bernabé salió en inferioridad de condiciones en comparación con Pablo, que llevaba a su lado a un hombre de la talla de Silas, además de Lucas que también iba con ellos, y Timoteo que se agregó a ellos más tarde.

Creemos que aparte de la tarea de seguir propagando el evangelio, a Bernabé se le debe haber presentado otra, también importante, aunque de carácter muy distinto: la de lograr la maduración y restauración de Marcos.

El primer concepto – el de la maduración – creemos que está implícito en su juventud y en la falta de los quilates necesarios, según la apreciación de Pablo, que por nuestra parte consideramos correcta. Había que alimentarlo y madurarlo, lo que sin duda llevaría tiempo.

El segundo aspecto – el de la restauración – lo entresacamos en base a deducciones y conclusiones personales, como ya hemos dicho.

Al marchar con Bernabé sin Pablo, dos cosas tienen que haberlo afectado inevitablemente a Marcos.

La una, el sentirse en alguna manera culpable de la separación de esos dos siervos, que habían sido anteriormente camaradas entrañables en el ministerio, tanto en la labor local en la ejemplar iglesia de Antioquía, como en las memorables jornadas del primer viaje misionero.

La otra, más grave y delicada todavía, la de saberse desaprobado por un hombre de la autoridad y calibre del apóstol Pablo.

No nos parece nada aventurado estimar que estos dos factores tienen que haber socavado seriamente su moral y su espíritu. Y esto daría lugar a un decaimiento espiritual, no de quien se aleja del Señor, cae en el pecado o se va al mundo, sino otra muy distinta pero igualmente dolorosa y perjudicial.

Se trata del que ha perdido la confianza en su valía y capacidad, y aun tal vez en la validez de su llamado, a lo que habría que agregar en este caso, por lo menos una cierta medida de culpabilidad por lo ya explicado en el primer punto. En situaciones como ésta, como regla general la terapia es lenta – necesita tiempo, y también a menudo la tutela de un siervo experimentado que reúna las cualidades de sabiduría,

paciencia, tierna comprensión y amor, equilibradas con la debida firmeza y perseverancia cuando correspondan.

Todo esto de cara al que, embarcado tempranamente en el ministerio y con mucho entusiasmo y optimismo, se encuentra a posteriori con contratiempos y engaños que lo debilitan y desmoralizan. Si bien algunos podrán pensar que tal vez poco o nada de esto le acaeció a Juan Marcos, resulta incuestionable por otra parte que en la práctica con frecuencia se dan casos semejantes.

¿Cómo tratar con siervos o siervas que se encuentran en ese estado?

En primer lugar es necesario ganarse su confianza. Para lograr esto, básicamente es preciso que vean en uno una auténtica capacidad y madurez para ayudarles, a la par que verdadero amor y comprensión. Además, por supuesto que necesitan poder confiar en forma absoluta que se ha de guardar en total confidencialidad cuanto compartan de índole personal e íntima.

Alentarlos en una manera meramente humana y bondadosa puede muy bien resultar contraproducente. El hacerlo así podría ir contra el trato de Dios para con ellos, destinado quizá a llevarlos a un quebrantamiento total – a una bancarrota absoluta en cuanto a sus propios recursos – a un “tocar fondo” de verdad, al cual no han llegado todavía.

De manera que la percepción del rumbo por el que va el Espíritu en sus vidas será de suma importancia, para poder así acompañarse con él en la consejería.

El aliento superficial – “Ánimo, que ya irán mejor las cosas.” – o los halagos psicológicos – “Tú tienes que convencerte a ti mismo de que en realidad vales y olvidar los fracasos del pasado.” – desde luego que no corresponden y de poco o nada servirán.

En cambio, en una línea netamente espiritual, se habrá de brindar el estímulo necesario, pero equilibrándolo con la debida firmeza para procurar que se plasmen las virtudes del amor al Señor como motivación principal de todo servicio, de la fe no fingida, un carácter sufrido en las dificultades, y en manera especial una humildad genuina. Esta última responde a que en muchas ocasiones, jóvenes que prometían mucho para el futuro pueden fácilmente haber llegado a sobrevalorarse y envanecerse, lo que a la postre los convirtió en fácil presa del enemigo.

Así, parte del proceso recuperativo y de maduración, será llevarlos a deponer sus grandes ideas de sí mismos y a medirse con cordura, según los logros muy escasos obtenidos hasta el presente.

Y esto también habrá de templarse con animarlos al trabajo abnegado y que no busca figurar o descollar a la vista de los demás, en la seguridad de que a su debido tiempo, el mismo Señor los ha de premiar con el aliciente de progresos sólidos, y los primeros indicios de buenos resultados en sus labores para Él.

Aun cuando desconocemos detalles concretos de la forma y dirección que llevarían las exhortaciones, advertencias y consejos de Bernabé a Juan Marcos, no nos cabe duda que se los debe haber brindado en abundancia, valiéndose del rico caudal acumulado en sus años de experiencia ministerial. Paralelamente a esto, su vida, indudablemente ejemplar e intachable, debe haber servido a Juan Marcos para modelar la suya, y la consecuencia natural de todo esto fue que, pasado ese período que estimamos de unos diez años aproximadamente - y tal vez mucho antes - su inmadurez y demás problemas ya estaban superados.

De esto felizmente tenemos fehacientes constancias en las Escrituras. Veamos los versículos en que hallamos alusiones posteriores a él:

“La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os saludan.” (1ª. Pedro 5:13).

Aquí lo encontramos unos buenos años más tarde, no más con Bernabé su tío, sino con Pedro, el primer apóstol, con quien, como ya dijimos, en la etapa inicial o temprana de su vida cristiana había tenido una relación cercana. Al llamarlo “mi hijo” Pedro está infiriendo que esa estrecha relación continuaba latente, y se estima por otra parte que al estar juntos en este punto de tiempo, fue muy posiblemente cuando Pedro le proporcionó la información y detalles sobre la vida y ministerio del Señor Jesús que le sirvieron más tarde para escribir el evangelio que lleva su nombre.

“Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio.” (2ª. Timoteo 4:11)

Bien podemos imaginarlo a Timoteo, tras recibir este encargo de Pablo, ir presuntamente adonde se alojaba Marcos – donde quiera que haya sido – para golpear a la puerta.

“¿Quién es?”, preguntaría Marcos.

“Soy Timoteo, querido hermano – abre pronto que tengo una hermosa noticia para ti.”

Y después de abrir y que se diesen el consabido abrazo fraternal, la pronta y ávida pregunta:

“¿Y cuál es la hermosa noticia?”

“Pues acabo de recibir una misiva de Pablo, con un recado especial para ti.”

“¿Para mí? ¿Y qué podrá ser?”, con voz y respiración propias de quien está muy en suspenso.

“Pues tienes que preparar tu maleta y venirme conmigo adonde está él”.

“¿Estás seguro? ¿No habrás leído mal?”, costándole creer lo que acababa de oír.

“Segurísimo. Mira, aquí está – clarísimo y de su propio puño y letra. Y además debe ser que siente que te necesita, porque agrega que le eres útil para el ministerio.”

Tal vez con lágrimas en los ojos, Marcos mismo lo lee, y lleno de gratitud, nueva ilusión y ganas de vivir, amar y servir, concreta los detalles para partir con Timoteo cuanto antes.

“El hombre que me veía inepto e indigno de ir a la primera línea de combate, ahora me ve distinto – útil, apto y digno de estar a su lado en el maravilloso servicio para el Maestro.”

“¡Qué dicha! Puedo decir con toda verdad, querido Timoteo, que hoy es el día más feliz de mi vida.”

Y así, valiéndose de la ministración sabia y madura de Bernabé, quizá también de Pedro, y en respuesta seguramente a las oraciones fervientes de muchos otros, el Dios y gran restaurador de todas las cosas, nos brinda esta singular perla de un Juan Marcos plenamente recuperado, en la brecha y al pie del cañón, para servir y luchar noblemente por la gloriosa causa del evangelio y el reino de Dios.

¡Cuántos Juan Marcos hay en la actualidad que necesitan salir de su desánimo y apocamiento espiritual, para ponerse en pie plenamente y seguir en su marcha y servicio con fervor y firmeza!

¿Eres tú uno de ellos, querido lector?

Oro con fe y fervor que de serlo, el Espíritu Santo se digne usar estas páginas para tocar en lo más hondo, y renovar y revolucionar tu vida de verdad. Amén.

Aún no hemos terminado. Todavía nos faltan unos párrafos para redondear el capítulo.

En Filemón 24 lo encontramos entre los colaboradores y consiervos de Pablo que mandan saludos fraternales. El ahora anciano apóstol está otra vez preso, y entre los que le acompañan, apoyan y ministran, está Juan Marcos, no como un gigante sobresaliente como quizá pensó cuando era joven que llegaría a ser, pero sí como un siervo aprobado, fiel y útil en la tarea más noble que puede haber en la vida: servir, junto a muchos otros más, al Rey de reyes y Señor de señores.

A todo esto, el mismo Espíritu Santo ha querido agregar Su propio sello aprobatorio, implícito pero muy elocuente. En la inspiración y redacción del sagrado libro del que es Autor, ha visto bien darle cabida a la pluma de Juan Marcos, para dejarnos a través de él una de las cuatro biografías de nuestro amado Maestro.

Cada vez que leas en el segundo evangelio, piensa en la gracia que maduró y restauró con tanta maestría la vida de su autor – y por fe, apropia esa gracia para ti mismo.

Demas – la otra cara de la moneda.-

Aunque podrá parecer un anti-clímax, será oportuno que ahora hablemos de *Demas*.

Tres son las citas en que figura su nombre en el Nuevo Testamento.

En Colosenses 4:14 Pablo lo menciona como uno que manda saludos y en Filemón 24 en la misma manera lo incluye entre varios más. Llama la atención ver que, mientras de muchos otros como Lucas, Epafras, Timoteo, Tito, Marcos y Tíquico, aquí y allá van palabras de elogio y aprecio de sus virtudes, nada de eso hallamos en cuanto a Demas – sólo aparece su nombre listado, eso sí, como uno de sus colaboradores, en la cita de Filemón 24.

Esto nos hace pensar que Pablo tenía sus reservas en cuanto a él, pero naturalmente no las compartía en sus epístolas.

Finalmente en 2ª. Timoteo 4:10 nos encontramos con la cruda realidad:

“Demas me ha desamparado, amando este mundo...”

El que ha estado junto al gran apóstol, visto su vida irreprochable saturada de nobleza y pasión santa, y que destilaba la presencia de Dios en todo momento, y sin embargo... triste decirlo, pero su corazón estaba lejos de todo eso, en las luces y los placeres engañosos de este mundo.

Esto desde luego que no es para traer condenación sobre ninguno ni hacerle pensar a nadie que tiene “un espíritu de Demas”, ni nada de eso. Pero sí para dar una solemne nota de advertencia: que nos cuidemos todos de llevar bien adentro la realidad latente de la vida cristiana, y de una relación viva y auténtica con el Dios Padre, que busca *verdaderos* adoradores que le adoren en espíritu y verdad.

Es muy posible tener la mecánica, la doctrina y el estilo – tal vez en vida comunitaria o de iglesia, vivir de la fe y la comunión de los demás – sin tenerlas como algo propio, muy de uno mismo.

Cerciórate bien, con la iluminación del Espíritu Santo y de la palabra de verdad, de que tú, querido lector, eres de los legítimos, de los verdaderos que el Padre está buscando.

Que toda nota falsa, ya sea de apariencia o imitación de los demás, desaparezca de tu vida, y el Padre encuentre también en ti un hijo de verdad, que le honra, sirve y adora como Él lo desea y se lo merece. Amén.

----- () -----

CAPÍTULO IV– LA IGLESIA DE CORINTO

Prevenir para no tener que curar

Pasamos ahora a otro nivel de restauración: el colectivo o de iglesia.

Digamos en primer lugar que todo lo anterior forma una base, más que importante, imprescindible, para lo que ha de seguir, pues resulta obvio que para que una recuperación conjunta tenga efecto, es totalmente imperativo que la misma se plasme en forma individual en los miembros de la congregación o iglesia local afectada. Y esto se aplica en forma particular a el o los responsables del liderazgo, que inevitablemente fijan el rumbo que habrán de seguir los demás.

Tenemos un buen número de ejemplos de iglesias del Nuevo Testamento que sufrieron una decadencia espiritual, cada una con causas, síntomas y matices distintos, todos ellos bien puntualizados. Asimismo las Escrituras nos dan el consejo o la receta indicada para cada caso. Para las iglesias de Corinto y Galacia, a través de la pluma de Pablo, mientras que para las del Asia Menor abarcadas en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis, de la misma boca del Señor resucitado y ascendido, dictadas a Su siervo Juan cuando estaba en la isla de Patmos por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesús.

Empero nos encontramos con un escollo al cual ya nos hemos referido al principio del capítulo I: el hecho de que en el Nuevo Testamento prácticamente no contamos con constancias expresas y detalladas de la recuperación de ninguna de estas iglesias, aun cuando, como ya dijimos, esto no supone en ninguna forma que no la hayan tenido.

Dentro de lo posible, trataremos de superar esta falta, siempre que sea factible y razonable, por la vía de la deducción y también, valiéndonos en algo del gran caudal de experiencia práctica que nos proporciona la iglesia en sí en el presente.

Por otra parte, debemos estar muy agradecidos al Señor por el rico legado que tenemos en el libro de Los Hechos, en las epístolas y en la parte inicial del Apocalipsis. En ellos encontramos un gran abanico de verdades de las más variadas, sobre las fuerzas y factores que se infiltran en la vida de las iglesias para debilitarlas y dejarlas en decadencia, y a veces hasta muy maltrechas y diezgadas.

Aun cuando la expresión o manifestación *externa* de estas fuerzas y factores sea muy distinta en la actualidad, en esencia los principios latentes que operan son iguales, aunque podríamos decir, en la versión o con las vestiduras de los siglos XX y XXI.

Asimismo debemos agradecer el hecho de que las mismas Escrituras nos brindan amplio material también sobre el consejo divino para remediar tales situaciones. Además hay algo que puede ser de mucho provecho: iglesias de la actualidad que todavía no se hallan afectadas por fuerzas o factores debilitantes y nocivos, pueden beneficiarse enormemente del estudio de las dificultades y problemas de las iglesias neo-testamentarias, tomando cuidadosa nota de ellos, para estar vigilantes, e incluso tomar precauciones concretas contra esa clase de situaciones.

Sobre este último aspecto en algunos casos hemos de abundar bastante, teniendo presente el muy conocido adagio que nos dice que *vale más prevenir que curar*. Sobretudo teniendo en cuenta que algunos males generalmente acarrear consecuencias muy serias y a veces, si no imposibles, sí muy difíciles de remediar.

Pues bien, entrando en materia, la iglesia de los corintios fue fundada en el segundo viaje misionero de Pablo, que fue el padre espiritual de ella, aunque justo es decirlo, con el muy valioso apoyo de Silas (también llamado Silvano) y Timoteo.

Su caso no puede clasificarse en forma precisa como el de una iglesia de esplendor inicial, posteriormente venida a menos. Aunque en un principio sin duda debe haber habido la hermosa sencillez del primer amor de los recién convertidos, la verdad es que, según el mismo Pablo lo señala en 1^a. Corintios 3:1-4, no habían crecido y mucho menos madurado, quedando en condición de niños, o bebés o criaturas en la tierna infancia, según otras versiones. Y esto, a pesar de haber estado Pablo entre ellos, enseñando y exhortándoles, por lo menos por el espacio de dos buenos años. (Los Hechos 18:11 y 18)

Las dificultades porque atravesaban los corintios eran muy variadas y presentaban un cuadro que en algunos sentidos resultaba lamentable. Sin embargo, debemos darle gracias al Señor que en Su sabiduría las haya hecho figurar en las Escrituras, y junto con ellas los comentarios, exhortaciones y consejos tan instructivos y prácticos que se nos dan a través de la pluma sabia y fecunda del apóstol Pablo. Desde luego que han tenido y siguen teniendo mucha aplicación en innumerables situaciones de iglesias de todos los tiempos.

Divisiones internas en cuanto a diferentes ministerios.-

El primer problema que acomete en su primer epístola a ellos es el de las divisiones que había entre ellos. Las llamamos *internas* porque seguían reuniéndose juntos y no había un grupo que había salido en disidencia para formar una iglesia aparte, como tantas veces ha sucedido en siglos posteriores y, lamentablemente, continúa sucediendo hasta el día de hoy.

La verdad es que en las iglesias del Nuevo Testamento, con los muchos problemas y dificultades que afectaban a un buen número de ellas, en ningún caso encontramos constancia de una marcha en división de una parte de sus miembros, para abrir una nueva iglesia, independiente y separada de la de origen.

Quizá haya incidido para ello el hecho de que en general se encontraban en una época de persecución, lo que las movía a permanecer unidas para seguir formando un frente común.

El tipo de división en este caso era en cuanto a ministerios distintos que habían trabajado entre ellos, entendiéndose que posiblemente Cefas (Pedro) los haya visitado, aunque también es posible que la inclinación hacia él haya procedido de informes recibidos de su persona y los milagros que había hecho el Señor a través de él.

A algunos les podrán llamar la atención las palabras “...y yo de Cristo” al final del versículo 12 del primer capítulo. No está bien decir que uno es de Pablo, o de Apolos o de Cefas, pero ¿por qué no que uno es de Cristo? ¿Acaso no somos de Cristo todos los redimidos?

Sí, es verdad que lo somos, pero notemos que Pablo usa el singular, no el plural. Se trata de la persona que afirma ser ella misma de Cristo, pero con la insinuación tácita y muy venenosa de que los otros – por más que se congregan con uno y digan ser hermanos – en realidad quizá no lo sean. Hemos conocido casos y situaciones de

esta índole, comprobando el aire de superioridad y orgullo espiritual que llevan en sí, como así también su tremendo poder nocivo y divisivo.

Uno decía ser de Pablo, otro de Apolos, otro de Cefas. No hay duda de que cuando hay pluralidad de ministerios, el uno alcanza, toca o bendice a algunos más que a otros, y éstos últimos a su vez se sienten más impactados o bendecidos por otro distinto.

Esto se puede deber a buenas razones, como por ejemplo que un determinado siervo, con el don que ha recibido, sea eficaz para una necesidad expresa de algunos, mientras que otro, con un caudal igualmente rico pero diferente, resulte de más provecho para otros con necesidades distintas.

Se puede deber también a razones no tan sanas, como el sentir un atractivo especial pero no verdaderamente espiritual hacia aspectos tales como una mayor elocuencia, o un estilo de presentación que irradie simpatía y buen humor. Además de esto puede ser que el ministerio del otro no gusta porque toca puntos débiles, poniendo el dedo en la llaga en lugares donde alguno o algunos no están dispuestos a ceder, obedecer o dejarse humillar y tratar por el Señor.

En el caso de los corintios, muy posiblemente había los que favorecían a Apolos por la elocuencia que denotaba, en contraste con la sencillez y el lenguaje llano y desprovisto de retórica que usaba Pablo, según su deliberada intención, expresada en el capítulo 2, versículos 1 a 5. Lo cierto es que al afirmar ante los demás cada uno su preferencia, daban muestras de clara inmadurez, creando un ambiente de comparaciones y aun de posible enfrentamiento de ministerios, muy perjudicial para la salud de la iglesia.

La conclusión a que nos lleva todo esto es que siempre ha de ser aconsejable enseñar a los integrantes de la congregación a reconocer que hay variedad en los ministerios, y si uno les resulta de más edificación que otro, no despreciar a este último, teniendo en cuenta que es muy posible que para otros sea de provecho, e incluso más que el primero. Y desde luego que se debe dejar muy claro que no se deben afirmar ante los demás las preferencias personales, ni tampoco hacer comparaciones indebidas, poniendo al uno por encima del otro y vice-versa.

Claro está que hay ministerios sobresalientes – generalmente translocales – por los cuales todos sin excepción se sienten bendecidos. Éstos no presentan ese tipo de problema, pero a veces, sin que sea su culpa en lo más mínimo, crean otra dificultad muy distinta.

¿Cuál?

Que el pastor o los ministerios locales, por una sensibilidad excesiva, se sientan menoscabados o como el pobre que se le tiene siempre, ante las loas unánimes de toda la iglesia expresadas hacia el ministerio que los visita, en forma quizá demasiado efusiva para el gusto de ellos.

En un sentido, estas cosas no dejan de ser pequeñeces o niñerías carnales, pero sin embargo, en la práctica con frecuencia originan situaciones de desavenencia o conflicto. Conviene pues tenerlo todo en consideración para evitar tales situaciones.

Es bueno y enriquecedor que la iglesia local se nutra no sólo de sus propios ministerios, sino también de otros nacionales e internacionales. Pero en cuanto a estos últimos, debe haber moderación y sabiduría.

La visita de muchos o demasiados ministerios de afuera puede ser desestabilizante y perjudicial. La razón se encuentra en que en muchas ocasiones traerán énfasis o líneas diferentes, que fácilmente podrían desviar a la iglesia de la directriz y el rumbo que, por la guía del Señor, le había marcado su liderazgo.

La función correcta de un ministerio que visita a una iglesia se reconoce fácilmente a través de varios factores, a saber:

1) *Sobreedifica*, lo que presupone el apoyo y respeto debido al fundamento y la edificación ya existentes. Lamentablemente hay los que los socavan o debilitan, sembrando dudas en la congregación sobre sus bases o la forma en que se desenvuelve.

2) *Respeto total al liderazgo de la iglesia*, sea éste en singular o plural. A veces por su juventud, o por ser muy pequeña la membresía u otras razones, se lo desprecia. Lejos de ello, el siervo verdaderamente enviado por el Señor, tendrá una actitud de amor, comprensión y estímulo.

A veces la falta de respeto se manifiesta en no tener presente el sacrificio y trabajo laborioso de años por parte del pastor o los siervos locales. Se podrá por ejemplo advertir que algunos miembros tienen todavía muchas necesidades espirituales, o dan muestras de clara inmadurez, y ante ello mostrar un espíritu de crítica y desprecio. Bien haría saber el estado en que anteriormente se encontraban – tal vez sumidos en el alcoholismo, o de un trasfondo muy bajo y malo – y ¡cuántas horas y viglias se han invertido para sacarlos de esos abismos y llevarlos hasta donde están ahora! – no en la cumbre ni nada por el estilo, pero sí mucho, mucho mejor que antes.

3) *Nunca se debe tratar de captar en manera especial la simpatía y el aprecio de los miembros de la iglesia en detrimento de su lealtad y apoyo a sus líderes locales*. Y mucho menos atraerlos hacia otras labores, actividades o retiros, ajenos a la vida de su propia iglesia.

4) *Se debe tener muy claro que el hecho de que se les cede el púlpito y el poder entrar en las labores de otros, no los coloca por encima de la iglesia o de su liderazgo* – antes bien, al entrar en la parcela o jurisdicción ajena, deberán estar sometidos y acatar las indicaciones que se le hagan – todo esto, por supuesto, en un marco de cortesía, amor y respeto mutuo.

5) *Aconsejar cuando se les consulta sobre problemas y dificultades, pero sin inmiscuirse en el orden interno ni con los miembros*, salvo para consejería y por el pedido y con la aprobación del pastor o los líderes. Después de hacerlo, siempre que sea posible, es aconsejable informar al liderazgo sobre el consejo o la ministración dada.

6) *Finalmente, el sello distintivo y aprobatorio de un ministerio realmente enviado por Dios será que, sin saber de antemano la línea reciente o actual del ministerio en la iglesia local, traerá una ministración acorde e incluso coincidente, que vendrá a confirmar y reforzarla. Igualmente, sin estar enterado de posibles problemas por los cuales se está atravesando, a menudo dará consejos o exhortaciones en el ministerio de la palabra que encajen con absoluta precisión, y esto será evidente para el pastor o los líderes y la iglesia en general*.

Asimismo, como muestra adicional, con frecuencia quedará el fruto visible ya sea de nuevos convertidos, descarriados que se restauran, o miembros que han sido claramente bendecidos en un sentido u otro.

El siervo que trabaja en esta forma, aunque esté bien integrado en su iglesia base, tendrá, sin lugar a dudas, vínculos con congregaciones de muchas vertientes distintas dentro del Cuerpo de Cristo. Cada una de ellas tendrá seguramente los más diversos tonos y matices en cuanto a costumbres, orden interno, etc.

La palabra más larga del idioma castellano que conocemos es I-N-T-E-R-D-E-N-O-M-I-N-A-C-I-O-N-A-L-M-E-N-T-E, que tiene nada menos que 24 letras. Lo que nos mueve a puntualizar que para actuar correcta y fructíferamente en esa función, hace falta contar con un cúmulo de virtudes tales como el tacto, la discreción, flexibilidad, madurez, discernimiento, adaptabilidad, prudencia y muchas más que en total, con toda seguridad, alcanzan a las dos docenas de esta palabra maratoniana, y tal vez hasta las sobrepasen!

Siempre bajo el mismo subtítulo de divisiones, corresponde que señalemos ahora algunos puntos de importancia en cuanto a otra forma en que llegan ministerios de afuera a la iglesia local. Nos referimos a la gran profusión de *libros, cassettes, videos y retiros convocados por otras congregaciones u organizaciones*.

En el caso de los tres primeros, sabemos que, aparte de una gran abundancia, hay mucha variedad, y dentro de todo podemos decir sin temor a equivocarnos, que hay buenos, regulares y malos.

Aun los buenos pueden no venir en sazón. Por ejemplo, en una iglesia que está pasando por una etapa de fuerte arrepentimiento y purificación, pueden entrar a circular cintas magnéticas o videos con mucho hincapié en la alabanza, estando ésta encaminada al regocijo, a declararse más que vencedores en Cristo, o a olvidar toda preocupación y saltar de alegría.

Estas facetas son buenas en sí y a su tiempo, pero para el caso en cuestión resultan inoportunas y claramente contraproducentes.

El mejor consejo que podemos dar en cuanto a esto, es que dentro del ámbito de la iglesia funcione bajo la tutela de el o los dirigentes, un grupo de dos o tres personas con buen discernimiento espiritual. Las mismas tendrán el cometido de leer, escuchar o ver el material, examinando su contenido cuidadosamente, sobretodo lo que viene de fuentes que no sean bien conocidas como sanas y fiables.

Después de esto corresponderá recomendar lo que sea más indicado. Desde luego que en un plano normal no se puede *prohibir* lo que se considere que no proceda, so pena de caer en algo que se asemeje a una dictadura espiritual, pues esto a la larga traería descontento y malestar. En cambio, con sabiduría y tacto, en la forma y el momento más indicados, a veces será oportuno señalarlo como desaconsejable, dando o no las razones según corresponda – a veces a todos juntos y en general, y otras, a miembros determinados por separado.

Generalizando, el problema de tanto material con tanta variedad, y no todo sano u oportuno, es que puede echar *semillas que contienen un potencial divisivo*. Esto radica en sus tendencias o líneas directrices distintas, que a veces pueden incluso ser opuestas, y que comienzan a afectar la visión de diferentes miembros en formas muy dispares, pero escondidas para el pastor o los líderes, puesto que todo esto se va absorbiendo privadamente, en el hogar de cada uno, y cada cual con el material de su preferencia.

Más tarde, en un momento de tensión o crisis, esto muy bien podrá ser un factor poderoso para desencadenar una división, y es por lo tanto importante anticiparse a esta clase de peligros, tomando sabias y claras medidas preventivas.

Los retiros convocados fuera de la iglesia local pueden resultar de mucha bendición, pero también en no pocas ocasiones pueden acarrear problemas, y a veces, muy serios.

Lo correcto es que quienes los convocan hagan llegar la información a los pastores y no a determinados miembros de la iglesia en forma particular. Lamentablemente, con frecuencia se hace esto último, lo que supone una falta de ética al llegar a las ovejas sin contar con sus pastores. A veces se hace por ignorancia y a veces por conocerse a las ovejas y no a los pastores, pero de todos modos el buen gusto y respeto mutuo deberían indicar a los convocantes que no actúen en esa forma.

Canalizada la invitación a través del liderazgo, éste podrá considerar si es o no conveniente que se asista. En caso afirmativo, pero tratándose de un ministerio no conocido ni probado anteriormente, aun cuando venga bien recomendado, será aconsejable enviar a un líder con discernimiento espiritual para acompañar a los miembros asistentes, y asesorarlos y velar por ellos.

En otros casos, será prudente que vaya solamente un líder local maduro y de experiencia, o aun el mismo pastor, para sopesar debidamente las cosas, y decidir si en ocasiones futuras sería o no de beneficio que los miembros asistan.

Todo esto se hace recomendable y casi necesario, pues muchos son los casos en que la asistencia independiente o “a su aire” de un grupo de miembros, origina dificultades y hasta serios problemas. A veces el grupo de los asistentes puede volver muy encendido con un “nueva visión” y querer propagarla en seguida, actuando con altivez, con aires de superioridad, y hasta despreciando al pastor por no saber o entender nada de la *gran novedad* que ellos han absorbido.

En otras ocasiones, sin llegar a esos extremos, lo recibido en el retiro, por ser en una dirección muy distinta de la que lleva la iglesia, puede tener un efecto desestabilizante, e igualmente contener semillas potenciales de desavenencias con los que no han asistido.

Resumiendo, lo ideal en todo esto será que, dentro de una cierta flexibilidad, todos los miembros de la iglesia local *coman a la misma mesa y se alimenten de la misma comida*, lo cual habrá de propender a una sana uniformidad y armonía.

Habrà casos en que el pastor o los líderes asistan, ya sea solos o acompañados por el grueso de la congregación, pero algunos de los miembros no lo puedan hacer. En tales situaciones, de haberse recibido bendición, la misma podrá a su debido tiempo transmitirse a los que no pudieron ir, pues será por la vía correcta de la dirección de la iglesia y no sin contar con ella.

Se debe tener muy claro que esta última alternativa – la de algo que se introduzca en la iglesia, pero a espaldas de su dirección o prescindiendo en una forma u otra de ella - lesiona uno de los principios más importantes en la edificación de la iglesia: el del respeto al liderazgo, o sea el entrar correctamente “por la puerta”, y no “por la ventana”. Aunque en un principio el obrar en esa forma incorrecta pueda traer algunos beneficios aparentes, a la larga se comprobará casi siempre que el saldo final será perjudicial, y a veces en sumo grado.

Cuando se reciban visitas de otros ministerios, es aconsejable que el liderazgo de la iglesia esté presente. Esto responde a la necesidad de que actúe como la criba,

que deja pasar lo bueno y provechoso, y retiene todo lo que pudiese ser paja o sencillamente inoportuno para el momento que atraviesa la iglesia.

Así, en el orden de Dios, lo bueno y provechoso beneficiará al liderazgo y fluirá a través de él al resto de la congregación. Asimismo, *con su sola presencia*, con la autoridad recibida del Señor para su propia parcela, impedirán que lo desaconsejable o impropio se transmita a la grey, en virtud de la criba que suponen, según lo expresado más arriba.

Como verá el lector, nos hemos extendido considerablemente sobre el tema de las divisiones, ¡y esto bajo un solo aspecto! - el de ministerios de afuera y la forma en que pueden afectar para bien o para mal.

Quienes estén en el teje y maneje de estas cosas, liderando iglesias locales y procurando llevarlas adelante en unidad y sobre bases firmes, estarán bien compenetrados de que se trata de una problemática de candente actualidad. Confiamos que los comentarios y consejos emitidos resulten de utilidad y provecho.

Falta de crecimiento – niños o criaturas en la tierna infancia.-

Éste es un problema totalmente distinto, aun cuando Pablo lo vincula en alguna forma con el anterior, al expresar que una de las muestras de niñez o falta de desarrollo son las *disensiones*.

“...pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones ¿no sois carnales, y andáis como hombres?” (1^a. Corintios 3:3).

La vinculación que establece Pablo es en realidad muy lógica, y casi diríamos inevitable. La sencilla razón es que las divisiones o disensiones constituyen una de las muchas obras de la carne (ver Gálatas 5:19-20), y la falta de desarrollo, o sea estancarse en el estado de infancia espiritual, significa ser una persona carnal, es decir regida por la mentalidad y los apetitos carnales.

Conviene aclarar que el estado de la niñez o tierna infancia a que se refiere Pablo aquí, no se debe a la edad de uno, ni a llevar poco tiempo en el evangelio, ni tampoco a ser una persona de poca intelectualidad o cultura. En cambio, se trata de quienes, habiendo respondido al mensaje de salvación y entrado en una experiencia de perdón y de vida - pero esto último solamente en un grado muy elemental - no han podido o sabido progresar, traspasando las fronteras de su vida anterior, egoísta y terrenal.

Esto se puede deber a que no se les haya impartido la enseñanza adecuada. Es decir, la de un camino que por un lado les da todo cuanto necesitan para su nueva vida en forma gratuita, pero por el otro les exige corresponder al amor divino que han experimentado, brindándose de lleno para servir al Señor en una entrega total de sus vidas. Claro está que no era éste el caso en Corinto

Si bien se encuentra en el Antiguo Testamento, el pasaje de Isaías 28:9-13 nos habla mucho en ese sentido. Lo citamos en parte:

“¿A quién se enseñará ciencia, o a quién se hará entender doctrina? A los destetados, a los arrancados de los pechos”. (estas dos últimas frases, sin signo de interrogación, sino como respuesta, según otras versiones.)

“...a los cuales él dijo: Éste es el reposo; dad reposo al cansado...mas no quisieron oír.”

“La palabra, pues, de Jehová les será mandamiento tras mandamiento...un poquito allí, otro poquito allá; hasta que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, enlazados y presos.”

Vemos con claridad la estrecha relación entre verdaderamente entender el camino y el ser destetado o arrancado de los pechos. Lo que marca la bifurcación entre quienes en verdad lo comprenden y lo abrazan, y los que no lo hacen, es la respuesta que se da a la exhortación de entrar en el reposo – no en el de ser atendido y mimado por los demás, sino en servir, en el brindarse generosamente para con el cansado y agobiado.

Quienes rehusan hacerlo, quedan en esa condición de niños mimados y malcriados, cada uno requiriendo su dieta infantil particular. Casi podemos imaginar a un pastor atendiéndolos cándidamente:

¿A ti como te gusta el biberón? Ah, sí – ya lo sé – con almíbar y tibiecito ¿verdad?

¿Y a ti?... ahora recuerdo – con miel y bien calentito ¿no es cierto?

Y tú estabas con sopita y papilla, pero muy suavecitas...¿verdad?

Algo de esto se insinúa en las palabras “renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá”...

Suena muy bonito – casi dirían algunos “muy espiritual”, pero ¿cuál es el fin a que conduce?

“...hasta que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, enlazados y presos.”

Una palabra muy fuerte y terrible, pero no puede ser otro el fin de quienes se atrincheran en su egoísmo y deseo de beneficiarse a sí mismos, y se niegan a prodigarse en servir y ayudar a los demás por el esfuerzo o sacrificio que podría significar.

Nos hemos referido más arriba a situaciones en que no se da la enseñanza adecuada a los fines de un sano desarrollo. Ciertamente es que en no pocas ocasiones, almas que se encuentran en esa situación, sin el alimento sólido que necesitan, se sienten desnutridas, anhelan más y se van a otros rediles donde lo puedan recibir. No obstante, los que no lo hacen quedan estancados, y a menos que se produzca un vuelco imprevisto en sus vidas e iglesias, seguirán así como niños espirituales, a menudo malcriados y viviendo en problemas y creándolos a los demás.

Como ya adelantamos anteriormente, éste no era el caso de los corintios. Aun cuando Pablo dice que les había dado leche y no vianda, la razón no era por supuesto que él no quería o que no sabía darles esta última, sino que percibía claramente que no eran, ni en un principio, ni tiempo después, al escribirles la primera epístola, capaces de recibirla y asimilarla. (1ª. Corintios 3:2)

Esto nos lleva a una verdad importante que debemos enfrentar. Así como en lo natural hay criaturas de un desarrollo más lento que lo normal, lo mismo sucede en lo espiritual, y en un porcentaje mayor.

En Corinto la gran mayoría de la iglesia era así, aunque si leemos con cuidado veremos que había algunas honrosas excepciones, como Sóstenes, Estéfanos, Fortunato y Acaico (1:1 y 16:15-18).

¿Qué hacer en casos como éstos?

No podemos pensar en otro tratamiento que el que Pablo les da, y que encontramos claramente delineado en sus dos epístolas a ellos, sobretudoo la primera.

En ella vemos, como reflejo de esa carnalidad y falta de desarrollo, una serie de problemas, faltas y pecados, algunos de ellos groseros y lamentables. Pues bien, con una acertada combinación de bondad y paciencia por un lado, y firmeza y verdad por el otro, Pablo les va mostrando dónde han fallado, a la par que corrigiéndolos les señala el rumbo correcto que deben seguir.

Las vívidas constancias de los problemas y dificultades de los corintios, junto con la inspirada, veraz y rica enseñanza del apóstol acerca de cómo sanear y superarlos, constituyen desde luego un legado y un modelo valiosísimo para la iglesia de todos los tiempos.

Un punto que conviene destacar en este terreno de creyentes subdesarrollados, es que muchas veces se encuentra en ellos, aunque a veces solo sea perceptible para los que tienen madurez y discernimiento, un sutil ingrediente de vanidad. Veamos:

“Así que, ninguno se gloríe en los hombres...” (3:21).

“...lo he presentado como ejemplo en mí y en Apolos... no sea que por causa de uno, os envanezcáis unos contra otros...” (4:6).

“Mas algunos están envanecidos, como si yo nunca hubiese de ir a vosotros.” (4:18).

Vemos la sutileza que había en esta comparación carnal de ministerios. No sólo se trataba de poner al siervo de la preferencia de uno por encima de los otros, sino de conceptuarse a sí mismo el que lo hacía por encima de los que pensaban de otra forma.

Lo cual nos lleva a la conclusión de que hay en esto una triste ironía: algunos niños espirituales podrán quedarse cortos o estancarse en cuanto a los verdaderos valores de la vida cristiana, pero cuando se trata de medirse a sí mismos ¡por cierto que no se quedan cortos!

Sólo el trato personal de Dios con quienes se someten a la disciplina del Espíritu, puede actuar eficazmente para quitarles los “humitos” que se les han ido a la cabeza, y hacerles verse en su verdadera dimensión de muy pequeñitos, que todavía tienen mucho que andar y aprender.

No obstante, la exhortación de Pablo en Gálatas 6:3-4, ya citada anteriormente, nunca estará demás:

“Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña.

Así que, cada uno someta a prueba su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse sólo respecto de sí mismo, y no en otro.”

Los ejemplos de Isaac, Samuel y Saulo de Tarso.-

Añadimos brevemente sobre el tema:

“Y creció el niño, y fue destetado; e hizo Abraham gran banquete el día que fue destetado Isaac.” (Génesis 21:8)

Para Abraham era tan importante y tan bueno que Isaac fuese destetado, que decidió celebrarlo con un gran banquete, como muestra de su enorme beneplácito.

Podemos inferir de esto la alegría que le damos a nuestro Padre Celestial cuando somos arrancados de los pechos. De ahí en más seremos capaces de ingerir y asi-

milar el manjar sólido, que habrá de fortalecer nuestro organismo espiritual y llevarnos gradualmente a una niñez sana y robusta, para seguir luego en una adolescencia feliz y alcanzar la mayoría de edad, con ese grado de personas maduras, fiables y responsables.

Por el contrario, así como los padres de un niño subnormal o sencillamente atrasado en su desarrollo sufren muchísimo quebranto por él – de la misma manera nuestro Padre que está en los cielos padece por hijos Suyos que se quedan indebidamente en pañales, y van dejando suciedad y mal olor con su conducta carnal e irresponsable.

“Y se quedó la mujer, y crió a su hijo hasta que lo destetó.

Después que lo hubo destetado...lo trajo a la casa de Jehová en Silo;

Y ella dijo...todos los días que viva, será de Jehová.” (1 Samuel 1:23b, 24, 26^a y 28)

Estas Escrituras, referidas al niño Samuel, nos dan la señal inequívoca de una vida que deja atrás la tierna infancia y la niñez espiritual. La edad en función del tiempo transcurrido desde la conversión no es el factor determinante, sino el haber comprendido y abrazado plenamente esta verdad básica: que uno ya no es ni está para sí mismo, sino que su vida de ahora en más sólo tiene un fin primordial, que es servir al Señor y estar en completa disponibilidad para hacer Su voluntad cada día.

Aunque no lo parezca a primera vista, cuando esto penetra debidamente y en toda su amplitud y profundidad en la conciencia y en la voluntad de un cristiano, muchos de los problemas de niñerías, celos, chismes, protestas, pereza, tibieza y demás, desaparecen. Y esto no puede ser de otra manera, pues *la voluntad divina para cada uno de nosotros nada tiene que ver con esas cosas.*

Saulo de Tarso, como se lo llamaba entonces, abrazó esto de lleno y de inmediato cuando, al aparecérselo el Señor Jesús en el camino a Damasco y saber en verdad quién era, le dijo:

“Señor, ¿qué quieres que yo haga?” – poniéndose desde ese primer momento incondicionalmente a Su entera disposición.

Desde luego que todavía tenía que aprender y desaprender mucho, pero esa entrega absoluta de su ser le puso desde un principio un fundamento muy firme para todo el resto de su vida. Y naturalmente, esa misma entrega absoluta, después de todo, era y es la única forma racional y coherente de corresponder al que tanto nos ha amado, al extremo de haberse dado por entero por nosotros.

Inmoralidad.-

El caso de fornicación del cual trata el capítulo 5 de 1^a. Corintios, constituye desde luego una página muy triste en los anales de la iglesia primitiva. Bien podemos comprender la angustia del corazón de Pablo y las muchas lágrimas con que les escribió, al enterarse de lo que había acaecido: que uno de ellos había tomado la mujer de su propio padre.

Para un hombre de conducta y trayectoria tan intachable, debe haber sido muy doloroso que un miembro de esa iglesia que él había engendrado en Corinto hubiese caído tan bajo. Como agravante, el grueso de la iglesia, con mucha insensibilidad,

parecía no estar consciente de la gravedad de lo sucedido. Por el contrario, estaban envanecidos, tal vez pensando, con muchísimo desatino, que era un caso notable de libertad cristiana.

El capítulo 5 a que nos referimos, figura en el Nuevo Testamento para dar a la iglesia de todos los tiempos, otra vez por la pluma tan fecunda de Pablo, el consejo divino para casos semejantes. Abarca no solamente la fornicación, sino también la avaricia y la idolatría, como así también el ser maldiciente, borracho o ladrón. Y podemos agregar, por extensión, toda forma de pecado grosero y abierto que comprometa el testimonio ante el mundo inconverso que nos rodea.

Básicamente, este consejo supone la disciplina y el separar de la comunión a el o los responsables. En la práctica, esto se hace mucho menos de lo que se debería, por diversas causas.

A veces, por lo delicado y escabroso que resulta reunir pruebas concretas, ante la negativa del responsable a reconocer su falta. En otras ocasiones puede incidir el deseo – incorrecto desde luego – de no herir la susceptibilidad de familiares o miembros estrechamente allegados al culpable. Asimismo, en muchos casos la persona que ha cometido la falta se separa por sí misma de la comunión, dejando por completo de asistir a las reuniones.

El propósito que persigue una correcta disciplina y separación de la comunión es triple, a saber:

Primeramente, como medida sana y urgente para salvaguardar el testimonio ante quienes nos rodean y observan.

En segundo lugar, para preservar la pureza e integridad de la misma iglesia. El no hacerlo supondría aceptar y aprobar el pecado en el seno de la congregación, lo cual traería evidente debilidad a todo el cuerpo. Además, vendría una serie de consecuencias nefastas, sobretudo la de fijar un precedente gravísimo, tendiente a repetirse en otros.

Por último, para el propio bien del que ha cometido el pecado. Al estar digamos a la intemperie, separado y privado del resguardo y las bendiciones de la comunión dentro del cuerpo de Cristo, sobreviene generalmente un tiempo de fuerte escarmiento, ejemplificado a la perfección en la parábola del hijo pródigo. El fin que se busca es que merced a ese escarmiento pueda proceder a un sincero arrepentimiento que lo lleve a la postre a una correcta restauración. Así es como hemos de interpretar las palabras *“para la destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús”* del versículo 5 del mencionado capítulo.

Poner a personas en disciplina por haber pecado abierta y groseramente no es fácil, pues a menudo provoca reacciones, como se ha dicho, en quienes tienen afinidad o parentesco carnal con el culpable. No obstante, el no hacerlo trae evidente debilitamiento a la iglesia, y deja una grieta que el enemigo siempre tratará de aprovechar para propagar el mal, y así contaminar en mayor medida a la congregación.

Por lo tanto, el liderazgo deberá actuar con firmeza en tales situaciones, si es que se ha de impedir que se produzcan semejantes consecuencias. Al hacerlo, para evitar que se distorsionen las cosas, siempre será sabio explicar con prudencia que hay evidencias claras de lo sucedido, y que la medida adoptada no es sólo para el bien del testimonio y la iglesia en sí, sino también del propio implicado, según lo ya dicho más arriba.

El tomar la medida dispuesta por Pablo suponía también un arrepentimiento por parte de la congregación. Esto, por una parte remediando la condición anterior de estar envanecidos por lo que había pasado, y por la otra, por el hecho de que había sido alguien de entre ellos, lo que en realidad los comprometía moralmente a sentirse en alguna manera identificados con él y en la obligación – moral también – de lamentarlo debidamente.

Afortunadamente, los corintios obedecieron las instrucciones de Pablo y en este caso sí tenemos una constancia fehaciente de la restauración resultante. En efecto, en 2ª. Corintios 2:1-11 vemos que Pablo, advertido de que el ofensor se había contristado debidamente, les exhorta a perdonarle y consolarle, confirmando así su amor hacia él.

Además de esto, en 2ª. Corintios 7:8-16 se hace referencia al muy saludable efecto que les había surtido la carta anterior, llevándolos a *“la tristeza que es según Dios que produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse”* (7:10). Todo el resto del pasaje es un texto clásico sobre el arrepentimiento, digno de estudio en profundidad. Concluye con estas palabras:

“Me gozo de que en todo tengo confianza en vosotros” (7:16)

lo cual nos da claramente a entender que Pablo se daba por plenamente satisfecho.

Sin embargo, sin querer introducir una nota indebidamente contradictoria o confusa, pero en aras de la estricta verdad que hay en la epístola, en el penúltimo capítulo encontramos estas palabras bastante alarmantes:

“Pues me temo que cuando llegue, no os halle tales como quiero, y yo sea hallado de vosotros cual no queréis; que haya entre vosotros contiendas, envidias, iras, divisiones, maledicencias, murmuración, soberbias, desórdenes;

que cuando vuelva, me humille Dios entre vosotros, y quizá tenga que llorar por muchos de los que antes han pecado, y no se han arrepentido de la inmundicia, fornicación y lascivia que han cometido.” (2ª. Corintios 12:20-21).

Lo cual presenta un cuadro nada claro. Si bien en cuanto al caso particular del capítulo 5 de la primera carta, había habido claridad en el arrepentimiento y en el perdonar y restaurar al ofensor, evidentemente Pablo temía que el pecado y la carnalidad podían estar muy extendidos entre otros miembros de la congregación.

Por todo esto, sobretodo en el tema particular de la inmoralidad que estamos considerando, desde todo punto de vista lo más sensato es anticiparse a toda posibilidad de que ocurra, tomando cuanta medida preventiva se pueda con el máximo de solicitud y esmero. Aquí van unos consejos:

Empezamos por el ejemplo del liderazgo y cuantos tengan cargos de responsabilidad en la asamblea, y sus esposas, cuando sean casados. Su conducta deberá ser irreprochable en todo aspecto, abarcando la forma de vestir, el mirar de sus ojos, el hablar de su boca, su actitud en cuanto a lo que sea de mal gusto o tenga el menor vestigio de obscenidad, y en fin, todo lo que no condiga con una vida limpia y ejemplar.

Aun cuando esto no baste para garantizar que nada fuera de lugar se pueda infiltrar, habrá sin duda de fijar la pauta y el rumbo con toda claridad, a fin de que al resto le pueda resultar normal y natural seguir en la misma forma.

Además, la enseñanza en general dada con efecto inmediato a partir de la conversión de nuevas personas, habrá de ir en la misma línea, valiéndose de las numerosas bases y exhortaciones bíblicas que la apoyan y sustentan.

En 1ª. Corintios 6:18 se nos dice:

“Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa está fuera del cuerpo; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca.”

Antes de ampliar sobre esto, dos aclaraciones importantes.

La primera es que este versículo también se hace extensivo obviamente al adulterio, a los afeminados y a quienes se echan con varones (6:9), y al cambio por parte de las mujeres del uso natural por el que es contra naturaleza. (Romanos 1:26b)

En cuanto a la segunda, consiste en tener bien presente que puede haber una persona totalmente impecable en cuanto a estas cosas, pero con una fuerte dosis, por ejemplo, de arrogancia. Y claro está que ante los ojos de Dios esta última condición puede ser más abominable que la de alguien que, por quién sabe qué circunstancias o trasfondo, ha caído y aun reincidido en una conducta inmoral

Pero hecha esta salvedad, no por ella hemos de desatender esta afirmación de la palabra de Dios, que sin duda viene cargada de hondo sentido y razón de ser.

Para comprenderla bien, podemos razonar por la vía del ejemplo en los dos sentidos, el positivo y el negativo.

En primer lugar entonces, vemos que nuestro Señor Jesús para su ofrenda y sacrificio a fin de lograr nuestra redención, inicialmente aceptó plenamente la voluntad del Padre de ser Él la víctima propiciatoria. Esto fue con anterioridad a Su encarnación (ver Salmo 40:6-8 y Hebreos 10:5-10) y lo definiríamos como el haberlo hecho ejerciendo Su voluntad en Su espíritu. Durante su vida y ministerio en la tierra, hubo de ratificar totalmente Su voluntad en el mismo sentido, hasta culminarla en Su alma en el Getsemaní (*“...mi alma está muy triste, hasta la muerte...”* Mateo 26:38), y en Su cuerpo posteriormente, al entregarse sin resistencia a todo el suplicio previo y a la crucifixión en sí. Así, lo concebido en Su espíritu primero, con Su voluntad en plena aprobación, pasó a Su alma y se completó en Su cuerpo, para dar al sacrificio de sí mismo una concreción absoluta y perfecta.

De este zenit tan sublime, pasamos por la vía del contraste y del paralelo al nadir de aquello a lo cual Pablo se está refiriendo en el versículo citado, es decir la fornicación, y las otras prácticas de inmoralidad abarcadas por extensión, según lo ya señalado con sus correspondientes citas de la Escritura.

A través de la vista o algún otro de los sentidos naturales, el pecado de esta índole se concibe en la mente y el interior de una persona. Bien es cierto que como dijo el Señor en Mateo 5:28, *“cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.”*

Ésta es sin duda una afirmación punzante y penetrante de Jesús que no debemos ni podemos soslayar, si es que hemos de andar en nuestra vida con Dios en verdad y con transparencia. Pero tampoco cabe duda de que cuando el pecado se lleva más allá, al abrazo más íntimo y personal que dos seres humanos se pueden dar, entonces la cosa se concreta y se consume en forma total.

Inevitablemente, esto deja profundas y dolorosas huellas. En el caso de personas inconversas, que han pasado por eso antes de que les haya amanecido la luz del

evangelio, un renacimiento cabal en Cristo Jesús las puede transformar totalmente en nuevas criaturas. Esto no sólo significa un perdón absoluto de parte del Señor, sino también una nueva vida, liberada de las marcas y recuerdos turbios del pasado.

Debe recalcar que este renacimiento cabal, implica un verdadero, consciencia y total arrepentimiento, con una nueva disposición de dar totalmente la espalda a tales prácticas, y abrazar la verdad y pureza de todo corazón y en todos los niveles de la vida. Sobre esta base sí, en Cristo Jesús, hay perdón, nueva vida y completa liberación y sanidad en cuanto al pasado. Es más: está la promesa de que “...nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.” (Hebreos 8:12).

Esto realza en sumo grado la maravilla de la gracia divina, al hacernos ver que en tales situaciones Dios trata a los Suyos como si ese pasado tan triste no hubiese ocurrido nunca, olvidándolo y borrándolo voluntariamente de Su memoria. De veras un auténtico evangelio, una buena nueva muy grata y bendita para el corazón del que ha dejado atrás la vieja vida, y encontrado en Él una nueva, totalmente distinta y con horizontes maravillosos.

Aunque no resulta agradable, debemos pasar al caso de que semejantes cosas ocurran con quien o quienes ya ha experimentado la gracia, el perdón y la nueva vida en Cristo. Lamentablemente, esto sucede hoy día y en un grado mucho mayor que en la iglesia primitiva.

No podemos dejar de señalar que en casos así los resultados son más dolorosos y las huellas más hondas y difíciles de borrar. No estamos infiriendo que sea imperdonable ni irremediable, pero alcanzar una restauración plenamente satisfactoria y verdadera resulta mucho más laborioso, una “cuesta arriba” muy empinada a veces, que a algunos se les hace muy difícil escalar. Sobre esto ya hemos abundado en el segundo capítulo de la primera parte, bajo el subtítulo de David, y remitimos al lector al mismo para un repaso detenido.

Volviendo a la necesidad de anticiparse para evitar estas cosas, estimamos que parte del cuidado pastoral sobre el rebaño debe consistir en un contacto estrecho y cuando sea necesario, confidencial también, con personas que pueden sentirse débiles o vulnerables en esta esfera. Con mucha discreción, amor y comprensión, y para su bien, hay que asesorarlas, fortalecerlas y advertirlas de las graves consecuencias que resultarían si diesen lugar al enemigo cediendo a la tentación. Al mismo tiempo, hay que alentarlas con palabras de ánimo y fe. En nuestro libro “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto”, en el capítulo VI bajo el título “La Circuncisión”, abordamos el tema en forma definida y con cierta amplitud. A quien necesite ayuda o desee darla a otro, le aconsejamos su lectura cuidadosa, como algo que podrá ser útil y de provecho sobre el particular.

Conseguir mantener una iglesia libre de pecados de esta clase desde luego que supondrá un logro significativo, pero en ninguna manera representará de por sí una garantía de que por eso esté robusta y llena de vitalidad espiritual. Muchísimos otros factores vinculados con pecados menos gruesos, pero igualmente dañinos y perjudiciales, pueden causar fricción, descontento, desavenencias, tibieza y pérdida de visión.

En forma muy somera, distinguimos tres etapas en el nacimiento, desarrollo y maduración de una iglesia, a saber:

1) Comenzando en tierra virgen, donde no hay convertidos, ganar un cierto número de almas para que se vaya gestando una congregación.

2) Seguidamente, llevarlas a un punto de responsabilidad y compromiso, con buena comprensión de las verdades básicas de la vida cristiana. Idealmente, mientras esto se va logrando, conseguir a la vez que se vayan agregando nuevos convertidos.

3) Mantener a la iglesia así formada en fe, unidad y, *sobre todo en amor y encendida y con ganas de trabajar para el reino de Dios.*

Esta última es quizá la meta más difícil, no tanto de alcanzar como de mantener con el correr del tiempo, como lo podrá atestiguar quienquiera esté abocado a la noble y sacrificada tarea de levantar y llevar adelante una iglesia.

En la iglesia de Corinto había muchos otros problemas, como hermanos pleiteando contra sus hermanos delante de los incrédulos, falta de comprensión y criterio sano en cuanto a lo ofrecido a los ídolos, inmadurez en el uso de los dones espirituales y abuso del don de lenguas, e incluso, entre algunos de ellos, el negar la resurrección.

Todo esto dio lugar en su tiempo a que el apóstol Pablo les corrigiese y diese a la vez toda la rica enseñanza consignada en sus dos epístolas dirigidas a ellos.

Éstas han sido y son fuentes de verdades y principios cristalinos, que ayudan tanto para definir situaciones análogas o parecidas, como para orientarnos a todos en nuestras labores para el Señor.

Abarcar cada uno de estos problemas, con la enseñanza y el consejo paulino a que dieron lugar, sería muy extenso y no estaría del todo en consonancia con nuestro hilo central.

Es por eso que nos damos aquí por satisfechos con los tres temas tratados –divisiones (y éstas solo en uno de sus muchos aspectos), falta de desarrollo, e inmoralidad.

Conscientes de que hay tanto, tanto más, concluimos con las palabras del mismo Pablo en 2ª. Corintios 2:16 y 3:5

“Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?”,

pero a lo cual agrega para alentarnos :

“no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios.”

----- () -----

CAPÍTULO V – LAS IGLESIAS DE GALACIA (1)

Falacias y novedades ficticias, y las cosas que realmente interesan y valen

Hace unos buenos años, en una oportunidad en que el autor se hallaba predicando sobre el libro de Gálatas en una ciudad de Galicia en España, comenzó a leer a partir del principio de la epístola. Al llegar al final del segundo versículo, le llamó la atención encontrar las palabras:

“...a las iglesias de Galicia”

y casi instintivamente le salió la observación:

“Lo que vale para *Galacia* también vale para *Galicia*.”

Posteriormente, al predicar en otros puntos del país fuera de Galicia, advirtió que las mismas verdades, consejos y exhortaciones, venían muy bien también para las situaciones de iglesia con que se estaba encontrando. Y así tuvo que ampliar su observación, haciéndola extensiva asimismo a muchas otras partes fuera de los confines de Galicia y de Galicia.

Se trata de la bien conocida, pero siempre importante y vigente verdad de que la palabra de Dios siempre está de moda, y tiene relevancia en una proyección u otra en todo lugar y todo tiempo. Las circunstancias y matices externos podrán variar muchísimo, pero en esencia, esos principios cardinales sobre los cuales se apoyan las cosas, ya sea para bien o para mal, siguen y seguirán siendo los mismos.

En realidad lo único que cambia es la vestidura que llevan exteriormente las cosas, según las costumbres tanto en función de lugar como de tiempo. El contenido interno y los verdaderos valores en juego, por el contrario, permanecen inalterables, y la palabra inspirada y viva del Eterno Dios los define y puntualiza siempre con la más certera precisión.

Existen dos tesis en cuanto al tiempo en que Pablo escribió esta carta y las iglesias a las cuales iba dirigida. Una de ellas es que fue escrita antes del concilio de Jerusalén relatado en Los Hechos 15, en el cual se debatió y dirimió el tema de la ley de Moisés y la circuncisión en cuanto a los creyentes gentiles. Las iglesias destinatarias en ese caso serían las de Galicia, fundadas en el primer viaje misionero, es decir Derbe, Listra, Iconio y posiblemente Antioquía de Pisidia.

La otra la ubica en una fecha posterior, incierta, pero que podría ser al mismo tiempo que Pablo escribió Romanos, es decir en su regreso del tercer viaje misionero. Según esta tesis estaría dirigida a otras iglesias, que se suponen fundadas por Pablo dentro de Galicia en su segundo viaje (ver Los Hechos 16:6)

Aunque respetuosos de esta última postura, y sin querer entrar en polémica sobre el tema, nos inclinamos por la primera. El motivo principal es que, de haber sido escrita después del concilio de Jerusalén de Los Hechos 15, resultaría prácticamente inconcebible que al tratar en su carta principalmente el tema de la circuncisión y la ley de Moisés que estaba sobre el tapete, Pablo no hubiera hecho la menor mención del concilio ni de la carta emanada del mismo, en la cual el asunto se definía categóricamente.

Además, vemos en Los Hechos 16:4 que al pasar por las ciudades en el segundo viaje, Pablo y Silas les entregaban a las iglesias las ordenanzas acordadas por el concilio, lo que nos hace ver la importancia que le atribuían. Esto haría aun más inexplicable que en toda la epístola – de haberse escrito en una fecha posterior – se guardase absoluto silencio sobre ello.

Sea como fuere, no es eso lo que fundamentalmente nos interesa, sino el contenido de la carta a los gálatas en sí, y lo mucho, muchísimo que tiene para enseñarnos.

Empezaron bien la carrera, por la senda de la gracia, el amor y la fe, con la consiguiente libertad y alegría propias de un cristianismo sano y bien basado. Pero la ponzoñosa levadura de los judaizantes vino a estropear todo eso: saliendo de la gracia pasaron a ponerse bajo el régimen de la ley; el amor fraternal dio paso al morderse y comerse los unos a los otros; la fe fue remplazada por las obras y el ritualismo de guardar los días, los meses, los tiempos y los años; y por último, perdieron la preciosa libertad en Cristo con el gozo que la acompaña, para ponerse bajo un yugo imposible de llevar. En suma, un cuadro desolador – como para partirle el alma al apóstol, que con tanto amor y sacrificio se había prodigado para levantar esas iglesias.

Sin embargo, mostrando un temple digno del mayor encomio, aun cuando perplejo en cuanto a ellos, les escribe con mucho amor y también con mucha claridad, para hacerles ver su error y traerlos otra vez al camino del Espíritu y la verdad, del cual se habían desviado tan pronto. Y digamos de paso que, valiéndose de todo esto, el Espíritu nos ha dado en esta epístola un cúmulo riquísimo de enseñanzas y verdades, también válidas para todas las iglesias de todos los tiempos.

Antes de pasar a analizarla en alguna medida, nos anticipamos a hacernos la pregunta:

¿Se recuperaron los gálatas de esa desviación tan lamentable, o siguieron en una cuesta abajo sin retorno?

Felizmente podemos afirmar que sí – se recuperaron y quedaron firmes en la fe. Si bien no contamos con pormenores sobre esto, tenemos un versículo que lo da a entender con toda claridad:

“Y después de estar allí algún tiempo, salió, recorriendo por orden la región de Galacia y de Frigia, confirmando a todos los discípulos.” (Hechos 18:23)

Esta cita, que marca el comienzo del tercer viaje misionero de Pablo, con ser muy escueta, nos deja sin ninguna duda al respecto. Gracias al Señor, con su carta, sus oraciones y dolores de parto para que Cristo fuese formado en ellos, y su visita o visitas posteriores, este gran apóstol y luchador aguerrido, logró restaurarlos, llevándolos a ese dichoso estado de estar confirmados en la fe.

También Los Hechos 16: 4-6 nos da otro elemento de juicio que aporta sobre esto:

“Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día.”(16:5)

Como el contexto de esto es el versículo anterior, en que se nos dice que iban entregando la carta con el pronunciamiento del concilio de Jerusalén, podemos colegir razonablemente que la misma también fue un arma efectiva usada por el Señor para cimentarlos otra vez en la fe y la verdad.

El llamado a la gracia.-

Pasando a la carta en sí:

“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente.” (1:6)

“Por la gracia” en otras versiones se traduce “a la gracia” o bien “en la gracia”.

De todas formas, cualquiera sea la preposición precisa que corresponda, lo que resalta es que fue un llamado en el cual el elemento fundamental que predominaba era *la gracia de Cristo*.

Esto suponía que en la bondad de Su amor y sacrificio había una provisión completa y absoluta. Para responder a ese llamado solamente habían tenido que presentarse ante Él arrepentidos por sus pecados, y recibir con fe sencilla pero real todo el bien del perdón completo y de una nueva vida, con sus nuevos y vastos horizontes, celestiales y eternos.

Bien podemos imaginar a los judaizantes presentarse ante ellos con astucia, *aprobandando en primer lugar todo lo que habían recibido en un principio*, algo que los mensajeros falsos suelen hacer para ganarse la confianza. Después, pasaron poco a poco a manifestarles que, sin embargo, eso no era del todo suficiente – que había más que tenían que hacer. Y pasando a mostrarles pasajes del pentateuco sobre la circuncisión y la ley, les transmitieron la necesidad de cumplir con ellos, circuncidándose y guardando todos los mandamientos.

Aun cuando tal vez en forma inconsciente, estos judaizantes eran en realidad emisarios de confusión y el más craso error, tergiversando las cosas y pervertiendo las mismas bases del evangelio puro de Cristo. Como figura en el subtítulo del capítulo, traían *falacias y novedades ficticias*.

También podríamos imaginar la forma en que los creyentes gálatas, nuevos y de poca experiencia, llegaron a caer en la trampa, razonando con sus mentes naturales en la forma más cándida – algo así:

“Ya nos parecía que era demasiado bueno y fácil – no tener que hacer nada – que todo ya está hecho. Ahora nos damos cuenta que algo debemos hacer también nosotros, para reunir algún mérito y así ser dignos de la salvación y el favor de Dios.”

Y así aceptaron ese horrible yugo – esa carga imposible de llevar. Y con ello se les fue el gozo de la nueva vida y perdieron la hermosa libertad que habían recibido, saliéndose de la esfera del amor, para entrar en un legalismo esclavizante que – de continuar indefinidamente en él - habría acabado por estrangular la vida espiritual que habían recibido en Cristo Jesús.

La epístola contiene los muchos argumentos, desde luego muy sustanciosos y de mucho peso, con los cuales Pablo rebate totalmente esa enseñanza tan pervertida y nefasta. No es nuestro fin examinar cada uno de ellos en detalle, pues sería abordar muchísimos temas, cada uno muy extenso en sí. Además, damos por sentado que en la actualidad, no hace mucha falta insistir clarificando en forma minuciosa los errores de esa postura judaizante, tal como se la presentó en aquel entonces. Entendemos que en general esa estratagema del enemigo, *por lo menos en esa expresión de aquella época*, está muy pasada de moda y prácticamente no presenta ningún problema hoy en día.

De modo que lo único que puntualizamos en ese sentido y que basta para definir bien las cosas, es el contenido del último versículo del capítulo segundo:

“No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.”

Mirando las cosas con una actitud bondadosa y algo ingenua, se podría pensar que la enseñanza de los judaizantes era meramente un error de criterio, disculpable si se quiere en razón de sus posibles buenas intenciones. Pero aun de ser así estas últimas, *en las cosas eternas no bastan ni la buena intención ni la sinceridad, sino que ambas deben ir de la mano con la verdad divina, revelada en las Sagradas Escrituras con la iluminación del Autor, el Espíritu de Verdad, como lo llamó Jesús.*

Mucho más allá de lo que parece tan solo un error de gente bien intencionada, vemos por este versículo el horrible veneno que había en todo eso. Por un lado, significaba despreciar la gracia de Dios, desechándola como algo sin valor. Por el otro, suponía al mismo tiempo restar toda razón de ser al sacrificio inmenso y sublime de Cristo en el Calvario – como algo inútil y sin sentido, ya que circuncidándose y – supuestamente – guardando la ley, se bastaban a sí mismos y no lo necesitaban para nada.

Ni más ni menos, constituía una ofensa insultante y altanera para con el amor divino, revelado con tanta gracia y sabiduría en la obra redentora, consumada y perfecta, de nuestro Señor Jesucristo.

Como ya hemos visto, el resultado de esta levadura de los judaizantes había sido desviarlos y alejarlos del sendero de la gracia, la fe, el amor y el Espíritu. Como ya hemos señalado más arriba, esta particular levadura judaizante de circuncidarse y guardar la ley, no es algo que esté de moda ni que afecte a las iglesias en la actualidad. Sin embargo, debe decirse que por cierto hay otras, no idénticas pero de la misma rama general, y que en ciertos círculos están bastante en boga.

Además, no sólo en estos tiempos actuales, sino a todo lo largo de la historia, han ido apareciendo múltiples levaduras o “agregados”, para supuestamente completar o perfeccionar la fe cristiana. Los mismos, aunque muy diversos y variados, siempre se han caracterizado por producir dos efectos muy perniciosos:

1) Dar origen a enconadas polémicas entre el pueblo de Dios, tendientes a traer desconcierto y división.

2) Volverse en el foco céntrico de atención, para desviar la mirada y el enfoque de las cosas fundamentales y que en realidad interesan.

Muchas modas o tendencias de esta índole están circulando en estos días. Por buen gusto y con el ánimo de evitar controversias estériles, nos abstenemos de nombrarlas o comentarlas.

En cambio, tomamos tres versículos importantes, dos de ellos del libro de gálatas y uno de 1^ª. Corintios. En ellos, con la inspiración certera de lo alto, Pablo da cada vez en el clavo, señalando que el tema polémico de aquel entonces – si la circuncisión o la incircuncisión – no tenía ninguna importancia en sí, después de lo cual en cada caso puntualiza en vez algo que realmente tiene valor fundamental e insustituible.

Veamos brevemente estas tres citas:

La fe que obra por el amor.-

1) *“...porque en Cristo Jesús ni la incircuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.”* (Gálatas 5:6)

Lo que aquí se nos dice con toda claridad, es que ese tema que estaba inquietando y preocupando tanto a los gálatas, no era en realidad de ninguna importancia. El haber sido circuncidado o no haberlo sido, no era lo que a ellos los iba a hacer más o menos espirituales o aptos para el reino de Dios.

En cambio, lo que pesaba y sigue pesando hasta el día de hoy, es la fe, impulsada por el amor. Ya anteriormente, en el capítulo tercero, les había recordado que en un principio habían recibido el Espíritu por el oír la palabra y responder a ella por la fe. (3:2) Asimismo, que el obrar divino entre ellos, tanto suministrándoles el Espíritu como haciendo maravillas o milagros, era en base al mismo principio y no a las obras de la ley. (3:5)

En el orden actual de Dios para el hombre, la fe en Él y Su palabra es algo absolutamente imprescindible. Con ella se da un giro contrario de 180° en cuanto a la incredulidad, la madre de todo pecado, en que Adán y Eva incurrieron al aceptar y asimilar la ponzoñosa voz de la serpiente, que les decía que Dios no les estaba diciendo la verdad, sino que los estaba engañando.

Cuando realmente vivimos y nos movemos en fe, invirtiéndola en la palabra viva de Dios para nosotros, estamos tácitamente haciendo mucho más que creer de veras en Él y en Su palabra.

Por un lado, estamos claramente dando a entender que no estamos fincando nuestra confianza en nosotros mismos, ni en nuestros recursos ni bagaje de experiencia pasada. Por el otro, también denotamos que nuestra fe no se está apoyando en nuestros familiares, amigos dilectos ni en nuestros hermanos en Cristo, por más excelentes personas que todos ellos pudieran ser. Y por supuesto que nuestra mirada no está en el mundo ni en su sistema económico, político o social, y mucho menos, desde luego, en Satanás y sus colaboradores.

En suma, que excluimos todas las demás posibles fuentes de socorro y suministro, aunque de algunas el Señor pueda valerse para ayudarnos y bendecirnos, como nuestros hermanos, familiares o amigos. Y así, al centrar nuestra fe y nuestra expectativa solamente en Él, lo honramos y agradamos, y recíprocamente Él siempre honra esa fe y corresponde a ella con las respuestas necesarias, dentro de Su voluntad para nuestras vidas.

Se sobrentiende que la fe no es algo automático, mecánico, ni mucho menos, fanático. Procediendo en esa forma, se podría tomar al pie de la letra Lucas 17:6, para decirle a cuanto sicómoro se viese, que se desarraigue y se plante en el mar. Al hacerlo, de hecho se pasaría a fundar la secta de los arranca-sicómoros, y los ecologistas no tardarían en pronunciarla enemiga declarada, y a todos sus miembros dignos de prisión perpetua o aun de la pena de muerte!

Por el contrario, como queda expresado en el versículo bajo revista, tiene como fuerza motriz que lo impele el verdadero amor, que es siempre un sello inconfundible de lo que viene de lo alto. Ese amor hacia nuestros hermanos que están padeciendo dolores o pasando necesidades, nos motiva a rogar y obrar con fe en su favor delante del Dios de amor, al cual también amamos en virtud de Su amor derramado en nuestros corazones.,

Y toda esto libera el obrar de Dios en nuestras vidas y en las de nuestros hermanos, y constituye así una fuerza vital insustituible en nuestra vivencia diaria. Por el

contrario, la circuncisión o la incircuncisión, o cualquiera de sus versiones de la actualidad, nada aportan, y si permitimos que nos inquieten y obsesionen, sólo será para engendrar polémicas, enfrentamientos y males aun mucho mayores.

La nueva creación.-

2) *“Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación.”* (Gálatas 6:15)

Aquí tenemos otra vez algo totalmente básico e indispensable: el ser un nueva criatura en Cristo Jesús.

En comparación con esto ¡qué absurdo y falto de criterio es hacer un gran tema de lo otro! – algo superficial y completamente inocuo a los fines del Espíritu y la eternidad, como lo es el ritual externo de la circuncisión o la falta de ella.

Si hemos nacido de nuevo, estamos de veras en Cristo, y en Él, andando con fe, en obediencia y en el Espíritu, lo tenemos todo. Sin esto, con o sin circuncisión – o lo que fuere – en realidad no somos ni tenemos nada.

Centrarnos pues en esta verdad cardinal - la de la nueva creación o el renacimiento en Cristo Jesús – eso es lo que verdaderamente interesa. Saber que estamos bien basados en ese sentido y llevar a otros a ese lugar dichoso y privilegiado, debe ser nuestra inquietud prioritaria. No un cambio de actitud en la vida, ni un parche ni un remiendo, ni meramente un cambio de rumbo – algo mucho más real y profundo: ser una nueva creación en Cristo, es decir ser renacidos de lo alto por el poder del Espíritu Santo.

Y en el versículo siguiente, Pablo lo corrobora con estas palabras:

“Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos, y al Israel de Dios.” (6:16)

En otras palabras, a dejar de lado lo conflictivo, estéril e improductivo de la circuncisión o falta de ella – o todo lo secundario o accesorio que inquieta, separa y divide. Y en lugar de ello, a dejarse regir por esta normativa fundamental, que ella nos procurará la paz y misericordia – identificando esto como lo que señala al verdadero Israel de Dios – el espiritual que ha entrado en esta gloria, posibilitada para todos por la muerte y resurrección de Cristo, el Mesías enviado del cielo.

Los mandamientos de Dios resumidos en el amor.-

3) *“La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el guardar los mandamientos de Dios.”* (1ª. Corintios 7:19)

Este versículo no está en la epístola a los gálatas. Es posible que tanto a Corinto como a otros lugares, también hayan llegado algunos ecos de las enseñanzas de los judaizantes en cuanto a la circuncisión, o bien que Pablo se anticipara a esa posibilidad.

De todos modos, aquí vuelve a tomar algo básico e imprescindible, para contrastarlo con la circuncisión o la falta de ella, enfatizando que esto último es algo que en realidad no tiene ninguna importancia ni valor.

En esta tercera ocasión lo que toma son los mandamientos de Dios. Claro está que no se está refiriendo a la parte ritual o ceremonial de la ley mosaica y el sacerdocio levítico, que como sabemos ha quedado abrogada a causa de su debilidad e ineficacia. (Hebreos 7:18)

En cambio, se está refiriendo a la ley moral, que Jesús nos enseñó que está perfectamente englobada en los dos más grandes mandamientos: el de amar al Señor nuestro Dios por encima de todo, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. (Mateo 22:36-40)

Esta misma verdad fue recogida por Pablo y reflejada con matices ligeramente distintos en varios de sus escritos. Y por supuesto que Jesús también nos ha dado el nuevo mandamiento de amarnos entre hermanos los unos a los otros *así como Él nos ha amado*. Éste, por su parte el apóstol Juan lo ha recogido en su primera epístola, en que lo ratifica con el agregado de que quien lo hace permanece en la luz y no tropieza, mientras que el que aborrece a su hermano está todavía en tinieblas. (1ª. Juan 2:8-10)

El reino de Dios en realidad se rige por la ley del amor. Huelga decir que este amor es muy diferente del humano, que a menudo puede ser sensiblero, egoísta o no acorde con la verdad.

Cuando nacemos de lo alto en efecto nacemos del amor divino, y el mismo nos permite conocer en forma real al Dios de amor. (1ª. Juan 4:7)

Asimismo, mientras amamos con ese amor puro y celestial, permanecemos en Dios y Él en nosotros. (1ª. Juan 4:16)

¡Cuánto encanto y riqueza hay en esto!

La claridad de visión, la paz, la libertad interior, la íntima satisfacción de estar en Su perfecta voluntad, el testimonio elocuente del Espíritu en nuestro espíritu – todo eso y mucho más, brotando de esa fuente bendita y dichosa: morar y permanecer en el amor y en el gran DIOS DE AMOR.

¡Con razón que el enemigo de nuestras almas busca a toda costa sacarnos de esa esfera! Él sabe muy bien que mientras permanezcamos en ella, somos intocables para él, lo tenemos todo a nuestra disposición, y somos verdaderamente útiles y fructíferos en el servicio del Señor.

Por eso, trabajando con la mayor astucia, de día y de noche y con dientes y uñas, lucha contra los hijos de Dios buscando introducir toda suerte de malentendidos, moda nueva que engendre controversia y confusión, y mil armas más, todas ellas con el mismo fin: hacernos salir del terreno del puro amor y entrar en el opuesto, que es, claro está, el que le pertenece a él.

¡Qué fácil resulta a veces enredarse en una polémica – querer demostrar la razón que tenemos en cuanto a esto, lo otro o lo de más allá! Y tal vez nos salgamos con la nuestra, probando que estamos en lo cierto y que los demás están equivocados. Pero en todo ello, a menudo insensiblemente, nos habremos salido de órbita. Y aun con haber ganado en la disputa, habremos perdido esa dicha inefable de morar en el amor, para entrar en turbación, desasosiego y con frecuencia en cosas peores.

Desde luego que en determinadas situaciones, se hace necesario aclarar y definir bien las cosas, y esto se habrá de hacer con altura, paz, firmeza cuando quepa, y sobretodo movidos por el amor. No obstante, nos referimos a otros muchos casos en que no es asunto de vida o muerte, y si estamos sensibles a la voz del Espíritu, oiremos que Él nos dirá algo así:

“Honra es del hombre dejar la contienda;

Mas todo insensato se envolverá en ella.” (Proverbios 20:3)

¡Cuánto mejor dejarlo de lado, esperando que el Señor lo resuelva a su tiempo, y así quedarnos bien dentro de nuestro hogar y refugio del amor!

Éste es un aspecto básico y elemental de la vida cristiana: permanecer en la esfera del amor, con todos los benditos beneficios derivados de la misma. Muchos, en procura de cosas “más adelantadas” lo descuidan, e inconscientemente van entrando en un cristianismo falto de este ingrediente fundamental. En su lugar, podrá haber mucha apariencia de sabiduría, visión más amplia o “avanzada”, etc., pero no olvidemos lo que se nos dice con tanto énfasis y claridad en 1ª. Corintios 13:1-3:

*“Si...no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que reti-
ñe.”*

“Si...no tengo amor, nada soy.”

“Si...no tengo amor, de nada me sirve.”

Se ha dicho con mucha razón que sólo podemos ser de real provecho y bendición a otros en la medida en que los amamos de verdad.

Que todo esto nos sirva de estímulo para vivir cada día en el genuino amor, como hijos del amor y de nuestro gran Padre de amor. Así estaremos totalmente ajenos a las amarguras, odios, rencores y demás cosas del reino de las tinieblas, como dichosos abanderados de la luz, la verdad y el amor.

----- () -----

CAPÍTULO VI – LAS IGLESIAS DE GALACIA (2)

Las tres “es”, números, preguntas y sentencias

Las tres “es”.-

Como algo ameno y curioso, pasamos a referirnos a tres palabras que empiezan con es y que aparecen en la epístola: *esclavitud* (con sus derivados), *Espíritu*, referido al Espíritu Santo, y *Escritura*.

Si contamos con cuidado notaremos que la primera (con derivados y sinónimos) figura en Gálatas 16 veces, y la segunda exactamente el mismo número de veces.

De lo cual podemos afirmar la verdad – implícita en esto, pero sobradamente explícita en todo el hilo de la palabra de Dios – que cuantas veces se nos presente en una manera u otra el ogo de la esclavitud para enredarnos y atraparnos, tantas veces se levantará el bendito Espíritu de libertad para mantenernos libres, plenamente emancipados de todo yugo o servidumbre.

Además, notemos algo importante. Con mucha frecuencia se cita la primera parte de Gálatas 5:17 “...*el deseo de la carne es contra el Espíritu*”, cosa que por supuesto es absoluta verdad. Pero lo que sigue en el versículo – “*y el del Espíritu es contra la carne*” - rara vez se cita o se comenta, y sin embargo constituye algo de mucho valor y que resulta muy alentador: *el Espíritu que mora en nosotros tiene un profundo deseo que va en contra de todo lo carnal y pecaminoso*. Si nos dejamos regir por Él, siempre andaremos en un plano superior, llevados por Su impulso interno de apartarnos de toda carnalidad.

Vive cerca de Dios, andando en el Espíritu y en plena obediencia y mansedumbre, y Él te mantendrá inmune antes las asechanzas del enemigo.

La otra “es” – Escritura – nos dice tres cosas de mucho peso:

1) “*Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes.*” (3:22)

El dictamen categórico de la Escritura – todo bajo pecado – creó la obligatoriedad, bendita por cierto, de que confiando en Cristo, pudiésemos recibir toda la rica promesa anticipada para los que iban a ser hijos de Abraham, al ser del linaje de la fe.

2) “*Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre.*” (4:30)

El Ismael carnal con su madre Agar, igualmente carnal, echados fuera –para que el Isaac de la promesa y de la libre pudiese crecer y desarrollarse y entrar en la plenitud de su herencia. Lo cual nos da un cuadro muy apropiado del destino que el Ismael de nuestro *viejo hombre* ha recibido por la vía de la cruz de Cristo, para beneficio directo del Isaac de nuestro *nuevo hombre*.

Es, como decimos, un cuadro muy apropiado, pero la bendita verdad que encierra debe ser *apropiada por cada uno* - ¡ni tú lo puedes hacer por mí, ni yo por ti!

3) "Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones." (3:8)

El secreto de algo maravilloso, que iba a pasar muchos siglos más tarde, bullía en el corazón de Dios. Y en su íntima relación con Su amigo Abraham, se lo hizo saber en una forma que estaba digamos en clave, para que lo supiese él por adelantado, pero muy pocos se enterasen antes de tiempo.

A él – Abraham – su fe le fue contada por justicia (Génesis 15:6) y más tarde le juró el Señor que en él serían benditas todas las naciones de la tierra. (Génesis 22:18) Así el secreto de la buena nueva fue adelantado en una clave muy sencilla – él, justificado y bendecido por la vía de la fe y no de las obras; y los hijos suyos de todas las naciones que habrían de abrazar la misma fe, justificados y bendecidos en la misma forma.

A pesar de ser tan sencilla y clara, la inmensa mayoría no la captó ni comprendió. Pero gracias a Dios, por la iluminación de la palabra y el Espíritu, los gentiles ahora sí lo captamos y comprendemos, y desde luego, lo celebramos con inmensa gratitud.

Para quienes gustan de los números.-

Sin internarnos en lo que se conoce por la numerología bíblica, ahora algo muy simple para quienes gustan de los números.

Ya señalamos en el capítulo VI de la primera parte, bajo el subtítulo "La ciudad perdida de la fe", que esta última palabrita figura en el libro de Romanos 41 veces en la versión Casiodoro de Reina, revisión de 1960.

Teniendo dicho libro de Romanos 16 capítulos, eso da una media ligeramente superior a 2,5 por capítulo. Hebreos por su parte, en la misma versión, la da 33 veces, como para subrayar que como el Autor y Consumador de nuestra fe, Jesús vivió y se movió en fe perfectamente y sin ninguna vacilación a lo largo de Sus 33 años de vida.

Igualmente en Mateo encontramos la frase *el reino de los cielos* 33 veces y en Lucas *el reino de Dios* 33 veces, como sencillos letreros luminosos que nos atestiguan que en Sus 33 años de vida, también vivió encajado perfectamente en el orden y la armonía del reino de los cielos y el reino de Dios.

Volviendo a las 33 veces que *fe* se encuentra así, como sustantivo, en el libro de Hebreos, teniendo éste 13 capítulos, la media resulta otra vez ligeramente por encima de 2,5 por capítulo.

Gálatas, con ser más breve por tener solamente 6 capítulos, nos da la palabra *fe* 22 veces, resultando una media de 3,66 por capítulo, la más alta de toda la Biblia. Y sin querer forzar conclusiones ni presentar cosas rebuscadas, nos limitamos a acotar que cuando uno se ha desviado de la senda de la luz y la verdad – como lo habían hecho los gálatas – el retorno siempre habrá de tener como ingrediente muy importante el volver a la llave de la fe.

Como ya hemos visto, fue precisamente en ese punto que nuestros primeros padres cayeron, al dejar de creer la palabra de Dios y aceptar en su lugar una mentira engañosa. Aunque con tonos y matices muy diversos, cada alejamiento del verdadero camino entraña dejar de confiar en lo que Dios nos ha dicho, y en vez dejarnos seducir por una mentira. El único remedio lógico y clarísimo es dar un giro total en el

sentido inverso. Es decir, darle la espalda totalmente a la mentira engañosa que nos alejó de Él, y abrazar otra vez de lleno y con fe plena la palabra que nos había hablado, y que sigue y seguirá siendo fiel y verdadera, y digna de nuestra mayor confianza.

Preguntas inquietantes.-

Damos un giro acentuado a un nivel bastante básico, para hablar en algo de lo que nos indica el subtítulo.

Desde la caída del género humano en el pecado, Dios en muchísimas oportunidades al dirigirse al hombre lo hace con preguntas de esas – inquietantes y penetrantes. Notemos bien que antes de la caída no hay ninguna pregunta en la Biblia, pues todo era afirmación certera de la verdad cristalina que imperaba.

El móvil que lo impulsa a formular esas preguntas a que nos referimos, no es en realidad condenatorio y ni siquiera inquisitorio, sino que busca inquietar al ser humano despertándolo de su letargo o falsa paz, para que asuma la realidad y la gravedad de la situación en que se encuentra.

La primer pregunta de Dios al hombre vino casi inmediatamente después de la caída:

“¿Dónde estás tú?” (Génesis 3:9)

Muy breve – brevísima, pero ¡qué directa y certera! La misma pregunta se aplica hasta el día de hoy a todo ser humano que soslaya su responsabilidad de buscar ponerse a cuentas con Dios, o bien trata de escaparse de Él, sumergiéndose en el materialismo, la sensualidad y lo terrenal, con desprecio de lo celestial y eterno.

Gálatas contiene muchas preguntas, de las cuales elegimos dos que apuntan a quienes han perdido el rumbo en su andar como creyentes, y necesitan reflexionar seriamente para comprender causas y efectos de lo que ha pasado.

A) *“Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?”* (5:7).-

Pasamos ahora a formular una docena de preguntas sobre posibles causas:

- 1) ¿Será ese novio/novia incrédulo/la?
- 2) ¿Ese amigo mundano e inmoral con el cual entraste en demasiada afinidad?
- 3) ¿Ese hermano que te hablaba mal de los pastores, incitándote contra ellos?
- 4) ¿Ese predicador que en sus visitas hablaba privadamente contigo, y con altanería te llenó la cabeza de cosas que te hicieron desvalorizar a tu iglesia y a tus hermanos?
- 5) ¿Ese compañero de trabajo que te metió ideas nuevas de cómo ganar más dinero, pero traicionando tus escrúpulos de conciencia?
- 6) ¿Esa vecina amargada que sembró en tu corazón semillas de desconfianza e infidelidad para con tu marido?

En vez de quién, por supuesto que también podemos preguntar *¿qué os estorbó?*

7) ¿Ese deseo de tener más bienes materiales, que te hizo tomar compromisos económicos que te obligaron al pluri-empleo o a trabajar horas extras, hipotecando tu tiempo y tus fuerzas?

8) ¿Esa tendencia a visitar otras iglesias, que te quitó estabilidad y te hizo menospreciar la tuya?

9) ¿La falta de firmeza, que te impidió vencer el cansancio y seguir luchando con fe y tesón?

10) ¿El buscar echar tus raíces en la vida comunitaria, en vez de arraigarte prioritariamente en Cristo mismo?

11) ¿La lectura obsesiva de muchos libros, buscando nuevas formas y tendencias, que te hizo dejar de lado la Biblia?

12) ¿El declararte sanado/a a tus vecinos y amigos, porque el que oró por ti te dijo que lo hicieras, para después descubrir con dolor que tu enfermedad seguía igual o aun peor?

A continuación pasamos a otra pregunta, también de la carta a los gálatas:

B) “¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais?” (4:15a), dando también una docena de posibilidades:

a) Cuando con decisión y perseverancia continuabas en la lid, en las buenas y en las malas.

b) Cuando lo tenías muy claro que no debías unirte en yugo desigual con un incrédulo, y vivías en absoluta confianza en que tu futuro estaba en las buenas manos del Señor.

c) Cuando la exhortación de Hebreos 13:5 - “...contentos con lo que tenéis ahora...” - regía tu conducta, y estabas más que satisfecho con tener un Padre y un Cristo tan maravillosos.

Ch) Cuando el sagrado libro de Dios te llenaba tanto que apenas si tenías tiempo para leer otras cosas.

d) Cuando veías a la cuna espiritual donde naciste como un lugar tan precioso, y a tus hermanos que te rodeaban como un verdadero regalo de Dios.

e) Cuando consultabas asiduamente con tu pastor y tus padres espirituales, antes de embarcarte en seguir un consejo, o una exhortación, en un terreno que no habías transitado antes.

f) Cuando amabas tanto a los siervos de Dios que te negabas a oír una sola palabra contra ellos.

g) Cuando sabías muy bien que debías andar siempre con total honestidad y transparencia y no te importaba tener mayor prosperidad, sino el vivir con toda rectitud delante de tu Señor.

h) Cuando te pasabas largos ratos en la presencia de Dios, y aunque amando la comunión y el trabajar codo a codo con tus hermanos, comprendías muy bien que por encima de todo debías anclarte profundamente en Cristo y Su palabra.

i) Cuando el amor de Cristo te llenaba tanto, que no albergabas recelos de nadie y mucho menos de deslealtad para con ninguno.

j) Cuando andabas con tal ternura y limpieza que te cerrabas a todo hablar soberbio, y tenías en muy alta estima a tu congregación y a cada uno de sus miembros.

k) Cuando recordabas la reprensión del Señor a Josafat, rey de Judá, por trabar alianza con Acab, impío rey de Israel (2ª. Crónicas 19:2) y tu trato con personas corrompidas y malas era solamente lo indispensable y, de ser posible, para testificarles de Cristo.

Como se podrá apreciar, la primera lista, numerada del 1 al 12, da una variedad de cosas malsanas o malignas que pueden estorbar y causar mucho daño. La segunda, con letras de la a hasta la k, consigna la satisfacción que anteriormente se experimentaba en determinados estados de gracia y bendición, frustrada ahora por alguna de las causas de la primera lista.

Como una tarea sencilla y comparativamente fácil, pero provechosa a la vez, animamos al lector a que establezca la relación entre cada punto de la lista numerada con el que a su criterio corresponde dentro de la segunda lista. Para ello bastará escribir los números del 1 al 12, colocando al lado de cada uno la letra que estime que corresponde.

Una vez hecho esto, podrá cotejarlo con las respuestas que figuran al final del capítulo.

Sentencias certeras y punzantes.-

Al igual que en el resto de la Biblia, en Gálatas encontramos sentencias de peso contundente y que calan muy hondo.

Veamos dos de ellas:

A) *“Porque si las cosas que destruí, las mismas vuelvo a edificar, transgresor me hago.”* (2:18)

En el contexto en que la utiliza Pablo, en primer lugar se relaciona con seguir viviendo en pecado mientras se busca ser justificado en Cristo.(2:17) Pero también se refiere a que al entrar en la gracia, por la ley pasaban a estar muertos para la ley, a fin de vivir para Dios, según el siguiente versículo 19. Mas ahora, al volverse atrás sobre eso y vivir para la ley, intentando guardarla, se contradecían y se hacían transgresores.

Generalizando, el versículo engloba cualquier situación negativa y perniciosa para la nueva vida en Cristo, la cual para su bien uno ha desechado y la ha hecho morir, para luego entrar en la contradicción de levantarla y darle cabida otra vez. De hecho, uno se hace transgresor al renovar y aprobar lo que antes condenó y quitó de en medio.

Esto se abre como un gran abanico que contiene todo un puñado de verdades. Veamos una docena de ellas:

Si después de dejar atrás el mundo y sus luces seductoras, te vuelves a él...

Transgresor te haces

Si después de quitarte la pereza para la oración y la palabra, otra vez te dejas arrastrar por ella...

Transgresor te haces

Si tras abandonar la coquetería para dedicarte en vez a buscar a Dios, vuelves a lo mismo de antes...

Transgresora te haces

Si habiendo logrado desterrar de tu boca el chisme y la crítica a espaldas de otros, te vuelves a enredar con ellos...

Transgresor/a te haces

Si purificando tu corazón dejaste de mirar donde no debe y como no debe un verdadero hijo de Dios, ahora vuelves a hacerlo...

Transgresor te haces

Si entendiendo el mal que te hacía, cortaste con las películas sucias y el desperdiciar horas y horas delante de la televisión, y sin ninguna necesidad otra vez lo consientes y practicas...

Transgresor te haces

Si advertido del veneno que eran para tu alma el rencor y la amargura, un día los expulsaste de tu vida, y ahora cambiando de actitud los vuelves a albergar en tu corazón...

Transgresor te haces

Si enseñado por Dios aprendiste a darle con generosidad, echando de ti la mezquindad, y ahora otra vez le das lugar en tu corazón, retaceando en las ofrendas y diezmos y guardando más de lo debido...

Transgresor te haces

Si ordenando tu vida por el Espíritu aprendiste a hacer de Jesucristo el tema principal de tu conversación, desechando lo hueco, vulgar o sin provecho, y ahora te contradices invirtiendo las cosas...

Transgresor te haces

Si aprendiendo de Dios a confiar con sencillez en Su palabra, desatendiendo y dejando de lado las huecas sutilezas y el liberalismo que la contradicen, luego te vuelves atrás y crees en vez lo que los "doctos" y sabios de este mundo dicen en contra de la Biblia...

Transgresor te haces

Si comprendiendo lo malo que eran rompiste totalmente con la rebeldía y el desprecio de tus pastores, y después de un tiempo vuelves a "las de andar"...

Transgresor te haces

Si en tu celo por el Señor y amor a Su persona, destronaste cuanto ídolo, dios ajeno y cariñito escondido había en tu vida, y "como el que no quiere la cosa" vuelves poco a poco a darles lugar...

Transgresor te haces

Pero si en ninguna de estas cosas transiges en lo más mínimo, y en cambio te afirmas y perseveras en la oración y la palabra, en la fe, el amor, la humildad, la santidad y el testimonio - entonces, por la gracia de Dios te haces...

¡Un hombre de verdad!

¡Una mujer que realmente vale!

----- () -----

La segunda sentencia que tomamos es la siguiente:

B) "*Esta persuasión no procede de Aquél que os llama.*" (5:8)

Se entiende con claridad que esto va referido a la perniciosa persuasión que habían absorbido de los judaizantes de que tenían que circuncidarse y guardar la ley.

Al igual que con la otra, nos limitamos a la docena redonda.

Si tu piensas que ese pecado que te ha dominado hasta ahora es invencible, y tendrás que llevarlo todo el resto de tu vida...

Esta persuasión no proviene de Aquél que te llama.

Si tú esperas y confías que al entrar en vida comunitaria con otros hermanos, todos los problemas personales que no has podido superar hasta ahora se habrán de solucionar muy pronto...

Esta persuasión no procede de Aquél que te llama.

Si eres de la idea de que antes de cada predicación, visita, campaña o lo que fuere, para tener éxito, primero tienes que identificar al “hombre fuerte”, atarlo y expulsarlo...

Esta persuasión no procede de Aquél que te llama.

Si te parece que para asegurarte de ser buen pastor o ministro tendrás que tener graduación universitaria, estudiar la “alta crítica” y conocer la teología liberal...

Esta persuasión no procede de Aquél que te llama.

Si al saberte una persona de pocas letras, consideras que como el Señor te habla y tienes el Espíritu Santo, no necesitas ni el estudio ni el esfuerzo para pulirte y aumentar tus conocimientos...

Esta persuasión no procede de Aquél que te llama.

Si después de haber profetizado prediciendo cosas que claramente no se han cumplido, sigues pensando que igualmente debes seguir en esa línea, dejando que recaiga sobre el Señor la responsabilidad de que se cumplan o no...

Esta persuasión no procede de Aquél que te llama.

Si crees que porque has estado pasando por un desierto espiritual y le has fallado al Señor varias veces, no podrás levantarte ni hay esperanza para ti...

Esta persuasión no procede de Aquél que te llama.

Si porque has visto y tenido mucha bendición en tus labores y esfuerzos, ahora sientes que es hora de orar menos, y que debes relajarte y no prodigarte con la misma solicitud de antes...

Esta persuasión no procede de Aquél que te llama.

Si actualmente te despreocupas de servir al Señor en lo que son las pequeñas oportunidades de la vida cotidiana, pero piensas que cuando se te ofrezca un pastorado o salgas al campo misionero, entonces sí será tiempo de dedicarte con esmero y demostrar así tu verdadera valía...

Esta persuasión no procede de Aquél que te llama.

Si te subestimas a ti mismo, porque ves en otros carismas y éxitos que todavía no has logrado, y piensas que el Señor tiene muy poco o nada para ti...

Esta persuasión no procede de Aquél que te llama.

Si te sobrevaloras porque estás atravesando una buena época, y te sientes por encima de otros que están siendo tratados y probados, olvidando los tiempos en que eso te sucedía a ti...

Esta persuasión no procede de Aquél que te llama.

Si conceptúas que el verdadero amor, la mansedumbre del Cordero, y la fe y la santidad genuinas, son cosas demasiado elementales para ti, y debes en vez buscar cosas más avanzadas y de “alto vuelo”...

Esta persuasión no procede de Aquél que te llama.

Pero si en vez de todas estas cosas, tú te sigues considerando muy pequeño, andando y viviendo muy cerca de Él, al pie de la cruz, y cuentas como el privilegio más grande de tu vida el hacer Su voluntad, por pequeña que parezca, y te vean o no te vean los demás...

ESTA PERSUASION SÍ QUE PROCEDE DE AQUÉL QUE TE LLAMA

----- () -----

Relación correcta de las dos listas derivadas de las preguntas de los versículos 5:7 y 4:15:

1-b 2-k 3-f 4-j 5-g 6-i 7-c 8-d 9-a 10-h 11-ch 12-e

----- () -----

CAPÍTULO VII – LAS IGLESIAS DE GALACIA (3)

“Que Cristo sea formado en vosotros”

Para quienes son adeptos al comentario y la exposición de la palabra en forma ordenada, versículo por versículo, quizá el estilo de estas páginas y del libro en general no sea de su agrado, o le resulte un poco desacostumbrado o aun chocante.

La verdad es que en nuestra vida ministerial, sin descartar el estudio ordenado y sistemático, hemos funcionado en esta otra forma, que asemejamos en cierto modo a la labor de la abeja.

Efectivamente, en tiempo de intensa floración, teniendo muchas flores que elegir, por un instinto interno se posa sobre una determinada y se detiene bastante sobre ella, hasta extraerle todo el polen y el néctar que puede. A continuación, con muchas otras flores a su alrededor, movida por el mismo instinto interno, vuela hacia otra algo más lejos, sabiendo que en ella va a encontrar mucho más polen y néctar que en las otras que estaban más cerca. En sus consideraciones – como quiera que se las formule – no entra el crear en sus desplazamientos un dibujo geométrico armonioso y ordenado para el deleite de quien la pueda estar observando. En cambio, lo que sí pesa y le interesa es almacenar la colmena con lo de mejor calidad y en la mayor abundancia posible. Y así deja de lado muchas flores que sin duda tienen contenido, pero en menor medida que las otras que va escogiendo y seleccionando.

En esta pauta pues, pasamos – valiéndonos de nuestro sencillo símil – a una flor muy abundante en polen y néctar de primerísima calidad. Nos referimos a las palabras de Gálatas 4:19:

“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros.”

Para empezar, otra vez esta palabra hijitos, dirigida a personas bien adultas. Ya la vimos en el primer capítulo de esta segunda parte, cuando el Señor la usó para dirigirse desde la playa a los siete discípulos que habían estado toda la noche en la barca sin pescar nada.

Cuando, por la gracia de Dios, se ha podido engendrar o alumbrar hijos en la fe, se forja insensiblemente en uno un amor tierno y solícito para con ellos. Cuando andan bien en el camino, uno se regocija en gran manera; cuando experimentan dificultades o caen en desviaciones o errores, uno se entristece con esa pena que es paternal y maternal a la vez, así como lo es el amor divino.

Desde luego que Pablo estaba viviendo todo esto en una forma muy acentuada. Al decir “por quienes *vuelvo* a sufrir dolores de parto”, traduce con toda claridad que en un principio ya le había costado mucho el darlos a luz en el evangelio.

De ser correcta la primera tesis que enunciamos en el capítulo V, en el sentido de que la epístola iba dirigida a las iglesias fundadas en el primer viaje misionero, la cosa estaría muy clara. Casi ni hace falta hacer alusión a la fuerte persecución enfrentada, que incluso lo llevó a ser apedreado cruelmente y dado por muerto.

Si se prefiere la segunda, que se inclina por identificar a las iglesias destinatarias como levantadas en el segundo viaje al atravesar Frigia y la provincia de Galacia,

basándose en Los Hechos 16:6, tampoco faltan pruebas del alto precio que tuvo que pagar. En efecto: su referencia a la enfermedad de su cuerpo y la prueba que le supuso al anunciarles el evangelio en un principio – ver Gálatas 4:13-14 – tendría aplicación indiscutida en este caso también, al igual que en el de la primera postura.

Ahora habla de *volver a sufrir dolores de parto*. En esta oportunidad probablemente no se trataba de padecer físicamente por persecución o enfermedad. En cambio, tenía que ver con esa angustia, esa congoja del alma que aflige y embarga a padres amantes, al saber que sus hijos preciosos se están descarriando.

Como ya hemos comentado, la endiablada levadura de los judaizantes les había hecho un daño incalculable en todos los niveles. Esto le hacía sufrir intensamente, y al sopesar la mejor manera en que aconsejarles, para que volviesen a andar en la gracia que habían conocido en un principio, se le iban presentando ideas y líneas directrices. Ellas se fueron volcando una tras otra en gran profusión, y con mucho peso, en los capítulos de esta epístola tan ricamente aleccionadora.

En este versículo 4:19 bajo revista, toca algo medular, muy lógico y clarísimo. El hecho que habían caído presos en una aberración semejante con todas sus malas consecuencias, era prueba indiscutible de que *Cristo no estaba formado en ellos*.

En un principio, al abrirse ante la verdad del evangelio como la flor al sol, la nueva vida en Cristo había nacido en sus corazones. Pero a una etapa muy temprana - según se desprende de las palabras "*estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado...*", del capítulo 1:6 - cuando esa vida aún se encontraba en un estado muy incipiente, su desarrollo se interrumpió bruscamente por lo ya apuntado. Lo evidente era que para salir de esa condición se hacía imprescindible que el flujo de la nueva vida se reanudase y consolidase, hasta llevarlos al punto de que Cristo quedase formado en ellos.

Porque - ¿hará falta decirlo? – Cristo no cae engañado por doctrinas erróneas; no vuelve a edificar las cosas que tanto le costó destruir; no busca acabar por la carne lo comenzado por el Espíritu; y por supuesto que no se muerde ni se come jamás con sus hermanos.

Tan sencillo para verlo y entenderlo: al ser formado de veras Cristo en ellos, todo el grave problema quedaría superado, y en su lugar, aflorarían en estos amados hijitos gálatas todas esas cualidades que cimentan y adornan la vida cuando Él – el bendito Cristo de amor, luz y verdad – realmente vive y se expresa a través de una persona.

¡Qué bien lo sabemos! Verdad diáfana, irrefutable, aceptada universalmente por todo creyente de todas las vertientes del Cuerpo de Cristo. Pero...del dicho al hecho, hay mucho trecho...Aún hoy día, en tantas partes vemos gálatas, corintios o laodicenses de los tiempos modernos, que esto lo saben muy bien, y ¡mucho más también!, pero con su conducta y andar cotidiano lo desdican todo, evidenciando que el auténtico Cordero de Dios – manso y humilde, santo, sabio y valiente – no está formado en ellos ni mucho menos.

Creemos que cualquier siervo de Dios que está estrechamente involucrado en la tarea de formar el carácter de los miembros de la congregación que pastorea, estará plenamente de acuerdo en que en esto estamos tocando algo absolutamente fundamental y prioritario.

Naturalmente, nos surge ahora la pregunta: ¿cómo se forma Cristo en una vida?

Trataremos de dar algunas respuestas, basándonos mayormente, pero no en forma exclusiva, en algunas claves que hallamos en esta misma epístola a los gálatas que estamos examinando.

En primer lugar están los dolores de parto de quien tiene una paternidad y maternidad espiritual. Esto le hace prodigarse y derramarse en ruegos y súplicas en el Espíritu a favor de sus hijos, para que este hermoso ideal se plasme en ellos. Con esto también van los desvelos, y a veces la angustia y el dolor que se experimentan al verlos todavía tan inmaduros y faltos de solidez.

Huelga decir que para que los ruegos y súplicas prosperen, es menester que el que los presenta sea alguien en quien Cristo ya está básicamente formado. Sólo así podrá reproducir según su especie y su género, de acuerdo con el principio establecido por Dios en ese sentido desde un comienzo en Génesis 1, como ya hemos visto anteriormente, aplicable tanto en lo natural como en lo espiritual.

Tales ruegos y súplicas irán acompañados de la perseverancia, la fe y el amor que se identifica tiernamente con ellos, los hijos espirituales, en su necesidad. Además irá el ejemplo de una vivencia totalmente consecuente que les servirá de referencia, y un brindarse a ellos en cuanto sea necesario para su ayuda, instrucción y guía.

Como resultado de lo anterior, en el ministrarles ya sea por escrito como en este caso, o bien por la vía oral o verbal, habrá en su momento un fluir del Espíritu, transmitiendo la misma virtud *que ya ha operado en uno*, para llevarlos al lugar en que se encuentra de ser un siervo o una sierva en quien Cristo básicamente ya está formado. (Al igual que en un párrafo anterior, hemos puesto *básicamente*, para denotar que no estamos desde luego hablando de una formación total y absoluta de Cristo en una persona, cosa que creemos que nadie en su sano juicio podrá pretender haber alcanzado ya.)

Si bien esta ministración a que nos referimos siempre estará basada en claras verdades bíblicas, nunca debemos perder de vista la necesidad absoluta de que vaya acompañada de esa gracia vivificante del Espíritu Santo, sin la cual será poco más que una teoría inoperante.

Ahora bien, esa comunicación de la verdad y el consejo de lo alto, empapados de la unción del Consolador, normalmente no llevará de inmediato a la meta deseada. En cambio, será una fuerza viva que capacitará a los beneficiados a ponerse en marcha hacia ella, *debiendo ellos ejercer su voluntad y poner su parte* para avanzar y lograr progresos sólidos. En muchos casos, hará falta una o más nuevas dosis de esa comunicación de gracia, impartidas periódica o esporádicamente, según corresponda o se presenten las cosas.

Debemos recalcar aquí que lo señalado en los párrafos precedentes, nada tiene que ver con un paternalismo autoritario que ha estado en boga en algunos círculos desde hace varias décadas. El mismo insiste en que debe haber una fuerte sujeción a lo que se suele llamar la cobertura, coyuntura o referencia, no tomando decisiones sin su previo conocimiento y aprobación. A menudo esto ha desembocado en un muy malsano control de las vidas, y por lo general ha sido algo impuesto y aceptado en forma artificial.

El orden correcto no es éste, sino algo espontáneo que surge de un engendrar o alumbrar o bendecir con una ministración honesta de amor y vida. Los así engendrados, alumbrados o bendecidos, acudirán de por sí, sin ninguna imposición, para pedir consejo o ayuda cuando los necesiten, pero nunca por la obligación formal de un pacto o compromiso que los obligue a esto. Nada encontramos en el orden del régimen actual de la gracia, marcado en las Escrituras, para avalar semejantes procedimientos.

El verdadero padre espiritual es uno que se lo ha ganado por una labor honrada de llevar un alma a la luz. Si bien la guiará, ayudará y protegerá en todo lo posible, lo normal será que se alegre el día en que su hijo espiritual esté firmemente establecido, para poder así tomar sus propias decisiones, habiendo alcanzado la sana meta de mayoría de edad en su andar ante Dios y los hombres. Esto no descarta en ninguna forma una correcta relación con otros siervos del Señor y con hermanos en Cristo en distintos niveles, que será sobre la base del amor, el respeto mutuo y las demás normas de la palabra, pero exenta de todo espíritu dominante o de manipuleo.

La experiencia de Pablo.-

A esta altura, estimamos que puede ser provechoso vislumbrar, por lo menos en parte, la forma en que Cristo fue formado en Pablo. Veamos:

“Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí...” (Gálatas 1:15-16)

Hemos subrayado la preposición *en* porque es muy importante, dado que lo define como una revelación interna y subjetiva – dentro de él – y no una externa y objetiva, que sería tener una comprensión o revelación de cómo es Cristo, pero sin que Su carácter y vida estén manifestados interiormente.

Aunque la comparación no es perfecta ni totalmente adecuada, pensamos en ciertos puntos de coincidencia interesantes en cuanto a una cámara fotográfica. Tras enfocarse cuidadosamente en la persona que se desea fotografiar, se espera el momento oportuno para pulsar, de manera que se produzca la apertura necesaria para captar la imagen en el interior de la cámara, simultáneamente con un “flash” que la ilumine para poder lograrla con la mayor nitidez posible.

Después de esto, el operario experto procederá a lo que comúnmente se llama *revelar* la película. Para ello trabajará en un recinto oscuro, cuidando bien que ninguna luz extraña se infiltre para estropear su trabajo, que culminará con el logro de lo que ha de ser una réplica fiel y veraz de la persona que se ha querido fotografiar.

Podemos pensar en su marcha hacia Damasco, cuando todavía era conocido como Saulo de Tarso. Al mediodía, estando el sol en su mayor fulgor, estalló de repente un fuerte fogonazo de luz celestial. Algo se abrió en su interior, mientras que la voz del que pronto supo que era el mismo Jesús que él estaba persiguiendo con tanta saña, le hablaba en forma audible.

Luego vinieron los tres días en Damasco, sin comer ni beber, en los cuales, mientras estaba recluido y haciendo sus primeras armas en la escuela de la verdadera oración, el Artífice Divino *comenzó* con Su maestría y destreza a revelar la imagen viva del Hijo de Dios dentro de él.

Pero antes de hacerlo, no nos cabe duda que la primer prioridad habrá sido la de vaciarlo de tanto odio y blasfemia que llevaba adentro. De esto nos ocuparemos

más a fondo en el penúltimo capítulo, mirando estos tres días desde otro enfoque.

Lo cierto es que al cabo de esos tres días, el Señor, como dándose por satisfecho con ese buen comienzo, envió a Ananías para orar por él a fin de que recobrase la vista. Y como culminación muy importante, fue también *lleno del Espíritu Santo*. (Los Hechos 9:17)

Esta experiencia, que tanto en las ocasiones concretas que figuran en el Nuevo Testamento, como a lo largo de los siglos de la historia, se ha producido y se produce en muchas y variadas formas, no puede en ninguna manera separarse ni disociarse de la formación de Cristo en nuestra vida.

Esa plenitud o llenura podrá traer diversas derivaciones beneficiosas, como un mayor poder o autoridad en la predicación o enseñanza, una mayor efectividad en el ministerio y una relación más profunda con el Señor. Pero entendemos que, acompañando a esas cosas u otras igualmente positivas que también se pueden dar, debe haber una obra interior de asemejarnos más a Cristo en nuestra vida cotidiana.

Su tiempo en Arabia.-

El siguiente punto que consideramos es el tiempo que pasó en Arabia. (Gálatas 1:17) Aunque mucho se ha escrito sobre esto, y desde luego que es posible formular conjeturas de mucho interés y valor, nos limitaremos a unas breves consideraciones.

Las palabras *“no consulté en seguida con carne y sangre”* del versículo anterior, son quizá lo único concreto que nos puede dar alguna clave sobre ese tiempo en Arabia.

La magnitud de la experiencia de su conversión, y sus implicaciones para él y su futuro, hacían necesario que no se diese prisa en ir a otros para divulgarlo, sino que reflexionase y estuviese a solas con el nuevo Señor de su vida. Esto tendría el fin de que “se asentase el polvo”, se consolidase en su interior la nueva vida en que tan de golpe se encontraba, y pudiese tener una orientación clara en cuanto al rumbo que debía seguir.

Desde luego que en ese aislamiento en Arabia, habrá invertido buena parte de su tiempo y energía en la oración y comunión con el Cristo que ahora había pasado a amar tan apasionadamente, como lo revela el resto de su trayectoria. Sin duda que en esas largas horas de estar en la presencia divina, además de recibir mucha revelación, experimentaría el toque sabio y certero del Espíritu Santo, forjando un nuevo carácter y disposición, acordes con el modelo del varón perfecto, Cristo Jesús.

“Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.”

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20)

Solamente estamos tomando algunos puntos importantes de su carrera, reconociendo que se podría ahondar mucho más sobre el rico proceso de su formación.

En sus escritos contenidos en Romanos 6 nos habla Pablo de la cruz de Cristo como el remedio para anular el viejo hombre, *“para que el cuerpo de pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.”* (Romanos 6:6b)

En el capítulo siguiente expone en términos muy claros el drama de la impotencia de uno en la lucha interna contra la ley del pecado y de la muerte, prorrum-

piendo a principios del capítulo octavo en el glorioso testimonio de que la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús lo ha librado de esa horrible ley. (Romanos 8:2)

No es nuestro propósito sumergirnos en las profundidades de todo esto, sobre lo cual grandes teólogos y eruditos han alcanzado conclusiones a veces muy dispares y tomado posturas opuestas. Solamente nos hemos ceñido a citar o resumir la esencia de lo que Pablo nos dice en estos capítulos.

Ahora, en este versículo clave de Gálatas 2:20, tan ampliamente conocido y asiduamente citado, creemos que Pablo lleva las cosas a un peldaño más alto todavía.

No es acá la naturaleza carnal, es decir el viejo hombre, ni la ley del pecado y la muerte, lo que está sobre el tapete. En cambio se trata de él, como persona y en su vida propia o natural – su yo. Debemos entender que esta vida propia no es necesariamente pecaminosa en sí, pero que hay una sola forma de evitar que se vuelva así, y es la de ponerla continuamente bajo el señorío del Espíritu Santo y en disponibilidad absoluta para hacer la voluntad de Dios.

Recordemos las palabras de Jesús, repetidas tantas veces: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, nieguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame”*. El término nieguese es bien distinto del empleado por Pablo en Romanos 6:6 con respecto al viejo hombre y el cuerpo de pecado.

Creemos que Pablo llegó a la conclusión – *cuándo* no nos aventuramos a opinar – de que esa vida suya propia y natural era en verdad un estorbo para el obrar de Dios en él y a través de él. Y como la mejor forma de supeditarla totalmente al Espíritu, recibió la clara revelación de que debía mantenerla en un estado diario de crucifixión juntamente con Cristo. *Como algo muy importante notemos el tiempo presente del verbo – el de una acción habitual, continua y progresiva – esto a diferencia de Romanos 6:6 y 8:2 donde se trata de algo que tuvo lugar en el pasado.*

Esto significaba para él quitarse a sí mismo de en medio, creando voluntariamente un vacío en su interior, para que el mismo Cristo lo pudiese ocupar y llenar. O bien, dicho en otra forma, se dejaba deliberadamente desplazar por Cristo, haciéndose a un lado al asirse del principio de la cruz, para que Él pudiese ocupar el lugar central y directivo en su vida.

Esto, sin lugar a dudas, se convirtió en una constante en su andar diario que condujo a la formación real y progresiva de Cristo en él.

Aun cuando evidentemente habrán intervenido otros factores más, nos contentamos por ahora con lo ya expuesto, que de por sí *ya nos da mucho en qué pensar y sobre qué trabajar para emular su ejemplo.*

De la verdad que Cristo estaba clara y ricamente formado en él, tenemos fehaciente testimonio en Gálatas 4:14b:

“...me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús.”

Casi están demás las palabras. La dolencia y debilidad física que presentaba según el contexto, no eran óbice en lo más mínimo para que viesen en su semblante, su hablar y su presencia, al mismo Jesucristo fielmente reflejado.

Si bien el término que usa es distinto – *perfecto*, en vez de Cristo formado en uno – en Colosenses 1:27b-29 tenemos claros indicios de cómo Pablo funcionaba, en su intento de llevar a otros a ese lugar de plena estabilidad y formación espiritual.

“...Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre;

para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí.”

Según lo ya adelantado, en vez de usar la expresión “que Cristo sea formado en vosotros”, aquí Pablo lo plantea a través del prisma de “presentar (a otros) perfectos en Cristo Jesús”. Aunque esto no es totalmente equivalente, guarda una semejanza que nos permite utilizarlo adecuadamente para los fines que perseguimos.

Pero antes de hacerlo, debemos hacer un paréntesis de varios párrafos para referirnos al vocablo *perfección* y derivados, tal cual se los usa en el Nuevo Testamento.

Sin entrar en disquisiciones minuciosas, digamos primeramente que *perfecto* no significa en las Escrituras una persona totalmente exenta de fallos y errores, con la única excepción de las veces en que se lo dice de Cristo mismo, como por ejemplo en Efesios 4:13.

En cambio, quiere decir alguien que según su edad en la fe, sus posibilidades y la voluntad de Dios para su vida, ha alcanzado un desarrollo acorde con todo ello, y está agradando al Señor con una conducta consecuente.

Esto nos lleva a entender también que hay distintos grados de perfección. Un niño sano que evoluciona satisfactoriamente hacia una adolescencia formal y responsable, por así decirlo ha alcanzado la perfección *que es dable esperar a esa altura de su vida*. Desde luego que con el correr del tiempo, deberá avanzar más para lograr la perfección que será propio esperar de él más adelante. Y con esto queda claro que en todo este avance hacia una meta más alta, está latente también el concepto de la madurez.

En la vida de nuestro Señor Jesús, el modelo maravilloso en todo para nosotros, vemos esto clarísimamente ejemplificado.

“Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.” (Hebreos 5:8-9)

Como criatura, niño, joven y adulto, Él siempre fue las dos cosas – obediente y perfecto. Mas llegada la etapa crucial y final de Su vida, fue necesario que aprendiese la obediencia a un nivel que no le había tocado antes. Ahora se trataba de obedecer entregando Su vida al horrible suplicio de Su pasión y muerte, yendo del Getsemaní al Calvario sin volverse atrás para nada y sin formular una sola queja o protesta.

Esto no lo había tenido que enfrentar nunca, y en ese sentido Él aprendió la obediencia a ese nivel máximo de exigencia. Lo hizo en forma plenamente satisfactoria, y así fue perfeccionado también en un grado mucho más alto de lo que jamás había experimentado, alcanzando la perfección en una medida suprema y sublime.

Aunque nos sabemos, por supuesto, incomparablemente inferiores a Él, esta progresión Suya nos da una idea del rumbo que debemos seguir. A medida que avanzamos en edad, experiencia y conocimiento de Dios, nos vendrán exigencias mayores de parte de Él, y si las enfrentamos adecuadamente, habrá también en nosotros una progresión escalonada en distintos grados de perfección.

Retomando ahora el hilo de lo que Pablo nos está diciendo en el pasaje que hemos tomado de Colosenses capítulo primero, vemos que él tenía como meta presentar a los hombres perfectos en Cristo Jesús, bajo ese prisma de “*Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*” fijado por el contexto del versículo 27. Para ello luchaba, lo que nos da a entender que había esfuerzo y sacrificio. Esto tiene afinidad en buena medida con los dolores de parto de que habla en Gálatas 4:19.

Esa lucha – esto es muy importante y se debe comprender con claridad – él la acometía con el poder del Señor *que actuaba poderosamente en él*. Es decir que había un fluir del poder, la gracia o la virtud de Dios en su vida, que operaba poderosamente en él para llevarlo a escalas más altas de madurez y perfección. Al mismo tiempo, ese poder, gracia o virtud, llevaba latente en sí el impulso o la inclinación de transmitirse a otros, para que ellos a su vez también se beneficiasen de él.

Todo siervo o sierva medianamente experimentado, atestiguará sobre la realidad de este principio o fuerza interior de cada cosa que se recibe de lo alto, y que pugna de por sí por transmitirse o comunicarse a otros. Esto responde sencillamente a la propensión a reproducir que Dios ha puesto en su orden creativo, y funciona tanto en lo natural como en lo espiritual.

Antes de seguir adelante, presentamos algunas observaciones y reflexiones sobre este particular, que creemos merecen tenerse en cuenta.

En primer lugar, un aspecto más bien delicado de esto, está en el hecho de que en el orden moral y aun espiritual, constituye un arma de doble filo, es decir que puede operar tanto para bien como para mal.

Como tantas otras cosas fundamentales, esta verdad se encuentra en forma de semilla en la primera parte del Génesis, concretamente en el capítulo 3. Ahí vemos como Eva, no bien hubo probado del árbol de la ciencia del bien y del mal, casi diríamos que instintivamente se lo dio a su marido para que él también participase de él. No es sin razón que se ha comentado la fuerza de este instinto o principio en la mujer – para mal en este caso – ilustrádoselo con el hecho de que una gran mayoría de “mediums” que actúan en el espiritismo son mujeres. Esto va en el sentido de poner de relieve su tendencia a mediar o impartir a otros un poder que opera en sus vidas, en este caso lamentablemente para mal y muy grave y peligroso por cierto.

Con el ánimo de no ofender a las hermanas, dando pie a que se piense que vemos a la mujer con malos ojos, nos apresuramos a dar la otra cara de la moneda. Cuando se trata de testificar del Señor y transmitir la gracia del perdón y la vida eterna a otros, la mujer en general suele ser más celosa y tesonera que el hombre, salvo honrosas excepciones.

Otra faceta, también delicada en cuanto a este tema, es que al comunicar a otros los bienes celestiales, debemos cuidar de que sea con la mayor pureza y responsabilidad posibles. A veces un don o una gracia puede ir acompañado de una fuerza anímica – es decir del alma o de la vida natural – de parte de quien lo ejerce, y esto traerá a la postre efectos perjudiciales.

No es éste el lugar para extendernos demasiado sobre este asunto, que volvemos a decir es bien delicado. Baste señalar dos cosas. Una de ellas es que quien tenga un don espiritual, acompañado de *un fuerte deseo personal* de impartirlo a otros, a veces podrá realizar una transmisión anímica – como decimos, brotando de la fuerza

de su alma o su propia vida natural – pensando que es un genuino impulso del Espíritu Santo, cuando en realidad no lo es. Los resultados de esto serán a la larga muy insatisfactorios.

La otra tiene que ver con la necesidad de una estricta honradez ministerial, *que se despoja conscientemente de todo lo que podría ser de uno mismo, para que la transmisión pueda ser puramente espiritual*, y no estar acompañada de ninguna proyección personal de quien la imparte. ¡Bástele al beneficiario con sus propias debilidades y fallos, y no sea que con la bendición, le añadamos también de los puntos flojos y las lagunas de nuestra propia vida!

Ahora sí avanzamos más sobre nuestro tema de que Cristo sea formado en nuestras vidas.

Mirando...la gloria del Señor.-

En todo lo antedicho tenemos material bastante abundante, al que solo queremos agregar un aspecto adicional que encontramos en 2^a. Corintios 3:18:

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”

Es un principio bien conocido que aquello que miramos y contemplamos, fijando nuestra atención y afecto en ello, insensiblemente se va reproduciendo en nuestro interior.

Así, quien mira y piensa mucho en billetes y grandes sumas de dinero, va alimentando una codicia que termina en abierta avaricia.

En otro orden, pero con alguna afinidad, dos personas que conviven por largo tiempo y pasan mucho de su vida juntas, llegan a asimilarse mutuamente de tal manera que pueden llegar a asemejarse mucho en su parecer.

El autor recuerda una visita de un matrimonio misionero a su hogar hace mucho, cuando todavía era soltero. Al hablar con sus padres, a quienes no habían visto ni conocido antes, y que por ese entonces llevaban más de treinta años de casados, comentaron que veían tal semejanza en ellos, que casi se les hacía que eran hermano y hermana.

También hemos oído casos de misioneros europeos en la China, que después de muchos años, al volver de vacaciones a su país natal, llamaban la atención por haber cambiado en algo sus facciones, sobretodo en los ojos, que parecían haberse alargado horizontalmente. Esto se debía sin duda a la asimilación natural de los rasgos propios de la gente china, con la cual habían estado en estrecho contacto por tantos años.

Por supuesto que todo esto es en la esfera natural, y no siempre se verifica tan claramente como en los ejemplos dados.

No obstante, no cabe duda, y lo confirman las palabras del versículo que hemos citado, que el Espíritu Santo aplica el concepto de la contemplación de Cristo, para ir reproduciendo Su imagen en niveles progresivos en nuestra vida.

Y en esto entra la aplicación y devoción personal de cada uno. Amándolo, podemos y debemos pasar buenos ratos a diario recogidos quietamente en Su presencia, en oración y comunión con Él. Con el agregado de que con la contemplación de Su

persona con todas las virtudes que despliega, valiéndonos de la revelación que se nos da de Él en las Escrituras, hemos de darle al Espíritu Santo la oportunidad de operar día a día en forma gradual, lenta pero segura, para ir efectuando una transformación interior que nos haga más semejantes a Él.

En esta contemplación debe haber una actitud humilde hacia el Espíritu de Dios, dejándonos corregir y moldear en cada cosa. La prisa excesiva, el no perseverar debidamente, la impaciencia o el no darle a esto el tiempo necesario, serán estorbos que impidan que haya verdadero progreso.

A propósito de progreso, mientras sigamos en una línea consecuente y perseverante, podremos contar con el aliciente de un verdadero y sostenido avance. No obstante, la experiencia a veces nos enseña que no nos conviene estar demasiado conscientes de nuestros logros, como parte de la sabia gracia del Señor que parece que no nos permite ver los progresos que otros ven en nosotros, no sea cosa que nos envanezcamos. ¡Incluso hay ocasiones en que parece que nos hace bien que nos llevemos un pequeño y saludable desengaño!

El aspecto de la contemplación de la hermosura del Señor, en comunión con Él, era una práctica de David, según vemos en el Salmo 27:4. Para algunos esto podrá parecer lirismo, o algo que bordea en un misticismo algo alejado de la realidad de la vida moderna – algo así como “eso estaba bien para tiempos de antaño, pero como está el mundo hoy día, ya no tiene lugar ni sentido.”

Sin embargo, para apreciar su debido valor, aparte de recordar las muchas exhortaciones en ese sentido contenidas en la palabra (Colosenses 3:1-2; Hebreos 12:1-2, etc.), tengamos en cuenta algo fundamental en todo esto: si bien en Su economía el Señor a cada uno nos da llamados, funciones y dones distintos en la vida, hay un algo mucho más importante para lo cual *todos* hemos sido creados y llamados: para ser a imagen y semejanza de Él, el varón perfecto – el todo codiciable Hijo de Dios.

Y además, aunque no necesariamente en resultados numéricos, pero sí en materia de fruto verdadero y duradero, esto nos ha de dar los réditos más altos en nuestro servicio cristiano.

Largo camino te resta!

Desde luego que en esta formación de Cristo en cada uno de nosotros hay escalas y medidas. Mientras que aquéllos que llevan años y decenios en la marcha ascendente, seguramente que habrán alcanzado sensibles y visibles progresos, como ya dijimos ninguno en sus cabales podrá profesar haber alcanzado el punto de que el Cristo glorioso ya esté plenamente formado en él. Antes bien, muy conscientes de Su grandeza sin par y Su perfección y hermosura inigualables, hemos de repetirnos cada uno a sí mismo, las palabras dichas por el ángel a Elías en 1^a. Reyes 19:7b. Aun cuando en un contexto y sentido distinto, aquí tienen una clara aplicación, aun para los más maduros y avanzados:

“...largo camino te resta”.

Pero el Espíritu Santo, que es Quien anima e impulsa a los verdaderos santos de Dios a seguir escalando posiciones, nos alienta a no desmayar, sino a continuar con el más noble empeño y ahinco en nuestra marcha hacia esa meta, más sublime que ninguna.

Que en el corazón de cada uno brote una respuesta acorde con la grandeza de semejante llamado, aún ahora, mientras que todavía estamos en este mundo. El amado Maestro se lo merece, y el mundo que nos rodea y la misma iglesia universal lo necesitan ver ejemplificado y demostrado más que nunca antes en la historia.

El Señor nos ayude a todos, para que el profundo anhelo de Pablo por los Gálatas también se cristalice en nuestras vidas – *que Cristo sea de veras formado en nosotros.*-

----- () -----

CAPÍTULO VIII – LA PLENITUD INFINITA DE CRISTO y DE SU OBRA REDENTORA (1)

A esta altura, cuando estamos acercándonos a la mitad del libro, hacemos un paréntesis grande para abordar un tema que constituye en realidad la espina dorsal del cristianismo. Tanto para el comienzo con el nuevo nacimiento, como para el desarrollo y la maduración ulteriores, y la restauración cuando ha habido un decaimiento o alejamiento, la plenitud infinita de Cristo es el manantial eterno e inagotable, del cual fluyen todos los raudales de gracia necesarios, traídos a nuestras vidas – se sobreentiende – por la bendita persona del Espíritu Santo. Esta plenitud incluye desde luego Su obra de redención, con todas sus vastas y eternas proyecciones a favor de todos los santos de todos los tiempos.

“...donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo en todos.” (Colosenses 3:11)

Este versículo tiene como contexto el precedente, en el cual se nos habla de vivir revestidos del nuevo hombre, *“el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno.”*

Pablo añade ahora a las palabras “circuncisión ni incircuncisión” que ya hemos visto antes, varios opuestos más que pueden originar diferencias, contradicciones o contiendas, para pasar a decir que en esa nueva vida, en ese nuevo hombre, en esa esfera y ese reino nuevos y distintos, ninguna de esas cosas tiene valor o importancia. Lo fundamental y absolutamente prioritario es que *Cristo sea el todo y en todos.*

En realidad, cuando se anda continuamente buscando cosas nuevas, la última novedad o lo más reciente, que va a estar o que ya está en boga, es señal de una insatisfacción interior. Por supuesto que es bueno y sano tener hambre y sed de más de Dios, pero con mucha frecuencia esos anhelos se perfilan por líneas indebidas. Así, en vez de buscar a la *Fuente Eterna de todo bien en sí*, se busca lo más novedoso, la última palabra, lo que ahora está de moda, o bien el poder o los milagros. Y en esta búsqueda incorrecta, a menudo se prescinde de los medios claramente trazados por el Señor, que son básicamente la oración, la palabra de Dios, la entrega total de nuestras vidas y el querer hacer Su voluntad por encima de todo lo demás.

La verdad es que al tenerlo de veras a Cristo por la plenitud del Espíritu en nuestras vidas, *en Él lo tenemos todo*. Lo que hace falta no es corretear de aquí para allá buscando algo nuevo, sino por el obrar del Espíritu Santo que mora en nosotros, ensancharnos, extendernos, profundizarnos y cobrar altura, dentro de esa plenitud inagotable del Cristo infinito.

Varias veces ya, en lo que llevamos escrito, hemos hecho alusión a lo que llamamos la pluma tan fecunda del apóstol Pablo. En este tema tenemos que volver a lo mismo. Aunque profundamente respetuosos de otras plumas como las de Juan y Pedro, y otros que han aportado tanto en sus sagrados e inspirados escritos del Nuevo

Testamento y del Antiguo también, tenemos que reconocer que ninguno como Pablo cuando se trata de presentar y describir la grandeza inmensa, sin fin, de nuestro Cristo maravilloso. No obstante, en el desarrollo de este capítulo también tomaremos pasajes destacados de otros autores de las Escrituras, que indudablemente han hecho también una aportación muy valiosa.

El tema de la plenitud infinita de Cristo y de Su obra completa y perfecta es tan vasto, que para abordarlo con amplitud habría que escribir varios tomos. La verdad es que no nos consideramos capacitados para ello, de manera que sólo iremos tomando un buen número de sus aspectos principales, algunos en forma escueta y otros con cierta extensión.

Antes de empezar a hacerlo, reiteramos el importante punto ya señalado con anterioridad con otras palabras y desde enfoques distintos. Siendo Él quien lo tiene todo para nuestras vidas, no nos debe extrañar que la táctica del enemigo sea la de usar cuanto argumento, tema polémico, tentación, distracción o estratagema pueda, para que saquemos la mirada de Él y perdamos así el contacto vivo con Su gracia todo suficiente. Esto es lo que se le señala a los Colosenses, al advertírseles de las diversas tendencias erróneas que se estaban infiltrando entre ellos, cuando en el versículo 19 del segundo capítulo se les dice:

“...y no asiéndose de la Cabeza...”

Éste es el efecto que tienen todas las cosas de esta índole – que se pierda la visión y el contacto vivo con Aquél de quien nos viene todo para nuestra vida y servicio cristiano.

Todo el énfasis de la palabra de Dios con el consejo para Sus hijos, apunta a arraigarnos y permanecer en Él. Y podemos afirmar con toda propiedad que, con una gran variedad de matices, éste es el principio básico y la receta universal para cada verdadero creyente.

Quien se ha apartado o alejado – mucho o poco – a volver a unirse con Él y vivir en Su gracia; quien no se ha apartado ni alejado, pero desea crecer y desarrollarse más, a enraizarse más cada día en Él, y nutrirse con avidez de la savia de Su vida plena de todo bien.

Una salvedad más: comprendemos que para el gusto, el estilo o la capacidad de algunos, por lo menos parte del material que sigue no será del todo de su agrado, por ser muy denso en algunos puntos, y porque en determinadas partes habrá que leer muy lenta y detenidamente. Sin embargo, para los de espíritu investigador y con deseos de ahondar y ampliar la visión, será buen material para “masticar”, digerir y asimilar cosas muy sustanciosas y de evidente provecho.

Ahora sí - por fin – pasamos a tocar algunas de las partes más destacadas de esa maravillosa plenitud. Para ello nos valemos, como ya anticipamos, no sólo de los escritos paulinos, sino también de los de otros grandes siervos, con citas o pasajes que convergen sobre el tema.

a) El conducto por el cual se canalizan todas las promesas.-

“Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas... Y a tu simiente, la cual es Cristo.” (Gálatas 3:16)

Él es el conducto, glorioso y perfecto, a través del cual se canalizan todas las promesas de bendición para todas las naciones. Se deriva de la promesa de la simien-

te de la mujer, hecha primeramente en el Edén (Génesis 3:15), ratificada y sumamente ampliada en el pacto con Abraham.

b) La meta suprema a que nos lleva la ley de Dios.-

“De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo.” (Gálatas 3:24)

Toda esa ley mosaica, tan llena de sabiduría, verdad y justicia, tenía y tiene como fin más elevado, actuando como nuestro maestro o enseñador, llevarnos a Cristo como el más alto bien para el ser humano.

c) El niño e hijo con el quíntuplo nombre para describirlo.-

“...y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz.” (Isaías 9:6)

Su nombre - ¡en singular! – pero en realidad cinco para denotar 1) Su grandeza gloriosa; 2) Su rol de consejero celestial; 3) y 4) Su Deidad omnipotente y eternal y 5) Su obra única de reconciliarnos a Dios y llenar de paz nuestras vidas. Como si esto fuera poco, el contexto nos habla de un reino sobre Sus hombros, dilatado ilimitadamente en tiempo y en espacio, y ordenándolo todo en perfecta paz, juicio y justicia.

ch) El vaso corporal que contiene en sí toda la plenitud de la Deidad.-

“...Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad...” (Colosenses 2:8-9)

Todo cuanto es y será el Ser Supremo, el Dios invisible y eterno, se encuentra depositado corporalmente en la persona de Cristo.

d) La cabeza de todo principado y potestad, que completa totalmente nuestras vidas.-

“...y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad.” (Colosenses 2:10)

¿Por qué y para qué andar buscando y buscando en otras partes, cuando en Él lo tenemos todo?

e) El recipiente o contenedor en que se encuentran todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.-

“...Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.” (Colosenses 2:3)

Él, la sabiduría personificada, de la cual nos hablan tanto los primeros nueve capítulos de Proverbios, tiene escondidos en Su persona todos los secretos de ella – la sabiduría – y también del conocimiento. En Su ministerio terrenal y a través de la Escritura, nos ha dado una buena dosis de ellos, y para cualquier situación o emergencia que se nos presente, podemos acudir a Él directamente o a través de ella – la Escritura – y nos dará la respuesta certera.

f) El que en todo tiene la preeminencia.-

“...él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia.” (Colosenses 1:18b)

Por encima y por delante de todo lo que hay, ha habido o habrá, está y estará Él como el personaje máximo y supremo. (1#)

g) Cabeza de la iglesia, que llena Su cuerpo con toda Su infinita plenitud.-

“...y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo.” (Efesios 1:22-23)

Aquí se presenta esa exhuberante y desbordante plenitud, como algo que inunda y satura la vida de cuanto miembro redimido haya en la iglesia universal de Cristo de todos los tiempos – una muchedumbre incontable de todo pueblo, nación, tribu o lengua.(Ver Apocalipsis 7:9)

h) La pieza clave en la que en el cumplimiento de los tiempos Dios reúne todas las cosas.-

“...dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.” (Efesios 1:9-10)

Nuestras mentes finitas y estrechas no llegan a abarcar por completo la magnitud de lo que Pablo nos dice en este pasaje. Nos limitamos a decir que, por lo que entendemos, en la consumación de los siglos, Dios habrá de tomar cuanto haya en los cielos y en la tierra y colocarlo en Cristo, a fin seguramente de darle su destino debido, liquidando y saldando por medio de Él cada cuenta, y ubicando cada cosa en su correspondiente lugar final.

i) ”Toda potestad me es dada en los cielos y en la tierra”. (Mateo 28:18)

Estas palabras, tan bien conocidas, que figuran al principio de la gran comisión, tienen un hondo y rico sentido. Nos ceñimos a hacer constar una cosa que en varias ocasiones hemos expresado en nuestra prédica oral:

“Si a Cristo le ha sido dada toda potestad ¿cuánta tendrán Satanás y sus huestes en su lucha contra nosotros?”

La respuesta, que se cae de madura, no puede ser otra que :

¡NINGUNA!

A lo cual debemos hacer el solemne agregado de que el único poder que pueden tener contra nosotros, es el que le demos ya sea por desobediencia o por salir de nuestra fortaleza en Él, yéndonos fuera de la voluntad de Dios, y así dándole cabida en nuestras vidas. De lo contrario, en el plano normal, por Su gracia somos intocables. (2#)

(1#) En esto se entiende, con la salvedad hecha en 1^a. Corintios 15:24-28, de que al fin, “luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.”

(2#) Decimos en el plano normal, porque puede haber, muy excepcionalmente, casos como el de Job, a quien Dios permitió que Satanás le hiciese bastante daño. No obstante, era con un propósito especial, y a la postre, Job quedó mucho más enriquecido y bendecido que antes.

“Sabemos que todo aquél que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquél que fue engendrado por Dios le guarda y el maligno no le toca.” (1ª. Juan 5:18)
¡Gloria a Dios!

j) La gloria del Verbo encarnado, lleno de gracia y de verdad.-

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.

“...Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia.” (Juan 1:14 y 16)

Esto forma parte de un hermoso pasaje en el cual el apóstol Juan, que escribió su evangelio a una edad muy avanzada, nos da unas pinceladas entrañables sobre el tema de la plenitud de Cristo.

Escribe como uno que junto con otros ha visto y contemplado a ese personaje incomparable. Lo resume como diciendo que la gloria que vieron en Él no podía ser otra que la que se habría de esperar del que es el unigénito de ese Padre de gloria tan sublime. Y termina comprimiéndolo en estas palabras: lleno de gracia y verdad.-

Pero, en el versículo 16 ya citado, pasa a añadir que todos hemos recibido de esa gran plenitud, no gracia y verdad, como se esperaría, sino gracia sobre gracia.-

¿Qué queremos señalar con esto?

La plenitud apuntada primeramente por Juan en el versículo 14 es de absoluta gracia y de absoluta verdad. En Su trato con cada uno de nosotros nos administra de Su gracia, pero también de Su verdad, la cual en ocasiones incluso debe hacernos doler, al corregir nuestros errores y faltas, tocando puntos sensibles de toda nuestra personalidad y conducta.

No obstante, a medida que lo vamos conociendo más, nos damos cuenta de la sabiduría, bondad y amor con que lo hace, buscando siempre nuestro más alto bien. Y así, si bien de esa plenitud suya provienen la gracia y la verdad, la forma tan especial con que maneja esta última hace que también la llamemos gracia.

¿Está claro? Confiamos que sí...

k) Todas las cosas están en sus manos.-

“...sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos...”
(Juan 13:3)

Cualquier soberano o emperador, al ser investido, es objeto de grandes honores y bien pronto lanza una proclama real o imperial. ¡Qué distinto es nuestro Señor!

En lugar de todo eso, con serena calma toma una toalla, llena un lebrillo de agua, ¡y se pone a lavar y secar dos docenas de pies sucios y polvorientos! Y después de eso, sigue Su marcha voluntaria hacia el Gólgota para ofrendar noblemente Su vida santa, y así poder salvarnos de la perdición eterna.

¡Con razón que se lo llama el Rey de Reyes y Señor de Señores! Nadie como Él en la hermosura de la realeza y señorío de Su humildad y amor incomparables.

Habiendo dicho esto, no debemos perder de vista el verdadero alcance del versículo 3. El Padre le ha dado *todas las cosas* en Sus manos.

Por una parte, tú y yo, amado lector, somos un regalo que el Padre le ha dado a Él - el Hijo Amado. A esto último se está refiriendo Pablo, cuando en Efesios 1:17-18,

como parte de su primer gran oración por los santos y fieles de Éfeso, ruega en estos términos:

“...para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis...cuales (son) las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.”

Y para mayor abundamiento, hemos de puntualizar que a nuestro entender, Pablo en esta oración no sólo está visualizando la herencia final una vez consumadas todas las cosas, sino también la *actual* que tiene Cristo en todos Sus santos todavía en vida. Aunque aún no están perfeccionados, le proporcionan a Él todo el riquísimo potencial que necesita para llevar adelante la obra que empezó en Su ministerio terrenal. Tú y yo somos parte de esa herencia y de ese potencial, junto con todos nuestros hermanos del mundo entero.

Por la otra parte, ¡ qué consuelo, seguridad y confianza nos deben dar estas palabras! Nuestras vidas – sí, la tuya y la mía – están en Sus manos buenas, diestras y todopoderosas. ¿Podrá haber mejor lugar para ellas? Seguramente que no.

I) La imagen del Dios invisible.-

“...Cristo, el cual es la imagen de Dios.” (2ª. Corintios 4:4b) *“Él es la imagen del Dios invisible”.* (Colosenses 1:15). *“...siendo...la imagen misma de su sustancia...”* (Hebreos 1:3)

Como bien se sabe, Dios ha prohibido en Su ley que tengamos imágenes, ídolos, estatuas o efigies, para darles un lugar de influencia y ayuda en nuestras vidas. Quien igualmente lo hace, para su propio perjuicio lo hace, a menudo trayendo – aun sin saberlo – el mal, y no el bien, sobre su persona y también sobre los suyos.

Afirmar que Cristo es la imagen de Dios, no supone ninguna incoherencia ni contradicción con respecto a los dos primeros mandamientos del decálogo. (Éxodo 20:3-4) Estos últimos se refieren a cosas hechas con la mano del hombre, a las cuales neciamente se las idolatra o deifica.

Nada de eso hay en la persona de Cristo. Él es el personaje celestial y eterno, encarnado en el cuerpo del bebé de Belén que más tarde fue el Maestro de Galilea, merced a la milagrosa concepción en la matriz de la Virgen María por la virtud del Espíritu Santo. Su vida aquí en la tierra, totalmente exenta de pecado y plena de sabiduría, bondad y toda otra noble cualidad, es una expresión fiel, acabada y exacta de lo que es el Dios eterno e invisible, a quien nadie ha visto jamás.

Podemos pues decir con toda propiedad que como la imagen de Dios, *Cristo es la representación vívida, veraz y precisa de Él, en todos Sus atributos y virtudes.* En suma, verlo y conocerlo a Jesucristo equivale a ver y conocer al Dios Padre. (Juan14:9b)

II) Heredero de todo.-

“...el Hijo, a quien constituyó heredero de todo”...(Hebreos 1:2)

Si bien este punto puede parecer el mismo que el k) anterior, hay en él un matiz importante que lo diferencia, realza y lleva más alto todavía. En el versículo citado en el punto k), lo vemos ya antes del Calvario como el depositario único y total de todas

las cosas. Algunas de ellas, como las opuestas a Dios y Su reino, para saldar y liquidar cuentas y darles a su tiempo el juicio, castigo o destino de perdición que Su justicia perfecta habrá de dictaminar. Otras, tales como Sus santos en vida, todavía en proceso de redención y transformación hacia su perfeccionamiento final.

En su calidad de heredero total y exclusivo, constituido expresa y formalmente por Dios el Padre, ha de entrar a su tiempo en propiedad total, final y definitiva de toda Su vastísima herencia. Ella incluirá, desde luego, a todos los santos de todos los tiempos, redimidos por Su sangre y también dignificados, hermo­seados y perfeccionados por el obrar de la gracia divina.

m) Creador de todo el universo.-

“...por quien asimismo hizo el universo;” (Hebreos 1:2)

Todo nuestro sistema planetario, con el sol como su centro, como así también las constelaciones, las galaxias, y cada célula y partícula de la vida humana, animal, vegetal y mineral de nuestro mundo – en fin, todo, todo – lleva impreso el sello de Su omnisciencia, grandeza y omnipotencia. En perfecta unidad y colaboración con Dios el Padre y el Espíritu Eterno, Él es el creador de cuanto somos, vemos y conocemos, y también de lo mucho, muchísimo que no vemos ni conocemos.

n) El resplandor de la gloria de Dios.-

“...el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia...” (Hebreos 1:3)

“...para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.” (2ª. Corintios 4:6b)

Esto es tan rico y sublime, que no podemos sino extendernos por varios párrafos sobre algo de lo muy mucho que encierra.

En el versículo de Hebreos se nos señala que el Hijo es la expresión resplandeciente de la gloria de Dios. En la segunda cita que hemos tomado, de 2ª. Corintios 4, se nos particulariza algo más. Se nos dice que esa iluminación del conocimiento de la gloria divina está en la faz, o sea el rostro, de nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien, como es sabido, en los cuatro evangelios, que constituyen otras tantas biografías de Jesucristo, el Espíritu Santo no ha permitido que se le deslice a ninguno de sus autores el menor detalle en cuanto a Sus rasgos físicos. No sabemos si era alto o bajo de estatura, delgado o no, ni el color de sus ojos o de sus cabellos, ni ningún otro detalle en ese sentido. Esto no es sino una muestra más de la inspiración sabia y acertadísima, no del hombre, sino de la tercera persona del Dios Trino, en cuanto a las Sagradas Escrituras – en este caso particular, de los cuatro evangelios.

¿Cuál es, pues, el rostro o la faz de Jesucristo a que se refiere Pablo?

Entendemos que en el Nuevo Testamento hay una revelación muy clara de él. Veamos:

“...y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol...” (Mateo 17:2)

“...y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza.” (Apocalipsis 1:16)

“...yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol...” (Los Hechos 26:13)

Estas tres citas corresponden, respectivamente, a la transfiguración, a la aparición de Cristo a Juan en la Isla de Patmos, y a la conversión de Saulo de Tarso en el camino a Damasco.

Al hacer alusión Pablo a la iluminación de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo en 2ª. Corintios 4:6b citado más arriba, no cabe duda que él se estaba refiriendo a esa luz mayor que la del sol que él vio y le rodeó ese día de su conversión.

Así tenemos, en tres revelaciones dadas a los cuatro más destacados apóstoles del Nuevo Testamento, Pedro, Juan, Jacobo y Pablo, una clara coincidencia. En las tres ocasiones, al hablar de la gloria que irradiaba el rostro de Él, se la relaciona directamente con el sol.

No era el sol en sí, sino *como* el sol en los dos primeros casos, es decir que encontraban en él – el centro de nuestro sistema planetario – el parecido más aproximado. En cuanto a la tercera ocasión, Pablo también usa la comparación del sol, pero diciendo que la luz era mucho mayor.

Por otra parte, sabemos que en Malaquías 4:2 al Señor se lo describe proféticamente como el Sol de Justicia, y en el Salmo 19:4b-6 se habla del sol como el esposo que sale de su tálamo, y como el gigante que se alegra para correr el camino, y de cuyo calor nada hay que se esconda. Esto es evidentemente una hermosa descripción alegórica de nuestro Señor Jesucristo, al cual, teológicamente lo solemos llamar el *Sol Increado* o bien el *Sol eterno*.

Como centro del sistema planetario en que existimos, el sol tiene un papel que es a la vez fundamental e indispensable para nuestro mundo, el planeta tierra. Seguramente que hay muchísimo más, pero extraemos tres cosas, bastante sencillas, pero de indudable verdad y valor.

Primeramente, el sol es una inmensa esfera, llena de fuego, que nos da vida, luz y calor. Si la tierra se alejase de él, moriríamos todos congelados y petrificados en brevísimo plazo. Y así es Jesucristo para nosotros, el que nos da *vida, luz celestial y el calor de Su maravilloso amor*.

En segundo lugar, siendo el sol el centro de nuestro sistema, giramos en torno a él. Esto lo hacemos en una órbita constante y con dos movimientos simultáneos: el de rotación que cada 24 horas señala el curso de un día, y el de revolución, que completa un circuito larguísimo de miles y miles de kilómetros en los 365 días del año. Demás está decir que si nos saliéramos de órbita, ya sea para alejarnos del sol o acercarnos a él considerablemente, el efecto sería totalmente catastrófico.

Y esto nos habla de lo que debe ser nuestra vida. Nuestro andar cotidiano y el mundo de actividad en que nos desenvolvemos, deben ser una órbita armoniosa y constante en torno a Él. Es decir, hacer Su voluntad como meta prioritaria cada día, ir donde Él va y desde luego nunca ir adonde Él no va; y además, bañarnos en Su luz y en el calor de Su amor siempre. Y si nos salimos de órbita por algún desliz, ponernos a cuentas con Él bien pronto, y retomar de inmediato esa bendita y feliz ubicación en torno a Él.

Por último, mirar el sol con los ojos naturales es algo que nos está vedado. Si lo hacemos accidentalmente, aunque sólo sea por una fracción de segundo, nos encandila de tal manera, que la vista se nos vuelve borrosa y no distinguimos con claridad los objetos que nos rodean.

Estas palabras de Pablo nos ayudan a comprenderlo mejor:

“Y como yo no veía a causa de la gloria de la luz...” (Hechos 22:11)

En su caso, la luz celestial fue tan potente que lo encegueció – ya no podía ver nada en absoluto.

En un plano natural en la vida, antes de estar en Cristo vemos lo terrenal que nos rodea – casas, amigos, dinero, carrera, bienes materiales, etc. – con toda nitidez. Son nuestro mundo, nuestra razón de ser y de vivir.

Pero al brillar ante nosotros esa luz tan sublime e incomparable, cual nunca hemos visto o conocido antes, pasa algo imprevisto, quizá totalmente inesperado. Esa luz gloriosa nos deslumbra, y todo lo que veíamos antes se desdibuja y se nubla, perdiendo su atracción y valor. Y en cambio esa Luz Eterna – Cristo, la luz del mundo – se vuelve en el centro de nuestra mirada y visión, y sabemos que ahora nuestro destino está en amarle, seguirle y servirle el resto de nuestro camino, dejando atrás todo lo terrenal que se oponga o quiera opacar Su luz admirable.

Que estas tres cosas sean, no una teoría o unas ideas bonitas, sino una realidad viva y dinámica en nuestras vidas. Que Él sea en verdad el Sol de nuestra alma y ser entero, de tal manera que digamos con toda verdad que no podemos vivir sin Él.

ñ) *“...Quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder...”* (Hebreos 1:3)

Resulta asombroso pensar que todo el universo, del cual nuestro mundo, por grande que nos parezca, sólo forma una parte muy minúscula, está continuamente sostenido y sustentado en su debido lugar. Planetas, estrellas y constelaciones se desplazan ininterrumpidamente en órbitas gigantescas y armoniosas, sin salirse de ellas ni chocar los unos contra los otros.

¿Alguna vez has visto tú, caro lector, un título en los periódicos con la noticia de que el sol se quedó dormido y salió con media hora de atraso?

¿O que la luna invirtió sus fases, pasando del cuarto creciente a luna nueva, en lugar de luna llena como correspondía?

¡Nada de eso ha ocurrido en los anales de la historia! Tanto nuestro globo terráqueo, como la luna, los demás planetas y todas las estrellas, cumplen a diario en forma rigurosa las órbitas que se les han asignado, a la velocidad exacta que le corresponde a cada uno.

El que los formó en un principio con Su palabra creativa, y los ubicó exactamente en el lugar que les correspondía, también les dispuso con Su misma palabra las órbitas que debían recorrer a las velocidades indicadas, como así también la esfera de mayor o menor influencia de cada uno.

¡Y qué obedientes y puntuales son todos! ¡Lástima que los seres humanos no seamos así!

Todo esto excede los límites de nuestra comprensión tan finita. La creación inicial de todo ese infinito que se encuentra en los cielos, incluyendo las galaxias y universos fuera del nuestro, que se encuentran en las profundidades del espacio, y a las cuales recién están empezando a llegar los telescopios más poderosos – todo eso, decimos - es como para dejarnos atónitos y llenos del mayor asombro. Sin olvidar desde luego las maravillas increíbles que encontramos en todas las esferas – huma-

na, animal, vegetal y mineral – en nuestro grandísimo, pero en contraste minúsculo, planeta tierra.

Detrás y por debajo de todo este estupendo despliegue de sabiduría, ciencia y poder, hace falta en cada instante una fuerza vital que lo sostenga, sustente y lo siga manteniendo en ese impulso inicial que recibió en un principio.

Y esa fuerza vital, formidable e imponente, no es otra cosa que la palabra todopoderosa del Hijo de Dios, cargada de Su virtud y omnipotencia. Ella es la que lo mantiene todo en su debido lugar, la que lo sustenta y le da y dará continuidad, hasta que en el final de los tiempos:

“...los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.” (2ª. Pedro 3:10)

A quienes tengan su esperanza solamente en este mundo, esto último es como para llenarlos de pavor y llamarles a la reflexión y a la búsqueda de Dios con toda urgencia.

En cambio, a los que ya hemos encontrado a Dios y recibido vida eterna en Cristo Jesús, no nos asusta en lo más mínimo, puesto que tenemos una firme, segura y gloriosa esperanza:

“Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.” (2ª. Pedro 3:13)

Aquí interrumpimos brevemente, para reanudar en el capítulo siguiente, prosiguiendo en él con el mismo tema. Como habrá observado el lector, varios de los puntos que hemos tratado, abarcan aspectos del universo y de la creación en general que van más allá de la esfera de nuestra vida terrestre. Por otro lado, un buen número de ellos sí que toca lo que nos concierne directamente como cristianos. Esto último lo encontraremos aun en mayor medida en lo que viene en el capítulo que sigue, pero de todos modos la inclusión de los demás, no debe considerarse como algo meramente teórico y ajeno a nuestros intereses. Muy por el contrario, nos ayudará a tener una visión cósmica más amplia, que habrá de ensanchar nuestros horizontes, a la vez que contribuir a que tomemos mayor conciencia de la inconmensurable grandeza de nuestro Cristo.

----- () -----

CAPÍTULO IX

LA PLENITUD INFINITA DE CRISTO Y DE SU OBRA REDENTORA (2)

Siempre bajo el mismo tema del título, seguimos con el siguiente punto:

o) El colosal luchador que ha efectuado por sí mismo la purificación de todos nuestros pecados.-

“...habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo...” (Hebreos 1:3)

En estas palabras tenemos la expresión de una plenitud que es fácil que se nos pase desapercibida, o sólo la apreciemos en una muy pequeña medida. Los pecados de una sola persona a lo largo de toda una vida – digamos de unos 70 u 80 años de duración - ya constituyen en sí algo inmenso, que para consignarlos uno por uno y en detalle, haría falta llenar centenares de páginas y seguramente aun varios tomos voluminosos. Pero si de ahí nos trasladamos a toda la humanidad, con las múltiples manifestaciones a través de siglos y siglos de fechorías, guerras, crímenes, engaños, matanzas, abominaciones, trampas y mentiras de toda índole, odios, rencores, blasfemias, etc. etc. – entonces nos encontramos con una mole fenomenal e increíble de toda clase de maldad. Y esto, registrado todo por escrito en sus correspondientes tomos, daría una biblioteca de dimensiones formidables, la cual de hecho nos consta que se encuentra en los cielos según Daniel 7:10b.

“...mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.” (Isaías 53:6b)

Todo ese peso indescriptible, fue cargado en el escenario del Gólgota ese día de su crucifixión sobre Su persona santa y Sus hombros benditos, siendo Él de carne y hueso como nosotros.

En una lucha colosal y titánica que va mucho más allá de lo poco que podemos comprender, Él se lo cargó, lo sufrió y se lo llevó todo – *“...el justo por los injustos, para llevarnos a Dios...”* (1ª. Pedro 3:18)

Fue sin duda la batalla más cruenta y trascendental de toda la historia y ¡cuánto le agradecemos a Dios que Él la ganó!

Eso en verdad fue y es plenitud sin par de amor y de sacrificio supremo – ganando el perdón total y absoluto, y mucho más también, para todo ser humano que se arrepienta y confíe de veras en Él.

¡Con razón que al terminar Su obra en la tierra fue recibido en los cielos con los más altos honores! Allí está sentado a la diestra de la Majestad en las alturas, por encima de todo principado, autoridad y poder y señorío, habiendo recibido un nombre que es sobre todo nombre.

Y los Suyos le amamos, e inmensamente agradecidos, le aclamamos como el todo en todo en nuestras vidas.

p) Liberados del dominio del cuerpo de pecado.-

Pero no sólo en el área de la purificación total de pecados, sino también en muchas más, encontramos absoluta plenitud en el Calvario. Veamos algunas de ellas: Liberados del dominio del cuerpo de pecado.-

“...sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.” (Romanos 6:6)

Nuestra naturaleza adánica, corrompida y carnal, crucificada y sepultada con Él, a fin de emanciparnos de su dominio en nuestras vidas. Así, hemos de contarnos y considerarnos difuntos – personas fallecidas – en cuanto al pecado, pero vivos en Cristo Jesús para Dios y Su voluntad y servicio santo.

q) Maldición trocada en bendición - y justicia de Dios en Él.-

“Cristo nos redimió de la maldición...hecho por nosotros maldición...para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles...” (Gálatas 3:13-14)

La maldición quitada para siempre, y en su lugar, bendición plena y eterna. Y esto no para unos pocos privilegiados, sino para la multitud innumerable de redimidos de todas las naciones y lenguas del orbe.

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” (2ª. Corintios 5:21)

Esto lo solemos llamar *el grandioso trueque del Calvario*. La vestimenta harapienta y andrajosa que llevábamos como injustos, reos y culpables, quitada y echada sobre Sus hombros. A cambio de ello, se nos dan vestiduras de gala de una nueva vida que mana de Cristo mismo, y pasamos a ser nada menos que la justicia de Dios en Él.

¿Quién se atreverá a condenar a quienes han sido constituidos, por gracia soberana, en la mismísima justicia de Dios en Cristo Jesús?

r) Sanidad, hermosura y riqueza.-

Sanidad.-

“...y por su llaga fuimos nosotros curados.” (Isaías 53:5)

No debemos tener el fanatismo de pensar que la enfermedad es un castigo de Dios, aunque en *alguna* ocasión puede serlo. Tampoco debemos caer en la estrechez de que se deba a falta de fe para reclamar nuestra sanidad, aunque también a veces puede ser por esa causa. Por otra parte, debemos entender que incluso en algunas ocasiones Dios la permite y usa para mayor bendición.

No obstante, esto no contradice para nada el hecho glorioso proclamado por la profecía de Isaías que hemos citado, corroborada en Mateo 8:17 y 1ª. Pedro 2:24b. Y tantos y tantos hombres y mujeres de todos los tiempos, podemos proclamar con temblorosa gratitud que hemos sido sanados de nuestros males y dolencias, merced a ese bendito manadero de la cruz, en la cual Él se los llevó, para darnos a cambio Su salud y bienestar.

Su hermosura a cambio de nuestra fealdad.-

“Como se asombraron de ti muchos, de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres”.. (Isaías 52:14)

El día de la crucifixión de Jesús, ese lugar llamado de la Calavera (Lucas 23:33) se convirtió durante unas seis largas horas en un escenario muy extraño e inesperado, que presentó aspectos horriblos por una parte, pero que a la postre iban a traer repercusiones gloriosas.

Más o menos al promediar ese lapso de tiempo, el sol, centro de nuestro sistema planetario, que nos ilumina con su luz radiante, se oscureció de tal manera que hubo tinieblas sobre toda la tierra. Era como si se negase a brillar y alumbrar eso tan horrendo que estaba aconteciendo.

¡El Hijo de Dios, descendido del cielo en la misión del más alto amor, rechaza-do, escupido, blasfemado, y ahora crucificado como si fuese un delincuente, por las criaturas de Su propia creación!

Al mismo tiempo, Él, que era el personaje más bello de todo el universo –refiriéndonos no tanto al nivel estético o exterior, sino al de Su gracia y hermosura interior – Él, decimos, sufrió en Su semblante una tremenda transformación.

En efecto, según entendemos por el versículo citado de Isaías, Su apariencia se desfiguró de tal manera que pasó a ser un espectro de dolor y angustia indecibles. Esto le debe haber quitado esa belleza propia en una forma tal, que sólo podemos concebir como otra expresión de lo que ya hemos denominado anteriormente *el gran trueque del Calvario*.

Es decir que la fealdad que llevábamos en nuestro rostro y facciones por las huellas del pecado, las depresiones, la amargura y demás, también fue cargada sobre Él. A cambio de eso, al venir a Él y entregarle nuestra vida necesitada y maltrecha, por la obra interior de Su Espíritu somos limpiados, renovados y dignificados de manera que, nuestra personalidad pobre y fea, pasa a hermosearse progresivamente a semejanza de Él.

Recordamos el caso de una joven que vivió por unos diez u once meses en una comunidad de vida que liderábamos en el Norte de Gales en la década de los 70 del siglo pasado. Se había convertido al Señor dejando atrás su antigua vida mundana y era evidente que había experimentado un gran cambio en su vida.

Con todo, algunas veces se sentía desanimada por fallos o debilidades que todavía no había superado, no apreciando debidamente lo que el Señor ya había hecho en ella. En una de esas ocasiones, tomó su pasaporte para presentarse a efectuar un trámite de permanencia en el país, siendo como era española de nacimiento. Al abrirlo se encontró con una gran sorpresa:

Al mirar su fotografía, tomada antes de que conociese al Señor, y ver su cara pintarrajeada, con las marcas del pecado y la oscuridad de su semblante, más que sorprenderse, se asustó - casi se horrorizó. Y exclamó algo así:

“¡Oh qué fea – qué horrible que era yo!”

Al mirarse en el espejo ahora, ella veía lo que los demás también veíamos – es decir, un rostro limpio, despejado y muy distinto, que reflejaba la paz y limpieza interior que ahora eran suyas.

Él también se llevó nuestra fealdad, para darnos Su bendita hermosura.-

En forma muy consecuente y coherente, el versículo siguiente nos predice:

“...así asombrará él a muchas naciones; los reyes cerrarán ante él la boca, porque verán lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído.” (Isaías 52:15)

Su riqueza a cambio de nuestra pobreza.-

“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.” (2ª. Corintios 8:9)

Otra faceta, bondadosa y noble como todas las demás, del trueque singular y bendito del Calvario.

Hay quienes sólo ven esto con la óptica estrecha de la prosperidad material, o bien le dan a la misma un valor principal y desmedido. Desde luego que en muchísimos casos personas que se hallaban en la indigencia, al venir de veras a Cristo se han encontrado al poco que Él las ha prosperado, y han pasado a tener lo suficiente y aun a vivir desahogadamente.

Se cuenta que en Inglaterra en el siglo XVIII, en tiempos de los hermanos John y Charles Wesley, George Whitefield y otros insignes siervos de Dios, había un profundo descontento entre las masas obreras. El mismo era tal que estaba a punto de estallar una revolución, que pudo haber sido tan sangrienta como la francesa de fines del mismo siglo.

El descontento surgía de un sentir popular de que los trabajadores, principalmente en las numerosas minas de carbón de aquel entonces, recibían una paga muy exigua, mientras que en otras esferas de la sociedad había mucha prosperidad y abundancia.

Por esos tiempos, la proclamación del evangelio resultó tan eficaz que muchísimos hombres y mujeres se convirtieron de lleno al Señor, especialmente entre la gente de condición más humilde.

John Wesley llegó a predicar en algunas ocasiones a multitudes de unas treinta mil personas. En aquellos tiempos no existían los micrófonos y altavoces, pero lo hacía con todas sus fuerzas y de pie, a cierta altura de algún monte para hacerse oír mejor. En la zona típicamente minera de Newcastle y alrededores, al noreste del país, hubo millares y millares de conversiones, de esas auténticas, poderosas y duraderas de aquella época.

Como resultado de ello surgió algo imprevisto pero muy significativo. Al dejar el tabaco y la bebida, que absorbían una buena proporción de su paga, los obreros se encontraron con un aumento en sus haberes, indirecto pero muy real. Ahora lo que se les pagaba alcanzaba para vivir y aun sobraba, con lo cual el descontento que había desapareció y la revolución inminente abortó totalmente.

A través de la historia – digámoslo de paso - los genuinos movimientos masivos del poder de Dios a través del evangelio, muchas veces han aportado, como en ese caso, saludables cambios y beneficios en la vida social de las naciones que los experimentaron.

Y agreguemos, también de paso, nuestra extrañeza de que en la actualidad, en algunos países de los cuales nos llegan noticias de que muchas almas se están convirtiendo, ello no parece afectar mayormente a la sociedad, y males como la corrupción, el crimen y la violencia, siguen proliferando quizá más que nunca. Aunque por otra parte, bien podríamos verlo desde el punto de vista del cumplimiento de profecías bíblicas en cuanto al final de los tiempos, en que se predice que el mal ha de ir en aumento cada vez mayor, lo que indudablemente está sucediendo. Resulta pues, en

ese sentido, muy alentador ver que en medio de todo eso, el Señor está prolongando Su misericordia y se están viendo muchas vidas que andan delante de Dios en fe, amor y obediencia, aun estando rodeadas de tanta maldad y miseria.

Volviendo a lo que decíamos: las riquezas materiales – mucho dinero y bienes, y la abundancia de artefactos y artículos de último modelo o aun de lujo – no deben ser la meta del cristiano. Si alguno es prosperado grandemente en lo económico, deberá tener muy presente el consejo de 1^º. Timoteo 6:17-19, de no poner la esperanza en las riquezas, sino en el Dios vivo, y de ser ricos en buenas obras, dadivosos y generosos.

Quienes por el contrario se empeñan en enriquecerse, y con esa actitud vuelven el dinero y las riquezas en un fin en sí, caen en tentación y lazo y se extravían de la fe, quedando traspasados de muchos dolores. (Ver 1^º. Timoteo 6:9-10)

Esas cosas, tan atractivas y tentadoras para muchos, en realidad pagan con muy mala moneda a quienes se dan a ellas. Que es otra forma de decir la misma cosa, avalada por otra parte por muchos casos en que, tristemente, se lo ha visto ocurrir con creyentes que han seguido ese curso ruinoso.

Sobre este particular, son muchas más las advertencias que se nos hacen en las Escrituras, y hemos de ser sabios y prestarles la mayor atención.

Pero ¿cuáles entonces son las riquezas con las que Cristo, en la pobreza que asumió, nos ha enriquecido?

Citas muy conocidas, como *“mi reino no es de este mundo”* (Juan 18:36) y:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.” (Efesios 1:3)

nos dan una pronta y clara respuesta. Aun cuando – lo reiteramos – en un plano normal el Señor nos da lo que necesitamos para vivir bien y decorosamente, no son los bienes temporales el principal tesoro que nos ha dado. Muy por el contrario, ellos sólo constituyen una pequeña parte de un todo mucho mayor, y en el que se destacan, muy por encima de ellos, los valores eternos e imperecederos de Su reino celestial.

En esas esferas superiores imperan por doquier el amor, la profunda paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, una alegría sin par e ininterrumpida, la armonía más acabada y perfecta, acompañada de la deleitosa melodía celestial; sobretodo una diáfana comunión con el Gran Dios Supremo, y en fin, una serie larguísima de virtudes y goces sublimes e inefables. Además, en esta vida una de las bendiciones más grandes es la de poder servirle a Él, dándonos noblemente a Su causa para poder ser usados para el bien de tantos que necesitan de Su gracia, y así llevar un fruto de algo que habrá de perdurar por toda la eternidad.

El contraste entre todo esto, y el centrarnos egoístamente en las riquezas y la abundancia material, es muy grande. ¡Dios tenga misericordia de quienes se inclinan por esto último!

Antes de conocerlo a Él, aquí en este pobre mundo, por más afortunados o favorecidos que hayamos sido, nada teníamos o sabíamos de todo ese caudal espiritual y eterno que Él nos ha legado. Pero al venir a nuestro planeta, dejando Su eminente posición celestial y despojándose de todo, Jesucristo se empobreció deliberadamente para posibilitar el que nosotros pasásemos a heredar y disfrutar de toda esa maravilla.

Al entrar en Él por medio de un auténtico renacimiento, comenzamos a poseer y a paladear esos bienes celestiales, que se van confirmando y ampliando en nuestra experiencia terrenal a medida que crecemos y maduramos como hijos de Dios. Pero esto no es sino un pequeño anticipo de la herencia plena y gloriosa que nos aguarda en el más allá.

Está casi demás decir que el contraste entre esto, y la efímera y a menudo engañosa riqueza terrenal y temporal, es absolutamente abismal. Seamos sabios y dispongamos nuestro corazón y mirada hacia lo que realmente vale y perdura.

s) Matando las enemistades: - las potestades y los principados antagónicos derrotados y despojados.-

“...y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades.” (Efesios 2:16)

Aunque por el contexto este versículo se refiere primariamente al antagonismo entre el pueblo de Israel y las demás naciones – genéricamente los gentiles – no cabe duda que engloba a toda enemistad regionalista, nacionalista, étnica o de cualquier otra índole.

Sabemos que las guerras, diferencias de raza o de condición social, etc., a través de toda la historia siempre han engendrado odio y rencor en el ser humano, no sólo individualmente, sino también en el nivel colectivo, ya sea de distintos estratos de la sociedad, regiones, países enteros, razas o lenguas.

Siendo el propósito divino unir en un solo cuerpo – la iglesia universal de Cristo – a hombres y mujeres de toda tribu, raza, lengua y nación, se hizo necesario que Jesús aboliese en su carne todas esas enemistades, matándolas todas, lo cual de hecho lo hizo también en la cruz, como nos puntualiza el versículo que hemos citado.

Así, hombres y mujeres de todo el orbe que antes vivían separados por hondos celos y antagonismos, hoy pueden y deben vivir hermanados en paz y amor, en virtud de esa obra cumbre que hizo Cristo en el Calvario – la de derribar todas las paredes intermedias que nos separaban.

Huelga decir que el cristiano que todavía alberga sentimientos de hostilidad o resentimiento hacia cualquier nación, raza o estrato de la sociedad, está muy lejos del espíritu del Crucificado. Él, como parte integral de Su gran obra redentora, nos ha dado el bendito legado de estar en paz con todos y libres de odios y rencores.

“Porque Él es nuestra paz,...” (Efesios 2:14a)

Como vemos, todo lo que venimos diciendo no es en nada algo meramente teórico o de un misticismo irreal. Por el contrario, abarca y abraza aspectos muy prácticos y reales de nuestra vida cotidiana.

“...y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.” (Colosenses 2:15)

Aquí encontramos otro tesoro en este abismo insondable de las glorias del Gólgota. Como lo dice el versículo anterior - anulando el acta de los decretos de la ley que había contra nosotros, que nos acusaba y condenaba, y quitándola de en medio para clavarla en la misma cruz - así fue como logró despojar a los principados y potestades.

Debido a nuestras vidas pecaminosas y en continua transgresión de la ley, esos poderes tenían un derecho legal sobre nosotros que les permitía mantenernos cautivos dentro de su reino de tinieblas. Pero al llevarse Él sobre su propia persona la maldición de la ley que pesaba sobre nosotros, pudo quitar todo eso de en medio y clararlo sobre la misma cruz. Así, los principados y potestades perdieron todo derecho sobre nuestras vidas, y quedaron así despojados del fuerte botín de que se habían hecho.

Además, en esa abierta confrontación presenciada no sólo por los testigos humanos que nos consignan los evangelios, sino también por las huestes celestiales, Él puso de manifiesto a todos esos poderes maléficos ocultos, que en esa oportunidad se juntaron contra Él. A la vista de cuantos ángeles, arcángeles, querubines y serafines moran en las esferas celestes, y desde luego del Dios Padre y del Espíritu Santo, los tomó a todos por las barbas, por así decirlo, y en esa titánica lucha les asestó una derrota final y absoluta.

De esta manera el imperio de la oscuridad y del mal ha quedado vencido para siempre. Y como beneficiarios y agraciados directos, hemos sido trasladados al reino de la luz, la verdad y el amor. Por todo lo cual le estamos inmensa y eternamente agradecidos.

t) La grúa formidable de la resurrección de Cristo.-

“...y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo resucitándole de los muertos.” (Efesios 1:19-20)

Se nos hacía difícil dejar de escribir sobre el tema abarcado por los puntos anteriores de la plenitud que brota de la fuente del Calvario, que por supuesto nos queda grande agotar. Empero, ahora sí pasamos al punto siguiente señalado por nuestro subtítulo, y que también tiene proyecciones imponentes.

En las Escrituras tenemos constancia de varias resurrecciones. En el Antiguo Testamento se nos consignan tres, dos efectuadas por Dios a través de Eliseo – una de ellas estando él muerto ya – y una por Elías. En el Nuevo, aparte de la de Cristo, se nos narran otras cinco, de las cuales tres fueron por intermedio del mismo Señor, una por el apóstol Pedro y otra por Pablo en Los Hechos 20:9-10.

En los anales de la historia posterior también tenemos algunas constancias fehacientes de resurrecciones de muertos.

Sin embargo, debemos decir sin temor a equivocarnos que la de Cristo fue distinta de todas las demás, y más que eso, singular – única.

En primer lugar, en todas las demás registradas en la Biblia, medió la intervención de un agente humano, específicamente los cuatro siervos del Señor ya mencionados y la de Jesucristo mismo, el Dios hombre. No así en la de nuestro Señor Jesús, que fue un hecho consumado soberanamente por Dios el Padre (Efesios 1:20) y por el Espíritu de santidad - como se llama al Espíritu Santo en Romanos 1:4 – sin intermediario humano alguno.

Un segundo punto en que se diferencia de las otras, es que en todas ellas el difunto resucitado volvió a morir con el correr del tiempo. Nuestro Señor es el que vive y estuvo muerto; mas he aquí que vive por los siglos de los siglos. Amén. (Apocalipsis 1:18)

El hecho de Su resurrección en sí es indiscutible, y está plenamente atestigüado por las muchas formas en que se apareció vivo con gran número de pruebas indubitables, habiendo sido visto y oído por bastante más de quinientas personas. En ningún caso sucedió que posteriormente, ni siquiera una de todas ellas se haya rectificado, aseverando que se había equivocado, tenido una alucinación, o que había sido engañada o cosa semejante. Ni tampoco ha habido nadie que haya podido presentar una prueba o muestra ni siquiera remotamente veraz y razonable, que desmienta lo que es, por otra parte, un hecho histórico innegable.

Además, está también el testimonio subjetivo, pero muy contundente, de millones y millones de seres humanos que con posterioridad le hemos encontrado como un Cristo incuestionablemente vivo, dinámico y poderoso. En Su nombre y por Su gran poder, han acontecido en muchísimas partes del mundo, milagros vivos y eficaces en el orden externo de sanidades, provisiones y suministros visibles, y en el moral, espiritual e interno, de transformaciones radicales evidentes y duraderas.

A esto agregamos la verdad espiritual y muy real de que por Su Espíritu – el Espíritu de Cristo – Él está y vive en nosotros, según consta en Romanos 8:9 y según también lo comprobamos en nuestra vivencia diaria.

Amén de todo esto, aunque a primera vista suene extraño para algunos, en realidad la resurrección de Cristo *era inevitable*.-

¿Por qué razón?

Un principio firmemente establecido por Dios en Su palabra es que *“el alma que pecare, esa morirá”* (Ezequiel 18:4 y 20; ver también Génesis 2:17)

La muerte tiene un poder legal y absoluto sobre toda persona que ha pecado, e inexorablemente, tarde o temprano, golpea en su puerta para adueñarse de ella.

El caso de la muerte de Cristo en ese sentido también fue distinto y único. Él no murió en ninguna manera como víctima de Su pecado, pues en toda Su vida fue algo que no conoció ni cometió en lo más mínimo. Su muerte fue un acto en que, en forma voluntaria y desde luego con un deliberado gran fin, Él depuso Su propia vida obrando de Su libre albedrío.

Entre Su muerte y resurrección hubo una serie de importantes cometidos que Él tuvo que cumplir, que no queremos detenernos a explicar ahora. Una vez cumplidos, y llegado el momento preciso señalado por Dios, tuvo lugar Su gloriosa resurrección. Mientras que la muerte mantenía sujetos a todos los demás muertos, en cambio nada pudo en cuanto a Jesucristo por no tener ningún derecho legal sobre Él, en razón de haber sido toda Su vida, como ya se ha dicho, totalmente exenta de pecado.

Esta es la sencilla explicación de las palabras de Pedro en Los Hechos 2:24:

“...al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.”

Pero la resurrección de Cristo, además de lo que ya hemos visto, tuvo en sí mucho, muchísimo más, que sólo podemos calificar de *absolutamente grandioso*.

En realidad, el versículo 19 de Efesios capítulo 1, citado más arriba, ya nos anticipa un par de indicios que son claves. El primero está dado por los términos superlativos que utiliza Pablo al describir el poder desplegado por Dios Padre en la resurrección de Cristo.

“...y cual la supereminente grandeza de su poder...según la operación del poder de su fuerza.”

El otro lo constituye, en el mismo versículo, la frase

“...para con nosotros los que creemos”

Por así decirlo, el levantar a Cristo de entre los muertos era muy sencillo – casi diríamos que era como alzar un peso pluma, por lo ya explicado anteriormente de que la muerte no tenía ningún poder ni dominio sobre Él.

Pero lo glorioso del caso es que la resurrección suya fue mucho más que levantarlo a Él – también nos abrazó y abarcó a *todos los santos, tanto anteriores como posteriores a Su crucifixión.*

Lo relacionado con los primeros – los anteriores – lo postergamos para englobarlo en el punto siguiente, el de la ascensión. En cuanto a los segundos – nosotros, los posteriores - veamos:

“...Dios, que es rico en misericordia...nos dio vida juntamente con Cristo...y juntamente con Él nos resucitó...” (Efesios 2:4-6).

Y esto se encuentra corroborado en 1^a. Pedro 1:3:

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos.”

Nuestra visión estrecha, limitada por nuestro condicionamiento a un solo punto de tiempo y un lugar de ubicación a la vez, nos dificulta en algo la comprensión de esto. En el capítulo VII de nuestro libro “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto”, bajo el título “Crucificados juntamente con Cristo”, ya explicamos que el sacrificio de Cristo, además de haber sido por supuesto en carne viva, fue también algo hecho en el espíritu, y como tal trascendía las barreras de tiempo y espacio que nos limitan a los seres humanos.

De esta manera, lo acaecido en las afueras de Jerusalén hace casi 2000 años, por el obrar del Espíritu de Dios que está libre de esas limitaciones, se hace extensivo a nosotros por la fe, aun cuando estemos muy lejos en ubicación geográfica y en función de tiempo.

Debemos pues entender con claridad que la proyección divina de la resurrección va mucho más allá de la que generalmente se tiene y que es más o menos la siguiente:- Cristo resucitó ese primer Domingo de Pascua, y las resurrecciones nuestras (no físicas, sino al pasar espiritualmente de muerte a vida por el renacimiento) se van desarrollando poco a poco, al ir convirtiéndonos en distintos lugares y fechas.

La concepción y ejecución de Dios es mucho más grandiosa y elevada. En un solo hecho, “de un solo golpe”, grandioso e imponente, en Cristo y juntamente con Él, nos resucitó a nueva vida a todos los millones y millones de santos de todos los tiempos.

Es por eso que Pablo usa esos términos tan superlativos, desbordándose para tratar de describir semejante despliegue de omnipotencia. Y es por eso también que hemos puesto como subtítulo “*La grúa formidable de la resurrección de Cristo.*”

El gran Gigante de la Eternidad, arremangándose y sacando a relucir Su musculatura colosal, toma en la persona de Su Hijo Amado todo ese fenomenal peso muerto, y en una proeza sin precedentes en toda la historia, lo levanta de ese abismo del

Seol en que se encontraba, y lo transporta a una esfera distinta y superior de nueva vida por toda la eternidad.

¡Bien podemos estar plenamente orgullosos de tener semejante y tamaño Dios y Padre!

u) La Ascensión – otro hecho estupendo sobremanera.-

“...y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado, y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero.” (Efesios 1:20b-21)

“...y juntamente con él...asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.” (Efesios 2:6)

La ascensión del Señor fue un día Jueves y ninguno de los otros tres grandes eventos del cristianismo, es decir Su crucifixión y resurrección y la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, acontecieron en día Sábado. Esto es señal segura de que en el nuevo régimen de la gracia introducido con Su venida al mundo, todo el ritual sabático, festivo y ceremonial de la ley mosaica ha quedado atrás. (Ver además Hebreos 7:18 y 19)

Al ascender y ser recibido en el cielo, nuestro Señor abrió el camino para que todos los Suyos podamos hacer lo propio. Como fiador del Nuevo Pacto se presentó en las alturas como nuestro representante y precursor, siendo plenamente aceptado no sólo Él sino todos nosotros, merced a Su ofrenda perfecta hecha en la cruz.

Esto fue lo que sentó la base legal y de estricta justicia que le permitió al Padre, en la ascensión del Hijo Amado, consumir también la de todos los santos redimidos.

Al igual que con la resurrección, Pablo aquí nos presenta la visión global y total de un hecho completado de una sola vez a favor de todos, también fuera de las limitaciones de espacio y tiempo, según lo hemos visto bajo el subtítulo anterior.

Lo corrobora con la siguiente cita del Salmo 68:18

“Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad” (Efesios 4:8)

Tanto los santos anteriores, cautivos por la muerte en el Seol (que habíamos postergado para abarcarlos en este punto actual) como los posteriores, todos levantados de ese lugar para ser transportados a las alturas celestiales.

Todo esto con el hermoso lenguaje de la palabra inspirada: éramos cautivos de la muerte y de nuestro pecado, pero nos ha liberado, levantado y ascendido como cautivos, pero de una cautividad tan distinta...

Cautivos de Su amor, de Su gracia, de la gravitación de Su persona maravillosa que no pertenece a las partes más bajas de la tierra, sino muy por el contrario a las alturas de la gloria eterna.

¡Dichosa y bendita cautividad!

Nuestra respuesta a todo esto debe ser apropiar la perspectiva global e integral que se nos presenta en estos versículos de Efesios, y así contarnos por la fe en unión con Cristo, en resurrección y nueva vida. Y además de esto, aun cuando seguimos en nuestros cuerpos mortales y con los pies sobre la tierra, también por la fe ocupamos nuestro lugar a Su lado en lugares celestiales, muy por encima de las bajezas y ruindades de la vida mundana y terrenal.

Captemos con toda claridad la visión: para que se cumpla debidamente la trayectoria de cada uno de los millones de santos de todos los tiempos, se hace necesario que todo se desenvuelva aquí abajo, de uno a uno y a través de las edades de la historia. Sin embargo, al igual que en la resurrección, la ascensión de todos sin excepción es un hecho grandioso y estupendo, consumado por Dios en la persona de Cristo de una sola vez – y esto hace ya casi 2000 años al resucitar y ascender Él , nuestro precursor – y nosotros en Él y con Él.

Vivamos pues en resurrección y novedad de vida, y reinemos también en vida desde la posición elevada que nos otorga Su ascensión y la nuestra en Él.

v) "El evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo."

Aquí también Pablo nos ayuda a ensanchar y ampliar nuestra visión. Normalmente, en muchas partes anunciar el evangelio se entiende como la proclamación del mensaje de perdón y salvación en Cristo por medio del arrepentimiento y la fe en Él. Esto es correcto en sí y por supuesto que no lo desvalorizamos en lo más mínimo. No obstante, debemos saber que sólo abarca un nivel elemental o primario, aunque desde luego básico e indispensable, y también maravilloso.

Escribiendo a los creyentes romanos, ya convertidos, bautizados y con unos años en la fe, les dice:

"Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma." (Romanos 1:15)

Lo que nos muestra que su comprensión de lo que es el evangelio es mucho, muchísimo más amplia. En efecto: en el resto de la epístola pasa pronto a explayarse de tal manera, que termina haciendo una exposición magistral y tan vasta, que le ha proporcionado una mina inagotable a numerosos grandes teólogos, para llenar tratados y tomos voluminosos con análisis y comentarios de sus riquísimas verdades.

Por otra parte, al principio de su estupenda carta a los efesios, empieza por bendecir al Padre por habernos colmado de toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo Jesús. (1:3)

Esas dos palabras, toda bendición, lo abrazan e incluyen todo, sin omitir ni dejar nada afuera de toda esa gama de virtudes y cualidades necesarias para una vida cristiana absolutamente plena.

Pasamos a listar algunas de ellas:

Fe para vencer en las buenas y en las malas;
amor para vivir como abanderados e hijos del amor divino;
esperanza segura y gloriosa de un más allá dichoso, que nos motiva e impulsa para seguir firmes en nuestra marcha;
humildad y mansedumbre para ser verdaderos representantes de Él, el Cordero de Dios, manso y humilde de corazón;
el bautismo y la plenitud del Espíritu Santo;
el fruto del Espíritu;
los dones del Espíritu;
resignación y espíritu sufrido para superar las pruebas y adversidades;
perseverancia para no desmayar en la lid;

santidad práctica y real para mantenernos rectos y limpios en medio de la corrupción e inmundicia que nos rodean;
paz profunda que mana de una absoluta confianza en nuestro Dios;
valor para ser valientes para proclamar Su nombre y no avergonzarnos de Él, sino muy por el contrario, estar orgullosos de pertenecer a un Cristo tan bendito;
discernimiento claro de lo que es de Dios y lo que es terrenal, humanista o carnal;
un espíritu de amor filial que nos hace acercar a diario con gratitud y cariño a nuestro querido Padre en oración y comunión;
la palabra eterna, inagotable e incomparable, que nos guía, nutre, corrige, aliena y enseña en todo cuanto nos hace falta para una vida completa;
la sangre del nuevo pacto con todas sus maravillosas excelencias y virtudes;
la libertad gloriosa del yugo del temor, del pecado y de la tiranía diabólica;
la familia real del Cuerpo de Cristo en que hemos sido bautizados, con tantos y tantos hermanos hermanísimos que tanto enriquecen nuestra vida;
la Unción del Santo que mora en nosotros y nos enseña cuanto necesitamos saber para desarrollarnos, guardarnos, prosperar espiritualmente y permanecer en Él;
el gozo inefable y lleno de gloria que viene de creer de veras en Él, aun sin haberle visto con los ojos naturales;
la gracia divina que se derrama a diario sobre nuestras vidas, con matices y colores de los más variados;
la dicha de saber que no lo elegimos nosotros a Él, sino que Él primeramente nos eligió a nosotros;
el llamado y fin glorioso a que esto nos conduce;
la bendición de poder llevar a otros al bendito conocimiento de Él;
la de ser usados para reparar vidas maltrechas y darles luz y esperanza, y tanto más bien que podemos hacer respondiendo a Su llamado a servirle;
los ratos benditos en que, sumidos en la más profunda comunión con Él, vivimos y paladeamos exquisitos anticipos de lo que será el más allá.

Por supuesto que en esto nos quedamos cortos, pues debe haber, y de hecho hay, muchísimo más, que seguramente estaba en la mente de Pablo al escribir el versículo de nuestro encabezamiento.

Y esto solo en cuanto a nuestra vida presente. La porción completa y eterna es la que nos aguarda en la vida futura, en esas mansiones de gloria que Él nos está preparando.

En cuanto a esto, de entre muchas otras Escrituras, extraemos Romanos 8:18: *“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.”*

Si este versículo hubiese sido escrito por un cristiano normal y corriente, como la mayoría de nosotros, a los cuales se nos ha dado comparativamente muy poco que sufrir, entonces tendría menos fuerza y énfasis.

Pero resulta que su autor es el hombre que, por amor de Cristo, padeció tremendamente: persecuciones, encarcelamientos, azotes, frío, hambre, desnudez y mucho más. Y él eso lo consideraba todo como muy poca cosa, comparado con las glorias venideras que nos aguardan del otro lado.

Por lo menos de algunas de ellas, él por cierto que estaba muy bien informado. Al ser arrebatado al tercer cielo en la experiencia que narra en 2ª. Corintios 12:1-4, y escuchar palabras inefables que no le es dado al hombre expresar, seguramente que debe haber estado en contacto con glorias sublimes, imposibles de describirse con nuestro lenguaje terrenal.

De paso digamos que en esto concuerdan las experiencias verdaderamente fiables de santos que han sido transportados temporalmente a las alturas, y atestiguan haber visto hermosísimos colores, oído las más exquisitas melodías y sentido un gozo cual nunca han experimentado aquí abajo. En los casos que hemos podido conocer, todos coinciden en que no hay palabras en nuestro hablar, ni ninguna otra forma que sea adecuada para reflejar cabalmente lo que han visto y oído. Y agregamos que, tanto su trayectoria ejemplar como la veracidad que pudimos captar en sus testimonios, nos dejaron sin ningún lugar a dudas en cuanto a su autenticidad.

A veces no somos claramente conscientes del verdadero sentido o alcance de las palabras que oímos o empleamos. La cita que encabeza esta sección, al referirse al evangelio de las riquezas de Cristo, nos da el adjetivo *inescrutables*. Esto significa algo que no se puede saber, averiguar, escrutar o inquirir –que está más allá de nuestro alcance, y de todo lo que podamos concebir o imaginar.

En todo el Nuevo Testamento, sólo se lo emplea dos veces, una en nuestro versículo de Efesios 3:8 y la otra en Romanos 11:33. Sólo podemos añadir que Pablo, habiendo vivido y experimentado tanto, y sabiendo por revelación de muchísimo más que no le era dado expresar, se encontraba con un infinito insondable. Todo tan rico, precioso y bendito, que forma en sí un evangelio en la acepción cabal del vocablo – es decir una buena y grata nueva, que se va ensanchando, ampliando y multiplicando en forma indefinida e inagotable, cada día, cada mes, cada año, más y más.

Es por eso que, al recibir el llamado a proclamar este evangelio de riquezas sin fin, se sentía, y con justa razón, como un hombre inmensamente agraciado.

Aunque mucho más pequeños y con un rol minúsculo en comparación con el suyo, por el alto llamado celestial que hemos recibido, nosotros también podemos sabernos y sentirnos personas altamente favorecidas.

w) Para llenarlo todo.-

"El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo." (Efesios 4:10)

Aunque parezca repetición de algunos puntos anteriores, en este pasaje se nos presenta una visión todavía más encumbrada de esta plenitud que estamos tratando, llevándola a la culminación más absoluta que se pueda concebir.

El propósito primordial – no el único se entiende - que había en que Él bajase primero a las partes más bajas de nuestro planeta tierra, era que, una vez ascendido a la altura suprema, pudiese desde allí *a su debido tiempo*, por la gravitación de las tres magnas proezas del Calvario, la resurrección y la ascensión, llenarlo todo, absolutamente todo.

Hemos puesto en bastardilla *a su debido tiempo*, puesto que entendemos que esto será en los cielos nuevos y la tierra nueva que esperamos, según 2ª. Pedro 3:13 e Isaías 65:17. Entonces, desde el objeto más minúsculo y el personaje más diminuto,

hasta lo más grande, importante y encumbrado – toda mirada, gesto, pensamiento, suspiro o sentimiento – en fin, todo, todo, todo - llevará la marca, el sello, el espíritu y el encanto de Él, el maravilloso Cordero Inmolado, ahora ensalzado y coronado, pero aún manso y humilde de corazón.

¡Como para hacernos agua la boca, anhelando ardientemente ese futuro de tan inefable bienaventuranza!

x) El Varón Perfecto.-

“...hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo;” (Efesios 4:13)

Éste es otro aspecto de la plenitud de Cristo – el de Su vida como varón ejemplar, perfecto y completo en todo sentido.

Las huellas y secuelas del pecado han trastornado al género humano, y aun con todos los adelantos y prodigios de la ciencia y la tecnología en general ¡cuánto dista el hombre de ser perfecto!

Cristo vino del cielo, naciendo sin la simiente de la corrupción del pecado en Su ser, y logrando mantenerse sin pecado a lo largo de toda Su vida terrenal, a pesar del entorno pecaminoso que le rodeaba en todo momento, y de la sutil y malvada tentación del diablo. Esta última se manifestó no solo al estar en el desierto por cuarenta días, sino en maneras distintas y con ataques arteros y astutos durante todo Su ministerio, hasta incluso los momentos finales antes de que depusiese Su vida en la cruz.

Loado sea Dios, todo el intento diabólico fracasó, y Él pudo llegar hasta el final sin la menor mancha, y así consumir la ofrenda perfecta y eficaz a favor nuestro.

Con sólo leer y considerar detenidamente el contenido de las biografías de Su vida que nos dan los cuatro evangelios, podemos tener una comprensión plena de Su acabada y maravillosa perfección. Vemos en Su vida todo ese caudal de virtudes que lo presentan como el modelo ejemplar, e iluminados por el Espíritu no podemos menos que anhelar ser más como Él cada día.

Cuando defraudamos al Señor y a nosotros mismos con cosas que no conciben con la vida plena de Él, nos entristecemos y volvemos a Sus pies, contritos y humillados, implorándole gracia para no reincidir – para superarnos y ser como Él es.

Mencionamos algunas de Sus virtudes:

Aun cuando estaba rodeado por la multitud y por presiones y necesidades de todo orden, nunca lo vemos perder los estribos ni impacientarse carnalmente. Muy por el contrario, con serena calma siempre dominaba cada situación, imponiendo el sello de la verdad y el poder y la presencia de Dios.

Nunca lo vemos teniendo que disculparse ante nadie por haber dicho ¡siquiera una palabra fuera de lugar! Con Su lengua siempre habló con tino, peso y exactitud, sin decir ni más ni menos de lo debido, y por otra parte, supo callar toda vez que no correspondía que hablase.

¡Jamás supo lo que era tener miedo! Esto fue consecuencia directa de mantenerse intacto en cuanto al pecado, siendo éste lo que produce el temor como uno de sus primeros resultados denigrantes. (Ver Génesis 3:10 y también 1^o. Juan 4:18)

Siempre disfrutó de perfecta salud. Si bien supo lo que era estar cansado, tener hambre, sed y sueño, en ningún momento la enfermedad pudo invadir su organismo.

Tampoco conoció la depresión, teniendo por ejemplo que pedir a Sus discípulos que por 48 horas nadie se acercase a Él, porque no estaba como para atender a nadie. En cambio, con Su espíritu y estado de ánimo siempre absolutamente diáfanos, estuvo a todo lo largo de Su ministerio en completa disponibilidad para con los que acudían sinceramente a Él en busca de consejo, ayuda o socorro.

Aun en los momentos más difíciles, mantuvo su fe totalmente incólume, no sabiendo para nada lo que era caer en la duda, la incredulidad, o cuestionar al Padre por las injusticias, afrentas, azotes y demás padecimientos que soportó en la parte final de Su trayectoria. Ni siquiera se quejó por ninguno de ellos, ni profirió amenazas a los que le maltrataban.

Ni una sola vez dio un paso en falso o se salió de la voluntad del Padre. Exceptuando el tiempo en que en la cruz fue desamparado por el Dios Judicial, al ser hecho pecado por nosotros, siempre experimentó una comunión ininterrumpida, íntima y sin ninguna nube con Su Padre Celestial.

Sería demasiado largo extendernos más sobre esto. Baste decir que en Él, en Su carácter y disposición tan admirables y sin tacha alguna, se encuentra todo lo noble, puro y hermoso a que puede aspirar el ser humano.

En la medida que fallamos en asemejarnos a Él, nos invaden la frustración, tristeza o insatisfacción. Inversamente, cada progreso concreto y sólido que logramos en ese sentido por la operación de la gracia del Espíritu Santo en nuestras vidas, nos trae una preciosa e íntima satisfacción.

Como ya hemos señalado anteriormente en alguna forma u otra, todo esto se debe a que hay algo en nosotros, como criaturas creadas para ser a la imagen y semejanza de Dios, que anhela en lo hondo alcanzar eso – la bendita imagen y semejanza divina, perdida por el pecado. En Él las dos cosas están cumplida y maravillosamente expresadas, y el clamor de nuestros espíritus, acicateados por el aliento del Consolador, es *ser como Él*.

El versículo citado debajo de nuestro encabezamiento nos muestra la gloriosa meta de plenitud en ese enfoque que se nos presenta: *ser como Él en su hombría perfecta, libre, dichosa e intachable*.

Quizá con razón a veces podemos suspirar diciendo ¡cuánto me falta para llegar a eso!

Pero ánimo, querido hermano – querida hermana. Piensa en lo mucho que ya ha hecho Su gracia en nuestras vidas. Y sobre todo, ten presente que aunque nos toca colaborar conscientemente con Él, la responsabilidad de hacernos llegar a ese destino tan maravilloso no es nuestra, sino de Él, el que comenzó la buena obra en nosotros.

Su mano diestra, sabia y poderosa así lo hará – que no nos quepa la menor duda.

y) La plenitud cuadrimensional del amor de Cristo.-

“...y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.” (Efesios 3:19)

Aquí se habla de comprender la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del amor que no se puede medir, pues es inconmensurable, insondable, infinito.

Llevamos años y años tratando de abarcar algo más de este pasaje, que es una de las grandes cumbres dentro de la revelación de la palabra de Dios. Sin embargo, y aun con los progresos logrados, tenemos que volver a decir que escapa a nuestra mente finita, aun cuando ésta se ha ido ensanchando al ser llevados poco a poco por el Santo Espíritu en nuestra marcha ascendente.

Algo escribimos sobre esto en la parte final de “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto”, pero siempre nos queda el sentir del asombro y de la pequeñez de un enano, ante algo gigantesco y que no tiene principio ni fin.

Un buen número de lectores conocerá el triste cuento de León Tolstoi, el célebre novelista ruso de antaño, titulado “La Botella que Todo lo Contiene”. Aquí tenemos algo supremamente distinto y más elevado: “el Amor que Todo lo Contiene”.

Porque efectivamente lo que ahora vemos con más claridad es que ese amor de las cuatro dimensiones, y que va más allá de la comprensión del ser humano, en efecto lo contiene todo, absolutamente todo.

¿Por qué?

Porque al comprenderlo y conocerlo plenamente y ser sumergidos en él, como nos dice la parte final del versículo, somos llenos de nada menos que toda la plenitud de Dios.

¡Si alguien puede concebir algo más alto y estupendo que esto, nos gustaría saberlo!

z) El Alfa y la Omega, el principio y el fin. - (Apocalipsis 22:13)

Con esto llegamos al fin del recorrido de nuestro abecedario completo, con sus veintinueve letras, que hemos hecho coincidir con esta faceta particular de la multiforme plenitud de Cristo – el Alfa y la Omega, el principio y el fin.

¿Cuándo y dónde comienza ese principio y cuándo y dónde concluye ese fin? Otra vez nuestra mente y nuestra comprensión, tan estrechas y limitadas, tienen que inclinarse reverentes y admitir que no lo podemos ni siquiera empezar a sondear. Porque esto va más allá de lo que nuestra capacidad tan pequeña puede concebir.

En efecto, tendemos casi instintivamente y por nuestra propia limitación de tiempo y espacio, a visualizar un punto de tiempo y un determinado lugar, donde algo tuvo su origen y se puso en marcha. Que haya existido siempre sin que nada ni nadie lo haya creado o le haya dado un impulso inicial, no nos resulta fácil de comprender – siempre pensamos en dónde y cómo tuvo su principio. Lo de la continuidad perpetua no nos es tan difícil, pues podemos bien imaginar que algo ya existente perdure indefinidamente.

De todos modos, habiéndonos señalado el Señor que hemos de vivir por la fe, no resultaría ni sabio ni apropiado aquí tratar de especular sobre aspectos que, en nuestras limitaciones presentes, están más allá de nuestro alcance. Ya llegará el tiempo en que conoceremos como somos conocidos, y entonces todo lo entenderemos con claridad meridiana.

Lo que sí podemos y debemos tener muy claro es que, en cuanto a nuestras pequeñas vidas, Él es nada menos que eso – el Alfa y la Omega, el principio y el fin.

El aliento de nuestras narices, el latir de nuestro corazón y en fin, todo lo que somos y tenemos de útil, noble y bueno en la vida, todo viene de Él.

Y el futuro que nos aguarda, con todo el desafío que supone para alcanzar la meta más alta – todo también está en Él.

De Él venimos y a Él vamos. Si ese infinito pasado, presente y futuro, estuviera encerrado en otra cosa o en algún desconocido, sobrada razón tendríamos para estar ansiosos y preocupadísimos.

Pero estando todo eso en Él – el Rey del Amor – la Gracia Personificada – lo podemos aceptar y enfrentar con la calma más serena y la confianza más absoluta. A lo que debemos agregar también, en las palabras de San Pedro, “*con gozo inefable y glorioso.*”

----- () -----

Como habrás notado, caro lector, buena parte de lo que hemos recorrido en estos dos últimos capítulos, como ya adelantamos al final del anterior, se proyecta al más allá en función de tiempo, y a lugares y esferas que trascienden los límites de nuestra vida presente, ya sea a nivel individual o de iglesia.

No por eso debes considerarlo como mera teoría o dogma, pues abraza la absoluta plenitud y supremacía de Cristo en todo el universo, conocido o desconocido para nosotros, y a través de los siglos de los siglos que el futuro nos depara.

Todo ello no puede sino tener repercusiones beneficiosas para nuestra fe, a la par que ampliar nuestra visión, ensanchar nuestro espíritu, y estimularnos en la marcha que un día comenzamos a emprender al ofrendarle a Él nuestra vida.

Pero también un buen número de los puntos que hemos enunciado y comentado en cierta medida, abarcan partes muy prácticas y reales de nuestro andar cotidiano – del ahora en que todavía nos encontramos.

Toma por ejemplo los apartados i) j) k) l) m) n) ñ) p) q) r) s) t) u) v) x) y) entre otros. Allí tienes profundidades de un océano sin fondo. En tu etapa de restauración, o bien simplemente de avance en tu marcha ascendente, ¿qué es lo que sientes que necesitas?

¿Vivir en crucifixión y resurrección con Él?

¿Saber que tu viejo hombre está fuera de acción por la operación poderosa de la cruz?

¿Vencer las dudas que a veces te asedian y andar en verdadera fe y confianza?

¿Salir de la estrechez y aun del déficit en tu economía, y vivir en la adecuada provisión de Dios?

¿Descubrir tu verdadero lugar en el Cuerpo de Cristo y funcionar en tu don sin roces ni fricciones?

¿Saberte libre de verdad en tu espíritu, para andar delante de Dios cada día?

¿Hermosear tu vida con la blancura de la santidad?

¿Andar con pie firme, como un cristiano estable, aun en los momentos de prueba?

¿Enriquecerte con los tesoros preciadísimos de Su gracia para contigo?

¿Deleitarte en la comunión con Él y llevar una vida consecuente de oración?

¿Encontrar que tus labores para Él son premiadas, ya sea con los almendros de los primeros frutos, o si llevas más tiempo en el ministerio, con ese fruto dulce y añejo de los veteranos, aprobados y honrados por el Padre?

¿Adornar tu vida con las perlas del amor genuino y la tierna mansedumbre del Cordero?

¿Saberte y sentirte, por Su pura gracia, un verdadero vencedor en la lid?

¿Contar con el elocuente sello aprobatorio del Padre en lo que estás haciendo para Él, sea grande o pequeño?

Y si en esta lista no encuentras algo que sabes que es prioritario y que es la voluntad de Dios para ti, agrégalo sin titubeos – en Su plenitud hay abundantes suministros de gracia para todo, absolutamente todo.

Sumérgete pues en ese océano inagotable. No temas bucear en las partes más profundas - ¡no te ahogarás! Son aguas de vida, ¡no de muerte!

Báñate, empápate, satúrate – una, diez, cien veces. Y esas aguas, que no son sino raudales que manan de Su propia persona, irán penetrando poco a poco en las células más íntimas de tu ser – hasta que al final, junto con todos tus hermanos y hermanas de verdad, termines a Su perfecta imagen y semejanza – idéntico a Él, el varón perfecto, el hermoso de los hermosos.

¡AMÉN!

----- () -----

CAPÍTULO X – LAS IGLESIAS DEL ASIA

De su fundación a Patmos

Concluido el extenso e importante paréntesis de los dos capítulos anteriores, pasamos ahora a las iglesias del Asia, tal como lo señala nuestro título. Hemos de ver algo sobre su fundación y desarrollo, y luego nos centraremos en la visión de Juan en la isla de Patmos.

Asia aquí no corresponde al continente asiático, ni tampoco al Asia Menor, tal como los conocemos hoy en día. En cambio, comprende la región designada con ese nombre en ese entonces, situada en la parte occidental de lo que actualmente es Turquía.

Estas iglesias nacieron como consecuencia de un movimiento poderoso de Dios, que tuvo efecto durante el tercer viaje misionero del apóstol Pablo, teniendo como su centro la ciudad de Éfeso, pero con fuertes repercusiones en toda la zona. De esto nos habremos de ocupar en detalle muy pronto.

Nuestro material de trabajo se encuentra, casi exclusivamente, en el relato que hace Lucas en Los Hechos 19 y en los tres primeros capítulos de Apocalipsis. Aunque la extensión de estos dos escritos es relativamente reducida, su contenido es tan denso y abundante, que necesariamente nos harán falta varios capítulos para extraer una buena porción de todo su riquísimo caudal.

En cuanto a las fechas, la fundación de estas iglesias en la ocasión que ya hemos precisado se suele establecer aproximadamente entre los años 54 y 57 de la era cristiana. En cuanto al tiempo de los tres capítulos iniciales del Apocalipsis, el consenso general los sitúa aproximadamente entre los años A.D. 90 y 96, es decir unos 35 ó 40 años más tarde.

El ministerio de San Pablo en Éfeso lo encuentra a él en un punto álgido de su carrera. Sin desmedro de su actuación posterior, e incluso el formidable legado de sus epístolas, en su mayoría escritas más tarde, opinamos que lo logrado en Éfeso y toda Asia en esos tres años que estuvo allí, sin lugar a dudas constituye la obra magna de su encumbrado ministerio.

Veamos cómo empezaron las cosas:

“Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia.” (Los Hechos 16:6)

Este versículo es de mucho interés. Tiene que ver con el segundo viaje, cuando Pablo y Silas y también Lucas, que los acompañaba, estaban avanzando más bien hacia el Oeste de lo que hoy es Turquía. Debe haber pesado en su ánimo que tal vez era el tiempo de extenderse por Asia, pero como hemos visto, les fue prohibido el hacerlo.

Esto pone de relieve que ellos no tenían un programa previamente establecido, y que dependían totalmente del Espíritu Santo para encaminar sus pasos. Por otra parte, la prohibición por parte del Espíritu de que fueran al Asia, podría interpretarse a primera vista como que ese lugar no entraba en los planes del Señor. Sin embargo, eso no era así, sino que, muy por el contrario, esa región iba a ser el escenario de una

obra muy maravillosa de Dios, pero *el tiempo aún no había llegado*. Un factor importante que no debemos desestimar: la voluntad divina no sólo tiene un lugar determinado, sino un punto de tiempo, y es muy importante que sincronicemos los dos. *Estar en Su voluntad pero a destiempo, equivale a estar fuera de Su voluntad*.

Ahora bien, pasados varios años y concluido el segundo viaje, Pablo inicia el tercero. Empieza por recorrer la región de Galacia y de Frigia, confirmando a todos los discípulos. Después de recorrer las zonas más nórdicas, llega a Éfeso.

Esta vez no hay ninguna prohibición del Espíritu Santo. En el reloj de Dios la hora ha llegado y bien pronto empiezan a ocurrir cosas significativas.

En primer lugar se encuentra con unos doce hombres, que evidentemente habían sido discípulos de Apolos mientras éste sólo conocía el bautismo de arrepentimiento de Juan. Pablo en seguida detecta la falta del Espíritu Santo en ellos, y pasa a instruirlos más cumplidamente sobre el Camino, imponiéndoles las manos para que reciban el Espíritu, ocurrido lo cual se dan las manifestaciones de hablar en lenguas y profetizar.

Animado por esto, pasa a predicar con denuedo en la sinagoga. No obstante, después de tres meses, por el rechazo y endurecimiento de algunos, retira a los discípulos y pasa a usar para sus propósitos de proclamar el evangelio la escuela de un tal Tirano.

Persevera en esto a diario por dos años, de manera que cuantos habitan en la región llegan a oír la palabra de Dios. Y es entonces que el poder del Señor pasa a manifestarse con milagros extraordinarios, tanto de sanidades como de expulsión de malos espíritus.

Como en todo obrar poderoso de Dios, la manifestación clara de Su presencia y los portentosos milagros, provocaron un muy saludable temor en la gente. Pero tal vez lo que más resalta es la profunda convicción de pecado, que hacía que los que habían creído viniesen a descargar sus conciencias, confesando y dando cuenta de sus malos hechos en el pasado, renunciando muchos a la práctica de la magia que habían efectuado, y quemando públicamente los libros vinculados con ella.

Aquí tenemos dos cosas de mucha importancia:

Primeramente, una expresión abierta de fuerte arrepentimiento ha sido, a lo largo de la historia, casi algo típico en los grandes avivamientos de que tenemos conocimiento.

En segundo lugar, como consecuencia natural, la sociedad del entorno ha sido con frecuencia impactada, muchas veces con una sensible mejoría en los niveles morales, de justicia, rectitud y bondad.

En este caso, la repercusión en toda la zona del Asia fue tan acentuada, que el gremio de los plateros y artífices, dedicados a la venta de templecillos de la diosa Diana, experimentó una fuerte merma en lo que antes habían sido pingües ganancias. Esto los movió a reaccionar con una fuerte manifestación pública contra lo que se solía llamar el Camino, y a favor de su diosa Diana.

Como hemos dicho, este fuerte obrar de Dios tuvo su centro en Éfeso, pero además se extendió por toda la región del Asia. Como resultado de ello surgieron muchas iglesias en diversos puntos. Además de las otras seis mencionadas en los tres primeros capítulos del Apocalipsis, tenemos la de Colosas, levantada por el Señor a

través de Epafras, reconocido por Pablo como fiel ministro de Cristo (Colosenses 1:7), y la de Hierápolis, muy probablemente también fruto de las labores del mismo Epafras.(Colosenses 4:13)

Adicionalmente figuran menciones de iglesias en las casas de creyentes, tales como Ninfas, posiblemente en Laodicea (Colosenses 4:15), la que se reunía en casa de Filemón – al parecer en Colosas (Filemón 2, comparando con Colosenses 4:17) - y también en Éfeso mismo en casa de Aquila y Priscila (1ª. Corintios 16:19 y 8)

Las demandas de la obra en Éfeso, donde Pablo predicaba y enseñaba públicamente y en las casas cada día eran tales, que parece que no llegó personalmente a ninguna de esas otras iglesias. Esto lo podemos corroborar, por lo menos en cuanto a las de Colosas y Laodicea, según Colosenses 2:1.

Sin embargo, con su espíritu tan tesorero oraba intensamente por ellas, sosteniendo una gran lucha, conforme vemos en el mismo versículo. Además de escribir a los Colosenses, también envió una carta a Laodicea (Colosenses 4:16), recomendando que las dos cartas se leyeran en ambas iglesias para un mejor aprovechamiento.

La última de estas dos no se ha conservado, de manera que no la tenemos en el Nuevo Testamento. Es muy posible también que haya escrito otras epístolas a otras iglesias, las que tampoco han pasado a formar parte del canon de las Escrituras.

No tenemos constancia de que, en sus viajes misioneros, Pablo se haya detenido en ningún otro punto tanto tiempo como los tres largos años que estuvo en Éfeso. Quizá haya incidido para ello, además del evidente sello de la gran bendición de Dios en ese lugar, la comprensión alcanzada en base a experiencias anteriores, de la gran necesidad de consolidar firmemente las vidas de los convertidos antes de proseguir su marcha.

Si leemos detenidamente la narración de Los Hechos, veremos que en el primer viaje, aunque a veces forzados por la fuerte persecución, el tiempo que Pablo y Bernabé permanecieron en cada lugar fue comparativamente breve. En el segundo, con la misma salvedad, Pablo y Silas también se quedaron más bien poco tiempo, con la sola excepción de Corinto, donde Pablo estuvo por unos dos años. (Silas probablemente no haya estado con él durante la totalidad de ese tiempo).

Creemos que haciéndose un balance de lo logrado, aunque con mucho para animarlo y moverlo a alabar y agradecer al Señor por las muchas bendiciones que pudo ver, le quedaría una seria y hasta dolorosa inquietud.

Su propia trayectoria a partir de su conversión había sido ejemplar desde todo punto de vista, no encontrándose nunca el menor indicio de vacilación, tibieza, ni mucho menos de desviarse del camino en lo más mínimo. Por contraste, le debería pesar mucho ver cómo los corintios y los gálatas, fruto de sus labores previas, adolecían de serios fallos y debilidades. (Digamos aquí, entre paréntesis, que esto hasta el día de hoy, a muchos siervos de Dios a través de la historia, nos ha resultado muy preocupante).

En nuestra opinión, esta importante inquietud debe haberle motivado a alterar en algo su criterio anterior en cuanto a las prioridades de su labor. No cabe duda de que al principio, la necesidad urgente de alcanzar con el evangelio puntos nuevos adonde aún no había llegado, era absolutamente primordial.

Si bien esto indudablemente nunca lo perdió de vista, hay indicaciones claras de que con el correr del tiempo, y en base a la experiencia recogida, descubrió otra

necesidad importantísima: la de confirmar sólidamente a los creyentes para que no se apartasen del Camino ni fuesen engañados por doctrinas erróneas.

Puntualizamos a continuación algunas de esas indicaciones:

Al iniciar el segundo viaje, acompañado ahora por Silas, se nos dice:

“...y pasó por Siria y Cilicia, confirmando a las iglesias.” (Los Hechos 15:41)

Asimismo, vemos que en ese viaje él y sus acompañantes iban entregando la carta de los apóstoles y ancianos de Jerusalén en las ciudades en que ya se habían fundado iglesias, con el siguiente comentario:

“Así que las iglesias eran confirmadas en la fe...” (Los Hechos 16:5)

Y al principio de su tercer viaje:

“...recorriendo por orden la región de Galacia y de Frigia, confirmando a todos los discípulos.” (Los Hechos 18:23)

En cuanto a la iglesia levantada en Éfeso, vemos que tomó las siguientes medidas para procurar salvaguardarla de desviaciones o decaimiento espiritual:

1) Estuvo por tres largos años predicando y enseñando públicamente y en las casas todo cuanto fuese útil, y que resumió como *“todo el consejo de Dios”* (Los Hechos 20: 20, 27 y 31)

2) Rogó a Timoteo que se quedase en Éfeso (1ª. Timoteo 1:3) al marchar a Macedonia, lo cual muy posiblemente haya sido en una ocasión posterior a Los Hechos 19. El fin de esto era velar por la sana doctrina y animar y fortalecer a la iglesia.

3) Escribió a Timoteo con instrucciones y exhortaciones muy abundantes en ese sentido. Su primera epístola a él, eminentemente práctica e impregnada de sabios consejos y verdades, seguramente que fue transmitida a la iglesia en las partes pertinentes, con el consiguiente beneficio y provecho.

4) En el regreso de su tercer viaje, hizo llamar a los ancianos para que viniesen a encontrarse con él en Mileto. En el riquísimo y conmovedor pasaje que va de Los Hechos 20:17 al 38, tenemos un reflejo fiel de las solemnes e importantes advertencias que les hace, en el sentido de velar y encomendarlos a Dios y a la palabra de Su gracia. Culmina esto orando de rodillas con todos ellos.

Además de lo que precede, enumeramos los tres siguientes puntos, que ya había aplicado anteriormente:

5) Les inculcó la forma en que debían vivir y comportarse, con su prédica y con el modelo de su conducta irreprochable y ejemplar.

6) Les escribió, al igual que a las demás iglesias. Hemos de subrayar, no obstante, sin desmerecer ninguno de sus otros escritos, que la epístola que les envió a ellos desde la cárcel en Roma, ha resultado en verdad sobresaliente. En ella les volcó, al par que exhortaciones y consejos prácticos para el diario vivir, un tremendo caudal de verdades y revelación de gran profundidad y altura.

7) No cesó de dar gracias por ellos, haciendo memoria de ellos en sus oraciones. Del alcance y la envergadura de estas oraciones, tenemos una idea muy adecuada por el tenor de las que consigna en Efesios 1:15-20 y 3:14-21. Leyéndolas con atención, algunos quizá llegaríamos a la conclusión de que todavía ¡no hemos empezado a aprender a orar!

En un capítulo posterior, al abordar la carta al ángel de la iglesia en Éfeso, y alguna otra también, haremos referencia y algún comentario sobre los resultados de

toda esta ministración de Pablo a los efesios. Empero, antes de continuar, digamos que la misma constituye una guía fiel y un modelo, para enseñarnos cumplidamente lo que son la verdadera solicitud y desvelo en el cuidado de la grey del Señor.

Todo esto lo hemos presentado a manera de introducción a fin de que el lector pueda relacionar las cartas a las siete iglesias de Asia con su nacimiento y desarrollo inicial. Resumiendo, debemos sobre todo tener muy presente que fueron fruto del ministerio de Pablo cuando, como ya hemos dicho, estaba en la cumbre de su carrera, y pudo ver lo que casi con seguridad fue el movimiento de Dios más potente que le tocó vivir.

Después de 35 años.-

Pero al tiempo del Apocalipsis él ya no estaba en vida, habiendo partido para estar con el Señor, a Quien tanto amaba, en el año A.D. 66 o unos años más tarde, según se estima.

En cambio, el venerable anciano Juan, con sus 90 años de edad aproximadamente, era el único, al parecer, que todavía quedaba en vida de los primeros apóstoles. En Sus sabios designios, le plugo a Dios destinarlo a esa región de Asia como custodio de la verdad del evangelio, y con el fin de animar y fortalecer a las iglesias.

Comúnmente se considera que estaba preso cuando recibió la revelación del Apocalipsis en la Isla de Patmos - cercana a la costa occidental de la zona - y que era por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús.

Por ese tiempo las iglesias se encontraban en general bastante maltrechas por el desgaste de los años, el consentimiento del mal en diversas formas en varias de ellas, y la infiltración de corrientes doctrinales erróneas y falsas.

Hacía falta pues una ardua labor de restauración, a la cual fue llamado el veterano y entrañable apóstol del amor. Estando en esa isla recibió la estupenda manifestación de lo alto consignada en el primer capítulo del Apocalipsis, y de la cual nos será necesario ocuparnos en bastante detalle, debido a su enorme importancia, no sólo para la situación de las iglesias de ese entonces, sino para las de todo lo largo de la historia de ahí en adelante.

Pero antes debemos señalar que en ese primer siglo ya había habido una serie de manifestaciones de lo alto, que llamamos *el abrirse de los cielos* en una forma u otra.

La primera fue precisamente eso – el abrirse los cielos, en la ocasión del bautismo de Jesús en el río Jordán, como preludio y prenda de Su maravilloso ministerio terrenal que estaba comenzando.

Después de Su muerte, resurrección y ascensión, tuvo lugar la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, inaugurando la era de la gracia y del Espíritu, con señales de extraordinario poder y la formación de la gloriosa iglesia primitiva de Jerusalén.

Dentro del mismo contexto, pero en medio de fuerte persecución, en el capítulo 4 de Los Hechos se nos cuenta de una nueva visitación celestial que revitalizó notablemente a los apóstoles y creyentes en la difícil situación en que se encontraban. Esto les permitió continuar en estrecha unidad, con mucha gracia de lo alto y gran poder para seguir dando testimonio de la resurrección de Cristo.

Seguidamente, como resultado de una feroz persecución desencadenada hacia fines del séptimo capítulo y principios del octavo, los creyentes escapan y son

esparcidos por todas partes, proclamando el mensaje de salvación por doquier. Felipe, uno de los siete diáconos elegidos en el capítulo 6, se pone a predicar en Samaria y otra vez se abren los cielos, con manifestaciones milagrosas de sanidades y liberaciones, como así también de salvación, y la venida del Espíritu Santo sobre los nuevos convertidos, esto último a través de la imposición de manos de Pedro y Juan.

Y así sucesivamente. En el capítulo 9, Jesús mismo se manifiesta al todavía entonces Saulo de Tarso, con un deslumbrante fogonazo de luz divina que marca la conversión del que había de ser el gran apóstol de los gentiles.

En el décimo capítulo se nos narra el derramamiento del Espíritu Santo en la casa de Cornelio, que abre la puerta de la fe y la salvación a los gentiles. En el siguiente, en un mover sorpresivo y poderoso, vemos el nacer de la primera iglesia gentil en Antioquía de Siria, que había de ser a la vez un modelo y centro de proyección hacia el Occidente.

Los capítulos 13 y 14 dan cuenta de otra operación de gran poder y envergadura con conversiones masivas, señales y prodigios, que tienen como escenario las ciudades de Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe, durante el épico primer viaje de Bernabé y Pablo. Algo parecido se nos consigna en los capítulos 16, 17 y parte del 18, con motivo de la entrada por primera vez del evangelio en las ciudades del continente europeo, tales como Filipos, Tesalónica y Corinto, durante el segundo viaje misionero de Pablo.

Finalmente, en Los Hechos 19 tenemos lo que sucedió más tarde en Éfeso y la región del Asia, y a lo cual ya nos hemos referido con cierta amplitud.

Ahora bien, todos estos derramamientos de lo alto, o bien oleadas de bendición si así se los prefiere llamar, se perfilaron en una proyección de avance hacia zonas aún no alcanzadas previamente por el evangelio.

En cambio, el Apocalipsis, situado en tiempo a unos 35 años más tarde o poco más, nos presenta en su primer capítulo otra manifestación del cielo abierto, pero *en un aspecto distinto de todos los anteriores*. Ésta no estaba ni está encaminada hacia tierra virgen para ganar más terreno en la propación de las buenas nuevas, sino al territorio que ya le pertenecía y pertenece al Señor – el de Su amada iglesia.

Como ya adelantamos, por ese entonces muchas iglesias se encontraban debilitadas y con serias dificultades. Hacía falta pues una poderosa y eficaz ministración de lo alto para restaurar y revitalizarlas, y es a través de ese prisma que hemos de ver y entender la gloriosa aparición de Cristo ante el apóstol Juan en la isla de Patmos. En otras palabras, un nuevo abrirse de los cielos, pero para desplegar el poder, la gloria y la plenitud del Hijo de Dios a favor de Su iglesia – la de ese entonces, y por extensión la de todos los tiempos - que habría en el futuro de afrontar las mismas necesidades, aun cuando las circunstancias y tonalidades externas fueran diferentes.

Una aparición grandiosa y trascendente.-

En realidad, nos quedamos cortos con estos dos adjetivos, pues fue eso y mucho más también.

Empecemos por considerar a los dos personajes de este gran evento. El apóstol Juan era ya, como se ha dicho, un venerable anciano que, después de acompañar al Señor durante Su ministerio terrenal, le había servido fielmente por unos sesenta años.

Su madurez y experiencia le hacían el hombre ideal para la función de abanderado y baluarte de la verdad de la doctrina de Cristo, que él había oído y recibido personalmente, junto con los demás primitivos apóstoles, directamente de la boca y el espíritu del Maestro.

Consciente de su avanzada edad, y pensando que su marcha hacia el más allá estaba próxima, quizá ni se le había cruzado por la mente que el Señor todavía tenía programadas para él dos cosas realmente maravillosas para culminar y sellar su carrera.

Una de ellas era la de ser el portador del importantísimo mensaje que Él tenía para Sus iglesias de aquella época, extensivo también a Su iglesia militante universal de todos los tiempos, con todo lo que ello conlleva, y que habremos de intentar desgranar en los capítulos siguientes.

La otra era la de recibir y transmitir la formidable y portentosa revelación apocalíptica que apunta a la consumación final del programa divino. En este sentido, con el clímax y la gran culminación del Apocalipsis, le cupo el altísimo honor de poner la puntada final a las Sagradas Escrituras, como precioso broche de oro de su trayectoria fiel y ejemplar.

En cuanto a Jesucristo, el protagonista central de esta ocasión, lo encontramos ahora mucho más encumbrado y exaltado que durante Su vida terrenal.

Desde luego que como el niño sujeto a sus padres, bueno y ejemplar; como el Maestro de Galilea, el médico que sanaba a los enfermos y el ungido que proclamaba las buenas nuevas de salvación y liberaba a los cautivos, resultó desde todo punto de vista un dechado de la más absoluta perfección.

Pero después de todo eso tuvo que beber la amarga copa del Getsemaní y atravesar el horno del Calvario. Y después de gustar la muerte por todos, pasó a resucitar triunfalmente al tercer día y ascender por encima de todos los cielos (Efesios 4:10) con los máximos honores y glorias.

Es decir que, sin ningún desmedro de todo lo precioso y perfecto que había sido anteriormente, ahora se encuentra en un nivel mucho más alto y eminente que antes. En otras palabras, que ahora era un Cristo mucho más grande y glorioso.

Así las cosas, Juan está ahora en Patmos por la palabra de Dios y el testimonio de Jesús, y según sus propias palabras, estaba en el Espíritu en el día del Señor.

Bien podemos visualizarlo, de lo más profundo de su ser, acompañándolo su mente y su voluntad, totalmente centrado en Dios, contemplándolo con los ojos de la fe, como si estuviera ahí mismo, bien *delante* de él.

Pero ¡sorpresa!, la maravillosa voz divina, que en el pasado le había hablado tantas veces, y que tanto amaba y anhelaba, se le aparece por detrás suyo, no de cara a su posición frontal, como casi seguramente estaría esperando.

Aunque bastante anciano, y según podemos ver por sus epístolas, sanamente conservador, se adapta a esta situación inesperada. El Señor y la voz celestial se le presentan por detrás, pero no se atrinchera en la postura o posición en que se encuentra, sino que con sabia flexibilidad y adaptabilidad se vuelve – se da vuelta en un giro de 180 grados - para ver la voz que hablaba con él. (Apocalipsis 1:12)

¡Cuánto necesitamos esa flexibilidad y adaptabilidad!

Sin tirar por la borda los valores fundamentales que hemos recibido ni nada de eso - antes bien, conservándolos firmemente - sin embargo, hemos de estar abiertos a nuevas expresiones y dimensiones de lo alto, para enfrentar nuevas situaciones y contingencias que se nos han de ir presentando en nuestra marcha.

Naturalmente que al hacerlo, lo someteremos al examen de lo bíblico, que siempre apunta al orden, al decoro, la santidad y las demás columnas inamovibles que ya conocemos. Pero guárdenos el Señor de ser tan cerrados y cautos, que lo limitemos y encasillemos en el estrecho margen de lo conocido y actuado hasta ahora.

No debemos nunca perder de vista que nuestro Jesús es un Cristo progresivo, y que como ya hemos visto en el caso de los dos discípulos en el camino a Emaús, siempre se propone ir más lejos y llevarnos más adelante.

Al darse vuelta Juan, en seguida vio siete candeleros de oro, y en medio de ellos a uno semejante al Hijo del hombre. Como bien se sabe, y además lo dice el mismo Jesucristo en el versículo 20, los candeleros representan las iglesias, lo cual corrobora lo señalado anteriormente: esta visión y manifestación de Él está dirigida a Su iglesia y está relacionada totalmente con ella.

Pero hay algo más en esto que es muy importante: al aparecer en medio de los candeleros de oro, Jesús pone de relieve Su inquebrantable identificación con Su iglesia.

A veces nos ha dolido oír expresiones de crítica indiscriminada, o abierta censura de la iglesia – que no tiene visión, que en ella no hay amor o bien que está dividida y poco tiene que aportar para la sociedad y el mundo en general, etc. etc.. Si esto viniera de parte de personas inconversas lo comprenderíamos y sobrellevaríamos mejor; pero lo malo es que a menudo viene de quienes son creyentes, o por lo menos lo profesan o tienen la apariencia de serlo.

No somos ciegos ni ingenuos en cuanto a los muchos fallos y errores que ha habido, y casi seguramente siempre habrá dentro de la iglesia militante. No obstante, algo a la vez tierno y profundo dentro de nosotros, nos hace recordar que igualmente sigue siendo la Amada y Desposada del precioso Cordero; que Él la ha comprado al precio altísimo de Su sangre y de Su muerte, y que por todo ello hemos de amarla y honrarla en todo lo que sea posible. Incluso si hallamos que en partes de ella no hay amor, hemos de ser consecuentes y procurar llevárselo como fuerza bendita y contagiosa, y no quedarnos al margen hablando en contra de ella, como si fuésemos sus enemigos.

La manifestación del Señor Jesucristo en esta ocasión fue realmente grandiosa y en un grado muy por encima de otras tales como la transfiguración, o la que tuvo Saulo de Tarso en el camino a Damasco, bien que éstas también fueron importantes y memorables.

Veamos algunas de las partes más destacadas:-

Su voz.-

“...y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta” (1:10b)

¡Qué distinta de la voz del Maestro, cuando con acento pausado y entrañable, hablaba por ejemplo de ser el buen pastor que da su vida por las ovejas; o bien la puerta, y que el que por Él entrare, sería salvo y entraría, y saldría, y hallaría pastos!

La trompeta es estridente – parece rasgar la atmósfera – hacer callar todo lo demás y demandar nuestra atención exclusiva y máxima.

El autor recuerda sus días en el servicio militar como zapador montado, hace muchos años en lo que en aquel entonces era el Batallón de Zapadores Escuela, en Concepción del Uruguay, Entre Ríos, en la lejana Argentina.

Por las tardes, después de “rancho” (una cena temprana como a las 6 de la tarde) venía un rato de descanso después de un día de intensa actividad. En ese rato los soldados cantaban, se contaban bromas, fumaban, leían las cartas de sus padres o de la novia el que la tenía, etc. etc.

De repente, creemos recordar que a las 7 (19 horas), sonaba la trompeta. La consigna era muy clara: inmediatamente un soldado con voz marcial y potente, debía hacerse oír exclamando: ¡BANDERA!

Instantáneamente cesaban las canciones y los chistes, se tiraba el cigarrillo, la carta iba al bolsillo, mientras que haciendo sonar bien los tacos cada soldado tomaba posición militar de atención, en medio de un silencio absoluto.

¡Ay del recluta torpe, lerdo o perezoso que no lo hiciese con la fuerza y la garra de un verdadero soldado!

Aunque en una proyección muy diferente, esa voz de trompeta de nuestro General en Jefe, al hacerse oír con su estridencia potente y solemne, nos hace dejar de lado de inmediato todas las pequeñeces e insignificancias que con tanta frecuencia absorben nuestro tiempo y nuestras fuerzas. Al mismo tiempo, nos hace plantarnos con toda firmeza, ofrendándonos de nuevo al servicio del estandarte del evangelio y de la causa más noble en que el ser humano puede invertir su vida.

¡Pero eso es sólo una parte!:

“...y su voz como estruendo de muchas aguas.” (1:15b)

Se está manifestando, como ya se ha apuntado, a Su amada iglesia. Él sabe muy bien que por el cansancio, el desgaste de los años, las muchas luchas y problemas, no pocos están experimentando *una prolongada y agobiante sequía*. Y esa voz, como el estruendo de *muchas aguas*, les trae el bendito mensaje que el río de Dios sigue lleno de aguas (Salmo 65:9) y al sediento que acuda de lleno a Él, otra vez lo habrá de anegar con abundancia de aguas vivas, frescas y cristalinas.

¡Qué evangelio! ¡Qué buena nueva para sus agotados y exhaustos fieles!

Mas no es eso solamente. El estruendo de muchas aguas nos dice algo más, también muy maravilloso.

Imaginémonos en una excursión con algún hermano para visitar unas cataratas – las del Iguazú o del Niágara por ejemplo. Acercándonos al lugar empezamos a oír, aunque a distancia, el ruido de las aguas que van cayendo a copiosos raudales. Nuestra conversación sigue, pero a medida que vamos avanzando, nos cuesta más hacernos oír el uno al otro. Finalmente, al estar bien cerca, el ruido es tan ensordecedor que ya no nos oímos, y todo otro ruido, voz o sonido queda ahogado y apagado por el formidable estruendo de muchas aguas.

¡Así es la voz del incomparable Jesús! No necesariamente ruidosa, y por cierto que tampoco eufórica ni nada de eso; pero tan única y sin igual, que al llegar a nuestro interior, silencia y acalla todas las demás que pretenden atraernos, para reclamarlos y llevarnos totalmente a Él, la Fuente Eterna de todo bien.

El arma invencible y todopoderosa de Su palabra.-

“...de su boca salía una espada aguda de dos filos” (1:16)

En los albores de ese gran obrar de Dios en Éfeso y toda el Asia, esa palabra del Señor había crecido y prevalecido poderosamente, con sus verdades maravillosas e irresistibles.

Cuando se produce un decaimiento espiritual, unos de los varios síntomas negativos que aparecen es que la palabra pierde su vigor y poder penetrante, y en cambio se vuelve seca, inoperante y anodina.

Para quienes, tras haberla conocido en su gloria y vitalidad pristinas, la han pasado a echar tan de menos al faltar y no oírse, quizá por años ya, ¡qué consuelo dichoso resulta el tener un reencuentro con ella!

La espada de triunfo del pueblo de Dios (Deuteronomio 33:29), para el creyente fiel y santo es el medio que el Espíritu ha usado para dar muerte a los antiguos habitantes y enemigos de su alma: el pecado, las obras de la carne y la mundanalidad, en todas sus sutiles y variadas ramificaciones.

Para su espíritu, para su nuevo hombre, es a la vez *pura gloria* que lo fortalece, y a menudo lo hace vibrar de amor y fe, con el auténtico espíritu guerrero en medio de la batalla en que está empeñado. Y esa espada también es mucho, mucho más, desde luego.

Pero sigamos adelante:

“Y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno”...
(1:15a)

¡Cuán distintos son sus pies ahora, de los que Juan había visto en Su ministerio terrenal, calzados con humildes sandalias y recorriendo los polvorientos caminos de Galilea, Samaria y Judea!

Hay dos Escrituras que nos vienen a la mente en relación con esto:

“Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies” (Malaquías 4:3), en el contexto del nacimiento del Sol de Justicia en el versículo anterior.

Y vinculada con ésta, la promesa de Romanos 16:20

“Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies.”

La iglesia militante, tanto en el Asia en aquel punto de la historia, como en toda ocasión sucesiva hasta el presente, se encontraba y se encuentra rodeada de enemigos por doquier, incitados por el mismo Satanás.

Es por eso que esta aparición tan imponente de Jesucristo viene tan en sazón en cuanto a Sus pies, semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno. Como parte de Su Cuerpo que se va completando en esta etapa final de los tiempos, Él habrá de usar a Sus fieles guerreros como Sus pies, para hollarlos y dejarlos como cenizas ante la manifestación de Su poder irresistible.

¡Arriba ese ánimo hermano! El Guerrero Invencible está de nuestra parte; por lo tanto, no dejes que la derrota entre en tus cálculos para nada.

“Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve”... (1:14a)

Estos detalles que se nos van dando no son casuales ni están meramente como para completar un cuadro descriptivo interesante. Hemos de repetir, para que en ningún momento se pierda de vista, que es una manifestación del Hijo de Dios glorifi-

cado, dirigida expresamente a Sus iglesias – las del Asia de entonces y las demás de todos los tiempos.

Al considerar ahora ese rostro y esa cabeza, que se nos va presentando con las sucesivas pinceladas de la Escritura, vemos en la parte superior – frente, cabeza y cabellos – la blancura inmaculada de la nieve.

Contemplándola, nos impresiona – nos impacta – nos conmueve profundamente.

El Espíritu Santo, como correspondiendo a nuestra contemplación que es anhelante y a la vez expectante, nos hace visualizar con nitidez y reverente temor esa blancura tan celestial, tan por encima de cuanto jamás hemos visto y conocido.

Al mismo tiempo nos hace desear profundamente ser así de santos y puros como Él es. Y aun más allá de eso, detectamos una nota de misericordia que siente con ternura por aquéllos dentro de las iglesias que en el pasado vivían de blanco delante de Él, pero que ahora, tristemente, están manchados y sucios.

No se presenta así para recriminarlos ni desecharlos. Antes bien, es para encenderlos de un fuerte anhelo de volver a Él contritos y quebrantados, para ser restaurados a su bendito estado anterior de vivir en la hermosura de la santidad.

¿Sientes que va tomando sentido para ti y para tu iglesia, querido lector, esta gloriosa aparición de Jesucristo en la Isla de Patmos?

“...sus ojos como llama de fuego” (1:14b)

¡Cuántos en esas queridas iglesias habrán ardido en los primeros tiempos con la llama celestial! ¡Y cuántos de ellos, lamentablemente, languidecían ahora con el recuerdo de un pasado bendito, pero que se les había evaporado hacía bastante tiempo, y algunos ni sabían cómo!

¡Como para llorar y llorar y derramar el alma, pidiendo un retorno a aquello que se vivió antes!

Y ese par de ojos como llama de fuego, y más penetrantes que ningún otro, como leyendo y conociendo muy bien ese lamento, se presentan con el alentador mensaje que Él sigue ardiendo de amor inapagable. Pero no solo eso, sino que al que de veras está dispuesto a ponerse a cuentas con Él, desnudando totalmente su corazón y poniendo otra vez todas las cartas sobre la mesa, Él está bien dispuesto a volver a encenderle la llama gloriosa, para que de nuevo vibre y arda de amor, fe y esperanza.

Bendito Cristo ¡cuán perseverante eres para seguir amando con tanta bondad a los Tuyos hasta el fin!

“...y su rostro como el sol cuando resplandece en su fuerza.” (1:16b)

En el capítulo VIII bajo el punto n) – *El resplandor de la gloria de Dios* – ya nos hemos referido extensamente al rostro del Señor, como el Sol Increado y Eterno, lo cual nos exime de agregar más aquí.

En una breve recapitulación de la visión, podemos imaginar todo el semblante del Señor Jesús: esa cabeza y cabellera, con la blancura de la nieve; los ojos como dos llamas de fuego; de la boca, saliendo las tres cosas: la voz de trompeta, el estruendo de muchas aguas y la espada aguda de dos filos. Y como si fuera poco, Su mismo rostro un sol radiante de un resplandor que encandila y deslumbra.

¡Con razón que Juan cayó redondo a Sus pies, como muerto!

Mas Jesús prestamente se le acerca, pone Su diestra sobre él y le dice:

“...No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén...” (1:17b-18)

Y a continuación le manda que escriba las cosas que ha visto y las que son y las que han de ser, explicándole asimismo el significado de las siete estrellas que están en Su diestra y de los siete candeleros.

Esto pone punto final a este gran capítulo, que configura la base y a la vez la fuerza motriz digamos, que ha de dar impulso a todo lo que sigue.

Antes de abrir Jesús Su ministerio, se abrió el cielo sobre el Jordán y el Espíritu Santo, en la forma corporal de una paloma, descendió sobre Él.

Al nacer la iglesia primitiva, para ese obrar tan poderoso que iba a tener lugar en sus albores en Jerusalén, el viento recio y el fuego del Espíritu Santo vinieron como la gran fuerza propulsora.

Algo parecido sucedió en la casa de Cornelio más tarde al nacer la primera iglesia gentil.

Ahora, como ya hemos visto, el planteo es distinto. Entrados el decaimiento y las dificultades en las siete iglesias del Asia, se abre una nueva panorámica en la trayectoria de la iglesia, que ha de seguir hasta el final de su historia.

En efecto: la iglesia militante, en el fragor de la lucha y la gran variedad de vicisitudes y problemas que se presentan, necesita y necesitará siempre del importante y laborioso ministerio de la restauración, para recuperar los valores perdidos y seguir en pie en medio de la lucha, hasta terminar airosa y triunfante.

Para esto hará falta un inmenso caudal de energía y virtud de lo alto, y precisamente para ello el Resucitado, Ascendido y Glorificado Hijo de Dios se manifiesta en esta célebre ocasión de la Isla de Patmos en forma tan poderosa y estupenda. Y así, es como si las compuertas celestiales se abriesen para liberar ese inagotable caudal que hay en Él, y con el cual Su amada iglesia universal a través de la historia habrá de ser revitalizada y renovada vez tras vez, para alcanzar el glorioso destino que le está trazado.

----- () -----

CAPÍTULO XI – LAS CARTAS A LAS SIETE IGLESIAS – (1)

Consideraciones generales – Éfeso – “Has dejado tu primer amor”

¡Qué tesoro inmenso encontramos en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis, en que se nos da el texto de las siete cartas!

En realidad todas ellas son bastante breves, siendo la más extensa la que va dirigida a Tiatira, que consta de doce versículos. En esto tenemos un contraste interesante, y en cierto modo algo curioso. Mientras que Jesús, en Su ministerio terrenal se explayaba a menudo con mucha amplitud, hablando y enseñándoles a Sus discípulos largo y tendido, aquí es más bien breve y bastante escueto.

Sin embargo, el contenido de cada una de las cartas es muy denso por cierto, y nos proporciona un acopio de enseñanzas, verdades y principios utilísimos, que podemos aplicar con provecho tanto para situaciones de iglesia a nivel corporativo, como en un plano individual.

Todas van dirigidas al ángel de cada iglesia. Esto muchos lo suelen interpretar como el pastor de cada una de ellas. No podemos ni deseamos desmentir esta postura pronunciándola equivocada. Sin embargo, dando estricta atención al significado de la palabra *ángel*, debemos decir que quiere decir *mensajero*, no pastor.

Por otra parte, en los valiosos modelos de iglesias que tenemos en Los Hechos y las epístolas, casi invariablemente estaban lideradas por dos o más ancianos/pastores/obispos, correspondiendo indudablemente estos tres nombres a tres facetas o funciones distintas del mismo cargo. (Ver Los Hechos 20:17 – ancianos - y 20:28 –obispos/pastores); también Tito 1:5 – ancianos – y 1:7 – obispos, y asimismo 1^a. Pedro 5:1 – ancianos - y 5:2 – pastores.)

De manera que, siendo totalmente objetivos, no podemos equiparar con certeza y exactitud el lugar del ángel de cada iglesia del Asia con ningún otro cargo establecido en el resto del Nuevo Testamento.

En cambio, lo que sí podemos afirmar es que eran mensajeros del Señor, evidentemente con cierta responsabilidad sobre cada iglesia local. El mismo Jesucristo los presenta como estrellas en Su diestra. Esto nos habla de que eran de Su absoluta propiedad, y Él como amo indiscutido de sus vidas podía enviarlos y contar con ellos como Sus auténticos mensajeros.

Además, la diestra nos habla de *Su poder*, compartido por ellos en la medida en que se prestasen en plena disponibilidad y obediencia, y dentro del marco de la voluntad divina. Al mismo tiempo, esa diestra llevaba y aún lleva en la palma la cicatriz del clavo que la atravesó en el Gólgota. Esto nos señala con claridad que el verdadero enviado de Cristo es una persona que conoce el camino de la cruz, siendo a veces ceñido y llevado por el Espíritu Santo a situaciones o experiencias que normalmente nunca elegiría de por sí.

Todas las cartas empiezan identificando a Jesucristo como su autor, pero en la forma particular de representarlo en cada caso con uno o varios rasgos o característi-

cas de Su persona. Estos rasgos o características provienen mayormente, pero no en su totalidad, de las descripciones de Él que tenemos en el primer capítulo de Apocalipsis, concretamente en el versículo 5 y en el pasaje que va del 10 al 20.

En *general* podemos observar que estos rasgos o características con que se presenta, tienen relación directa con la situación o necesidad local que había en cada lugar. En varios casos esto se discierne con claridad, mientras que en otros, la conexión no es tan evidente.

Hacia el final de cada carta encontramos la exhortación: “*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*”, lo cual enfatiza la absoluta unidad y compenetración de Jesucristo y el Espíritu de Dios. Lo que Él, el verbo eterno de Dios dice – eso mismo, en forma precisa y exacta, también lo está diciendo el Espíritu Santo.

Asimismo hallamos en la parte final de cada carta las tres palabras “*El que venciere*”, o bien “*Al que venciere*”, seguidas siempre de la promesa de uno o varios galardones.

Debemos notar que esto implica Su reconocimiento de que los Suyos están en medio de una batalla. Como Quien ya ha peleado y ganado la gran batalla que le tocó librar, desde Su encumbrado trono de victoria ahora alienta así a los Suyos a ser valientes y triunfar, así como lo hizo Él.

De los premios prometidos, algunos son para el más allá, pero la gran mayoría para la vida presente. *Nunca se vinculan con factores numéricos*: nada de “Al que venciere le daré que su iglesia sobrepase los mil miembros”, ni que “en los próximos meses habrá de batir todos los records de diezmos y ofrendas.”

No negamos que a menudo la bendición del Señor se traduce en la multiplicación y la prosperidad, pero en estas cartas los galardones propuestos siempre tienen que ver con *una mayor profundidad y calidad de vida* – no con la cantidad o los números.

En ninguna ocasión vemos que se prometa algo para “el que empatare”, pues ¡en esta lucha contra el mal no puede haber empate!

Tampoco hay “premio consuelo” para el que fuere vencido. Lo cual nos enfrenta con la solemne realidad de que, ayudados por Su gracia, debemos enfocarnos plenamente en ganar la batalla y guardar la fe, y en ninguna forma cejar en nuestro empeño, descuidarnos o abandonar la disciplina de la oración y el vivir cerca de Dios. El hacer lo contrario solo nos traería pérdida irreparable y muchos dolores y quebrantos.

Pero debemos cobrar ánimo en medio de la lucha. Con Su triunfo sobre todas las fuerzas del mal, Él nos ha abierto el camino como nuestro precursor, para que nosotros también venzamos. Y además, nos ha dado para ello Su Espíritu – ¡el del Vencedor!

Como dijimos ya, cada carta tiene hacia el final la frase “Al que venciere”. Son entonces siete veces, y en ello podemos ver una escalera con sucesivos peldaños que culminan con el último, que nos lleva a sentarnos con Él en Su mismo trono, así como Él ha vencido y se ha sentado con Su Padre en el Suyo. (3:21)

La meta no podría en ninguna forma ser más alta, y la misma, como así también Su persona digna de que le demos lo mejor de nuestra vida, hacen que bien valga la pena que nos brindemos de lleno para ello, derramando nuestro mejor amor y máximo empeño.

¡Bendita senda de lucha y de triunfo, que nos conduce a ese fin tan glorioso!

En su parte inicial, todas las cartas van dirigidas en el singular al ángel o mensajero de la respectiva iglesia. Más tarde, en algunas Jesús pasa al plural, refiriéndose a un determinado grupo de personas, pero la frase hacia el final, dirigida a los vencedores *siempre va en singular*.

Esto pone de relieve que cada uno debe pelear y ganar su propia batalla. Podrán ayudarnos otros, ya sea en nuestra iglesia o donde quiera, pero en última instancia, serán nuestra elección y nuestra propia fe y obediencia las que inclinen el fiel de la balanza hacia un lado o hacia el otro.

Cada una de estas misivas es como una radiografía veraz que presenta con toda claridad la condición interior de la iglesia destinataria. Por una parte, Jesús reconoce y valora todo cuanto haya de fidelidad, sacrificio y nobleza; pero por la otra, donde ve desviaciones y fallos, los señala con toda franqueza y firmeza.

Pero en Su amor y misericordia, no sólo hace eso, sino que también puntualiza en forma muy clara el remedio para salir de la mala situación.

A cinco de las siete iglesias les llama la atención en cuanto a cosas que están mal y no son de Su agrado, algunas de ellas muy gruesas, como iremos viendo. Y en toda esta consejería, breve pero a la vez muy densa en su contenido, hallamos un riquísimo caudal sobre el gran tema de la restauración, que sigue siendo nuestro hilo central y principal.

Una última reflexión de carácter general. Aquí encontramos al mismo Jesucristo, glorificado y ascendido, corrigiendo, aconsejando y alentando a Sus iglesias, todas las cuales se hallan en medio de batallas, pruebas y presiones de diversos aspectos.

Como es bien sabido, existe hoy día una gran proliferación de enseñanzas sobre guerra espiritual. De distintas fuentes y en diversas formas se exhorta a que hay que identificar al “hombre fuerte” de la ciudad o la población, o la diosa pagana de la región, y luchar en intercesión contra él o ella, atándolos y echándolos fuera en el Nombre del Señor, pues son ellos en gran parte – así se afirma – los culpables y responsables de las dificultades, problemas o adversidades porque se está atravesando. O bien se trazan líneas o coordenadas geográficas, en las cuales se atribuye una esfera de influencia de poderes maléficos que hay que contrarrestar.

Aprendamos de Jesucristo, queridos hermanos, pues Él es el Maestro Supremo. En estas siete cartas no hay absolutamente nada en esa línea, que tiende a quitar la responsabilidad personal de cada uno por sus acciones, sus problemas, desaciertos y pecados, para achacársela al diablo y sus malos espíritus.

En cambio, con esa palabra límpida y certera, donde Jesús ve yerros y cosas que le desagradan, lo señala con toda claridad, llamando al *arrepentimiento* y a dejarlo de lado, o bien a volver a la buena senda que se había abandonado.

Y para mayor abundamiento, en los cinco casos en que reprocha por cosas que están mal y fuera de lugar, siempre encontraremos que una o más veces está la palabra *arrepíentete*, o alguno de sus derivados, señalándonos así lo que es sin duda el elemento clave de toda genuina restauración.

Seamos sabios y dejémonos enseñar por lo que Jesús verdaderamente nos ha dicho, y no por lo que nunca dijo ni nos enseñó.

Esto pues, a modo de introducción. A medida que vayamos considerando las cartas una a una, irán saliendo más verdades y enseñanzas de índole general, a más de las que atañen en particular a cada una de las iglesias destinatarias.

LA CARTA A ÉFESO .- (Apocalipsis 2:1-7)

Al dirigirse al ángel de la iglesia en Éfeso, Jesús se presenta como el que tiene en Su diestra las siete estrellas de Sus mensajeros, y el que se pasea en medio de los siete candeleros. Con esto denota Su preocupación y desvelo por Sus iglesias, y la provisión que Él mismo ha hecho para ellas, al levantar para sí mensajeros que les transmitan fielmente Sus palabras de ánimo y advertencia, y Sus consejos.

Al igual que las otras seis cartas, esta primera comienza, después de la introducción de Su persona, con las cuatro mismas palabras:

“Yo conozco tus obras”

Él todo lo sabe y todo lo ve – las obras que se hacen a la vista de los demás y las que se hacen a solas y en secreto – las conoce todas, y además de eso, *¡las motivaciones y las intenciones que van detrás de cada una de ellas!*

Los versículos 2 y 3 nos presentan una serie de virtudes que Él reconoce y valora debidamente. El arduo trabajo y la paciencia; el haber sufrido y haberlo asumido con resignación y longanidad, como así también el no desmayar en medio de las tensiones y dificultades. Todo eso forma un conjunto de cualidades que cualquiera de nosotros consideraría, y con justa razón, de inestimable valor si las hallásemos en la iglesia a que pertenecemos o que lideramos.

A más de eso, *“no puedes soportar a los malos.”* Al que viniera con segundas intenciones, como ser el joven o la joven buscando su pareja, o el que venía a pedir dinero particularmente a unos y a otros, o al que persistía en su pasada manera de vivir sin mostrar frutos dignos de arrepentimiento – en fin - a todo el que vivía u obraba sin limpieza ni rectitud y transparencia, muy pronto se lo detectaba y se lo ponía bien en claro.

También habían tenido que contender con los que se decían ser apóstoles y no lo eran. Mencionamos en primer lugar que estas palabras *“se dicen”* (ser tal o cual cosa), aparecen varias veces en las cartas (ver también 2:9 y 20; 3:9 y 17). Y esto es sintomático del que no es auténtico siervo del Señor, verdaderamente enviado por Él: en vez de hablar del Señor y señalarlo a Él ante los demás, habla de sí mismo, autoproclamándose como apóstol, judío, profetisa o bien rico y no necesitado de nada, según el caso.

Cuando alguien tiene el hábito, ya sea desde el púlpito o en sobremesas o en privado, de anunciar sus logros, citar las alabanzas que otros hacen de él, y en fin, de hacer su propia publicidad... ¡mala cosa! (2ª. Corintios 10:18). A los tales, les viene muy bien el consejo de Proverbios 27:2

“Alábetse el extraño, y no tu propia boca;

El ajeno, y no los labios tuyos.”

Pero continuando, ¿cómo habían los efesios y el ángel mensajero de su iglesia, logrado ese discernimiento certero de quienes no eran genuinamente enviados por el Señor?

Leemos que los habían probado y hallado mentirosos. En qué forma los habían probado no sabemos a ciencia cierta – tal vez cuestionádoslos sobre sus vidas y tra-

victorias, observando su conducta, administración del tiempo y demás – quizá incluso cediéndoles el púlpito para poder apreciar el mayor o menor peso de la palabra y el mensaje que traían.

De lo que sí podemos estar seguros es que tenían una referencia muy clara y sólida para discernir correctamente quienes eran auténticos *enviados* (ése es el significado literal de la palabra apóstol) y quienes no lo eran.

Esa referencia no era otra que el padre y fundador de la obra en esa ciudad, el ejemplar apóstol Pablo, a quien habían visto de cerca por tres largos años. Su figura santa y llena de amor y bondad, junto con su absoluta integridad, su consagración transparente y total, y todas las demás virtudes que habían visto en él – todo eso les servía de guía fiel para determinar quiénes eran verdaderos y quiénes no lo eran.

Como en todas las cosas, no es el título que se ostenta o pretende ostentar, que lo acredita a uno. En cambio, lo que vale es lo que se es por gravitación de un genuino llamado de lo alto, y la evidencia de la mano de Dios que ha forjado un carácter y acordado un ministerio realmente aprobado, y con las credenciales de un fruto sano y duradero.

Los Nicolaítas.-

Otra virtud que el Señor les reconoce es que aborrecían las obras de los nicolaítas, al igual que Él. (2:6)

¿Quiénes eran o en qué consistían sus obras?

Hemos oído distintas opiniones sobre esto. Recordamos hace muchos años a un buen siervo del Señor que enfatizaba el sacerdocio de *todos* los creyentes, decir que los nicolaítas eran los que se oponían a ello, comenzando a introducir la separación entre el clero y laicos.

Hace no tantos años, oímos a otro buen siervo que hacía fuerte hincapié en la santidad y pureza de corazón, quien afirmaba que los nicolaítas eran los que rechazaban esa enseñanza.

Por nuestra parte, aprobamos totalmente las dos posturas precedentes. Sin embargo, en cuanto a las obras y doctrina de los nicolaítas, no creemos que las cosas iban por ese lado. En cambio, nos inclinamos por una tercera que estimamos ser más probable. Basamos la misma en el significado del nombre Nicolás: conquistador de las multitudes. Y como deducción muy sencilla y lógica, consideramos que eran los que sostenían que había que conquistar a las masas, y para ello era necesario cambiar la imagen y el mensaje de la iglesia, para hacerlos más atractivos y apetecibles para la gente en general.

Podemos imaginar una de sus arengas como algo así:

“Ha llegado la hora de una profunda reforma y transformación. Hasta ahora sólo hemos sido una minoría insignificante y despreciable, sin peso, voz ni voto en la sociedad ni en el mundo cívico de nuestro entorno.”

“Este mensaje tan estrecho y antipático tiene que cambiar. No creemos que un Dios tan grande e importante como el nuestro, tenga el tiempo para preocuparse, ni le interese cada detalle de lo que hacemos – si decimos o no una mentira, si nos fijamos más o menos en las mujeres, y todas esas minucias sin trascendencia.”

“Con eso sólo ahuyentamos a la gente y nunca llegaremos a nada. Tenemos que presentar a un Dios y a un Cristo amplios, amenos, tolerantes y acogedores, que

dan cabida a todos por igual, sin hacer distingos por lo que uno haga o no haga en su vida privada.”

“Así que, a tirar por la borda esto tan estrecho y rígido en que hemos estado hasta ahora. En vez de eso, levantémosnos con un mensaje totalmente nuevo, agradable y acogedor para cuantos lo oigan, de un cristianismo fácil y placentero y en el que todos pueden participar sin tener que cambiar por eso sus maneras y costumbres. Además, a hacer obras sociales y de caridad por donde podamos, para cambiar nuestra imagen y que vean que no somos lo que se piensan de nosotros, sino personas dadas y además, normales y corrientes como ellos.”

“¡Así y sólo así, conquistaremos a las multitudes y triunfaremos!”

En realidad, para ser justos, esto tiene bastante coincidencia, en un aspecto por lo menos, con la segunda postura que los define como contrarios a la santidad y pureza de corazón. No obstante, creemos que la tesis que hemos señalado expone en forma más amplia y completa el verdadero alcance del nicolaísmo.

Por otra parte, tenemos la confirmación del curso posterior de la historia de la iglesia, en el que sabemos que acaeció precisamente eso: que el cristianismo se convirtió en muchas partes en la religión popular, aceptada y abrazada por la mayoría, pero solamente en forma nominal y externa. Tristemente, en ese cambio había muy poco o nada de la verdadera fe y sustancia de la iglesia primitiva en su gloria inicial.

Los efesios lo tenían muy claro que el nicolaísmo constituía en verdad una dualidad abominable – la de querer andar con Dios, pero también con el mundo hostil y pecaminoso. Como tal, lo aborrecían al igual que el Señor, lo cual representaba otra de sus muchas virtudes encomiables.

Por cierto que con todo ese cúmulo de buenas cualidades, constituían una iglesia que se compararía muy favorablemente con muchas de la actualidad, en las cuales en tantos casos aflora una gran apatía, mediocridad y transigencia en cuanto a tendencias mundanas. Y no hemos de dejar que se nos quede en el tintero puntualizar que una iglesia como ésa – de arduo trabajo, sana doctrina y que ha sufrido y persevera aún después de más de treinticinco largos años – representa un logro nada despreciable.

A veces, teniendo en cuenta esto, podremos preguntarnos dónde y cómo estarán las iglesias, vidas individuales o ministerios que hemos levantado, de aquí a unos treinta o treinticinco años, cuando posiblemente ya nos hayamos marchado a estar con el Señor.

Una pregunta que nos da bastante que pensar ¿verdad? Y no debemos olvidar lo que comentamos en el capítulo anterior, en cuanto a la minuciosa y tesonera labor del fundador de la iglesia en Éfeso. Como vimos, Pablo se esmeró al máximo empleando cuanto medio tuvo a su alcance para afianzarla y que pudiese mantenerse firme después de su partida. El hecho de que unos treinticinco años más tarde continuara en las condiciones señaladas, es un testimonio muy elocuente y un merecido tributo a ese trabajo tan consciente y ejemplar.

“Has dejado tu primer amor.”

“Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor.” (2:4)

Un versículo tan trillado, y del cual se han dado seguramente centenares y aun miles de predicaciones, en muchos distintos idiomas y países.

Empecemos por preguntarnos ¿qué es en realidad el primer amor?

Con frecuencia se piensa que es ese estado de ánimo que a menudo se tiene a poco de la conversión, con señales de amor y gozo, acompañados de una actitud cándida e inocente, casi como la de una criatura en la tierna infancia.

Aun cuando esto es sin duda sano y bueno, no cremos que después de unos buenos años en la fe, volver al primer amor sea volver a esa condición, por tierna, entrañable y hermosa que haya sido. Eso sería casi como pretender que un niño, digamos de diez años de edad, y que se ha vuelto consentido y travieso, vuelva a tener la disposición y el candor que tuvo cuando sólo tenía dos o tres años. Aunque seguramente que corresponderá corregirle y lograr que mejore en su conducta, nunca se podrá esperar que vuelva en su actitud e inocencia a ser la criaturita de siete u ocho años atrás.

¿Qué es entonces *el primer amor*?

Pues exactamente lo que dicen esas tres palabras: *el amor que no puede ser segundo ni tercero – el máximo, que está siempre por encima de todos los demás.*

Desde luego que ese amor, aunque fuerte y firme cuando sea necesario, siempre lleva también los ingredientes de la ternura, bondad y compasión propias del mismo Señor.

Y acaso, ¿trabajando tan arduamente, conservando la sana doctrina y no desmayando, no estaban los efesios continuando en el primer amor?

¡No!

¿Por qué?

Porque estaban en un activismo de guardar la fidelidad, perseverar, conservar la doctrina y demás, pero que no estaba impulsado por la fuerza del verdadero amor a Él.

Es tan fácil vivir sumergido en una gran actividad, con diligencia ejemplar y constante, pero con la motivación secreta de preservar nuestra imagen, de no dar ninguna muestra de decaimiento, y de seguir firmes e irreprochables ante la vista de los demás.

Por fuera, todo estaba igual que al principio. Podemos imaginar que seguirían con las mismas canciones y horarios de reuniones, preservando la doctrina de los comienzos, saludándose y comportándose en las reuniones como siempre, etc. – pero *sin que lo propulsase la fuerza vital del amor tierno y vivo al Crucificado.* (*)

Debemos entender que en el Reino de Dios todo se engendra, nace y se desarrolla al impulso del amor. Siendo Dios en Su esencia amor puro y perfecto, Él no puede en ninguna manera consentir que en Su casa, que es la iglesia, las cosas se muevan o discurran al impulso de cualquier otra fuerza inferior.

La buena intención, el trabajo meticuloso y responsable y cosas así por el estilo, muy bien pueden ser a menudo una máscara. Debajo de ella a veces se esconden móviles como los ya puntualizados, de querer presentar una imagen impecable, o bien de ocultar con todas esas labores en que nos ven los demás, el estado de un corazón que muy bien puede estar lleno de descontento, frustración y aun rencor o rebeldía.

(*)La palabra traducida en la revisión de 1960 “por amor de mi nombre” en el versículo 3, en el original griego no es la palabra amor, sino otra que da el sentido de “por causa de mi nombre.”

El ojo penetrante del Señor que todo lo ve, a veces puede presentarnos la más dolorosa radiografía de nuestra verdadera condición interna. Aquí Él lo veía tan grave, que a pesar de todas sus otras virtudes que ya hemos visto, les advierte que si no remedian esto fundamental de haber dejado el primer amor, les ha de quitar el candelerito de su lugar y dejarlos a oscuras.

En términos prácticos, esto habría de significar que Su presencia viva y real ya no estaría en medio de ellos, entretanto que no se arrepintiesen.

¡Cuánto nos tiene que hacer reflexionar todo esto!

“Recuerda, por tanto, de dónde has caído”... (2:5a)

Cuando se entra en una declinación pronunciada y crónica, siempre hay necesariamente un punto inicial en que, en una manera u otra, se ha dado un primer paso en falso. De ahí en adelante las cosas han empezado a deteriorarse, a veces en forma gradual, otras en una manera brusca y repentina.

Si no hay un pronto y franco retorno, ese primer paso es seguido por otros de igual o mayor gravedad, y pronto el estado de la persona se vuelve en una maraña, con una cantidad de nudos cruzados y enredados entre sí, que amarran fuertemente su alma.

Sólo la mano diestra del Señor puede desatar esos nudos y desenredar y liberarla. El caso de los efesios no había llegado a tal gravedad, pero para remediarlo se daba algo, desde luego aplicable a ellos por el mismo consejo que aquí se les da, pero también a otras situaciones más graves como la que esbozamos más arriba.

Recordar y reconocer el punto de desobediencia o desviación inicial.-

Muchas veces en ese punto ha estado la mano engañosa y artera del enemigo, tendiendo un lazo o presentando una tentación. Siempre trata de hacerlo sigilosamente para que uno no se dé cuenta que es él quien está metido en el asunto.

Cuando tiene éxito, añade otra astucia, que es la de hacer aparecer la cosa como algo que no tiene importancia, de tal modo que se la olvide por completo, o bien que si se la recuerda, no se le atribuya ninguna trascendencia. ¿Por qué hace esto?

Pues porque sabe que en ese incidente que marcó el punto de apartamiento inicial hay algo clave: en primer lugar, allí se le ha dado cabida, es decir un lugar en esa vida en el cual ahora él tiene un derecho legal, digamos, y desde el cual puede seguir operando para ganar así más terreno y causar aun más daño.

Pero todavía más que eso, por saber que para poder zafarse de esa situación y lograr una restauración integral, será fundamental recordar y reconocer claramente ese punto de desviación inicial.

Ahora bien, ese recordar será más que un mero ejercicio de hacer memoria. Muchas veces hará falta la iluminación del Espíritu Santo, sin la cual será muy probable que, o bien no se lo recuerde, o si se lo recuerda, no se le dé ninguna trascendencia. Cuando nos viene ese rayo de luz de lo alto, no sólo nos ayuda a recordar con nitidez lo sucedido, sino también a reconocer que fue allí, en esa situación y en ese punto de tiempo, que le abrimos una puerta al enemigo de nuestra alma, dándole derecho y terreno en nuestra vida.

De ahí las palabras *de dónde has caído*, tan cargadas de verdad – en ese punto, en esa coyuntura, casi con seguridad sin que uno se diese cuenta de ello, fue que se produjo la caída, o por lo menos el comienzo de la misma.

Ese recordar y reconocer por el Espíritu, no es sino Su obra de redargüir de pecado. Hay una diferencia esencial entre eso y nuestro esfuerzo propio por encontrar continuamente faltas en nuestra conducta.

Digamos que esto último, que solemos llamar introspección, con frecuencia nos puede dejar confundidos, a veces hasta acusando y condenándonos por cosas que estamos viendo a través de un prisma distorsionado y aun exagerado, y por las cuales el Señor en verdad no nos reprocha para nada. En otros casos, nos dejará en duda si en verdad hemos hecho bien o mal, faltando el sello claro y límpido de lo que de veras viene del Espíritu de verdad. Además, esta indagación interna no conducirá a ningún beneficio concreto, y casi siempre nos dejará o bien desmoralizados, o en una semi-penumbra.

La consecuencia natural y lógica de ese recordar y ser redargüidos por el Espíritu, será proceder a un arrepentimiento claro y definido, sin buscar justificativos ni atenuantes. Y desde luego, nos inducirá a ponernos a cuentas, dejando el mal que hemos hecho y renunciando a él en forma definitiva, para proyectarnos en sentido totalmente inverso.

En el penúltimo capítulo hemos de volver a este tema tan importante del arrepentimiento, entrando más en detalle sobre algunos aspectos que a veces se desconocen. Esto nos exime de añadir más por ahora, y así pasamos a la tercera parte del consejo de Jesucristo.

“...y haz las primeras obras...” (2:5)

¿Cuáles son las primeras obras?

Hay una buena variedad de opiniones sobre esto. Sin querer imponer con rigidez nuestro punto de vista, presentamos lo que conceptuamos más lógico y razonable, mirando las cosas con un enfoque muy sencillo y elemental.

a) La oración.- Sin duda la cieniente en muchas partes y en muchas vidas. Y sin embargo ¿cómo entramos en la nueva vida en Cristo, sino con la oración? Para muchos de nosotros esa oración inicial de entregarnos a Él fue la primera vez que oramos de verdad. En eso nacimos, y de ahí en más lo normal fue seguir orando a diario, peticionando y agradeciendo y amando al Señor por Su inmensa bondad para con nosotros, de tal manera que ello se volvió en algo espontáneo que pasó a ser un gozo y un deleite.

Podemos tener la certeza de que ni bien se produce una desviación o alejamiento, *lo primero que sufre y queda de lado es la oración* – algo seguro y comprobadísimo. Y volver a ese camino, de pasar buenos ratos a solas con Él, oxigenando nuestras almas con la atmósfera celestial, es para nosotros sin la menor duda la primera de las primeras obras a la cual tenemos que volver.

Algunos podrán considerar esto muy simplista o rudimentario; por nuestra parte, nos quedamos con esta sencillez pristina, que es la que mejores resultados nos ha dado en todos nuestros años de experiencia.

b) La Palabra.- otro elemento clave que se dio en nuestro renacer en Cristo fue la palabra de verdad del evangelio. Fuimos bien enseñados, y además animados por

el Espíritu Santo, a cultivar la lectura cotidiana de la palabra, la cual se volvió en nuestro alimento y sustento imprescindible.

Es también clarísimo que cuando se insinúa un enfriamiento espiritual, la palabra de Dios queda también abandonada o poco menos, por haberse perdido el apetito por ella. En lugar de ella entran otros sustitutos que pueden incluso abarcar un activismo de visitas, tareas relacionadas con la iglesia, etc., pero en el fondo ya no hay esa tierna y vital comunión con el Señor y Su palabra, propia de una vida espiritual sana y robusta.

c) *Hablar de él*, como tema preferente de nuestra conversación, ya sea compartiendo con los hermanos tocante a las cosas de Dios, o testificando de Cristo a quienes no le conocen.

No es que siempre hemos de hablar pura y exclusivamente del Señor y Su reino; hay quienes lo hacen, casi sin dejar al otro – sea hermano o inconverso – la oportunidad de abrir la boca. Y eso es en realidad una religiosidad malsana y totalmente falta del soplo vivificante del Espíritu, que resulta muy desagradable y por cierto no trae ningún bien.

Pero dicho esto, cuando un creyente tiende a hablar siempre por costumbre de otros temas, como la economía, la política, el deporte o lo que fuere, dando poco o ningún lugar a los valores y las verdades celestiales, señal segura es de un estado de anemia y enfermedad espiritual.

Ya sea las palabras “*tu manera de hablar te descubre*” dirigidas a Pedro, aunque en otro contexto (Mateo 26:73); o bien lo que dijo Jesús en el sentido de que “*de la abundancia del corazón habla la boca*” (Lucas 6:45) tienen clara y plena aplicación aquí.

Que nos sintamos tan colmados de Dios que nuestra experiencia sea la del salmista al decir: “*Rebosa mi corazón palabra buena;*

Dirijo al rey mi canto;

Mi lengua es pluma de escribiente muy ligero.” (Salmo 45:1)

d) *obras de amor en general*, como visitar a los enfermos, consolar y animar a los enlutados o acongojados, fortalecer a los débiles y ayudar a los necesitados – y todo, claro está, en un espíritu de humildad no fingida, e impulsados por el móvil de un amor tierno y desinteresado.

Desde luego que se podrían agregar otras cosas, pero creemos que el hijo de Dios que esté ocupado en estas cuatro cosas que hemos delineado, y en el espíritu correcto ya señalado, estará afirmado sobre una base sólida y dando evidencia de un buen estado de salud espiritual.

Por otra parte, es posible que los mismos efesios no hubiesen dejado de practicar todo esto; probablemente seguirían haciéndolo, pero indudablemente sin el ingrediente fundamental del amor.

En los tres apartados precedentes – “*recuerda*”, “*arrepíentete*” y “*haz las primeras obras*” – tenemos claves sencillas y claras, a la vez que fundamentales, brotadas de la misma boca del Maestro, sobre la restauración.

Quien esté necesitado de ella en particular, pero también todos en general, haremos bien en tomar cuidadosa nota de ellas. No se trata de efectuar una aplicación automática o mecánica, pero sí de introducirse en el espíritu de las mismas, con bús-

queda esmerada del Señor y bajo la gracia del Espíritu, para poder así absorberlas en forma provechosa y eficaz.

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” (2:7a)

Palabras parecidas a las que pronunciaba en Su ministerio terrenal, como el Maestro de Galilea. En Lucas 8:8b por ejemplo, leemos que:

“Hablando estas cosas, decía a gran voz: El que tiene oídos para oír, oiga.”

Hilando esto con Mateo 13:16 – *“...bienaventurados vuestros ojos porque ven; y vuestros oídos porque oyen.”* – vemos que el poder oír, captar y entender de verdad la palabra de Dios es una verdadera bienaventuranza.

Esto está en abierto contraste con el versículo anterior:

“Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado,

Y con los oídos oyen pesadamente, Y han cerrado sus ojos;

Para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos...” (Mateo 13:15)

Cuando el corazón se insensibiliza, el resultado es que la visión y la acústica espiritual quedan profundamente afectadas, de tal manera que uno se vuelve ciego y sordo en cuanto a las cosas que más valen en la vida.

Hemos pues de guardarnos celosamente, para no permitir inclinaciones indebidas de nuestro corazón, ni prestarnos a escuchar conversaciones o programas mundanos o sencillamente no edificantes. Así evitaremos que se acumule cera espiritual que tapone nuestros oídos, para impedirnos oír la palabra y la voz que más interesan – la del Eterno Dios. Y también lograremos mantener la visión límpida y despejada, sin esas escamas que nublan la mirada y tanto daño hacen.

Debemos notar otra vez lo puntualizado en la parte introductoria del capítulo, en el sentido de que las palabras que Jesucristo le hace escribir a Juan, Él mismo se las atribuye también al Espíritu Santo. Esto va en línea con lo que Jesús dijo en Juan 8:17

“Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero.”

En esa ocasión, las dos personas a que se refería eran el Padre y Él; aquí son Él y el Espíritu Santo, lo cual refuerza Sus palabras dictadas al apóstol Juan, confiéndoles el doble peso de la verdad incuestionable de dos testimonios de lo alto.

Pero además, no debemos pasar por alto que eso mismo que Él le estaba mandando a decir al ángel de la iglesia en Éfeso, el Espíritu lo estaba diciendo a las iglesias – plural. Esto denota con claridad que no era solamente un mensaje dirigido a esa situación local, sino uno que sería de importancia y aplicación para otras iglesias, no sólo de ese entonces, sino a todo lo largo de los siglos.

“Al que venciere” -

Sin más agregados, habiendo ido al grano y entrado en gran profundidad pero con asombrosa concisión y precisión, Jesucristo pasa ahora a concluir la carta con un desafío a seguir luchando hasta vencer. Con ello va la promesa de un galardón, el primero de una serie que van apareciendo en cada una de las restantes cartas.

¿En qué sentido se está refiriendo a vencer?

En este caso particular la lucha estaba centrada en el terreno del amor. Una de dos: o lograr seguir amando con verdadera bondad, compasión y aun candor, o caer

en el estado de uno que se reconoce “curtido” o “quemado”, o si no, que ha entrado en una frialdad casi mecánica. Esto último bien puede ser con un despliegue de actividad, hasta intensa y continua, pero falta de la imprescindible motivación del amor que hemos estado comentando anteriormente.

¡Cuántos han claudicado en esta batalla, pasando a ser unos profesionales o aun unos escépticos! Mucho ir y venir en “el ajetreo del ministerio” – visitas, debates, congresos, etc. etc. – todo un arduo trabajo y sin desmayar – pero sin el móvil de la gracia del amor, que solo se puede recibir y renovar cuando uno se pasa unos buenos ratos a diario ante Aquél que es la única fuente del verdadero amor.

El corolario o consecuencia natural de eso, resulta ser la pérdida del candelero de la luz de la presencia real del Cristo de amor. Él ya no está en medio de ese activismo, que no está regido ni impulsado por la fuerza vital de Su amor, sino por otras fuerzas distintas.

Lo triste del caso es que muchas veces quienes caen en esta forma – que no es una caída moral estrepitosa ni nada de esa clase, pero una caída al fin, según las propias palabras de Jesús – *“recuerda por tanto de dónde has caído”* – quienes así caen, decimos, no se dan cuenta de lo que en verdad les ha pasado. Como en el trayecto casi seguramente han adquirido más sabiduría y conocimientos, y han absorbido un acopio de cosas nuevas y más “avanzadas”, hasta pueden pensar que están en un lugar más alto que antes, cuando la cruda realidad es todo lo contrario – han caído.

De ahí la importancia del reto de Jesús a vencer en este terreno tan absolutamente fundamental. Él sabe muy bien que en el camino, muchas aguas intentan apagar nuestro amor: los errores y fallos nuestros y los ajenos; los desengaños con que inevitablemente nos enfrentamos cada tanto; el cansancio, el desgaste del correr de los meses y los años; la tibieza o mediocridad de otros que a veces se vuelven tan contagiosas, etc. etc.

Él tuvo que enfrentar todo eso – exceptuando errores o fallos propios, pues nunca los tuvo – y además *muchísimo más* – y gracias a Dios, salió totalmente triunfante. Y desde Su trono y posición de victoria, extiende este desafío de luchar y vencer, para seguir siendo verdaderos hijos del amor.

El desafío no era solamente para los efesios de aquella época. Como ya vimos, Sus cartas son también lo que el Espíritu dice *a las iglesias* – de entonces y de siempre. Y además de eso, va en singular, como ya hemos dicho, es decir dirigido a cada uno de nosotros en particular. La razón es que nadie puede pelear o ganar la batalla por ti, querido lector, o por ningún otro – *cada uno tiene que enfrentarla y librarla personalmente.*

La forma de vencer en la contienda, básicamente está contenida en el consejo de Jesucristo ya examinado anteriormente – *recuerda, arrepiéntete y haz las primeras obras.* Lo único en que queremos ser más específicos, es en cuanto a esa primera obra de la oración a que ya nos hemos referido.

En ella, en ese tiempo dado a diario para estar realmente en Su presencia, debemos permitir, y todavía más que eso buscar, que Él, con el calor de Su amor enternezca nuestros corazones, y cuando sea necesario aun los quebrante, a fin de mantener esa gracia y vitalidad del verdadero amor. Así, todo el resto de nuestra actividad podrá tener ese sello de vida, fresca y fragancia, que sólo le puede imprimir el amor divino derramado a diario en nuestros corazones.

“Le dare a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios”

(2:7b)

Aquí tenemos el primer galardón prometido por Cristo a Sus vencedores. A medida que se vayan presentando otros en las demás cartas, los iremos comentando con mayor o menor extensión, según el caso. No obstante, algunos sobresalientes los dejaremos para el último capítulo, con el deseo de cerrar el libro con una nota final de desafío y motivación hacia horizontes más altos.

El árbol de vida fue puesto por Dios en medio del huerto del Edén, según se nos dice en Génesis 2:9. Al caer Adán y Eva en el pecado, los vistió de túnicas de pieles para cubrirlos de la vergüenza de su desnudez, algo que tiene un alto contenido simbólico que no nos detenemos a considerar aquí.

Pero también adoptó medidas para evitar que tomasen del árbol de la vida, comiesen y viviesen para siempre. (Génesis 3:22) En ese estado pecaminoso, consentirles que lo hicieran habría llevado, entre otras cosas, a algo monstruoso y casi impensable: una amalgama de la vida eterna, santa y sublime de Dios, con una naturaleza totalmente corrompida por la ponzoña de la serpiente que habían ingerido.

En el régimen actual de la gracia, en el que somos redimidos, perdonados y lavados por la sangre del Cordero, y pasamos a ser nuevas criaturas en Cristo Jesús, el planteo se hace muy diferente. Lo que antes no podía ni debía ser nunca, ahora se vuelve factible y totalmente propio y alcanzable.

El simbolismo del árbol de la vida no puede ser otro que el de Cristo mismo.

“...Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.

El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.”

(1ª. Juan 5:11-12)

El tenerlo a Él de verdad en nuestra vida interior, equivale a ser participantes de la naturaleza divina. (2ª. Pedro 1:4)

Esta vida representada aquí por el árbol de la vida, y que tiene como uno de sus muchos atributos la eternidad, la recibimos por primera vez al nacer de nuevo por el Espíritu y entrar en vida nueva en Cristo Jesús.

¿Cómo, pues, debemos entender la promesa de la recompensa de comer del árbol de la vida, cuando en el momento de la auténtica conversión, ya se ha participado de él?

La respuesta no es sino que en aquella primera oportunidad se lo hizo en un nivel primario o elemental, para entrar en un estado de vida nueva y eterna, real, pero aún incipiente y necesitada de un mucho mayor desarrollo para alcanzar madurez y plenitud.

En cambio, en esta otra coyuntura nos encontramos con personas que llevan un buen tiempo en el camino, y en medio de dificultades, luchas, tentaciones y presiones de la más diversa índole, aferrándose al Señor y a Su palabra, se abren paso palmo a palmo hasta alcanzar un punto de clara victoria. En este caso, centrándose la lucha sobre el terreno del amor como ya queda dicho, este punto de clara victoria está establecido por recuperar ese primer amor que se había dejado, perseverando en él por encima de todas las fuerzas que se han levantado para enfriarlo, profesionalizarlo o mecanizarlo en alguna forma u otra.

A los tales – los valientes triunfadores en esta batalla del verdadero amor - Jesucristo los premia con comer del árbol de la vida, pero no en la misma forma que

al principio, sino en un nivel mucho más profundo y abundante. De ahí en más sus vidas tendrán un sello aprobatorio de lo alto mucho más pronunciado que antes; su madurez y riqueza se harán más evidentes, y el fruto que han de dar será más añejo y abundante.

En la práctica, esto se ha visto comprobado en muchas ocasiones, cuando hermanos o siervos probados en el fragor de la lucha, han sabido echar mano de la gracia divina para capear los temporales, superar los problemas y dificultades, y en fin, vencer en la lid, continuando en el vigor, la ternura y la gracia del amor. A poco se los ha visto grandemente enriquecidos, humildes pero con aplomo y firmeza, y con un mayor y más abundante caudal de tesoro espiritual.

Que esto sirva de estímulo para el lector que se encuentra en medio del combate, con todo lo que ello conlleva, sobretodo en lo de seguir amando de verdad. Desde Su trono, Jesucristo le anima a que sea esforzado y valiente – que no se doblegue ante la adversidad, sino que persevere con todo ahinco y fe hasta llegar a ser otro de los muchos vencedores ya premiados con este precioso galardón - el de comer en más profundidad y abundancia del bendito árbol de la vida. Amén.

“En medio del paraíso de Dios.”

Nos queda un punto final que no debemos omitir. Tal como hemos puesto, ese árbol de la vida estaba y está situado en medio del paraíso de Dios.

En Génesis 2:9 se corrobora esa misma verdad, y en Apocalipsis 22:2 encontramos al árbol de la vida en medio de la calle de la ciudad celestial.

Sin embargo, si observamos detenidamente, encontramos que en Génesis 3:3 hay algo muy significativo:

“...pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis.”

Al contestar a la insidiosa pregunta de la serpiente, Eva pronuncia estas palabras que nos hacen ver que en su apreciación, no es el árbol de la vida, sino el otro, el de la ciencia del bien y del mal, el que está en medio del jardín. Probablemente éste estaba en una posición céntrica, pero indudablemente el que estaba bien en el medio era el árbol de la vida, según ya hemos puntualizado.

Podemos hacernos algunas preguntas en cuanto al por qué de estas palabras de Eva, tan reñidas con la verdad. Tal vez la intriga y el preguntarse:

“¿Por qué de todos los demás sí, y de ése no?”, o bien:

“¿Qué tendrá de particular, que no debemos comer de él?, o si no:

“Debe ser muy especial para que se nos prohíba...”

Lo cierto es que en su mente – y tal vez en su corazón – era ése el árbol que estaba en el medio del huerto, no el de la vida. Y así cayó fácil presa del engaño de la serpiente.

Lo cual nos lleva a una metáfora muy sencilla, aplicable a muchos cristianos por cierto. Veamos:

Hablando figurativamente, nuestra vida es como un huerto que, en el propósito de Dios, debe tener a Cristo bien en el centro, como lo principal y máximo, en torno al cual debe girar todo cuanto somos y hacemos. Mientras esto suceda, la aprobación y bendición divinas reposarán sobre nosotros en todo momento.

Sin embargo, ¡cuán fácil es despistarse, perder el filo, o interesarse más de la cuenta en otras cosas que están en pugna con la verdadera supremacía de Cristo en nuestras vidas!

Así, casi insensiblemente a veces, Él empieza a ser desplazado y relegado por esos otros intereses, compromisos o amores, y ya no está en el centro como debiera. Y de ahí en más se nubla la visión, y uno ya no es lo que fue antes – lo que representa otra versión de la misma verdad clave que ya hemos visto, y que constituye el punto central de este capítulo:

“Has dejado tu primer amor.”

¿Está Jesucristo de verdad en el medio del huerto de tu vida como lo primero y lo principal, sobre lo cual se apoya todo, y por amor de Quien se desenvuelve toda tu actividad?

De no ser así, con amor te volvemos a animar a que comprendas con urgencia cuál es el camino de la recuperación, siguiendo Su sabio consejo, que te volvemos a recordar:

Recuerda de dónde has caído...arrepíentete...haz las primeras obras.

----- () -----

CAPITULO XII – LAS CARTAS A LAS SIETE IGLESIAS (2)

Esmirna y Pérgamo

Esmirna – Una iglesia perseguida, pobre, pero rica.-

Esta es la más breve de todas las cartas, constando de solo cuatro versículos. Esmirna es una de las únicas dos iglesias a las cuales Jesucristo no les señala ningún fallo. Esto no significa necesariamente que no los tuviera, pero el Señor, si los tenía, obviamente no consideró que eran suficientemente importantes como para llamarles la atención sobre ellos, o más probablemente, que no era oportuno hacerlo en ese momento.

Como una observación derivada de esto, hemos de decir que en Su bondad y paciencia, el Señor muchas veces nos trata en una forma que guarda alguna relación con esto último – lo del momento que Él considera indicado. Él ve deficiencias en nuestra vida que nosotros desconocemos y que todavía no se han corregido, pero igualmente nos continúa usando, y posterga para más adelante – cuando Él sabe que será más oportuno – el señalarlas y llamarnos a que nos pongamos a tono. Cuando lo hace, caemos en la cuenta de Su inmensa magnanimidad: Él lo había estado viendo todo clarísimo, ¡pero igual se dignó usarnos para bendecir a otros!

En la introducción se presenta como *“el primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió.”* (2:8) Evidentemente esto guarda relación directa con la situación de tribulación porque atravesaba la iglesia, con el peligro de perder la vida algunos por amor de Su nombre y persona.

Él, que había estado muerto, ahora había resucitado y vivía para siempre jamás, lo que serviría de aliento para ellos y también como prenda para aquéllos a quienes les pudiera tocar el martirio: la seguridad de una resurrección gloriosa para vida eterna.

Tal vez por esa misma tribulación que estaban padeciendo, se encontraban en un estado de estrechez y pobreza. Sin embargo, les dice que en realidad eran ricos – ricos, evidentemente en Dios y en los valores eternos.

Como sabemos, muchas veces la prosperidad y abundancia pueden conducir a una dejadez e indiferencia que empobrece espiritualmente hablando. Por el contrario, la escasez en la economía y la tribulación o adversidad, correctamente enfrentadas, tienden a ensanchar y enriquecernos, como otra de las muchas paradojas de la vida cristiana.

Sinagoga de Satanás.-

También les hace saber que Él conoce *“la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás.”* (2:9b)

Por una coincidencia interesante, afirma lo mismo en la carta a la única otra iglesia a la cual no le señala nada indebido, la de Filadelfia.(3:9)

Este grupo de personas, que se decían ser judíos, probablemente no eran parte de la iglesia en sí, pero en alguna forma estaban vinculados o allegados a ella.

Las tres cosas que quedaban muy claras eran:

1) Hablaban de sí mismos, autoproclamándose judíos, es decir escogidos, bendecidos y favorecidos en una forma especial y por encima de los demás. Esto demostraba una profunda vanidad, totalmente contraria al espíritu de los genuinos siervos e hijos de Dios, que como ya hemos visto, no hablan de sus propios logros y virtudes, sino que proclaman la grandeza y gloria de Cristo.

2) Esta valoración de sí mismos no era correcta ni cierta, y al hacerla no solo estaban engañados, sino que se habían convertido en verdaderos mentirosos. (3:9)

3) Siendo el diablo mentiroso y padre de mentira, según afirmó el mismo Señor en Juan 8:44b, ellos de hecho *se constituían en nada menos que sinagoga de Satanás*.

¡Qué declaración sorprendente y tajante!

Un grupo de personas que tal vez hasta tenían una apariencia de piedad, pero con la maldición de esos dos rasgos tan típicos del diablo: el envejecimiento, engañados, creyéndose ser lo que no eran para nada, y pasando a declararlo abiertamente como “hijos de la mentira.”

Hoy día se oye de las iglesias de los satanistas, que suelen vestirse de negro e invocan a Satanás, lo que supone desde luego un horrible desarrollo del mal y el colmo de la maldad. Pero ya en el primer siglo el Señor veía grupos de personas atrapadas por el envejecimiento y la mentira, y no vacilaba en catalogarlas con el horrendo calificativo de *sinagogas de Satanás*.

Con temor y temblor, nos preguntamos qué pensará y dirá Jesucristo hoy día de grupos de personas dentro de una iglesia, o aun de iglesias enteras, en que imperan no sólo el envejecimiento y la mentira, sino también otras cosas muy carnales, como pleitos, disputas amargas, rencores y hasta odios profundos entre “hermanos.”

Que esto nos sirva de seria advertencia, y también de saludable estímulo para encauzar nuestra vida toda por sendas de absoluta rectitud y auténtica humildad, verdad y amor.

“No temas EN NADA lo que vas a padecer”. (2:10)

Como ya hemos visto, estaban atravesando por fuerte tribulación. El Señor aquí les habla en profecía predictiva, anticipándoles lo que va a suceder. No les está prediciendo *un gran avivamiento, ni que van a ser protagonistas en grandes sanidades y milagros, o en un encumbrado ministerio de alabanza que les llevará por muchas grandes ciudades del mundo*.

En cambio, al igual que las dos únicas profecías predictivas a breve plazo que tenemos en todo el libro de Los Hechos (ver Hechos 11:27-30 y 21:10-11), ésta llevaba el fin de alertar sobre pruebas y peligros que les aguardaban, para que pudiesen prepararse para enfrentarlos debidamente.

Algunos de ellos iban a ser echados en la cárcel por el diablo para ser probados, e iban a tener tribulación por un plazo de diez días. (No sabemos si esto era literalmente ese espacio de tiempo, o si tal vez se trataba de una cifra simbólica o dada en clave, que ellos interpretarían con claridad llegado el momento.)

Pero antes de esa predicción van las maravillosas palabras de nuestro subtítulo:

“No temas en nada lo que vas a padecer.”

¡Qué tremenda exhortación y voz de ánimo a la vez!

“Vais a padecer; a algunos el diablo os hará ir presos y seréis probados por un tiempo – pero ¡no os preocupéis en lo más mínimo, ni tengáis temor para nada en absoluto!

Solamente se nos ocurre acotar que en tiempos de gran prueba, fluye de parte del Señor una dosis especial de gracia, para que así podamos enfrentar aiosamente lo que, librados a nuestros propios recursos y fuerzas, nunca podríamos sobrellevar.

¡Su cuidado de ellos en toda la prueba iba a ser tal, que podían estar absolutamente tranquilos!

Inmediatamente después de la predicción va otra exhortación, acompañada de una hermosa promesa:

“Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida.”

En la Biblia tenemos mención de un buen número de coronas. Entre ellas está la corona de espinas que le tocó llevar al Señor Jesús; *la corona de la hermosura* que la verdadera sabiduría otorga a quienes la adquieren y abrazan (Proverbios 4:7-9); la corona de justicia que el Señor ha de dar *“a todos los que aman Su venida”* (2ª. Timoteo 4:8); y *la corona incorruptible de gloria* que recibirán los ancianos pastores que hayan sido ejemplos de la grey. (1ª. Pedro 5:4)

La corona de la vida también aparece en Santiago 1:12 y dentro del mismo marco de haber resistido y salido triunfante en la prueba.

Aquí *“sé fiel hasta la muerte”*, por el contexto vemos claramente que se relaciona con perder la vida por amor de Él, es decir, el martirio. No obstante, podemos fundadamente decir que es aplicable por extensión a serle fieles hasta el final de nuestras vidas, aun cuando éstas terminen con muerte natural y no con el martirio.

Una reflexión que se vincula en algo con esto último es la siguiente: es muy importante comenzar la verdadera vida cristiana a través de la conversión; también lo es el continuar debidamente en esa vida, pero ni lo uno ni lo otro debe ponerse por encima de la tremenda importancia de terminarla fielmente.

Lamentablemente, ha habido muchos que empezaron bien la carrera, e incluso continuaron teniendo un papel bueno y aun descollante, pero al final, por una causa u otra tuvieron un mal fin.

Aunque el apartarse del Señor es desde luego malo en cualquier etapa de la vida cristiana, cuando ello sucede en una época temprana o no muy avanzada, y luego es seguido de una restauración correcta e integral, el escarmiento recibido generalmente servirá para que uno ya no se vuelva a descarriar más.

En cambio, cuando se le ha seguido en forma aparentemente satisfactoria por muchos años, y después, con edad avanzada se produce un alejamiento, un retorno con restauración integral, si bien no es imposible, generalmente es mucho más difícil.

Aun cuando se trata de ejemplos del Antiguo Testamento, no debemos olvidar los casos concretos de reyes como Salomón, Asa, Amasías y Uzías, que habiéndose desempeñado bien por un buen tiempo, se desviaron lamentablemente hacia el final de sus reinados. Tristemente, no encontramos que ninguno de ellos haya vuelto a la senda del bien que había abandonado.

La conclusión final de estos últimos párrafos es que una restauración sólida y completa puede muy bien actuar como vacuna digamos, por lo ya apuntado del escarmiento, para que uno no se aparte nunca más.

Por el otro lado, quien por mucho tiempo ha seguido una trayectoria con por lo menos toda la apariencia de ser satisfactoria, puede más tarde, ya sea por exceso de confianza, o debilidades en el carácter que yacían debajo de la superficie, alejarse del camino a una etapa posterior. Casos semejantes suelen ser más difíciles, y una recuperación cabal y a fondo resulta a menudo improbable, aunque claro está que nunca se la puede descartar por completo.

“El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.” (2:11b)

Este galardón, prometido a cada vencedor, se relaciona con el más allá y no con esta vida.

Hace unos años, el autor oyó a un predicador comentar sobre este versículo. En la explicación que daba del mismo, afirmaba que la primera muerte era la espiritual que tuvo lugar al caer en pecado Adán y Eva, y que la segunda era la muerte física.

Basándose en esto, agregó que el premio prometido por Jesucristo en este pasaje era el de no morir, y más tarde se supo que entre los allegados al “movimiento” al cual él pertenecía, había la convicción de que ellos no morirían. Como no podía ser de otra manera, los hechos posteriores echaron por tierra esa creencia.

Aquí solo señalamos ese error, y nos limitamos a transcribir la definición de lo que es la muerte segunda, que la Escritura nos da en el mismo libro de Apocalipsis:

“Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda.” (20:14)

“Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.” (21:8)

A lo cual no quitamos ni añadimos nada en absoluto, pues esto habla de por sí y en forma totalmente incontrovertible.

PÉRGAMO.- Una iglesia fuertemente atacada por fuera y por dentro.-

En esta carta Cristo se presenta como el que tiene la espada aguda de dos filos (2:12). Esta espada no la lleva en la mano sino que está en Su boca, como ya hemos apuntado anteriormente.

De esa plenitud tan exuberante que vimos en Su aparición a Juan en el primer capítulo, Él elige esta faceta particular, que es seguramente la más indicada para tratar con las serias dificultades que se presentaban dentro de esta iglesia.

A ellas nos hemos de referir más adelante, pero primero notemos la valoración que hace de cosas favorables que ve en Pérgamo.

“...retienes mi nombre y no has negado mi fe”... (2:13)

Nos llama la atención que el Señor les señala no sólo que conoce sus obras y sabe donde mora, sino el hecho de que en ese lugar de su morada estaba el mismo trono de Satanás.

Sabemos que el diablo no es omnipresente, y para desarrollar su guerra maléfica contra los santos y el género humano en general, debe ubicarse, él mismo, y las

huestes de maldad bajo su dominio, en posiciones y lugares determinados, según sus planes de operaciones.

Por qué estaba situado su trono en un punto que, en apariencia por lo menos, era de muy relativa importancia como Pérgamo, no nos resulta claro, y preferimos no especular buscando razones que lo expliquen. Eso sí, creemos que era una ubicación transitoria, dictada por la situación de aquel tiempo, y que desde entonces muchas veces se ha ido desplazando a otros lugares o zonas de influencia, según el curso que han seguido los acontecimientos a través de los siglos.

Resulta claro que era un punto donde el poder diabólico se hacía sentir fuertemente, y la abierta persecución, que había acarreado la muerte entre ellos de Antipas, a quien Jesucristo llama su fiel testigo, evidentemente infundía un temor natural y comprensible a los fieles de la iglesia.

Por eso el Señor reconoce y valora especialmente el que retuviesen Su nombre y no negasen su fe. En medio de esa fuerte tribulación, eso era muy encomiable y digno del mayor aprecio por parte del Maestro.

Las doctrinas de Balaam y de los nicolaítas.-

Sin embargo, tiene que censurarlos por tener ahí a los que retenían la doctrina de Balaam, y también la de los nicolaítas.

Las enseñanzas de estos últimos ya las hemos comentado en el capítulo anterior.

En cuanto a la doctrina de Balaam, el mismo versículo 2:14 la define muy bien:

“...enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación.”

Como consta en la narración del libro de Números, Balac, rey de Moab, mandó venir a Balaam, un profeta hechicero, para que maldijese a Israel. Tras intentarlo varias veces sin poder lograrlo, pues el Señor se lo impedía poniendo en vez en su boca bendición para Su pueblo, se tuvo que marchar dejando a Balac lleno de ira contra él.

Pero según vemos en Números 31:16, antes de irse le dio a Balac un malvado consejo. En vez de luchar frontalmente contra Israel o tratar de maldecirlo, que trabasen amistad con el pueblo, invitándolos a sus fiestas y banquetes, dándoles sus hijas doncellas a los hombres de Israel para que se uniesen a ellas, y haciéndole participar de los festivales y sacrificios a sus dioses e ídolos. Una estratagema verdaderamente infernal, e Israel tristemente cayó en la trampa, lo que le costó muy caro.

Las mismas fuerzas espirituales que movieron a Balaam a hacer esto, se movían en Pérgamo en las vidas de los que retenían esa nefasta enseñanza. Y por cierto que hoy día en muchísimas partes, y con refuerzos considerables, continúan actuando, estando al acecho día y noche.

Su propósito es el mismo de aquellos tiempos antiguos: hacer caer a los hijos de Dios en la inmoralidad, y enredarlos con la idolatría en alguna de sus múltiples variedades de esta época.

La primera epístola de Juan termina con la exhortación:

“Hijitos, guardaos de los ídolos.” (1ª. Juan 5:21)

A primera vista, parece extraño que, después de todo el rico contenido de la carta, concluya con esto que es tan elemental, y que uno diría que es tan bien sabido

y conocido, que se da por sentado y no hace falta decirlo. No obstante, el veterano y digno anciano, inspirado por el Espíritu, pone esto como el punto final de su hermosa y sabia epístola.

Seguramente que había en él una comprensión muy clara de lo fácil que era caer presa de la idolatría en una forma u otra – comiendo con el alma, si vale la expresión, lo sacrificado a los ídolos.

Si eso era un peligro en aquellos tiempos de antaño, hoy en día por cierto que lo es también, y en una escala mucho mayor. No ídolos consistentes en imágenes, efigies, estatuas o esas cosas – por lo menos en nuestro mundo occidental – sino otros muy distintos, pero igualmente muy perjudiciales para la vida espiritual.

En medio del materialismo, el consumismo y la prosperidad que afloran en muchas partes, nos encontramos con toda clase de ídolos que buscan y reclaman nuestra atención y afecto, constituyéndose en rivales declarados del Señor, a quien tratan de desplazar de Su lugar céntrico en nuestras vidas.

Podemos pensar en una serie de cosas que son útiles, necesarias y a veces hasta imprescindibles en la vida, como el ganarse el pan, el deporte y el recreo en general, la carrera que se ha de seguir; además de ellas, otras como la prosperidad en moderación para un vivir en forma decorosa, la educación de nuestros hijos y hasta el éxito en la vida. Todo esto, bajo el control y la disciplina del Espíritu Santo, tiene su debido lugar para cada uno de nosotros. Sin embargo, debemos cuidarnos mucho de que no tengamos o engendremos hacia ninguna de ellas, una atracción desmedida que llegue a empañar nuestra visión de lo celestial y eterno, y entibie y aun enfríe nuestro amor a Cristo. Cuando esto último sucede se vuelve de hecho en un ídolo y, nos demos cuenta o no, hipoteca lo que debiera ser nuestra franca y total disponibilidad para con Dios.

Tocante al primer aspecto del balaamismo, es decir la fornicación y todo lo que supone inmoralidad afin, ya nos hemos ocupado anteriormente en forma expresa y concreta.

Así, en nuestro libro “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto”, en el capítulo VI titulado “La Circuncisión”, hemos tratado lo referente a medidas preventivas en el orden personal. Igualmente en el capítulo II del presente libro, bajo el título “Abraham, David y Noemí, etc.”, en la sección dedicada a la recuperación de David, hemos señalado algunas pautas útiles para lograr una restauración de quienes han tenido problemas de esa clase. Y por último, en el capítulo IV también del presente libro, bajo el título “La Iglesia de Corinto”, hay una serie de consejos para evitar la penetración de estas cosas en la iglesia local. Remitimos al lector a estos pasajes, cuya lectura y aplicación cuidadosa podrán resultar de provecho, sobre todo para evitar, pero también para remediar en lo posible, males de tanta gravedad y perjuicio en todos los niveles.

Si volvemos a insistir sobre el tema es porque con tanta frecuencia uno se entra de situaciones en que se producen caídas de esta naturaleza. La secuela de tragedia y dolor que les siguen, dañando gravemente en primer lugar a los afectados en forma individual, pero también a sus matrimonios, hogares, hijos y desde luego el testimonio, además del ministerio si lo hubiere - esa secuela, decimos, resulta horrible y desgarradora.

Si estas líneas y exhortaciones, por la gracia del Señor, sirviesen para evitar por lo menos una de esas terribles caídas, el autor se sentiría muy satisfecho, aun cuando no le toque enterarse de ello hasta encontrarse en el más allá.

Tengamos presente una de las muchas prevenciones que se nos dan en el libro de Proverbios:

*"El avisado ve el mal y se esconde;
Mas los simples pasan y reciben el daño."* (Proverbios 22:3)

A continuación ponemos una breve tabla comparativa que hace resaltar cosas de interés:

Éfeso

"...no puedes soportar a los malos" (2:2)

*"aborreces las obras de los nicolaítas,
las cuales yo también aborrezco."* (2:6)

Pérgamo

"...tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam..." (2:14)

"Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco." (2:15)

Como se puede ver, el contraste es bastante marcado. A veces es bueno e instructivo que nos preguntemos el por qué de cosas como éstas, aunque no siempre podamos dar con la respuesta exacta o correcta, pues a menudo intervienen factores subjetivos o intangibles, que no resultan fáciles de identificar.

Sin embargo, en este caso nos parece bien fundado recordar las medidas que Pablo tomó con tanto esmero y dedicación, para asegurar en cuanto estuviese a su alcance, que los efesios continuaran firmemente arraigados en la verdad después que se marchase. (Ver el capítulo X en la parte que comentamos sobre esto.)

Nos hace recordar la misma solicitud que tenía Pedro y que manifestó poco antes de su partida:

"Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente."

"Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación;

...También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas." (2ª. Pedro 1:12, 13 y 15)

Esto nos da un rasgo característico del verdadero siervo de Dios – no una inquietud porque se le otorgue el título o se le reconozca, sino el amor y la labor honrada y desinteresada para salvaguardar a la grey de los muchos peligros que la acechan.

Desde luego que también podemos pensar en otras razones. Una de ellas es que por causas que no resulta posible determinar, algunas iglesias y creyentes son más propensos a ceder ante la infiltración de fuerzas o corrientes de engaño y error, mientras que otros son más firmes y fuertes para resistir y rechazarlas.

Por otra parte, en el caso de Pérgamo que nos ocupa, no debemos olvidar lo ya señalado de que moraba donde estaba el mismo trono de Satanás. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que eso los exponía a tentaciones y ataques en una escala muy considerable.

Arrepiéntete.-

Como venimos viendo, ésta es la misma palabra clave que Jesucristo dirige a cada iglesia que ha consentido o tolerado el mal en cualquiera de sus diferentes formas.

Como ya hemos prestado bastante atención al arrepentimiento en partes anteriores y en el capítulo II de "Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto, nos abstenemos de comentar más por ahora. Sin embargo, en el penúltimo capítulo añadimos nuevas consideraciones sobre el tema, que, sin duda, es de vital importancia en todo sentido.

La falta de obediencia a la exhortación a arrepentirse, que supondría seguir tolerando esas corrientes tan nefastas del balaamismo y el nicolaísmo, traería aparejado un venir del Señor pronto y en juicio, para pelear Él mismo contra ellos con la espada de Su boca. (2:16)

Ellos sin duda se refiere a los que retenían esas doctrinas tan pervertidas y perjudiciales, y sobre los cuales seguramente recaerían juicios muy severos. Pero al mismo tiempo, supondría la gran responsabilidad por parte del ángel de la iglesia de Pérgamo, y en buena medida también del resto de los fieles, de haber consentido esas cosas y no haber sido lo suficientemente valientes como para tomar en serio la repreñión del Señor y tomar la iniciativa ellos mismos. Esto último sin lugar a dudas era lo que correspondía.

En este terreno tenemos un aspecto muy importante y delicado del ministerio: el de reprender y rechazar modas o tendencias incorrectas que debilitan y aun manchan el testimonio.

Muchas veces puede pesar el hecho de que los implicados sean familiares de otros miembros de la iglesia, o muy allegados a ellos, lo que agudiza el problema. Hace falta una buena dosis de valentía y firmeza, junto con sabiduría de lo alto, para actuar con decisión en situaciones de esta naturaleza, teniendo en cuenta además que toda postura drástica y firme, casi siempre provocará reacciones y cuestionamientos de algunos de los miembros.

Por eso será aconsejable explicar las cosas con claridad no sólo a los implicados, sino al resto de la congregación, para que se comprendan bien las cosas. Y esto habrá de hacerse sin demora, adelantándose a la posibilidad de que, por anticipado, les llegue una versión incorrecta y hasta tergiversada, emanada de los que han sido amonestados y advertidos.

Aunque esto ya lo mencionamos en parte en el capítulo IV sobre la iglesia de Corinto, lo volvemos a consignar aquí como algo también aplicable a casos de esta clase, que en cierto modo son distintos de los que comentamos en ese otro contexto.

Aunque se debe actuar con firmeza y autoridad, huelga decir que no debe haber un espíritu legalista, autoritario o de dureza carnal. Es decir que dentro de la firme defensa de la sana doctrina y el buen testimonio, se puedan detectar acentos de bondad y amor, dándose además explicaciones claras y convincentes y que no puedan ser fundamentalmente contradichas.

Otra vez, al final de la carta, tenemos la exhortación a que todo el que tenga oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias – Jesucristo envía la carta, pero como ya vimos, el Espíritu Santo, en la más estrecha compenetración con Él, está diciendo

exactamente lo mismo. ¡Bendito sea Dios, que entre las tres personas de la Deidad no hay, ni ha habido, ni habrá jamás, la menor desavenencia o discrepancia!

Por último, vienen los dos galardones prometidos a los vencedores: comer del maná escondido y la piedrecita blanca. Como éstos constituyen dos verdaderas joyas preciosas, hemos conceptuado oportuno postergar su exposición, junto con la de otro galardón más que habremos de seleccionar, para el último capítulo del libro.

Para finalizar ¿quiénes son los vencedores a los cuales Jesucristo les promete estos galardones?

En este caso particular, no cabe duda que la respuesta está dada por el contexto. Se trata de aquéllos que, contra el aluvión de la inmoralidad y la idolatría de los balaamitas en sus múltiples formas, y la transigencia y renuncia de los valores fundamentales por parte del nicolaísmo, se mantienen en fe, firmes y en absoluta limpieza junto al Cordero, en total identificación con Él y Su palabra santa.

Que en medio de la gran cantidad de variantes y versiones modernas del balaamismo y el nicolaísmo que se presentan en estos tiempos, tú sepas guardarte celosamente de todas esas cosas y ser un auténtico vencedor. Lo contrario sólo sería para pérdida incalculable y la ruina de tu alma, y *eso no lo quiere el Señor y seguramente que tú tampoco.*

----- () -----

CAPITULO XIII –LAS CARTAS A LAS SIETE IGLESIAS (3)

Tiatira y Sardis

Tiatira.- Jezabel y la estrella de la mañana.-

Ésta es la carta más larga de las siete. En ella el Señor se presenta como el Hijo de Dios, y el de los ojos como llama de fuego y los pies semejantes al bronce bruñido, facetas éstas que guardan directa relación con el estado en que se encontraba la iglesia en Tiatira.

Efectivamente: había cosas tan graves operando en medio de ella, que hacían necesaria la intervención de Sus ojos de fuego y Sus pies como de bronce bruñido.

Pero antes de ver esa parte de la carta, debemos notar el aprecio que el Señor manifiesta por no pocas virtudes que ve en ella.

“Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras.” (2:19)

Amor, fe, servicio, paciencia y más obras que al principio.-

Esto representa, por cierto, un cúmulo de cualidades y bondades que en nada hemos de despreciar. Éstas las ostentaban, en primer lugar, el ángel o mensajero de la iglesia al cual la carta iba dirigida, pero sin duda también, una buena parte, o aun el grueso de la congregación, como se desprende claramente del versículo 24.

Tenemos pues el panorama de una iglesia mayoritariamente sana, robusta, servicial, paciente y muy activa, trabajando en mayor medida aun que en los comienzos. Pero quizá coincidentemente con un buen crecimiento numérico, se había perfilado una infiltración de una corriente nefasta, con los mismos síntomas del balaamismo, y que amenazaba carcomer la vida de la iglesia arruinándola por completo.

“...esa mujer Jezabel, que se dice profetisa...” (2:20)

Otra vez el Señor tiene que reprochar la tolerancia del mal. Esto es algo muy corriente: la falta de valentía para plantarse ante quienes se infiltran trayendo doctrinas, corrientes o conductas erróneas y perjudiciales, para cerrarles el paso e impedir que hagan su obra maléfica.

Esta debilidad la tenían el ángel de Pérgamo y el de Tiatira en aquel entonces, y también la tienen en esta época muchos dirigentes o responsables en el ministerio en general. Si se desea de veras mantener una iglesia sólida y floreciente, es necesario actuar con firmeza y sabiduría en situaciones semejantes.

Como en el capítulo anterior ya nos referimos a esto, no vamos a extendernos sobre el tema aquí. La única aportación que añadimos a lo ya señalado, para hacer más fácil o llevadera la carga de enfrentar las cosas frontalmente – “tomando al toro por los cuernos” como suele decirse – es la de la ventaja, o bien de contar con un liderazgo en el plural sólidamente unido, o bien con uno en el singular, pero apoyado firmemente por un cuerpo de ancianos o equipo ministerial con plena coincidencia de criterios.

De otra forma, enfrentándolas uno solo, es una de las facetas más duras y escabrosas, aunque igualmente el Espíritu Santo puede dar fortaleza y autoridad para afrontarla sabia y correctamente.

En cuanto a la corriente corrompida que venía esta vez por quien se llamaba Jezabel, podemos hacer varias consideraciones sencillas y claras.

Primeramente, volvemos a encontrar la frase *“que se dice”*, que como ya puntualizamos, es propia de quienes no son realmente enviados del Señor y se proclaman a sí mismos y no a Él.

También vemos que los síntomas de esta corriente eran semejantes a los del balaamismo, es decir la inmoralidad y la idolatría. No obstante, se trataba de una versión distinta, aun cuando en el fondo era la misma cosa, como muestra de cómo el enemigo con frecuencia le da variedad a sus artimañas y tentaciones, buscando presentarlas en formas nuevas y diferentes para hacerlas más seductoras.

Es evidente que el mal estaba mucho más avanzado en Tiatira que en Pérgamo. Mientras en ésta se trataba de los que *retenían* esas doctrinas, en aquella se la enseñaba activamente. No podemos precisar si esto se hacía en público; tal vez más probablemente haya sido privada o personalmente, pero lo cierto es que estaba teniendo el efecto pernicioso de seducir a siervos del Señor a fornicar y comer lo sacrificado a los ídolos.

En Su misericordia, Jesucristo le había instado a Jezabel al arrepentimiento, dándole plazo para ello, pero en su contumacia ella se negaba a hacerlo. Por lo tanto, se veía obligado al juicio, que iba a ser severísimo:

“He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella.”

“Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según sus obras.” (2:22-23)

En este juicio que se avecinaba, vemos que en Su misericordia Jesús hace extensiva a los que estaban implicados con ella la oportunidad de que se arrepintiesen. De no hacerlo, tanto para ella como para sus hijos, el castigo y el juicio serían terribles e inevitables.

El resultado iba a ser que las iglesias, tomando debida nota de todo ello, iban a saber sin que les cupiese la menor duda, que el Señor sondea lo íntimo del ser y está perfectamente enterado de cada cosa. Cuando se desprecia Su misericordioso consejo y se persevera porfiadamente en el mal, Él asegura que no habrá de quedar impune.

A veces el juicio y castigo vienen pronto, como iba a ser en este caso, y sirven de solemne advertencia para los demás. También sucedió en esta forma en la iglesia primitiva en el caso de Ananías y Safira, consignado en Los Hechos 5.

En otras ocasiones pasa un tiempo en el que parece que “no ha pasado nada”, pero a la larga los resultados terribles de darse al pecado y la inmundicia alcanzan a quienes lo han hecho, con todas sus horribles consecuencias.

Conviene pues que seamos sabios, aprendiendo de lo que vemos pasar a los demás. Notemos bien la trayectoria feliz y el final de paz que acompañan a los verdaderamente fieles y consecuentes. Y notemos también el contraste con el quebranto, las tragedias y hasta el fin desdichado de quienes, menospreciando la gracia y el sabio

consejo, se apartan en pos de los deleites sensuales, el amor al dinero o las luces engañosas del mundo.

Advertencia sobre una exageración peligrosa.-

No debemos dejar el tema de Jezabel sin formular una advertencia sobre una exageración desmedida y muy peligrosa, que hoy día está en boga en muchas partes.

Como bien sabemos, en muchas ocasiones se da el caso de una o varias mujeres en una iglesia que tienen avidez por la oración, la profecía, los dones del Espíritu o bien las cosas del Reino de Dios en general.

Por ser a veces sus maridos menos deseosos de esas cosas, o a veces porque el pastor o el presbiterio no imprimen la tónica que ellas quisieran; o bien por cualquier otra discrepancia de criterios que pudiera haber, se detecta que estas hermanas no están debidamente sujetas a sus maridos o a sus pastores.

Naturalmente que en esto puede haber una serie de factores que incidan para que así sea: puede ser por ejemplo que el marido sea muy apático o tibio en su vida cristiana, poniendo un freno que a su mujer se le hace muy difícil sobrellevar; o bien, que el pastor o el presbiterio, por un espíritu machista o lo que fuere, les cierren el paso para toda actividad espiritual dentro de la iglesia, aun el trabajo entre mujeres y niños; o, por otra parte, que no haya nada de eso, sino que sean mujeres con un espíritu dominante y que no quieren estar sometidas y obedecer.

Sea cual fuere el caso, lo que queremos recalcar es el error – gravísimo y muy peligroso – de señalar a tales mujeres como quienes tienen un *espíritu de Jezabel*.

Sabemos que la Jezabel del Antiguo Testamento era una verdadera fiera que perseguía y mataba a los siervos de Dios y cometía las fechorías más infames. En cuanto a la de nuestro contexto, era una adúltera y rebelde al grado máximo.

Entre esto último y lo que consignamos anteriormente hay una diferencia absolutamente abismal. Lo correcto sería decir que se trata de mujeres insumisas, que se desenvuelven “a su aire”, quizá causando problemas y a veces serios, *pero no llamarlas Jezabel, ni decir que están poseídas por el espíritu de esas dos brujas malvadas de antaño.*

Hemos oído de casos de maridos influenciados por otros en este sentido, y que han ido a sus esposas diciéndoles que tienen un espíritu de Jezabel, cuando en verdad no había nada de esa terrible mujer en sus vidas – quizá una tendencia a tomar la iniciativa, o aun un espíritu que podría llamarse dominante - pero en ninguna manera lo otro que venimos señalando.

El mal que esto puede causar al matrimonio es incalculable, e incluso puede llegar a destruirlo por completo. Por eso tengamos mucho cuidado de no usar ese apelativo de espíritu de Jezabel cuando no corresponde para nada.

Debemos tratar siempre de emplear las frases y vocablos del idioma y del lenguaje bíblico en forma correcta – es decir cuándo, dónde y cómo corresponde. De otra manera, podemos traer confusión y hacer mucho daño.

Como aportación adicional sobre el tema, creemos que es importante que el liderazgo de una iglesia – el pastor, presbiterio o lo que fuere – sepan valorar el potencial que muchas veces hay en mujeres muy deseosas de servir al Señor, y que cuenten con buenas aptitudes.

Motivando y potenciándolas dentro de la esfera de la iglesia, pueden realizar una labor fructífera y muy útil. Además, haciéndoles sentir que su trabajo es valorado y apreciado, será fácil que se sientan satisfechas y no tengan ningún problema en estar en sujeción a las autoridades de la iglesia – con la excepción, claro está, de alguna que otra que pudiera ser abiertamente insumisa.

En cambio, lo contrario se ha de dar casi con toda seguridad si no se les da cabida para que se desempeñen con los dones y talentos que tienen. Al verse frustradas dentro de su propia iglesia, buscarán otros lugares, tales como organizaciones para-eclesiásticas o bien en grupos caseros independientes, o trabajando por su cuenta con otras hermanas que se sienten en las mismas condiciones.

A la postre, el resultado será que, si bien seguirán asistiendo a las reuniones principales de iglesia por guardar la forma y ser fieles a sus maridos y pastores, en su interior estarán insatisfechas y su corazón estará en realidad en esas otras actividades que desarrollan fuera de la iglesia. Todo esto, a su tiempo, muy bien puede traer un enajenamiento de la iglesia, de su pastor o presbiterio y aun de su propio marido.

La mejor comparación que podemos establecer aquí es la del caudal de un río, que al estar bloqueado para fluir por su lecho natural, se desborda y causa estragos y destrozos. Y esto se podría y debería evitar, sabiendo reconocer dentro de la iglesia esas capacidades y aptitudes, motivando, movilizándolo y apoyándolas para que puedan seguir su cauce normal, con el consiguiente beneficio en todos los órdenes.

“...No os impondré otra carga.” (2:24)

Notemos como en el curso de la carta el Señor cambia, en la segunda persona, del singular al plural. En efecto: habiéndose dirigido primeramente al ángel de la iglesia, ahora lo hace a los fieles de Tiatira que no han admitido las doctrinas corrompidas ni se han dejado contaminar. Anteriormente, al referirse a Jezabel y sus allegados, había empleado la tercera persona del singular para ella y del plural para ellos.

Todo esto nos habla del hecho de que en la ministración de la palabra viva del Señor, hay una gran riqueza y variedad de matices. Dentro del ámbito de una iglesia, la misma habla individualmente para redargüir, corregir o exhortar, pero también para alentar y consolar a quien o quienes lo necesitan, tocando sus vidas en forma personal e íntima. Pero en otras partes de la misma habla en el plural, es decir a la iglesia toda o al grueso de ella.

Aquí vemos que Jesús se dirige a los que probablemente eran la mayoría, con una palabra doble, de aliento por un lado, pero también de exhortación.

Como queda dicho más arriba, eran los que no habían transigido con esas cosas, y no habían conocido lo que ellos – los allegados a Jezabel – llamaban *las profundidades de Satanás*. Esta frase en sí nos da una idea de lo terriblemente grave y avanzado del mal que los afectaba: vinculados estrechamente con la iglesia de Cristo – en apariencia por lo menos – y funcionando en alguna manera dentro o muy cerca de ella, y sin embargo sumergidos en las profundidades de Satanás mismo.

Todo lo cual nos muestra la necesidad imperiosa de vivir en un cristianismo transparente y cristalino, totalmente exento de mezclas y contaminación.

La promesa del Señor de no imponerles otra carga, se relaciona en forma natu-

ral y evidente con el tenor de la carta apostólica dirigida a las iglesias gentiles, como consecuencia de la decisión del concilio de Jerusalén de Hechos 15. Veamos:

“Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, *no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias: que os abstengáis de...”* (Los Hechos 15:28-29)

Y en la lista de cuatro cosas, figuran significativamente las dos que estaban sobre el tapete en Tiatira, a saber fornicación y lo sacrificado a los ídolos.

Creemos que esa carta apostólica, o por lo menos su contenido en forma verbal, debe haber llegado a todas las iglesias del Asia por conducto de Pablo, quien casi seguramente la transmitió a todos sus colaboradores en el ministerio en esa zona. Y ahora, pasados unos buenos años, el mismo Jesucristo, y el Espíritu Santo – que como ya vimos también está hablando a las iglesias a través de estas cartas – la ratifican confirmando su vigencia, pero con la refrescante y alentadora salvedad de que no se les añade nada, sino que queda en pie tal como entonces.

Que el Señor nos libre de imponer a Su pueblo nuevas cargas y condiciones que supongan, sin que nos demos cuenta, volver al legalismo del Antiguo Testamento. Por algo Pedro lo calificó de *“un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar.”* (Los Hechos 15:10)

En la dispensación actual de la gracia, la obra la realiza el Espíritu Santo *dentro* de los corazones, no legislando *desde afuera*. Así, hemos de ministrar amor, fe, santidad, verdad y vida, de manera que penetren en lo hondo del ser, y de allí broten el fruto del Espíritu y todas las cualidades propias de un cristianismo vivo y correcto.

“...lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga”. (2:25)

Esta es la exhortación que sigue a lo que acabamos de ver. Tantas veces se insiste en buscar cosas nuevas y distintas, y en esa búsqueda es muy posible perder cosas de importancia que ya se tienen, y a las cuales no se las ha valorado debidamente.

Aquí se emplea el verbo en la segunda persona del plural, lo que nos hace entender que la exhortación va dirigida al grueso de la iglesia que se ha mantenido fiel, y no solamente al ángel o mensajero de la misma.

A veces es muy provechoso y edificante hacer un alto en el camino, para recordar y tener bien presente lo mucho que el Señor ha hecho en nosotros y lo mucho que nos ha dado. De otro modo podemos olvidarlo o bien restarle su debida importancia y valor.

Sin comentarios, enumeramos algunas cosas por las cuales debemos estar muy agradecidos, y dispuestos a luchar por retenerlas y no perderlas.

Una fe – no tradicional ni rutinaria, sino viva – en el Señor y Su palabra.

Saber que moramos en el amor y estamos en paz con todos, y en la economía no estamos endeudados con nadie.

Pertenecer a una iglesia bien fundada, unida y madura, que constituye nuestro hogar espiritual y base de operaciones cuando corresponda.

Estar rodeados de hermanos dentro del Cuerpo de Cristo local y universal, que nos aman y cuando es necesario, nos aconsejan, corrigen y apoyan para nuestro bien.

La conciencia satisfecha al andar en la luz y con limpieza y rectitud.

Una buena relación con Dios como nuestro Padre, sabiendo que vivimos y estamos en Su voluntad.

Una tarea que Él nos ha dado que hagamos para Él, y que nos satisface y estimula al saber que vamos llevando fruto para la eternidad.

Naturalmente que puede y debe haber más que esto. Ésta es solamente una lista breve y siempre debemos tener un sano deseo de superación. Pero tengamos la capacidad de valorar debidamente lo que ya tenemos, y de permitir que encuentre un eco real en nuestro interior la exhortación de Jesucristo de retenerlo hasta que Él venga.

Los galardones prometidos “al que venciere” en Tiatira.-

Aquí se prometen dos: uno evidentemente se proyecta al más allá, mientras que el otro es para la vida presente.

El primero no hace falta comentarlo, pues se define por sí mismo: compartir la autoridad del Señor sobre las naciones para regirlas con vara de hierro (2:26-27), sin duda referido al gobierno cósmico de Dios en el futuro.

En cuanto al otro – “y le daré la estrella de la mañana” (2:28) – lo relacionamos con un importante versículo que se encuentra en 2^a. Pedro 1:19:

“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones.”

Es digno de tenerse en cuenta que estas palabras vienen inmediatamente después de la narración que Pedro hace de la transfiguración. En ella, para sustentar la veracidad de cuanto afirmaba, él subraya, usando el plural, que lo vieron y oyeron con sus propios ojos y oídos. Por esto entendemos que se refería a sí mismo, y a Juan y a Jacobo que estuvieron con él en esa oportunidad.

Esto lo colocaba dentro del orden establecido por la Biblia para corroborar la verdad de una situación determinada, y que encontramos primeramente en el Pentateuco (Deuteronomio 19:15), ratificada posteriormente en los evangelios (Mateo 18:16) y también en las epístolas. (2^a. Corintios 13:1)

Sin embargo, con las palabras “más segura” vemos la altísima valoración que Pedro da a la palabra profética de las Sagradas Escrituras, poniéndola por encima hasta de lo que uno puede haber visto y oído, y aun acompañado de otros testigos fiables. *Esto es indudablemente algo que debemos tener muy presente al sopesar situaciones o alternativas que puedan presentarnos interrogantes.*

Al mismo tiempo, nos hace ver que las experiencias genuinas que podamos tener con Dios en nuestra vida, siempre nos llevarán a apoyarnos más todavía en Su palabra. Por otra parte, las dudosas o ficticias, por lo que uno ha podido ver, producen el efecto contrario de llevar a apoyarse más en lo subjetivo de lo vivido y experimentado, y dar menos importancia a la palabra, o a poner aquello por encima de ella.

Ahora bien, en ese contexto de aferrarnos a la palabra como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, Pedro añade:

“...hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones.”

La carta iba dirigida a los que ya habían alcanzado “*por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra*” (1:1), de manera que, evidentemente se trata de algo que va mucho más allá de haber entrado por el renacimiento en la nueva vida en Cristo..

Nuestra interpretación es que, en medio de las herejías y la apostasía a que alude buena parte del resto de la epístola, la palabra de verdad debe mantenerse bien en alto como antorcha que ilumina en medio de la oscuridad imperante. Es decir, que con tinieblas rodeándoles por doquier, esos fieles debían asirse de esa antorcha, pero con la mira y la expectativa de que el día esclareciese y el lucero o la estrella de la mañana *saliere en sus corazones*.

Creemos que se trata de un lugar muy alto en la vida espiritual. Antes de alcanzarlo, desde luego que se está en la luz del evangelio y la verdad, pero aun con haber escalado posiciones, si se ha de ser franco, todavía quedan a veces momentos o tiempos de desconcierto, incertidumbre o cosas que no hacen al amor perfecto. Eso lo definimos como sombras o penumbras que aún se presentan, aunque tal vez con menos frecuencia que en etapas anteriores.

En nuestra trayectoria nos hemos encontrado con algunos creyentes, mayormente jóvenes, que se declaraban en un estado totalmente libre de toda sombra y casi de problemas también – en otras palabras, hablando como quienes “ya habían llegado.”

Por supuesto que los hechos ulteriores les han dado un rotundo mentís a esas posturas extremas, teniendo esas personas que enfrentar la cruda realidad de que todavía tenían mucho, muchísimo que andar.

Para traer el equilibrio de la verdad bíblica, citamos parte de dos versículos:

“*Ahora vemos por espejo, oscuramente...*” (1ª. Corintios 13:12)

“*...de fuera, conflictos; de dentro, temores.*” (2ª. Corintios 7:5)

los cuales, por venir nada menos que de la pluma de San Pablo - aunque desde luego antes de que alcanzara su máxima madurez - nos hacen tomar una posición más sensata y prudente.

Pero siguiendo con lo que venimos diciendo, son bien conocidos los casos de fieles que al acercarse el final de su carrera, en el lecho de la enfermedad y aun con mucho sufrimiento y dolor, han experimentado una rica gracia de lo alto. La misma ha sido tal que los ha llenado de amor, gozo y la más perfecta paz, con toda sombra de duda o temor completamente disipada – viviendo en un glorioso anticipo del cielo.

Igualmente hemos oído de *algunos*, aunque no muchos, que en una etapa de gran madurez, pero sin que se avecinase la muerte, han alcanzado también ese alto nivel en un grado más o menos permanente. Conceptuamos que esto es lo que realmente significa haber recibido la estrella de la mañana.

Las infiltraciones hostiles que asediaban a la iglesia de Tiatira eran de tal magnitud, que mantenerse incólumes y salir triunfantes no era nada fácil. Para ello, por medio de la gracia de Dios, hacía falta adquirir temple, fe inquebrantable y una férrea voluntad de no ceder ni un ápice y vencer en la lid.

Es por esa razón que “*al que venciere y guardare mis obras hasta el fin*” (2:26) Jesucristo le promete – amén de tener una participación futura en su autoridad sobre las naciones – el tan preciado galardón de darle la estrella de la mañana.

Por cierto que se trata de una meta muy elevada, a la que no muchos llegan, pero no por ello hemos de cejar en nuestro ahinco y empeño por ser realmente vencedores, y así lograr alcanzarla.

SARDIS –Las vestiduras manchadas.-

En Sardis las cosas no andaban nada bien. Jesucristo se presenta en su carta al ángel de esa iglesia como el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas, significando esto último, como ya vimos, los siete ángeles o mensajeros.

En cuanto a lo primero – los siete espíritus de Dios – no podemos tomarlo en forma literal y al pie de la letra, pues nos llevaría a la conclusión de que hay siete Espíritus Santos. De ser así las cosas, al autor de estas líneas le podría haber tocado por ejemplo el N° 4, a su esposa el 6, a uno de los lectores el 1, a otro el 4 y así sucesivamente - ¡una gran ridiculez!

Más bien debemos comprenderlo como el Espíritu completo y perfecto, en toda la gama de Sus atributos divinos. Para mayor abundamiento, notemos que esta expresión septenaria con el siete de la perfección se denota claramente en Isaías 11:2:

“Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; (1) espíritu de sabiduría (2) y de inteligencia; (3) espíritu de consejo (4) y de poder; (5) espíritu de conocimiento (6) y de temor de Jehová.” (7)

Interpretarlo en la forma literal a que nos hemos referido – tanto el versículo 3:1 que nos ocupa, como Apocalipsis 1:4; 4:5 y 5:6 – sería entrar en una abierta contradicción de todo lo que nos dice sobre este punto el resto de las Escrituras, que nos presenta clara y reiteradamente la verdad de un Espíritu (ver Efesios 2:18; 4:4 etc.)

“Tienes nombre de que vives, y estás muerto” (3:1)

El que conoce con lujo de detalles cada una de sus obras, sin ambages ni rodeos, les hace llegar esta cruda sentencia.

Un pasado de bendición y con buen fruto les había dado el nombre de una iglesia digna y viva. Los demás pensaban que seguían siéndolo y tal vez ellos mismos también, pero la realidad era otra, muy diferente: “estás muerto.”

No resulta difícil imaginar cómo esa marcha descendente podría haber comenzado y continuado, quizá casi sin que se diesen cuenta de ello. Después de la bendición y el éxito, un espíritu triunfalista – el envanecimiento (somos una gran iglesia) – dormirse sobre los laureles, con el abandono, en parte por lo menos, de las primeras obras – la infiltración gradual y hasta casi insensible del pecado, hasta llegar al punto de que la gran mayoría habían manchado sus vestiduras. En suma, un cuadro desolador que había desembocado en llegar a ser, a pesar de todas las apariencias en contrario, una iglesia muerta.

A pesar de ello, el Señor no la abandona ni la deja sin esperanza, sino que le da Su consejo sabio y bueno.

“Sé vigilante y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios.” (3:2)

Esta última parte – la de las obras – en el original griego tiene el sentido de no haber sido completadas o cumplidas plenamente. Es decir que sólo las habían guardado hasta cierto punto, dejando una buena parte a medio hacer. La exhortación era

pues, en primer lugar a ser vigilantes – estar bien despiertos y alertas - y cuidar de las otras cosas – aquéllas en que habían perseverado – para que el proceso de muerte no les alcanzase a ellas también, sino que las afirmasen y consolidasen.

Todo esto nos da mucho que pensar.

En el proceso de decaimiento y apatía puede ir dejándose de lado, por ejemplo, el evangelismo activo y entusiasta, y las visitas pastorales sólo hacerlas por necesidad, en casos especiales (enfermos ingresados en hospital, fallecimientos, etc.) Junto con otras cosas más, la oración conjunta, por el reducido número de los que asisten y la falta de interés, al igual que el estudio bíblico, serio y vivo antes, pero ahora seco y aburrido – todo esto está bajo amenaza de que el mismo proceso de muerte le alcance – “están para morir.”

Por eso se les aconseja con toda urgencia que despierten y se dispongan a apuntalar y fortalecer esas cosas fundamentales que están a punto de desintegrarse. Sólo así se podrá evitar que desaparezcan y se llegue a la ruina total y final. Y sobre la base de su afianzamiento se podrá avanzar hacia una recuperación mayor.

“Acuérdate...guárdalo...arrepíentete”.- (3:3)

Para reforzar el consejo anterior y para darle mayor sustancia y amplitud, aquí siguen estas tres palabras claves.

Acuérdate.- ¡qué fácil es olvidarse de lo que uno ha recibido y oído!

En Génesis 3:13 las palabras de Eva “*La serpiente me engañó y comí*”, en la traducción literal de Young se traducen “*La serpiente me hizo olvidar y comí.*”

Esa es la forma en que la serpiente muchas veces engaña a los creyentes: haciéndoles olvidar.

No es precisamente un hacer olvidar, borrándolo del recuerdo o haciéndonos unos desmemoriados. Se trata de algo mucho más sutil, con todo el veneno de un engaño malvado, y por eso los dos conceptos caben – el de engañar y hacer olvidar.

La forma en que lo hace es interponiendo astutamente una alternativa distinta de la palabra y el mandato divino. La misma la presenta en la forma más seductora y atractiva posible, para que llame la atención de tal manera que lo otro – lo que Dios ha dado, hablado y advertido – quede de lado o relegado a segundo lugar. Así será fácil que el que no esté bien vigilante caiga en la trampa que se le ha tendido.

Es por eso que la segunda palabra clave sigue con toda lógica:

Guárdalo.- Para evitar caer otra vez, lo más indicado es que aquello solemne y sagrado que hemos recibido y oído, lo guardemos celosamente, apreciándolo en todo su valor y teniéndolo bien presente en todo momento. En otras palabras, tener claro y bien delante de nosotros siempre lo que Dios nos ha dado y hablado, para que al menor amago de una tentación de ir en sentido contrario, reaccionemos con toda firmeza y con un NO rotundo y categórico.

Y con respecto a lo ya acontecido, la tercera palabra clave:

Arrepíentete.-

Según ya dijimos y seguimos viendo, cada vez que se trataba de una iglesia a la que el Señor le puntualiza fallos y desviaciones, nos encontramos sin falta con esta misma palabra.

Arrepentirse es reconocer de corazón y sin excusas ni atenuantes todo el mal y la culpabilidad de lo que hemos hecho al desviarnos de Sus mandatos. A la vez

supone dar una media vuelta clara y definida, para proyectarnos en el sentido contrario de la más cumplida obediencia.

“Vendré sobre ti como ladrón.”- Una experiencia singular.-

“Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.” (3:3b)

En esta advertencia el Señor añade una cuarta palabra, también de mucho peso: velar - es decir, estar bien despiertos, alertas, vigilantes y nunca bajar la guardia ni descuidarse. De no hacerlo y desentenderse del consejo del Maestro:

“...vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.”

Hace poco más de diez años, un siervo del Señor, sintiéndose a veces frustrado y con un deseo de recrearse y expansionarse, empezó a practicar el golf. No lo hacía en un club, donde las cuotas siempre son muy caras, sino en un modesto campo municipal, a una tarifa mínima y usando unos pocos palos prestados. Tampoco lo hacía en días de reunión, ni cuando tenía algún compromiso ministerial, pero notaba igualmente el resultado negativo que le producía. Esa noche se le turbaba el sueño, y en su conciencia sabía que el Señor le estaba llamando la atención: eso a Él no le agradaba, y no debía seguir haciéndolo.

Sin embargo, altercaba con Dios diciendo:

“Si a grandes siervos como Billy Graham y Paul Yongi Cho les permites que jueguen al golf y lo disfruten, ¿por qué no a mí, que soy tanto más pequeño que ellos?”

Para colmo, antes le había pasado algo semejante con el ajedrez. Cuando joven le había gustado con pasión, jugando en pequeños torneos locales o regionales, y dedicándole horas y horas al estudio analítico de partidas de grandes maestros.

No obstante, más tarde comprendió que esto no podía seguir ocupando un lugar tan importante en su vida y lo dejó por completo. Pero años después, visitando a un médico hermano en Cristo, éste le propuso la idea de jugar contra el ordenador. No era de los más modernos y avanzados que existen en la actualidad, que le ganan hasta a los mejores jugadores del mundo, y jugando contra uno de los niveles más altos, echando mano de su experiencia pasada, pudo lograr una posición ventajosa y ganadora.

Esa noche pasó lo mismo que con el golf –estuvo muy turbado y en su mente casi hervía otra vez todo ese mundo de la tensión central de peones, el apostar las piezas estratégicamente para la ruptura central, etc. etc. ¡Hasta se preguntaba cuándo podría volver a jugar contra el ordenador, para propinarle otra buena paliza!

Era evidente que se le había despertado otra vez esa obsesión por el juego ciencia, y bien pronto comprendió que debía cortar por lo sano, pues de otra manera eso le resultaría un claro impedimento para su dedicación a la oración, la palabra de Dios y el ministerio en general. En consecuencia, a la noche siguiente hizo un voto ante el Señor, muy difícil para él, pero sabía que debía hacerlo: no volver a jugar una sola partida de ajedrez el resto de su vida. Ese voto lo ha guardado hasta el día de hoy.

Pero ahora, unos años más tarde, le estaba brotando una nueva obsesión: la del golf, aunque como ya dijimos, lo practicaba en una forma limitada y modesta.

El Señor conocía muy bien su carácter apasionado y obsesivo, que no le permitía hacer cosas como ésas como un mero pasatiempo, sino que las vivía intensa-

mente. Y después revivía los momentos en que una pelota se le había ido al lago, un “drive” le había salido desviado, o bien cómo había embocado para su gran satisfacción un “putt” de tres o más metros de distancia.

Para otros eso podía resultar un recreo agradable y aun necesario, pero para él era todo lo contrario – algo absorbente, casi esclavizante. Sabiéndolo bien y que iba a redundar en perjuicio espiritual para su vida, el Espíritu Santo le daba en su conciencia ese claro testimonio de que eso no era para él y debía dejarlo.

Sin embargo, como ya dijimos, le costaba aceptarlo y trataba de razonar buscando argumentos para justificarse, como hacerlo en días en que no tenía ningún compromiso ministerial y sin demasiada asiduidad. Sin embargo, en su fuero interno seguía sintiendo falta de paz.

Por último, la cosa llegó a una crisis un sábado a la mañana, cuando después del desayuno tomó los cuatro o cinco palos que usaba y se puso en marcha hacia el campo municipal. En el camino, ¡de pronto se dio cuenta que se había olvidado las pelotas! Era como si un alpinista se olvidase las botas que lleva para escalar – tan increíble, y por cierto que no era ni es una persona olvidadiza ni distraída.

Después, mirando retrospectivamente las cosas, comprendió que era una última oportunidad que el Señor le daba de que volviese a casa y desistiese de desobedecer. Empezó el regreso por cierto, pero tristemente no fue para abandonar su propósito, sino para tomar las pelotas y retomar el camino al campo de juego.

Algo le decía al decidir hacerlo que debería asumir hasta las últimas consecuencias de su desobediencia. Pero persistió en seguir adelante y esa mañana no le fue nada bien en ningún sentido.

No obstante, lo peor todavía estaba por venir. Esa misma noche, en circunstancias casi inverosímiles, al abrir la puerta de su casa, tres jóvenes asaltantes, uno de ellos con pistola en mano, irrumpieron derribándolo en el suelo, haciéndole sangrar y dándole desde luego un susto y un “shock” realmente impresionantes – nunca le había pasado semejante cosa en todos sus años de vida.

Para abreviar, pues la anécdota se está haciendo bastante larga, los tres atracadores se marcharon sin llevarse nada en poco más de uno o dos minutos, al advertir que también había gente en la primera planta de la vivienda y podían caer apresados.

El impacto fue tan fuerte que el siervo del Señor quedó consternado y nervioso por muchas horas. Su primer reacción al marcharse los asaltantes fue reconocer, en diálogo con su esposa, que era la mano de Dios para darle un fuerte y bien merecido castigo y llamado de atención por su obstinación en desobedecer.

Para algunos podrá parecer extremo o extraño pensar en un trato tan severo por parte de un Dios de amor – un caso algo extravagante o exagerado para poder asimilarlo. Sin embargo, cuando la mano divina se ha posado sobre una vida para otorgarle una sagrada vocación, el Dios celoso de lo que es Suyo no ha de permitir así como así que uno le traicione, hipotecándose con estorbos e impedimentos.

Para mayor abundamiento, en más de una oportunidad anterior el siervo que nos ocupa le había rogado encarecidamente al Señor que al menor asomo de que se estuviera desviando de la senda de la consagración total, se lo hiciese saber de inmediato y con toda claridad. Y todavía agregó que, en caso de que no se diese por ente-

rado, lo castigase muy fuerte si fuere necesario, con tal de mantenerlo en el camino recto y absoluto, sin desviarse ni a diestra ni a siniestra. Como podemos ver, en esa coyuntura ¡su oración fue contestada al pie de la letra!

Pero debemos agregar una parte final para tener el cuadro completo. Esa experiencia tan traumatizante lo llevó por la vía del temor a dejar el golf. No obstante, en su interior seguía teniendo una fuerte afición, y a veces, al pasar cerca de un campo de golf y ver a varios jugadores completar un hoyo en un “green” de un magnífico verde esmeralda, liso como un billar, le brotaba una exclamación:

“¡Qué suerte que tienen! ¡Ojalá yo pudiera jugar como ellos!”

Unos cuantos meses más tarde tuvo una experiencia inesperada. Estando en oración y poniéndose en las manos del Señor para una nueva etapa ministerial que iba a empezar, tuvo una visión en la cual veía el rostro de Jesucristo. Lo extraño era que el mismo le resultaba totalmente inatractivo, y al inquirir, profundamente alarmado, sobre lo que podría significar eso que estaba viendo, bien pronto tuvo la respuesta en su corazón: así habría de terminar él, viéndolo al Jesús que en realidad tanto amaba, como a un personaje falto de toda atracción, debido a la obsesión del golf.

En ese momento, el golf murió para siempre en su corazón, y desde entonces no ha tenido el menor deseo de volver a practicarlo. Lo cual nos muestra que el castigo y el temor que nos infunde, con ser buenos correctivos, nunca alcanzan la contundente eficacia de la gracia operada por el Espíritu en nuestro interior. Esa gracia a menudo se desenvuelve en función de la belleza y el encanto de Jesucristo, el de “la gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad”. Y eso, a los que le aman de verdad, les llega y les toca en las fibras más íntimas más que ninguna otra cosa.

Como vemos, a ese siervo que no velaba ni atendía debidamente al testimonio que el Espíritu estaba dando en su conciencia, el Señor le vino súbitamente como ladrón, sin que él supiese a qué hora le iba a suceder. Afortunadamente, esto le sirvió de fuerte escarmiento y pudo recuperarse plenamente, y hasta el día de hoy sigue con pie firme en el camino.

Por cierto que este paréntesis no ha sido breve, pero creemos que bien vale la pena incluirlo, por lo mucho que nos enseña en cuanto al carácter de Dios, y Su celo por lo que es Suyo y que no se debe hipotecar por nada del mundo.

Las vestiduras blancas...unas pocas personas.-

A continuación viene una verdad que para el mismo Señor debe haber sido muy dolorosa:

“...tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras...” (3:4)

Según ya hemos visto, al dictarle a Juan esta carta Jesucristo se presenta como el que tiene los siete espíritus de Dios (el un espíritu completo y perfecto), representado en el capítulo 5 versículo 6 por “*los siete ojos*” que todo lo escudriñan. A Él nada, absolutamente nada, se le pasa por alto.

En esa contemplación del que examina cada detalle de la mente y el corazón, Él recorría las filas de toda esa iglesia que se encontraba en Sardis, que podría constar de un centenar de miembros o tal vez más – no podemos saber con certeza exac-

tamente cuántos eran. Y allí se encontraba con un panorama desolador. Casi le podemos imaginar diciéndose a sí mismo algo así:

“Éste que está en primera fila ha consentido la suciedad en su vida” – “Esa otra está cediendo a la vanidad y los deseos mundanos” – “Aquél se ha enredado en mentiras y engaños.” “Aquella otra, la misma historia.”

Después de seguir así por un buen rato, encontraría una honrosa excepción que le haría decir con satisfacción:

“¡Qué bueno ver a ese precioso varón! ¡Tan distinto de los demás! En medio de la burla de sus compañeros de trabajo y las presiones que le rodean, se mantiene firme en su limpieza y testimonio, y por amor de mi persona no cede para nada, aun cuando se ríen de él y lo desprecian.”

Seguidamente se encontraría con más y más que en diferentes formas se habían contaminado. Pero más tarde, al ver otra hermosa excepción, pasaría a decir:

“¡Qué consuelo grande esa perla de mujer! En vez de darse a la coquetería, al chisme y a la crítica como las demás, se pasa largos ratos deleitándose en comunión conmigo, alimentándose de mi palabra, y cuando habla con los demás en su manera tan decorosa y correcta, Yo soy el tema preferido de su conversación.”

Estas honrosas excepciones eran *unas pocas personas* – quizá los dedos de una mano bastarían para contarlas, y hasta podría sobrar algún dedo. Los demás, tristemente estaban todos manchados. Un día en su pasado, al amanecer la gracia en sus corazones, la sangre derramada en el Calvario los había limpiado y emblanquecido; lamentablemente, después de un tiempo se habían dejado seducir por el engaño del pecado, y ahora estaban otra vez atrapados y ensuciados.

Su estado era triste, muy triste. Y no eran unos pocos, sino la gran mayoría de los creyentes. Por cierto que aquí había una gran necesidad de restauración. El remedio prescrito por el Señor ya lo hemos visto en el breve análisis que hemos hecho del versículo 2 y la primera parte del 3, que será necesario volver a leer y examinar detenidamente si se le desea sacar el debido provecho. Y al hacerlo, prestar la máxima atención a lo que figura bajo el subtítulo “Arrepiéntete.”

“Andarán conmigo”

A esas pocas personas Jesucristo las alienta con la hermosa promesa de que andarían con Él porque eran dignas.

Es sólo cuando vivimos en verdadera blancura y transparencia delante de Dios y los hombres, que podemos andar de verdad con Él en la vida. Esto nos da el sello aprobatorio de Su beneplácito sobre nuestras labores, y nos permite morar en plena paz, y además en comunión con Su bendita persona.

Hay quienes no comprenden esto, viviendo y moviéndose en cosas turbias u oscuras, y sumidos en una paz falsa, pensando que todo está bien, y que su relación con Dios es buena y correcta.

Las advertencias de las Escrituras son tan claras y numerosas, que parece casi increíble que pueda haber quienes no las comprendan. La única explicación es que el pecado es tan engañoso, que empaña la visión y hasta enceguece, haciéndole ver a uno las cosas en forma particular y subjetiva, e interponiendo toda clase de subterfugios, atenuantes y justificativos.

Seamos sabios para ver las cosas con la claridad meridiana con que Dios las presenta en la Santa Biblia, y no dejemos que la serpiente nos engañe ni extravíe de la sincera fidelidad a Cristo. (2ª. Corintios 11:3)

El galardón prometido.-

Otra vez la promesa va dirigida en el singular *S*: el mismo, será vestido de vestiduras blancas.

Por ser este tema muy sabroso y uno sobre el cual tenemos bastante que decir, lo seleccionamos para postergarlo para el último capítulo, junto con los otros dos ya citados del maná escondido y la piedrecita blanca.

Además de las vestiduras blancas, el galardón incluye dos cosas más:

"No borraré su nombre del libro de la vida".- (3:5)

Comentar esto en forma minuciosa, nos llevaría inevitablemente a internarnos en la controversia planteada desde hace siglos ya por las dos posturas opuestas del calvinismo e hipercalvinismo por un lado, y el arminianismo por el otro.

No está en nuestro ánimo hacer tal cosa, sino formular en cambio un par de sencillas pero importantes consideraciones vinculadas con este particular.

La primera – muy evidente – es que cuando un hijo de Dios se aparta y cae en pecado, es decir que mancha sus vestiduras como en el contexto, siempre es posible que alcance misericordia y perdón y logre una restauración. *Eso sí, volvemos a recalcar que para que la misma sea efectiva y valedera, deberá mediar un arrepentimiento integral, seguido de un retorno verdadero y duradero a un andar recto y limpio el resto de su vida.*

La segunda consiste en expresar que no seríamos fieles a nuestra conciencia si no dijésemos que por nuestra comprensión de las Escrituras, no hay ningún asidero serio en las mismas para afirmar o suponer que quienes terminen sus vidas apartados de la fe, viviendo en abierto pecado y sin arrepentirse de él, serán igualmente salvos, debido a tal o cual alternativa o espacio favorable en etapas anteriores de sus vidas.

"Confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de Sus ángeles."

Esto se refiere al más allá, pero ¡qué privilegio y honor será el recibirlo!

Después de haber librado la batalla con las armas de la fe, la verdad y el amor; después de haber vencido por Su gracia, guardándonos sin mancha en medio de la corrupción que impera por doquier; después de haber utilizado y pronunciado Su nombre sagrado y santo, tanto para abrírnos paso en la lucha como para proclamarlo como Salvador y Señor ante los demás; sí, después de todo eso y mucho más... habrá de llegar un día maravilloso, en el cual hemos de oírle a Él pronunciar nuestro nombre con beneplácito y júbilo ante el Padre y todas las huestes celestiales.

¡Para esto, bien vale la pena jugarnos y darnos de lleno por Él y para Él!

¿En qué se centra esta batalla?

Para finalizar, señalamos la forma en que la batalla, así como en Sardis entonces, también hoy en día para tantos y tan a menudo, se vuelve a centrar en este tema, que es a la vez tan elemental y tan fundamental: el de no mancharse ni contaminarse en la vida cotidiana.

El mundo, la sociedad en que vivimos y cuanto nos rodea – aparte claro está de nuestros verdaderos hermanos en la fe – están tan corrompidos, que debemos extremar nuestra vigilancia y saber guardarnos continuamente, para vivir delante de Dios en absoluta limpieza y rectitud.

La mayoría de los programas de televisión, además de la obscenidad, crimen y violencia que muchas veces contienen, a menudo irradian, a veces sutil y casi imperceptiblemente, emanaciones de ocultismo, tales como brujerías, adivinación y demás. Y asimismo, muchas veces en el hablar, en los gestos, los chistes y aun las muecas, morisquetas y sonrisitas, se perfila algo muy mundano y a veces hasta diabólico.

Quien mira y contempla esas cosas en forma habitual, se dé cuenta de ello o no, va ingiriendo células de corrupción y maldad de los matices más diversos. A menos que se percate de ello y proceda a *desintoxicarse cabalmente*, las consecuencias inevitables serán que habrán de mancharle sus vestiduras, le harán perder la sensibilidad espiritual y resultar muy afectado para mal en su relación con el Señor.

Lo mismo debe decirse de un buen número de revistas y publicaciones que se expenden en los kioscos y librerías, y también en general del ambiente cinematográfico, teatral o sencillamente de la calle y la ciudad.

Decir esto no es fanatismo ni ninguna exageración, sino una comprobación práctica y verídica de la verdad de las tajantes sentencias de Juan en su primera epístola:

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.

Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo.” (1ª. Juan 2:15-16)

“Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.” (1ª. Juan 5:19)

Que cada lector sepa recibir todo esto tierna y a la vez firmemente en su corazón. El desatender las advertencias que el Señor nos hace tan clara y reiteradamente, acarreará casi inevitablemente el contaminarse como la mayoría lo estaba en Sardis, y llevar todas las de perder en la batalla contra el mal

El Señor no quiere eso de ti, amado hermano o hermana, sino que por el contrario tú venzas en la lid y vivas verdaderamente de blanco y en amor delante de Él. Que así sea por Su gracia y para Su gloria. Amén.

----- () -----

CAPITULO XIV .- LAS CARTAS A LAS SIETE IGLESIAS (4)

Filadelfia y Laodicea

Poco a poco vamos acercándonos al fin de nuestra consideración y estudio de estas siete cartas de Jesucristo, impregnadas todas del más hondo y aleccionador contenido. Pasamos ahora a la penúltima:

Filadelfia.-

Como es bien sabido, el nombre significa *amor fraternal*. Esto y el hecho de que, aparte de Esmirna, ésta es la única iglesia a la cual Jesucristo no le puntualiza ningún fallo, nos hace pensar en dos factores que indudablemente inciden muy favorablemente para que se dé una iglesia sana y robusta.

Una de ellas es la persecución o bien la prueba, esta última sin que necesariamente se esté perseguido desde afuera. Esto sin duda purifica y conlleva a la fidelidad y a que se viva muy cerca de Dios, como en el caso de Esmirna. El otro es el amor fraternal – “...*amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro;*” (1^a. Pedro 1:22b) – que une estrechamente a los hermanos en un solo bloque, sólido y compacto.

El autor recuerda los albores de una gloriosa obra del Señor, en la que le tocó participar, junto con muchos otros, en la ciudad de Liverpool, de los años 1965 a 1970. El líder, un hermano cuya vida es un hermoso reflejo y ejemplo del carácter de Cristo, en los comienzos tuvo una visión. En ella se formaba un gran manojo de hojas de árbol, procedentes de distintos lugares, y su color verde original se transformaba en un rojo fuego, para luego ser esparcidas sus hojas por el viento por doquier.

Poco más tarde comprendió que esto significaba que los hermanos y hermanas que constituían ese manojo, iban a arder unidos con el fuego del más puro amor, y más tarde, a su tiempo, el viento del Espíritu los iba a llevar a diferentes partes del mundo como hojas del árbol de la vida, impregnadas de santo amor, para sanidad en las naciones a que estaban destinados.

Esta visión tuvo un fiel cumplimiento, y quien esto escribe recuerda los primeros tiempos, en que estar reunidos era un gozo maravilloso, amándonos todos y sintiéndonos tan amados como nunca antes lo habíamos experimentado. Más tarde vinieron pruebas muy duras y difíciles de superar, pero de los que por la gracia de Dios pudimos perseverar, un buen número fuimos enviados a diferentes tierras del orbe, llevando esa preciosa semilla del amor noble y altruista, y de la santidad, que se nos habían grabado a fuego.

No podríamos decir que fue una iglesia sin fallos, pero sí que hasta el día de hoy – más de treinticinco años más tarde – persevera en esa misma línea, liderada por un hermano al que le tocó quedarse en su tierra natal, apoyado por otros más jóvenes que se han ido levantando. Y el crecimiento y la propagación no sólo han sido en el orden internacional, sino también en el regional y nacional, habiendo surgido con el correr del tiempo un buen número de iglesias afines diseminadas en muchas partes del Reino Unido, muchas de las cuales también continúan hasta el día de hoy.

El Santo y Verdadero.-

A la iglesia que estaba en Filadelfia el Señor se introduce como el Santo, el Verdadero, y el que tiene la llave de David, bien para abrir, o bien para cerrar, pero eso sí, irrevocablemente.

Estas tres facetas tomadas de Su plenitud inagotable, vienen cargadas de mucho peso, desde luego para aquel entonces, pero extensivo también a la actualidad.

En cuanto a las dos primeras, parece que está muy de moda mencionar la santidad en las predicaciones y la enseñanza de la palabra. Sin querer pecar de escépticos, pero para ser muy francos, hemos de señalar que a veces nos suena como el uso de un término que ayuda a alcanzar credibilidad y así convalidarse ante el auditorio, sobre todo si es al presentarse por primera vez.

No nos cabe ninguna duda de que en el presente el Señor tiene muchos siervos y siervas que viven en integridad y limpieza, y proclaman la santidad no sólo con su prédica sino también con su ejemplo.

Por otra parte, enseñados por la experiencia de varias décadas, no podemos menos que afirmar con algún conocimiento de causa, en cierta relación con las palabras de Jesús en Mateo 7:21, que *no todo el que dice santidad, santidad...*

La experiencia sigue trayendo muchos desengaños, algunos de ellos realmente devastadores, y es por eso que vemos muy bien encajada la faceta que acompaña a Santo y que es *Verdadero*.

De quienes proclaman la santidad, no sólo hemos de esperar la mirada y el semblante que la reflejen, y el acento solemne que la pronuncie, sino también una conducta transparente y de la más cumplida rectitud en todos los niveles. De otra manera, quedaremos expuestos a que vez tras vez se nos haga pasar gato por liebre.

Si bien no se hace mención expresa de ello, es evidente que el contenido de la carta infiere que en Filadelfia había santidad y verdad, en contraste con Sardis, donde como ya vimos, muchos se habían amancillado. Esto de por sí resulta muy encomiable.

La llave de David.-

La única otra referencia a la llave de David la encontramos en Isaías 22:22, donde también se hace resaltar su eficacia irrevocable: cuando abre, nadie cerrará, y cuando cierra, nadie abrirá.

En el contexto presente de esta carta, vemos a Jesús como el Gran David, hijo de David según la carne, haciendo pleno uso de ella. En este caso Él pone delante de los Suyos una puerta abierta que nadie puede cerrar. (3:8)

“...aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.” (3:8b) Esa puerta abierta era un premio otorgado a ellos por Jesucristo por haber sido fieles. En qué consistía exactamente no podemos precisar; lo más probable es que se haya tratado de una oportunidad muy particular y favorable de servirle, y proclamar la verdad del evangelio en una situación en que normalmente no hubiera sido posible hacerlo.

“Tienes poca fuerza” es algo que hemos oído explicar como queriendo decir que esta iglesia tenía poco poder espiritual, relacionándolo – creemos que sin mayor fundamento – con otros pasajes tales como Isaías 37:3 *“...los hijos han llegado hasta el punto de nacer, y la que da a luz no tiene fuerzas.”*

En nuestra opinión, la interpretación correcta no es ésta. El contexto de haber guardado Su palabra y no haber negado Su nombre, apunta sin duda a una situación de prueba y muy posiblemente persecución también. En la misma, opinamos que tanto en el orden personal como conjunto, se sentían y sabían débiles y sin fuerzas propias.

Sin embargo, habían logrado echar mano de la fortaleza del Señor, y sacando fuerza de flaqueza, como solemos decir, no habían cedido para nada ante las presiones que los acosaban, sino que, como se consigna claramente, habían guardado la palabra y permanecido fieles al nombre del Señor.

Creemos que la fidelidad en estas circunstancias – sin contar uno con fuerzas propias y estando rodeado de pruebas y fuertes presiones – es algo que el Señor valora en sumo grado. Allí no encontramos el mérito de uno que es de roble, por así decirlo, lo cual podría denotar una suficiencia propia, casi de uno que no necesita de la gracia de lo alto por ser tan fuerte en sí mismo.

Estimamos que esto último puede ser muy engañoso, y después de un tiempo de aparente solidez, muy bien puede venir una debacle total, por tratarse de una fortaleza mal fundada. Por el contrario la otra – la de quien en su propia debilidad se apoya en la gracia divina – tiene en sí una sana combinación de humildad, fe y confianza en Dios, que no sólo le agrada a Él, sino que también es a la postre más firme, pues descansa en el poder de Dios y no en el de uno mismo.

Otra vez la sinagoga de Satanás.-

De nuevo el Señor usa esta frase tan tajante –*sinagoga de Satanás*. Y es en el mismo contexto en que ya la hemos visto, al comentar la carta a Esmirna, es decir de quienes se autoproclamaban como judíos sin serlo y así mentían abiertamente, siendo por lo tanto del diablo, el padre de la mentira.

Significativamente, como ya puntualizamos, en los dos casos en que existía esta situación tan especial, se trataba precisamente de las dos iglesias a las cuales Jesús nada les reprochaba, sino que reconocía su fidelidad y sus virtudes.

Al igual que con Esmirna, no podemos afirmar si los de la sinagoga de Satanás estaban o no dentro del ámbito de la iglesia de Filadelfia. Lo más probable es que no, pero que trataban de relacionarse con ella y aun de infiltrarse dentro de ella, lo que no nos debe extrañar en absoluto, pues ésta es una de las estrategias más habituales del enemigo.

Lo que el Señor asegura es que con Su mano de justicia y poder los habrá de poner en evidencia como falsos y mentirosos. Aun más que esto, los habrá de humillar y habrán de venir a inclinarse ante el fiel ángel y mensajero Suyo en Filadelfia, y por extensión también por supuesto al resto de la asamblea de fieles.

Este inclinarse a sus pies sería para que reconociesen en él y en ellos a los verdaderos siervos del Señor, y tácitamente también su propio engaño y error.

En no pocas oportunidades hemos visto algo o mucho de esto a través de nuestros años de experiencia, recorriendo muchos lugares en nuestro andar ministerial. A menudo se ha tratado de un grupo de desconformes que han salido del seno de una iglesia con quejas, críticas y desprecio de los que estaban al frente de la obra. En otros casos ha sido una amalgama de creyentes “rebotados” de distintas iglesias, que se han juntado para levantar una nueva, creyendo que la misma habría de tener todo el poder y la gloria que decían buscar y no encontrar en las de su procedencia.

(Antes de seguir, como un paréntesis importante, queremos dejar bien sentado que también ha habido ocasiones en que salidas de una cantidad de hermanos de una congregación, o una agrupación de diversos creyentes para levantar un testimonio nuevo, se han hecho, y seguramente se seguirán haciendo, con causas justificadas y en la forma correcta que la ética y la gracia nos enseñan.)

En cuanto a las de la índole de las malas que primeramente señalamos, generalmente hemos visto que en un principio ha habido un tiempo, más o menos breve, de aparente bendición y prosperidad. Como consecuencia de ello, los que estaban al frente asumieron una posición de arrogancia, proclamándose como ungidos y los realmente bendecidos (es decir la versión actual de la tendencia de llamarse judíos, imperante en aquel entonces del primer siglo.)

Pero a su tiempo el Señor ha puesto las cosas en su debido lugar. Pasado el aparente éxito inicial, han empezado a surgir enfrentamientos, desavenencias, pugnas por el liderazgo y en muchos casos cosas peores. Esto ha desembocado en un fracaso y derrumbamiento total, con frecuencia incluso dejando un pésimo testimonio.

Algunos de los implicados, aun ante las claras evidencias de que habían emprendido un mal camino y se habían equivocado, nunca lo han llegado a admitir abiertamente. En cambio, han seguido albergando amargura y rencor, culpando a los demás o al diablo y a los demonios, y sin caer en la cuenta de que ellos mismos han sido los herreros que han forjado su mal fin con su engreimiento, sus aires de superioridad y su desprecio de siervos dignos del Señor, que anteriormente habían tenido como maestros o progenitores espirituales.

Dios tenga aún misericordia de ellos y les conceda arrepentimiento y luz para comprender su error.

Por otro lado, afortunadamente también ha habido los que se rinden ante el dictamen clarísimo de los malos resultados que han cosechado, y han sabido humillarse e ir a los siervos que antes habían despreciado y hasta deshonrado, para reconocer su falta y que el rumbo que habían tomado era falso y equivocado.

En esta forma, hemos visto vez tras vez cómo Dios a la larga ha justificado a Sus verdaderos siervos que Él ha levantado, haciendo que fuesen honrados y reconocidos por quienes los habían menospreciado o se les habían rebelado.

Pero en este honrarlos y reconocerlos hay algo que no debe pasar inadvertido:

“...y reconozcan que yo te he amado.” (3:9b)

Este reconocimiento no es para que el siervo así honrado pase a exclamar:

“¿Han visto que yo tenía razón?”, o bien

“Ahora ha quedado bien claro quién es el ungido y aprobado por Dios” o afirmaciones de esa clase, congratulándose por lo que había pasado.

En cambio, la Escritura, siempre dando la nota correcta y precisa de la verdadera humildad que debe caracterizar al siervo de Dios, pone lo que éste debe sentir y aun expresar en situaciones semejantes. Es decir, nada que lo ensalce y proclame como el ganador, el mejor, el más sabio ni nada de eso. En vez: *“que yo te he amado.”*

En otras palabras, no se felicita por lo que ha sucedido, sino que reconoce que todo ha venido puramente del amor del Señor hacia su persona. Con el agregado además de que de no haber mediado la gracia y gran paciencia de Dios, él también muy bien podría haberse extraviado y perdido el rumbo, como lo hicieron ellos.

Y por lo tanto, no ha de despreciar a los que se han inclinado ante él para reconocer su error, ni erigirse por encima de los demás como el triunfador. Todo lo contrario, habrá de amarlos y con una acertada combinación de gracia y verdad, intentará llevarlos a una restauración plena en la que ellos también aprendan – más vale tarde que nunca – a andar en el camino de la verdad y según la medida que Dios ha dado a cada uno, y sin volver a extralimitarse como antes lo habían hecho, creyéndose ser lo que no eran.

“Te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero” (3:10)

Este es un premio prometido a Filadelfia. Aunque el versículo indudablemente tiene en sí una proyección escatológica, la misma no es muy fácil de ubicar dentro de lo que nos apunta el contexto presente, y consecuentes con lo expresado anteriormente en cuanto a ese aspecto de las Escrituras, nos abstenemos de comentar sobre él.

En cambio, en un nivel muy sencillo y práctico, puntualizamos que habiendo el ángel o mensajero y la iglesia de Filadelfia atravesado airoosamente ya por la prueba según el versículo 8, el Señor no ve necesidad de volver a someterlos a prueba y examen, sino que los exime de ellos.

En un plano normal, quien ya ha pasado satisfactoriamente por el fuego de la prueba o tribulación, no necesita volver a hacerlo. El fuego se ha encargado de quemar y consumir todo lo quemable y, como sabemos, no puede volver a quemar lo que ya ha quemado.

“He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.” (3:11)

La venida del Señor es algo que la Escritura nos enseña que debemos tener como una posibilidad y probabilidad cercana, y aun inminente. Aquí esa posibilidad cercana y pronta va, con toda lógica y consecuencia, acompañada de la exhortación de retener lo que ya se tiene, para que nadie tome la corona que nos ha sido preparada.

En el capítulo anterior ya comentamos con cierta amplitud las palabras *“lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga”*, contenidas en la carta a Tiatira. (2:25)

En esta otra ocasión que ahora nos ocupa, la misma exhortación aparece en el singular, con el agregado ya citado en cuanto a la corona que nos espera.

El primer aspecto – el del singular – nos vuelve a subrayar la responsabilidad individual y personal de cada uno. Lo que ya tenemos como resultado del obrar de la gracia en nuestras vidas es tan valioso que no debemos perderlo, empeñarlo ni descuidarlo de ninguna manera. Y nadie puede hacerlo *por* nosotros – cada uno, con la gracia de lo alto, debe hacerlo *por sí mismo*. Esto no significa *por su cuenta* o independientemente de sus hermanos y de la iglesia por supuesto, sino en plena comunión y cooperación, pero viviendo por su propia iniciativa y consagración a las cosas eternas, una vida que está realmente en Dios y para Su voluntad por encima de todo lo demás.

Por otra parte, una bendita corona, incorruptible y eterna, está reservada para cada uno de Sus siervos fieles y auténticos que perseveran hasta el fin. Pero la posibilidad de dormirse sobre los laureles ya logrados, o entrar en desgano, apatía, desánimo o cosas todavía peores, siempre está presente.

Lamentablemente, ha habido y hay no pocos casos de quienes, habiendo corrido bien por un tiempo, han desmejorado sensiblemente con posterioridad, teniendo un fin opaco y a veces hasta triste y aun trágico. Afortunadamente, por lo menos en algunos de esos casos hemos sabido que poco antes de la muerte ha mediado un arrepentimiento y cierta medida de recuperación, por lo menos en la relación con el Señor.

No obstante, este versículo pone de relieve la posibilidad muy concreta de que, habiéndonos preparado el Señor una hermosa corona imperecedera a llevarse por toda una eternidad, la misma no nos sea otorgada por fallarle a Él y perder el rumbo, y vaya a ser tomada por otro en lugar nuestro. Es por eso que debemos recordar siempre lo que se nos dice en I Juan 2:28

“Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados.”

Promesas a los vencedores de Filadelfia.-

Éstas son varias, y al igual que todas las demás, van dirigidas *al que venciere*, en el singular. Esta insistencia en el aspecto personal la debemos tener siempre muy presente, pero sin perder de vista desde luego el aspecto corporativo de nuestro andar cotidiano, que presupone también una correcta y estrecha relación con nuestros hermanos en Cristo.

“Lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí”. (3:12a)

Notemos que otra vez, como ya hemos dicho, se trata de un galardón en cuanto a *calidad* de vida y no en función de cantidad o número. En días como los actuales, en que la tendencia de ir en sentido contrario está tan difundida, conviene que lo tomemos muy en cuenta. No debemos ceder a las presiones numéricas, con cifras y encuestas que anteponen la apariencia que pueden brindar los números, al vivir en verdad cerca de Dios y en Su voluntad perfecta, prescindiendo del alarde, del “qué dirán” y de lo que llama la atención de los demás.

La columna no sólo tiene que sostenerse a sí misma, sino por lo menos a una parte del resto de la estructura de un edificio. Por lo tanto, quien construye tiene que invertir más tiempo, esfuerzo y material para darle toda la solidez que requiere. Así, si deseamos ser columnas dentro de la iglesia, lo cual puede ser una aspiración sana y correcta, debemos estar dispuestos a que el Señor trabaje mucho en nuestras vidas, para impartirnos un buen cúmulo de cualidades y virtudes que nos serán indispensables para ese fin.

Varias y variadas son las analogías que nos brindan las Escrituras en este terreno de la columna. Entre ellas citaremos la columna de nube de día y la de fuego de noche, que seguía a Israel en su peregrinación de 40 años de Egipto a Canaán y nunca se apartó del pueblo de Dios. (Éxodo 13:21-22) Esa columna que les iba señalando el camino en forma tan fiel y constante, no era sino la misma presencia del Eterno Dios, que es en Su persona omnipotente y omnipresente la gran columna que sostiene todo el universo, tanto en su parte conocida para nosotros, como en la desconocida.

También debemos señalar que, al edificar el templo, Salomón hizo levantar dos grandes columnas que se colocaron a derecha e izquierda en la parte delantera. La una la llamó Jaquín (Él establecerá) y la otra Boaz (en ella hay fortaleza). Más tarde,

en la historia de Israel la columna del templo fue el lugar céntrico donde el joven Joás fue proclamado rey (2ª.I Crónicas 23:3-13) y donde otro joven monarca, Josías, años más tarde hizo solemne pacto de que irían en pos del Señor de todo corazón. (2ª. Reyes 23:3)

Tanto los dos nombres de las columnas del templo, como las palabras de Jesús que van en nuestro subtítulo – *“y nunca más saldrá de allí”* nos hablan de algo establecido, fortalecido, y por tanto estable y permanente.

A veces en nuestra prédica oral hemos señalado que la columna no es tempeamental ni imprevisible, como para decir “Ayer me sentí desganado y con pesadez, así que decidí no venir”; o bien “El próximo Domingo creo que lo dedicaré a la familia y nos iremos de pesca”, etc.

Por el contrario, la columna siempre está allí en su lugar – llueva o truene, calor o frío, invierno y verano, siempre en su lugar, cumpliendo su función cada día del año.

Éste es sin lugar a ninguna duda un galardón muy preciado, de inestimable valor, que Jesús promete a Sus vencedores.

Resulta una triste ironía que muchos, por falta de un claro criterio para valorar correctamente las cosas, se dejan fascinar y se ponen a correr tras otras cosas – novedades y llamativas – pero que al final de cuentas poco o nada aportan que sea realmente sólido y duradero. Y así sus vidas siguen en lo que solemos llamar “el sube-y-baja”, “hoy estoy pero mañana no”; hace unos días en una euforia gloriosa, pero hoy hundido y derrotado, y así sucesivamente.

Harían muy bien por cierto en apreciar este galardón de ser hechos columnas en todo lo que ello supone, e ir tras él con tenaz persistencia hasta lograrlo. Y verían que los réditos que les traería serían muy superiores al magro y dudoso provecho que proporcionan tantas falacias que andan en boga en la actualidad.

Columnas horizontales.-

Esto suena muy raro ¿verdad? Pero en la verdadera iglesia de Jesucristo hay esas columnas que no están a la vista, en vertical delante de todos. Su función también es la de sostener buena parte de la estructura, pero están ocultas, así como en la parte superior de un edificio lo están las vigas, colocadas transversalmente para dar un firme soporte a las partes superiores y al techo.

El nombre corriente que se les da es lo que acabamos de llamarlas – vigas – pero nos traen la analogía de aquéllos y aquéllas en la iglesia que no están al frente ni figuran ante los demás, pero que en realidad cumplen esa función.

En la hora de la oración siempre están presentes. Su intercesión en privado a favor de los demás pasa desapercibida para la mayoría, pero es un factor capital en la bendición y prosperidad de la congregación, al igual que su constante labor personal de alentar, fortalecer y consolar a otros. Asimismo son fieles en lo económico, dando con la diestra sin que se entere la siniestra, como recomendó Jesús.

En fin, lo hacen todo sin ponerse en primera fila, ni aparentar, ni buscar descolgar ante los demás; pero ante los ojos del que todo lo ve, son columnas horizontales de inmensa valía, y seguramente que en el día del Señor, habrán de preceder a muchos que ante los hombres, aquí en la tierra cuentan con gran notoriedad y fama.

¿Serás tú una de ellas, amado lector?

“Escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo.” (3:12-13)

En cuanto a las palabras “mi nombre nuevo”, con que finaliza este versículo, *postergamos su comentario para el capítulo final, bajo el subtítulo “la piedrecita blanca.”*

La primera parte, que nos habla de escribir sobre él el nombre de mi Dios, por supuesto que no debemos tomarla en forma estrictamente literal o al pie de la letra, como tampoco se puede por ejemplo lo de la piedrecita blanca o de las vestiduras blancas. Más bien es el espíritu de lo que se nos dice aquí, significando que habrá en la vida de quien reciba este galardón un reflejo fiel y veraz de lo que es Dios en Su persona y carácter, y algo de lo superior y sublime que viene de lo alto – puro, fragante y celestial.

Desde luego que en las vidas de grandes próceres de Dios, tanto de las Escrituras como de tiempos posteriores, ha habido un buen número de santos varones y también de grandes mujeres, de tales quilates y cualidades. Sin buscarlo y a menudo sin que ellos mismos se diesen cuenta, han llevado con su porte, semblante y su sola presencia, algo o mucho de la misma presencia divina; o destilado y desprendido un perfume de los cielos; o irradiado una luz bendita que ha redargüido sin palabras a personas incrédulas, al par que alentado, consolado o iluminado a fieles que lo necesitaban.

En suma, esa profundidad en la vida y relación con Dios de quienes, perseverando en la marcha ascendente, han alcanzado al vencer en las luchas y escollos que han tenido que enfrentar, alturas de unión y comunión con su Dios que los han marcado como verdaderamente grandes. Y una de las facetas muy especiales de esa grandeza es que, habiéndola alcanzado, han sabido seguir manteniéndose muy pequeños y humildes en sus propios ojos.

Aquí y en todo esto, tenemos un índice certero de la estimación de los valores y la verdadera grandeza, que proviene de las propias palabras de Jesús, dictadas al amado Juan, para ser transmitidas a sus iglesias.

En estos tiempos en que en muchas partes lo que más se aprecia y enfatiza no va precisamente por estos rumbos, bien podemos concluir textualmente como lo hace la carta a Filadelfia:

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” (3:13)

Laodicea.-

La última de las siete cartas ¡y qué carta!

Podríamos describirla como una mina riquísima, de la cual, a través de los siglos, han brotado muchísimos escritos y predicaciones. Sin embargo, seguramente que aún no se la ha agotado, sino que todavía queda mucha sustancia, verdad y alimento espiritual por extraerse. Así son las palabras, la sabiduría y las enseñanzas de nuestro gran Maestro: inagotables como lo es Él.

“El Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios.” (3:14)

Así, con esta triple descripción, se presenta Jesucristo al principiar la carta.

Como el Amén es aquél a través de quien se cristalizan y canalizan todas las promesas de Dios para el ser humano en esta época de la gracia, según nos dice Pablo en 2ª. Corintios 1:20. Es decir que si lo excluimos o pretendemos prescindir de

Él, todo el inestimable caudal de promesas divinas nos queda anulado y terminamos sin nada.

Es tremendo esto ¿verdad? Sin Él, nada, absolutamente nada.

Su faceta de *testigo fiel y verdadero* sale a relucir en esta carta quizá más que en ninguna otra. Como hemos de ver en breve, aquí en esta misiva va una radiografía sorprendente y dolorosa del estado interior de la iglesia de Laodicea. Al presentarla, lo hace movido por esa gran fidelidad Suya que siempre busca el bien de los Suyos, y por eso nos tiene que decir la verdad de nuestra condición, por cruda que sea. Callarla para no hacernos doler sería falso, y nos condenaría a seguir en nuestro penoso mal estado.

El principio de la creación de Dios no debe en ninguna forma interpretarse como señalándolo a Él como un ser creado, como lo hacen ciertas sectas que erróneamente niegan Su Deidad. Existen muchos pasajes en la Biblia que atestiguan que Él – junto con el Padre y el Espíritu Santo desde luego – es el Creador de cuanto ha sido creado. Según leemos en Juan 1:3 “...sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”

Algunos podrán proponer que ese principio de la creación puede entenderse con una acepción más amplia, arrancando del engendramiento del Unigénito Hijo de Dios, aunque comprendiendo esto último como un hecho que ha estado eternamente presente. Esta postura nos parece aceptable, aun cuando para algunos no sea fácil de comprender. Con todo, sin ningún cuestionamiento, la absoluta eternidad de Cristo está expresa y reiteradamente afirmada en las Escrituras.

Otra forma de verlo es la de comprender esta palabra principio como la fuerza latente y propulsora que en Su persona dio impulso a la creatividad divina. Tengamos presente también que en el primer capítulo de Génesis el nombre traducido Dios en nuestra Biblia en castellano, en el original hebreo es Elohim, el cual lleva implícito el plural de más de dos, lo cual queda aun más acentuado en el versículo 26:

“Entonces dijo Dios (Elohim, plural): Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”.

Es pues en este carácter trifacético – el Amén, el testigo fiel y verdadero y el principio de la creación de Dios – que se dirige al ángel de la iglesia en Laodicea.

Ni frío ni caliente.-

Después de las cuatro palabras con que empiezan todas las siete cartas – “Yo conozco tus obras” – sin el menor rodeo, pasa de inmediato a afirmar “que ni eres frío ni caliente.” (3:15)

Y en seguida prosigue diciendo con sorprendente franqueza y crudeza:

“¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.” (3:15b y 16)

Esto nos da mucho que pensar. Primeramente, vemos que ese estado de tibieza le disgusta grandemente y que preferiría que fuese o frío o caliente.

Nuestro razonamiento normal sería que desde luego sería mejor que fuese caliente, pero que ser tibio sería preferible a que fuese frío.

Pero contra todas nuestras ideas, Jesucristo no lo ve así. El ve el ser tibio peor que ser frío, y lo ve tan desagradable que habla de vomitarlo de Su boca, como si literalmente esa condición le diese asco y le provocase náuseas.

¿Por qué?

Intentaremos dar una o dos claras razones. Veamos:

Aunque parezca extraño, a veces con uno que es frío puede haber más esperanzas o mejores posibilidades. En efecto, al ser sacudido por las circunstancias o fuertemente tocado por la verdad, puede pasar a reaccionar en sentido inverso e ir al otro extremo, sin detenerse en el gris intermedio de querer estar en los dos terrenos a la vez.

Por otra parte, ser tibio implica sin duda el nadar a dos aguas. Por un lado, mostrando cierto apego e interés por lo de Dios, pero nos atrevemos a decir, por el móvil egoísta de las ventajas que puede traer: un “pasaporte” para entrar en el cielo, beneficios de prosperidad y protección divina, y el ser bien visto por los demás dentro de la iglesia, o quizá fuera de ella también en algún caso. Todo esto, haciendo y participando cerca de los demás, pero sin el calor intenso del amor y la entrega total de la vida al Señor.

Por el otro lado, intereses ajenos, compromisos dudosos y transigiendo en temas de conciencia por las ventajas materiales que de otra manera se perderían. Una forma indirecta, pero real al final de cuentas, de decirle al enemigo, quizá sin saberlo, que para lo suyo también hay lugar en la vida de uno – que no se le rechaza todo lo que ofrece, por oponerse al camino recto y noble del Cordero, pues se reconoce que mucho de ello es bastante apetecible y como tal se lo acepta de buen grado.

Esta dualidad, estando con un pie en un lado y con el otro en el contrario, nunca permite que se ame de verdad y con la llama candente que viene de lo santo y puro. A veces se hacen esfuerzos o se desarrolla actividad en lo de Dios, pero con esa tibieza y falta de entereza propias de quienes no están ni de veras ni del todo comprometidos con el Señor.

Y es esa duplicidad, en la cual se está buscando usarlo a Él, pero para satisfacer motivaciones bajas y egoístas, que a Jesucristo le resulta repugnante, sobretodo porque ve con toda claridad que también hay afinidad con la otra parte, la del enemigo malvado e infernal.

En el lenguaje más crudo y franco, afirma que, a menos que eso se remedie, los ha de vomitar de su boca, como algo que, como dijimos, le da repugnancia y hasta náuseas .

Por cierto algo muy fuerte y que nos tiene que llamar a reflexionar muy seriamente.

La radiografía reveladora y desgarrante.-

¡Pero la carta recién empieza! Esto que acabamos de ver es un mero principio y ahora viene lo más grueso y grave. Se encuentra en el terrible versículo 17:

“Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.”

En primer término expone el absoluto engaño en que se encuentra. “Tú dices” y luego lo que dice de sí mismo: es decir, otra vez lo de hablar de uno mismo y no del que debe ser el tema principal de nuestro hablar. Y hablar en una forma saturada de arrogancia y autosuficiencia, como si por los logros alcanzados ya no se lo necesitase para nada al bendito Dador de la Vida y de todo bien.

A eso es lo que conduce esa mezcla y dualidad de la tibieza a que nos hemos referido más arriba – a un lamentable estado de fantasía, irrealidad y engaño total.

La única forma que Él ve de sacarlos de esa deplorable condición, es la de empezar por declararles con la mayor claridad lo que está viendo con Su mirada tan certera y penetrante. Las cinco palabras que usa son de lo más fuerte, categórico y desgarrador que uno se pueda imaginar.

Para uno que se cree estar maravillosamente bien y que descubre por el Rayo X divino que en cambio es un *desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo*, debe ser un choque tan fuerte como para dejarlo paralizado, atónito y lleno de dolor en su alma. Sin embargo, a veces se hace necesario, y aun indispensable, este trato tan doloroso pero fiel de Dios sobre una vida sobre la cual Él ha puesto Su mano, pero que ha perdido el rumbo en esta forma.

La verdad es que allí había una soberbia y sobrevaloración de sí mismos que eran totalmente falsas y engañosas, y un trato suave y delicado poco efecto podría surtir.

Notemos también que éste no es el caso de descarriados que se han apartado e ido al mundo y que hace falta restaurarlos, sino de quienes siguen en la esfera de la iglesia, incluso trabajando quizá activamente en ella, pero a pesar de ello en un estado espiritual deplorable.

En la práctica, no es nada fácil llegarles con la palabra expresa que les señala su error, pues el engaño en que están es tan fuerte que no la podrían comprender ni aceptar. Casi lo único que surte efecto es el escarmiento, al ver que uno a uno sus sueños y “delirios de grandeza” resultan fallidos, los grandes éxitos que esperaban se vuelven en rotundos fracasos, y terminan totalmente vacíos y frustrados.

Si esto se enfrenta con verdadera humildad e integridad, podría ser el principio de una sana restauración. Pero dejamos esto y algunas consideraciones más sobre el descarriado o apartado, pero que sigue dentro del ámbito congregacional, para el capítulo siguiente, en que lo hemos de tocar junto con otros aspectos prácticos dentro de nuestro tópico principal de la restauración.

Sin analizar uno por uno el alcance de los cinco calificativos usados por Jesús, ya que hablan de por sí, pasamos en cambio a procurar desgranar su consejo para Laodicea, contenido en el versículo 18 de este capítulo:

El Gran Consejero.-

“Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.”

No nos resulta fácil pensar en otros pasajes de las Escrituras de más denso contenido y tremenda verdad que este versículo.

En primer lugar, es el niño que Isaías predijo que nos sería nacido y el hijo que nos sería dado, uno de cuyos cinco maravillosos nombres sería CONSEJERO. (Isaías 9:6)

Aquí lo vemos haciendo honor a nombre tan distinguido con su consejería sustanciosa, certera y eficaz como ninguna.

Su diagnóstico de la gravísima situación que imperaba en Laodicea tuvo que ser necesariamente muy doloroso. Pero a diferencia de muchos otros que tienen ojos

de lince para ver el mal de otros y ruda franqueza para decírselo, pero que en cambio no se detienen para recetar el remedio ni tampoco saben hacerlo – sí, a diferencia de ellos, Jesús, en muestra de verdadero amor y sabiduría, también les da lo que ha de ser la solución para ellos.

¡JESUS VENDEDOR!

El consejo pues empieza revelándolo a Él mismo en un rol sorprendente y casi increíble: VENDEDOR.

¿Qué nueva herejía es ésta? Él, el lleno de gracia, de cuya plenitud tomamos todos, gracia sobre gracia; el que libre y gratuitamente nos ha dado perdón, redención y vida eterna - ¿VENDEDOR?

Casi oiríamos decir “¡Qué mal suena! – esto no me gusta nada.”

Pero ahí está la palabra: “...te aconsejo que de mí compres...” - sencilla, clara, y textual y fielmente traducida del original griego.

Lo que Él ofrece aquí es de inestimable valor, profundamente enriquecedor y no puede darse así como así y sin que se pague ningún precio.

Sin embargo, lo que se debe comprender con toda claridad, es que este precio que se ha de pagar, no lo es para acumular méritos que nos hagan acreedores o merecedores de lo que Él nos ofrece. Tampoco es para retribuirle a Él por lo que nos ha de dar, como se haría en una operación normal de compra-venta.

En cambio, lo que significa es que hemos de renunciar a cosas en nuestra vida que son un serio obstáculo o impedimento para que podamos tener y disfrutar de esos bienes tan preciados que tiene para nosotros. Por ser a menudo muy caras a nuestros gustos y deseos, esas cosas que tanto estorban y que debemos rendirle totalmente a Él, muchas veces se convierten en un precio muy alto, y que tristemente muchos no están dispuestos a pagar.

Consideremos una por una las “mercancías” que Él les aconseja que le compren.

1) “...oro refinado en fuego, para que seas rico.”

Tal vez en Laodicea podrían haber tenido mucho talento, dones musicales con un equipo de alabanza que sería toda una virtuosa orquesta; o bien, formación intelectual y teológica de primera línea; o un lugar de reuniones moderno y lujosamente amueblado, o quién sabe cuántas cosas más, que les llenaban de la convicción de que eran ricos y nada les faltaba.

Como hemos visto, la acertada valoración de Jesús los pronuncia como desventurados y miserables, como pobres mendigos que nada tienen de verdadero valor. Pero los ama y quiere que sean ricos de verdad.

Esa riqueza que Él quiere impartirles, la expresa con el símil del oro, como símbolo de lo que es divino y por lo tanto muypreciado, perdurable y con el sello de la magnífica autenticidad de lo que de veras viene de Dios.

Pero agrega *refinado en fuego*. Esto en seguida nos hace asociarlo con el pasar por el fuego de la prueba, manifestado ya sea en la adversidad, el dolor, el quebranto de corazón, la bancarrota económica y/o espiritual, el ver los planes o sueños derrumbarse y hacerse añicos, o muchas otras formas variadas en que nos puede tocar.

Es tan fácil plantarse en una posición de comodidad y de seguridad *aparente*, con todo bajo el control de uno (o así se piensa) y en la que no se le permite al Señor

tomarlo de verdad a uno en Sus manos y hacer de su vida lo que Él quiera. Un instinto natural de preservación, que va de la mano con un temor de abrirse y darse incondicionalmente a Él en todo cuanto se es y se tiene, se vuelve así en el obstáculo y estorbo más grande de la vida espiritual.

Su reto a que le comprendamos de este oro refinado en fuego, en términos prácticos equivale a que nos demos a Él del todo y en forma incondicional e irrevocable. Pero también supone más: esa entrega no será con el móvil de alcanzar una posición de grandeza o protagonismo – lo cual con frecuencia suele estar escondido en el interior del corazón - sino en una incondicionalidad en que incluso le digamos que puede hacer lo que Él quiera con nuestras vidas. Eso implica que aun estamos dispuestos a pasar por el horno de la aflicción; que entendemos que esto será para consumir la mucha escoria que aún nos queda, y para sacarnos purificados, limpios, íntegros a carta cabal, y dispuestos para toda buena obra. (2ª. Timoteo 2:21)

A veces Su respuesta a tal entrega puede resultar de lo más inesperada. Como por ejemplo, tenerlo a uno por un buen tiempo en un rincón, casi como un cero a la izquierda a la vista de los demás, pero con el muy sano fin de cortar de raíz toda vanidad o engreimiento.

En los anales de la historia del cristianismo y del camino de la fe, tenemos muchísimos ejemplos de varones y mujeres que, dejándose llevar por la mano diestra del Todopoderoso, han pasado por este horno de la aflicción en algunas de sus múltiples variaciones. El quebranto, la incompreensión de los demás, el dolor que a veces ha llegado a la agonía, etc. etc., han sido en una forma u otra el alto precio pagado. En todo ello ha habido un decirle un adiós final y definitivo a la frialdad y tibieza, al confort y la vida holgada y regalada, o a la elección propia del camino a seguir.

Por el contrario, ha supuesto un abandonarse totalmente a Él para todo lo que fuese Su sabio designio, en la convicción de que Su gracia estaría presente para sobrellevarlo todo. Y el resultado a la postre ha sido pasar a un lugar de gran enriquecimiento, en un plano inmensamente superior a todo lo conocido anteriormente.

Y toda esa prueba y adversidad ha sido así el yunque ideal, en que el Herrero Eterno ha podido forjar la verdadera grandeza.

Por supuesto que todo esto sólo puede hacerse estando uno firmemente tomado de Él mismo, y siendo llevado por Su sabiduría insondable, que aun en la mayor oscuridad de la noche, ve con claridad la alta meta y el fin bendito que están por delante.

Bendito el varón – bienaventurada la mujer – que atendiendo al consejo y llamado del Admirable Consejero celestial, sabe responder, dándose de lleno y sin medir las consecuencias, con tal de lograr que en su vida se cristalice el más alto propósito de Dios al crearlo y traerlo a este mundo.

En contraste, desdichado el hombre, desventurada la mujer, que no comprendiendo Su verdadero amor que busca el mayor bien para nuestra vida, se atrinchera en una posición de autoprotección, comodidad, tranquilidad o lo que fuere, negándose a un darse de lleno a Él para lo que sería ganancia inestimable y eterna para su alma.

¿En cuál de estos dos últimos párrafos encaja la visión que tienes para tu vida, querido lector – cara lectora?

2) “Vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez.”

Estas últimas palabras – “que no se descubra la vergüenza de tu desnudez” – revelan algo muy importante. En esa condición de tibieza espiritual que Jesucristo diagnosticó que imperaba en Laodicea, había pecado y era tan grave en Sus ojos que lo describe como una denudez vergonzosa.

Un análisis superficial de una situación como ésta, puede llevar a la conclusión de que se trata solamente de tibieza, o falta de ese estado en que la llama del amor y la consagración total arde en el corazón.

La verdad es siempre, o casi siempre, otra, clara y bien distinta. La tibieza es en realidad una consecuencia o un síntoma de un mal interno mucho más grave. Lo que la provoca es el hecho de que hay otros amores, intereses o placeres reñidos con el amor que debe ser primero y supremo en la vida, y que, a la hora de las definiciones deben llamarse pecado, ya sea abierto u oculto.

El consejo de que compren de Él vestiduras blancas, constituye pues Su solución para remediar ese mal. El precio que han de pagar no puede ser otro que el de renunciar totalmente a esas cosas pecaminosas que los mantienen en esa tibieza.

Esto no se ha de hacer en una forma fría, como un proceso mental o como algo mecánico. Por el contrario, buscando Su rostro con verdadera oración, se habrá de procurar la ayuda y gracia del Espíritu Santo, para que sea algo vivo que brote de lo más hondo del ser, y así traiga el fruto deseado de darse otra vez de lleno a Él, para que el fuego celestial empiece así a resurgir.

Como ya hemos anticipado, el tema de las vestiduras blancas lo hemos de ver con mayor amplitud en el capítulo final, por lo cual ahora no comentamos más sobre él.

3) “Unge tus ojos con colirio, para que .”

La radiografía a que ya nos hemos referido, incluía la triste y lastimosa revelación de que en Laodicea había ceguera espiritual. No veían ni captaban la verdad de las cosas, cegados por el engaño en que estaban.

Este engaño, tenía un velo sobre sus ojos de tal manera que tenían una apreciación totalmente equivocada y falsa. Básicamente, ésta consistía en pensar que todo estaba muy bien, cuando la trágica verdad era todo lo contrario.

Aquí debemos volver a una de esas muchas verdades claves que nos da la Biblia: *el engaño del pecado*.

En un libro anterior ya hemos hablado sobre esto. El pecado, si se lo consiente, aparte de muchos otros males que acarrea, enceguece y engaña, quitándonos la capacidad de ver y sopesar las cosas con nitidez y dentro del marco de la verdad.

Ahora bien ¿en qué consistía ese colirio que les recetaba Jesús?

Ciertamente no podemos tomarlo al pie de la letra, como un líquido obtenible en una farmacia y que aplicado a los ojos habría de solucionar el problema.

Para entenderlo bien debemos tener claro que nuestra óptica y visión de la vida en general, está condicionada por el estado de nuestro corazón. Es por demás significativo que en el pasaje de Efesios 1:18 traducido en nuestra versión Casiodoro de Reina, revisión 1960 y en muchas otras *“alumbrando los ojos de vuestro entendimiento”*, en el original griego la palabra usada por Pablo no es entendimiento, sino *kardías* que significa corazón, y de la que se derivan las palabras cardíaco, cardiólogo, etc.

La verdad bíblica es que en cuanto a Dios y los valores morales y espirituales, vemos con los ojos de nuestro corazón, aunque sin prescindir de nuestras facultades mentales, que desde luego entran en juego, pero bajo el prisma fijado por el estado del corazón.

Así, cuando en el corazón se albergan amargura y escepticismo, ese estado interior afecta consecuentemente nuestra perspectiva de la vida y de cuanto nos rodea. Lo mismo sucede cuando se anidan en él suciedad e inmundicia, o bien la mentira y el engaño, o la autosuficiencia y arrogancia, de tal manera que todo lo vemos condicionado por esas cosas.

Inversamente, cuando en nuestro corazón imperan la paz de Dios, el amor y una transparente limpieza y honradez, todas estas virtudes se reflejan en nuestra actitud y manera de verlo todo en la vida, dándonos una visión límpida y diáfana.

Ahora bien, habiendo en Laodicea ceguera espiritual, como ya hemos dicho, ello se debía a que en ese estado de tibieza había pecado, abierto u oculto, que enturbiaba la visión. Cuando uno se encuentra en ese estado, que a un hijo de Dios en esas condiciones a menudo le lleva a estar oprimido y acongojado, el único remedio es buscar a Dios, desnudando el corazón ante Él y suplicando misericordia y clemencia.

Cuando se hace esto de verdad, la ayuda del Espíritu Santo no se hace esperar, y una de las formas más usuales en que lo hace es enterneciendo el corazón, dándonos el don del arrepentimiento y produciendo un quebrantamiento interno. A esto ya nos hemos referido anteriormente, señalando que esto produce esos benditos lavajes de Dios en nuestro interior, que generalmente conducen a derramar copiosas lágrimas de contrición a Sus pies.

Una vez que esto ha seguido y completado su curso, nos encontramos que esa profusión de lágrimas en la práctica ha lavado y ungido nuestros ojos, y ahora empezamos a ver todo distinto, es decir como es en realidad, pues el velo engañoso que nos enceguecía ha desaparecido.

Esto es por cierto el colirio como lo entendemos, no sólo por experiencia propia, sino también por la de muchos otros, tanto de tiempos actuales como de antaño. Se lo compra a Jesucristo pagando el precio de renunciar al conformismo y dejar de lado falsos amores y placeres que nos han tenido apesados, para estar dispuestos a pasar cuanto tiempo sea necesario de rodillas ante Él. Así nos libramos del engaño y las ligaduras que enceguecen y esclavizan, y volveremos a verlo todo con verdadera claridad y nitidez.

“Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete.” (3:19)

En esto aprendemos algo de Jesucristo que es muy importante en el ministerio: la reprensión, la exhortación y el consejo que pide más entrega y compromiso, *deben ir acompañados de una nota de amor y de aliento.*

Muchas son las situaciones en que hay continuas reprensiones y una marcada insistencia en una mayor consagración y esfuerzo, pero sin que se las equilibre con esos acentos de misericordia y estímulo que son tan necesarios. El resultado, como no podría ser de otra forma, es que muchos no pueden sobrellevarlo y, o bien van a buscar otro redil donde se los trate con mayor comprensión y bondad, o de lo contrario se desmoralizan y claudican.

La primera parte de la carta, como se sabe, constituye un diagnóstico franco del estado lastimoso que reinaba en Laodicea. En el versículo 18 hemos visto el consejo para salir de esa situación tan triste. El mismo desde luego exigía esfuerzo y renuncia de muchas cosas, para comprar de Él lo que tanto necesitaban: oro refinado en fuego para que fuesen ricos, vestiduras blancas para estar vestidos y no desnudos delante de Él, y colirio para ungir sus ojos y que pudiesen ver.

Pero ahora pasa a asegurarles que las reprensiones y aun el castigo que Él administra *están motivados por el amor*. El hecho que les escriba y hable en esa forma es prueba de que Él los ama de verdad y se preocupa por ellos, y esto debe ser un aliciente para que, en vez de desanimarse o sentirse dolidos, asuman por el contrario una postura de verdadero celo y se arrepientan.

De paso, notemos que esta última palabra vuelve a aparecer, como en todas las otras cuatro cartas en que señala cosas de Su desagrado – algo que ya hemos puntualizado más de una vez, pero que vale la pena que lo veamos corroborado, vista la importancia capital que tiene dentro del amplio marco de nuestro tema de la restauración.

¡El Dueño y Señor de la iglesia dejado afuera!

El versículo 20 es uno de los más conocidos de todo el Nuevo Testamento. Se lo suele citar aplicándolo a personas inconversas en las predicaciones, para animarlas a que den cabida a Cristo en sus vidas, recibéndolo como Salvador y Señor.

Si bien esta aplicación es válida y ha sido el medio por el cual sin duda se han convertido muchos, la verdad es que estas palabras Jesucristo las está dirigiendo a Su iglesia, a personas en Laodicea ya convertidas, no a inconversos.

Las palabras con que comienza el libro – “*La revelación de Jesucristo...*” (1:1), marcan claramente desde un principio una de las pautas importantes del mismo. Sin duda es un libro de *revelación* de cosas – *muchas de ellas muy sorprendentes*, y que de otra manera nunca las sabríamos ni las imaginaríamos.

En este verso tenemos una de ellas: *¡el Dueño y Señor de la iglesia, comprada al precio de Su sangre, ha quedado afuera!*

Esto se desprende claramente de Sus palabras “*Yo estoy a la puerta y llamo.*”

¡Lo habían dejado afuera!

Con su tibieza, su envanecimiento, pensando ser tan ricos que no tenían necesidad de nada, y sin duda con sus esquemas y estructuras que formaban parte de esa aparente pero falsa riqueza – sí, con eso y seguramente mucho más - poco a poco lo habían ido relegando y dejando a un lado, sintiendo que ya no lo necesitaban - que podían prescindir de Él.

Y así Él, que en un principio había estado en el centro de todo como el personaje máximo, dando impulso, virtud y sentido a cuanto acontecía, se encontraba ahora afuera, desplazado y privado de la honra suprema que le pertenecía.

Posiblemente ni el ángel ni los miembros estaban plenamente conscientes de esta sorprendente y casi increíble situación. Creemos que en muchas iglesias que un día tuvieron un fulgor y una gloria inicial pasa lo mismo – Él en la práctica ha quedado afuera, e igualmente no han caído plenamente en la cuenta de ello – piensan que todo sigue bien.

¡Líbrenos el Señor de enorgullecernos con nuestros éxitos y buena imagen, para pasar a montar nuestros métodos y sistemas, pensando que todo está bien, cuando en realidad *todo está mal!* La cruda verdad es que cuando pasa eso, se pierde esa gloria y bienaventuranza de andar en tierna dependencia de Él, sabiendo que no tenemos nada en nosotros mismos, y que a diario lo necesitamos en todo y para todo.

¡Amor tan humilde – tan tenaz y persistente!

Cualquier otro en el lugar de Jesucristo, desplazado y dejado afuera, se mandaría mudar, dejándoles librados a aquello que habían elegido en lugar de Él. Incluso hasta pensaríamos que Él mismo se iría a otros lugares, donde pudiese encontrar quienes le dieran el trato que se merece.

Sin embargo, mostrando una humildad tan asombrosa como magnánima, se sitúa ante la puerta, del lado de afuera, y golpea suavemente, con un maravilloso llamado:

“...*si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.*”

En esa ocasión de la gran invitación que Jesús hizo el último y gran día de la fiesta en Jerusalén, también la había dirigido a *alguno...*(Juan 7:37)

Es el Cristo del amor insondable que siempre ha estado, y sigue estando hasta el día de hoy, en busca de esos *algunos* que pudieran tener hambre y sed, que en su corazón pudiesen sentir un vacío y una gran necesidad, y que de buen grado estarían dispuestos a darle a Él plena cabida. Son los *algunos* benditos y bienaventurados, que sin ser sabios, ni eminentes, ni personajes grandiosos a la vista de los demás, ni tener grandes riquezas temporales, lo reciben con mucho gusto y se vacían a sí mismos. Sí, los que renunciando a todo lo demás, se encuentran en cambio con la dicha de tenerlo a Él, y así tenerlo todo, tanto para el presente como para el más allá.

¿Serás tú, querido lector, uno de esos dichosos *algunos*?

El llamado era para que se le abriera la puerta y se lo dejara entrar, y así poder cenar juntos.

¿Pero por qué dice cenar?

¿Se ha preguntado el lector por qué cenar, y no desayunar, o hacer la comida del mediodía, o merendar?

Pues éstos eran creyentes que llevaban un buen tiempo en el camino de la fe, muchos de ellos quizá más de treinta años. El desayuno es temprano por la mañana; la comida al mediodía o poco después, y la merienda a media tarde.

En la vida de estos laodicenses el reloj del tiempo ya había avanzado y el crepúsculo se avecinaba. Sin embargo, no habiendo tiempo ya para ninguno de los tres – desayuno, comida o merienda – sí quedaba la posibilidad de una *cena* con Él. Y así, con tanta bondad y paciencia golpea, llamando para ofrecer esta última oportunidad – la de un verdadero banquete con Él, aún en etapa tan avanzada de la vida, con años y años preciosos tristemente desperdiciados por un andar tibio e inconsecuente.

¡Bendito Cristo del amor sin igual! ¡Aún cuando se ciernen las sombras del anochecer en la trayectoria de quienes no le han sabido dar antes lo mejor de sus vidas, viene todavía llamando y pidiendo que por fin se le abra la puerta de par en par, para así poder entrar y colmarlos de los manjares celestiales!

Tal vez tú no seas uno que haya disfrutado ni de apetitosos desayunos, ni de opíparas comidas de mediodía, ni de deliciosas meriendas con Jesús. Pero aún te queda la oportunidad de paladear exquisitas cenas con Él, en que puedas saciar plenamente el vacío de tu alma.

¿No sientes el deseo de ir a tu habitación, y a solas con Él, derramar tu alma a Sus pies, y decirle que ahora sí, con el mayor agrado le abres la puerta de tu corazón y de tu vida en forma total e incondicional?

Dejamos el versículo 21 para el final del último capítulo, y por el momento, habiendo terminado de considerar la mayor parte de cada una de las siete cartas, nos damos por satisfechos. Excepto que te exhortamos a que no dejes sin respuesta la pregunta del párrafo anterior.

----- () -----

CAPITULO XV –REFLEXIONES PRÁCTICAS DERIVADAS DE LA EXPERIENCIA

Ya hemos completado nuestro recorrido de buena parte de las Escrituras, extrayendo luz y verdades que nos dan sobre la restauración. Antes de poner punto final con el capítulo en que examinaremos los tres galardones que ya hemos mencionado, nos parece oportuno abordar algunos aspectos prácticos que, o bien todavía no hemos tocado, o si no, lo hemos hecho solamente en parte.

Más sobre el arrepentimiento.-

Aunque ya hemos escrito una buena dosis sobre este tópico, tanto en este libro como en el anterior, volvemos a él movidos por la clara convicción de su importancia capital y clave en todo el terreno de la restauración.

Ya hemos visto como en todas las cinco cartas a las iglesias con dificultades y desviaciones, Jesucristo les exhorta al arrepentimiento como parte de su consejo para una buena recuperación. Esto de por sí ya nos dice mucho.

Como bien se sabe, el arrepentimiento es un don de Dios (Los Hechos 11:18), y el hecho que Él nos exhorte y busque conducirnos a él es una muestra de su paciencia, longanimidad y bondad para con nosotros, como se nos dice en Romanos 2:4. Lo hace porque nos ama y quiere nuestro bien, y porque sabe que sin él nunca podremos llegar a un lugar de concreta solidez en nuestra vida espiritual.

Una definición simbólica, bastante adecuada aunque desde luego incompleta, es que el arrepentimiento es el hacha de la verdad divina que se echa sobre la raíz del árbol del pecado y del mal en nuestra vida, para derribarlo. Así se podrá dar lugar a que crezca en nosotros la planta de la nueva vida, limpia y llena de bondad, mansedumbre y amor.

Todos sin excepción necesitamos arrepentirnos de verdad, como nos enseñó Jesús en Lucas 13:3 y 5. Pero el grado y la intensidad dependen en cada caso del trato individual de Dios con cada uno, con miras al propósito Suyo para cada vida en particular, y también de la medida mayor o menor en que uno se haya dado al mal en su pasado.

En cuanto a esto último, podemos diferenciar por ejemplo entre una persona joven, que ha vivido en un hogar más o menos sano y bueno, y que ha seguido un camino correcto, humanamente hablando, y otra que se ha sumergido mucho ya sea en la sensualidad, o la mundanalidad y el pecado en general.

Para el primer caso, el grado y la profundidad obviamente serán menores, aunque en un trato posterior y a fondo de Dios para santificarla y prepararla para algo de alguna envergadura, muy bien podría ser que se hiciese necesario un arrepentimiento mayor. Esto no sería quizá tanto por *pecados en sí* cometidos, como por la necesidad de llegar a la misma raíz de su vida natural y de su egoísmo.

En cambio, en el segundo caso, para lograr resultados sólidos y duraderos, será imprescindible que haya un arrepentimiento en un nivel profundo y mucho mayor, cuanto antes mejor. Una de las metas que el mismo necesita alcanzar es la de lograr que

a esas costumbres, prácticas y pecados engañosos que tal vez por años se los ha amado, besado y acariciado, ahora se los pase a aborrecer con un odio santo. Esto sin duda es muy importante, pues de otra forma fácilmente se podría volver a reincidir en todo ese pasado.

Pero hay algo de mayor importancia aun, y que muchos no lo comprenden debidamente. Cuando uno se ha internado considerablemente en el mal vivir, sin duda esto le deja secuelas en toda su personalidad. Podríamos definir estas secuelas como toxinas de veneno pecaminoso que han invadido todo el organismo, afectando radicalmente la manera de pensar, de sentir y de actuar, y que incluso llegan al flujo sanguíneo, y en suma, a todo el ser.

Tales situaciones exigen un arrepentimiento en profundidad, que ha de desintoxicar totalmente a la persona, *expulsando* lo que también podríamos llamar las *células de maldad* que ha absorbido en su pasado. Esto no se logra con una profesión de fe y un mero cambio de actitud. En cambio, se hace imprescindible una profunda y sincera contrición, y por la virtud del Espíritu Santo, el derramar el alma ante Dios con esos ruegos que brotan de lo más hondo del ser, implorando perdón, pero también liberación y una cabal limpieza interior. Todo esto y mucho más lo encontramos en el Salmo 51 de David, un verdadero clásico sobre el arrepentimiento, que ya analizamos en el segundo capítulo de nuestro primer libro.

En avivamientos de siglos pasados, como por ejemplo el de Irlanda del Norte en 1859, y los que tenían lugar bajo el ministerio de Charles Finney en el siglo XIX, sucedían cosas de esta índole. Aun cuando con matices distintos uno del otro, se daban con mucha frecuencia postraciones de personas bajo una honda convicción de pecado.

En una ocasión durante ese avivamiento en Irlanda del Norte, dos jóvenes fingieron estar postrados como los demás, imitándolos burlonamente. Lo que siguió fue horrible: no volvieron a levantarse, quedando muertos en el mismo lugar. Cuando la sagrada presencia de Dios se está manifestando es algo muy solemne, y por cierto que no es hora de burlarse ni reirse de lo que Él está haciendo.

En general las personas solían permanecer postradas por varias horas sobre sus rostros, pero plenamente conscientes de lo que estaban haciendo. Y esto consistía en arrepentirse de lo más hondo de su ser, mientras que quebrantados por el Espíritu Santo, con súplicas y lágrimas de la más tierna contrición, iban expulsando, por así decirlo, el pecado y la maldad de toda una vida.

En una oportunidad particular, recordamos oír que después de una reunión en que había predicado Finney – eso fue en Norte América – sucedió lo que acabamos de describir con un buen número de personas. Algunas de ellas después de un buen rato se levantaron, habiendo entrado en paz y limpieza interior. Pero otras, después de varias horas y pasada la medianoche, continuaban sin levantarse. Uno de los diáconos o ujieres le preguntó entonces a Finney si no le parecía que habían permanecido bastante tiempo en ese estado, y que era hora de animarlos a que se incorporasen y se diesen por satisfechos.

Después de detenerse a mirarlos por unos momentos, le contestó con toda firmeza que no, que todavía les faltaba bastante para llegar a eso.

En ello Finney mostraba tener el claro discernimiento de que era necesario dejarle al Espíritu Santo completar Su obra de llevarlos a una verdadera paz y limpie-

za interior. Hacerlos incorporarse prematuramente y decirles que había sido suficiente y que ya estaban bien, habría sido interrumpir esa obra y dejarla a medio hacer.

¡Qué diferencia entre esto y lo que muchas veces se ve actualmente en el evangelismo moderno que predomina en muchas partes!

Esas personas podríamos decir que quedaban bien introducidas en el camino de la verdad, mientras que en muchos casos de experiencias rápidas y superficiales, uno sabe que largo camino les queda a quienes así han empezado en su vida cristiana, aun para empezar a comprender bien de qué se trata la cosa...

Un ejemplo de algo que puede suceder con alguna frecuencia nos ayudará a comprender las cosas con mayor claridad. Es un caso supuesto, tomado para generalizar, pero en base a casos concretos que sabemos que a menudo se dan en esta misma forma, o más o menos parecida.

Sería el caso de un matrimonio convertido, con los dos bautizados e incorporados a una iglesia local. Pasado un tiempo, sucede que el marido pasa a tener arrebatos de suma agresividad y violencia, y la esposa, asustada, no sabe qué hacer.

Por fin consigue que juntos consulten a un siervo del Señor. Empero éste, a pesar de ser fiel y estar bien dispuesto, no es muy experimentado en este tipo de situación. Con la mejor buena intención, le hace recapacitar al esposo sobre la gravedad de lo que ha estado haciendo, y éste reacciona favorablemente, incluso pidiendo perdón a su mujer con lágrimas de contrición y remordimiento.

A continuación el siervo le podría leer por ejemplo 1^a. Juan 1:9:

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.” -

después de lo cual pasaría a animarle a pensar que las cosas se han arreglado, y que ahora sólo debe cuidarse de no reincidir más en la violencia, y amar y tratar bien a su mujer.

Por unos pocos días podrá parecer que todo está bien, pero no mucho más tarde el problema casi seguramente volverá a presentarse en toda su gravedad, y se verá con claridad que no estaba superado ni mucho menos.

Los posibles antecedentes serían que en su pasado el marido en cuestión había llevado una vida bastante pecaminosa, con una buena dosis de mundanalidad y hasta violencia. Aun cuando su conversión – que desde luego no habría sido ni a fuego ni a fondo – había cambiado en algo su vida, esas raíces de su pasado no habían sido debidamente tratadas. Por lo tanto, el consejo de confesar su maldad para ser perdonado, apenas si tocaba la superficie de las cosas – sería como si en un contenedor lleno de basura se hubiese quitado una capa superior de escasamente un centímetro, quedando todo el resto tal cual, aunque sumergido.

Además, el contexto de ese versículo de 1^a. de Juan es el de personas que andan en la luz, y su aplicación sería para quienes han tenido un pequeño desliz, como por ejemplo hablar una palabra fuera de lugar, o tener un momento de impaciencia con algún hermano o vecino. En ese caso, confesarlo y pedir perdón sí que es la respuesta suficiente; pero algo tan grave y reiterado como lo anterior necesita un tratamiento más drástico y en mucha mayor profundidad.

Comprendemos que más de un hermano medianamente avezado y con cierto discernimiento, señalaría que en esa agresividad y violencia muy probablemente esta-

ría involucrada la actividad de un mal espíritu – la de un espíritu de violencia, para ser más concretos. Esto indudablemente podrá ser cierto, pero para llegar a una solución integral y duradera es preciso ahondar un poco más. Veamos:

Algunos, en base a esa conclusión pasarían a reprender y echar al susodicho espíritu, lo que traería también una mejoría o alivio, pero que casi seguramente sería también temporario, y a plazo más o menos breve se repetiría el problema.

¿Por qué?

Porque no se ha llegado debidamente a la raíz del mismo, quedando en ese marido sus antiguas malas tendencias que a veces no puede controlar. Tarde o temprano, en determinadas situaciones, a veces agravadas por la actividad del mismo mal espíritu, las mismas volverían a manifestarse y tal vez en una escala aun más peligrosa. Y debemos comprender que mientras estén ahí esas antiguas tendencias a la violencia y demás, los malos espíritus siempre tendrán una puerta de acceso, porque ese es un terreno que legalmente les pertenece a ellos.

¿Cuál es entonces el remedio correcto?

Sin duda llevarlo a un arrepentimiento en profundidad, que resulte en que la obra purificadora del Espíritu Santo le quite esas raíces de violencia y agresividad, y en su lugar le implante el espíritu manso y humilde del Cordero de Dios.

Esto no es un idealismo ilusorio, sino algo perfectamente alcanzable y desde luego que se lo ha visto verificarse en muchas ocasiones. No obstante, muy difícilmente se podrá dar con un trato superficial y sin ahondar debidamente.

Se podrá objetar que cuando Jesús expulsó malos espíritus, como en el caso de legión en Marcos 5, el del muchacho endemoniado en Marcos 9 y otros, en ningún momento los sometió a un proceso previo o posterior de arrepentimiento.

Indudablemente esto es verdad, pero debemos tener muy presente algo que a algunos quizá los podrá sorprender: las Escrituras, en ninguno de esos casos nos dan indicaciones de que los poseídos estaban en ese estado por el pecado y el mal de su pasado. Se podrá argumentar o conjeturar que sí, pero no vemos ningún asidero expreso y concreto para avalarlo y confirmarlo. Y puesto que los evangelios guardan un claro silencio al respecto, creemos que debemos por nuestra parte ser respetuosos de él, y no añadir nuestras suposiciones ni deducciones.

Sin querer internarnos demasiado en este tema, que desde luego es bastante complejo y escabroso, sí queremos diferenciar entre los casos que nos consignan los evangelios, y que evidentemente eran de *posesión*, y los ejemplos que hemos estado presentando, que son de opresión por el terreno que el mal espíritu – de violencia en nuestro caso particular – ha tenido para operar, pero *desde afuera y no en residencia permanente*.

Esto último entraría en la categoría definida en Efesios 4:27 – “*ni deis lugar al diablo*” – como alguien que lo ha hecho y está sufriendo las consecuencias.

También podemos citar II Timoteo 2:25-26, que aporta mucho sobre todo esto:

“...que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá *Dios les concede que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él.*”

Si bien aquí se trata de personas inconversas, exactamente el mismo principio entra en juego: por su arrogancia, rebeldía, amor al pecado y al mundo o lo que fuere,

están atrapados por el lazo del diablo, y el único remedio que Pablo señala aquí es el arrepentimiento.

¿Por qué lo hace?

Porque sabe muy bien que no hay otra forma – que por ejemplo tratar de reprender al diablo o echarlo de sus vidas de nada serviría, pues mientras sigan aferrados al mal y la rebeldía, le están dando una puerta abierta y una autoridad legal. Y esto último es algo que Dios, en Su justicia y respeto por el libre albedrío, reconoce totalmente, con todas sus tristes consecuencias para ellos.

Por el contrario, al proceder con la ayuda de la gracia de Dios a un arrepentimiento real, abandonando por completo la arrogancia y rebeldía, de hecho le quitarán al diablo todo derecho o autoridad sobre sus vidas, pasando a lograr lo que debemos considerar como la única solución, y que es lógica e integral a la vez.

Esperamos que esto se comprenda con toda claridad, para así evitar los dos errores tan corrientes. El uno es el de dar un tratamiento superficial, sin llegar a la raíz del problema. El otro es el de reprender y tratar de echar a malos espíritus actuantes – desde fuera, no en posesión permanente como ya dijimos – sin quitarles con un cumplido arrepentimiento el terreno y derecho que tienen para operar en la vida de los afectados.

Todo esto que hemos venido comentando no se relaciona *exclusivamente* con la restauración, sino que tiene una aplicación más amplia, que casi diríamos es general. Pero la misma igualmente abarca en forma particular los casos de creyentes gravemente descarriados, y no vacilamos en afirmar que sin ella difícilmente se pueda lograr una restauración plenamente satisfactoria.

El modelo de la conversión de Saulo de Tarso.-

Algo que no se nos debe quedar en el tintero es la experiencia de Pablo al convertirse, y que tiene mucho que decirnos sobre lo que estamos tratando.

Al tener ese encuentro glorioso con esa luz celestial que le resplandeció, y comprender que era nada menos que el Señor Jesús, a cuyos discípulos había estado persiguiendo ferozmente, temblando y temeroso le preguntó:

“...Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Los Hechos 9:6)

Quizá alguno de nosotros, enfrentados con una pregunta como esa de parte de uno que acababa de tener una experiencia de tamaño magnitud, habríamos pensado en orar por él para que fuese de inmediato lleno del Espíritu y se pusiese en marcha sin demora para contar su testimonio y testificar a otros.

No así el Señor, que con serena calma le replicó:

“...Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que tienes que hacer.” (9:6b)

Y al llegar a Damasco, habiendo perdido temporalmente la vista, bien pronto supo lo que debía hacer: sin comer y ni siquiera beber, darse de lleno, con la mayor urgencia e instancia, a orar, como seguramente nunca antes lo había hecho en su vida.

¿En qué dirección estuvo orientada su oración esos tres días?

Si bien no tenemos nada que lo diga en forma literal y directa, tenemos sobrada razón para afirmar que lo estaría en el sentido del más sincero, profundo y absoluto arrepentimiento. La misma naturaleza del caso lo confirma, pues ¿qué otra cosa

podía hacer, al descubrir que había estado totalmente equivocado, persiguiendo con tanta saña el nombre del que ahora había pasado a saber que era el Hijo de Dios, enviado como el Mesías para salvar a la humanidad perdida?

Pero en realidad hay mucho más. Si leemos con cuidado en Los Hechos, veremos que la forma en que perseguía a los cristianos era algo muy, pero muy por encima de lo normal. Veamos:

“Y Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y mujeres, y los entregaba en la cárcel.” (8:3)

“Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor...” (9:1)

“Yo encerré en cárceles a muchos de los santos...y cuando los mataron, yo di mi voto. Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras.” (26:10-11)

Sin la menor duda, en esta persecución tan cruel y despiadada, Saulo de Tarso, como se lo llamaba entonces, estaba fuertemente impulsado por poderes diabólicos. A veces pensamos que merced a su ojo de lince, el enemigo intuía en alguna manera que por su carácter, tan sincero y apasionado, podría ser un instrumento especial para el Señor; y que por lo tanto quiso en su maldad anticiparse a Él y llenarlo con todo su odio y ponzoña infernal, para dificultar así en todo lo posible la obra de Dios en su vida. Pero esto sólo es una conjetura nuestra, que no necesariamente debe ser correcta.

Lo cierto es que con todo eso, estaría invadido y saturado de lo que ya hemos llamado *células o toxinas* de odio, blasfemia, violencia y aun muerte. Por un lado notemos que en ningún punto las Escrituras nos dan el menor indicio de que hubo que expulsar demonios de su persona, aunque repetimos que es indudable que había estado furiosamente influenciado por ellos todo ese tiempo.

Por la otra parte, dejamos sentada nuestra fuerte convicción de que esos tres días que estuvo orando en Damasco fueron del más profundo arrepentimiento, en el cual el Espíritu Santo, que indudablemente estaba obrando en su vida, tenía como meta desintoxicarlo totalmente de todo ese veneno infernal que había absorbido anteriormente.

Y aquí es donde puntualizamos que *ésta es otra de las virtudes del verdadero arrepentimiento: bajo el impulso y la dirección del Espíritu Santo, es una fuerza vital que obra poderosamente desde el interior de la persona, expulsando las toxinas y células pecaminosas y también rompiendo ataduras y desatando nudos, invisibles pero muy reales, que amarran el alma.*

Para esto, el medio más corriente es el del quebrantamiento, y quien lo experimenta siente ese poder actuando en su interior poderosamente, a veces en olas o ráfagas sucesivas, acompañadas de la más tierna contrición y a menudo de muchas lágrimas también. El resultado siempre será que uno se sienta maravillosamente lavado, limpiado o liberado según el caso, y pase a disfrutar de una profunda paz interior.

Naturalmente que no vamos a caer en la estrechez de pensar que esta forma de operar el Espíritu Santo sea la única, ni que en todos los casos tenga que ser así. El trato de Dios siempre encuentra amplio margen para la diversidad, y para Su forma personal y a menudo original o distinta de hacer las cosas con cada uno. Eso sí, siem-

pre hemos de ver que se apoyen en bases y principios claramente trazados en las Sagradas Escrituras.

Pero en cuanto a este obrar particular sobre el cual nos hemos estado explayando, además de lo que hemos extraído de la palabra sobre el mismo, tenemos la confirmación de la experiencia propia y la de muchos hermanos en Cristo, con quienes hemos tenido vínculos a través de varios decenios. Adicionalmente, como ya hemos comentado, en una buena cantidad de avivamientos muy sanos acaecidos en el pasado, se lo ha visto y comprobado una y otra vez.

Vergüenza y avergonzarse.-

Agregamos una nota final sobre el arrepentimiento, y que se relaciona con las dos palabras del subtítulo.

Nunca hemos leído u oído sobre este aspecto, aunque es muy posible que otros ya hayan escrito o enseñado sobre el mismo.

Cuando no se vive cerca de Dios, es muy fácil perder la sensibilidad de la conciencia, y a veces llegar a un punto de obrar en forma deshonesto o sucia y no sentirse afectado en el fuero interno en lo más mínimo.

El genuino arrepentimiento, además de cumplir la importantísima función de restaurar la sensibilidad de la conciencia, nos rehabilita reeducando nuestro carácter y apreciación de las buenas y malas acciones, de tal manera que sentimos una muy saludable vergüenza de estas últimas.

Entre otros versículos, tenemos estos tres en los que se lo hace resaltar:

“Tú, hijo de hombre, muestra a la casa de Israel esta casa,⁹ y avergüencense de sus pecados; y midan el diseño de ella.”

“Y si se avergonzaren de todo lo que han hecho, hazles entender el diseño de la casa”... (Ezequiel 43:10-11)

“¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte.” (Romanos 6:21)

Cuando uno se arrepiente de veras de su pasado, un ingrediente importante es el sentir profunda vergüenza de él, en contraste con la indiferencia que había anteriormente.

Además, como vemos por el versículo de Romanos que hemos citado, el recuerdo posterior de acciones necias, malvadas o engañosas de nuestro pasado, ahora nos trae vergüenza de haber actuado en esa forma. No que uno vaya a centrarse ni mucho menos en el mal de su pasado, que ya está perdonado y hasta olvidado por el mismo Señor. Pero a veces un fugaz recuerdo de lo malos que un día fuimos, debe traer otra vez un sano sentido de vergüenza, lo cual es bueno, no malo. Constituye una muestra de que hemos recuperado algo que hace a la dignidad y el pudor perdidos por el pecado. Y esto también es parte importante de nuestra restauración.

Los que están lejos ...y los que están cerca.-

En Efesios 2:17 se nos dice que Cristo vino y anunció las buenas nuevas de paz a los que estaban lejos, y también a los que estaban cerca. Esto se refiere claramente a gentiles y judíos respectivamente, en su necesidad de perdón y salvación. Pero

tomando el versículo con cierta flexibilidad, que no estimamos incorrecta, lo hacemos extensivo a los necesitados de restauración – es decir, a los que habiendo tenido en su pasado una experiencia de conversión, se encuentran maltrechos y muy venidos a menos.

Entre ellos se hallan *los que están lejos* y no se los ve frecuentar las reuniones y quizá hasta han perdido el contacto con el pueblo de Dios. Pero también tenemos *los que están cerca*, e incluso siguen en el seno de las congregaciones, haciendo acto de presencia, y a veces hasta desplegando alguna o mucha actividad, pero que igualmente en su interior están en un lamentable estado de decadencia.

Empezamos por estos últimos, aunque por cierto no pensamos contar con la receta mágica que cure todos los casos, ni nada por el estilo.

En muchas situaciones lo más sabio, aparte de orar por ellos desde luego, es buscar ese momento y oportunidad de Dios para acercarnos a ellos. A veces ese momento muy bien puede estar dado por un trato del Señor que los lleva a una crisis, y así les ayuda a caer en la cuenta de su gran necesidad.

En esta crisis muy bien pueden abrirse con sinceridad y pedirnos – a veces sin palabras – que les digamos con franqueza qué vemos en sus vidas que les hace estar tan mal.

Tenemos presente un extraño versículo en I Reyes 20:35:

“Entonces un varón de los hijos de los profetas dijo a su compañero por palabra de Dios: Hiéreme ahora. Mas el otro no quiso herirle.”

Recordamos como en una o más ocasiones hace unos buenos años, algún hermano, reconociendo haber faltado abiertamente, se nos presentó no sólo para pedir perdón, sino también en alguna manera – aunque sin expresarlo abiertamente – buscando ayuda para superar la debilidad manifiesta que le hacía proceder en forma tan incorrecta.

En nuestra inmadurez, si bien fuimos prontos para perdonar y darle un abrazo al hermano, no tuvimos suficiente discernimiento y comprensión para añadir una consejería franca y firme que le diagnosticase su estado real y le ayudase a remediarlo.

En esos momentos, era como si sin palabras, el hermano nos estuviera diciendo: *“Hiéreme ahora”* – en otras palabras, *“dime la verdad de mi problema - necesito ayuda – necesito una sanidad.”*

Al no discernir esto, con un mero perdón y abrazo, poco bien se le hizo y el problema siguió sin solucionarse.

Naturalmente que ese decirle la verdad acerca de su verdadera condición debe hacerse con amor, y también con bondad y tacto, pues de otra forma sería contraproducente.

En definitiva, se trata de encontrar el momento indicado – el *“hiéreme ahora”*, no antes de tiempo, pero tampoco después de pasada la crisis, que sería demasiado tarde. Y volvemos a recalcarlo, al decir la verdad, hacerlo con verdadero amor, incluso con ternura y delicadeza, para no hacer ningún daño innecesario, y para que el hermano afectado sepa que se lo ama de verdad. El *“herirle ahora”* se debe entender en función de *“poner el dedo sobre la llaga”* de su problema, pero sabemos que todo buen médico o cirujano siempre procura hacerlo causándole el menor dolor posible a su paciente.

Pero no sólo con el trato y la consejería personal se consigue restaurar al que está cerca. Por su presencia en reuniones, retiros espirituales, etc., tiene la ventaja de estar bajo el son de la palabra, y ésta, al venir ungida muy bien puede dar en la tecla y poner en marcha un proceso de recuperación.

En nuestra experiencia, tanto una vía como la otra ha resultado fructífera, como también en alguna oportunidad el uso de los dones del Espíritu, concretamente el de profecía e interpretación de lenguas.

En el asesoramiento personal y privado, muchas veces hace falta recibir discernimiento de lo alto para comprender cuál es la verdadera raíz del problema. Esto puede venir directamente por revelación del Espíritu al estar con la persona necesitada, a menudo escuchándola con atención mientras se abre y se sincera con uno. *El arte de saber escuchar y percibir juega un rol muy importante.*

Cuando nos encontramos con alguien no muy comunicativo, resulta de singular valor el saber encaminar la conversación para ganar su confianza, y luego con preguntas sabiamente formuladas, llevarlo al terreno de una apertura franca y transparente.

En ciertos casos uno advertirá que se abre, pero sólo a medias, reservándose lo que quizá sea lo más grueso y lo primordial de su problema. Esto reduce mucho las posibilidades de una consejería exitosa. En algunas ocasiones, en casos así lo más consecuente sería hacerle ver que, si bien uno no quiere en ninguna manera inmiscuirse por curiosidad en cosas íntimas ni mucho menos, para poder ministrarle y orar a su favor con eficacia, es necesario que sea coherente, poniendo todas las cartas sobre la mesa. Una actitud de ocultar o justificar indebidamente las cosas, es muestra de que la persona no está “madura” ni bien dispuesta para recibir la ayuda que necesita.

Naturalmente que hay muchas situaciones que por ser muy íntimas y además muy complejas, no se prestan en la sabiduría de Dios para ser objeto del consejo individual. En cambio, en las mismas el Espíritu Santo siempre puede valerse de la ministración de la palabra o de los dones espirituales.

En el funcionamiento práctico de estas dos cosas, uno ha visto que generalmente no se es consciente de que se está hablando específicamente a alguien, o bien para quién puede estar dirigido lo que uno está trayendo. A menudo incluso uno no se entera para nada en el momento, y tal vez recién después de pasar un buen tiempo, y hasta para su sorpresa, le llega la noticia de cómo fue usado por el Señor en alguna oportunidad determinada. Y esto es quizá el sello más claro de que lo que se dio o se dijo era de Dios y no de uno mismo.

A veces, cuando alguien que ministra afirma o piensa saber para quién está dirigido lo que ha dicho, *puede* estar en lo cierto y haber dado en la tecla. Sin embargo, nuestra observación nos ha mostrado que en la mayoría de esos casos no ha sido así, sino algo que estaba en la mente e intención del que intentaba ministrar, pero que en términos prácticos no quedó revalidado con ningún beneficio o resultado tangible.

En cuanto a *los que están lejos*, el planteo es casi siempre muy distinto. El hecho de que se encuentran alejados, humanamente hablando reduce las posibilidades de alcanzarlos. Sin embargo, no debemos nunca subestimar la gran misericordia

de Dios, que sin duda recuerda el pasado en que le seguían, y quizá también le buscaban y servían con ahinco.

Esa misericordia la manifiesta en muchas maneras. Una de ellas es la de no desampararlos, a pesar de su desobediencia y de haberle dado la espalda a Él. Esto lo demuestra a menudo guardándolos providencialmente de graves peligros, pero también encargándose de que las circunstancias que los rodean les hagan recordar y comprobar que lo necesitan de veras a Él, y que sin Él la vida no tiene verdadero sentido.

No son pocos los casos en que permite que la adversidad les alcance y aun azote, siempre con miras, claro está, a que esto resulte en un saludable escarmiento a fin de que madruguen para buscarlo y reconciliarse con Él.

Paralelamente a todo esto y en consonancia con ello, pone ese bendito corazón de pastor en siervos y siervas Suyos, motivándolos a que vayan en busca de esos descarriados y alejados.

En Ezequiel 34:4 – versículo al que ya nos hemos referido en los principios de esta obra – al reprochar a los malos pastores de Israel, por la vía del contraste el Señor nos hace entender qué espera de Sus verdaderos y fieles pastores:

Fortalecer a las débiles; curar la enferma; vendar la perniquebrada; volver al redil la descarriada; buscar la perdida.

Llevar a cabo concienzudamente toda esa tarea es sin duda algo muy laborioso y que requiere y exige mucho. En primer lugar supone visitar a los necesitados, un aspecto del ministerio que, muchas veces y en muchos lugares, se descuida y no se le da la debida atención. Entre otras cosas, consume mucho tiempo, pues no se puede entrar y hacer una visita “de médico”, sino estar dispuesto a quedarse un buen rato, y a veces hasta largas horas.

También requiere tacto, sabiduría de lo alto y mucha paciencia. Además, no es un trabajo llamativo, ni a la vista de los demás. Por el contrario, muchas veces pasa desapercibido para otros, pero es algo muy necesario, muy importante, y que por cierto el Señor valora muchísimo.

Al acercarnos ya al final de este capítulo, nos planteamos el interrogante que proviene del hecho de que, en un plano normal, no será probable que este libro llegue a las manos de muchos descarriados de esta segunda clase, es decir de *los que están lejos*. Su falta de asistencia a las reuniones de iglesia, y posiblemente de todo contacto con librerías cristianas, hace que resulte muy improbable.

Sin embargo, la gran misericordia del Señor que ya comentamos está por encima de todas las cosas. Tenemos fe en que Él se encargará de que le llegue a un buen número de almas en esas condiciones en el momento más oportuno, y que tal vez capítulos como los tres primeros de la segunda parte en particular, les sirvan de aliento y ayuda para rehacer su relación con el Señor.

Nos ha animado tener noticias de una hermana en Cristo hace muy poco, mientras escribíamos estos últimos capítulos. Al leer nuestro primer libro - “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto” - como no domina del todo el castellano, se acompañó de un diccionario en su lectura. Nos dice que se sintió tan bendecida, que encargó otros siete ejemplares para obsequiarlos a distintos hermanos de su iglesia – todos ellos de habla hispana – pensando que les sería de provecho a ellos también.

No contamos esto en actitud o espíritu jactancioso - ¡el Señor hace mucho que en Su trato personal nos ha reducido a cero! En cambio, va como testimonio agradecido, acompañado de la oración y la esperanza de que quienes encuentren este libro de beneficio o utilidad para sus vidas, se sientan igualmente movidos a hacerlo llegar a otros por cuyo estado sientan una sana inquietud fraternal.

Obvia decir que esto nos resultaría de inmenso gozo y estímulo.

----- () -----

CAPÍTULO XVI – El maná escondido, la piedrecita blanca y las vestiduras blancas.-

Queriendo ser consecuentes con lo expresado en la introducción de esta obra, hemos elegido para el capítulo final estos tres premios prometidos por Jesús a Sus vencedores, y que por cierto deben calificarse como más que restauración.

Ya dijimos que en el corazón y la visión de Dios, restaurar va mucho más allá de restablecer el buen estado anterior – siempre busca llevarnos más lejos y más alto.

Dos de las excelencias de Jesucristo como pastor modelo.-

Antes de pasar concretamente a esos tres premios, queremos poner de relieve dos maneras especiales en que en las siete cartas resalta la excelencia de Cristo como el pastor modelo y absolutamente ejemplar.

Una es la forma en que Él, al proponer los galardones a los vencedores, busca llevarlos cada vez más alto, culminando con el último de ellos, que como ya hemos visto, consiste nada menos que en compartir Su mismo trono. Para ello, dentro de la voluntad perfecta del Padre y a costa del mayor sacrificio que se pueda concebir, escaló posiciones hasta la cima más sublime, para así y sólo así poder llevarnos a nosotros también a niveles encumbrados de gloria. (ver Hebreos 2:10)

Esto desde luego marca una pauta importante para todo siervo del Señor: la de ahondar, enriquecer y elevar su propia vida y experiencia, para así poder llevar a los que Dios le ha encomendado, hacia delante y hacia arriba en un progreso constante. Por el contrario, el que permanece estancado y pierde el ansia de superarse, condena a los que le siguen a quedar en el mismo estado en que se halla él.

La otra faceta que queremos recalcar es la de la sabiduría y la gracia con que sabe motivar a los Suyos. En efecto, varios de los galardones prometidos a los vencedores son cosas que *prácticamente* no figuran anteriormente en las Escrituras, tales como la piedrecita blanca con el nombre nuevo, la estrella de la mañana y hasta cierto punto, el comer del maná escondido y el ser vestido de vestiduras blancas.

Si bien es cierto que todos ellos representan verdades y valores contenidos – con otra expresión – en el resto del Nuevo Testamento, llama la atención la manera en que los presenta, con nombres nuevos y no empleados antes, ni siquiera por Él mismo en los cuatro evangelios. Esto nos habla a las claras de la originalidad y frescura con que se desenvuelve, para mostrarnos que la rutina seca y repetitiva que tantas veces y en tantas partes aflora continuamente, no es el verdadero camino. Éste, con toda seguridad que se ha de encontrar en la inspiración que viene de lo alto, y que siempre tiene ese sello inconfundible de algo fresco y vivo, y que estimula y motiva profundamente.

Aprendamos pues de Él, reteniendo siempre un sano, a la vez que humilde espíritu de superación, y buscando aquello que contenga el auténtico hálito del Espíritu, e incentive así a otros a avanzar y vislumbrar horizontes más amplios.

El maná escondido.-

El Antiguo Testamento nos da, vez tras vez, bases y puntos de apoyo para proyectarnos a las verdades más altas y mejores del Nuevo. Como no podía ser de otra forma, esto sucede con el maná, que aparece por primera vez en Éxodo 16, un capítulo que está cargado de muchísima enseñanza útil y práctica.

Tomamos escuetamente los puntos que más se destacan:

Maná significa *¿qué es esto?* Tenemos aquí algo venido del cielo, tan original y distinto que nunca se lo ha visto antes. Por eso su nombre lleva la pregunta *¿qué es esto?*

Su color era blanco, lo que nos habla con sencillísima claridad de la santidad y pureza de Aquél que lo envía, y cuyo vestido es blanco como la nieve. (Daniel 7:9)

Como semilla de culantro, reflejando reproductividad y propiedades medicinales y curativas.

Menuda, redonda y menuda como la escarcha.- El gran Dios se deleita también en lo pequeño, y a menudo se vale mucho de ello. Su trazo redondo lo encontramos en la forma del globo terrestre, los planetas y las estrellas, en la mayor parte de la fruta y de las hojas de los árboles en nuestro reino vegetal, en las ondas de las aguas de un lago al arrojar en él una piedra u objeto pesado, y en muchísimas cosas más, como la forma de nuestros ojos, labios, orejas, etc. etc. En Su trato con Sus siervos, con lijaduras y pulidos sucesivos, busca establecer la redondez de algo que ha sido despojado de aristas y extremos cortantes o hirientes. Y la escarcha invernal tiene entre otras funciones la de eliminar bacterias y microbios nocivos que se han acumulado durante el calor estival.

Su sabor como hojuelas de miel, como expresión de la dulzura sin par de la gracia divina que deleita nuestra vida interior.

Su sabor como de aceite nuevo (Números 11:8).- No una contradicción de lo anterior, sino un agregado, pues lo divino es multifacético. "Seré ungido con aceite fresco" nos dice el salmista (92:10), ¡no con el que está gastado por su mucho uso y ya no sirve!

Debía renovarse cada día, mientras que lo guardado del día anterior criaba gusanos y daba mal olor.

Todo esto nos da unas buenas bases para sobreedificar. Pero ahora tomamos un eslabón importante, que está hacia el final del capítulo 16 del Éxodo que hemos estado considerando:

"Y dijo Moisés a Aarón: Toma una vasija y pon en ella un gomer de maná, y ponlo delante de Jehová, para que sea guardado para vuestros descendientes." (v.33)

Esto era una muestra, conservada como testimonio para las generaciones posteriores, de esa provisión diaria, milagrosa y maravillosa, que tuvo Israel en todos los cuarenta años de su peregrinaje por el desierto.

Hebreos 9:4 nos da la información adicional de que estaba en una urna de oro, junto con la vara de Aarón que reverdeció y las tablas del pacto de la ley, todo dentro del arca. Esta última, como sabemos se hallaba dentro del Lugar Santísimo, delante mismo del propiciatorio, sobre el cual estaba sentado el invisible y eterno Ser Supremo.

No necesitamos mucho más para comprender el verdadero sentido de comer del maná escondido. Tenemos aquí algo que reúne todas las características y cualida-

des del Maná del Antiguo Testamento, pero ahora con algo mucho mayor que le brinda Jesús, como mediador del nuevo pacto.

Con todas sus bondades, el maná que descendía en el desierto sólo era temporario, para satisfacer las necesidades que tenía Israel de ser alimentado físicamente. Esto lo señaló Jesús en Juan 6:32-35.

Ahora bien, el eslabón que nos proporciona Moisés de conservar una muestra en el Santísimo, nos ayuda a avanzar de eso que es *externo, a lo interno y eterno* del Nuevo Testamento.

Se trata de algo con todas esas ricas virtudes que hemos listado más arriba, pero aplicadas a lo espiritual y eterno. *Pero además con algo muy hermoso añadido*, y que se expresa con ese adjetivo con que lo califica Jesús: escondido.

El maná que Moisés le hizo tomar a Aarón, con ser de fines temporarios y terrenales, al ser puesto dentro del arca en el Lugar Santísimo, se convierte en un precioso dedo profético, que nos señala lo más alto y superior que nos da Jesucristo.

Allí se encontraba, ajeno a todo lo terrenal del mundo exterior, absorbiendo día y noche de la fragancia, majestad y encanto del Ser Divino, hasta saturarse de todo eso tan supremamente noble y hermoso.

Y esto no puede sino hablarnos con clara elocuencia de la vida que, enfrentando luchas, problemas y dificultades al igual que los demás, elige deliberada y persistentemente refugiarse a menudo en el Lugar Santísimo, a solas con su Dios y su Cristo amado. Lo hace movido por una fuerza interior, suave pero casi irresistible para él, que le hace saber - y recordarlo si alguna vez lo llega a olvidar - que ése es el verdadero lugar que le corresponde, donde habrá de encontrarse por buenos ratos cada día.

Otros podrán lograr fuerzas e inspiración de otras fuentes: el estudio y la lectura con los buenos consejos y el acopio de sabiduría que le pueden brindar, o bien la consulta a otros en busca de ayuda y aliciente, o la asistencia asidua a retiros y conferencias para aprender cosas nuevas. Sin despreciar nada de ello en absoluto, y habiendo pasado por todo eso en etapas anteriores, y aún dándole cierta cabida en el presente, sin embargo, ha encontrado un lugar mejor y más elevado: esconderse a diario de la vista de los demás, sin buscar más nada que estar cerca, muy cerca del Padre y de Su Hijo Jesucristo, en tierna y estrecha comunión.

Por fuera a veces la lucha arrecia, pero en ese lugar de refugio y sustento se encuentran las llaves y las claves que permiten salir airoso y triunfante. Y como auténtico vencedor, se pasa a comer de ese maná impregnado de cielo y de ese Dios lleno de amor, de la más serena paz y confianza, de blancura santísima, de luz resplandeciente, y tanto, tanto más, que aquí, en la tierra y en este mundo, sencillamente no existe.

Adicionalmente, al nutrirse y llenarse de todo ello, uno se convierte – muchas veces hasta inconscientemente – en portador y transmisor idóneo, a través del cual fluyen hacia otros esos bienes celestiales. Con los mismos se los habrá de enriquecer, y motivar a que ellos también se planten firmes en medio del combate, siguiendo el mismo rumbo a diario, hasta vencer y recibir asimismo tan preciado galardón.

Querido lector: deja que tu espíritu beba y absorba estas cosas tan sagradas y hermosas. Rompe con la mediocridad; ábrete paso con tesón cada día, dejando atrás

todo lo pasajero e innecesario, para introducirte y esconderte en el Santísimo. Allí y sólo allí encontrarás las fuerzas y el estímulo para vencer de veras en la lid; y en esos ratos intensos y profundos con tu Padre y tu Jesús, el Espíritu Santo irá plasmando Su obra en tu interior cada día. Y así el Maestro te dará a comer del maná escondido; y al ingerirlo vez tras vez, te llenarás en tu interior de él, y pasarás también tú mismo a ser maná escondido – del celestial y legítimo – para otros que nunca lo han probado.

La piedrecita blanca.-

“...y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquél que lo recibe.” (Apocalipsis 2:17b)

Es a todas luces evidente que estas palabras no deben interpretarse en forma literal. Pensar que a un vencedor Jesús le daría una piedra blanca muy pequeña, inscrita con iniciales o un nombre en clave, para guardarla en un estuche y tal vez exhibirla ante su esposa y hermanos dilectos una o dos veces al año, no tendría ningún sentido ni valor espiritual.

¡De Jesús podemos y debemos esperar cosas mucho mejores que ésa!

Uno de los muchos nombres que a Él le dan las Escrituras es el de la *Roca de los siglos*. No muchos lo conocen, porque el versículo en que aparece - Isaías 26:4 - en nuestra revisión de 1960 de Casiodoro de Reina se traduce la *fortaleza*, en lugar de la *Roca*, como está en el original hebreo. El nombre expresa su *solidez - totalmente inamovible e invulnerable* – y además *eterna*.

En el plan de redención, además del perdón, la salvación y la vida eterna, como bien sabemos se incluye muchísimo más.

Como resultado de la caída en el pecado, uno de los muchos males que aquejan al ser humano es el de desmoralizarse, deprimirse o ser fácilmente vulnerado en sus defensas contra la tentación y la adversidad. Algunos podrán tener una apariencia de roble, pero llegado el momento de la verdad, al tocárseles en su punto débil, igualmente claudican como todos los demás.

Esto indudablemente que ha significado un dolor y quebranto para el Señor: ver al hombre y la mujer, creados para ser a su imagen y semejanza, tan venidos a menos, con un raquitismo interior que los hace fácil presa del enemigo, el cual con frecuencia hasta puede divertirse malvadamente a costa de ellos, jugando con sus vidas, diríamos como el gato con el ratón.

Por eso no debe sorprendernos que el plan divino contenga algo muy concreto para responder a esa profunda necesidad que tenemos todos. Casi podríamos decir que sería incomprensible que no fuese así. Pero veamos la forma en que ha sido provista.

Como todo lo demás, se encuentra en la persona de Cristo y Su obra redentora. Esa cualidad de Él, la Roca, bien sólida y consistente, se nos había de transmitir a nosotros, los seres humanos, tan faltos de ella. Para ello, el Eterno Hijo de Dios se encarnó, y al comenzar Su ministerio a los 30 años de edad, entró en la arena del combate contra el enemigo que a todos nos dominaba totalmente.

Como hombre de carne y hueso como nosotros, tuvo que afrontar todos los embates de Satanás y sus huestes infernales. No sólo en la tentación esos cuarenta días en el desierto, sino en muchas ocasiones más, sobre todo durante la etapa final

hasta Su muerte en la cruz, toda la malicia y astucia de las tinieblas se lanzó contra Él. El propósito era muy concreto: encontrar algún punto flojo en Él para asustar, deprimir o enfermarlo, o vulnerarlo en cualquier forma posible, envenenándolo con alguna forma de pecado o maldad.

Poco antes de ser apresado, juzgado y condenado, Él había pronunciado estas palabras, tan fundamentalmente importantes:

"...viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí." (Juan 14:30b)

Y bendito sea Su nombre, en la tremenda y cruel batalla que tuvo que librar hasta el último momento, la verdad de esa declaración Suya quedó total y categóricamente comprobada. Aunque le costó un precio que nunca comprenderemos en su total dimensión, pudo llegar al final sin que nada, absolutamente nada de esa avalancha de maldad y odio, pudiese penetrar en Él.

Así, como hombre, demostró ser Roca invencible e impenetrable – por así decirlo, a prueba de infierno, tinieblas y toda suerte de pecado o maldad. Y en esta forma, como cabeza de una creación y estirpe nueva, Él puede ahora impartirnos esa solidez y consistencia interior que tanto necesitamos.

Algo de esta verdad ya quedó insinuada cuando en el primer encuentro con Simón, hijo de Jonás, Jesús le manifestó que sería llamado Cefas o Pedro, que significan *pedra* en arameo y griego respectivamente. (Juan 1:42) Evidentemente que no se trataba de un mero cambio de nombre, sino de algo de mucha mayor importancia.

Aunque usando un vocabulario muy distinto, Pablo tiene algo muy semejante en su corazón al orar por los efesios:

"...por lo cual pido que no desmayéis..."

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo...para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu." (Efesios 3:13, 14 y 16)

La forma en que Jesucristo lo presenta en su carta a Pérgamo es en realidad más puntual y específica, y contiene el agregado de un nombre nuevo, al igual que en el encuentro con Simón ya citado.

El concepto que prevalece en la interpretación de lo que está diciendo es el de fieles seguidores y siervos Suyos, empeñados en una batalla en que, apoyándose en Él y Su palabra, deben enfrentar crisis, capear temporales y seguir adelante abriéndose paso, a veces contra viento y marea. Mientras todo esto sucede, el Espíritu Santo va forjando en su interior, día a día, poco a poco, esa bendita piedrecita blanca, hasta llegar al punto en que queda firmemente establecida.

En realidad, no es sino un desprendimiento vivo de Él, la gran Roca Eterna. Pero vemos la exactitud con que le da su nombre: en primer lugar *piedrecita*, porque es muy pequeña – una forma sabia de ayudarnos a mantenernos sobrios y diminutos en comparación con Su grandeza formidable. No obstante, por ser algo vivo, tiene en sí todo el potencial para crecer y ensancharse. Y por supuesto, su color no podía ser otro que el blanco, que expresa la virtud de Su santidad. En ninguna forma podría ser marrón terroso, gris oscuro o mezclado con negro, ni nada semejante.

El resultado práctico será que el vencedor que lo reciba, con seguir siendo un débil mortal, dentro del vaso de barro que también seguirá siendo, tendrá algo distinto y que no tenía antes, o si lo tenía era algo embrionario y no bien formado y estable-

cido. Las pruebas y presiones todavía podrán doler y ser desagradables; no obstante, en su interior, que antes desmayaba, se deprimía o caía vencido, ahora tendrá algo diferente, que aguanta y le permite sobrellevarlo sin nada de eso, sino apoyándose en el Señor, alabándole y manteniéndose en paz y serena confianza.

Para los que buscan lo llamativo y aparente de esas “grandezas” que suelen estar en boga hoy día, generalmente esto no les resulta muy atractivo. Quizá sea porque en realidad, tristemente no han llegado a comprender bien su verdadera valía. En cambio, quienes por su madurez lo entienden bien y con toda claridad, no tendrán ninguna vacilación en apreciar este galardón propuesto por Jesucristo como algo de inestimable valor.

El nombre nuevo.-

Por mucho tiempo pensábamos que esta parte final del versículo, con lo del nombre nuevo que ningún otro conoce, era más bien figurativa. Al hablar sobre el tema lo hilábamos con el cambio de nombre de Simón por Pedro, y tomábamos ese nombre – *Petros* – para el varón, y lo hacíamos extensivo al femenino usando *Petras* para la mujer. Así, en forma genérica lo veíamos aplicado a todos cuantos, por perseverar y vencer en la lid, se encontraban con la bendición y la dicha de la piedrecita blanca plasmada por el Espíritu Santo en sus vidas.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte nuestra comprensión de esto ha cambiado. Ahora lo vemos claramente como un nombre *individual* dado por Jesús a cada uno de Sus vencedores. Y además, que Él lo hace en una forma que le confiere una intimidad confidencial, de manera que el que lo recibe se lo guarda para sí y no lo comparte con ningún otro, ni siquiera la persona más íntima y querida – es decir, tal cual está en el versículo:

“...el cual ninguno conoce sino aquél que lo recibe.”

Bien podemos preguntarnos qué fines prácticos y tangibles persigue lo de dar a cada vencedor que recibe la piedrecita blanca un nombre nuevo que ningún otro conoce.

Creemos que dos. Primeramente, es una prenda de amor preciosa, que Jesús otorga a Sus fieles y amados vencedores. Toma el carácter de algo muy personal e íntimo, y quien lo recibe, como ya se ha dicho, no lo ha de divulgar a nadie en absoluto. Así, otros no sabrán cuál es ese nombre, pero podrán ver en quien lo haya recibido, virtudes y cualidades que responden precisamente al significado del mismo; virtudes y cualidades éstas que no las veían anteriormente, o si las veían, era con menos claridad y relieve que ahora.

El segundo fin es muy práctico. Para que conservemos las bendiciones recibidas del Señor, aparte de la gracia Suya que nos sustenta, hace falta nuestra estrecha vigilancia y colaboración. Al recordar el nuevo nombre que uno ha recibido, con todo lo que su significado le representa, uno se sentirá estimulado siempre a hacerle honor con una conducta totalmente consecuente y que corresponda con él. Así habrá el ánimo y deseo ferviente de no defraudar nunca al Señor, que se lo ha dado a uno como algo tan hermoso y especial.

No se nos pasa por alto que para algunos no será fácil acompañarnos en la comprensión y apreciación de esto que venimos comentando. Tal vez sea porque se oye y lee muy poco que sea explícito y concreto sobre el tema. Recomendamos en

todo caso que se lo relea detenidamente, confiando en que se esté de acuerdo en que no hemos forzado la interpretación del texto bíblico en ningún punto.

Por otra parte, también debemos comprender y aceptar que Jesucristo sin duda lleva a muchos otros a una altura y profundidad similar de relación con Él, sin que necesariamente pasen a alcanzarla por la misma vía de lo que hemos estado diciendo.

No obstante, queremos expresar nuestra firme convicción de que la piedrecita blanca con el nombre nuevo, constituye un galardón específico y concreto prometido por Jesús a Sus amados vecedores, tanto en aquel entonces como ahora, y que por lo tanto es alcanzable en el día de hoy, tal y cual Él lo presenta en Su palabra.

Las vestiduras blancas.-

“El que venciere será vestido de vestiduras blancas”... (Apocalipsis 3:5)

Obviamente, esto se trata de haber logrado de Él una calidad de vida muy real en cuanto a santidad y pureza. La misma estará exenta de la vanidad de sentirse superior a los demás que no han llegado al mismo nivel, pues como creemos haber dicho anteriormente, la santidad genuina no sabe de envanecimientos ni arrogancias – por el contrario, contiene siempre una buena dosis de la humildad y mansedumbre del Cordero.

La frase *“con vestiduras blancas”* (con muy ligeras variantes), aparece anteriormente en las Escrituras, pero debemos notar una importante diferencia: se aplica a Dios mismo (Daniel 7:9), al Señor Jesús en la transfiguración (ver Marcos 9:3) y a los ángeles (Mateo 28:2-3 y Los Hechos 1:10), pero nunca a seres humanos.

Jesucristo, al prometer este galardón al que venciere dentro de la iglesia de Sardis, lo está haciendo extensivo al género humano, lo que nos revela una preciosa progresión ascendente.

En Sardis, como ya vimos, había unas pocas personas que no habían manchado sus vestiduras, y para ellos el Señor formuló esta promesa:

“...y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas.” (3:4b)

A diferencia de los demás, estos se habían guardado deliberada y celosamente de todo lo que pudiera manchar y ensuciarlos en lo más mínimo.

Al hacerles la promesa de que andarían con Él en vestiduras blancas, Jesucristo nos confirma algo que está explícito, y también implícito, casi diríamos en toda la Biblia. Sin desconocer en ninguna manera la gracia de Dios, que nos llama al arrepentimiento y busca llevarnos a todo lo bueno y noble, *al final de cuentas nos quedamos con lo que hemos elegido y abrazado en la vida.*

Tal el caso de estos pocos creyentes de Sardis: por amor de Él habían optado por no mancharse y conservarse limpios y puros, y con eso que habían escogido iban a terminar, desde luego en su proyección acabada y final: nada menos que andar con Él y en vestiduras blancas.

Esto nos debe llevar también a la reflexión muy grave pero ineludible, de que quienes eligen lo sucio y torcido y persisten en ello, aun contra todas las advertencias que se les hagan, no pueden sino llegar a un triste fin, sumergidos en todo ese mal por el que lamentablemente optaron anteriormente.

Ahora bien – evidentemente, la pureza santa y total de Dios mismo y los ángeles que nunca han conocido el pecado, es algo para nuestra vida futura, una vez dejada atrás nuestra condición de seres humanos finitos y falibles.

Pero no obstante, tenemos que hacer aquí una salvedad muy importante. El hecho de que sea algo para la vida futura, muchas veces es tomado para esgrimir un argumento falso. El mismo consiste en afirmar, o por lo menos dar a entender, que siendo así las cosas, siempre habremos de pecar, en menor o mayor medida y en una forma u otra, con la influencia de que debemos aceptar que siempre será así, y casi no debemos preocuparnos mayormente por ello.

Este es un error grave que abre puertas peligrosas a la carne y al pecado, como así también al enemigo de nuestras almas. Inevitablemente, conducirá a ir consintiendo cosas turbias o dudosas en la conducta, hasta quedar quienes lo hagan, no solo enredados sino aun más que eso, totalmente apresados por el pecado.

Para corregir ese desequilibrio tan perjudicial, debemos tener presente y con toda claridad las muchas exhortaciones y sentencias de la palabra de Dios en sentido contrario. Veamos algunas:

“...como aquél que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir.” (1ª. Pedro 1:15)

“Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.”2ª. Corintios 7:1)

“...todo aquél que hace pecado (tiempo presente continuo, como una práctica habitual) esclavo es del pecado...”

Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.” (Juan 8:34 y 36)

Estas tres citas, y muchas más que sería demasiado largo añadir, dejan claramente establecido que un hijo de Dios nunca debe aceptar el pecado como una constante inevitable en su vida. En cambio, echando mano de los medios que la gracia pone a su alcance, debe procurar andar en total rectitud y limpieza en todos los órdenes de la vida.

Existe otro error que a veces se encuentra en unos pocos círculos, consistente en inclinar el péndulo hacia el extremo opuesto. Tomando las palabras de Jesús que van más arriba, y otros pasajes afines que nos hablan de ser libertados del pecado (como por ejemplo Romanos 6:14, 18 y 22) profesan y proclaman en forma drástica y absoluta un supuesto estado de gracia en el cual ya no pecan. Esto de hecho representaría haber llegado ya a una condición absoluta, final y perfecta.

En todo caso, correspondería preguntar qué entienden ellos por pecado. Si se trata de no adular, matar, mentir, robar o mirar donde y como no se debe, podría ser que estén en lo cierto.

Sin embargo, tanto la palabra de Dios como la conciencia tierna y sensible que hemos cultivado a través de los años, nos dicen que hay otras cosas menos groseras y evidentes, pero que igualmente, delante del tres veces Santo, son pecado. El reaccionar ofendidos o con enojo cuando se nos trata mal; hablar palabras necias o fuera de lugar; impacientarnos por algo que nos contraría o desagrada, y en fin, todo lo que brote de una fuerza o motivación ajena al perfecto amor y a la humildad tierna y mansa del Cordero, al final de cuentas constituye pecado - lo cual habla a las claras de que ese estado ideal y final todavía no se ha alcanzado.

Y resulta que estas cosas – que reconocemos que a veces nos suceden y nos entristecen a nosotros mismos – también las hemos visto manifestarse en quienes ostentan esa postura extrema - y a veces algunas peores también.

Hace muchos años nos enteramos que en el diario de Jorge Müller, ese gran siervo de Dios que fundó los orfanatorios de Bristol en el siglo pasado, se encontró un registro que decía algo así:

“Y que Dios perdone mi pecado de sentirme desconforme con la cena que se me trajo a mi habitación anoche.”

Al ver la comida que se le había traído, no le había agradado. Pero ni siquiera abrió su boca para quejarse o decir nada. Sin embargo, Él sabía muy bien que Dios ama la verdad en lo íntimo (Salmo 51:6) y allí, en vez de sentirse agradecido por lo que se le había presentado, había albergado descontento y malestar. Y para él eso era pecado.

Ahí tenemos el equilibrio perfecto entre los dos extremos: un santo varón, incapaz de engañar, ensuciarse o envanecerse, pero al mismo tiempo con una conciencia tierna y sensible, reconociendo que todo lo que no es perfecto y puro amor y gratitud, en realidad es pecado. Y con la humildad de admitir que, con lo mucho que había avanzado en la santidad y comunión con su Dios, todavía no había llegado a ese ideal absoluto.

Todo esto ha resultado hasta cierto punto un paréntesis, y bastante extenso, aunque por cierto no desconectado de nuestro tema de las vestiduras blancas. Hemos conceptualizado necesario incluirlo por la importancia que reviste el que evitemos los dos extremos que hemos puntualizado, sobretudo el primero, que es el más corriente.

Pero ahora, otra vez a centrarnos en este precioso galardón. Recordemos cómo Jesús nos exhortó a Sus discípulos en Mateo 5:48a, que forma parte del sermón del monte, a ser perfectos, como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto. Él sabía muy bien que ningún ser humano podrá alcanzar aquí abajo, ni siquiera con la ayuda de la gracia divina, esa perfección absoluta y suprema de Dios Padre como algo permanente.

Sin embargo, ha estimado sabio y correcto proponernos esa altísima meta. Y lo ha hecho en la seguridad de que quienes se tomen en serio la exhortación, asistidos por la virtud del Espíritu, podrán ir llegando a grados progresivos de lo que bien podemos llamar una perfección relativa - no absoluta. Y esto desde luego que será un muy saludable acicate para seguir avanzando y escalando posiciones, en vez de quedar estancados o conformarse con la mediocridad o muy poco más.

Haciéndonos eco de la exhortaciones a que nos limpiemos de toda contaminación, a que velemos y guardemos nuestras ropas (Apocalipsis 16:15) y a muchas otras, iremos probando, en escalas graduales y sucesivas, los maravillosos frutos de la verdadera santidad. Así, nuestro ser se recreará en la hermosura de vivir esa clase de vida -pura, recta y correcta en todo sentido. La conciencia nos dará un sereno testimonio aprobatorio de que estamos agradando a Dios, pisando "tierra firme" en nuestro andar, y comenzando a ser la persona limpia y hermosa que el Creador tenía como Su propósito para nosotros al darnos la vida.

Paralelamente a todo esto, nuestra fe y confianza irán en aumento, a la par que nuestra paz interior será más profunda y constante. Por supuesto que aquí o allá nos tocará algún tropezón, pero esto en la economía del que todo lo hace ayudar a bien, servirá para arraigarnos en mayor medida en una tierna y muy saludable humildad. Y al ir a Sus pies, quebrantados y sintiéndonos impotentes e indignos, el fiel Espíritu Santo

no tardará en venir en nuestra ayuda para consolarnos, levantarnos si fuere necesario, y también para infundirnos nuevos bríos y aliento para seguir la marcha ascendente.

En esta forma, hemos de paladear nuevas alturas del amor sublime de Cristo, que irá derramando sobre nuestra alma aun sedienta de más, raudales de aguas cristalinas y puras. Serán benditas prendas de lo que nos espera en el porvenir, que irán jalonando nuestro camino. La visión se irá ensanchando y todo se conjugará para asemejarnos paulatinamente, pero más y más con el correr del tiempo, a la imagen del todo codiciable Hijo de Dios.

Y llegará por fin el momento en que seremos premiados con las vestiduras blancas prometidas, *en la acepción final y más alta*, y que ya llevan los que nos han precedido en el tiempo. (Apocalipsis 6:10-11)

Entonces, recordando lo malos, ruines y egoístas que éramos antes de que Él se nos cruzase en el camino, nos sentiremos en contraste más blancos que la nieve, llenos de la nobleza y pureza sublime que tanto ansiábamos y buscábamos mientras estábamos aquí en la tierra. Así, nuestro gozo, alabanza, gratitud y amor a nuestro Dios no tendrán límites. Y sabremos que muy bien valieron la pena las lágrimas, el sacrificio y el dolor que en alguna medida nos llegaron a tocar aquí y allá, en nuestra marcha hacia un fin tan glorioso.

“Al que venciere” – el Siete de lo perfecto y completo, transformado en el Ocho de lo que va aun más allá.

Todavía nos faltan unos pocos párrafos antes de poner punto final.

Al comentar las cartas a las iglesias del Asia, en un capítulo anterior dijimos que estas tres palabras de desafío a Sus amados guerreros – *Al que venciere* – Jesús las ha puesto hacia el final de cada carta, para darnos ese total del siete de lo perfecto y completo, que es el sello de todo lo que proviene de lo alto. Al mismo tiempo, también vimos en ello una escalera preciosa que culminaba en el último peldaño con llevar a cada vencedor a sentarse nada menos que con Cristo en Su mismo trono, así como al vencer Él, pasó a sentarse con el Padre en el Suyo. (Apocalipsis 3:21)

Esto de por sí basta y sobra para dejarnos maravillados y atónitos de que nos pueda tocar y esperar un destino semejante, casi increíblemente grandioso. Pero lo dice el Fiel y Verdadero, y por lo tanto lo creemos de verdad.

Y sin embargo... Dios siempre tiene más, siempre va más alto. En la numerología de la Biblia hay una cifra más alta que el *siete* de la perfección, y es sencillamente el *ocho* de la resurrección, que va todavía más allá.

Hacia el final del Apocalipsis hay otro “El que venciere” – *el octavo*:

“El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.”
(21:7)

Aquí la relación de hijo se entiende que es de resurrección, que ya no puede morir, y en absoluta plenitud. (ver Lucas 20:36)

Pero la primera parte – *“heredará todas las cosas”* – es para dejarnos sin palabras y llenos de asombro.

¿Dónde empieza ese “todas las cosas”? ¿Por dónde sigue, y dónde termina?

¿Será en esas mansiones celestiales que nos está preparando? ¿Será en los colores bellísimos e indescriptibles, o en las canciones sublimes que se entonan allá

arriba? Seguramente que incluirá el ser guiados por el Cordero a fuentes de agua de vida; el haber ganado en Cristo más de lo que perdimos en Adán, al venir a ser participantes de la naturaleza divina. También el extasiarnos de los encantos de un mundo - no, más bien un universo interminable – de amor y luz inefables; de viajes maravillosos deslizándonos por las esferas celestes con Él a la cabeza, y sin esforzarnos ni cansarnos para nada; de comprender y sondear los abismos y remontar las alturas de las constelaciones y de las galaxias, con sus melodías exquisitas e incesantes. Allí sin duda podremos entender con toda claridad el por qué de tantas cosas que aquí en la tierra han sido grandes interrogantes y enigmas indescifrables. Y por cierto que también nos hemos de deleitar incansablemente con nuevas hermosuras y delicias que nos irán inundando por doquier, y podremos seguir para siempre sumergiéndonos en infinitos de gloria, sabiduría y gracia que se nos tienen reservados ...

Por ahora, todo esto y mucho que escapa a nuestras limitaciones actuales, lo concebimos solo en pequeña parte, dando rienda suelta a nuestra imaginación, aunque asistida en mucho por los anticipos que nos da la palabra santa.

----- () -----

Así amado lector – cara lectora – llegamos al fin del largo viaje iniciado en la primera parte de esta obra, cuando abordamos la decadencia, breve y casi fugaz por cierto, de nuestro padre Abraham, cuando descendió a Egipto por el hambre imperante en la tierra de Canaán. De ahí en más, hemos visto con una gran variedad de tonos y matices, la labor diestra, paciente y constante de nuestro Dios, el restaurador de todas las cosas, prodigándose incansablemente para traer de vuelta a Su luz, gracia y verdad, a tantos y tantos que a través del hilo histórico de las Escrituras, se han descarriado y perdido el rumbo.

Hemos visto casos individuales, así como retornos masivos, y lo que será la gran restauración futura del pueblo de Israel – todo esto en la primera parte basada, en el Antiguo Testamento. En esta segunda, también vimos ejemplos personales, y después a nivel de iglesia, intercalando con frecuencia un buen número de otras cosas prácticas, pero retomando siempre nuestro tema principal.

Y sobretodo en la parte final, hemos tomado puntos y metas que se proyectan bastante más allá, en consonancia con la aspiración que formulamos en un principio de que esto fuese *más que restauracion*. Así llegamos a visualizar algo de la grandeza sublime y suprema de los vastos horizontes que nuestro Dios nos tiene preparados.

Es muy posible que con muchos de vosotros que habéis llegado hasta este punto, en el curso de la lectura se haya ido forjando un vínculo de espíritu que perdurará, aun cuando el tiempo y las oportunidades no permitan que nos veamos cara a cara en esta vida. Pero allá, en ese porvenir magnífico que nos está reservado en lo alto, seguramente que sí, y desde luego en una esfera muy distinta y superior.

Mientras tanto, os animo a cada uno a que, movidos por el Espíritu, os empapéis del mensaje que es el corazón de esta obra, esbozado en los inicios de la misma, y lo llevéis con amor y fe a otros. Sí – el de la oración de Elías – diciéndoles que Él, el Dios del amor que nunca muere, también los busca, *para traer otra vez a sí el corazón de ellos.*

Así, dejando atrás la miseria, el desconcierto y la penumbra en que se encuentran, también ellos empezarán a emprender el bendito viaje de retorno. Y en esta forma, tanto vosotros, como un servidor, y muchos otros más, seremos piezas – quizás pequeñas y humildes, pero vivas y eficaces - dentro de ese gran engranaje de que hablamos, también en un principio, dispuesto por nuestro Dios para la restauración de todas las cosas.

De muchas repercusiones de lo que hagamos en ese sentido, posiblemente no nos enteraremos mayormente mientras estemos aquí abajo. Pero allá arriba sí que llegaremos a saberlo bien y en toda su magnitud. Y ni qué decir que eso, a cada uno nos llenará de un gozo incontenible y eterno.

Entretanto, vaya para cada uno un sentido y cariñoso adios de despedida – hasta que en el más allá nos unamos todos con Aquél al cual se lo debemos todo – nuestro amado Salvador y Señor Jesucristo. Amén.

----- () -----